P. FEDOSEEV

EL COMUNISMO Y LA FILOSOFIA

EDITORIAL PROGRESO

En el libro se examinan problemas filosóficos de actualidad del desarrollo social contemporáneo y de la metodología del conocimiento científico. Sobre la base del análisis de los nuevos fenómenos de la vida de la sociedad socialista, la ciencia y el desarrollo mundial, el autor investiga diversos problemas, como, digamos, la filosofía y la clase obrera, la filosofía y la política, el socialismo y el humanismo, el socialismo y la democracia, la sociología marxista y las investigaciones sociales concretas, los cambios sociales del siglo XX y la lucha en torno a su interpretación y las teorías sociológicas de la guerra y la paz.

Academia de Ciencias de la URSS
Instituto de Filosofía

P. FEDOSEEV

EL COMUNISMO Y LA FILOSOFIA

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

R. 4107

Editorial Progreso
Moscú

Traducido del ruso por *L. Vládov*
Presentación de *S. Danílov*

П. Н. ФЕДОСЕЕВ
КОММУНИЗМ И ФИЛОСОФИЯ
На испанском языке

© Traducción al español
Editorial Progreso 1975

Impreso en la URSS

Ф $\frac{10504\text{-}558}{014(01)\text{-}75}$-842-74

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

DEL AUTOR

Con el surgimiento de la civilización humana apareció el deseo de comprender el mundo natural y social circundante, las leyes que rigen su movimiento, cambios y desarrollo, el deseo de comprender el lugar del hombre en este mundo. Por otra parte, desde antaño se ha plasmado el anhelo de lograr formas de convivencia humana más razonables y más dignas del hombre, capaces de asegurar el florecimiento de cada individuo y la armonía de intereses de éste con los de la sociedad.

Sin embargo, estas dos tendencias han estado divididas en el curso de la historia. Los grandes filósofos del pasado, al reflexionar sobre los problemas de la creación del mundo y del género humano, creaban teorías filosóficas que, pese a toda su genialidad en muchos casos, no podían ofrecer un panorama verdaderamente científico del mundo y eran patrimonio de unos cuantos, aunque sus autores aportaban sus ladrillos al edificio del saber humano. Por otra parte, las grandes masas populares, agobiadas por la opresión y la miseria, soñaban en un porvenir mejor, se levantaban a la lucha por ese porvenir, pero, sin conocer los verdaderos caminos y medios de lograrlo, sufrían reveses, aunque hacían avanzar la historia.

Solamente la filosofía marxista-leninista se ha erigido en verdadera ciencia y, por tanto, guía para la acción de las grandes masas populares, y la aspiración de las masas a un porvenir mejor ha adquirido una base teórica y formas orgánicas. Con tal motivo cabe subrayar la inmensa significación que tuvo el que Marx y Engels descubrieran el papel de alcance histórico-universal de la clase obrera, organizadora, inspiradora y vanguardia de todas las fuerzas empeñadas en acabar con el régimen explotador capitalista y crear

una sociedad nueva, la sociedad socialista. Precisamente por eso, el autor comienza el libro por el problema "La filosofía y la clase obrera", en el que se pone al descubierto la importante peculiaridad de la filosofía marxista en lo tocante a la unidad de la teoría y la práctica, de la comprensión científica del mundo y su transformación revolucionaria práctica.

Marx escribía ya en los albores de su actividad teórica y sociopolítica que "la teoría se convierte en fuerza material en cuanto se apodera de las masas". El primer apartado del libro se consagra a la investigación de los problemas del devenir y desarrollo de la filosofía marxista-leninista y a la aclaración de los rasgos específicos que la distinguen de todos los sistemas filosóficos anteriores y la hacen guía para la acción de cientos de millones de personas en la lucha por el progreso social. Aquí se muestra la importancia de la filosofía marxista-leninista como metodología de las ciencias sociales y naturales, como base teórica de la acción política de los partidos comunistas y obreros y como fundamento de la concepción del mundo de las grandes masas dedicadas a la construcción de una vida nueva y mejor.

En el segundo apartado trátase del análisis marxista del progreso histórico de la humanidad. Se hace patente que la filosofía marxista-leninista ofrece una clave segura para la comprensión de los más complejos procesos sociales, para la comprensión de la dialéctica del progreso histórico y el carácter específico de la manifestación de las leyes sociales.

El pueblo y la personalidad eminente, la libertad y la necesidad, el determinismo y la libertad de voluntad, el individuo y la sociedad, todo eso son complejos problemas que han ocupado el pensamiento humano a lo largo de los siglos, pero sólo el marxismo-leninismo ha dado la clave segura para resolverlos, y no sólo para resolverlos teóricamente, sino para hacerlos realidad en la marcha de la construcción de la nueva sociedad.

En los capítulos finales de este apartado se hace ver que el pueblo, dirigido por la clase obrera y su vanguardia –el partido pertrechado con la teoría marxista–, trabaja con perseverancia para construir el socialismo, en el que se encarnan los anhelos y las esperanzas seculares de las mentes más nobles de la humanidad, para crear un régimen social jamás visto que da comienzo a la auténtica historia de la humanidad. De ahí la atención que se presta a la exposición del carácter, nuevo por principio, de la democracia socialista y del humanismo socialista.

En el tercer apartado se trata del lugar y del papel de la sociología marxista, en tanto que parte integrante de la doctrina filo-

sófica del marxismo, en la solución positiva de los candentes problemas sociales que se plantean ante la humanidad en la etapa actual, en la enconada lucha ideológica que se libra en torno a estos problemas. Son, en primer término, los problemas de la naturaleza y las fuerzas motrices del progreso social en las condiciones presentes, de la naturaleza y del contenido de los enormes cambios sociales típicos del siglo XX y ligados, ante todo, a la existencia y la confrontación de los dos sistemas: el socialismo y el capitalismo.

Se ha dedicado especial atención al análisis filosófico de la lucha ideológica y práctica en torno a uno de los problemas más importantes de la actualidad: el de la guerra y la paz, de la lucha contra la ideología y la política agresivas. En esta lucha, la filosofía marxista-leninista, expresando las ideas teóricas y los objetivos del movimiento comunista internacional de las fuerzas revolucionarias de nuestra época, argumenta la política de paz y colaboración entre los pueblos independientemente de los sistemas sociales y de las convicciones religiosas. Dándose perfecta cuenta de la complejidad y dificultad de la lucha contra las fuerzas del imperialismo y la agresión, comprendiendo que mientras exista el régimen de la explotación y la opresión existirá el peligro de guerra, los comunistas procuran unir a todos los hombres de buena voluntad en la lucha por la coexistencia pacífica y el progreso social.

Al resumir, quisiera subrayar que en el presente libro, dedicado a problemas de mucha actualidad, el autor ha procurado abordar su análisis históricamente, investigando la génesis de los mismos, a fin de mostrar de modo más concreto cómo responde el marxismo-leninismo a los problemas cardinales planteados por toda la marcha del desarrollo histórico de la humanidad.

El autor arranca de que el marxismo-leninismo es el reflejo más profundo y único correcto de las leyes generales de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano, que dice la verdad objetiva y científica. Por eso, el libro es polémico respecto de las teorías no marxistas, sobre todo las antimarxistas. No obstante, el autor quisiera subrayar que la crítica, a veces muy acerba, de unos u otros teóricos es, en primer término, una crítica de las ideas falsas que predican y defienden.

La presente publicación es una traducción del libro aparecido en ruso en 1971, en el que se han hecho ciertas reducciones para la edición en español.

Piotr Fedoséev,
académico

Abril de 1972
Moscú

1

EL DESARROLLO DE LAS IDEAS FILOSOFICAS Y EL COMUNISMO

LA FILOSOFIA Y LA CLASE OBRERA

El desarrollo histórico y el surgimiento de nuevos problemas históricos

La historia de la filosofía puede observarse a lo largo de 2 ó 3 milenios. La filosofía del movimiento comunista de la clase obrera, la filosofía marxista, existe poco más de cien años, pero es ya la fuerza rectora del desarrollo de la concepción científica del mundo.

Nosotros apreciamos altamente las realizaciones del pensamiento filosófico del pasado, sobre todo de la filosofía materialista. Apoyándose en los adelantos de todas las ciencias, los filósofos materialistas descubrían las leyes generales del movimiento de la naturaleza, socavaban la idea anticientífica y fantástica del mundo y ayudaban al progreso del conocimiento científico. En las corrientes de vanguardia, para su tiempo, de la filosofía idealista se investigaban, aunque partiendo de posiciones falsas, importantes problemas lógicos y gnoseológicos. La filosofía premarxista hizo mucho para el estudio de las leyes del desarrollo del conocimiento humano, para el estudio de las formas y las leyes del proceso de pensamiento. Sin las categorías filosóficas elaboradas a lo largo de milenios no se puede dar un paso siquiera en el conocimiento científico y en la actividad práctica. A diario y por doquier operamos con conceptos científicos básicos, como, digamos, la materia, el movimiento, la ley, la regularidad, la causalidad, la cantidad y la calidad, lo general, lo particular y único, la esencia y el fenómeno, la forma y el contenido, etc.

La historia de la filosofía, al señalar el camino de la evolución de los métodos de conocimiento, ayuda a usar correctamente las categorías del pensamiento, a dominar la dialéctica materialista y enseña a pensar científicamente. Claro es que uno u otro hombre de

ciencia puede emplear categorías lógicas sin estudiar especialmente la historia de su desarrollo.

Sin embargo, semejante estudio contribuye a la formación de un enfoque consciente de los métodos de conocimiento y hace más fácil la investigación científica, advierte contra el planteamiento unilateral, el anquilosamiento, el subjetivismo y otras desviaciones respecto de la verdad.

La filosofía de la clase obrera no ha surgido de la nada, sino sobre la base de las realizaciones de todo el desarrollo del pensamiento social del pasado, incluidos los conocimientos filosóficos.

En nuestra época de progreso impetuoso, de avance hacia el comunismo se hace cada vez más imperiosa la necesidad de analizar todos los aspectos del pasado. Alcanzadas las cumbres históricas de la construcción del socialismo y del comunismo, la ciencia puede observar mejor todo el camino de desarrollo de la civilización mundial. Mientras los ideólogos del imperialismo hacen caso omiso de las mejores tradiciones históricas y pisotean los valiosos adelantos de la cultura espiritual de la humanidad, el marxismo, pertrechado con estos adelantos, incluidos los del multisecular desarrollo de la filosofía, ofrece una exposición auténticamente científica, la única correcta, de las leyes objetivas del desarrollo social. La historia científica del pensamiento social hace patente el ascenso del conocimiento humano, de las ideas del progreso social, del humanismo y de la paz entre los pueblos.

La sociedad soviética ha creado una cultura nueva, socialista, y avanza hacia las cumbres de la cultura del comunismo. Esta cultura tiene por base las adquisiciones históricas de la civilización, habida cuenta de todo lo mejor que ha logrado el género humano a lo largo de los milenios.

La construcción de la cultura comunista no significa trasladar mecánicamente a las nuevas condiciones todo lo que ha habido en el pasado. Es un proceso de creación, que incluye una "revaloración de los valores" a fondo, la comprensión marxista-leninista de la vida espiritual de la sociedad y de las realizaciones de toda la cultura mundial.

Con tal motivo reviste mucho interés la investigación y la interpretación marxistas de la historia universal de la filosofía, algo así como expresión concentrada del progreso espiritual de la humanidad, síntesis de la cultura y reflejo ideológico de la lucha de clases, partidos y distintos grupos sociales.

Toda la historia de la filosofía muestra el desarrollo natural y lógico del pensamiento social por el camino de la afirmación de la concepción materialista científica del mundo.

Las concepciones premarxistas y las no marxistas modernas de la historia de la filosofía, partiendo de la comprensión idealista del mundo, presentan el desarrollo de las corrientes filosóficas, ya bien como una sucesión casual de diferentes criterios filosóficos, ya como un proceso puramente lógico, pretendidamente independiente del progreso de la vida material de la sociedad.

C. Marx y F. Engels, partiendo de su concepción materialista de la historia, fueron los primeros en mostrar que la filosofía, al igual que las otras formas de conciencia social, venía condicionada, en última instancia, por el régimen de la vida social. Tras de destacar de todo el conjunto de problemas filosóficos y de definir correctamente el problema filosófico principal –el de la relación entre el pensar y el ser–, Marx y Engels descubrieron la más importante ley objetiva del desarrollo de la filosofía, la lucha entre el materialismo y el idealismo, que refleja, al fin y al cabo, los intereses y las aspiraciones de las distintas clases de la sociedad.

Un valioso aporte al estudio de la historia de la filosofía se debe a V. I. Lenin. Seleccionando escrupulosamente lo que había de valioso en las doctrinas del pasado, Lenin subrayaba siempre la importancia fundamental de la lucha de las ideas de vanguardia contra las reaccionarias y conservadoras, de la lucha de la orientación materialista contra la idealista en la filosofía, señalando que esta lucha no podía envejecer mientras existían clases opuestas y que la filosofía contemporánea era tan partidaria como dos mil años antes.

De suyo se entiende que el marxismo está lejos de la comprensión simplista y esquemática de la relación que existe entre la lucha de clases y el desarrollo de la filosofía, pero arranca de que la lucha de los partidos en filosofía expresa, al fin y a la postre, la tendencia y la ideología de las clases antagónicas. Es natural que en cada caso concreto el marxismo exija que se establezcan todos los eslabones que median entre estos procesos, que se tenga en cuenta lo específico de las leyes a que obedece el progreso de la filosofía como forma especial de conciencia social. Empero sería grave error, como ocurre, a veces, al hacerse alusiones al carácter específico histórico (la filosofía antigua y medieval) o regional (la filosofía india y china), negar la ley objetiva general del desarrollo de la historia de la filosofía: la lucha entre el materialismo y el idealismo.

La lucha entre el materialismo y el idealismo se ha librado siempre en torno de los problemas más importantes, cardinales de la filosofía, aunque, a veces, no parezca más que una discusión abstracta sobre problemas especulativos.

En el mundo antiguo, la oposición entre las concepciones materialistas y las idealistas se manifestaba más acusadamente en la *con-*

cepción de la naturaleza de las cosas, de la esencia del mundo. Por algo el famoso libro del filósofo materialista romano Lucrecio Caro, algo así como un balance de la filosofía antigua, se denomina *De la Naturaleza.*

Los ideólogos de los grupos sociales reaccionarios han tratado de resolver el problema de la esencia de la naturaleza, de "la naturaleza de las cosas" en el sentido de la mitología religiosa logificada. Afirmaban que el mundo era la encarnación del principio espiritual, de las ideas, y, por ende, las cosas eran ideales, espirituales por su naturaleza. En oposición a ello, los materialistas defendían el criterio de que el mundo era material por su naturaleza. Y aunque esta base material inicial del mundo se denominase de distinta manera entre los pensadores indios, chinos y griegos, todos los materialistas antiguos la reducían a las partículas minúsculas que se llamaban átomos y otros elementos materiales. En la solución de este problema, en la concepción de la naturaleza de las cosas, se han manifestado con particular fuerza las dos líneas opuestas de la filosofía antigua: la "línea de Demócrito" y la "línea de Platón". Aristóteles, al criticar las ideas de Platón, vacilaba entre el materialismo y el idealismo, pero los propios titubeos eran ya una prueba de que en filosofía se habían definido claramente dos corrientes opuestas en la comprensión de la naturaleza del mundo.

En la filosofía antigua fueron planteados los problemas cardinales de la teoría del conocimiento, como también de la ética y la estética. La lucha entre el materialismo y el idealismo ha sido siempre, desde sus primeros pasos, a la vez, una lucha entre la ciencia y la religión. La concepción materialista de la naturaleza, tal y como es, sin más adiciones, el reconocimiento de la eternidad y la infinidad de la materia no dejaba lugar para el otro mundo, para el mundo sobrenatural. En cambio, la filosofía idealista, en oposición al materialismo, se ha presentado desde el comienzo como una religión refinada y sutilizada. Por algo el idealismo de Platón fue una de las fuentes del cristianismo.

Aunque los idealistas de la antigüedad hubiesen estudiado importantes problemas del progreso del conocimiento, se hubiesen dedicado a la investigación de las formas y las leyes del pensamiento y hubiesen prestado atención a la dialéctica de los conceptos, no pudieron unir orgánicamente la filosofía a la ciencia. La orientación científica en el desarrollo de la filosofía se debe a los representantes del materialismo.

Ya en la filosofía oriental antigua surgen doctrinas dialécticas de la mutabilidad universal y del movimiento eterno del mundo material (el budismo temprano), así como del carácter lógico de esta

mutabilidad (la filosofía tao, en China). Pese a su carácter ingenuo y espontáneo en muchos aspectos, el materialismo y la dialéctica del Oriente Antiguo desempeñaron un papel positivo en el avance de los conocimientos científicos.

Los materialistas de la antigüedad, sobre todo Heráclito y sus adeptos, eran los más vivos representantes de la dialéctica ingenua primitiva. Consideraban que en la naturalcza no había nada inmutable, que todo fenómeno se hallaba en proceso de cambio, renovación y desarrollo, aunque, dada la ausencia de los indispensables conocimientos científicos, no estaban en condiciones de ofrecer un análisis concreto de este proceso universal.

En la Edad Media, la lucha entre los campos fundamentales de la filosofía adquirió la forma de lucha del librepensamiento contra la religión, de la razón contra la ciega fe. El aforismo de Tertuliano "Creo porque es absurdo" viene a simbolizar el espíritu antiintelectualista de la filosofía idealista medieval.

En la época del feudalismo predominaba la ideología de la Iglesia. La filosofía idealista estaba al servicio de la teología. Los filósofos y los teólogos oficiales se dedicaban más que nada a la búsqueda de pruebas filosófico-teológicas de la existencia de Dios. Así, por ejemplo, la "prueba ontológica" era un intento de deducir del concepto de Dios, en tanto que "ser omniperfecto", la necesidad de su existencia. Los idealistas afirmaban que los conceptos universales tenían su existencia propia, es decir, que existían fuera de la conciencia humana y formaban la base divina de todas las cosas.

En tales condiciones, las tentativas de librepensamiento, de contraponer los conocimientos a la fe y la ciencia a la religión, adquieren la peculiar forma de oposición a la interpretación teológica de los universales. Los adversarios de la teología oficial no consideraban realidades los conceptos, sino las cosas concretas y los fenómenos concretos. Para ellos, los conceptos eran los nombres, las denominaciones de las cosas, que nosotros percibimos a través de nuestros órganos de los sentidos. Semejantes concepciones constituyeron el llamado nominalismo. Este último tendía en cierta medida el camino de la investigación de lo particular, lo individual, lo concreto, es decir, de las cosas reales.

Por tanto, en la filosofía medieval se desplegó una encarnizada lucha en torno al problema *de la naturaleza del concepto y, con tal motivo, de la naturaleza del conocimiento humano.* Los idealistas veían la base del conocimiento en las Sagradas Escrituras, en los dogmas religiosos, en la revelación mística. Sus adversarios, al acercarse al materialismo, consideraban que el mundo exterior, la expe-

riencia, era la fuente de los conocimientos. Los nominalistas estaban relacionados con las ciencias naturales. El pensamiento materialista no se manifestaba entonces tanto en la forma específicamente filosófica cuanto en los embriones de las ciencias naturales: en la medicina, la química y la astronomía. En la Edad Media, el pensamiento filosófico de los pueblos del Este, al igual que del Oeste, tenía en lo fundamental un matiz religioso; sin embargo se desarrolla en ella la influyente tendencia antirreligiosa, laica. Ocupa un lugar considerable el estudio del método del conocimiento científico y, ante todo, de los problemas de la lógica. Los materialistas emplearon con arte la lógica para refutar la tesis teológica de la existencia del alma independiente del cuerpo. Así, Fan Chen, pensador chino de los siglos V-VI, decía que el alma guardaba la misma relación con el cuerpo que lo "afilado" con la "hoja del cuchillo"; del mismo modo que no puede haber nada "afilado" sin cuchillo, no existe alma sin cuerpo.

En la época moderna, vistos el progreso de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa y el surgimiento de numerosas disciplinas científicas, el problema *de la naturaleza del conocimiento científico, del método científico y de las leyes objetivas del proceso de conocimiento* ha adquirido aún mayor significación en la lucha entre el materialismo y el idealismo. ¿Qué es la fuente de nuestro conocimiento del mundo exterior: los sentidos o la razón? ¿Existen ideas innatas? ¿Se pueden formar, sobre la base de la experiencia, los conceptos (las categorías) más generales? Estos y otros problemas de la teoría del conocimiento van unidos indisolublemente al desarrollo de las ciencias naturales.

Los materialistas toman por base de la teoría del conocimiento la percepción del mundo exterior a través de los órganos de los sentidos, la experiencia, creando así el "sistema de la naturaleza", es decir, investigando la concepción sistemática de la naturaleza como un todo único e integral (incluyendo al hombre). Tal es, por ejemplo, el *Sistema de la Naturaleza* de Holbach; la denominación de esta eminente obra del materialista francés del siglo XVIII ofrece una prueba patente de la misión fundamental de la filosofía materialista de la época. Era una forma nueva, más perfecta, del materialismo, ligada a la propagación de métodos analíticos y de la experiencia científica en las ciencias naturales. Al mismo tiempo cabe señalar que el materialismo de la nueva época, aunque contenía brillantes elementos de dialéctica, era, más que nada, metafísico, mecanicista. Ello se debía a que de todas las ramas del saber, la que mayor desarrollo había adquirido y que ocupaba la situación dominante era a la sazón la mecánica.

Los primeros filósofos e ilustradores burgueses –F. Bacon y J. Toland (Inglaterra), C. Helvecio, D. Diderot y P. Holbach (Francia), B. Espinosa (Holanda), B. Franklin y T. Jefferson (EE.UU.), J. Alzate (México) y otros– defendían el materialismo y otras ideas del progreso y sometían a dura crítica el idealismo y la religión. Muchos de ellos actuaban bajo la consigna de la libertad, la igualdad y la fraternidad, preparando ideológicamente el asalto de los pilares del feudalismo.

Los idealistas le oponían al materialismo y al "sistema de la naturaleza" materialista el sistema de la "razón pura", "de la idea absoluta", etc. Esto halló su expresión en la *Crítica de la razón pura* de Kant. Y la filosofía de Hegel vino a ser algo así como un sistema general de concepciones idealistas del mundo y del proceso de conocimiento. En contradicción con este sistema se hallaba el método dialéctico elaborado por Hegel. La dialéctica de Hegel tenía un carácter místico, ya que elevaba los conceptos al absoluto; no obstante, en la dialéctica de los conceptos se reflejaba indirectamente la dialéctica de las cosas.

El comienzo de la época cualitativamente nueva de la historia del pensamiento social, la revolución en el desarrollo espiritual de la humanidad, en general, fue la aparición del marxismo.

A mediados del siglo XIX, cuando se formaba el marxismo, salió a primer plano el problema de las *leyes objetivas y los destinos del desarrollo social.* En este terreno se desplegó también una enconada lucha entre el materialismo y el idealismo. En las obras de los economistas, los historiadores y los socialistas utópicos se discutían ampliamente los problemas de la vida social. En dichos problemas se centraron la atención y la actividad filosófica de los demócratas revolucionarios.

Sin embargo, hasta las teorías más progresistas anteriores a Marx no podían llegar a la explicación materialista científica de la historia. Marx y Engels, como ideólogos de la nueva clase, la más revolucionaria –el proletariado–, extendieron por vez primera el materialismo a la concepción de la vida social, crearon y desarrollaron la concepción materialista de la historia, ofrecieron un profundo análisis materialista de los nuevos problemas del desarrollo social y argumentaron la teoría y la táctica de la lucha de clases. *El Capital* de Marx es una aplicación clásica y encarnación de la filosofía materialista en la creación de la Economía política de la clase obrera.

Ahora bien, el marxismo no significaba sólo la elaboración de una nueva teoría del desarrollo social, una concepción materialista de la historia. Significaba, a la vez, la formación de una concepción filosófica integral, que conjugaba, constituyendo una unidad orgáni-

ca, la teoría científica y el método filosófico científico. Esta concepción ofreció la interpretación materialista de las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano.

Partiendo de las realizaciones de las ciencias naturales y sociales, sintetizando la experiencia del progreso histórico, Marx y Engels crearon una filosofía auténticamente científica: el materialismo dialéctico e histórico.

Las ideas del materialismo y la dialéctica se abrían paso espontáneamente en la ciencia, sobre todo en las ciencias naturales del siglo XIX. Las planteaba la propia marcha del desarrollo social, es decir, los éxitos de la producción, el progreso de la ciencia y la técnica, lo mismo que la agravación de las contradicciones sociales y de la lucha de clases.

El avance de la producción industrial basado en la utilización de la máquina de vapor, el incremento de la minería y el paso a la agricultura intensiva ofrecieron datos extraordinariamente ricos para el conocimiento científico de la naturaleza y el descubrimiento de la dialéctica de los procesos naturales. El empleo de la máquina de vapor sirvió de impulso para la física y la química, para la revelación de los procesos de cambio y transformación de la materia y la energía. La minería hizo avanzar el estudio de la corteza terrestre, lo cual llevó a la idea del desarrollo en la geología. Las demandas de la agricultura intensiva estimularon el estudio de las especies animales y las variedades vegetales, lo cual hizo surgir la idea de su mutabilidad y desarrollo. El descubrimiento de la célula orgánica y los procesos de crecimiento de los organismos hizo sacar la misma conclusión científica.

El nacimiento del darvinismo y la afirmación de sus ideas en la ciencia significó uno de los mayores adelantos de la razón humana en la revelación de los secretos recónditos de la naturaleza, una victoria brillante del materialismo y la dialéctica sobre la visión del mundo religiosa, idealista y metafísica.

Es de notar que las concepciones dialécticas y materialistas espontáneas de Darwin acerca de la naturaleza orgánica se cristalizaron precisamente cuando los guías y teóricos del movimiento obrero mundial C. Marx y F. Engels formulaban sus concepciones científicas consecuentes del mundo: la filosofía del materialismo dialéctico e histórico.

El año de la publicación de *El origen de las especies* de C. Darwin vio la luz también el libro de C. Marx *Contribución a la crítica de la Economía política*, en el que se formulaban las ideas fundamentales expuestas luego detallada y circunstanciadamente por Marx en *El Capital*. Es sabido que el libro de Darwin *El origen de las*

especies fue fruto de veintidós años de trabajo del autor. Ya en 1837, Darwin comenzó a hacer apuntes en un cuaderno, en el que anotaba sus ideas acerca del desarrollo del mundo orgánico. En 1842 redactó un ensayo breve y, en 1844, un ensayo bastante detallado de la teoría del desarrollo del mundo orgánico.

Precisamente en esos años se plasmaban las concepciones filosóficas y políticas de Marx y Engels como ideólogos de la clase obrera. Los principales jalones en ese camino del democratismo revolucionario al comunismo y del idealismo al materialismo son los trabajos de Marx y Engels pertenecientes a 1842-1844. Sus obras conjuntas *La sagrada familia* (1844-1845) y *La ideología alemana* (1845-1846) suponen el nacimiento de una nueva concepción del mundo.

Las premisas de la nueva concepción del mundo no se debían sólo a los éxitos de las ciencias naturales logrados merced a la transformación de los objetos de la naturaleza en el proceso de la labor de producción. Un viraje cardinal se produjo en el desarrollo histórico, en la estructura de clases de la sociedad y en la correlación de las fuerzas sociales: apareció una clase nueva, revolucionaria hasta el fin –el proletariado–, llamada por la propia historia a acabar con el régimen capitalista y a crear la sociedad socialista.

Con el desarrollo del capitalismo y del movimiento obrero fueron madurando las condiciones para la transformación de la vida social sobre bases completamente nuevas. Todo eso hizo posible el surgimiento de la dialéctica como ciencia.

La vieja visión del mundo religiosa e idealista, aunque seguía siendo la dominante, entraba en pugna inconciliable con las fuerzas de la concepción del mundo nueva y progresista. Era natural que sólo C. Marx y F. Engels, los ideólogos del proletariado, de la única clase revolucionaria y progresista hasta el fin, pudiesen adquirir plena conciencia de este proceso, sintetizar científicamente los datos de la ciencia y la práctica y crear sobre la base de dicha síntesis la visión del mundo nueva, dialéctico-materialista.

Darwin tomó espontáneamente el camino del materialismo y la dialéctica, al reconocer la mutabilidad de las especies. Marx, al emplear conscientemente el método dialéctico, descubrió y argumentó la mutabilidad de las formaciones sociales. Al fijar la atención en esta circunstancia, Engels, en su discurso junto a la tumba de Marx, dijo: "Del mismo modo que Darwin descubrió la ley del desarrollo del mundo orgánico, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana. . ."[1]

---

[1] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 19, pág. 350.

La misión histórica de emancipar a la clase obrera de la explotación y la opresión exigió que se elaborara en todos los aspectos la concepción científica materialista del mundo.

El materialismo dialéctico de Marx y Engels vino a ser una síntesis del conocimiento científico de la naturaleza y la sociedad y, a la vez, fundamento filosófico del comunismo científico como teoría general de la transformación de la sociedad sobre principios comunistas mediante la revolución socialista y la dictadura del proletariado.

De modo que la propia aparición del materialismo dialéctico e histórico guarda relación con la salida del proletariado revolucionario a la palestra histórica, con la aparición de la clase cuyos intereses coinciden enteramente con el rumbo general del progreso social. La filosofía de dicha clase no podía por menos de asentarse sobre una base rigurosamente científica y en la comprensión de la marcha objetiva de la historia, de las leyes generales del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento humano. La filosofía materialista vino a ser la bandera ideológica militante de la clase obrera.

Las distintas formas de socialismo pequeñoburgués, basadas en la filosofía idealista, no podían dar una respuesta satisfactoria a las necesidades de la clase obrera, la cual buscaba a tientas las vías y los medios de su liberación, no estaban en condiciones de poner al descubierto las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad. Sólo el marxismo, que había sintetizado la experiencia de la lucha de las grandes masas populares y, lo que era lo principal, la práctica de la lucha de clase del proletariado, respondía a las necesidades teóricas y prácticas del movimiento obrero. Sólo el marxismo ayudó a la clase obrera a adquirir una conciencia clara de su papel histórico, los objetivos de su lucha y las vías para lograrlos, para emancipar a toda la humanidad del régimen de miseria y explotación y para construir la sociedad comunista.

Al aparecer la concepción filosófica de la clase obrera cambiaron de raíz el contenido, el carácter y las funciones de la filosofía. Antes, la filosofía era patrimonio de un reducido círculo de personas instruidas y no estaba ligada al pueblo. Los filósofos se dedicaban más que nada a explicar el mundo, pero no se planteaban transformarlo en beneficio de los trabajadores. Ello se debía a que la filosofía se desarrollaba bajo la influencia determinante de los intereses de las clases pudientes, incapaces de reorganizar la sociedad en favor de los trabajadores. Hasta los filósofos burgueses revolucionarios que habían atacado resueltamente en su tiempo el orden de cosas feudal caduco, no rebasaban el marco de las ideas de la propiedad privada y de la sociedad de clases.

Así se explica la peculiaridad de la filosofía premarxista, ya que daba una interpretación idealista de los fenómenos de la vida social. No sólo los filósofos idealistas, sino también los partidarios de la explicación materialista de la naturaleza se atenían, por lo común, a concepciones idealistas de la sociedad. No veían las bases de la vida social en el desarrollo económico de la sociedad, sino en el progreso del "espíritu", de la "razón", de las "ideas".

Los ideólogos de las clases pudientes no podían ocupar una posición científica, materialista, en la interpretación de la vida social, ya que el materialismo en sociología conduce lógicamente a conclusiones socialistas, descubre el avance objetivo de la sociedad hacia el socialismo, cuyo portador material es el proletariado.

Ocupan un lugar especial en el desarrollo del pensamiento filosófico los trabajos de los demócratas revolucionarios y, ante todo, los eminentes predecesores de la socialdemocracia rusa: Belinski, Herzen, Chernyshevski y Dobroliúbov.

Las concepciones filosóficas de los demócratas revolucionarios del siglo XIX de Rusia y otros países de Europa Oriental, en proceso de transición del feudalismo al capitalismo, recogieron lo mejor que tenía el materialismo de los siglos XVII y XVIII, pero no eran una simple repetición del mismo. Suponían un paso adelante, un nuevo tipo de materialismo. Los ideólogos de la democracia revolucionaria no expresaban los intereses de la burguesía, sino de las masas trabajadoras oprimidas, en primer término, de los campesinos. Los representantes de la filosofía democrática revolucionaria superaban con éxito el carácter metafísico y contemplativo del viejo materialismo, trataban de reelaborar de modo materialista los mejores adelantos de la filosofía precedente, sobre todo la dialéctica de Hegel, unían la filosofía a la vida, la sometían a los intereses de la lucha revolucionaria contra el régimen autocrático y feudal.

Los pensadores de vanguardia de los pueblos de Rusia –Shevchenko, Kalinovski, Chavchavadze, Nikoladze, Ajúndov, Nalbandián, Valijánov y otros– luchaban activamente contra la reacción y el idealismo, defendían los intereses de los trabajadores y procuraban difundir las realizaciones de la cultura rusa y mundial. Eminentes escritores filósofos de los pueblos de la URSS, como Iván Frankó, Lesia Ukraínka, Janis Rainis y otros, conocían las ideas de los fundadores del marxismo y coadyuvaban a la propagación de las mismas, aun ocupando ellos mismos posiciones democrático-revolucionarias, sin llegar a ser marxistas.

Los historiadores burgueses ponen mucho celo en presentar las cosas de tal manera que se crea que los pueblos de Europa Oriental pertenecen a la categoría de los "no filosóficos" y que en la historia

de éstos no hubo pensamiento filosófico propio. Los hechos históricos refutan enteramente esta opinión reaccionaria y preconcebida. En medio del ascenso del movimiento antifeudal y de liberación nacional de las masas populares, de la formación y del desarrollo del movimiento obrero, en los países de Europa Oriental se desarrollaban las tradiciones nacionales progresistas en la filosofía y el pensamiento social, más que nada en la esfera de la sociología, la ética y la estética. Abnegados luchadores contra el oscurantismo, los pensadores de vanguardia de los países de Europa Oriental (Dembowski, Markovič, Pelagić, Karadželov, Botev, Neruda, Bălcescu, Petöfi y otros) defendían el materialismo en filosofía, al igual que el realismo y el carácter popular en el arte.

A la vez que se aprecian en alto las concepciones filosóficas y sociológicas de los demócratas revolucionarios, no se puede por menos de advertir que estos últimos no llegaron hasta el socialismo científico, ya que expresaban la ideología del movimiento preproletario.

Precisamente la unión del proletariado con la filosofía marca una nueva etapa en el progreso del pensamiento filosófico. En relación con eso conviene recordar la famosa frase del joven Marx: "Del mismo modo que la filosofía encuentra en el proletariado su arma *material*, el proletariado encuentra en la filosofía su arma *espiritual*. . ."[2] La misma idea se expresa de modo figurado de la siguiente manera: la cabeza de la emancipación humana es la filosofía, y su corazón, el proletariado.

La filosofía se ha erigido en arma ideológica poderosa del proletariado en su lucha emancipadora. Por vez primera en la historia, salió al palenque como arma ideológica de las masas en lucha por la reorganización comunista de la sociedad.

La filosofía de Marx es una síntesis revolucionario-crítica y un desarrollo creador de lo que hay de más valioso y progresista en la herencia ideológica de la filosofía. Como se sabe, las grandes ideas de la burguesía progresista de los siglos XVII-XVIII, ideas proclamadas casi simultáneamente por F. Bacon y R. Descartes, fueron la idea del dominio de las fuerzas espontáneas de la naturaleza y la de la organización racional de la vida social. La identificación racionalista de las bases lógica y empírica, la argumentación de la inducción como método de investigación experimental sistemática y la idea de la *harmonia praestabilitada* eran todas ellas distintos enfoques filosóficos del imperativo categórico de la época de las revoluciones burguesas: transformar racionalmente las relaciones humanas, hacerlas

[2] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 1, pág. 428.

efectivamente humanas. Precisamente esta reivindicación de la época, que la burguesía progresista no podía más que proclamar, pero no llevar a la práctica, obtuvo su expresión clásica en el famoso aforismo de Hegel: todo lo real es racional y todo lo racional es real. Los críticos burgueses contemporáneos de Hegel rechazan de plano esta idea hegeliana, sin advertir en ella el grano racional. Estos críticos de Hegel, abjurando las progresistas tradiciones de la filosofía clásica burguesa, se inclinan a contraponer al panlogismo hegeliano el idealismo irracionalista, que afirma que todo lo real es irracional y todo lo racional es irreal.

Marx y Engels revisaron con espíritu crítico revolucionario las ideas racionales de Hegel, al igual que las de otros grandes pensadores del pasado. Este trabajo lo prosiguió Lenin, gran continuador de Marx y Engels, que enriqueció también la filosofía del marxismo, sintetizando teóricamente la experiencia histórica y analizando los grandes descubrimientos de las ciencias naturales. Los continuadores de Marx, Engels y Lenin parten de estas grandiosas realizaciones del materialismo dialéctico e histórico.

La filosofía marxista-leninista se pronuncia en contra del principio subjetivista del deber abstracto y de contraposición de los ideales a la realidad viva. La propia realidad social en proceso de desarrollo engendra ideales y los pone en práctica en su desarrollo sucesivo en el proceso del trabajo y la lucha de las masas populares y las fuerzas sociales progresistas. "Por eso, la humanidad –escribía Marx– se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan, o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización"[3].

En nuestra época, los ataques al sano optimismo histórico se han convertido en el último grito de la moda en la filosofía burguesa. El pesimismo social de una parte considerable de los filósofos burgueses contemporáneos es una condena a toda protesta contra las relaciones de producción capitalistas, que han agotado ya históricamente sus posibilidades. Es la refinada prédica del conformismo, que, no obstante, se presenta ataviado de no conformismo, valiéndose ampliamente de la seudocrítica del capitalismo, de la fraseología anticapitalista, pero, en realidad, justificando el capitalismo moderno, al que proclama radicalmente transformado.

Los críticos burgueses de la filosofía del marxismo le atribuyen constantemente la concepción hegeliana y, en última instancia, providencialista, fatalista, del proceso histórico universal. Mientras tanto,

[3] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 13, pág. 7.

precisamente la filosofía del marxismo ha demostrado científicamente la tesis proclamada, pero no probada por los materialistas anteriores: los hombres son los que hacen su propia historia. Ni el ambiente geográfico ni la naturaleza en general (incluida la naturaleza humana) determinan el carácter del desarrollo de la sociedad. Esa fuerza determinante son las fuerzas productivas y las correspondientes relaciones de producción, las cuales, como se sabe, son obra de los propios hombres, es decir, de las generaciones de hombres que se suceden, basándose cada una en los resultados de la actividad de las generaciones precedentes. Precisamente por eso la necesidad histórica no reviste un carácter físico, sino socioeconómico, y en el marco de esta necesidad se efectúa la actividad consciente, libre, dentro de ciertos límites, de los individuos, los grupos sociales, las clases y los partidos. El socialismo científico arranca de esta concepción científica filosófica y dialéctico-materialista del proceso sociohistórico, fundamentando así tanto la inevitabilidad histórica de la reorganización socialista de la sociedad como el papel decisivo de la obra social consciente de las masas en la puesta en práctica de dicha reorganización.

En el curso del desarrollo posterior del pensamiento filosófico de fines del siglo XIX y comienzos del XX, a los problemas filosóficos ya conocidos se suman otros, en particular, los complejos *problemas filosóficos de las ciencias naturales contemporáneas.* La lucha entre el materialismo y el idealismo se agudiza violentamente en esta esfera.

La filosofía de la clase obrera, generalizando la experiencia de la obra histórica de los pueblos, se enriquece sin cesar. Su desarrollo no se interrumpe siquiera en los períodos de desenfreno de las fuerzas reaccionarias y agresivas. Es sintomático que en los duros años de la reacción, después de la revolución de 1905, cuando el zarismo y sus paniaguados arremetieron contra la clase obrera y los dirigentes de ésta, Lenin, fundador y jefe del Partido Comunista, atribuía primordial significación al desarrollo de la concepción materialista del mundo. Precisamente en ese período fue escrito su famoso trabajo *Materialismo y empiriocriticismo.*

En su libro, Lenin investiga en todos los aspectos los principales problemas del materialismo dialéctico e histórico sobre la base de la gigantesca experiencia de la lucha revolucionaria de la clase obrera y de todos los trabajadores en la nueva época, en la época del imperialismo, dando una síntesis filosófica de los más recientes adelantos de las ciencias naturales, desarrollando y argumentando el principio del partidismo de la filosofía y ofreciendo una circunstanciada crítica de la ideología burguesa y del revisionismo filosófico. El

materialismo filosófico marxista adquiere en *Materialismo y empiriocriticismo* un aspecto nuevo, contemporáneo, que marca una nueva etapa en el progreso de la filosofía marxista.

Al explicar la importancia de la lucha filosófica en el período de la reacción, Lenin escribe: "Cuando las masas están digiriendo la nueva y excepcional experiencia de la lucha revolucionaria directa, la lucha teórica por la concepción revolucionaria del mundo, es decir, por el marxismo revolucionario, se convierte en la consigna del día"[4].

La reacción desencadenada en Rusia no era un fenómeno específico ruso. Con el advenimiento de la época del imperialismo, la burguesía de todos los países hizo un viraje radical, pasando de la democracia a la reacción. En la esfera ideológica, la ofensiva de la reacción se dirigió contra el materialismo en general y contra el materialismo dialéctico en particular.

En el sector filosófico del frente ideológico se creó una situación muy peculiar. La ofensiva de la reacción se desplegó cuando el materialismo obtenía una victoria tras otra en el dominio de las ciencias naturales y sociales, cuando la mayoría de los naturalistas ocupaba espontáneamente las posiciones del materialismo científico-natural. Por eso, los filósofos reaccionarios, al combatir el materialismo, encubrían sus concepciones subjetivo-idealistas con toda clase de terminología materialista, se presentaban bajo los atavíos de "realismo" y de defensores del "experimento puro". Hacían pasar sus concepciones idealistas por "filosofía de las ciencias naturales del siglo XX".

En nuestra época, estas contradicciones y tendencias a la adaptación de la filosofía burguesa denunciadas por Lenin se manifiestan aún más acusadamente. Las grandes victorias de la ciencia y la técnica refuerzan las posiciones del materialismo en su lucha contra el misticismo y las supersticiones religiosas. Sin atreverse a un ataque frontal sobre las bases materialistas de las ciencias naturales, los filósofos burgueses preconizan esforzadamente el positivismo bajo la consigna: "La ciencia es su propia filosofía". La renuncia a una concepción filosófica íntegra del mundo es un procedimiento calculado para apartar a los naturalistas de las posiciones del materialismo y arrastrarlos a la telaraña del idealismo.

Esta es la razón de que sean tan actuales las ideas de Lenin acerca de la conexión orgánica entre el materialismo y las ciencias naturales, acerca de la incompatibilidad del idealismo y la auténtica ciencia. El idealismo filosófico es por su propia esencia hostil a

[4] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 17, pág. 294.

las ciencias naturales, predica la falta de fe en las fuerzas creadoras de la ciencia y se reduce, de una manera o de otra, a la defensa o apoyo de la religión. Y la filosofía materialista, en oposición al idealismo, está siempre con las ciencias naturales, ejerce cada vez mayor influencia en su progreso y les suministra las armas ideológicas para combatir el fideísmo. Por ejemplo, las concepciones filosóficas atomistas de los pensadores materialistas de la antigüedad (sobre todo Demócrito, Epicuro y Lucrecio Caro) contribuyeron a la formación y al desarrollo en nuestra época de la teoría atomista, una de las más fecundas de las ciencias naturales. El inquebrantable convencimiento de los filósofos materialistas rusos del siglo XIX (entre otros Chernyshevski) de que la materia es primaria, y la conciencia, secundaria, de que el cerebro humano es órgano de pensamiento, que este último es función del cerebro, ha contribuido a la solución de uno de los problemas más complejos y difíciles de las ciencias naturales –el problema del estudio experimental del cerebro–, a la elaboración de la teoría de los reflejos de la actividad nerviosa superior de los animales y del hombre y al descubrimiento de las leyes objetivas que presiden esta actividad (Séchenov y Pávlov).

Nadie niega la colosal influencia benéfica del materialismo dialéctico en el desarrollo de la física y otras ramas de la ciencia moderna. Por su parte, las ciencias naturales son siempre el fundamento granítico sobre el que descansa el materialismo. El progreso de las ciencias naturales es el proceso en el que toman cada vez más claramente el camino del conocimiento materialista y dialéctico de la naturaleza.

Se oponen activamente a las doctrinas reaccionarias en filosofía tanto las teorías filosóficas materialistas como las teorías más avanzadas de las ciencias naturales. En los siglos XVII y XVIII se pronunciaron contra el idealismo eminentes naturalistas que enriquecieron la filosofía materialista: entre otros G. Galilei, J. Priestley y M. Lomonósov. En la segunda mitad del siglo XIX aplicaron las concepciones materialistas a la ciencia, entre otros, los naturalistas progresistas C. Darwin, E. Haeckel, C. Bernard, van't Hoff, L. Boltzmann, A. Gray, D. Mendeléev y K. Timiriázev. Los descubrimientos y las investigaciones de los naturalistas progresistas, refutando el idealismo, brindaban un material científico-natural cada vez más profuso que confirmaba la teoría materialista del conocimiento, ideas acerca del carácter material del mundo y de unidad del mismo, de que la materia es primaria, y la conciencia, secundaria, así como otras muchas verdades del materialismo.

El marxismo puso fin a las ideas imperantes de que la filosofía

era la "ciencia de las ciencias" y mostró que la filosofía podía y debía influir en las ciencias naturales como teoría y método de conocimiento. A su vez, la filosofía (el materialismo filosófico) fue adquiriendo nuevos rasgos con cada nuevo e importante descubrimiento de las ciencias naturales.

Lenin hizo patente la existencia de dos corrientes filosóficas en las ciencias naturales, refiriéndose a las conclusiones gnoseológicas que se sacaban de los nuevos datos de la ciencia. La lucha entre estas dos corrientes –el materialismo y el idealismo– prosigue a escala internacional, probando palpablemente el partidismo de la filosofía aplicado tanto a las ciencias sociales como a las naturales.

Lenin defendió resueltamente los principios del materialismo contra los revisionistas, defendió el desarrollo con sentido creador de la filosofía materialista en oposición a los dogmáticos. Hacía recordar la conocida tesis marxista de que con cada descubrimiento que hacía época en las ciencias naturales y la historia de la humanidad el materialismo debía cambiar inevitablemente de forma. Aquí Lenin denunció el procedimiento de los revisionistas que consistía "en traicionar a la *esencia* del materialismo, bajo la apariencia de criticar sus *formas*, y en adoptar las proposiciones fundamentales de la filosofía burguesa reaccionaria. . ."[5]

El partidismo marxista en filosofía significa aplicación consecuente de la orientación materialista e intransigencia para con las invenciones y vacilaciones idealistas. En ese principio del partidismo en filosofía se encarna la posición de clase del proletariado.

En el *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin desarrolla la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, pone a descubierto con gran profundidad la esencia y la importancia de la revolución en las ciencias naturales y responde de modo exhaustivo a los problemas filosóficos planteados por dicha revolución. Lenin formula y argumenta la famosa tesis que encabeza el desarrollo de las ciencias naturales contemporáneas: "El electrón es tan *inagotable* como el átomo".

Lenin revela la dialéctica de la naturaleza partiendo de los últimos datos de las ciencias naturales. Los notables descubrimientos científicos adquieren una interpretación materialista, y las conclusiones gnoseológicas que los idealistas sacan de los nuevos datos ofrecidos por las ciencias naturales se ven refutadas y derrotadas definitivamente.

Lenin muestra que la nueva física, al igual que la mecánica, es reflejo de la materia en movimiento. Una de las peculiaridades de

---

[5] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 18, pág. 266.

la nueva física consiste en que es una copia del movimiento real a gigantescas velocidades, mientras que la mecánica era una copia de los movimientos de los cuerpos terrestres, efectivos, pero relativamente lentos. La mecánica de los cuerpos celestes operaba con grandes velocidades, pero nada más que con el traslado, es decir, el movimiento mecánico. La nueva física descubre formas antes desconocidas de movimiento material. La nueva física trata ya de velocidades extraordinariamente grandes, de nuevas formas de la materia y de nuevas formas del movimiento. En la nueva física, lo mismo que en la mecánica, no hay movimiento sin material. El descubrimiento de la división de los átomos y de las propiedades electromagnéticas de los electrones, lejos de rechazar, confirma el materialismo dialéctico. Lenin subraya que la transformación de la energía es un proceso objetivo, independiente de la conciencia del hombre.

El materialismo no guarda relación obligada con el panorama mecánico del mundo. La filosofía materialista da una interpretación gnoseológica correcta de las nuevas teorías físicas y rechaza las conclusiones gnoseológicas idealistas que se desprenden de estas nuevas teorías.

En la explicación de la vida social, lo mismo que de los fenómenos de la naturaleza, Lenin aplica de modo consecuente el principio de la verdad objetiva. El idealismo de Mach en sociología parte del sofisma de que, por cuanto en la sociedad actúan seres conscientes, toda la vida social es una vida síquica consciente, y que el ser social y la conciencia social son idénticos.

Lenin prueba que la conciencia social refleja el ser social, pero que es absurdo hablar de su identidad. El ser social existe objetivamente, es independiente de la conciencia social de los hombres. La principal misión de la ciencia consiste precisamente en comprender la lógica objetiva del desarrollo del ser social, a fin de adaptar a ella del modo más claro, explícito y fructífero la conciencia social.

Mientras en sociología y en el dominio de las ciencias naturales, los ideólogos burgueses negaban la vigencia de leyes objetivas, Lenin argumentó el carácter objetivo de las leyes a que obedecían la vida social y la naturaleza, consolidando así los cimientos materialistas de las ciencias naturales y sociales.

A lo largo de toda su ferviente actividad revolucionaria, Lenin se dedicó a elaborar las bases filosóficas del marxismo, aplicando con espíritu creador la dialéctica materialista al análisis de los nuevos procesos de la vida y del conocimiento científico.

En el siglo XX se plantean en toda su talla los problemas filosóficos relacionados con la crisis del capitalismo y la victoria del socia-

lismo. Se hace más y más enconada la lucha entre el materialismo y el idealismo, entre la concepción marxista y burguesa en la comprensión de las perspectivas del desarrollo social. Esta es la razón de que en el vértice del análisis materialista se encuentren los problemas del *progreso de las contradicciones del capitalismo en su fase imperialista, del hundimiento del capitalismo y de la victoria del socialismo, de las leyes objetivas y fuerzas motrices de la revolución socialista.* Estos importantes problemas hallan su genial solución en los trabajos de Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo, El Estado y la revolución* y otras obras del marxismo creador.

El foco principal del trabajo filosófico de Lenin en ese período es la investigación de todos los aspectos de la dialéctica materialista, su aplicación a la solución de los problemas candentes del conocimiento científico y del desarrollo social, de la política y la táctica de la lucha revolucionaria de la clase obrera.

Cabe observar que en los difíciles años de la primera guerra mundial, Lenin realizó una ingente labor de crítica y revisión materialista de la gran herencia filosófica de la humanidad desde los tiempos antiguos hasta el siglo XX. Los resultados de ese trabajo fueron publicados en los famosos *Cuadernos filosóficos* de Lenin, profundo manantial de pensamiento filosófico creador.

Entre los teóricos burgueses y revisionistas está muy propagada la tendencia a enfrentar el *Materialismo y empiriocriticismo* con los *Cuadernos filosóficos.* Así, R. Garaudy opone la teoría leninista del reflejo, que, según él, "liga el materialismo a la concepción caduca del empirismo", al criterio de Lenin expresado en los *Cuadernos filosóficos,* donde la dialéctica hegeliana permitió a Lenin descartar "toda contaminación de la teoría leninista del reflejo con la del empirismo"[6].

Efectivamente, en el *Materialismo y empiriocriticismo,* Lenin, al combatir las deformaciones idealistas de la filosofía marxista y las vacilaciones idealistas de ciertos naturalistas, centra su análisis en los fundamentos materialistas de la teoría materialista dialéctica del conocimiento. En los *Cuadernos filosóficos,* Lenin investiga, ante todo, los problemas de la dialéctica materialista, incluida la dialéctica del proceso de conocimiento y dirige el filo de su crítica contra la sofistería y la ecléctica de los líderes de la II Internacional. Desde luego, los *Cuadernos filosóficos* son una nueva etapa del desarrollo del materialismo dialéctico en los trabajos de Lenin, pero no

---

[6] R. Garaudy. *Lénine.* Paris, 1968, pp. 37, 41.

significan que se nieguen con eso los adelantos anteriores y, en primer término, su libro *Materialismo y empiriocriticismo.* Al contrario, no podremos comprender toda la profundidad de los *Cuadernos filosóficos* si no tenemos en cuenta lo hecho por Lenin antes en el dominio de la filosofía. Es misión de suma importancia de los filósofos marxistas aclarar y explicar las leyes objetivas de la etapa leninista en el desarrollo de la filosofía como proceso *único* en su diversidad de desarrollo de la teoría marxista en las nuevas condiciones de la marcha de la historia.

La indestructible unidad de la filosofía del materialismo dialéctico con el movimiento emancipador de la clase obrera hace patente la gran significación de la lucha de clase del proletariado para el progreso del conocimiento científico.

Lenin ofrece brillantes modelos de análisis de los procesos históricos desde las posiciones del materialismo dialéctico en sus trabajos sobre el imperialismo y la guerra imperialista y sobre las fuerzas motrices y los destinos de la revolución socialista. Al criticar la viciosa metodología de los demócratas pequeñoburgueses, que se denominaban a sí mismos marxistas, pero no sabían aplicar el marxismo a la vida y a la lucha revolucionaria práctica, Lenin escribía: "No han comprendido en absoluto lo decisivo del marxismo: precisamente su dialéctica revolucionaria"[7].

Una prueba viva de la incesante preocupación de Lenin por los destinos del continuo avance de la filosofía materialista es su trabajo *Sobre el significado del materialismo militante,* profundo programa de investigación de todos los aspectos de la filosofía materialista.

Los trabajos filosóficos de Lenin enseñan cómo hay que sintetizar los datos de la ciencia y la práctica, comprender la tendencia principal del desarrollo social y del progreso científico, advertir los brotes de lo nuevo y viable y apoyarse en las fuerzas sociales de vanguardia, a las que pertenece el porvenir.

La filosofía marxista se ha desarrollado en lucha intransigente contra toda clase de corrientes del idealismo, contra la ideología reaccionaria de la burguesía y el revisionismo.

Los clásicos del marxismo-leninismo han enfocado siempre la filosofía burguesa desde posiciones históricas concretas, en unidad indisoluble con el proceso general del devenir, desarrollo e inevitable desintegración y decadencia del régimen capitalista. Han diferenciado siempre con precisión las líneas ascendente y descendente en la historia de la filosofía burguesa.

---

[7] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 378.

Los ideólogos de la burguesía naciente, que había sido una clase progresista en los siglos XV-XVIII, preconizaban el materialismo en la ciencia, invocaban la razón y la libertad y luchaban resueltamente contra el feudalismo y su ideología: la escolástica, la religión y el idealismo. Sin embargo, cuando la burguesía llegó al poder político, sus ideólogos pasaron a emplear todos sus esfuerzos para defender y eternizar el régimen burgués. Esto dio lugar a la decadencia del pensamiento filosófico y sociológico burgués. El idealismo ocupó el lugar del materialismo, el misticismo sucedió al ateísmo militante; el irracionalismo y el voluntarismo sustituyeron las invocaciones de la razón, como única autoridad.

Con la aparición de la filosofía revolucionaria del proletariado, la misión principal de la filosofía burguesa pasó a ser la lucha contra el marxismo. Renunciando a sus reivindicaciones progresistas de otros tiempos, los ideólogos de la burguesía, a partir aproximadamente de mediados del siglo XIX, no crearon sistema filosófico alguno, por poco considerable que fuese. Al contrario, los rasgos distintivos del pensamiento filosófico burgués de ese período son la apelación al escolasticismo medieval, el resurgimiento de las escuelas idealistas enterradas hace mucho por el progreso de la ciencia y el empobrecimiento del pensamiento filosófico, el cual, a medida de la afirmación del capitalismo y de su paso a la fase imperialista adquiere caracteres cada vez más anticientíficos y reaccionarios. Las doctrinas filosóficas de Nietzsche y Schopenhauer en Alemania, de los intuitivistas de Francia, de los oscurantistas católicos de Italia, de los representantes de la filosofía aristócrata-burguesa de Rusia, etc. expresan la degradación de la filosofía burguesa, tan empeñada en demostrar el "carácter natural" y la "razón" del impopular régimen explotador.

Bajo la presión de los datos ofrecidos por la ciencia, que confirman brillantemente la verdad del materialismo, los filósofos burgueses procuran con creciente frecuencia camuflar sus concepciones anticientíficas idealistas, dándoles colores de "realismo", con lo cual, no obstante, sus concepciones no se vuelven científicas. Lo único que aparece son nuevos rótulos filosóficos, al estilo del positivismo, pragmatismo, existencialismo, etc.

El progreso del pensamiento filosófico tiene por base una nueva clase social –el proletariado– y toma cuerpo en el desarrollo de la filosofía marxista.

Cuando la clase obrera toma el poder político surgen nuevas condiciones para el progreso de su filosofía. La filosofía materialista se erige en filosofía dominante y el Estado de la clase obrera le presta el más amplio apoyo. La concepción materialista del mun-

do es la base teórica de la política interior y exterior del Estado socialista.

La filosofía materialista de la clase obrera ha sido sometida a escrupulosa comprobación y ha obtenido la más completa confirmación en el curso del desarrollo del conocimiento científico y de la vida social. Así lo prueba con toda elocuencia la rica experiencia de la Unión Soviética y los demás países socialistas.

Filosofía íntegra y sintética

La filosofía materialista estudia las leyes objetivas más generales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano y forma en el hombre de ciencia una concepción íntegra y científicamente argumentada del mundo. El materialismo dialéctico le brinda a la ciencia un poderoso medio de síntesis para generalizar los nuevos datos y adelantos de la ciencia. En nuestra época es particularmente grande el papel de semejantes generalizaciones filosóficas. Nosotros vivimos en una época de intensa ramificación de las ciencias y de aparición de nuevas ramas del saber. Se hace cada vez mayor la necesidad de interconexión y concatenación de las ciencias, y eso es imposible sin una concepción filosófica íntegra y sintética del mundo.

La burguesía de nuestros días no está en condiciones de crear una concepción científica íntegra y sintética del mundo. En el pasado, los representantes del pensamiento filosófico burgués hicieron tentativas de crear un sistema filosófico íntegro capaz de brindar una teoría armoniosa y consecuente que explicase los fenómenos del mundo. En el siglo XVIII emprendieron ese intento los materialistas franceses, lo cual halló su expresión en el *Sistema de la Naturaleza* de P. Holbach. A principios del siglo XIX, Hegel creó su enciclopedia de ciencias sobre bases idealistas. Hasta mediados del siglo XIX, cuando la burguesía europea se deslizaba hacia la reacción, sus ideólogos pretendían aún haber creado una filosofía sintética sobre la base de la teoría histórico-natural de la evolución. Un ejemplo de ello ofrece Spencer.

En la época actual, los filósofos burgueses ni siquiera se plantean crear algo parecido a estos intentos de sus antecesores. Se sabe que existen muchas escuelas filosóficas burguesas: los existencialistas, los pragmatistas, los positivistas lógicos, los neotomistas, etc. Pero ninguna de ellas está en condiciones de ofrecer un panorama íntegro del mundo. Ya el propio hecho de la existencia de multitud

de distintas escuelas, que surgen y desaparecen sin cesar, que toman como objeto de investigación ya uno, ya otro rasgo secundario de la realidad, prueba la carencia de carácter científico de las mismas, la ausencia de una concepción científica única del mundo, el desmenuzamiento del pensamiento filosófico burgués moderno.

Reconociendo la influencia de las ideas marxistas-leninistas, la revista norteamericana *Time* escribía llena de alarma que el pensamiento burgués, en realidad, no le podía oponer nada: "La atracción de la visión marxista del mundo persistirá probablemente hasta que la sociedad moderna halle un camino más eficaz para explicarse a sí misma y la dirección de su desarrollo. Y eso puede durar muchísimo tiempo"[8].

Los filósofos burgueses modernos ofrecen como guía para los hombres de ciencia más que nada distintas corrientes del positivismo. Pero, en nuestra época se manifiesta con particular fuerza la insuficiencia del método unilateral analítico y empírico.

Los representantes del positivismo lógico tratan de reducir todo el complejo y multifacético círculo de problemas filosóficos al análisis lógico del lenguaje. La lógica es la esencia de la filosofía, dicen ellos, "la filosofía es la sintaxis lógica del lenguaje". Y a partir de esa "sintaxis lógica" procuran construir todo el sistema filosófico de concepciones.

Hasta ciertos investigadores burgueses reconocen la esterilidad teórica de semejantes concepciones. Así, J. Katz, profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts, en su libro *The Philosophy of Language* examina desde posiciones críticas el empirismo lógico y la escuela inglesa de la filosofía lingüística. La conclusión del autor es muy diáfana: "Ahora está claro que ni la escuela de la filosofía lingüística ni el empirismo lógico han podido crear la teoría del lenguaje, sobre cuya base la filosofía pueda llegar a una comprensión mejor del saber conceptual"[9].

Es también estéril en el aspecto científico otra corriente de la filosofía burguesa, el existencialismo. Semejantes corrientes niegan en general el papel de la filosofía como método general de conocimiento de las leyes y la esencia de la naturaleza y reducen la filosofía a ejercicios moralizadores.

Las categorías básicas de la filosofía de los existencialistas son el miedo, la desesperación, el esplín. Algunos de ellos denominan sinceramente su filosofía "filosofía de la náusea" (G. Berger). A. Camus, eminente existencialista, afirmaba, por ejemplo, que si

---

[8] *Time* (Atlantic edition), 13 June 1969, p. 35.
[9] J. Katz. *The Philosophy of Language*. N. Y., 1966, p. 94.

bien el siglo XVII había sido el siglo de la matemática, el XVIII, el siglo de las ciencias físicas y el XIX, el siglo de la biología, el XX es el siglo del miedo. Es claro que esa filosofía pesimista no tiene nada que ver con la ciencia, se contradice con los intereses de la clase obrera, a la que pertenece el porvenir, y no refleja más que el sentimiento de perdición irremediable de la clase burguesa moderna.

En los países burgueses, además de las corrientes filosóficas en boga, progresa en cierto grado la ciencia, a despecho del idealismo, que frena su desarrollo. La misión de todos los esfuerzos de los neopositivistas, pragmatistas, semánticos, existencialistas y otros por el estilo es demostrar que la realidad objetiva no existe fuera de nuestra conciencia y que la filosofía no puede e incluso no debe procurar resolver semejantes problemas "metafísicos" desde su punto de vista, como, por ejemplo, los problemas de la esencia del mundo, la existencia de la materia, el espacio, el tiempo, las regularidades, etc. Muchas modalidades de la filosofía idealista –las diversas escuelas de positivismo, etc.– procuran afianzar su influencia entre los naturalistas proclamando que las ciencias naturales no tienen necesidad de la filosofía. "Liberan" la ciencia de la necesidad de coordinar sus conclusiones con los enunciados de los distintos "sistemas metafísicos", con lo cual, a su juicio, se brinda la plena libertad a la investigación científica. Por paradójico que suene, los filósofos burgueses de semejante tipo se pronuncian, de hecho, contra la filosofía.

Muchos filósofos burgueses reconocen que no pueden dar una concepción sintética del mundo. A la necesidad imperiosa de ofrecer una filosofía sintética a la ciencia responden con exhortaciones de describir los hechos y los fenómenos exteriores y de que se renuncie al conocimiento de las leyes y la esencia de los procesos. A juicio de los neopositivistas, la finalidad de la filosofía no es conocer la realidad, sino sólo el análisis lógico del lenguaje. Al negar la posibilidad de una concepción científica del mundo, al negar el papel de la filosofía, los positivistas tienden el camino de la religión.

Se aprovecha de esta situación la filosofía católica del neotomismo, que es en la actualidad una de las escuelas más influyentes de la filosofía burguesa. Esta corriente no desconoce los problemas de la mundividencia, no elude las conclusiones filosóficas, sino que, al contrario, se plantea abiertamente la tarea de argumentar y defender la concepción religiosa del mundo.

Resulta algo así como una división del trabajo: los positivistas de todo pelaje insisten en que no hay necesidad de concepción del

mundo, no hay necesidad de filosofía y, a la vez, entregan esta concepción del mundo en manos de los teólogos, los neotomistas. Los filósofos católicos se desenvuelven precisamente en el campo de los problemas filosóficos generales, procurando llevar al mayor número posible de personas al cautiverio de su caduca ideología.

El neotomismo se distingue de las diversas formas de idealismo subjetivo. Para él, las ideas son reflejos abstractos de los objetos, que existen fuera e independientemente de nuestra conciencia. Tampoco niegan la existencia del mundo exterior objetivo y real, pero afirman que es obra de Dios. A juicio de la Iglesia católica, la misión fundamental de la ciencia es precisamente probar ese dogma, para lo cual se falsifican los datos de las actuales teorías de las ciencias naturales. Se tergiversan, por ejemplo, los datos de la teoría general de la relatividad en el sentido de que de ella se desprenden la limitación del Universo en el espacio y el comienzo de su existencia en el tiempo. Al objeto de argumentar el "fin del mundo" se recurre a la teoría de la "muerte del Universo por el calor", etc.

Una de las ideas muy propagadas de la filosofía neotomista de la naturaleza es el antievolucionismo, reacción a la concepción dialéctica materialista de la naturaleza. Muchas veces, los hombres de ciencia occidentales, tras de realizar trabajos experimentales considerables, al intentar hacer un resumen filosófico de sus resultados bajo la influencia de las escuelas filosóficas idealistas en boga, sobre todo del neotomismo, se deslizan a las posiciones del idealismo, en particular, del antievolucionismo. En consecuencia, se predican las conclusiones de que el "mundo tiene fin", etc.

Sólo el materialismo dialéctico puede dar respuesta científica consecuente a los nuevos problemas que plantean las ciencias naturales modernas. El materialismo dialéctico es efectivamente una filosofía científica íntegra sintética de nuestra época. Todas las esferas del saber están sintetizadas en la filosofía de vanguardia de nuestros días, en la filosofía marxista-leninista. Para los marxistas, todas las ciencias de la naturaleza y la sociedad poseen un fundamento filosófico único, todos los resultados principales de estas ciencias se someten al análisis teórico y a la generalización materialista sobre la base del materialismo dialéctico.

En oposición a las distintas escuelas filosóficas burguesas, la filosofía auténticamente científica, el materialismo dialéctico, es una filosofía vivificante, con una visión única del mundo y de todo el conocimiento humano.

Nuestros adversarios suelen decir: ¿por qué hacéis alusión a Marx y Engels? Marx y Engels escribieron sus obras cuando se usa-

ban lámparas de petróleo, mientras que ahora vivimos en el siglo de la electricidad y de la energía atómica. La ciencia avanza, y, según estos adversarios, el materialismo dialéctico no está en condiciones de seguir su paso.

Así, el importante periódico burgués norteamericano *New York Times* escribía: "Marx murió hace casi un siglo, y Lenin, hace casi medio siglo. Ambos vivieron antes de aparecer los antibióticos, el arma nuclear, los cohetes intercontinentales, los vuelos cósmicos, la televisión, la crisis del medio ambiente... Las ideas formuladas por ellos hace mucho tiempo, cuando vivían, han envejecido ahora, al menos parcialmente"[10].

A eso se puede contestar que, efectivamente, Marx y Engels escribieron sus obras a la luz de velas y lámparas de petróleo, pero la luz de sus grandes ideas, la luz del materialismo dialéctico brilla hoy con la misma fuerza que el Sol estival de mediodía. En cambio, los filósofos idealistas de nuestra época redactan sus tratados a la luz eléctrica, pero no emiten luz, sino oscuridad.

La nefasta influencia de la filosofía burguesa contemporánea repercute con mayor evidencia en el estado de la sociología de los actuales países capitalistas. El positivismo ha llevado al desmenuzamiento y a la degeneración de la sociología burguesa. Los sociólogos burgueses han rehuido los cardinales problemas sociales y se han ocupado en describir hechos y fenómenos particulares y, a menudo, secundarios. Está fuera de su alcance la comprensión de las leyes y las perspectivas generales del desarrollo de la sociedad contemporánea. La ausencia de concepciones científicas sintéticas de la vida social y la mezquindad teórica condenan a los sociólogos burgueses a la ceguera teórica. No están en condiciones de comprender que el capitalismo ha agotado sus posibilidades, que el progreso natural de la sociedad en la época contemporánea sólo es posible sobre la base del socialismo.

El fecundo efecto de la filosofía materialista de la clase obrera se manifiesta con la mayor fuerza en el conocimiento y la transformación de la vida social. Sólo asentada en el firme fundamento de la filosofía materialista, la teoría social se ha convertido en guía para la acción, sólo merced al materialismo la sociología ha podido llegar a ser ciencia y, además, ciencia exacta.

El comunismo científico es la aplicación de la teoría materialista dialéctica del desarrollo al análisis de la época crucial de la historia, la época del hundimiento del capitalismo y de la victoria

---

[10] El artículo fue reproducido en el periódico *International Herald Tribune* del 14 de julio de 1970.

del comunismo. La teoría marxista-leninista ha puesto al descubierto las leyes objetivas y las principales fuerzas motrices del proceso histórico-universal de transformación de la sociedad burguesa en sociedad comunista.

A diferencia de todos los demás sistemas filosóficos, que circunscriben su papel a una u otra interpretación del Universo, la filosofía marxista-leninista ve su misión en contribuir a la transformación práctica del mundo en beneficio de la humanidad. La consigna combativa de la concepción materialista del mundo es la famosa frase de Marx: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*"[11].

Lo principal para los marxistas no es aprender de memoria y repetir las leyes y las exigencias de la dialéctica, sino saber aplicarlas y desarrollarlas en el conocimiento de los fenómenos de la naturaleza y la sociedad y en la actividad práctica.

Marx y Engels, los fundadores del comunismo científico, predijeron el inevitable hundimiento del capitalismo, partiendo del análisis de las principales contradicciones de este último, de las contradicciones entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiación, las contradicciones entre el trabajo y el capital, entre la clase explotadora, los capitalistas, y la clase explotada, los proletarios. Marx y Engels, dando prueba de genial clarividencia, predijeron que la clase obrera, apoyándose en el insuperable proceso económico de continua socialización de la producción, lograría acabar con el sistema capitalista de economía y sería la iniciadora y la portadora de un nuevo modo de producción –el socialista–, basado en la propiedad social sobre los medios de producción.

Lenin, gran continuador de las ideas y la obra de Marx y Engels, fundador y jefe del Partido Comunista de la Unión Soviética, reveló en las nuevas condiciones, en la época del imperialismo, la dialéctica de los procesos históricos, mostró la continua agudización de las principales contradicciones del capitalismo y probó que la agravación de estas contradicciones llevaba a la sociedad de lleno a la revolución socialista. Lenin desarrolló la doctrina marxista de la revolución socialista y la dictadura del proletariado y argumentó en todos los aspectos la idea de la alianza de la clase obrera y el campesinado, la fuerza social fundamental capaz de aniquilar la vieja sociedad explotadora y crear un nuevo régimen social sin explotación y opresión. Bajo la dirección del Partido Comunista y con Lenin al

[11] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 3, pág. 4.

frente se llevó a cabo la Gran Revolución Socialista de Octubre, la cual puso fin a la prehistoria de la sociedad humana e inauguró una nueva página de su historia, dando comienzo a la construcción del socialismo.

De este modo se ha confirmado en la práctica la tesis marxista de que no se trata sólo de interpretar el mundo, a lo que se limitaba la filosofía anterior, sino de transformarlo.

Lo principal de nuestra filosofía es la doctrina del incesante desarrollo de los fenómenos mediante la lucha de las fuerzas y tendencias contradictorias, mediante la lucha entre lo nuevo y lo viejo. Y aquí, la *conclusión básica de la dialéctica consiste en que lo nuevo, lo creciente y progresivo es insuperable y triunfa, en fin de cuentas, inevitablemente sobre lo viejo y lo caduco.*

La dialéctica enseña que los éxitos en la lucha de lo nuevo contra lo viejo no caen del cielo. El progreso histórico consiste precisamente en que las fuerzas sociales progresistas, desplegando una actividad consciente y orientada a fines concretos, hacen realidad la posibilidad objetiva de progreso. De ahí el inmenso papel del factor subjetivo en la época contemporánea, sobre todo el de la lucha revolucionaria de la clase obrera, pertrechada con la teoría de vanguardia.

Semejante concepción del desarrollo impone a los trabajadores el deber de coadyuvar activamente a la victoria de lo nuevo sobre lo viejo, de lo progresivo sobre lo retrógrado, de lo creciente sobre lo caduco.

La época contemporánea confirma con especial elocuencia la razón y la viabilidad de la dialéctica marxista-leninista. La victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre significó un viraje cardinal en el desarrollo histórico de la humanidad, significó el comienzo del tránsito del viejo mundo capitalista al nuevo modo de vida, al socialista. Siguiendo el camino del pueblo soviético, han emprendido la construcción del socialismo los pueblos de varios países de Europa y Asia, así como el de Cuba en Latinoamérica. La transformación del socialismo en sistema mundial es un gran paso adelante en la marcha de toda la humanidad de lo viejo a lo nuevo, de lo inferior a lo superior.

Son cada vez más enérgicas y resueltas las acciones de las fuerzas sociales, las clases y los partidos que luchan por el progreso social, contra el poder del gran capital y contra la reacción. Lo que distingue la dirección general del desarrollo social de nuestros días no son los acontecimientos de Chile, donde la reacción y el fascismo han logrado imponerse temporalmente, sino lo ocurrido en Portugal, donde tras medio siglo de dominación del fascismo tomaron el poder

las fuerzas democráticas; así como lo ocurrido en Grecia, que culminó con el hundimiento de la política de la junta militar y con la victoria de las fuerzas de la democracia.

El cambio en la correlación de las fuerzas mundiales en favor de la paz, la democracia y el socialismo y la política acorde y concreta de la comunidad de los países socialistas han dado lugar al viraje cardinal en la situación internacional, la tendencia a la distensión se ha erigido en rasgo dominante del desarrollo de la vida internacional.

En el curso del desarrollo mundial, las fuerzas del socialismo siguen en constante ascenso, se multiplican las filas de sus partidarios y aliados activos, mientras menguan las fuerzas del imperialismo y se reduce rápidamente la esfera de su influencia. El imperialismo ha perdido su antigua dominación sobre la mayor parte de la humanidad. Los países que se han sacudido el yugo del colonialismo luchan para defender la independencia recién conquistada. En cada país capitalista se produce el proceso objetivo de cambio de la correlación de fuerzas en favor de lo avanzado, lo progresivo y en detrimento de la reaccionario.

De la revolución socialista y los problemas sociales del siglo XX

El impetuoso correr de los acontecimientos de nuestra época obedece a rigurosas leyes objetivas descubiertas por el marxismo-leninismo. Sin embargo, no todos advierten la conexión interna entre los fenómenos de la vida en proceso de rápidos cambios. En el mundo burgués suena con creciente frecuencia la pregunta: "¿adónde marcha la historia?"

La principal línea de la historia mundial del siglo XX viene trazada por el desarrollo de la revolución socialista. La victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre significó la entrada del País de los Soviets por ese nuevo camino histórico. Después de la segunda guerra mundial, más países han iniciado la marcha por esa vía maestra. En el presente ya más de un tercio del género humano avanza por el camino principal del siglo XX, que lleva a las cumbres del comunismo.

El proceso objetivo de la transformación revolucionaria del régimen capitalista en socialista causa pavor entre los capitostes del mundo capitalista, y éstos sostienen una lucha desesperada contra

el nuevo mundo socialista creciente. Se esfuerzan todavía para inculcar a los trabajadores la fe en la estabilidad del capitalismo y demostrar la imposibilidad del socialismo en los países de Occidente, insisten en la "anormalidad" de la revolución socialista, la proclaman "fortuita" y "arbitraria". A tal objeto se dedican a extensas disquisiciones acerca de los modos de refutar la "fe comunista" en la inevitabilidad de la victoria del comunismo.

Los sociólogos burgueses y los teóricos socialistas de derecha insisten, desde hace ya muchos decenios, en que la historia sigue caminos distintos de los previstos por los clásicos del marxismo-leninismo. En sus esfuerzos para "refutar" el marxismo aluden a que la revolución proletaria no ha triunfado primero en el país de más avanzado desarrollo del capitalismo, sino en un país relativamente atrasado, como era la Rusia de los zares. Los teóricos socialdemócratas y los revisionistas proclaman "anormal" la revolución socialista de Rusia y oponen el propio hecho de esta revolución a la teoría marxista de la inevitabilidad del hundimiento del capitalismo en virtud de las leyes objetivas del desarrollo económico y de la lucha de clases. Afirman que Rusia debía haber pasado todavía el largo camino del corriente desarrollo al estilo europeo.

Así, N. Leser, teórico socialista de derecha de Austria, proclamó la existencia de una "contradicción entre el desarrollo del sistema socialista en la atrasada Rusia y las tesis fundamentales del marxismo, como también la periodización marxista de la historia mundial" y que, por eso, la Revolución de Octubre era "una violencia respecto del proceso de desarrollo y una precipitación del mismo". "El mundo en general –afirma Leser– jamás se ha desarrollado en el espíritu del Manifiesto Comunista y de las profecías que contiene"[12].

Existe, además, otra variante de "refutación" del marxismo. Sus partidarios están incluso de acuerdo en reconocer que la teoría leninista de la revolución socialista, encarnada en el Gran Octubre, "radica en el marxismo", pero, como asevera J. Braunthal, ex secretario de la Internacional Socialista, "es una adaptación del marxismo a las peculiares condiciones económicas, sociales y culturales de la Rusia zarista"[13].

G. Lichtheim, filósofo burgués inglés, llega incluso a usar la palabra "triunfo". Lichtheim dice que al marxismo "le tocó celebrar en el suelo ruso su triunfo en el mismo momento en que co-

---

[12] N. Leser. *Sozialismus jenseits des Marxismus. – "Das Gesellschaftsbild des Sozialismus"*. Wien, 1966, S. 162, 170, 135.

[13] *Die Zukunft*. Wien, 1968, Hf. 9, S. 3.

menzó a tambalearse en el ambiente postburgués de la sociedad industrial de Occidente"[14]. Las reverencias al marxismo le son necesarias a este "marxólogo" sólo para proclamar que el marxismo ha envejecido "socavado por el desarrollo de la sociedad occidental" y pertenece a la "historia"[15]. Al restringir la significación general del marxismo, al reducirlo a fenómeno puramente ruso, estos teóricos procuran también "refutar" la doctrina de Lenin y negar su fuerza y vitalidad.

El período contemporáneo de la historia mundial hace patente con extraordinaria fuerza de persuasión el poder de las magnas ideas del marxismo-leninismo acerca de las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad en la época del tránsito del capitalismo al comunismo.

Calando hondo en la esencia de la concepción materialista de la historia como ascenso objetivo de la sociedad hacia las etapas superiores sobre la base del crecimiento de las fuerzas productivas, Lenin advertía, a la vez, toda la compleja dialéctica de los procesos históricos, todo el conjunto de las relaciones entre las diversas clases, con sus intereses específicos, la peculiaridad de la situación histórica del país y su interconexión con los demás Estados en el desarrollo mundial. Comprendiendo con sentido creador las leyes objetivas del desarrollo histórico y su manifestación concreta en cada situación histórica dada, Lenin, en las complejísimas condiciones de la guerra mundial y de la inusitada agudización de la lucha de clases a escala universal, en medio del desbarajuste económico y del hambre, llevados al extremo por la intervención armada extranjera, trazó audaz y firmemente la inspiradora y cautivante perspectiva del gran progreso económico y cultural del País de los Soviets sobre bases socialistas.

Lenin explicó que las especiales condiciones históricas le brindaban a la joven República de los Soviets la posibilidad de tránsito a la creación de las premisas fundamentales de la civilización diferente de la que se observaba en los otros Estados europeos. Al poner en ridículo a los filisteos socialdemócratas, que se denominaban marxistas a sí mismos, Lenin decía que entendían el marxismo de un modo pedante, estereotipado y dogmático hasta lo imposible. No habían comprendido en absoluto lo decisivo del marxismo, es decir, su dialéctica revolucionaria.

"... Les es completamente ajena –escribía Lenin– toda idea de que, dentro de la regularidad general del desarrollo que se observa

[14] G. Lichtheim. *On the Interpretation of Marx's Thought.* – *"Marx and the Western World"*, Notre Dame – London, 1968, p. 17.
[15] Idem., p. 5.

en toda la historia universal, no quedan en modo alguno excluidas, sino que, por el contrario, se presuponen etapas determinadas de desarrollo que representan una peculiaridad, ya sea en la forma o ya sea en el orden de este desarrollo"[16].

El Partido Comunista se daba perfecta cuenta de que en Rusia no se había logrado tan alto desarrollo de las fuerzas productivas que permitiese el tránsito directo al socialismo. Pero eso no podía ser obstáculo insuperable para el progreso socialista del País Soviético, para el desencadenamiento de la iniciativa revolucionaria de las masas trabajadoras. Lenin decía: "Si para implantar el socialismo se exige un determinado "nivel cultural"... ¿por qué, entonces, no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y *luego*, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás pueblos?"[17]

Esta perspectiva no se contradecía en absoluto con la dirección general del avance de la historia mundial, era una modificación del orden histórico habitual. Esta modificación no hacía más que subrayar la dirección principal del desarrollo, planteando como tarea de máxima urgencia el rápido fomento de la economía del país, base de las transformaciones socialistas.

La nacionalización de los medios fundamentales de producción, las grandes empresas industriales y el transporte dio comienzo al desarrollo de las formas socialistas de economía. Era preciso asegurar el poderoso progreso de las fuerzas productivas y afirmar sobre esta base las relaciones de producción socialistas en toda la economía nacional. Y esto se logró mediante la industrialización socialista del país y la colectivización de la agricultura. La gran fuerza vital de las ideas de Lenin acerca de las vías de ascenso económico del país se manifestó palpablemente en que el pueblo soviético, superando las dificultades y los obstáculos, creó en breve plazo una economía socialista potente y desarrollada en todos los aspectos. Al propio tiempo, sobre la base del régimen socialista se llevó a cabo la auténtica revolución cultural en el país, creándose de este modo las premisas de civilización indispensables para la victoria del socialismo.

Las clases gobernantes de la Rusia zarista, además de no poder resolver los problemas de crear en el país las premisas para una civilización moderna, ni siquiera los planteaban. Mantenían porfiadas la posesión de tierra semimedieval de los terratenientes

[16] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 379.
[17] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 381.

y el caduco sistema capitalista de economía, y no les preocupaba el atraso del país, dependiente económicamente en muchos aspectos del capital extranjero. Los partidos terratenientes y burgueses y sus paniaguados seudosocialistas aplicaban una política que arrastraba al país hacia atrás.

La victoria del socialismo en la URSS, además de sacar el país del atraso y llevarlo al camino del progreso, aceleró inusitadamente el desarrollo de la historia mundial y el avance de la humanidad hacia el comunismo. La peculiaridad del orden y la forma de la evolución histórica del País de los Soviets no fue más que una manifestación de la regularidad general de la época contemporánea, de la marcha de la sociedad hacia el comunismo.

Efectivamente, si un país tan atrasado como la Rusia prerrevolucionaria ha podido alcanzar, sobre la base del régimen socialista, a muchos países capitalistas avanzados, ello es prueba elocuente de que el capitalismo ha agotado sus posibilidades, de que la mejor forma de fomento de las fuerzas productivas contemporáneas es el sistema socialista de economía. Eso muestra qué éxitos colosales lograría la civilización mundial si el sistema capitalista no frenase el progreso de los países avanzados y no conservase el atraso de los países subdesarrollados. El que la revolución haya triunfado primero en países medianamente desarrollados e incluso en algunos subdesarrollados no es prueba de que sea un fenómeno anormal, sino de que, en nuestra época, las condiciones para el viraje revolucionario han madurado en todo el mundo.

¿Acaso no es sintomático que, siguiendo el camino del socialismo, países ayer menos adelantados hayan alcanzado un gigantesco crecimiento de las fuerzas productivas en comparación con los países capitalistas desarrollados, haciendo patente de este modo la vitalidad y la regularidad objetiva de las transformaciones socialistas? De resultas se ha producido un brusco cambio de la correlación del potencial económico de los países socialistas y del mundo capitalista.

¿Qué valor tienen después de eso las disquisiciones de los teóricos y políticos burgueses y los reformistas de toda laya acerca de que los países que han tomado el camino del socialismo no están todavía "maduros" para eso.

Por lo que se refiere a la afirmación de que la revolución no se produjo de acuerdo con el "horario marxista", es una ignorancia absoluta. Los fundadores del marxismo-leninismo jamás admitieron la idea de que los diversos países entrarían en la revolución en rigurosa dependencia del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

En efecto, Marx estimaba que el alto desarrollo de las fuerzas productivas era una condición favorable para el más rápido tránsito al socialismo, pero declaraba sin lugar a equívoco, refiriéndose entonces a Europa, que en los puntos centrales del capitalismo, en su ciudadela, sería más difícil comenzar la revolución que en la periferia. "Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués –escribía Marx– se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí"[18].

En los años 40 del siglo pasado, Marx y Engels veían el centro del movimiento revolucionario en Alemania, aunque a la sazón era un país mucho más atrasado que Inglaterra y Francia. No obstante, advirtieron que en Alemania maduraba la revolución burguesa, que podía ser el prólogo del viraje socialista. Al cabo de unos cuantos años, el centro del movimiento revolucionario se encontraba ya en Francia, país más desarrollado, patria de la Comuna de París. También aquí, la revolución fue derrotada. El capitalismo se desarrollaba todavía en línea ascendente, y la burguesía de Europa recogía los frutos de la más cruel explotación de la clase obrera en el continente europeo, se apoderaba de más y más colonias en el Oriente y se enriquecía a cuenta del saqueo de los pueblos avasallados.

A fines del siglo XIX, el centro del movimiento revolucionario se desplazó hacia el Este. Precisamente Marx y Engels declararon en 1882: "...Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa"[19].

No sólo Marx, Engels y Lenin, corifeos de la previsión revolucionaria, sino también todos los socialistas sensatos veían que, en las postrimerías del siglo XIX, el centro del movimiento revolucionario se había desplazado hacia el Este. Lo advertía igualmente Kautsky, cuando no se había deslizado aún al tremedal del oportunismo. En 1902, en el conocido artículo "Los eslavos y la revolución", Kautsky hablaba de la inevitable maduración del estallido revolucionario en el Este, sobre todo en Rusia. Admitía entonces que aquí comenzaría la tempestad revolucionaria que "rompería el hielo de la reacción y traería incontenible una nueva y feliz primavera a los pueblos".

El despliegue del proceso revolucionario en el País de los Soviets y las democracias populares no fue, pues, una cosa inesperada para los marxistas. Fue una manifestación de la regularidad general

---

[18] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 7, pág. 100.
[19] Idem., t. 19, pág. 305.

de la revolución socialista. ¿Dónde aparecerá el nuevo foco de lucha revolucionaria? La historia no lo anuncia de antemano, pero da señales perceptibles. Asia y Africa están envueltas en las llamas de la revolución de liberación nacional. En el continente americano, ya en un lugar, ya en otro, comienzan erupciones de volcanes revolucionarios. Las sacudidas subterráneas de Europa preocupan más y más a los dirigentes de la OTAN.

El avance de la humanidad hacia el socialismo y el comunismo es la regularidad objetiva fundamental del siglo XX, y no es posible eludirla. Con la transformación del socialismo en sistema mundial ha surgido y se desarrolla la formación socioeconómica comunista. Los pueblos de los países socialistas, hallándose en distintas fases de dicha formación, marchan hacia la meta común, hacia sus fases superiores.

Los dos campos en que se divide el mundo contemporáneo no son coaliciones rivales corrientes de países, como las habidas en la historia, sino dos formaciones socioeconómicas distintas: la capitalista, caduca, y la comunista, nueva y ascendente.

Esta división comenzó ya con la Revolución Socialista de Octubre. En 1920, Lenin, subrayando el carácter histórico universal del sistema soviético, escribía: "Podemos decir sin incurrir en la menor exageración que actualmente se enfrentan, en escala universal, dos campos completamente conscientes"[20]. Y un año más tarde, en 1921, Lenin volvió a confirmar: "... el mundo se ha dividido en dos campos: los países extranjeros capitalistas y la Rusia comunista"[21].

Con la formación del poderoso sistema socialista mundial, el campo del socialismo se erige en factor decisivo de la política mundial y del desarrollo del mundo. Las fuerzas y la influencia del campo imperialista menguan, y su anterior dominación en la palestra internacional está socavada. El sistema socialista, cual imán, se ha convertido en poderoso centro de atracción para los trabajadores de todos los continentes. Los punteros del progreso social en todos los rincones del mundo se vuelven hacia ese centro. Las fuerzas del progreso y la paz crecen incontenible mente en el mundo entero y se abren camino hacia la consolidación a través de todas las barreras políticas y económicas, superando los complejos obstáculos ideológicos. Pero, la dialéctica enseña que el desarrollo no es un proceso suave y llano, sino que está lleno de contradicciones y luchas. No seríamos materialistas, sino utopistas si esperásemos que el avance

---

[20] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 40, pág. 245.
[21] Idem., t. 43, pág. 129.

de la humanidad hacia el comunismo se produjese sin duras pruebas y dificultades, sin roces y complicaciones, sin reveses pasajeros. Lenin recordaba con frecuencia la expresión proverbial de N. Chernyshevski: "El camino histórico no es lo mismo que la acera de la perspectiva Nevski". Eso es sobre todo justo al aplicarse a nuestra época. El mundo viejo no abandona voluntariamente el camino de la historia. El comunismo nace en lucha.

Al meditar sobre la experiencia de esta lucha, nos damos cuenta de que los filósofos deben dedicarse más y más a fondo al estudio de la dialéctica de la historia universal en la etapa contemporánea, al análisis de las regularidades objetivas del hundimiento de la formación capitalista y del devenir de la formación comunista. Hay que tener presentes las indicaciones de Lenin acerca de que la historia moderna ofrece una multitud extraordinaria de modelos de dialéctica.

En efecto, el multiforme entrelazamiento y la interacción de las diversas fuerzas motrices y los distintos torrentes de la lucha emancipadora ofrecen un vivo panorama dialéctico de la etapa contemporánea. El movimiento obrero revolucionario, el movimiento de liberación nacional, la lucha contra el colonialismo y por la paz entre los pueblos, la conexión de estos movimientos con los éxitos del sistema socialista mundial, todo eso es una manifestación viva de la dialéctica en la historia contemporánea.

Los acuerdos del XXIV Congreso del PCUS y sus conclusiones teóricas son un valioso aporte a la teoría y la práctica del comunismo científico y brindan un rico material para el estudio de la dialéctica de la época contemporánea.

Se sabe cuán fructífero ha sido para la vida ideológica de los comunistas el período comprendido entre el XXIII y el XXIV Congresos del Partido Comunista de la Unión Soviética. Fechas conmemorativas notables, como el 50 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, el centenario del nacimiento de Lenin, el 150 aniversario del nacimiento de Marx, el 150 aniversario del nacimiento de Engels, un evento tan importante como la preparación y la celebración de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969 fueron marcados con una intensa labor teórica del PCUS y los partidos comunistas hermanos. Los esfuerzos colectivos del Comité Central leninista del PCUS, de los cuadros del partido y los hombres de ciencia, los esfuerzos mancomunados del movimiento comunista mundial han creado documentos teóricos que han enriquecido con nuevas conclusiones y tesis la teoría marxista-leninista.

El XXIV Congreso del PCUS ha hecho un valioso aporte al tesoro teórico del marxismo-leninismo, á la teoría del comunismo científico. La significación teórica e ideológica del Congreso consiste, en primer término, en que ha dado un análisis circunstanciado de la nueva etapa de desarrollo de la URSS y de todo el proceso revolucionario mundial.

Nuestra principal misión es investigar las leyes objetivas del surgimiento y desarrollo de la sociedad socialista y de la transformación del socialismo en comunismo. El estudio de estos problemas puede hacer posible el desarrollo creador del materialismo histórico y de la dialéctica. Sería incorrecto pensar que se puede reducir la elaboración de la filosofía a la sistematización de las categorías y a la aclaración de las conexiones existentes entre ellas. Las propias leyes y categorías se hacen más ricas en el proceso del análisis de la vida concreta.

Desde el punto de vista científico-sociológico se puede decir con todo fundamento que la transformación socialista de la sociedad responde a las demandas más candentes del mundo contemporáneo.

A lo largo de los siglos tres problemas principales han ocupado a la humanidad.

El primero es el de *acabar con la explotación del hombre por el hombre.* El socialismo ha resuelto este problema histórico y ha mostrado al mundo entero cómo hay que liberarse de ese mal secular. Al suprimir la propiedad privada sobre los medios de producción, y con ello, al suprimir las clases explotadoras, el socialismo ha tendido el camino de la igualdad social.

El segundo problema es el de la *liquidación de la opresión nacional y la desigualdad de derechos de las naciones.* El socialismo ha resuelto también este problema importante para el progreso de la humanidad. Al acabar con la desigualdad y la opresión nacionales, al asegurar a todas las naciones las posibilidades de libre y rápido desarrollo económico, político y cultural, el socialismo ha afirmado en la práctica la igualdad de las naciones, le ha brindado al mundo la amistad de los pueblos, magna realización del progreso y del humanitarismo.

En las relaciones internacionales contemporáneas, el problema de la igualdad de derechos de las naciones es, más que nada, un problema de liquidación completa del colonialismo y del neocolonialismo. El mal más grave de la desigualdad nacional se expresa en que decenas de millones de seres humanos se encuentran todavía bajo el yugo económico del imperialismo y carecen de plena independencia nacional. Pero, el régimen colonial, bajo la forma que

sea, está condenado a perecer ineludiblemente. En el período postbélico, cerca de 1.500 millones de personas se han sacudido las cadenas de la esclavitud colonial y luchan ahora por la liquidación de las graves secuelas de los largos años de dominación de los colonialistas. La crisis del sistema colonial se debe a los grandes cambios en el progreso mundial. El poderoso crecimiento de la fuerza y la influencia del campo del socialismo y el impetuoso avance del movimiento de liberación nacional han puesto en el orden del día el problema de la liquidación de este bochornoso sistema.

El hundimiento del colonialismo es una de las expresiones de la desintegración del imperialismo, última fase del capitalismo, de la liquidación de la profunda retaguardia del capital monopolista contemporáneo. La violencia imperialista, las crueles explotación, miseria y hambre llevaron a la población de las colonias al borde de la degeneración y del exterminio. En eso residen el inagotable manantial de odio de los pueblos de las colonias hacia sus sojuzgadores y la fuerza motriz en la lucha por emanciparse del yugo económico y político y por la libertad y la independencia nacional. Los imperialistas quieren atar a los nuevos Estados nacionales al carro del imperialismo y recurren para ello al atraso económico y a los elementos reaccionarios de estos Estados. Pero, los pueblos buscan el camino del progreso social.

El tercer problema que ha preocupado siempre a la humanidad es el de *acabar con las guerras.* La humanidad viene soñando desde tiempos inmemoriales en la paz eterna, para que los hombres puedan fomentar tranquilamente la producción y la cultura y disfrutar de todos los bienes de la civilización.

El socialismo ha creado la base para la solución de este problema, ya que ha extirpado en un vasto territorio del globo terrestre la raíz principal de los choques bélicos en el mundo contemporáneo: la propiedad de los capitalistas sobre los medios de producción, convirtiendo estos últimos en propiedad social. Claro es que mientras en una parte considerable del mundo exista el imperialismo, con su ley salvaje de lucha por la dominación mundial, por el saqueo y el avasallamiento de los pueblos, persistirá el peligro de nuevas guerras. Los medios más reaccionarios del imperialismo se niegan a abandonar la política de violencia y agresión y se esfuerzan para mantener el mundo bajo el yugo del militarismo, bajo el peligro de guerra y de una catástrofe atómica. Al propio tiempo no se puede por menos de advertir que, merced a los éxitos del sistema socialista de economía, merced al ascenso del movimiento antibelicista en todo el mundo, al surgir

nuevos Estados nacionales independientes, han crecido en inmensa medida las premisas para una paz duradera.

Las conclusiones de los XX y XXII Congresos del PCUS acerca de la posibilidad de conjurar la guerra en la época contemporánea, basadas en un profundo análisis marxista-leninista de los cambios cardinales operados en el desarrollo mundial, aprobadas por el movimiento comunista mundial, confirmadas y desarrolladas en los acuerdos de los XXIII y XXIV Congresos del Partido, han sido un eficaz programa de lucha por la paz entre los pueblos. El objeto de los principios de la política exterior del comunismo es dar solución a los problemas cardinales de las relaciones internacionales contemporáneas. Estos principios responden perfectamente al espíritu creador del marxismo-leninismo y tienen en cuenta el efecto transformador del socialismo en la marcha del desarrollo mundial.

Lenin decía que la coexistencia pacífica de Estados con distintos sistemas de propiedad era "... la única salida razonable de las dificultades, del caos y del peligro de guerras (mientras sigan subsistiendo los dos sistemas de propiedad, uno de ellos tan anticuado como la propiedad capitalista)"[22].

Estos principios de las relaciones internacionales, cuando el mundo está dividido en dos campos, mantienen hoy su pleno vigor. *La diferencia social cardinal entre las dos formaciones socioeconómicas no descarta, sino que implica la coexistencia pacífica de los países pertenecientes a distintos sistemas sociales. Esta coexistencia no es sólo una posibilidad, sino, además, una necesidad histórica.*

Los medios que razonan con realismo en los países capitalistas reconocen cada vez más los principios leninistas de coexistencia pacífica como norma de relaciones entre Estados de distinto régimen social, lo que concurre al viraje de la "guerra fría" a la distensión.

En el Comunicado conjunto Soviético-Norteamericano del 3 de julio de 1974, en el que se hace el balance del desarrollo de las relaciones entre la URSS y los EE.UU. en el período transcurrido desde el encuentro soviético-norteamericano en la cumbre en mayo de 1972, se subraya que las partes confirman la decisión de "proseguir la activa reorganización de las relaciones soviético-norteamericanas sobre la base de la coexistencia pacífica"[23].

La política de paz de la Unión Soviética no parte

---

[22] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 193.
[23] *Pravda*, 4. VII. 1974.

de intereses de coyuntura, sino de la esencia del comunismo, por cuya razón se mantiene consecuente e invariable. La paz entre los Estados ha sido y será siempre conveniente para mostrar las ventajas del régimen socialista. Lenin decía sobre el particular: "... toda paz abrirá a nuestra influencia un camino cien veces mejor y más amplio"[24].

Los más diversos aventureros han predicado la guerra como medio de propagar el comunismo a otros países, pero los comunistas jamás han contado con eso. La revolución socialista nace en cada país como resultado de su propio desarrollo interno.

Los ideólogos imperialistas alborotan sin cesar diciendo que la Unión Soviética se inmiscuye o se propone inmiscuirse en los asuntos internos de otros Estados. El Estado de los Soviets ha proclamado siempre que es partidario de la no injerencia en los asuntos internos de otros Estados, oponiéndose a la intervención de cualquier Estado o grupo de Estados con el fin de cambiar el régimen vigente en cualquier país. En 1919, durante las negociaciones no oficiales con un representante de los EE.UU. sobre la firma de la paz, un corresponsal norteamericano preguntó a Lenin: "¿Está dispuesto el Gobierno soviético a garantizar la absoluta no intervención en los asuntos internos de los Estados extranjeros?" Lenin le contestó clara y afirmativamente: "Estamos dispuestos a garantizarla"[25].

La propaganda burguesa hace circular infundios acerca de que los comunistas están interesados en que se desencadenen las guerras, conflictos y choques entre los países. Desde el punto de vista del comunismo, es un crimen el arrastrar a los pueblos a la guerra de los unos contra los otros.

Los comunistas parten del principio de que la principal garantía de paz son el crecimiento del poderío del campo socialista y la consolidación de su indestructible unidad. *A las provocaciones de los círculos imperialistas les puede hoy hacer frente la creciente gran fuerza que pugna por la paz.*

Los ideólogos burgueses afirman que el capitalismo ha cambiado de raíz y se ha renovado, se ha hecho capitalismo humano o popular. Los ideólogos oportunistas de derecha van todavía más allá por ese camino y declaran que se está produciendo espontáneamente la transformación del capitalismo contemporáneo en so-

---

[24] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 40, pág. 247.
[25] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 39, pág. 209.

cialismo. En la vida práctica, el capitalismo no tiene perspectivas de mayor desarrollo o de evolucionar hasta transformarse en socialismo.

El viraje histórico, característico del actual desarrollo mundial, consiste en el cardinal cambio de la correlación de fuerzas entre el socialismo y el capitalismo. Se puede hablar con todo fundamento del ocaso de la formación socioeconómica capitalista y del ascenso de la nueva formación, la comunista. Mientras en el mundo del capitalismo se profundizan más y más sus contradicciones básicas y, en primer término, se agudizan las contradicciones entre las masas populares y los monopolios, en el mundo del socialismo se consolida cada vez más la unidad de la sociedad y se acelera el proceso de su desarrollo progresivo.

Por tanto, la aplicación de la teoría materialista dialéctica del desarrollo a la comprensión de los destinos históricos del capitalismo y de la inevitabilidad del hundimiento de este último ha tenido éxito y ha confirmado brillantemente la razón de los principios teóricos de partida del marxismo-leninismo.

Los fundadores del marxismo-leninismo aplicaron su teoría materialista dialéctica del desarrollo tanto a la explicación de la historia pasada como al futuro régimen social: el comunismo. Extendieron la comprensión de la vida social como proceso histórico-natural al desarrollo de la formación comunista, enfocando la futura sociedad en su avance progresivo.

Los socialistas utópicos sostenían controversias abstractas acerca de qué es mejor: el socialismo o el comunismo, qué orden social conviene más hacer realidad. Al aplicar la idea del desarrollo al porvenir de la humanidad, el marxismo-leninismo ha establecido que el socialismo y el comunismo no son formas de organización social que se eligen arbitrariamente, sino que son dos fases objetivamente necesarias de una misma formación social. Revelando la dialéctica del desarrollo de la formación social comunista, Lenin escribía: "A lo que se acostumbra denominar socialismo, Marx lo llamaba "primera" fase o fase inferior de la sociedad comunista. Por cuanto los medios de producción se convierten en propiedad *común* puede aplicarse también a esta fase la palabra "comunismo", siempre y cuando que no se pierda de vista que esto *no* es el comunismo completo. La gran importancia de las explicaciones de Marx reside en que también aquí se aplica consecuentemente la dialéctica materialista, la teoría del desarrollo, considerando el comunismo como algo que se desarrolla *a partir del* capitalismo. En vez de "imaginadas" definiciones escolásticas y artificiales y de disputas estériles sobre palabras (qué es el socialismo, qué es el co-

munismo), Marx hace un análisis de lo que podríamos llamar grados de madurez económica del comunismo"[26].

El análisis marxista-leninista de las dos fases de desarrollo de la sociedad comunista tiene inmensa importancia teórica y práctica. Este análisis ha sido confirmado brillantemente por la experiencia de la construcción del socialismo en la URSS y la lucha por la victoria del socialismo en las democracias populares.

La doctrina marxista-leninista de las dos fases del comunismo no es ahora sólo una previsión científica, puesto que ha tomado cuerpo en el progreso efectivo de la sociedad soviética. Construida la sociedad socialista desarrollada, el País de los Soviets ha entrado en una nueva fase del desarrollo histórico, en la que el socialismo evoluciona hasta transformarse paulatinamente en comunismo.

Prosiguiendo las tradiciones de los clásicos del marxismo-leninismo, el Partido Comunista de la Unión Soviética aplica con espíritu consecuente la teoría dialéctica del desarrollo al período de la construcción práctica de la sociedad comunista. El que los marxistas entiendan la vida social, incluida la aparición de la formación comunista, como un proceso histórico-natural ha permitido revelar sobre bases científicas las leyes objetivas que rigen la creación de la nueva sociedad.

El tránsito del capitalismo al socialismo supone el paso de una formación socioeconómica a otra cualitativamente distinta. Aquí no puede haber desarrollo continuo. Es inevitable un salto revolucionario en una u otra forma.

En la sociedad capitalista aparecen y se afianzan las premisas objetivas y subjetivas para el socialismo: ante todo, la gigantesca socialización de la producción y el desarrollo de la clase obrera, portadora del socialismo. Sin embargo, para que dichas premisas pasen a otra calidad, para que a partir de ellas se desarrolle el socialismo es necesario el viraje revolucionario. La evolución social bajo el capitalismo lleva inevitablemente a la revolución. Según sean la situación histórica concreta y la correlación de las fuerzas de clase, la revolución socialista puede ser no pacífica, violenta, o pacífica, relativamente indolora. Ahora bien, sin que la clase obrera conquiste el poder político, sin que se instaure la dictadura del proletariado no puede haber tránsito del capitalismo al socialismo. La clase obrera puede cumplir este papel histórico sólo bajo la dirección del partido marxista-leninista.

El tránsito del socialismo al comunismo es un proceso de desa-

[26] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 33, pág. 98.

rrollo dentro del cuadro de una misma formación socioeconómica. En la sociedad socialista y comunista, los medios de producción y los organismos de administración se hallan en manos de los trabajadores. Durante el tránsito del socialismo al comunismo se producen grandes cambios en las relaciones económicas y en la organización política de la sociedad, pero estos cambios no llevan a la concentración de la propiedad y del poder en manos de una clase opuesta a las demás, sino a la supresión de todas las diferencias de clase, a la liquidación de todos los restos de división de la sociedad en clases.

La evolución del socialismo hasta transformarse en comunismo es un proceso objetivo que no se puede alterar ni soslayar. Ningún país puede saltar de golpe al comunismo, soslayando la fase socialista de desarrollo, ya que el socialismo es una fase necesaria e inevitable del desarrollo de la formación social comunista.

Admitir que ciertas medidas artificiales y determinadas formas de organización pueden ayudar a eludir el principio socialista de producción y distribución, pasar directamente al comunismo y afirmar el principio comunista de vida significa tener una idea ingenua de la marcha de la historia y simplificar el proceso histórico.

En su tiempo, Marx formuló la tesis absolutamente indiscutible acerca de que "incluso en el caso de que una sociedad haya llegado a descubrir la pista de la ley natural que preside su movimiento... no puede saltar ni suprimir por decreto sus fases naturales de desarrollo"[27].

La sociedad puede pasar directamente del capitalismo sólo al socialismo, al trabajo conjunto en común sobre la base de la propiedad social, a la distribución según el trabajo y no según las necesidades. *El proceso natural de evolución del socialismo hasta transformarse en comunismo sólo puede acelerarse sobre la base de un gran progreso de la producción material, que se logra ya en el período del primero.*

El socialismo y el comunismo tienen una base material común: la propiedad social sobre los medios de producción, la producción social desarrollada de modo armónico y proporcional, en la que se descartan la explotación del hombre por el hombre, las crisis económicas y el paro forzoso y se asegura la satisfacción cada vez mejor de las necesidades de todos los miembros de la sociedad. Pero, entre estas dos fases existen diferencias esenciales. Los rasgos fundamentales de la futura sociedad han sido previstos por el marxismo-leninismo con la precisión científica rigurosa de la ciencia, y la experiencia práctica lo confirma enteramente.

[27] C. Marx y F. Engels. *Obras*. ed. en ruso, t. 23, pág. 10.

El comunismo tendrá un nivel más alto de desarrollo de la producción, lo cual permitirá asegurar la abundancia de bienes materiales y completa satisfacción de las necesidades de todos los miembros de la sociedad. El impetuoso ritmo de crecimiento de la producción industrial y agropecuaria en el presente nos muestra que esta previsión de los fundadores del comunismo científico se encarna en la vida práctica.

Con el comunismo desaparecerán los restos de división de la sociedad en clases y todas las huellas de oposición entre el trabajo intelectual y el manual, entre la ciudad y el campo. Ya el socialismo redime a la sociedad del antagonismo de clases y de los choques entre ellas, asegura la unidad moral y política del pueblo y crea las condiciones para borrar paulatinamente las diferencias entre las clases y entre los distintos grupos sociales, lo que lleva a la afirmación de la sociedad sin clases, a la sociedad comunista. Grandes cambios se producirán en la conciencia de los hombres, se enriquecerá inconmensurablemente y florecerá la vida espiritual de la sociedad, y los hombres mismos tendrán un desarrollo universal y armónico.

El porvenir mostrará igualmente las considerables diferencias políticas entre el socialismo y el comunismo. En la sociedad socialista, el principal instrumento de organización de la economía y la cultura es el Estado, mientras que, al construirse el comunismo completo y lograrse su victoria a escala mundial, el poder del Estado no será necesario y se extinguirá paulatinamente. El progreso de la democracia socialista y la incorporación de las masas populares y sus organizaciones sociales a la gestión de los asuntos sociales revelan ya ahora las tendencias del futuro desarrollo de la organización estatal.

En la sociedad socialista, la distribución se practica en lo fundamental con arreglo al principio: "de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según su trabajo". En la fase superior del comunismo, cuando se logre la abundancia de bienes de uso y consumo, la distribución se efectuará con arreglo al principio: "de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades".

El partido marxista-leninista estima que su meta final es la construcción del comunismo completo, ideal de las masas trabajadoras, la sociedad mejor y más justa del mundo. ¿Por qué, pues, no se puede pasar ya ahora a ese principio más justo, al principio comunista de distribución? Es que no se puede organizar las cosas de modo artificial, arbitrario, a despecho de las leyes del desarrollo social. La sociedad no puede saltar directamente del capitalismo al comunismo, sin pasar por la fase socialista de desarrollo

La primera fase del comunismo no posee aún un nivel tan alto de producción como para poder asegurar la abundancia de artículos de uso y consumo. Al nivel actual de desarrollo de la producción no dispone aún de suficientes bienes materiales para satisfacer plenamente las necesidades de todos.

En la sociedad socialista, el trabajo se erige ya para la mayoría en cuestión de honor y deber moral. Pero no en todos, ni mucho menos, se desarrolla ya la actitud comunista hacia el trabajo. En la sociedad que ha sucedido al capitalismo, que todavía conserva muchos defectos de este último, los hombres no están aún preparados para trabajar en la plena medida de sus fuerzas y capacidades sin un determinado control social sobre la medida de trabajo y de consumo. Lenin dice: "Mientras llega la fase "superior" del comunismo, los socialistas exigen *el más riguroso* control por parte de la sociedad y *por parte del Estado* sobre la medida de trabajo y la medida de consumo..."[28].

El socialismo no es la fase final del desarrollo social. Son desesperadamente absurdas y falsas de cabo a rabo las ideas burguesas acerca de que el socialismo es algo inmóvil, muerto, petrificado y dado de una vez y para siempre. En realidad, la sociedad socialista se desarrolla también con arreglo a las leyes de la dialéctica, parte de lo inferior para alcanzar lo superior. Lenin escribía: "... el socialismo deberá transformarse inevitablemente y de modo gradual en comunismo..."[29]

Pese a la diferencia que hay entre el comunismo y la fase socialista, no existe muralla que separe rigurosamente estos dos peldaños del desarrollo social. *El comunismo nace del socialismo, es su continuación directa. La construcción del comunismo se despliega sobre la base del alto desarrollo de la producción material que se logra en el periodo del socialismo maduro.*

El Partido Comunista pone en el primer plano de toda su labor en el período inmediato la creación de la base material y técnica del comunismo y el continuo desarrollo de las fuerzas productivas.

La transformación del socialismo en comunismo es un proceso paulatino que implica, no obstante, un impetuoso progreso de las fuerzas productivas y de la cultura, saltos verdaderamente revolucionarios en el fomento de la producción, la ciencia y la técnica. El paso gradual al comunismo no debe entenderse como cierto movimiento frenado, cierto amortiguamiento del ritmo de desarrollo. El paso gradual del socialismo al comunismo significa, en pri-

---

[28] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 33, pág. 97.
[29] Idem., t. 31, pág. 180.

mer lugar, que no se efectúa de golpe, de una sola vez, sino ininterrumpidamente, a medida en que se preparan las condiciones materiales y espirituales de la sociedad comunista; en segundo lugar, que este paso no se realiza mediante la sustitución violenta de un régimen social con otro, sino mediante el desarrollo orgánico para alcanzar un peldaño superior de la misma base de la sociedad: la propiedad social sobre los medios de producción.

En el período del socialismo, la principal medida de la parte que cada cual percibe de la sociedad, al distribuirse los productos, es el trabajo, la calidad y la cantidad del mismo. Este principio de producción y distribución, fundamentado científicamente por la teoría marxista-leninista, ha sido confirmado por la experiencia práctica de la construcción del socialismo.

El principio socialista de distribución según el trabajo no descarta, sino, al contrario, implica el intenso crecimiento de los brotes del comunismo. En la sociedad soviética se desarrollan formas comunistas de trabajo y de organización de la producción, así como formas sociales de satisfacción de las necesidades de los ciudadanos. Una parte considerable y creciente sin cesar de los bienes materiales y culturales se distribuye entre los miembros de la sociedad independientemente de la calidad y la cantidad de su trabajo, es decir, gratuitamente. La sociedad asigna grandes recursos para la enseñanza y los servicios médicos gratuitos a los ciudadanos, para el pago de pensiones, de subsidios a las familias de prole numerosa, para la alimentación pública, para sostener escuelas-internado, jardines de la infancia, casas-cuna, clubes, bibliotecas, etc. Hay que tener también en cuenta el bajo nivel de los alquileres y los servicios municipales, lo que prueba igualmente el crecimiento de la parte de los fondos de consumo que no se distribuye entre los ciudadanos según el trabajo, sino según las necesidades de éstos.

El crecimiento de esta parte de los fondos sociales de consumo será una importante premisa para el tránsito gradual al principio comunista de distribución.

Por consiguiente, el principio socialista de distribución contribuye a la preparación de las condiciones para el progreso de las formas comunistas de trabajo y las formas sociales de satisfacción de las necesidades de los ciudadanos.

En relación con ello hay que hacer constar la significación del movimiento pro actitud comunista hacia el trabajo, que va adquiriendo ahora una propagación cada vez mayor. Lo principal de este movimiento patriótico es la lucha por una productividad del trabajo superior a la del capitalismo, lograda sobre la base de la emulación amistosa y la ayuda mutua en el empleo de la técnica mo-

derna. Tiene una importancia de principio el que las brigadas de trabajo comunista conjuguen el papel de vanguardia en la producción con la elevación del nivel cultural y técnico de los obreros y de su actividad en la vida social, con la observancia ejemplar de las normas fundamentales de la convivencia humana y del código moral del constructor del comunismo.

No sería correcto oponer el crecimiento de la conciencia de los hombres al interés personal de cada trabajador por el estímulo material. Son particularmente hueras y artificiales las disquisiciones acerca de que la distribución según el trabajo y el principio del interés material pueden coadyuvar al resurgimiento de las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres. En realidad, no es la aplicación, sino la vulneración de los principios del socialismo lo que crea el suelo nutricio para la difusión de las supervivencias burguesas, como la especulación, la codicia, el parasitismo, etc. *El principio fundamental del socialismo –de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según el trabajo– ofrece la base para la reeducación socialista de los hombres y la superación de las supervivencias del capitalismo en su conciencia y conducta.*

En consonancia con el progreso de las fuerzas productivas avanzarán y se perfeccionarán las relaciones sociales entre los hombres, basadas en los principios humanos de la colaboración de camaradas, la amistad y la ayuda mutua de todos los trabajadores de la sociedad. A medida que progresan la técnica en todas las ramas de la economía y la más estrecha vinculación de la enseñanza con la producción se lograrán el acercamiento y la conjugación orgánica del trabajo intelectual con el manual y la elevación del nivel cultural y técnico de todos los trabajadores. De resultas, cambiará el carácter del trabajo. La reducción de la jornada laboral y el continuo mejoramiento de las condiciones de trabajo sobre la base de la mecanización múltiple y la automatización de la producción aliviarán en gran medida el trabajo y cooperarán a la transformación del mismo en necesidad vital, en placer del hombre desarrollado universalmente.

En el proceso de la construcción del comunismo se perfecciona la forma koljosiano-cooperativa de relaciones de producción, que sirve y puede servir todavía durante mucho tiempo de base para el progreso de las fuerzas productivas de la economía agropecuaria. Con el ascenso de la producción koljosiana crecen más y más y se consolidan los fondos fijos de producción de los koljoses, se hacen más amplias las conexiones de producción interkoljosianas y, con ello, se eleva el nivel de la socialización, la propiedad koljosiano-cooperativa se acerca a la propiedad de todo el pueblo.

En este proceso le corresponde el papel rector a la propiedad de todo el pueblo. Con la marcha de la electrificación de la agricultura, la mecanización y la automatización de la producción se verificará cierta fusión de los medios koljosianos de producción con los del Estado, de todo el pueblo. Indudablemente, el problema de la total electrificación de la economía agropecuaria y la transformación de toda la producción agropecuaria en una variedad de la producción industrial puede resolverse con la ayuda del Estado, es decir, no sólo con los esfuerzos de los koljoses, sino sobre la base de la utilización conjunta de los medios de producción koljosianos y los estatales.

Sólo por ese camino se podrá resolver uno de los más complejos problemas de la construcción del comunismo, el de acabar por entero con las persistentes diferencias esenciales entre la ciudad y el campo.

En el período de la construcción práctica del comunismo, a la par con los problemas del fomento económico, se resuelven, además, cuestiones de perfeccionamiento de la organización política de la sociedad, de la estructura y la gestión estatales. Con el avance de la sociedad hacia el comunismo se logra el máximo desarrollo de la democracia socialista, se incorporan más y más capas de la población a la administración de todos los asuntos del país, los trabajadores y las organizaciones sociales participan cada vez más en la dirección de la vida económica y cultural, crece aún más el papel del partido como forma superior de organización social y vanguardia de todo el pueblo. Por tanto, en la marcha de la construcción del comunismo, el sistema estatal socialista se desarrolla y seguirá transformándose en autogestión social comunista.

La transformación del socialismo en comunismo es un proceso histórico-natural objetivo e inevitable.

El modo socialista de producción parte inicialmente de las fuerzas productivas creadas por el capitalismo. Al fomentar las fuerzas productivas, la sociedad socialista avanza por el camino de la creación de una base material y técnica superior a la que puede crear el capitalismo. *En el período de la construcción del comunismo, la sociedad no se asienta ya en la vieja base material y técnica, sino en una base propia, recién creada.* Precisamente por eso el período de la construcción del comunismo es un período de avance acelerado con la activa y consciente participación de los millones de trabajadores bajo la dirección del partido.

El socialismo construido en la URSS y otros países socialistas significa un magno progreso histórico. Seguirán ese camino los pueblos de otros países. Ahora bien, el socialismo no es más que la primera fase del comunismo, la base de arranque para el continuo y

grandioso progreso en todas las esferas de la vida material y espiritual. *La sociedad soviética, con arreglo a las leyes de la dialéctica, se desarrolla partiendo de lo inferior para llegar a lo superior, del socialismo, la primera fase del comunismo, a la segunda, la fase superior de este último.*

El socialismo no es el final del desarrollo, no es la renuncia a la dialéctica, como suelen murmurar, a veces, los antimarxistas ignorantes. La victoria del socialismo significa nada más que el final de la prehistoria de la sociedad humana.

El comunismo brinda posibilidades ilimitadas de progreso social. La propia sociedad comunista se perfeccionará continuamente. El creciente poder de los hombres sobre las fuerzas de la naturaleza, el grandioso progreso de las fuerzas productivas, de las demandas materiales y espirituales de los hombres y el universal florecimiento de la personalidad humana, las posibilidades ilimitadas para el ascenso cultural de todos, tales son los rasgos más generales del comienzo de esta auténtica historia humana. Y no hay maniobras de los enemigos de la paz y la dicha de los pueblos que puedan detener la marcha triunfal del radiante porvenir de la humanidad, el comunismo.

La revolución socialista y la victoria del socialismo han traído aparejada la renovación material y espiritual de la sociedad. Precisamente el materialismo ha señalado las vías y los medios de tal renovación.

Los moralistas burgueses proclaman que se puede lograr la renovación de la sociedad mediante la prédica del perfeccionamiento moral de los hombres. Pero se sabe que estas prédicas no cambian nada en la sociedad burguesa y no suprimen los principales vicios sociales.

El materialismo ha descubierto la verdad científica de que la base de la sociedad consta de las relaciones materiales, económicas, por cuya razón las transformaciones sociales son imposibles sin el cambio de esta base. Hay que abolir la propiedad privada sobre los medios de producción, que es la raíz principal de todas las calamidades y los vicios sociales. Con la supresión de la propiedad privada se elimina el mayor mal social: la explotación del hombre por el hombre. No hay prédica moral que pueda liberar a los hombres de la miseria y la explotación mientras la parte fundamental de las riquezas, todos los medios fundamentales de producción pertenezcan a un puñado de propietarios privados. Sólo el paso de los medios de producción a manos de toda la sociedad socava la posibilidad misma de explotación de la mayoría de la población por un puñado de ricachones.

Al suprimirse la explotación del hombre por el hombre, desaparece la opresión de una nación por otra, de un pueblo por otro. En la experiencia de la Unión Soviética y otros países del socialismo vemos que, con la liquidación de la propiedad privada sobre los medios de producción y con la supresión de la opresión de clase se desmorona la secular opresión nacional, se elimina el terreno para la desigualdad y la enemistad entre los pueblos y se crea la comunidad de pueblos iguales en derechos.

La sociedad libre del poder de los monopolistas de los medios de producción y las riquezas está vitalmente interesada en la colaboración y las relaciones de paz entre los pueblos.

Así es cómo sobre la base de una filosofía científica se tiende el camino de la paz y la amistad entre los pueblos.

La experiencia histórica del desarrollo de la sociedad desde el nacimiento del marxismo ha probado la completa razón de las ideas de Marx y Engels acerca del papel histórico universal de la clase obrera. Precisamente la clase obrera es la fuerza motriz en la solución de todos los problemas sociales de mayor importancia.

La clase obrera es la principal fuerza de la revolución socialista, la cual pone fin a la explotación del hombre por el hombre. La clase obrera ha prestado un gran apoyo al movimiento de liberación nacional de los pueblos y les ha ayudado a sacudirse el yugo del colonialismo. La clase obrera es el eje del poderoso movimiento de la humanidad por la paz. Se puede decir con toda razón que a la clase obrera y a su lucha van ligados los destinos de la sociedad moderna, los destinos del género humano.

Por eso no es casual que el rasgo común de todas las teorías antimarxistas, desde las concepciones francamente anticomunistas hasta las izquierdistas y radicales en apariencia, sea la negación del papel histórico universal de la clase obrera. Así, por ejemplo, el filósofo norteamericano H. Marcuse afirma que la clase obrera se ha "integrado" en el sistema capitalista y "va dejando de ser el "sepulturero" del capitalismo", convirtiéndose en una "fuerza conservadora y hasta contrarrevolucionaria"[30]. Por eso, Marcuse centra sus esperanzas fundamentales en los estudiantes, el lumpemproletariado y los distintos grupos sociales que "no se han integrado" en el sistema existente y son capaces de desempeñar el papel de "catalizadores de la transformación" exteriores.

Toda la marcha del movimiento obrero internacional contemporáneo y el análisis científico de la estructura social de la sociedad capitalista moderna y la lucha de la clase obrera prueban incontro-

[30] H. Marcuse. *An Essay on Liberation.* Boston, 1969, pp. 53, 16.

vertiblemente que la clase obrera ha sido y sigue siendo la principal y decisiva fuerza de la transformación revolucionaria de la sociedad, mientras que las demás capas y grupos sociales, incluidos los estudiantes, sólo podrán desempeñar un papel auténticamente revolucionario si se pasan a las posiciones del proletariado, es decir, a las posiciones de la lucha de clase intransigente y consecuente por el derrocamiento del régimen capitalista y la construcción del socialismo.

Esta es la razón de que la ideología científica de la clase obrera, creada por Marx y Engels y desarrollada en las nuevas condiciones históricas por Lenin, sus discípulos y continuadores, sea el programa auténticamente científico de lucha de la clase obrera, la bandera de todas las fuerzas del progreso social.

La filosofía de la clase obrera es la filosofía de la emancipación social, la filosofía de la paz y de la amistad entre los pueblos. Esta es la razón de que dicha filosofía sea la más humana. Se puede decir con todo fundamento que el humanitarismo y el materialismo marxista son inseparables. El materialismo marxista es el auténtico humanitarismo, ya que ha descubierto el camino de la liberación y del desarrollo universal de las masas populares, les ha señalado la salida de la esclavitud económica y espiritual en que las tenían durante siglos las clases explotadoras. Durante milenios han estado los hombres buscando la estrella polar que les señale el camino de la felicidad. La historia conoce los nombres de muchos seudoprofetas que decían haber descubierto esa estrella. Pero muchas veces la estrella no era más que un fuego fatuo, y los hombres seguían en las tinieblas. Hoy, la humanidad conoce la verdadera estrella que le sirve de norte: la teoría marxista-leninista.

Podemos decir con toda seguridad que la filosofía materialista de la clase obrera es, de hecho, una filosofía de todo el pueblo. Expresa los intereses cardinales tanto de la clase obrera como de todos los trabajadores. En efecto, ¡cualquier trabajador, que se dedica ya bien al trabajo intelectual, ya al manual, no puede por menos de apoyar las nobles ideas y la auténticamente sagrada meta de crear una sociedad libre de explotación, de miseria material, de guerras y enemistad entre los pueblos, una sociedad que garantice a cada cual la libertad, la satisfacción de las necesidades materiales y el desarrollo espiritual universal!

Los enemigos de la paz y la independencia de los pueblos procuran denigrar por todos los modos la filosofía marxista e insisten en que es enemiga de todas las demás corrientes ideológicas. Pero eso dista mucho de ser así. Existen distintas ideas filosóficas. La filosofía de la clase obrera es intransigente para con las ideas de

opresión del hombre por el hombre, para con las ideas de odio racial y nacional, para con las ideas del militarismo y de preparación de nuevas guerras imperialistas. Nosotros estimamos que ningún humanista de verdad puede cruzarse de brazos y esperar pasivamente hasta que desaparezcan las ideas misantrópicas. Su deber es combatirlas activamente. Es el deber cívico y social de todo humanista de verdad, de todo humanista de hecho, y no de palabra. Nosotros somos amigos de todos los que luchan por la libertad y la independencia de los pueblos y por la paz. Entre nosotros y los demás adeptos de las magnas ideas de la paz y la amistad entre los pueblos, de la independencia y la democracia, pueden existir y existen diferencias en la argumentación de dichas ideas. Entre los partidarios de la paz figuran adeptos a distintas corrientes filosóficas. Nosotros criticamos y seguiremos criticando las concepciones filosóficas erróneas, haciendo constar su inconsistencia. Pero eso no es ni puede ser motivo para la disensión, ni mucho menos para la enemistad entre nosotros y los partidarios de la paz que se atienen a otras concepciones. Estamos convencidos de que la vida y la práctica mostrarán a todos nuestros amigos la superioridad de la filosofía de la clase obrera en la argumentación de las vías y los medios de defensa victoriosa de la paz y del progreso social.

LA CONEXION ENTRE LA FILOSOFIA Y LA POLITICA

Dos concepciones del mundo, dos políticas

La política y la táctica de cualquier clase social se halla de una manera o de otra en conexión con la concepción del mundo de ésta. La filosofía, en tanto que base teórica de la concepción del mundo a que se atiene una clase determinada, ofrece la fundamentación ideológica de la política de esta última.

Las concepciones filosófico-sociológicas, al igual que las otras esferas de la superestructura ideológica, vienen determinadas, en última instancia, por el carácter de las relaciones económicas. La política, a su vez, influye en la filosofía. Por otra parte, la política, expresión concentrada de la economía, de los intereses económicos de una clase concreta, descansa en la filosofía general de dicha clase, arranca de los principios básicos de su filosofía. No hay ni puede haber política que no esté ligada de una manera o de otra a alguna filosofía. Además, aquí no se entienden por política unas u otras medidas o consignas corrientes, sino la dirección fundamental de la actividad del poder estatal o del partido político, actividad que abarca las relaciones entre clases, naciones y Estados. La política afecta a los intereses de millones de personas, a su presente y futuro. Lenin decía: "...sin un enfoque político adecuado de la cuestión, la clase dada no mantendrá su dominación y, *por consiguiente*, tampoco podrá cumplir *su tarea de producción*"[1].

---

[1] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 42, pág. 279.

El marxismo ha unido la filosofía a la vida, la ha ligado consciente y abiertamente a los intereses de la lucha de clase del proletariado por la reorganización comunista de la sociedad.

La política del Partido Comunista tiene por base teórica la única filosofía científica: el materialismo dialéctico e histórico. Esta filosofía es la concepción del mundo a que se atiene la clase obrera, su vanguardia, agrupada en las filas de los partidos comunistas. En varios países, esta filosofía es ya, y en otros se va haciendo, también la concepción del mundo de las grandes masas populares, que avanzan unidas a la clase obrera y bajo su dirección por el camino del socialismo.

La política de los Estados imperialistas tiene por base ideológica la filosofía reaccionaria idealista en sus más diversas manifestaciones. Al imponer esa filosofía a las masas, la burguesía imperialista quiere fundamentar ideológicamente y justificar su política.

El desarrollo de la historia ofrece más y más pruebas de la vitalidad y la fuerza de la filosofía y la política de la clase obrera, poniendo al desnudo, a la vez, la bancarrota de la ideología y la política de la burguesía. Los ideólogos de la burguesía hacen lo que pueden para velar el carácter partidista de la filosofía, su conexión directa con la política. Es típico de ellos el afán de apartar de la política las concepciones filosófico-sociológicas y presentarlas como principios independientes, con existencia propia.

Los ideólogos de la burguesía tienen la costumbre de remitirse a la abundancia de distintas corrientes filosóficas en los países capitalistas, lo cual se presenta como expresión de la "independencia" y la "libertad" del pensamiento. En la práctica, la multitud de corrientes filosóficas en la sociedad burguesa refleja el complejo entrelazamiento de las contradicciones de clase, nacionales y otras de dicha sociedad y viene condicionada por la existencia en ella de clases, grupos sociales, partidos políticos y organizaciones sociales en pugna entre sí; las corrientes filosóficas burguesas, pese a la diversidad de formas, expresan los intereses sólo de las clases dominantes. La multiplicidad de dichas corrientes ofrece a la burguesía la posibilidad de embaucar ideológicamente de distintas maneras a las masas.

La abundancia de corrientes filosóficas no prueba la fuerza y la vitalidad de las mismas, sino que están lejos de la verdad objetiva. La verdad objetiva es una para todos; no depende de los hombres ni de la conciencia de éstos.

El progreso de la ciencia y la práctica enriquece y puntualiza nuestros conocimientos y lleva a la sustitución de ideas erróneas o anticuadas con otras, nuevas, pero no transige con el pluralismo en la concepción de la verdad científica. Por supuesto, la ciencia no

puede desarrollarse sin la lucha de opiniones, sin discusiones creadoras sobre nuevos problemas, sobre cuestiones pendientes y discutibles; pero sería muerto dogmatismo el considerar que todo enunciado de la ciencia es una verdad eterna y absoluta. Mas no tendríamos ciencia si, digamos, en la matemática, la física o la química no hubiese auténtico conocimiento, independiente de las opiniones subjetivas de unas u otras personas o grupos, si en cada problema hubiese multitud de puntos de vista.

La filosofía marxista-leninista es una filosofía verdaderamente científica. La política de los partidos comunistas, asentada en el conocimiento científico de las leyes del desarrollo social, es incompatible con cualquiera otra filosofía. El partido de los comunistas no podría llegar a ser una unión combativa de correligionarios si entre sus militantes no hubiese unidad de criterio en los problemas de filosofía y política. Precisamente la unidad de la filosofía científica y la política revolucionaria, que se encarna en el marxismo-leninismo, suscita la furiosa rabia de los ideólogos burgueses. Todos los infundios de los ideólogos burgueses persiguen un mismo fin: contraponer la filosofía a la política y socavar la unidad monolítica de la concepción marxista del mundo, fundida, según expresión figurada de Lenin, de un mismo bloque de acero. Los ideólogos burgueses se desgañitan para demostrar que la alianza de la filosofía y la política convierte a la primera en ideología, rebaja su nivel teórico y la reduce a la categoría de dogmas de tipo religioso. Así, el tristemente famoso "marxólogo" Marcuse advierte un defecto del marxismo en que "convierte la dialéctica, forma de pensamiento crítico, en forma de concepción universal del mundo"[2].

La dialéctica materialista ha sido y sigue siendo método crítico revolucionario del marxismo. En cuanto a su transformación en concepción universal del mundo, ello no se debe al deseo subjetivo de los marxistas, sino a su naturaleza como ciencia de las leyes más generales del desarrollo del mundo objetivo y de su conocimiento. El que la filosofía marxista desaloje las formas tradicionales de "concepción universal del mundo", religiosas a lo largo de los siglos, no es prueba de debilidad, sino de la fuerza de esa filosofía. No es fortuito que diversos teólogos interpreten la concepción marxista del mundo en forma análoga a su interpretación de la religión. El existencialista protestante P. Tillich proclama que la filosofía marxista es "cuasirreligión"[3], y el teólogo norteamericano Franz Winkler califica el comunismo de "religión fanática". A. Toynbee, eminente

[2] H. Marcuse. *Soviet Marxism.* N. Y., 1958, p. 137.

[3] P. Tillich. *Christianity and the Encounter of the World Religions,* N. Y., 1963.

historiador occidental, declara que "el comunismo *es* una religión, una religión de una rama particular... Está ligeramente disimulada. Aquí Dios se presenta como una "necesidad histórica", y el pueblo elegido es el "proletariado"; el siglo de oro se presenta aquí como la extinción del Estado..."[4] A fin de mermar algo el significado cognoscitivo de la filosofía marxista, los teólogos están incluso dispuestos a hacer la vista gorda ante la absoluta oposición de la misma a la ideología religiosa. La religión ha sido siempre un *reflejo fantástico e ilusorio de la realidad*, mientras que el marxismo es una *ciencia*, es el reflejo científico de los procesos objetivos que se producen en la vida.

Los ideólogos de la burguesía califican de dogmatismo la inquebrantable fidelidad de los partidos comunistas de los diversos países a una filosofía única, al materialismo dialéctico e histórico. Sin embargo, no se puede por menos de advertir, tras sus falsas frases acerca del dogmatismo de los marxistas, lo que asusta a la burguesía: la invariable unidad ideológica de los adeptos al socialismo. Por algo la burguesía hace tan ruidosa propaganda de los revisionistas de derecha y de "izquierda" y se entusiasma tanto con la actividad subversiva de los escisionistas en el movimiento comunista internacional. Quisiera ver la dispersión ideológica y la confusión teórica entre los marxistas, difundiendo con tal objeto la comprensión burguesa de la libertad de pensamiento como libertad de predicar ideas reaccionarias.

En su empeño en desacreditar y embotar el partidismo de la teoría marxista-leninista, los escuderos de la burguesía insisten cada vez más pertinaces en la "neutralidad ideológica" de la filosofía y en que "está por encima de los partidos". Algunos llegan incluso a decir que se borran las diferencias ideológicas entre la concepción burguesa del mundo y la socialista. Así, el profesor Kenneth Boulding asevera que la lucha ideológica contemporánea reviste un carácter artificial, que "las dos ideologías se asemejan mucho más la una a la otra que lo que puede parecer a primera vista"[5].

El miedo ante el ascenso del movimiento socialista hace que la burguesía imperialista movilice todas las fuerzas de la reacción política e ideológica para la lucha contra la filosofía y la política de los partidos comunistas. En este frente es cada vez más aguda la lucha de clases. Hoy es más importante que nunca ver y comprender que tras las doctrinas filosóficas opuestas se encuentran distintas clases y partidos.

---

[4] A. Toynbee. *A Centenary View of Lenin.* – *"International Affairs"*. L., July 1970, p. 493.

[5] K. Boulding. *The Meaning of the Twentieth Century.* L., 1965, p. 168.

La ideología y la política "de fuerza"

La historia de la sociedad burguesa muestra de modo palpable la interconexión que existe entre la filosofía y la política de la burguesía, hasta qué punto ambas dependen de los intereses de clase de los explotadores.

En el siglo XIX, cuando el capitalismo se desarrollaba de manera más o menos suave, siguiendo la línea ascendente, en la filosofía burguesa prevalecían las concepciones positivistas-evolucionistas, al estilo de los sistemas filosófico-sociológicos de Augusto Comte y Herbert Spencer. La bandera de la política burguesa era el liberalismo. Las ideas burguesas de la libertad reflejaban la libre competencia en la vida económica. En la esfera de la filosofía correspondían al liberalismo político las ideas del progreso gradual.

En el siglo XX, al sobrevenir la fase imperialista, última fase del capitalismo, y al iniciarse la época del hundimiento de este último, cuando la burguesía empieza a pasar del liberalismo a la franca política de fuerza y a los métodos terroristas de dominación, comienzan a prevalecer en la filosofía burguesa las concepciones voluntaristas, como, digamos, el nietzscheanismo, el pragmatismo y el intuitivismo. En este tipo de corrientes filosóficas se saca a primer plano el culto de la "fuerza", la "voluntad", el "poder", la "acción", el "ímpetu vital", etc.

Los ideólogos de la burguesía imperialista se agarraron a la filosofía reaccionaria de Nietzsche, cuya idea fundamental es el dominio de la fuerza o "la voluntad de poder", y comenzaron a propagarla intensamente. Nietzsche afirmaba que en todo el Cosmos, en los procesos físicos, químicos y orgánicos, como también en la vida social, la causa motriz era la voluntad de acumulación de fuerza, la voluntad de dominación.

El viraje de la burguesía monopolista de cara a la reacción en la política interior y exterior ha condicionado el incremento del carácter reaccionario de la filosofía burguesa. La tristemente famosa "filosofía de la fuerza" se ha convertido en bandera de la política imperialista de anexiones y saqueos. O. Spengler, bardo filosofante del militarismo prusiano, proclamó después de la primera guerra mundial que la guerra era una forma eterna de manifestación del ser humano superior y el Estado, instrumento de guerra.

Los filósofos de la burguesía reaccionaria consideran que es un "adelanto" de la filosofía del siglo XX la renuncia a la "fe" en la dominación de la regularidad objetiva y en las leyes mismas. Ven la misión de la filosofía en reforzar el "poder de resistencia" frente al

movimiento comunista. So pretexto de defensa de la democracia preconizan el aplastamiento de los movimientos revolucionarios.

Por consiguiente, la negación de la regularidad objetiva del desarrollo progresivo de la naturaleza y la sociedad y la prédica de las concepciones voluntaristas acerca del papel determinante de las aspiraciones subjetivas, de la voluntad y la fuerza constituyen la peculiaridad distintiva de las corrientes más reaccionarias de la filosofía idealista contemporánea.

El idealismo posee sus raíces gnoseológicas; brota en el curso del conocimiento humano a partir de las contradicciones y dificultades del mismo proceso de conocimiento, es fruto de la hipertrofia, de la exageración, de la costumbre de elevar al absoluto uno u otro elemento del conocimiento. Ahora bien, la posibilidad de convertir un error gnoseológico en sistema filosófico, la posibilidad de interpretación idealista de los datos que ofrece la ciencia radica en las relaciones de clase y viene condicionada por los intereses de clase de los explotadores. La política de las clases reaccionarias ejerce de una manera o de otra su efecto en el carácter de las conclusiones idealistas.

La conexión de la filosofía de la burguesía imperialista con su política reaccionaria repercute de todos modos en la interpretación filosófica de los datos que ofrecen las ciencias naturales. No es difícil comprender que las doctrinas filosóficas en boga acerca del indeterminismo en física, de la "libertad de la voluntad" del átomo, etc. reflejan el predominio de las doctrinas idealistas-subjetivistas y voluntaristas en la filosofía burguesa de nuestra época.

Así se explica también el carácter de las concepciones filosóficas reaccionarias en las ciencias sociales. La forma más difundida de concepción idealista-voluntarista de la vida social consta hoy de las teorías de que las ideas y las instituciones políticas son la principal fuerza del desarrollo histórico. Son características en este sentido las concepciones de muchos representantes de la llamada ciencia política, que se presentan bajo la bandera del realismo político. Las concepciones filosóficas de esta escuela descansan en los argumentos de R. Niebuhr, al que llaman "el padre" de la escuela realista. Se consideran especialistas en esta ciencia H. Morgenthau, N. Spykman, Strausz-Hupé y el profesor Kenneth W. Thompson. A juicio de éstos, la política estatal aplicada debidamente y las instituciones políticas existentes pueden resolver todos los problemas que se plantean ante la sociedad. Aquí se vela lo principal, es decir, que en la sociedad dividida en clases hostiles, la política ha servido siempre a la clase que se halla en el poder, ha sido siempre un medio de sojuzgamiento de las masas trabajadoras.

Por cuanto toda ciencia, si es que quiere ser ciencia, debe operar con conceptos científicos, los representantes de la ciencia política tratan de adaptar distintos conceptos biológicos y físicos a su explicación seudocientífica de la conducta de los hombres y grupos sociales. La conducta del hombre, dice Niebuhr, obedece a tres móviles: al instinto de conservación, el instinto de procreación y el instinto de poder. El instinto de poder es, según Niebuhr, una variedad del instinto de conservación.

En un manual de la Universidad de Harvard (EE.UU.), titulado *Contemporary Theory in International Relations*, se dice: "La política internacional, al igual que toda política, es una lucha por la fuerza... Los estadistas y los pueblos pueden definir sus objetivos en términos religiosos, filosóficos y económicos o en forma de ideales sociales, pero, en cuanto procuran ponerlos en práctica recurriendo a los medios de la política, lo hacen mediante la aspiración a la fuerza"[6].

Al exponer los criterios de esta escuela, el profesor norteamericano de ciencias políticas P. Odegard pone la fuerza en la base de todo el sistema y de sus conceptos. La fuerza, como afirma Odegard, es la fuente de todos los cambios en la sociedad, lo mismo que en la naturaleza; es la que hace que las cosas se muevan, que la rueda gire, que el buque navegue y que el hombre actúe de una manera o de otra. Según Odegard, la sociedad es un sistema de estructuras de fuerza. La fuerza puede descubrirse en cualquier grupo organizado: desde el Gobierno hasta los sindicatos, los colegios, las universidades, las comunidades eclesiásticas y la familia incluso. Dirige todos estos grupos la "élite de fuerza". "Las estructuras o sistemas de fuerza –escribe Odegard– suelen tener una forma jerárquica, con la particularidad de que la capa superior posee, como es lógico, más fuerza que los niveles inferiores, ya que los acuerdos dimanantes del vértice, ejercen su efecto en esferas más vastas que los provenientes de pisos menos altos. Por eso, la situación del individuo en la jerarquía es una medida de su fuerza y prestigio dentro del sistema"[7].

La filosofía reaccionaria burguesa niega la existencia de leyes objetivas del desarrollo social y la significación determinante de las condiciones económicas en la vida de la sociedad. La principal concepción filosófica de la burguesía monopolista es algo así como la "teoría de la violencia", según la cual el poder político determina los procesos de la vida económica y las relaciones entre las clases, las naciones y los Estados. En las doctrinas económicas, como, por

[6] *Contemporary Theory in International Relations*, N. Y., 1960, p. 64.
[7] Peter H. Odegard. *Political Power and Social Change*. Rutgers, 1966, pp. 79-80.

ejemplo, la de Keynes, domina la fe en la omnipotencia de la regulación estatal bajo el capitalismo. En las teorías jurídicas, el Derecho se separa del régimen económico, y las normas jurídicas se proclaman obra del poder estatal.

La concepción filosófica reaccionaria basada en el culto de la violencia se manifestó con particular diafanidad en la política exterior e interior de los hitlerianos. La dictadura terrorista fascista dentro del país y la lucha por la dominación mundial mediante guerras de conquista y de saqueo, tal es la aplicación práctica de la reaccionaria filosofía de la violencia. Esta filosofía fascista y política de violencia han fracasado completamente. La historia ha vuelto a mostrar una vez más que el que no quiere contar con las leyes objetivas del desarrollo social y que actúa en contra de ellas va a pique inevitablemente.

Ahora bien, la filosofía de la violencia no ha desaparecido ni puede haber desaparecido, por cuanto en varios países, y además grandes, persiste el imperialismo. En política económica, esta filosofía se manifiesta en el convencimiento de que el Estado burgués es capaz de suprimir la anarquía de la producción, organizar una economía planificada, conjurar las crisis económicas y acabar con el desempleo masivo. En una palabra, la filosofía voluntarista no quiere contar con las leyes objetivas del desarrollo económico.

En el dominio de las relaciones sociopolíticas, esta filosofía abriga la ilusión de que el Estado burgués puede ahogar la lucha de clases y acabar con el movimiento obrero.

En política exterior, esta filosofía justifica la carrera armamentista, la formación de bloques agresivos, el caldeo del histerismo bélico, las amenazas en las relaciones y las negociaciones con otros Estados. Encarnación típica de esta filosofía reaccionaria en las relaciones internacionales es la política "desde posiciones de fuerza".

Es sabido que los ideólogos de la burguesía interpretan el desarrollo del movimiento mundial de liberación también desde su ángulo idealista y voluntarista, proclamando que es resultado de la "intervención extranjera", producto de la "violencia", etc. Con arreglo a dichas concepciones, la revolución socialista en la URSS fue obra de un puñado de conspiradores; el que toda una serie de países de democracia popular se haya desgajado del sistema del capitalismo es, según los ideólogos burgueses, resultado de una presión desde fuera, y el que las antiguas colonias hayan roto con sus opresores imperialistas se debe a las maquinaciones de los comunistas extranjeros.

La filosofía anticientífica voluntarista mantiene en las mentes reaccionarias el fantástico convencimiento de que con ayuda de

amenazas, de la violencia, se puede lograr que la historia marche atrás, que se reincorporen al campo del imperialismo los países que han emprendido el camino del socialismo o se puede volver a poner el yugo colonialista a los pueblos que se han liberado de la opresión extranjera, asignándose esa misión a los EE.UU., la potencia imperialista más fuerte. Los ideólogos imperialistas más reaccionarios han planteado la idea de la "misión" de los EE.UU., llamados a salvar el agonizante mundo capitalista. El conocido teórico norteamericano Zbigniew Brzezinski escribía sobre el particular: "Nuestro deber ante el mundo y nuestra superioridad en fuerza son tales que el intento de liberarse de este deber conduciría al caos internacional de inauditas proporciones. Este deber nuestro es un hecho histórico y no hay manera de quitárselo de encima"[8].

La filosofía idealista contemporánea ha crecido sobre el terreno de la política reaccionaria de la burguesía imperialista. Esta filosofía justifica e inspira la actividad de los grupos reaccionarios de la sociedad burguesa. Al objeto de lograr mayor fuerza de persuasión, los filósofos burgueses propugnan la filosofía voluntarista predicando que los destinos de los hombres dependen de Dios y aseveran que sus actos son la expresión de la voluntad divina.

En virtud de las grandes victorias del socialismo en la Unión Soviética y otros países socialistas y del progreso del movimiento mundial de liberación se eleva la actividad de los trabajadores, con la clase obrera al frente, y se produce un profundo deslindamiento ideológico y político entre los intelectuales de los países capitalistas. Teniendo en cuenta el crecimiento de los ánimos democráticos y socialistas de las masas, los ideólogos burgueses realizan una activa labor de embellecimiento del actual régimen sociopolítico de los países capitalistas. Estos ideólogos insisten en que en nuestra época, en los Estados burgueses, ya no existe oposición entre el trabajo y el capital, no hay proletarios y explotadores, que, en dichos países, las clases y la lucha de clases van desapareciendo y se va afianzando poco menos que la sociedad socialista.

Cabe señalar que la "filosofía de la violencia" no agota todas las variedades de la filosofía burguesa de nuestros días, al igual que la política de aplastamiento y de atemorización no es el único método de dominación de la burguesía imperialista. Se sabe que la burguesía, empeñada en mantener su dominación, recurre, en lo fundamental, a dos métodos que, ya bien se alternan, ya se emplean simultáneamente, ya se entrelazan en diversas combinaciones. Uno es la vio-

---

[8] Z. Brzezinski. *The Implications of Change for United States Foreign Policy.* – *"Department of State Bulletin"*, July 3, 1967, p. 4.

lencia abierta, la negación de las libertades democráticas, de cualquier reforma o concesión. El otro es la política de "liberalismo", de coqueteo con las masas, la táctica de las limosnas económicas, de las promesas, etc. Cae de su peso que en ambos casos la meta final es conservar el capitalismo como sistema social y llevar de cualquier modo a un cauce inofensivo el poderoso torrente revolucionario de nuestra época. Esta estrategia viene formulada bien claramente en el libro de L. Bloomfield, profesor de ciencias políticas del Instituto Tecnológico de Massachusetts: "Los Estados Unidos deben ayudar al avance de los procesos revolucionarios de tal manera que se pueda arrancar el arma de las manos de los extremistas: tal debe ser *siempre* la meta de los reformadores. Tanto en el ghetto norteamericano como en los conflictos locales, nosotros no nos dábamos cuenta hasta hace poco tiempo de que la estrategia de la victoria consistía en las reformas, y no en la simple contención"[9].

En la época del imperialismo predomina el sistema de violencia, pero, a la par con ella, la burguesía, según las circunstancias, recurre igualmente al "liberalismo", en política interior y exterior. En consonancia con ello, cultivando la filosofía de la violencia, la burguesía respalda también toda clase de concepciones positivistas evolucionarias que ofrecen una interpretación deformada de las causas del desarrollo en la naturaleza y la sociedad y argumentan la vía reformista. Semejantes concepciones nutren a los teóricos seudosocialistas en sus elucubraciones acerca de la transformación del capitalismo contemporáneo en socialismo, manteniéndose la propiedad privada sobre los medios de producción. La lucha de las fuerzas progresistas contra la reaccionaria política interior y exterior de los monopolios imperialistas implica la denuncia de las bases filosóficas de dicha política.

La dialéctica revolucionaria es el alma del marxismo

La filosofía marxista-leninista es la ciencia de las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. Por vez primera en la historia del pensamiento social, la filosofía dio una interpretación materialista íntegra de todo el mundo natural, histórico y espiritual, presentándolo como un mundo en constante

---

[9] L. P. Bloomfield. *Future Small Wars: Must the United States Intervene?* – *"Orbis"*. Philadelphia, 1968, N° 3, p. 638.

proceso de movimiento y cambio, de nacimiento de lo nuevo y muerte de lo viejo.

La unidad del mundo consiste en su carácter material. Del mismo modo que todos los fenómenos de la naturaleza tienen por base causas materiales, el desarrollo de la sociedad humana viene condicionado, ante todo, por el crecimiento de las fuerzas materiales, productivas. Esta unidad explica la existencia de las leyes más generales vigentes tanto en la naturaleza y la sociedad como en el pensamiento, el cual es un proceso de reflejo del mundo objetivo. Precisamente por eso, la filosofía marxista-leninista sirve de método de conocimiento tanto en las ciencias naturales como en las sociales.

La conexión entre la concepción dialéctica materialista del mundo y la política de los partidos comunistas no restringe, sino que, al contrario, asegura las vías para encontrar la verdad objetiva. La clase obrera no necesita velar los hechos ni deformar la realidad, ya que no es una clase caduca, sino una clase de vanguardia, que lleva a la sociedad adelante hacia el comunismo. La clase obrera no lucha para instaurar un nuevo sistema de explotación del hombre por el hombre, sino para acabar por doquier con toda explotación. Si bien el partidismo burgués va ligado inseparablemente al subjetivismo, a la falsificación de los hechos en beneficio de los intereses egoístas de los explotadores, el partidismo de la clase obrera y sus intereses de clase exigen que las leyes objetivas se interpreten correctamente. Sólo sobre la base del conocimiento de estas leyes es posible luchar con éxito por la transformación socialista de la sociedad y dominar las fuerzas de la naturaleza en beneficio del progreso.

Los adversarios del marxismo insisten desde hace mucho tiempo en que el partidismo de la filosofía marxista y la dirección partidaria de la labor científica conducen al dogmatismo y al subjetivismo en la ciencia. En realidad, la dirección partidaria de la labor teórica protege la ciencia contra el subjetivismo, las opiniones fortuitas y la arbitrariedad de unos u otros grupos o personas y ofrece la base para el avance del pensamiento teórico creador.

El marxismo-leninismo es el fundamento teórico que permite a los partidos comunistas de todos los países sostener la lucha por la victoria del comunismo.

En la filosofía premarxista, el materialismo contemplativo no comprendía el papel transformador de la práctica humana; el problema del aspecto activo en el proceso histórico lo planteaban los idealistas, pero éstos consideraban que la fuerza activa era el espíritu y mantenían una actitud de desprecio hacia la práctica material. El marxismo fue el primero en descubrir la interconexión dialéctica de los aspectos material y espiritual en el desarrollo de la sociedad,

en enriquecer el materialismo con la comprensión de la práctica social como gran fuerza transformadora y en mostrar, a la vez, la gran fuerza movilizadora y organizadora de las ideas de vanguardia en la vida social.

El materialismo sirve de base filosófica para el conocimiento científico de la naturaleza y para la utilización de sus leyes en beneficio de los hombres. Ahora bien, el materialismo dialéctico no se ha detenido en el conocimiento de la naturaleza, ha ofrecido una base científica para el estudio de la sociedad y ha dado una fundamentación científica a la política. La conexión con la política es un rasgo de primordial importancia de la filosofía marxista. En su tiempo, Marx reprochaba a Feuerbach el que éste, en sus aforismos filosóficos, hacía demasiado hincapié en la naturaleza y se fijaba muy poco en la política. "Mientras tanto –señalaba Marx– ésta es la única alianza merced a la cual la actual filosofía puede ser una verdad"[10].

El principio de la actividad y la eficacia en la filosofía marxista no se basa, a diferencia del idealismo, en deseos subjetivos, sino en el conocimiento de las leyes objetivas. Precisamente por eso, el marxismo conjuga el más alto grado de enfoque científico en la interpretación de los procesos objetivos con el reconocimiento de la gran iniciativa y la energía de las masas, cuya actividad práctica decide los destinos de la historia.

Al materialista no le basta reconocer que los hombres son producto de las circunstancias. Hay que comprender, además, que los hombres modifican las circunstancias. Al considerar que el modo de producción de bienes materiales es la base del desarrollo social, el marxismo-leninismo parte de que, desde la división de la sociedad en clases, la fuerza motriz de la historia ha sido siempre la lucha de clases. La acción de las leyes económicas afecta a los intereses de las clases y no puede transcurrir suavemente, sin conflictos sociales y sin lucha de clases, mientras no se haya acabado con las clases explotadoras en la sociedad.

En las leyes de la dialéctica materialista se presenta una profunda síntesis filosófica de los datos de la ciencia y la vida social. La ley de la unidad y la lucha de los contrarios, aplicada a la sociedad, se manifiesta en el carácter dialéctico del desarrollo de los modos de producción, en la unidad y la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en el antagonismo entre las clases y en la lucha de clases. El principio básico del conocimiento científico y la actividad práctica es el reconocimiento de que la lucha

[10] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 27, pág. 375.

entre lo viejo y lo nuevo, entre lo agonizante y lo naciente constituye la principal fuerza motriz y el contenido interno del desarrollo, que lo nuevo, lo de vanguardia, es invencible y que, al contrario, lo viejo, lo caduco, ha de ser derrotado inevitablemente.

La ley del tránsito de los cambios cuantitativos a los cualitativos se manifiesta en la sustitución de los cambios graduales, evolucionarios, en la sociedad con las transformaciones cardinales, revolucionarias, que, en las formaciones antagónicas, se efectúan mediante la revolución, la cual se realiza bajo distintas formas, con arreglo a condiciones concretas.

La ley de la negación se manifiesta en la sustitución de lo viejo con lo nuevo, de lo caduco con lo naciente, es decir, en el continuo proceso de renovación y de ascenso de lo inferior a lo superior. La negación dialéctica no rechaza todo lo pasado, sino que mantiene, conserva y desarrolla todo lo que hay de positivo, adquirido en las fases anteriores de desarrollo.

Al extender el materialismo al conocimiento de la sociedad, los fundadores del marxismo pertrecharon el movimiento comunista con el método de análisis científico de los fenómenos sociales. La política de los partidos comunistas arranca de la concepción materialista de las relaciones entre las clases, naciones y Estados y ve la más profunda base de todas las relaciones sociales en el desarrollo económico de la sociedad. El materialismo histórico considera que la fuerza determinante del progreso de la sociedad no es la violencia, sino el modo de producción de los bienes materiales.

Si en el mundo todo se halla en proceso de desarrollo y cambio, la política y la táctica del Partido Comunista no pueden permanecer inmutables. Al explicar las peculiaridades del enfoque dialéctico de la vida, Lenin decía que el análisis concreto de la situación concreta era la esencia misma, el alma viva del marxismo. Lenin estimaba que el alma viva del marxismo era precisamente la dialéctica materialista revolucionaria.

El valor inapreciable de la dialéctica para la estrategia y la táctica del comunismo consiste en que enseña a comprender a fondo las leyes objetivas generales de la revolución y aplicarlas a la situación peculiar de uno u otro período histórico, a las condiciones concretas de cada país. El olvido de las leyes objetivas generales de la revolución socialista y de la construcción del socialismo conduce ineludiblemente al nacionalismo, al revisionismo de derecha y de "izquierda", que supone un gran peligro en las filas del movimiento comunista internacional. Por otra parte, el hacer caso omiso de la peculiaridad de la nueva situación histórica y las condiciones concretas del país está relacionado con el dogmatismo y el sectarismo,

ajenos al espíritu creador del marxismo, que nutren las mismas variedades de revisionismo.

La historia del movimiento socialista conoce bastantes nombres de líderes que aprendieron la dialéctica marxista y la enseñaron a otros, pero, en la práctica, resultaron ser empedernidos metafísicos, incapaces de comprender los cambios ocurridos en la situación, las nuevas tareas y la necesidad de emplear nuevos procedimientos y formas de lucha revolucionaria.

La gran fuerza de la dialéctica se manifiesta con la mayor fuerza en los períodos cruciales de la historia. En los virajes y cambios radicales de la vida social, al animarse la reacción y reforzarse sus ataques contra el comunismo, entre los elementos inestables del movimiento comunista recrudece la tendencia al abandono de las tesis fundamentales del marxismo-leninismo so pretexto de la necesidad de "tener en cuenta la nueva situación", la tendencia a deslizarse a las posiciones de la ideología burguesa. En estas condiciones resulta más importante que nunca el saber atenerse firmemente al rumbo principal, ver y comprender la dirección general del desarrollo mundial y conjugar correctamente los principios generales del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución.

La unidad ideológica del movimiento comunista internacional en las condiciones más complejas y difíciles se ha mantenido indestructible, ante todo, porque se asienta en el reconocimiento de las leyes objetivas generales que presiden la revolución socialista y que se manifiestan en todas partes pese a la diversidad de las peculiaridades y tradiciones históricas nacionales. "Sin basarse en las leyes generales y sin tomar en consideración las condiciones específicas históricamente concretas de cada país –se dice en el Informe del CC del PCUS al XXIV Congreso del Partido– no se puede construir el socialismo"[11]. El que los partidos comunistas apliquen con espíritu creador las leyes objetivas generales de la revolución al contar con las distintas formas y métodos de tránsito al socialismo en los diversos países es una encarnación viva de los principios de la dialéctica revolucionaria.

Las leyes generales a que obedece la producción material, la base de toda la vida social, tienen en cada época su expresión concreta. La ley más general de la historia –la de la correspondencia de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas– explica la marcha y la dirección del desarrollo económico en

---

[11] *Documentos del XXIV Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, 1971, pág. 6.

cualquier sociedad y en cualquier época. Ahora bien, una época puede distinguirse por la correspondencia de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas, lo que brinda un vasto campo para el progreso de la producción, mientras que es típica de otra época la alteración de dicha correspondencia, el conflicto entre estos dos aspectos de la producción.

Bajo el imperialismo se agravan inusitadamente las contradicciones entre el carácter social de la producción y la propiedad privada sobre los medios de producción. La ley de la correspondencia de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas condiciona la necesidad de superar esta contradicción. Eso determina la dirección de los principales cambios sociales y políticos ocurridos en el siglo XX.

La regularidad cardinal y más general de los cambios sociales contemporáneos es el tránsito de las formas de vida social cristalizadas a lo largo de los siglos, basadas en la propiedad privada, a un nuevo orden social, basado en la propiedad colectiva, socialista. En el siglo XIX, la forma dominante de economía era el sistema de la llamada empresa privada. En el siglo XX se produce el viraje histórico hacia el sistema socialista de economía, hacia la producción colectiva, socialista. La expresión política de este proceso es el paso del poder estatal de manos de las clases explotadoras a las de las masas trabajadoras, encabezadas por la clase obrera.

Respaldándose en la ley de la correspondencia de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas, la clase obrera de la URSS, aliada al campesinado trabajador y dirigida por el Partido Comunista, derrocó el régimen capitalista e inauguró una nueva era en la historia universal, la era de la victoria del socialismo.

El nuevo sistema social, el sistema socialista de economía, crece y se robustece inconteniblemente, mientras del viejo sistema capitalista se van desgajando más y más países que toman el camino del desarrollo socialista. En la Unión Soviética y, luego, en las democracias populares, el sistema de la propiedad privada, el sistema capitalista, fracasó, y ahora los pueblos de varios países construyen ya su vida sobre la base de la propiedad colectiva.

Con la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre y del socialismo en la URSS, con el paso de varios países de Europa, Asia y América Latina al camino de la construcción del socialismo se ha acabado la prehistoria de la humanidad y comienza su verdadera historia. La época contemporánea es la del desarrollo ascendente de la nueva formación social y de la desintegración de la formación capitalista.

La política del Partido Bolchevique en la lucha por el derrocamiento del poder del capital y por la construcción del socialismo, habida cuenta de las relaciones efectivas entre las clases, se planteaba como tarea principal asegurar la firme alianza del proletariado con el campesinado trabajador bajo la dirección de la clase obrera. El fortalecimiento de la alianza de la clase obrera con el campesinado y la intelectualidad es objeto de constante preocupación del Partido Comunista. En las relaciones entre las naciones, la política del Partido Comunista se planteaba lograr la instauración de la igualdad de todas las naciones y organizar la colaboración fraternal de todos los pueblos en la construcción del socialismo. La amistad de los pueblos de la URSS se ha erigido en baluarte inquebrantable del multinacional Estado socialista soviético.

Sobre la base de la transformación y del desarrollo socialistas de la economía del país se ha plasmado la unidad sociopolítica de la sociedad soviética. La política del partido en la construcción de la economía socialista se ha basado en el conocimiento de las leyes del desarrollo de la producción. La industrialización socialista del país y la colectivización de la agricultura fueron una encarnación concreta de las leyes del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la época de la construcción del socialismo. El paso al sistema socialista de economía, que han realizado o que realizan varios países, no significa un abandono del camino histórico, sino la expresión de la ley objetiva cardinal de los cambios sociales del siglo XX. Los notables éxitos de los Estados socialistas en el fomento de la vida política, la economía y la cultura logrados en un breve plazo histórico prueban que la sustitución del sistema capitalista, espontáneo y anárquico, de economía con la producción organizada socialista responde a las necesidades perentorias del progreso social. Nada más puede explicar el gran viraje que se ha producido en los destinos de dichos Estados. Rusia, atrasada en un pasado reciente, dependiente en el aspecto económico de otros Estados, es hoy la Unión Soviética, una gran potencia mundial, que marcha al frente del avance histórico de la sociedad hacia el comunismo. Toda una serie de países que, en virtud de su debilidad, eran en otros tiempos objeto de explotación de los imperialistas extranjeros, ha adquirido la independencia, ha rechazado los intentos de injerencia en su vida interna por parte de las potencias imperialistas y ha emprendido el camino del desarrollo libre.

Una peculiaridad notable de la época contemporánea es la emancipación de los pueblos ayer subdesarrollados y atrasados de Oriente, que se han liberado de la dominación del capital extranjero. El sistema capitalista de economía no se apoyaba sólo en el someti-

miento del trabajo al capital en los Estados desarrollados, sino, además, en el avasallamiento de los países atrasados y débiles por el capital extranjero. A lo largo de muchos decenios e incluso siglos, los Estados capitalistas explotaron y oprimieron a los pueblos de las colonias. Hoy estos pueblos, habiendo roto con la opresión nacional imperialista, pugnan para lograr su soberanía nacional y toman el camino del desarrollo independiente. La desintegración del sistema colonial del imperialismo ha sido un evento de trascendencia histórico-universal en el período postbélico.

Lenin estimaba que la expresión combativa de la solidaridad internacional de los trabajadores de nuestra época era la consigna "¡Proletarios de todos los países y pueblos oprimidos, uníos!"[12] Toda la marcha de los acontecimientos ha confirmado enteramente la razón de la teoría y la política del leninismo acerca de la necesidad de unir la lucha revolucionaria de la clase obrera de los países desarrollados con el movimiento liberador nacional en las colonias.

El tránsito del sistema económico capitalista a la producción organizada socialista no sería ley general de los cambios sociales de nuestra época si su acción se extendiese sólo a unos cuantos países concretos. En realidad, esta ley rige en todos los países. Por cuanto el cumplimiento de dicha ley tropieza con la oposición más fuerte de la minoría pudiente y dominante se agravan en proporciones inauditas las contradicciones sociales. Se hace cada vez más hondo el conflicto entre el proceso de socialización de la producción contemporánea y la propiedad privada sobre los medios de producción. Las agrupaciones monopolistas de los capitalistas, es decir, los cárteles, trusts y bancos, la nacionalización de ciertas entidades económicas y otras formas de socialización sobre bases capitalistas prueban también que ha pasado el tiempo de la empresa privada y que la instauración de la propiedad social sobre los medios de producción es ahora una demanda perentoria del desarrollo económico.

El abismo entre el trabajo y el capital, entre los trabajadores y los explotadores se hace cada vez más hondo, puesto que las ganancias de los monopolistas crecen, mientras disminuye la parte de las grandes masas de la población de los países capitalistas en la renta nacional. El carácter cíclico del desarrollo del capitalismo, que incluye el crecimiento temporal y, luego, la vertical caída de la producción agrava la inestabilidad y la situación precaria de existencia de las vastas masas de la población. El progreso de la técnica lleva a la intensificación del trabajo y a una mayor explotación de los

[12] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 42, pág. 71.

obreros. En eso reside la fuente de la agudización de las contradicciones sociales y la base de la incesante lucha de clases en los países capitalistas.

La labor práctica de cada partido marxista-leninista se basa en el conocimiento de las leyes generales de la vida social y en el análisis de las peculiaridades del desarrollo económico y político de cada país concreto. El marxismo-leninismo enseña que, teniendo un carácter general la ley del proceso histórico del avance de la sociedad hacia el comunismo, en los diversos países pueden aplicarse distintas formas y métodos de solución de problemas concretos de la construcción del socialismo. En virtud de los profundos cambios históricos ocurridos en la palestra mundial en favor del socialismo, se presentan nuevas perspectivas para el tránsito de los países del capitalismo al socialismo. En lo sucesivo, las formas de transición al socialismo serán todavía más diversas. Ahora bien, la diversidad de las formas de paso al socialismo y de los métodos de construcción socialista no dependen de los deseos subjetivos de uno u otro partido o dirigentes del mismo, sino de las peculiaridades del desarrollo objetivo del país en cuestión y de la situación internacional. Por consiguiente, también en este aspecto, el marxismo es enemigo del subjetivismo y la arbitrariedad.

Al explicar las bases filosóficas de la táctica marxista, Lenin escribía: "Marx determinó la tarea esencial de la táctica del proletariado en su rigurosa correspondencia con todas las premisas de su concepción materialista y dialéctica del mundo. Sólo considerando objetivamente el conjunto de las relaciones mutuas de todas las clases, sin excepción, que forman una sociedad dada, y considerando, por tanto, el grado objetivo de desarrollo de esta sociedad y sus relaciones con otras sociedades, podemos tener una base que nos permita trazar la táctica acertada de la clase de vanguardia. A este respecto, todas las clases y todos los países no son estudiados de un modo estático, sino dinámico, es decir, no en estado de inmovilidad, sino en movimiento (movimiento cuyas leyes emanan de las condiciones económicas de vida de cada clase)"[13].

El enunciado fundamental de la teoría marxista del conocimiento consiste en que la verdad es concreta, todo depende de la situación concreta, de las condiciones, del lugar y del tiempo. Las concepciones políticas de los marxistas se basan en la correspondencia a la realidad, a las relaciones históricas concretas de la época y del país. La misión de la investigación teórica y de la actividad práctica del partido revolucionario de cada país consiste, según el marxismo-

[13] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 26, pág. 77.

leninismo, en que, partiendo de las leyes generales del desarrollo de la sociedad, se debe saber contar con las peculiaridades de las condiciones históricas, económicas y políticas del país.

Los defensores del capitalismo preconizan con insistencia la idea de que los comunistas se valen de la injerencia en los asuntos internos de otros países, de la coerción y la violencia para imponer a todos los pueblos el orden de cosas socialista. De este modo, los medios reaccionarios de los Estados capitalistas atribuyen a los comunistas sus propias filosofía y política, que tienen por base el culto de la violencia.

La sociedad socialista no ejerce su efecto en el desarrollo histórico de toda la humanidad con ayuda de la política de atemorización y de la injerencia en los asuntos internos de los otros Estados, sino con los éxitos logrados en la edificación económica y cultural y con la superioridad del régimen sociopolítico. La fuerza de atracción del socialismo para los trabajadores de todos los países consiste en que elimina la explotación del hombre por el hombre, suprime la anarquía de la producción, las crisis y el desempleo, acaba con la opresión nacional, asegura el progreso de la amistad y la colaboración fraternal de todas las naciones, pone fin a la desigualdad y la situación sojuzgada de la mujer, etc. Con la solución feliz de estos problemas sociales cardinales, el socialismo se gana en todo el mundo a nuevos millones y millones de personas.

Los comunistas consideran que es inevitable la victoria del camino socialista de desarrollo en todos los países. Pero esta victoria no vendrá por orden o coerción de fuera, sino como resultado del crecimiento objetivo del movimiento emancipador en cada país. La principal fuerza social en la que se apoyan los comunistas en la lucha por la transformación socialista de la sociedad es la alianza de la clase obrera con el campesinado trabajador y otras capas de trabajadores.

La estrategia y la táctica de los partidos comunistas de los países capitalistas no se asientan en planes de "intervención extranjera"; parten del análisis objetivo del desarrollo económico y la correlación de fuerzas de las clases en lucha. La actividad de los partidos comunistas arranca igualmente del reconocimiento del inmenso papel revolucionario del factor subjetivo en el movimiento obrero: la consiencia y la organización socialistas.

Lenin insistía reiteradas veces en que las revoluciones no se hacían "por encargo", que nacían de las crisis maduras objetivamente, independientemente de la voluntad de los partidos y las clases. Sin los cambios objetivos, de cuyo conjunto se forma la situación revolucionaria, es imposible la revolución. Ahora bien, la revo-

lución no brota de toda situación revolucionaria, sino sólo cuando a los cambios objetivos se suma la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias decisivas de masas, a fin de romper la resistencia de las fuerzas reaccionarias.

La victoria del socialismo en la URSS y en las democracias populares hubiera sido imposible si los partidos comunistas y obreros no hubiesen convencido a las masas multitudinarias de que su política era correcta y si no las hubiesen unido en torno a sus consignas.

Las ideas de vanguardia no penetran sin lucha en el grueso de las masas populares, ya que se les oponen las concepciones y teorías caducas y reaccionarias apoyadas por las clases explotadoras. Bajo la bandera de las ideas caducas, las clases reaccionarias crean organizaciones e instituciones de todo género, procurando mantener, a través de ellas, a las masas bajo su influencia.

De ahí se desprende que la emancipación de los trabajadores se logra más rápidamente cuando es más resuelta, insistente y fructífera la lucha que sostienen los partidos comunistas y obreros por la propagación de las ideas de vanguardia en las masas y por la superación de la influencia de las concepciones burguesas en el movimiento obrero.

Al poner al descubierto la inconciliable oposición entre los intereses de los trabajadores y los de los explotadores, al explicar la comunidad de intereses de todos los obreros en la lucha contra los capitalistas, los partidos comunistas desarrollan la conciencia de clase del proletariado. Los comunistas se esfuerzan pertinaces para lograr la unidad de acción de todos los trabajadores en la lucha por la paz, la democracia y la transformación socialista de la sociedad.

La unidad de la filosofía y la política en el marxismo no descansa en la conjugación artificial y arbitraria de las mismas, sino en la comunidad de su base objetiva, en que parten de una concepción correcta de la realidad objetiva. Precisamente por eso, la filosofía marxista-leninista sirve de argumentación teórica general de la política del partido, y la actividad práctica del partido enriquece y nutre a la filosofía marxista con su viva experiencia y actitud creadora hacia la realidad.

La táctica marxista-leninista fija las tareas del movimiento comunista en cada momento concreto desde el punto de vista tanto del presente como del futuro. La táctica revolucionaria exige que tras el presente jamás se olvide el futuro. Los marxistas estiman que es deber suyo medir con el rasero de la teoría toda la marcha de los acontecimientos históricos y los resultados de su política y su actividad práctica. De las exigencias de la ciencia marxista se desprende el principio básico de la táctica: conjugar la lucha por los intereses

inmediatos de los trabajadores con la lucha por la meta final del movimiento: la construcción de la sociedad comunista.

Abandonar las tareas inaplazables de la edificación económica, las necesidades candentes de los trabajadores, de su actividad cotidiana y sumirse en la prédica abstracta de un porvenir mejor significa abandonar las posiciones del materialismo y asemejarse a los predicadores religiosos, que describen los encantos de la vida en el paraíso del otro mundo. El Partido Comunista libra una lucha resuelta contra el que la labor ideológica se divorcie de la vida y orienta a todas las organizaciones del partido y de los Soviets a que se esfuercen para lograr éxitos en la construcción del socialismo.

Por otra parte, el encerrarse en el círculo de los problemas económicos corrientes, el olvidar la meta final de todo el trabajo significaría traicionar el espíritu del materialismo histórico y verse presa del materialismo vulgar, "económico", olvidar el gran papel movilizador y organizador de las ideas de vanguardia, perder la perspectiva en la labor y condenarse uno mismo a la mezquindad. El Partido Comunista combate resueltamente el cerrado utilitarismo y la rutina, combate la penetración de la teoría de la espontaneidad en la vida idéológica y práctica de las organizaciones del partido.

El Partido Comunista encauza los esfuerzos de los trabajadores hacia la construcción de la sociedad comunista, pertrechándolos con la perspectiva científica del tránsito gradual del socialismo al comunismo. Teniendo en cuenta las demandas del desarrollo económico de la sociedad soviética, el partido fija las tareas principales de la edificación económica, del continuo progreso técnico y de la elevación de la productividad del trabajo a fin de asegurar el incesante y poderoso ascenso de todas las ramas de la economía nacional, incluida la producción agropecuaria, y, sobre esta base, lograr un mejoramiento considerable del nivel de vida material y cultural del pueblo soviético. La principal tarea del nuevo plan quinquenal, como se subraya en los acuerdos del XXIV Congreso del Partido, es asegurar un considerable mejoramiento del nivel de vida material y cultural del pueblo sobre la base de un rápido ritmo de fomento de la producción socialista, de elevación de su eficacia, del progreso tecnocientífico y de la productividad del trabajo. Estas tareas responden a los intereses vitales de todos los trabajadores –los obreros, los koljosianos y los intelectuales– y a la necesidad de desarrollo de todas las repúblicas socialistas soviéticas, de su economía y su cultura.

La política y la actividad práctica del Partido Comunista se asientan en la comprensión materialista de las leyes objetivas que rigen la construcción del comunismo y del inmenso papel del factor

subjetivo en esta construcción, el papel de la organización y la conciencia de las masas. Partiendo de esta comprensión, el partido atribuye una importancia extraordinaria a la labor de organización y de formación ideológica en el cumplimiento de las tareas que plantea la construcción del comunismo. Las ventajas que brinda el sistema socialista de economía no se hacen realidad de modo espontáneo, sino mediante una gran labor de organización por parte del partido y del Estado, mediante la debida utilización de las posibilidades existentes.

Todo eso requiere profundo conocimiento de las leyes económicas del socialismo, estudio detallado de los problemas de la economía, capacidad de utilizar las grandes ventajas del régimen socialista, exige que se aprovechen todas las reservas y posibilidades de incesante fomento de la producción socialista, ya que sin ello es imposible el control del hombre sobre las fuerzas objetivas de la vida social.

La conexión mutua entre la filosofía y la política del socialismo se manifiesta, en primer término, en que están al servicio de la construcción de la sociedad comunista. Por supuesto, no se puede reducir la filosofía a la política corriente, suplantar el estudio de problemas filosóficos con el comentario de los acontecimientos del día. No obstante, al marxismo-leninismo le son profundamente hostiles todo intento de meter una cuña entre la filosofía y la política, de reducir la primera a la abstracta teoría del pensamiento y de aislarla de la lucha práctica por la transformación comunista de la sociedad. La significación teórica y práctica de la filosofía se calibra, ante todo, por su eficacia en la investigación de los problemas teóricos de actualidad que plantean la práctica de la construcción del comunismo y el progreso de las ciencias.

El avance de la sociedad soviética, su ascenso a un peldaño nuevo y superior ofrece una viva expresión y confirmación de la ley del cambio y del desarrollo continuos. En la sociedad socialista se libra también la lucha de lo nuevo, lo progresivo, lo que lleva de lo inferior a lo superior, contra lo viejo, lo caduco, lo atrasado, lo que tira hacia atrás. En la esfera de la producción material, en el fomento de la ciencia y la técnica, los innovadores abren camino en la lucha contra los portadores de los criterios y las costumbres atrasados. En el proceso de desarrollo de la cultura y la formación de la concepción del mundo de los hombres, el principio comunista lucha contra las tendencias insanas y perniciosas, las supervivencias del capitalismo en la conciencia, contra la influencia burguesa.

Unicamente los metafísicos pueden dejar de advertir o, incluso, negar la existencia de contradicciones en la sociedad socialista. En esta sociedad también lo nuevo nace y vence en la lucha contra lo viejo. Sólo los dogmáticos y los conservadores, que se aferran a lo viejo, pueden temer las contradicciones y las dificultades en el desarrollo de la sociedad socialista. Son más que nada contradicciones y dificultades de crecimiento, relacionadas con el rápido avance de todos los aspectos de la vida de la sociedad socialista. Así, el socialismo conoce la contradicción entre el incesante crecimiento de las necesidades y el logrado nivel de producción. El quid de la cuestión consiste en no inventar contradicciones, sino en revelar su desarrollo en la realidad viva, hallar la mejor solución de las mismas y conseguir su oportuna superación.

El auténtico marxista dialéctico no puede olvidar que desde la liquidación de las clases explotadoras y la afirmación de la unidad moral y política del pueblo se han producido cambios cualitativos cardinales del carácter de las contradicciones en la sociedad, tanto en comparación con el capitalismo como en comparación con el período de transición del capitalismo al socialismo. En las primeras etapas de la construcción del socialismo, mientras subsisten los restos de clases explotadoras, que ejercen cierta influencia en las capas pequeñoburguesas de la población y cuentan con el apoyo de las fuerzas contrarrevolucionarias del exterior, las contradicciones pueden adquirir un carácter antagónico y es posible la agravación de la lucha de clases. En el socialismo no hay base social para el progreso de las contradicciones antagónicas. Si bien en el período de transición, existiendo distintos tipos socioeconómicos, las contradicciones se manifiestan todavía principalmente en las relaciones entre las distintas clases y grupos sociales, con la victoria del socialismo salen a primer plano las contradicciones cuya solución es de interés para todas las capas de la población.

El principal problema de la sociedad socialista es la más eficaz utilización de las ventajas que brinda el sistema económico socialista y de todos los recursos para lograr el más rápido progreso de las fuerzas productivas, el crecimiento de la productividad del trabajo y el invariable mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo. En la solución de este problema no puede haber antagonismo entre los distintos grupos de la sociedad soviética –obreros, koljosianos y empleados–, pero son posibles y surgen constantemente contradicciones entre las nuevas tareas, las nuevas exigencias y las viejas formas y procedimientos de trabajo. Y, además, pueden encontrarse y se encuentran efectivamente innovadores y unos u otros conservadores en los diversos grupos de la población.

De ahí emana que los conflictos en la sociedad socialista son de carácter particular y pasajero, exentos de todo antagonismo social. El no comprenderlo significa presentar lo particular como una cosa general.

Los conflictos que se registran en la sociedad socialista entre los diversos grupos de personas, entre toda la sociedad y algunos individuos reflejan la contradicción general entre lo nuevo y lo viejo, entre lo avanzado y lo atrasado, entre lo creciente y lo agonizante. Todo el problema consiste en que, en la sociedad socialista, esta contradicción no es antagónica, por cuya razón los diversos conflictos en las relaciones entre los hombres no desembocan en conflicto general de las fuerzas sociales básicas, es decir, entre las clases y los grupos sociales.

Los críticos burgueses del marxismo no advierten o no quieren advertir esta peculiaridad en la acción de los principios de la dialéctica bajo el socialismo. El filósofo francés M. Merleau-Ponty afirmaba que no había dialéctica sin oposición. Semejantes "amigos" de la dialéctica no consiguen comprender que la "lucha" de los contrarios bajo el socialismo no se manifiesta en el choque de clases y sus partidos, sino en la emulación creadora entre lo avanzado, lo creciente, lo vivo, lo ascendente y todo lo caduco, lo que representa el día de ayer.

Los ideólogos burgueses hacen esfuerzos convulsivos para impedir la unidad de todas las fuerzas progresistas de la humanidad bajo la bandera de la filosofía marxista-leninista, para enfrentar la intelectualidad y el movimiento comunista, para apartar a las figuras de vanguardia de la ciencia y la cultura de la filosofía materialista y sujetarlas a la influencia ideológica de las concepciones filosóficas idealistas en boga.

Un procedimiento de falsificación a que recurren los enemigos del comunismo es la propagación de invenciones acerca de que el partidismo de la filosofía materialista impide el conocimiento objetivo de los fenómenos de la vida, el reflejo objetivo de los mismos en la ciencia, la literatura y el arte. Gustav Wetter, filósofo del Vaticano, pronosticaba hasta hace poco que el partidismo de la filosofía soviética, "a la corta o a la larga, había de llevar la ciencia a resultados catastróficos". Rumiando análogas conjeturas, los revisionistas gritaban a voz en cuello que la dirección del partido "aherrojaba" el progreso del pensamiento científico y de los valores culturales. Empero, las grandes realizaciones de la sociedad socialista en la esfera del progreso tecnocientífico y en el fomento de la cultura socialista prueban que precisamente la vinculación de la

ciencia, la literatura y el arte con la filosofía marxista-leninista sirve de garantía de rápido progreso de la obra científica y artística para el bien del pueblo.

Los ideólogos de la burguesía no se valen sólo de la prédica abierta del idealismo y la burda calumnia contra el materialismo para desorientar a los representantes de la ciencia. Recurren las más de las veces a la difusión de distintos tipos de positivismo, es decir, llaman a que uno "se atenga sólo a los hechos", a que se renuncie a la profunda reflexión filosófica en el problema de la realidad, a que uno se ponga "por encima" del materialismo y del idealismo. En realidad, el positivismo, en las condiciones actuales, es una forma sutil de propaganda de las concepciones idealistas y de lucha contra el materialismo.

Los filósofos idealistas se aprovechan de que muchos hombres de ciencia de los países capitalistas, limitados por el marco burgués, no están en condiciones de sacar las conclusiones materialistas que sugiere con creciente frecuencia el progreso de la ciencia contemporánea. De ahí el deber de los hombres de ciencia materialistas de no perder jamás del campo visual las premisas filosóficas y las conclusiones de las ciencias naturales, sostener una lucha infatigable contra las tergiversaciones idealistas de los más recientes datos de la ciencia.

Toda la experiencia de la lucha ideológica enseña que cualquier menosprecio del papel de la concepción materialista científica del mundo ofrece posibilidades de propagación de concepciones e influencias reaccionarias. *La ciencia no puede ser neutral en la lucha de la filosofía de vanguardia contra la caduca, en la lucha entre el materialismo y el idealismo.* El progreso de la ciencia descubre cada vez más a fondo los procesos materiales que se producen en el mundo, refuta de modo cada vez más claro los prejuicios del idealismo y confirma la verdad del materialismo.

En el dominio de la estética, los ideólogos burgueses y los que les hacen coro han concentrado sus ataques en el método del realismo socialista. La negación del realismo socialista como método de creación artística es también cierto género de positivismo, es una prédica del enfoque sin principios y de la vacuidad ideológica en la creación artística.

Es sabido que la estética del realismo va inseparablemente unida a la historia del materialismo. Las concepciones estéticas de Belinski y Chernyshevski se basan en la aplicación consciente del materialismo a la comprensión de la obra artística. Es tanto más evidente la conexión entre los principios estéticos del realismo socialista con la filosofía del materialismo dialéctico.

El negar o menoscabar la importancia del método del realismo socialista por parte de unos u otros trabajadores de la cultura se debe a que no se aprecia debidamente el papel de la dirección que ejerce el partido. Hay quienes se inclinan a interpretar la libertad de creación como una posibilidad de verse "libres" de la dirección partidaria. La efectiva libertad de creación es la posibilidad de encarnar en las obras la filosofía de vanguardia, de servir abiertamente a los trabajadores, a la magna causa del comunismo. En la sociedad soviética, la idea generalmente admitida es de que los escritores son ingenieros de almas humanas. Eso determina con precisión el papel educativo de la literatura de vanguardia. Pero hay que tener presente siempre que es el partido el que dirige la formación de la conciencia de las masas, al igual que toda la labor de la construcción del comunismo.

El Partido Comunista de la Unión Soviética critica constantemente los defectos en el dominio de las ciencias sociales. Con tal motivo, los propagandistas burgueses han comenzado a alborotar en torno a no se sabe qué "crisis" del marxismo y de sus bases filosóficas. Pero, nuestra autocrítica en la esfera de la teoría no se debe a la flojedad de las posiciones, sino al afán de elevar aún más el nivel de la labor científica, asegurar el continuo desarrollo del pensamiento creador, reforzar la vinculación entre las investigaciones teóricas y la labor práctica de la construcción del comunismo.

En estrecha colaboración con los fraternos partidos comunistas y obreros, el Partido Comunista de la Unión Soviética resuelve con espíritu creador nuevos problemas programáticos del comunismo, enriqueciendo la teoría marxista-leninista.

El partido exige que los problemas de la teoría no se aborden de modo dogmático, sino con sentido creador, que se siga impulsándola en el proceso de la lucha práctica por el comunismo, sobre la base de la síntesis de la nueva experiencia histórica y del análisis de los hechos de la realidad viva de la ascendente sociedad socialista, como también de los procesos de fondo que se producen en el capitalismo contemporáneo, que llevan a la agravación de todas las contradicciones de este último.

Lenin azotaba implacablemente a los teóricos que se dirigían al pasado, dejando de interesarse por los problemas candentes del presente, y decía: "... debe esperarse de un comunista más atención a las tareas de mañana que a las de ayer..."[14]

---

[14] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 36, pág. 313.

Utilización consciente de las leyes del desarrollo social

La doctrina del marxismo-leninismo posee la gran fuerza de la previsión científica, de la profunda clarividencia histórica.

Los ideólogos burgueses insisten tozudos que es imposible predecir el porvenir del desarrollo social. Sin embargo, toda la marcha del movimiento comunista y la profusa experiencia histórica del PCUS refutan este escepticismo.

La previsión marxista-leninista de la inevitabilidad de la revolución en Rusia y de las vías de su desarrollo se expuso claramente en el primer Programa del partido, hace cerca de sesenta años. Esta anticipación científica se cumplió con exactitud a lo largo de varios años.

La previsión de la marcha sucesiva de la historia se expuso en el segundo Programa del partido, el programa de construcción del socialismo. Esta predicción científica también se hizo realidad.

La labor teórica del partido con motivo de la preparación del tercer Programa ofrece un nuevo modelo de previsión científica sobre la base del marxismo-leninismo. El Programa del partido, aprobado en el XXII Congreso del PCUS, así como los acuerdos de los congresos y plenos del CC posteriores brindan respuestas argumentadas científicamente a las preguntas de cómo ha de avanzar el desarrollo de la historia mundial, por qué vías y a través de qué etapas seguirá la sociedad hacia el comunismo.

En el proceso de la construcción de la sociedad comunista se ponen de manifiesto de modo concreto y con mayor diafanidad que nunca la acción de las leyes objetivas del socialismo y su utilización consciente en el proceso de la modificación de las relaciones sociales.

El avance de la sociedad soviética hacia el comunismo hace patente la verdad marxista de que con la supresión de la anarquía de la producción y al instaurarse el desarrollo armónico y proporcional de la economía nacional, los hombres estarán en condiciones de prever la necesidad de cambiar las relaciones sociales y efectuarán oportunamente estos cambios. En el socialismo, el desarrollo social no se produce al margen de la voluntad y la conciencia de los hombres, como ocurre en la sociedad burguesa, sino con arreglo a un plan pensado de antemano, como resultado de la actividad creadora y consciente de las masas populares dirigidas por el Partido Comunista.

Bajo el capitalismo, las relaciones de producción cambian en el proceso de las crisis y conmociones económicas y, finalmente, se rompen de raíz en el proceso de la transformación revolucionaria

de la sociedad. Incluso un pequeño aumento de los salarios y un insignificante mejoramiento de las condiciones de trabajo sólo se puede lograr por medio de huelgas y manifestaciones, en una tenaz lucha de clase contra el capital. A fin de sacudirse la explotación, la clase obrera tiene que llevar a cabo la revolución, derrocar el poder del capitalismo. Sólo así se puede ofrecer campo libre para el continuo y desembarazado crecimiento de las fuerzas productivas.

En la sociedad socialista, al crecer las fuerzas productivas, las relaciones de producción cambian sin conflictos y conmociones, mediante su adaptación y perfeccionamiento en consonancia con las demandas del desarrollo económico. Desde luego, ciertos aspectos de las relaciones de producción envejecen también en la sociedad socialista y se convierten en traba para el progreso de las fuerzas productivas. La comprensión con espíritu creador de las leyes del desarrollo económico consiste precisamente en advertir a tiempo el surgimiento de semejantes contradicciones y sustituir las formas económicas envejecidas con otras nuevas, que respondan de la mejor manera a las nuevas condiciones de producción.

En los últimos años, la sociedad soviética ha efectuado importantes cambios en las relaciones de producción entre el Estado y los koljoses, entre las empresas y los organismos centrales de dirección de la economía y ha adoptado otras medidas vitalmente necesarias. Todos estos cambios no se han producido espontáneamente, sino merced al estudio de las necesidades perentorias de la vida y a la aplicación planificada de las leyes objetivas del desarrollo económico.

En la sociedad socialista se eleva también de modo armónico y proporcional el bienestar de los trabajadores a medida que crecen la producción y la renta nacional. Se planea para varios años el continuo mejoramiento del nivel de vida del pueblo soviético. La sociedad soviética posee una perspectiva calculada y económicamente argumentada para seguir elevando los ingresos reales de los trabajadores y fomentando la construcción de viviendas y establecimientos para atenciones culturales.

La perspectiva general de fomento de la economía de la URSS para los años de 1976-1990 prevé un nivel cualitativamente nuevo y superior de las condiciones de vida del pueblo, prevé la completa abundancia de productos alimenticios de alta calidad, de mercancías de uso y consumo popular y apartamentos perfectamente acondicionados y confortables para cada familia.

De ello se infiere que, en la sociedad socialista, se resuelven de un modo sistemático y consciente, con arreglo a un plan trazado de

antemano, los problemas de importancia vital para los trabajadores, que en esta sociedad no hay situación inestable y precaria, que oprime tanto a los trabajadores bajo el capitalismo.

En la sociedad socialista están sujetos a cambios planificados todos los aspectos de la vida social en beneficio del progreso de la sociedad, en beneficio de las masas populares.

Veamos, a título de ejemplo, una esfera tan compleja de las relaciones sociales como las que existen entre las nacionalidades. En el mundo capitalista, los problemas nacionales se resolvían y se resuelven por medio de sublevaciones y guerras, ya que las clases reaccionarias impiden el libre desarrollo nacional, caldean la enemistad entre los pueblos. En la sociedad socialista, los problemas nacionales se resuelven sobre la base de la amistad y la colaboración entre los pueblos, sobre la base de la ayuda mutua en todos los aspectos. El progreso económico y cultural de todas las naciones socialistas ha sido logrado merced a la aplicación de los principios auténticamente justos y humanitarios en las relaciones entre los pueblos: los grandes principios del marxismo-leninismo. La ampliación de las atribuciones de las repúblicas federadas, llevada a cabo últimamente, es típica de este nuevo modo de solución de los problemas nacionales que surgen en el curso del desarrollo social.

En los años de Poder de los Soviets se ha superado la deforme y espontánea distribución geográfica de la industria en la Rusia zarista, aglomerada principalmente en las zonas centrales del país, que condenaba al atraso económico y al abandono las vastas regiones periféricas, pobladas más que nada por nacionalidades no rusas. Ahora, en todas las repúblicas federadas existe una rica industria diversificada, base del progreso económico y cultural de las mismas. Los planes de economía nacional prevén una distribución adecuada de las fuerzas productivas y aseguran la continua especialización y el fomento múltiple de la economía de las repúblicas federadas, habida cuenta de sus intereses, a fin de resolver mejor los problemas económicos de interés para toda la Unión utilizando del modo más eficaz todos los recursos del país.

En el socialismo se desarrolla también de modo armónico y proporcional la organización política de la sociedad. En oposición a los ataques de los reformistas y revisionistas al Estado socialista, en oposición a toda clase de exorcismos y exigencias de que se extinga lo más pronto posible, el partido subraya que hasta que se logre la victoria completa del comunismo será preciso reforzar por todos los medios el Estado socialista.

Por supuesto, este reforzamiento no significa en absoluto el aumento del poder de los órganos de coerción y, en general, de la

labor coercitiva. Significa, en primer término, el despliegue de la democracia, de la amplia actividad de las masas. En esta dirección se desarrolla el Estado socialista y, a la vez, se prepara la autogestión social que, con el tiempo, ha de sustituir más y más los órganos de la administración estatal y será el embrión de la futura organización social de la sociedad comunista.

Un notable ejemplo de solución consciente de complejos problemas históricos es la superación, en la sociedad socialista, de las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual. Bajo el capitalismo, las relaciones entre los que se dedican a trabajo intelectual y los que cumplen trabajo manual reflejan las relaciones entre clases opuestas. El socialismo acaba con la oposición entre el trabajo intelectual y el manual y asegura la aproximación armónica entre estos dos tipos de actividad humana. La trascendencia histórica del sistema socialista de instrucción pública consiste precisamente en que supone un gran paso en la aproximación del trabajo intelectual y el manual, en la formación del hombre de la sociedad comunista universalmente desarrollado, capaz de dedicarse a la producción tanto material como espiritual.

En el período de la construcción práctica del comunismo, la finalidad del sistema de instrucción pública y de organización de la producción es asegurar paulatinamente hábitos de trabajo desde la edad infantil y lograr la conjugación armónica del trabajo intelectual y manual de la población adulta. Marx decía que, bajo un régimen social razonable, cada niño, a partir de cierta edad, debe estudiar y "llegar a ser trabajador productivo, al igual que todo adulto apto para el trabajo debe obedecer a la ley general de la naturaleza, a saber: para comer hay que trabajar, y no trabajar sólo con la cabeza, sino también con las manos"[15].

La superación de la diferencia esencial entre el trabajo intelectual y el manual, la transformación de todos los trabajadores en hombres universalmente desarrollados, que conjuguen en su actividad las funciones de ambos tipos de trabajo, significará un gran cambio en las relaciones sociales y llevará, al fin y al cabo, a la completa afirmación de la igualdad efectiva entre los hombres tanto en su relación respecto de los medios de producción como en la distribución de los bienes materiales y espirituales, en la instrucción y las condiciones de vida.

La posibilidad de resolver de modo consciente y armónico los problemas históricos de actualidad es una gran ventaja de la socie-

---

[15] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 16, pág. 197.

dad socialista, es la fuente de su crecimiento y prosperidad. Ahora bien, esta ventaja tiene su reverso. Exige que los asuntos sociales se dirijan con tino y espíritu creador, que se sepa comprender a fondo los procesos de la realidad viva, que se adviertan a tiempo las nuevas demandas de su desarrollo, que se hallen y se preste apoyo a los brotes de lo nuevo y lo progresivo, que se tenga en cuenta la experiencia, que se apoye la iniciativa de las masas y que se fomente la actividad de éstas.

Si bien los éxitos de la sociedad socialista dependen del desarrollo armónico y proporcional de la producción y de todos los aspectos de la vida social, la incapacidad de aprovechar estas posibilidades y ventajas del sistema socialista, los defectos, los errores y las fallas en la dirección de la construcción del socialismo causan daño a unas u otras capas de la población y a todo el pueblo. Todos saben que los errores y defectos en la dirección de la economía agropecuaria en el pasado han sido la causa del atraso de varias ramas de la misma, lo que ha dificultado el suministro de víveres a la población y de materias primas a la industria. La superación de estos errores y defectos, la aplicación del principio leninista del interés material y la utilización eficaz de las grandes posibilidades de la economía agropecuaria socialista llevan al ascenso de la producción agropecuaria.

La gran fuerza dirigente y organizadora del Partido Comunista consiste precisamente en que arranca de las leyes objetivas del desarrollo social y se asienta en la iniciativa y la actividad creadora de las grandes masas trabajadoras, determina correctamente en los planes estatales de fomento de la economía nacional los principales problemas de la construcción del comunismo, traza los caminos de su solución, corrige los defectos y los errores cometidos, revela las nuevas posibilidades y fuentes de continuo incremento de la economía y desarrollo de la cultura del país y de mejoramiento del nivel de vida de la población. El partido encauza los esfuerzos de todas las organizaciones estatales y sociales hacia el perfeccionamiento de la dirección de todos los aspectos de la vida de la sociedad, despliega la crítica y la autocrítica de los defectos en el trabajo, refuerza los vínculos con las masas y moviliza su energía creadora para dar solución a los problemas que plantea el desarrollo de la historia.

A la par con los cambios cardinales en la vida material, en la sociedad socialista se operan profundos cambios en la conciencia de los hombres. La rica experiencia de la Unión Soviética y otros países socialistas confirma la tesis fundamental de la filosofía materialista acerca de que la conciencia social depende del ser social,

de que a la vez que cambian las condiciones de vida material de la sociedad cambian las ideas, las concepciones y las costumbres de los hombres. Las tareas que el Partido Comunista plantea para educar a las masas y superar las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres descansan enteramente en las tesis fundamentales de la concepción materialista de la historia.

En el País de los Soviets domina la ideología socialista. Las ideas del marxismo-leninismo se han apoderado de las masas y sirven de poderosa arma espiritual en la lucha por el comunismo. La revolución socialista en el terreno de la cultura y la ideología ha hecho añicos la ideología y la moral burguesas, ha formado a los millones de trabajadores en el espíritu de las nobles ideas comunistas.

Ahora bien, la conciencia de los hombres no cambia espontánea y automáticamente, siguiendo el desarrollo del ser social, sino que, en cierto grado, se rezaga de la vida. La comprensión de esta peculiaridad del desarrollo de la conciencia reviste una gran importancia teórica y práctica.

El Partido Comunista ha educado a excelentes hombres en el proceso de la construcción del socialismo y en los combates contra los enemigos de la Patria Soviética. Son motivo de legítimo orgullo los innovadores y vanguardistas de la producción, los magníficos patriotas soviéticos, portadores de la noble actitud socialista hacia el trabajo, hombres de gran cultura socialista. Al propio tiempo se dan todavía muchos casos de infracción de la disciplina laboral, de las normas de la moral comunista y las reglas de la convivencia socialista. Todos estos fenómenos negativos guardan relación con las supervivencias del capitalismo en la conciencia y la conducta de los hombres.

De ahí ha surgido la importante cuestión teórica de cómo hay que comprender la tesis marxista de que la conciencia social se rezaga del ser social aplicada a la sociedad socialista.

Ciertos hombres de ciencia no interpretan correctamente el problema de las causas de las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres, viendo las raíces de las viejas concepciones y costumbres en el propio sistema socialista de economía, en el principio socialista de distribución con arreglo al trabajo, en la existencia de la forma mercantil, del dinero, del comercio, etc. Desde su punto de vista resulta que las supervivencias del capitalismo en la conciencia no son superables mientras existe el principio socialista de distribución con arreglo al trabajo. No están en condiciones de hacerse cargo de que el régimen socialista y su principio fundamental –de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según

el trabajo– son la base de la reeducación socialista de los hombres y de la superación de las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los mismos.

Su postura lleva a la justificación de la espontaneidad, del seguidismo, y causa daño a nuestra labor ideológica. Los partidarios de este criterio materialista vulgar merman el papel activo de la conciencia y la inmensa significación de la labor de educación para la solución de los problemas prácticos que plantea la construcción del comunismo. De suyo se entiende que las reminiscencias del pasado en las concepciones y la conducta de los hombres no se conservan sólo porque la conciencia se retrasa respecto del ser y en virtud de la influencia burguesa. Se sabe que el retraso de la conciencia respecto del ser se manifiesta de diversas formas en las distintas etapas. Los restos del pasado se mantienen y se reaniman por fuerza de diferentes causas. Las supervivencias del capitalismo, mientras existían en la economía del país bajo la forma de distintos tipos económicos, nutrían y mantenían las supervivencias burguesas en la conciencia. Una vez eliminados los restos del capitalismo en la economía bajo la forma de distintos tipos económicos de la vieja sociedad, las supervivencias del capitalismo en las concepciones, las costumbres y la conducta de los hombres se mantienen y se reaniman, por una parte, debido a la falta de cultura aún en ciertos sectores y, por otra, debido a ciertas dificultades materiales y la deficiente organización de la vida de una parte de la población.

Sin embargo, no cabe olvidar que las dificultades materiales que aún experimenta en algunos casos la sociedad soviética no vienen condicionadas por los principios del socialismo, sino por las consecuencias del secular atraso del país, de las graves guerras devastadoras, del peligro de agresión armada por parte del imperialismo, no cabe olvidar que estas dificultades han sido agravadas por errores cometidos antes, por la tergiversación y la vulneración de los principios del socialismo, en particular, del principio de la distribución con arreglo al trabajo. Estas dificultades se superan con todo éxito sobre la base del socialismo mediante el máximo fomento de la producción y la construcción de viviendas, mediante el mejoramiento de los servicios culturales y sociales a la población. No es la aplicación, sino la vulneración de los principios del socialismo lo que crea el terreno para la propagación de las supervivencias burguesas, como, digamos, la especulación, la codicia, el parasitismo y otros fenómenos antisociales.

Al explicarse los casos de retraso de la conciencia respecto del ser, es preciso tener en cuenta la desigualdad y el carácter contra-

dictorio del desarrollo de los distintos aspectos de la conciencia social. Así, en el dominio de las ideas políticas se ha logrado ya desde hace mucho tiempo la consonancia entre el ser de la sociedad socialista y la conciencia de las masas, lo que ha hallado su expresión en el apoyo ilimitado que presta el pueblo soviético al régimen social y político del País de los Soviets, a la política del partido y del Gobierno. Ahora bien, no se puede decir lo mismo en lo tocante a otros aspectos de la conciencia. Por ejemplo, las supervivencias religiosas en la mente de muchas personas, los frecuentes casos de parasitismo, alcoholismo, grosería, etc. prueban que en varias esferas la conciencia se rezaga del ser socialista.

En el presente, la conciencia de muchos miembros de la sociedad socialista acusa todavía cierto carácter contradictorio, cierta doblez: las concepciones de vanguardia, socialistas, de la mayoría de los problemas conviven, a menudo, con criterios atrasados en problemas de la mundividencia, la vida y la conducta.

¿Cómo se explica que unos aspectos de la conciencia se retrasen más que otros, o sea, por qué la conciencia se desarrolla de modo desigual y por qué las supervivencias del pasado no se superan a la vez?

Antes de nada, los distintos aspectos de la conciencia social, como se sabe, guardan distinta relación con el régimen económico. Las concepciones políticas están más cerca de dicho régimen, por cuya razón, al cambiar éste cambian, en primer término, aquéllas. Por lo que se refiere a los demás aspectos de la conciencia social, digamos, la religión, no se acercan tanto a las relaciones económicas, por lo cual su retraso es mayor y más duradero. El que la religión no guarde relación directa con el régimen económico de la sociedad es, en medida considerable, causa de que cierta parte de la población se atenga todavía a los prejuicios religiosos, aunque la base económica de las mismas se ha superado desde hace ya mucho tiempo. La segunda causa de la desigualdad que se observa en cierta medida en el desarrollo de la conciencia reside en que no es siempre igual la lucha por lo nuevo que se sostiene en los distintos aspectos de la conciencia social. En unas esferas, la lucha se despliega más activamente, es más resuelta y ofensiva que en otras. Y eso influye también en la desigualdad de la superación de las superviviencias del capitalismo en la conciencia de los hombres.

Después de la revolución socialista, el partido y el Estado centraron su atención en el desarrollo de la conciencia política de las masas, en la cohesión del pueblo bajo la bandera de las ideas del comunismo. En cuanto al despliegue de la labor ideológica en el

dominio de la moral y la propaganda del ateísmo, se han cometido no pocos errores, lo cual ha frenado el proceso de extinción y superación de los prejuicios y las supervivencias en estas esferas de la conciencia.

Hay que tener también presente que la tendencia al retraso de la conciencia respecto del ser no rige en la sociedad socialista del mismo modo que bajo el capitalismo, en donde las clases dominantes están interesadas en que perduren las viejas concepciones, prejuicios y supersticiones. En la sociedad socialista, el partido, el Estado y todas las organizaciones sociales contribuyen a liberar a los trabajadores de las concepciones retrógradas. Claro es que también bajo el socialismo cambian primero las condiciones de existencia, el ser, produciéndose luego los cambios en la conciencia. Pero, en esa sociedad no existen ya las condiciones sociales capaces de condenar por mucho tiempo las concepciones de los hombres al retraso respecto del desarrollo del ser social. Aquí todo depende, más que nada, de la organización de la labor educativa, del grado de actividad y eficacia de ésta, de su vinculación con el cumplimiento de las tareas prácticas que plantea la construcción del comunismo.

Esto se desprende del reconocimiento de la influencia activa que ejercen las ideas en la marcha del desarrollo social, se desprende del análisis de la compleja concatenación del ser social y la conciencia social. Eso se infiere del hecho de que a la par con los cambios cardinales en las condiciones de la vida material se transforma también toda la vida espiritual de la sociedad, cambia el hombre y se forma su concepción comunista del mundo.

El Partido Comunista estima que la principal tarea de todas las organizaciones del partido, de los sindicatos, del Komsomol y de las demás organizaciones sociales es desplegar una sistemática labor de educación de las masas. El partido presta especial atención a la formación de la concepción comunista del mundo entre la juventud, al crecimiento de la actividad creadora de la misma. La superación de las reminiscencias del pasado en la conciencia de los hombres se logra de la mejor manera incorporando a todos los ciudadanos a la activa labor productiva y sociopolítica, reforzando la labor educativa y participando todas las organizaciones sociales a diario en la lucha contra la infracción de las normas de convivencia socialista y las exigencias de la moral comunista.

La labor ideológica, en tanto que importante sector de la construcción del comunismo, requiere que se comprendan a fondo y se apliquen con sentido creador las leyes del desarrollo social, en particular, la interacción del ser social y de la conciencia social.

La sociedad comunista no implica sólo el alto desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base de la técnica más moderna y la abundancia de bienes materiales para los trabajadores, sino, además, el invariable ascenso de la conciencia de los hombres. Cuanto más avanzamos hacia el comunismo mayores exigencias se presentan a la conciencia de los trabajadores para dar cumplimiento a las tareas que plantea la construcción del comunismo. Esa es la razón de que el partido preste una atención permanente al despliegue de la labor ideológica, a la transformación de la conciencia, a la educación socialista de las masas, a la lucha activa contra las manifestaciones de parasitismo, individualismo y egoísmo, contra los actos antisociales en la vida privada y en la producción. Se puede decir con todo fundamento que ahora pasamos por un período de formación del nuevo hombre, de la nueva fisonomía espiritual de los hombres de la sociedad comunista.

Los problemas de formación del individuo dotado de conciencia comunista y universalmente desarrollado ocupan un lugar céntrico en la actividad del partido. A dichos problemas se dedica también la definición del código moral del constructor del comunismo en el Programa y los Estatutos del PCUS. El contenido de toda la labor educativa consiste en afirmar en la conciencia de los hombres la concepción científica, marxista-leninista, del mundo.

Lo fundamental en la educación comunista, en la formación del nuevo hombre, y el principio más importante del código moral del constructor del comunismo es la actitud hacia el trabajo. El comunismo y el trabajo constituyen el problema central de la educación, el problema cardinal del desarrollo de la moral comunista y de la conciencia comunista.

El partido pone en el centro de la labor ideológica en la presente etapa la educación laboral de los hombres, la formación de la actitud consciente, auténticamente comunista, de todos los miembros de la sociedad hacia el trabajo. El trabajo, como fuente de todos los bienes materiales y culturales y principal medio de completo y universal desarrollo de las facultades intelectuales y físicas, de las inclinaciones y dotes de los hombres, como manantial de dicha y hermosura de la vida humana, está llamado a ser la primordial necesidad vital del hombre.

La finalidad de la educación laboral, en tanto que principal parte de la labor ideológica, es elevar la actividad creadora de las masas en la construcción de la base material y técnica del comunismo, en el fomento de las formas comunistas de trabajo y de emulación laboral, en el perfeccionamiento de la técnica y la organización de la producción, en el continuo mejoramiento del nivel

de vida material y espiritual de la sociedad. La infatigable preocupación por el ascenso de la productividad del trabajo y el progreso de la producción, por la más racional y eficaz utilización de los recursos naturales del país y los últimos adelantos tecnocientíficos, por la multiplicación de la riqueza social y por el bien de la colectividad y de cada individuo es el deber superior de todos los trabajadores.

Al aliviar el trabajo y al mejorar sus condiciones mediante la mayor mecanización y automatización, la sociedad crea las premisas objetivas para que la actividad laboral deje de ser una carga gravosa y se convierta en ocupación creadora atrayente.

En el proceso de transformación del trabajo socialista en trabajo comunista reviste inmensa significación educativa el cumplimiento consecuente del principio de la distribución con arreglo a la cantidad y la calidad del trabajo aportado, principio que ofrece a todos los ciudadanos la posibilidad de participar en la producción social conjugando los intereses personales con los de progreso de toda la sociedad. Es preciso advertir y suprimir todas las deformaciones del principio de la distribución con arreglo al trabajo capaces de avivar los ánimos de propietario privado y de enfrentar los intereses personales con los sociales.

Al entrar la sociedad en el período del comunismo adquirirán importancia decisiva los estímulos morales del trabajo. El móvil de la actividad laboral de los hombres será cada vez más la necesidad orgánica del hombre sano y universalmente desarrollado de trabajar según su capacidad para la vida y el avance de la sociedad, y no sólo para asegurarse los medios de subsistencia para sí y para la familia. El estímulo de la emulación en la producción de bienes materiales y espirituales no será la recompensa material, sino el honor y el reconocimiento por parte de la sociedad.

Los sociólogos y publicistas burgueses alborotan más que nada insistiendo en que el comunismo, en el que el trabajo no guarda relación directa con la recompensa individual, no podrá rehacer la naturaleza humana, no conseguirá que los hombres trabajen voluntariamente, recibiendo todo según sus necesidades. Desde luego, esto se debe a la idea metafísica de la conciencia y del ser. Los marxistas parten del criterio de que, por cuanto cambiará el ser, cambiarán igualmente la conciencia de los hombres, sus costumbres y su actitud hacia el trabajo.

Ahora bien, la conciencia no se adapta automáticamente al ser. Ese proceso se produce de modo contradictorio, en medio de roces y dificultades. Por eso los problemas de formación de la actitud

comunista hacia el trabajo y de la concepción comunista del mundo se sacan a primer plano para la teoría y la práctica.

La moral comunista, que encarna los ideales de toda la humanidad trabajadora, incluye, como se hace constar en el Programa del PCUS "... las normas éticas fundamentales de toda la humanidad, que fueron elaboradas por las masas populares a lo largo de milenios en la lucha contra el yugo social y los vicios morales"[16]. Por eso es preciso estudiar atentamente los principios éticos elaborados por los pueblos del mundo en el proceso del desarrollo histórico de la humanidad.

En la formación del nuevo hombre en el proceso de tránsito al comunismo adquiere primordial significación la formación de la concepción científica del mundo *entre todos los trabajadores de la sociedad soviética*, lo que requiere que se superen completamente las supervivencias del pasado.

Una de las más extendidas y tenaces supervivencias de la concepción anticientífica del mundo es la religión.

Crear un sistema armonioso de propaganda del ateísmo significa organizar las cosas de tal manera que todos los medios de influencia ideológica se utilicen plenamente para superar los prejuicios religiosos, para que la labor educativa se extienda a todas las capas y grupos de la población e impida la propagación de concepciones religiosas, sobre todo entre los niños y los adolescentes.

Todos los sectores de la cultura espiritual soviética deben desempeñar un gran papel en la formación de la concepción científica del mundo. Hay que subrayar que durante mucho tiempo no se ha prestado la debida atención a los problemas de la teoría de la cultura. Ahora han comenzado a aparecer con creciente frecuencia libros y artículos sobre problemas de la cultura socialista y la revolución cultural. Se presta mucha atención a la explicación de las categorías básicas, como, por ejemplo, el propio concepto de la cultura y de la revolución cultural socialista, la elaboración de la teoría marxista de las distintas corrientes de la actividad espiritual: la ciencia, la instrucción y la cultura artística.

En el dominio de la estética sale a primer plano el trazado de una perspectiva precisa de continuo progreso artístico del pueblo soviético, inspiradora para todos los que se dedican al arte en la Unión Soviética. El arte del realismo socialista se opone resueltamente al embate de las tendencias en boga del arte burgués con-

---

[16] *Documentos del XXII Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, 1961, pág. 410.

temporáneo, que procura alejar al hombre del tema general del realismo: la interpretación artística del proceso histórico y el lugar del hombre en dicho proceso.

Toda la experiencia del desarrollo histórico de la vida social y del pensamiento social muestra que las ideas nuevas, de vanguardia, que responden a las necesidades maduras de la humanidad progresista, se apoderan ineludiblemente de las mentes de las masas y se erigen en fuerza material transformadora de la realidad. La marcha triunfal de las ideas marxistas-leninistas ha cobrado cuerpo hoy en el sistema socialista mundial y se va abriendo paso en todas las partes del mundo.

LA FILOSOFIA MARXISTA Y NUESTRA EPOCA

El espíritu creador de la filosofía marxista

El progreso de la filosofía, su aportación al conocimiento científico depende más que nada de cómo resuelve los nuevos problemas que plantea el desarrollo de la vida social y la ciencia. Este es el criterio principal de la vitalidad y la eficacia de la filosofía. La apreciación filosófica de la realidad social contemporánea y de los adelantos de la ciencia de la naturaleza y la sociedad constituye, como es lógico, el punto de arranque del análisis del desarrollo de la filosofía misma.

En el mundo actual se despliega de modo cada vez más intransigente la lucha de las dos concepciones del mundo opuestas: la burguesa y la socialista. La base teórica de la concepción socialista del mundo es el materialismo dialéctico, que refleja correctamente las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano.

La aplicación del materialismo dialéctico al conocimiento de la vida social ha permitido revelar las leyes del desarrollo histórico, ver las principales fuerzas motrices de este desarrollo, comprender correctamente el pasado y el presente y prever los principales rasgos del porvenir.

Partiendo de las posiciones de la concepción materialista de la historia, Lenin demostró que el imperialismo era la fase superior y última del desarrollo del capitalismo, la víspera de la revolución socialista. La historia ha confirmado enteramente la conclusión de Lenin. Al cabo de menos de un año después de aparecer el libro de Lenin sobre el imperialismo, en Rusia triunfó la revolución so-

cialista. Y la época contemporánea, iniciada con el Gran Octubre, es la época de profundas transformaciones revolucionarias que constituyen el tránsito histórico universal del capitalismo al socialismo y al comunismo. En el sentido socioeconómico es el paso de la desigualdad social y la explotación de unas clases por otras, propietarias monopolistas de los medios de producción, a la igualdad social y la supresión de las clases sobre la base de la propiedad social de los medios de producción. En el dominio de las relaciones entre las naciones, es el paso de la opresión de unas naciones por otras, del sistema colonial, a la absoluta igualdad de las naciones, a la afirmación de la independencia de éstas y de su desarrollo libre. En cuanto a las relaciones internacionales, será el tránsito de los conflictos y las guerras entre los Estados a la paz eterna y a la colaboración entre los pueblos.

La presente época de transición se distingue igualmente por el despliegue de la inaudita revolución tecnocientífica. No es fortuita la coincidencia en el tiempo de las revoluciones sociales y los notables éxitos tecnocientíficos de nuestro siglo, ya que guardan necesariamente una relación recíproca interna y se deben al progreso de las fuerzas productivas y a las necesidades de continuo avance de estas últimas. El capitalismo ha creado poderosas fuerzas productivas, ha aplicado la ciencia a la producción, pero, con el tiempo, se ha ido convirtiendo más y más en freno para el progreso económico y científico. La fuerza destructiva del capitalismo se manifiesta con la mayor evidencia en el desencadenamiento de multitud de guerras "locales" y de dos guerras mundiales, en el inusitado crecimiento del militarismo, que entraña el peligro de una nueva guerra mundial y supone una amenaza para la existencia del propio género humano. Las transformaciones revolucionarias en la sociedad vienen impuestas por la necesidad de suprimir las caducas y perniciosas ya relaciones sociales del capitalismo y poner las formas de propiedad a tono con el carácter de las fuerzas productivas contemporáneas.

La correlación entre el régimen social y el progreso tecnocientífico constituye el problema teórico clave de nuestra época. La revelación de esta concatenación prueba la fuerza del análisis marxista de las fuerzas motrices de la historia sobre la base de la comprensión de la compleja dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el curso del desarrollo social.

La Gran Revolución de Octubre, que ha creado el sistema económico socialista, ha dado un poderoso impulso y estímulos de acción permanente al progreso de las fuerzas productivas y, con ello, al progreso tecnocientífico. El sistema socialista ha significado un

reto al mundo capitalista, un reto de emulación en el fomento de la producción material y del mejoramiento de las condiciones de vida de los pueblos. Los indiscutibles y crecientes éxitos de la Unión Soviética y otros países socialistas en este sentido obligan a los países capitalistas a poner en tensión todas sus fuerzas y recurrir a todos los medios habidos y por haber para acelerar el desarrollo económico, a fin de consolidar el sistema capitalista y suavizar en alguna medida las colisiones del régimen social burgués. A tal objeto, los países capitalistas dedican especial atención a la utilización de los adelantos del progreso tecnocientífico, valiéndose de la existencia a su disposición de una potente base industrial y cuadros calificados y reforzando la explotación del trabajo. No obstante, es una compensación limitada, pasajera y, además, contradictoria.

La revolución tecnocientífica, basada en el poderío del aparato técnico de producción, crea inmensas posibilidades para convertir la ciencia en una fuerza productiva directa. Pero, las relaciones de producción del capitalismo son demasiado estrechas para la revolución tecnocientífica. El capital monopolista aprovecha sus adelantos para crear medios bélicos destructivos y para consolidar su propia dominación sobre las masas populares.

En el Documento adoptado en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969 se subraya: "La revolución científico-técnica acelera el proceso de socialización de la economía; bajo la dominación de los monopolios eso conduce a que los antagonismos sociales adquieran proporciones aún más considerables y mayor agudeza. No sólo se agravan todas las contradicciones tradicionales del capitalismo, sino que surgen otras"[1].

La misión del socialismo es asegurar el progreso ilimitado de las fuerzas productivas, ofrecer plena libertad a la revolución tecnocientífica y utilizar los adelantos de ésta para fines de paz, para el bien de la humanidad.

En las condiciones creadas por la revolución tecnocientífica contemporánea, a medida que crece el papel de las ciencias naturales en el fomento de la producción, a medida que se ramifican más y más y se interpenetran las ciencias, cuando se acumula con extraordinaria rapidez la información científica, aumenta invariablemente la necesidad de síntesis e interpretación filosóficas de los nuevos datos científicos y, en correlación con ello, el interés por los problemas metodológicos.

---

[1] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros. Moscú 1969*, ed. en español, Praga, 1969, pág. 15.

Por su parte, la vida social contemporánea ha planteado complejos problemas ante el conocimiento humano, incluida la filosofía. Precisamente en relación con la solución de estos problemas se ha seguido desarrollando la teoría de la dialéctica materialista y se han ido concretando y enriqueciendo sus leyes y categorías.

Los principios básicos de la solución de dichos problemas los encontramos hoy en la herencia ideológica de Lenin. Bajo la influencia del impetuoso progreso del conocimiento científico que se observa en los últimos tiempos, las ideas metodológicas fundamentales de Lenin, lejos de envejecer, adquieren una significación y actualidad cada vez mayores, como ha mostrado la celebración universal del centenario del nacimiento de Lenin. Esto se debe, ante todo, a la genial perspicacia del pensador dialéctico Lenin en la definición de la esencia de las profundas transformaciones revolucionarias y las principales tendencias de la ciencia contemporánea. En los trabajos fundamentales *Materialismo y empiriocriticismo, Cuadernos filosóficos* y otras obras se sintetiza toda una época del desarrollo del conocimiento científico desde posiciones filosóficas.

La presente revolución en las ciencias naturales es una continuación de la iniciada en los primeros años del siglo XX. Los resultados de la etapa inicial de la revolución fueron sintetizados por Lenin, y se ha visto que las generalizaciones básicas de Lenin revisten incluso hoy una significación orientadora para la metodología de la ciencia. En efecto, a medida que progresa la ciencia, las tesis de Lenin acerca de la necesidad de la dialéctica para la física, de la inagotabilidad de la materia, de la correlación entre la verdad absoluta y la relativa, etc., siguen siendo de actualidad en nuestros días. Es más, lo que era antes aplicable preferentemente a la física se extiende hoy a todas las ramas del saber. De suyo se entiende que la filosofía debe tener en cuenta en sus categorías esta multiplicación incesante de la riqueza del contenido de la ciencia moderna.

Los cincuenta y siete años transcurridos después del Gran Octubre es toda una época en la historia del progreso social, que hace patente con excepcional diafanidad la dialéctica del desarrollo social. Al propio tiempo, en la historia de la ciencia, es un período de consolidación y progreso en un ambiente de compleja lucha de la alianza creadora del materialismo dialéctico y las ciencias naturales, proclamada ya por Lenin.

Los rasgos fundamentales del programa de investigaciones realizadas por los filósofos soviéticos fueron trazados por Lenin en sus trabajos filosóficos, modelo de síntesis materialista de los nue-

vos datos de la ciencia y de solución con espíritu creador de los problemas científicos del desarrollo social. En el conocido artículo *Sobre el significado del materialismo militante,* partiendo de la experiencia de casi cinco años de existencia del Poder de los Soviets, en un clima de división del mundo en dos campos opuestos, en medio de la revolución en las ciencias naturales, Lenin definió las tareas y la estrategia de la lucha de los filósofos marxistas por la victoria de la concepción científica materialista del mundo contra el embate de las ideas burguesas.

Lenin planteó en el centro de las investigaciones filosóficas la tarea de elaborar sistemáticamente la teoría de la dialéctica materialista, generalización de toda la historia del conocimiento humano, resultado y conclusión de toda la historia de la ciencia y la técnica. A la par con ello, ya en los primeros años del Poder de los Soviets, Lenin argumentó la necesidad de desarrollar en todos los aspectos las investigaciones sociales, como condición necesaria de la organización científica de la construcción del socialismo.

Después de la victoria de la Revolución de Octubre se plantearon ante la filosofía marxista nuevos problemas con motivo de la investigación de las cuestiones relacionadas con la revolución cultural, con la edificación de la nueva cultura, la cultura socialista, en la que se encarnaban los más valiosos adelantos de todo el desarrollo cultural anterior del género humano. Con tal motivo adquirían mucha importancia las investigaciones de los problemas de ética y estética, así como de ateísmo científico.

Cabe señalar que en los primeros años del Poder de los Soviets se sentía gran escasez de filósofos marxistas firmes. Los filósofos oficiales de la Rusia zarista ocupaban posiciones ideológicas hostiles, muchos emigraron con los derrotados guardias blancos. El contado destacamento de los filósofos marxistas entabló una lucha decidida contra los portadores de la concepción burguesa del mundo.

En semejantes condiciones revestían particular importancia las indicaciones de Lenin acerca de la alianza de los comunistas con los no comunistas y de la alianza de los filósofos marxistas con los representantes de las ciencias naturales en la lucha por la concepción del mundo científica de vanguardia.

A la sazón Lenin propuso que se incorporara a la labor filosófica a ciertos mencheviques, en particular, a A. Deborin y L. Axelrod, confiando en que contribuirían a la propaganda del marxismo. La labor pedagógica y las investigaciones de estos hombres de ciencia desempeñaron determinado papel positivo en la formación de cuadros y en la creación de trabajos científicos de filosofía. Es conocida su participación en la lucha contra las corrientes reacciona-

rias idealistas y positivistas. Sin embargo, los dos investigadores no lograron deshacerse definitivamente de la herencia menchevique que gravitaba sobre ellos y resultaron incapaces de aplicar con espíritu creador y consecuente la filosofía del marxismo a los problemas de la realidad socialista, de defender resueltamente el leninismo contra las corrientes antipartido en el PCUS. Deborin y sus adeptos tenían méritos en la crítica del mecanicismo y de la actitud nihilista hacia la filosofía, se oponían a la disolución de la filosofía en "las últimas conclusiones de las ciencias naturales", pero se apartaban de los principios del materialismo. Interpretaron la recomendación de Lenin respecto de la reelaboración materialista de la dialéctica de Hegel en el sentido de que se debía agregar el hegelianismo al materialismo dialéctico. No comprendieron y no aceptaron la herencia filosófica de Lenin, nueva etapa en el desarrollo del materialismo dialéctico e histórico.

En el proceso de la crítica y la superación de estos defectos y errores se fue perfilando con creciente diafanidad el camino fundamental de desarrollo de la filosofía soviética: la unidad de la teoría y la práctica, la elaboración de la herencia filosófica de Lenin, la aplicación con espíritu creador de la filosofía a los problemas actuales de la ciencia y la construcción del socialismo. Estas tareas fueron formuladas en el conocido acuerdo del CC del PCUS acerca de la revista *Pod známenem marxisma* ("Bajo la bandera del marxismo")[2].

La aportación fundamental de los filósofos soviéticos en los años 30-40 fue la afirmación del leninismo en la filosofía y el viraje hacia los problemas filosóficos de actualidad. Sin embargo, también en ese período, en virtud del culto a la personalidad, en la filosofía soviética tuvieron lugar graves deficiencias y errores, ante todo, la difusión del dogmatismo y del talmudismo, los intentos de resolver nuevos problemas teóricos mediante simples comentarios de las ideas expresadas por los clásicos del marxismo, mediante la imposición de conclusiones filosóficas sobre la base de citas o indicaciones de una persona.

La superación del culto a la personalidad y sus consecuencias, así como del subjetivismo, el ascenso de la actividad y la iniciativa sociales en el país crearon nuevas condiciones favorables también para el desarrollo con sentido creador de la ciencia filosófica.

En los últimos años se han formado en la Unión Soviética numerosos cuadros de filósofos y se ha creado una tupida red de cen-

---

[2] Véase *Guía del trabajador del partido*. Fasc. 8, ed. en ruso, Moscú, 1934, pág. 340.

tros científicos y cátedras de filosofía. En la lucha contra las distintas manifestaciones de concepciones antimarxistas, los filósofos soviéticos defendían firmemente el materialismo dialéctico e histórico, protegían e investigaban la herencia filosófica de Lenin, nueva etapa en el desarrollo de la filosofía. Partiendo de la unidad de la teoría y la práctica, los filósofos soviéticos centraban la atención, ante todo, en las tareas de la síntesis filosófica de la profusa experiencia de construcción del socialismo en la URSS y del movimiento mundial de liberación contra el imperialismo. A la par con el crecimiento del número de investigaciones monográficas aparecieron trabajos de generalización y manuales que ofrecían un resumen de los conocimientos filosóficos y sociológicos contemporáneos[3]. Y lo principal no consistía, como es natural, en el inmenso aumento del número de publicaciones sobre filosofía, sino en el progreso del vivo pensamiento filosófico y en los adelantos efectivos de este último.

De orientarse hacia el espíritu creador de las ideas de Lenin, en el terreno de la metodología de la ciencia defendido por todos los partidos verdaderamente marxistas-leninistas, y de no atenerse a la letra de una u otra cita, hay que reconocer que la esencia de los legados de Lenin en el dominio de la metodología consiste en el llamamiento a desarrollar de modo dialéctico la filosofía materialista en consonancia con los adelantos del conocimiento científico del mundo y de la práctica.

Lenin subrayaba constantemente que el dogmatismo y el estancamiento del pensamiento conducían ineludiblemente al sectarismo cerrado, a los intentos vulgarizadores de suplantar el análisis científico de la realidad de nuestros días con la consigna de ayer, al divorcio de la realidad, al aventurerismo en la teoría y la práctica.

La filosofía sólo puede influir en el avance de la ciencia si se perfecciona con sentido creador de acuerdo con las exigencias del impetuoso progreso de las ciencias naturales de nuestra época.

Para elevar al máximo la eficacia de la alianza entre las ciencias naturales y la filosofía reviste excepcional importancia la correcta comprensión del propio proceso de desarrollo del materialismo dialéctico, la comprensión del hecho fundamental, cons-

---

[3] Véanse: *Fundamentos de filosofía marxista* (1958, 1959, 1960, 1962, 2ªed. –1963; 3ªed.– 1965 y publicado como libro de texto en 1971); *Fundamentos del comunismo científico* (1966, 2ªcd. – 1967); el manual *Comunismo científico* (1971); *La sociología en la URSS,* tomos 1-2 (1965, 1966); la *Enciclopedia filosófica,* t. 1 (1960), t. 2 (1962), t. 3 (1964), t. 4 (1967) y t. 5 (1971); *Octubre y el progreso científico,* tomos 1-2 (1967); *Lenin y la ciencia contemporánea,* libros 1-2 (1970).

tantemente subrayado por Lenin, de que el auténtico perfeccionamiento de la filosofía marxista se logra sobre la base de los principios de partida del materialismo y la dialéctica, en lucha contra todas las formas de ideología burguesa.

En relación con ello se plantea, a veces, la cuestión: ¿cabe decir que el enfoque creador de la filosofía debe implicar, en última instancia, la sustitución del materialismo dialéctico con algún "ismo" viejo o nuevo? De suyo se entiende que tal planteamiento es insostenible, ya que se contradice con la experiencia de la vida. A fin de desarrollar de modo científico la filosofía del siglo XX es necesario desarrollar precisamente el materialismo dialéctico.

Son por principio ajenos al conocimiento científico los intentos de negar las bases del materialismo, como, digamos, la prioridad de la materia y la teoría del reflejo. Además, no se puede oponer las categorías y los conceptos elaborados por las ciencias naturales contemporáneas a las tesis y categorías fundamentales del materialismo dialéctico. Los filósofos reaccionarios procuran, lo mismo que antes, revisar el concepto de la materia, negar el carácter objetivo de ésta. Contraponen el método de la simulación, muy propagado en la ciencia y extraordinariamente fructífero, a la teoría del reflejo. A veces tratan de enfrentar la información y la retroacción con los conceptos dialécticos de la concatenación, la interacción, quieren desalojar el objeto material para sustituirlo con el concepto de la estructura, etc. Como es lógico, es preciso discernir todos los aspectos de la correlación entre las categorías de las ciencias naturales y del materialismo dialéctico. No obstante, hay que reforzar también la lucha contra la ideología burguesa, defender y desarrollar las bases del materialismo dialéctico e histórico.

La tesis marxista de la verdad absoluta y relativa es perfectamente aplicable, por supuesto, a la propia filosofía marxista. Ya Engels señalaba que cuanto más compleja es la esfera del saber, cuanto más nos apartamos de los objetos materiales directos, menos verdades absolutas vemos. Sin embargo, es indiscutible que la filosofía del materialismo ha adquirido a lo largo de muchos siglos varios principios que sirven de base para el continuo desarrollo. Seríamos dogmáticos empedernidos si no advirtiéramos el carácter relativo de muchas tesis concretas de la filosofía marxista y la necesidad de revisarlas, desarrollarlas y puntualizarlas. Ahora bien, incurriríamos en el relativismo y, finalmente, en el idealismo, si admitiésemos que el desarrollo de la filosofía presupone la negación de sus bases, de sus principios inquebrantables. Estos principios existen. Nos atenemos a ellos y debemos atenernos a ellos en aras del progreso del propio saber científico, en aras de la verdad.

Existe la importante tesis de Engels (explicada y desarrollada por Lenin) de que con cada gran descubrimiento en el terreno de las ciencias naturales, sin hablar ya de la vida social, el materialismo debe adquirir una nueva forma o cambiar la suya. Ahora bien, al afirmarlo, Engels y Lenin no se referían, como es lógico, a los grandes descubrimientos en general que se hacían cada año. Tratábase de descubrimientos que modificaban radicalmente nuestras ideas de la realidad. Precisamente estos descubrimientos que hacen época deben tomarse en consideración para enriquecer el materialismo.

Por tanto, en la importante e indispensable obra de desarrollo auténticamente científico de la filosofía bajo la influencia de los nuevos datos de la práctica y la ciencia, lo mismo, por cierto, que en toda obra importante, es absolutamente intolerable el ligero enfoque sensacional, el ir de un extremo a otro, el revisar irreflexivamente hasta los fundamentos de nuestra concepción del mundo, sin analizar a fondo hasta qué punto son ponderables los hechos que sirven de base para tal revisión, hallándose bajo la influencia momentánea de acontecimientos efímeros y pasajeros en el desarrollo del conocimiento y de la realidad misma. Ahora bien, no se trata sólo de eso. Es preciso subrayar que el desarrollo científico del materialismo no implica sólo la conservación, sino, además, el fortalecimiento de su contenido. Como mostró claramente Lenin, nuestra ideología científica marxista es íntegra, "está fundida de un solo bloque de acero".

No sería correcto plantear la cuestión de la siguiente manera: por cuanto Marx, en sus famosas *Tesis sobre Feuerbach* critica el viejo materialismo, ante todo, por su carácter espectativo, por el menosprecio de la labor activa del sujeto, y, por cuanto, en el siglo XX, la escala y el papel de esta labor para transformar el modo de ser han crecido inconmensurablemente, hay que renunciar a la visión del mundo, como realidad objetiva e interpretarlo como actividad. ¿Será eso un desarrollo de la filosofía científica? Claro que no.

Al construir el materialismo "hasta arriba", es decir, al argumentar la concepción materialista tanto de la naturaleza como de la vida social, Marx probó que esta última era práctica en esencia y proclamó que la práctica era la base de la historia y del conocimiento humano, era el criterio de la verdad. A principios de nuestro siglo, Lenin, a lo largo de muchas excelentes páginas de su *Materialismo y empiriocriticismo* y de sus *Cuadernos filosóficos*, desarrolla estas tesis. Al proseguir la línea marxista-leninista, nosotros, los materialistas de la segunda mitad del siglo XX, debemos decir: por más

poderosa que llegue a ser la labor humana en su potencia transformadora del ambiente, el mundo jamás se reducirá a esta actividad. La labor es la actitud activa del hombre hacia el medio real que le rodea. La eficacia de la actividad guarda profunda relación con la habilidad del sujeto de reflejar certeramente la realidad objetiva. El olvido de esta exigencia fundamental del materialismo conduce inevitablemente al voluntarismo y al aventurerismo. La labor que no cuenta con las exigencias de las leyes objetivas del ser, que no se basa en su reflejo profundamente científico en la conciencia de los que actúan, puede degenerar en subjetivismo y arbitrariedad.

La ciencia sólo es eficaz en la medida en que refleja certeramente tanto el estado actual como las tendencias de desarrollo de la realidad objetiva. Al caracterizar este aspecto de la cuestión, cabe detenerse en un malentendido común. Con frecuencia se suele citar la conocida frase de los *Cuadernos filosóficos*: "la conciencia del hombre, además de reflejar el mundo objetivo, lo crea", pero no se fija la atención en que, en este caso, Lenin resume a su manera las ideas de Hegel acerca del tránsito de la idea, del concepto a la acción práctica. La interpretación materialista de esta tesis consiste, según Lenin, en que "el mundo no satisface al hombre, y éste, con su acción, decide modificar el mundo"[4]. No cumpliríamos el legado de Lenin acerca de la reelaboración materialista de Hegel si mezcláramos las declaraciones idealistas de Hegel con la interpretación materialista de las mismas.

Hoy, lo mismo que en el pasado, en el centro de la lucha de las principales corrientes filosóficas se halla el problema del sujeto y del objeto, el problema de la realidad. Muchos filósofos occidentales y los autores de la revista yugoslava *Praxis* estiman que ahora no se puede considerar la naturaleza en principio fuera del hombre, es decir, resucitan a su manera la teoría de la "coordinación en principio", según la cual no hay naturaleza sin el hombre. Es natural que los filósofos materialistas y los naturalistas se hayan opuesto a semejantes concepciones, denominadas "humanismo naturalista".

Se aduce, además, el siguiente argumento: puede existir sólo la dialéctica de la "naturaleza humanizada", es decir, de la naturaleza asimilada por el hombre, pero no es lógico extender los resultados de dicha dialéctica a toda la naturaleza. Al polemizar con semejante planteamiento, Lenin, hace ya sesenta años, mostró que la tesis de la materialidad del mundo, asentada en toda la experiencia humana, podía extenderse con pleno fundamento al mundo entero,

[4] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 29, págs. 194, 195.

es decir, también a las esferas en que no habían penetrado todavía la práctica y el conocimiento.

Varios malentendidos surgen también al hacerse el análisis del estado contemporáneo de la cuestión de la correlación entre el materialismo y el humanismo. No se puede oponerlos el uno al otro ni tampoco sustituir el primero con el segundo. Sería igualmente incorrecto plantear el problema en el sentido de que a las ciencias naturales contemporáneas, que han penetrado en el cosmos y el micromundo, que se acercan a la síntesis de la proteína viva, a la revelación de los misterios de la célula y que han creado máquinas lógicas, les corresponde la filosofía del humanismo naturalista, y no el materialismo.

En realidad, el auténtico humanismo sólo puede asentarse en el auténtico materialismo. Cualquier otro enfoque de este problema no hace más que llevar al olvido del materialismo científico, dialéctico, llevar al materialismo precientífico, antropológico. Al criticar a Feuerbach y, en cierta medida, a Chernyshevski por el antropologismo (teoría abstracta del hombre), Lenin mostró que se trataba sólo de una descripción floja e inexacta del materialismo.

La solución verdaderamente científica del problema del reforzamiento de la conexión entre el sujeto y el objeto en la ciencia contemporánea no consiste en volver al materialismo del siglo XIX, sino en desarrollar la teoría del hombre (del sujeto) a la luz del materialismo del siglo XX.

Al hablar del desarrollo del materialismo, Engels y Lenin se referían, con toda seguridad, a que no se revisaban, bajo la influencia de los grandes descubrimientos, los principios mismos del materialismo, sino los enunciados de la filosofía de la naturaleza. En este sentido, como se sabe, Lenin admitía la palabra "revisión", en el de la revisión de los enunciados de la filosofía de la naturaleza, manteniéndose los fundamentos del materialismo.

Los enunciados de la filosofía de la naturaleza, al igual que los sociológicos, cambian y deben cambiar en virtud de las revoluciones en la ciencia y la sociedad. Por supuesto, cuando hablamos del desarrollo de la filosofía marxista, nos referimos tanto al desarrollo de sus enunciados principales, al de las leyes y las categorías como también a la comprensión de su interconexión, es decir, se trata del desarrollo del método o de la metodología general y de los fundamentos filosóficos de la ciencia. Aquí, una tarea primordial de los filósofos consiste en asimilar, en colaboración con los naturalistas, los nuevos datos y conceptos que ofrecen las ciencias naturales.

¿Cuáles son, pues, las realizaciones de las investigaciones filosóficas en este dominio?

La dialéctica, como teoría del conocimiento, y la lógica

Han avanzado considerablemente las investigaciones en el terreno de la teoría de la dialéctica materialista sobre la base de la generalización de los nuevos datos de la ciencia y la práctica, como también de las nuevas investigaciones sobre historia de la dialéctica.

Lo principal aquí es que la dialéctica no se presenta como una suma de "rasgos" y ejemplos sueltos que confirman unos mismos enunciados, aunque justos, pero extremamente abstractos, sino como una teoría universal del desarrollo y de la concatenación universal de los fenómenos, reflejada cada vez con mayor plenitud y más concretamente en el movimiento de los conceptos, en la lógica de los conceptos.

Se han superado las ideas simplistas, de hecho metafísicas, acerca de la dialéctica, debidas a la comprensión unilateral de la misma. Así, hasta hace poco tiempo, estaba muy en boga la opinión de que la dialéctica materialista no reconoce la unidad de los contrarios. Se consideraba que la unidad, la identidad, de los contrarios era una supervivencia del hegelianismo. Los adeptos de este punto de vista afirmaban que el concepto de "unidad" velaba la lucha de clases, la principal fuerza motriz de la historia de la sociedad dividida en clases antagónicas. ¿Acaso se puede concebir la lucha de clases si no se admite la unidad de los contrarios? Las clases hostiles existen en la sociedad, que es una unidad determinada, y precisamente por eso se libra entre ellas una lucha sin cuartel, que lleva, en fin de cuentas, a la liquidación de esta unidad de los contrarios.

Hay quienes hacen alusión a las conocidas palabras de Lenin: "El desarrollo es la "lucha" de los contrarios". Pero, Lenin dice antes: "La condición para conocer todos los procesos del mundo en su "*automovimiento*", en su desarrollo espontáneo, en su vida real, es conocerlos como una unidad de los contrarios"[5].

Lenin advertía que la unidad de los contrarios era una cosa convencional, pasajera, efímera, relativa, pero no negaba dicha unidad. Al hablar de la unidad de los contrarios, Lenin empleaba conceptos como "igualdad de acción", "coincidencia", "identidad" e "interpenetración" de los contrarios.

En la actualidad, la característica de los procesos que se registran en la vida social hace patente la necesidad de investigar nuevos problemas, como, por ejemplo, el de la existencia de contrarios que se excluyen recíprocamente y el de su lucha a escala mundial, así como el de las formas de solución de semejante antagonismo.

[5] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 29, pág. 317.

No se puede por menos de tener en cuenta las peculiaridades específicas de la acción de la ley de la unidad y la lucha de los contrarios en la sociedad socialista. Ya en los primeros años del Poder de los Soviets, Lenin fijaba la atención en estas peculiaridades, señalando el peligro que suponía el olvidarlas, y escribía: "El antagonismo y la contradicción no son lo mismo, ni mucho menos. El primero desaparece, la segunda persistirá en la sociedad socialista"[6].

Al descubrir y formular la ley del paso de las contradicciones antagónicas a las no antagónicas, Lenin hizo una gran aportación a la teoría de la dialéctica.

Con tal motivo se plantea también el problema de la superación de ciertas contradicciones en la sociedad comunista mediante la fusión de las mismas. Por ejemplo, la superación de las diferencias entre el trabajo manual y el intelectual se produce precisamente mediante la unión (la fusión) de los dos tipos de trabajo. Es claro que ese nuevo planteamiento de la cuestión se ha hecho posible al crearse nuevas condiciones sociales. En las sociedades divididas en clases antagónicas, desgarradas por las contradicciones de clases, el hablar de unión (fusión) de las contradicciones significa incurrir en el oportunismo. No obstante, en la sociedad socialista, en la que no existen clases antagónicas, no es solamente posible, sino que debe surgir el problema de la superación de ciertas contradicciones mediante su unión (fusión). Es un problema vital que plantea la nueva realidad socialista.

La fórmula en la que se habla sólo de "desdoblamiento de lo único", de la "lucha", sin unidad e interpenetración de los contrarios, además de entropecer y simplificar la teoría, lleva a conclusiones erróneas acerca de la realidad, cierra el camino de la comprensión del proceso de superación de los contrarios. Esta fórmula ha servido de algo así como "fundamento" de la tesis de la agudización de la lucha de clases después de la victoria del socialismo y la utilizan hoy los enemigos del leninismo en sus razonamientos acerca de la imposibilidad de la unidad sociopolítica de la sociedad en el socialismo.

Al propio tiempo existía otro extremo en la interpretación de la dialéctica, que consistía en la exageración del papel de la identidad, de la unidad de los contrarios, en el olvido de la inconciliabilidad de las contradicciones antagónicas, de la posibilidad de agravación de la lucha incluso sobre la base de contradicciones no antagónicas. El elevar al absoluto la "identidad" y la "unidad" de los contrarios y el embotamiento de la "lucha" de los mismos significa resucitar

[6] *Recopilación Leninista XI*, ed. en ruso, pág. 357.

la metafísica, la cual conduce a una comprensión falsa de los datos de la ciencia y los procesos de la vida social.

Muchas cosas extrañas, lejos de ser auténtica ciencia, se han acumulado en la interpretación del problema del trueque de la cantidad en calidad. El reconocimiento de la posibilidad de acumulación gradual de elementos de la nueva calidad y de extinción de elementos de la vieja llegó en ciertos filósofos, en realidad, a la negación del momento del salto y de toda discontinuidad en el proceso de desarrollo. Como resultado de ello se comenzó a interpretar de modo restrictivo la acción de la ley del trueque de la cantidad en calidad y a admitir cierta desaparición de la diferencia básica entre los cambios cuantitativos y los cualitativos. Ahora bien, en tal caso desaparecen del todo las diferencias entre los cambios cardinales, cualitativos, y los que no son de importancia esencial.

Por otra parte, aparecieron concepciones de orden inverso, es decir, el menosprecio de la necesidad de constantes cambios cuantitativos, el elevar al absoluto el salto en el proceso de desarrollo. Tales "dialécticos" comenzaron a hablar de discontinuidad continua, de saltos ininterrumpidos.

Toda concepción unilateral de la dialéctica cierra el camino de la comprensión de la ley de la negación de la negación. Ha aparecido incluso un criterio de que el reconocimiento de esta ley es un tributo al hegelianismo, de que la ley de la negación de la negación ha sido censurada por los clásicos del marxismo-leninismo. Algunas veces se ha eludido esta ley bajo el pretexto de que la negación de la negación se compensa con el concepto del movimiento progresivo o por el desarrollo que parte de lo inferior para ir a lo superior, de lo sencillo para ir a lo complejo. Pero eso no agota la concepción dialéctica del desarrollo. También los evolucionistas reconocen en forma general el desarrollo progresivo. No niegan que, considerado en conjunto, el desarrollo avanza de lo inferior a lo superior, pero la ley de la negación de la negación no subraya sólo este aspecto de los procesos objetivos; expresa en todos los aspectos la sucesión de las formas y la continuidad en el contenido del desarrollo histórico, el carácter dialéctico de la negación en el curso de la lucha de los contrarios. Eso la distingue del evolucionismo vulgar y de la teoría de los cataclismos, la cual explica la sucesión de las formas sólo como resultado de catástrofes y del hundimiento de las viejas formaciones y niega, por tanto, toda conexión y toda continuidad en el desarrollo histórico.

La superación del modo unilateral de comprender la dialéctica y de la reducción de ésta ya bien a tres leyes, ya bien a cuatro rasgos ha sido, a la vez, un proceso creador de enriquecimiento y desa-

rrollo del método filosófico del marxismo. Al propio tiempo, ha sido una lucha resuelta y consecuente contra las distintas manifestaciones de la metafísica, contra el renacimiento de caducas concepciones filosóficas.

Los filósofos soviéticos centran cada vez más su atención en la investigación de la dialéctica materialista como la teoría más universal y más rica del desarrollo, en la aplicación de esta doctrina al análisis de la realidad objetiva.

En este sentido podemos mencionar toda una serie de trabajos sobre problemas actuales de dialéctica, así como varias obras dedicadas al desarrollo histórico de la dialéctica marxista[7].

Empero, la exposición integral y sistemática de la dialéctica como ciencia, la exposición basada en una profunda investigación de los nexos internos de las leyes y categorías dialécticas, sigue constituyendo un problema pendiente de solución.

Cabe señalar la fecunda aportación de los filósofos soviéticos al progreso de la gnoseología del materialismo dialéctico, a la investigación de la dialéctica del proceso de conocimiento y de la lógica dialéctica, así como su participación en el estudio de los más recientes problemas de la lógica formal.

Lenin trazó en su tiempo un amplio programa de investigaciones en el campo de la teoría del conocimiento, determinó el extenso círculo de distintos dominios del saber, cuyos análisis y síntesis debían constituir sus elementos integrantes. Es también positivo el que, en los últimos tiempos, se utilicen, en una medida u otra, en los trabajos sobre la teoría del conocimiento, a la par con el material histórico-filosófico, datos de las ciencias naturales.

La gnoseología del materialismo dialéctico partía históricamente del sensualismo materialista reelaborado por los clásicos del marxismo sobre la base de la superación de su carácter contemplativo, de su menosprecio del papel del pensamiento teórico, sobre la base de la investigación de la contradicción dialéctica entre lo racional y lo sensorio.

---

[7] Véanse: *Dialéctica y lógica. Leyes del pensamiento* (1962); *Dialéctica y lógica. Formas de pensamiento* (1962); *La dialéctica es la teoría del conocimiento* (1964, 1965); *La dialéctica en las ciencias de la naturaleza inorgánica* (1964); *La teoría leninista del reflejo y la ciencia contemporánea* (1966); *La dialéctica y la lógica del conocimiento científico* (1966); *La dialéctica del desarrollo social contemporáneo* (1966); *La dialéctica de la vida material y espiritual de la sociedad en el período de la construcción del comunismo* (1966); *Lenin acerca de los elementos de la dialéctica* (1965); *La dialéctica materialista y los métodos de las ciencias naturales* (1968); *"El Capital" de Marx, la filosofía y nuestra época* (1968); *La dialéctica de lo objetivo y lo subjetivo en el desarrollo de la sociedad socialista* (1970).

El análisis filosófico del desarrollo de la ciencia contemporánea, tanto de las ciencias naturales como de las disciplinas histórico-sociales, permitió seguir adelante por ese camino, hacia una comprensión más profunda y concreta de toda la complejidad de las relaciones entre el conocimiento científico y la realidad en la contemplación viva.

En primer término se ha superado la interpretación estrechamente antropológica del proceso de conocimiento, según la cual el "sujeto del conocimiento" es el hombre individual, el cual, según se pretende, no percibe más que a través de los sentidos unas u otras cosas sueltas y, luego, pasa a la formación de ideas y nociones abstractas, destaca lo "esencialmente común", etc. Este esquema primitivo, orientado hacia el hombre representado de modo abstracto y no histórico, lo refutan el estado efectivo de las cosas, la actitud efectiva del individuo hacia la cultura contemporánea, incluida la cultura del pensamiento. Esto es tanto más importante subrayar porque los vulgarizadores de la dialéctica siguen reduciendo la teoría del conocimiento del materialismo a las disquisiciones acerca de los grados sensorio y racional del conocimiento. Para ellos, el acto cognoscitivo es, primero, una sensación sin pensamiento y, luego, nociones abstractas fuera de la interacción con lo empírico.

El objeto de la gnoseología es el proceso de *desarrollo histórico* de los conocimientos, el constante movimiento partiendo de lo superficial, lo aproximado y lo unilateral para ir a un conocimiento más exacto, riguroso y concreto, que refleje la realidad en toda su plenitud y contradicción. Visto desde este ángulo, el proceso de conocimiento realizado por el hombre social viene a ser un proceso de desarrollo de la "razón colectiva" de los hombres, un proceso de producción y acumulación de la riqueza *espiritual* colectiva (social), que crece juntamente con la riqueza *material*, con el poderío de las fuerzas productivas. En relación con ello se analizan más a fondo los problemas ligados al carácter histórico-social de la evolución del conocimiento teórico (lo histórico y lo lógico, lo abstracto y lo concreto, lo empírico y lo teórico) y las formas generales de desarrollo de la ciencia y la técnica resumidas en las categorías de la lógica.

En este aspecto han sido una realización importante la aclaración y la interpretación materialista de los hechos relacionados con la *relativa independencia del conocimiento teórico*, merced a la cual la teoría no se reduce a la sencilla descripción "de lo general en los hechos", o sea, no es una simple reproducción no crítica de lo "empírico", sino que refleja la realidad partiendo de sus leyes internas, en sus elementos generales y necesarios.

Se ha mostrado que el aparente "alejamiento" de la noción respecto de lo empírico no es más que una forma dialéctica necesaria de *aproximación* del conocimiento teórico a la auténtica comprensión de lo empírico en su efectiva plenitud, en síntesis, y que la *coincidencia* del concepto con los hechos empíricos no puede interpretarse como superposición *directa* de lo abstracto sobre lo concreto, como simple adaptación de un hecho suelto a las definiciones del concepto.

Pese a toda la complejidad dialéctica de las relaciones entre el desarrollo de los conceptos y los hechos empíricos, la teoría, el sistema de conceptos sigue siendo "la suma, la síntesis, la sinopsis de lo empírico" (Lenin), y precisamente la comprensión de esta circunstancia hace que la teoría materialista del conocimiento y la lógica se distingan de las concepciones positivistas, que interpretan el conocimiento teórico como "armazón lingüística" artificial que no tiene nada que ver con lo "empírico", como una construcción puramente formal levantada sobre símbolos artificiales obedeciendo a reglas convencionales.

Sólo a la luz de la concepción materialista, y a la vez dialéctica, de la relación entre el "concepto" y el "experimento" es como se puede explicar racionalmente tales hechos del desarrollo científico como la aparición de "geometrías no euclidianas", contrarias al "experimento" habitual (y, en realidad, simple y estrechamente limitado).

El partir del conocimiento parcial, limitado y unilateral, del reflejo de lo "sencillo" (pero, de hecho, simplemente de lo sumario, de lo "abstracto", no desintegrado y no analizado) para comprender la realidad concreta en su plenitud objetiva, en su síntesis y diversidad natural va adquiriendo una importancia cada vez mayor para la ciencia contemporánea. Y el aparente alejamiento de la trayectoria del proceso lógico respecto de los "datos de la experiencia sensoria", en el que especulan los partidarios de todos los sistemas agnósticos e idealistas contemporáneos, halla su explicación perfectamente racional en la teoría materialista dialéctica del conocimiento, se explica como proceso de *aproximación* del panorama lógico de la realidad a los contornos auténticamente generales de la estructura y del desarrollo de la propia realidad objetiva, a su comprensión más completa y más universal.

No es casual que en las labores del XIV Congreso Filosófico Internacional, en la discusión sobre el tema "Las ciencias naturales contemporáneas y la filosofía" haya ocupado el lugar principal el problema de la correlación entre lo empírico y las abstracciones. Bajo la influencia de los inmensos éxitos de la matemática y del impetuoso progreso del aparato matemático han surgido concepciones

idealistas y agnósticas que han elevado al absoluto la relativa independencia del conocimiento teórico respecto de los datos empíricos. Un ejemplo típico de semejantes concepciones nos ofrece la doctrina neopositivista de las propuestas lógico-matemáticas, según la cual dichas propuestas son por principio independientes de la experiencia y se basan en premisas teóricas convencionales que los científicos admiten por acuerdo mutuo. En esta doctrina de los neopositivistas se han reflejado en forma tergiversada ciertas peculiaridades del desarrollo de la geometría no euclidiana y de la física teórica de los últimos tiempos. Ahora bien, el neopositivismo ha interpretado de modo subjetivista estas peculiaridades, tomando la relatividad de los conocimientos por subjetividad de los mismos, tomando el elemento convencional de las definiciones teóricas por resultado de la arbitrariedad del sabio. El neopositivismo no ha comprendido la contradicción dialéctica entre lo racional y lo sensorio, es decir, ha interpretado esta contradicción en el sentido de que niega la posibilidad de las propuestas lógico-matemáticas, basadas, en último término, en datos empíricos.

No obstante, el progreso de las ciencias no rompe, sino que fortalece la conexión entre lo lógico y la base empírica. El problema es que no se desarrolla sólo el aparato matemático, sino que se amplía sin cesar también la esfera de los datos y observaciones empíricos y del experimento. Por eso, de tomar como punto de partida la fórmula de Lenin: "De la contemplación viva al pensamiento abstracto *y de éste a la práctica*"[8], se puede mostrar que, a la vez que se amplía la esfera de la contemplación viva, se amplía también la esfera del pensamiento abstracto.

Si representamos esta fórmula –de la viva contemplación al pensamiento abstracto y de éste a la práctica– en forma de trayectoria, veremos que el elemento del pensamiento abstracto se eleva más y más y que la trayectoria se parece más bien a un arco estirado, en el que el aparato abstracto-matemático se aparta más y más de la base empírica. Pero, por otra parte, se amplía mucho la esfera de la observación y del experimento. El académico V. Ambartsumián, al intervenir en el Congreso, recurrió al ejemplo de la astronomía para probar viva y elocuentemente lo que significaba para la ciencia contemporánea la ampliación de esta posibilidad merced al empleo de poderosos aparatos modernos, satélites artificiales, etc. El progreso de la ciencia, en nuestro caso el de la astronomía, es absolutamente inconcebible si no se amplía la esfera de los conocimientos empíri-

---

[8] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 29, págs. 152-153.

cos, es decir, las observaciones y los experimentos con ayuda de potentes aparatos que la revolución científico-técnica ha brindado al conocimiento científico.

Puede afirmarse que en los últimos años ha caído sobre el aparato filosófico-lógico todo un torrente de nuevos datos, teorías y hechos de las ciencias naturales, por cuya razón, para determinar la importancia de la labor filosófica en el terreno de las ciencias naturales es preciso, primero, ver cómo el sistema lógico de categorías y leyes de nuestra filosofía ha hecho frente a ese alud, cómo ha resistido el embate en comparación con los demás sistemas filosóficos y segundo, cuál ha sido el aporte de nuestro pensamiento metodológico a la síntesis de los nuevos datos, a la interpretación de la naturaleza de las nuevas teorías.

A nuestro juicio, al contestar a estas preguntas, se puede decir que las categorías filosóficas, además de salir airosas de la prueba, se han enriquecido considerablemente en virtud de la investigación de esa inmensa abundancia de nuevos datos y teorías de las ciencias naturales. No cabe la menor duda de que ha resultado insostenible la tesis de que la física ha refutado al materialismo. En realidad, las categorías filosóficas básicas, además de no sufrir el menor daño a la luz de los nuevos datos de la física, han adquirido sustancial desarrollo. Se ha enriquecido el contenido de los conceptos fundamentales, como, por ejemplo, el de la materia, del objeto material. Por supuesto, hubo intentos de quebrantar este concepto partiendo de los razonamientos acerca de que la masa desaparece y no queda más que la energía. Pero, en la práctica, se ha descubierto la unidad de la masa y la energía, la transformación de la una en la otra, lo que ha venido a confirmar una vez más la razón de la concepción filosófica de la materia, del objeto material. Los datos de las ciencias naturales han confirmado la idea expresada ya por S. Vavílov en el sentido de que la materia es la unidad de la sustancia y la energía.

Como se sabe, hubo intentos de quebrantar también el principio del determinismo, el principio de la conexión causal. No obstante, tanto los naturalistas como los filósofos, mancomunando sus esfuerzos, han demostrado todo lo insostenible del indeterminismo y han puesto al descubierto el rico contenido de la causalidad, del determinismo, que aporta la ciencia sobre la base de los datos modernos. En particular, las características estadísticas de la causalidad y la aplicación de las categorías de lo posible, lejos de quebrantar la dialéctica materialista, han probado una vez más la inconsistencia de la metafísica y han subrayado la existencia de regularidades en la naturaleza.

En cuanto al otro aspecto de la cuestión –el análisis de los conceptos y principios básicos en la ciencia–, los filósofos marxistas han logrado notables éxitos.

Examinemos con tal motivo el concepto de estructura, que ocupa ahora uno de los más importantes lugares en las ciencias naturales y en la ciencia en general y que, como se sabe, determina el carácter del nexo entre los elementos de cualquier sistema integral.

Desde luego se podría añadir simplemente esta categoría a las otras categorías filosóficas y circunscribirse a semejante "desarrollo" del materialismo dialéctico.

Se podría, en todo caso, proclamar que dicha categoría sólo se refiere a las ciencias naturales, que no tiene nada que ver con la filosofía, y seguir contando las categorías filosóficas independientemente de que haya aparecido ésta. Sin embargo, la experiencia de la historia de la filosofía muestra que el desarrollo del materialismo no ha ido por ese camino, como tampoco por el camino de la inclusión mecánica de las categorías de las ciencias naturales en la filosofía, ni por el de hacer caso omiso de ellas.

En relación con ello veamos la evolución de la comprensión del objeto material desde el ángulo de la dialéctica de su forma y su contenido. En la filosofía antigua, por ejemplo, en la de Aristóteles, se entendía que la forma era el aspecto activo, creador y formador, mientras que la materia era el aspecto pasivo. En el período del predominio de la filosofía mecanicista, la forma pasó a considerarse como la envoltura exterior, la configuración del objeto material, que no guardaba la menor relación con la esencia interna, con la estructura de éste.

El materialismo dialéctico ha planteado de manera completamente distinta el problema de la forma y el contenido, y la comprensión del objeto material se ha hecho mucho más profunda y concreta, no considerándose la forma como envoltura exterior, sino como estructura interior del contenido.

Si miramos las obras clásicas del marxismo veremos que el concepto de estructura se aplicó muy afortunada y eficazmente al análisis de los fenómenos sociales. Y eso tuvo lugar mucho tiempo antes de adquirir ese concepto tan importante y universal significación en las ciencias naturales de nuestros días.

Así, para Marx, el concepto de estructura económica de la sociedad, en *El Capital*, es la base del análisis teórico. Sobre esta base, el marxismo ha desarrollado y analizado tales conceptos como la estructura de clase de la sociedad. En nuestra época no hay posibilidad en general de analizar los fenómenos sociales sin ese enfoque elaborado por el marxismo, es decir, sin el concepto de estructura

social, estructura de clases y estructura económica de la sociedad. Y cuando los sociólogos burgueses se atribuyen el "descubrimiento" de la estructura bajo la forma de enfoque estructural o estructural en sistema, etc. proceden a una maniobra que no responde a la auténtica lógica del desarrollo del conocimiento.

Por tanto, los principios del enfoque científico de la correlación entre la forma y el contenido, así como el problema central de la estructura fueron elaborados y aplicados por el marxismo-leninismo.

En el presente, la investigación materialista dialéctica del concepto de estructura prosigue merced a los esfuerzos conjuntos de los naturalistas y los filósofos materialistas. Podemos mencionar, por ejemplo, la obra *La estructura y las formas de la materia* publicada por la Academia de Ciencias de la URSS como tomo de la serie titulada *El materialismo dialéctico y las ciencias naturales contemporáneas.* Son absolutamente insostenibles las tentativas que emprenden los filósofos burgueses para presentar el concepto de estructura y el método estructural como nuevo descubrimiento capaz de hacer frente al materialismo dialéctico.

Además, cuando se trata del análisis metodológico de conceptos de información y retroacción, relacionados con la cibernética, la tarea consiste en confrontarlos con el desarrollo de las categorías filosóficas, ante todo, tales como la interacción y la concatenación, típicas de las relaciones recíprocas, muy complejas, de los objetos en todas las esferas del mundo material.

En los últimos años han adquirido mucha significación los trabajos filosóficos sobre problemas de simulación, de confección de modelos. Al caracterizarlos hay que tener presente que no existe el menor fundamento para oponer la simulación, la confección de modelos, a la teoría del reflejo. Trátase de otra cosa, de que la filosofía debe contar con el impetuoso proceso de desarrollo de la ciencia moderna, el proceso de nacimiento de nuevas concepciones y, como decía Lenin, de hacer frente a dichas concepciones, a dichas teorías, hacerles frente en el sentido de interpretarlas correctamente, de sintetizarlas y asimilarlas. Y eso es posible precisamente merced a la flexibilidad objetiva de la filosofía materialista dialéctica, que, como es lógico, no se trueca en relativismo absoluto.

Esta es la razón de que los filósofos no puedan ahora analizar y figurarse las categorías filosóficas tal y como se presentaban en el siglo XIX y a principios del XX.

Aquí nos vemos ante la dualidad de deberes de los hombres de ciencia, tanto los filósofos como los naturalistas. Los primeros deben tomar en cuenta en las leyes y las categorías el avance del conocimiento contemporáneo. Los naturalistas no deben oponer las cate-

gorías de una u otra ciencia especial a las categorías filosóficas, sino ver su concatenación, su interconexión.

Sería peligroso admitir el aislamiento y la ruptura en la aplicación de las categorías de las ciencias naturales y de la filosofía. Saldrían perdiendo con ello tanto la filosofía como las ciencias naturales. En efecto, la filosofía se separaría de la ciencia. Se vería condenada al escolasticismo y dejaría de desempeñar un papel activo en el progreso de los conocimientos contemporáneos. Por otra parte, en las ciencias naturales, las categorías de las ciencias especiales no tendrían más que un valor técnico. Y eso entraña el peligro de penetración de la ideología reaccionaria, cuando la concepción científica del mundo es suplantada con categorías de orden puramente formal.

Ahora bien, no se trata sólo de eso, sino, además, de que, en tal caso, las ciencias naturales perderían el sistema metodológico de conocimiento científico integral. Por supuesto, cada ciencia posee sus generalizaciones teóricas. Existen ciencias que sirven de instrumento de generalización para todo un grupo de ramas de las ciencias naturales. Pero el no ver la conexión y la interacción de las mismas con las categorías filosóficas generales significa perder una ventaja muy valiosa, significa perder el aparato metodológico que brinda la filosofía y que se enriquece con la elaboración de los problemas metodológicos de las ciencias naturales.

Del mismo modo que, merced al espíritu creador del materialismo dialéctico, se dio en los trabajos de Lenin una interpretación filosófica consecuentemente científica de la revolución en las ciencias naturales de comienzos del siglo XX, en nuestros días, sobre la misma base teórica desarrollada se elabora la idea acertada de la presente revolución tecnocientífica. El marxismo, que ha dado al hombre la teoría científica de la revolución social, es capaz de penetrar más hondo que cualquier otra teoría en la esencia de los complejos procesos de la actual revolución tecnocientífica.

La ciencia lógica ha recorrido un camino complejo de desarrollo en los cincuenta años de existencia de la Unión Soviética. En los años 20-30 se dieron importantes pasos en el camino del estudio y la interpretación materialista de los elementos racionales de la dialéctica hegeliana. Uno de los resultados principales fue el planteamiento más profundo de los problemas de lo subjetivo y lo objetivo y su estudio por los marxistas, que rechazaron con razón tanto el planteamiento antidialéctico de los mecanicistas como la dialéctica abstracta de los conceptos divorciada del desarrollo real de los objetos. En los mismos años, los matemáticos soviéticos comenzaron a ocuparse de la problemática de la lógica matemática, pero su argumentación filosófica desde las posiciones de la gnoseología marxista-

leninista se rezagaba a todas luces. Los adversarios de la lógica formal la calificaban entonces de expresión de concepciones ajenas.

En las postrimerías de los años 40 y los albores de los 50 se reanimó la actividad en el dominio de la lógica formal. De ahí se sacó la conclusión de que no cabía identificar la lógica formal con el método metafísico de pensamiento, la conclusión de que era errónea la idea propagada antes acerca de que la lógica formal era un engendro específico del pensamiento de ciertas clases sociales. Sin embargo, en ese período, la investigación de los problemas de la lógica formal en la URSS se rezagaba sensiblemente del nivel mundial, ya que se entendía casi exclusivamente como lógica formal tradicional, y en la lógica matemática, varios filósofos soviéticos seguían viendo un engendro del idealismo y un error formalista. Al propio tiempo se guardaba una actitud de desprecio por la problemática de la lógica dialéctica.

En los últimos 10-15 años ha cambiado sustancialmente la situación en el terreno de la lógica. Por una parte, han comenzado a desarrollarse en amplio frente las investigaciones en el dominio de la lógica dialéctica, a investigarse el problema de la dialéctica como teoría y lógica del conocimiento, a estudiarse el carácter específico y los tipos de formas dialécticas del pensamiento, etc. Han aparecido trabajos argumentando la necesidad y con intentos de exponer el sistema de categorías de la dialéctica, capaz de reflejar la concatenación de los fenómenos en el mundo objetivo. Se han publicado trabajos sobre la dialéctica en *El Capital* de Marx, sobre el estudio de los problemas de lógica dialéctica en los *Cuadernos filosóficos* de Lenin.

En los medios filosóficos ha crecido mucho el interés por la lógica matemática. En varias instituciones filosóficas se iniciaron investigaciones bastante intensas en el dominio de la lógica, basadas en las ideas y los métodos de la lógica matemática. Es importante subrayar que los lógicos filósofos trabajan en contacto con los lógicos matemáticos, como también con los especialistas en lingüística y cibernética, en teoría de los aparatos automáticos y en otras ciencias interesadas en el progreso de la lógica. Esto ha repercutido favorablemente tanto en el nivel de las investigaciones lógicas como en la problemática de las mismas. En el presente se investigan con la mayor intensidad los apartados de la lógica matemática de mucha significación en el porvenir. Trátase de la lógica constructiva y la teoría de los algoritmos, la semántica lógica, la lógica modal, la lógica normativa, la lógica polisemántica, la lógica de la investigación científica, etc., etc.

No obstante, la investigación de los problemas filosóficos relacionados con la lógica matemática se rezaga notablemente del estudio de los recursos de la lógica. Se ha hecho todavía muy poco en el terreno de las aplicaciones de la lógica matemática a las ciencias sociales. Los intentos que se hacen en este sentido se hallan aún al nivel de la argumentación de la posibilidad misma y de la razón de aplicar la lógica matemática y revisten un carácter ilustrativo.

En la investigación del materialismo dialéctico, el problema más complejo y más importante es el de coordinar las investigaciones sobre cuestiones de teoría y lógica del conocimiento. Eso es ahora, quizá, el eslabón fundamental del desarrollo de la dialéctica materialista. La solución de estos problemas enriquecerá el materialismo dialéctico como único método científico de conocimiento. A lo largo de varios años se han sostenido discusiones acerca de la unidad o la identidad de la dialéctica, la teoría del conocimiento y la lógica. Se ha repetido muchas veces que no hacen falta tres términos, ya que todo eso significa una misma cosa. Los debates se desenvolvían más que nada en lo tocante a la correlación entre la lógica formal y la dialéctica, entre la dialéctica y la lógica dialéctica, etc. En la práctica, lo que ocurría era la separación entre la teoría del conocimiento y la lógica. En los últimos años se ha comenzado a superar esta separación. A fin de asegurar como es debido la unidad de la dialéctica, la teoría del conocimiento y la lógica es preciso mancomunar las fuerzas para investigar la teoría y la lógica del conocimiento científico sobre la base de los datos contemporáneos de las ciencias naturales y sociales.

Los adelantos de la ciencia histórico-filosófica han desempeñado un papel ponderable en la comprensión más profunda y el desarrollo de la filosofía marxista-leninista. La significación metodológica de estas investigaciones consiste principalmente en que los conceptos y los problemas fundamentales del materialismo dialéctico e histórico han sido concretados a la luz del análisis de los conceptos y problemas filosóficos que vienen discutiéndose a lo largo de milenios de desarrollo del pensamiento humano. De esta manera se han aclarado las dificultades específicas y las contradicciones pendientes de solución e inevitables en el curso de la investigación de los problemas del materialismo dialéctico, se han determinado concretamente la actitud de la filosofía marxista respecto del pensamiento filosófico anterior y la esencia del viraje revolucionario en la filosofía realizado por el marxismo. Ha avanzado considerablemente el estudio de la historia de la filosofía patria, que antes de la guerra apenas se investigaba.

Ha surgido una esfera completamente nueva de la historia de la

filosofía: la historia de la filosofía marxista-leninista, cuyo estudio ayuda de la manera más sustancial a superar el dogmatismo y el talmudismo, a comprender el desarrollo interior de la teoría marxista, la conexión concreta de la misma con la práctica social, las vías y los medios de su continuo progreso.

En el terreno de la historia de la filosofía se han publicado trabajos de generalización, de gran importancia metodológica. Aunque adolecen de numerosos defectos y revisten un carácter descriptivo en varios apartados, ofrecen en conjunto una exposición coherente de la historia universal de la filosofía y del progreso del pensamiento filosófico en unos u otros países[9].

En la actualidad se nota más y más el paso de la fase preferentemente descriptiva de la historia de la filosofía a la revelación analítica de la lógica del desarrollo del pensamiento filosófico. En este sentido están llamadas a desempeñar un importante papel las investigaciones sobre la historia de la dialéctica y las categorías lógicas, como igualmente los trabajos que hacen ver la continuidad ideológica y la peculiaridad cualitativa de las escuelas y corrientes filosóficas que se han sucedido en la historia.

Hay que reconocer como un fenómeno muy positivo el reforzamiento de la vinculación de la historia de la filosofía con la historia de las ciencias naturales y la técnica, la revelación de la interacción de las mismas en el proceso del conocimiento científico. Esto enriquece a la historia del materialismo y de la dialéctica y hace que resalte más la significación de las categorías filosóficas para la ciencia.

Un gran papel en el desarrollo de la ciencia filosófica ha desempeñado la crítica a la filosofía burguesa contemporánea (sobre todo del existencialismo, del neopositivismo, del neotomismo y del empirismo sociológico). Esta crítica, que en los primeros tiempos se reducía, más que nada, a la refutación del idealismo y la metafísica en las nuevas y más sutiles formas que se presentaban, se trocó, como era de esperar, en discusión de principios, sin compromiso, en torno

---

[9] Véanse: *Historia de la filosofía,* tomos I-VI (1957-1965); *Breve ensayo de la historia de la filosofía* (1960); *La filosofía y la sociología contemporáneas en los países de Europa Occidental y América* (1964); *La filosofía y la sociología marxistas-leninistas en la URSS y los países socialistas de Europa* (1965); *Ensayos de historia de la filosofía azerbaidzhana* (en dos tomos), t. I (Bakú, 1966); *La historia de la filosofía en la URSS,* tomos 1-4 (1971); *Desarrollo de la filosofía en la RSS de Ucrania* (Kiev, 1968); *Ensayos de historia de la filosofía marxista-leninista en Bielorrusia* (Minsk, 1968); *De la historia de la filosofía marxista-leninista en Uzbekistán* (Tashkent, (1968); *El leninismo y los problemas contemporáneos de la historia de la filosofía* (1970).

a los problemas que han puesto en el orden del día el desarrollo (y la crisis) del capitalismo contemporáneo y la actual revolución tecnocientífica. La filosofía marxista-leninista ha opuesto a la sociología y la filosofía burguesas la solución científica de todos esos problemas: de la enajenación, de la personalidad humana, de la libertad y la responsabilidad, de las consecuencias sociales del progreso técnico, de la correlación entre lo social y lo antropológico, de la vida individual, etc.

En la lucha contra las corrientes reaccionarias de la filosofía contemporánea, la filosofía y la sociología marxistas-leninistas han resuelto problemas[10] que los filósofos burgueses planteaban y presentaban en forma mistificada y llamada a contribuir a la refinada apología del capitalismo moderno. Y el que, en nuestros días, los ideólogos burgueses vean en la filosofía marxista-leninista su principal enemigo, de máximo poder atractivo para millones de hombres en todo el mundo, se debe en grado considerable a sus realizaciones en la URSS y los demás países socialistas, como igualmente al progreso del pensamiento marxista en los países del capitalismo.

El papel de la metodología en el progreso de las ciencias naturales de nuestra época

Al examinarse el problema de la interacción de la filosofía materialista dialéctica con las ciencias naturales sale a primer plano la unidad de los aspectos filosófico-teórico y lógico-metodológico de nuestras investigaciones filosóficas.

Cuando se habla de las perspectivas de desarrollo de estas últimas se suele oponer la filosofía a la lógica, a la metodología, se llega incluso a separarlas la una de la otra, haciendo hincapié en los problemas metodológicos de la ciencia, menospreciando y hasta negando

[10] Véanse: *El materialismo histórico y la filosofía social de la burguesía contemporánea* (1960); *La sociología marxista y la burguesa de nuestros días* (1964); *El idealismo subjetivo contemporáneo* (1957); *El idealismo objetivo contemporáneo* (1963); *La filosofía del marxismo y el neopositivismo* (1963); *El existencialismo contemporáneo* (1966); *El capitalismo contemporáneo y la sociología burguesa* (1965); *La gnoseología idealista contemporánea* (1968); *Los problemas del materialismo histórico y la crítica de ciertas concepciones de la sociología burguesa* (1969); *Teorías burguesas contemporáneas sobre la fusión del capitalismo con el socialismo* (1970); *La ideología del reformismo contemporáneo (1970). El comunismo científico y su falsificación por los apóstatas* (1974).

enteramente la significación de las bases filosóficas de la ciencia y las conclusiones filosóficas que se sacan del desarrollo de ésta.

Se comprende perfectamente que los problemas de la interpretación de la materia y de la ley a la luz de los datos contemporáneos de las ciencias naturales, la clasificación de los tipos de materia en la naturaleza y la correlativa clasificación de las ciencias no pierden su valor en los aspectos teórico e ideológico. Es más, la propia labor metodológica en las ciencias naturales no puede progresar si no se asienta en firmes cimientos filosóficos. Es que en el método se resume la teoría filosófica. Por eso, la eficacia del método depende sustancialmente de la esencia filosófica de la teoría que resume. La unidad del método dialéctico y la teoría materialista es la base inquebrantable del carácter científico de la filosofía. Precisamente partiendo de esta tesis se puede comprender bien la razón de que en la etapa contemporánea los problemas de la metodología de la ciencia salgan a primer plano en la labor filosófica en la esfera de las ciencias naturales. La esencia de esa tendencia no viene determinada por la minimización del papel de la filosofía, sino que caracteriza la penetración mediata más compleja de la filosofía en el tejido mismo de las ciencias naturales, ante todo a través de la metodología.

Por lo que se refiere al propio crecimiento del papel de la metodología, la teoría filosófica general del método de acción práctica y de conocimiento científico, viene determinado por dos circunstancias objetivas.

En primer lugar, el progreso del saber no implica sólo el creciente conocimiento teórico del objeto, sino, además, la acumulación de información acerca del propio proceso de conocimiento. Adquiere cada vez mayor significación "la ciencia de la ciencia", que centra su atención, como es lógico, en los problemas de la metodología, en los de cómo se puede conocer con mayor eficacia el mundo.

En la solución de estos problemas sería un derroche el desaprovechar la profusa experiencia de investigación del método que brindan la filosofía del materialismo y los elementos racionales de las teorías idealistas. Como escribía Engels, "hasta la lógica formal es, ante todo, un método de indagación de nuevos resultados, que consiste en partir de lo conocido para descubrir lo desconocido..."[11].

Eso se puede decir con mucho más fundamento al hablar de la dialéctica y, en general, de los procedimientos modernos del análisis lógico. Por tanto, el propio progreso del conocimiento, el desarrollo en él de nuevas tendencias de formalización, de aplicación

[11] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 20, pág. 138.

de la matemática, etc. requieren que se analice la lógica de la ciencia desde un ángulo filosófico.

En segundo lugar, el crecimiento del papel de la metodología en la ciencia moderna va también ligado a la superación del planteamiento especulativo contemplativo de la vieja filosofía de la naturaleza. En los tiempos antiguos, la filosofía influía en las ciencias naturales, ante todo, siguiendo los métodos de la filosofía de la naturaleza. Eso tenía su justificación histórica, era inevitable y fecundo hasta cierto tiempo. En el mundo antiguo no se contaba con datos experimentales para la teoría atomística. Esta última se constituyó por los procedimientos de la filosofía de la naturaleza. Por consiguiente, la filosofía llenaba, bien que mal, las lagunas de las ciencias naturales.

Ahora bien, en el siglo XIX llegó el fin de la filosofía de la naturaleza, ya que las ciencias naturales crearon una base propia tan firme que no necesitaban la ayuda de aquélla para resolver sus problemas específicos.

De suyo se entiende que el fin de la filosofía de la naturaleza no significa que la naturaleza ha dejado de ser objeto del pensamiento filosófico. Sólo los positivistas pueden plantear así la cuestión, y no los partidarios de la dialéctica materialista. Reproducir el panorama general del mundo a la luz de la ciencia contemporánea es un deber indiscutible de los filósofos materialistas. Las leyes más generales del desarrollo del ser y del pensamiento, incluidas, por tanto, las leyes generales del conocimiento de la naturaleza, han sido siempre y siguen siendo objeto de la dialéctica materialista. Estimamos indiscutible la existencia de la dialéctica de la naturaleza, lo mismo que de la filosofía de las ciencias naturales o, como suele decirse ahora, de los problemas filosóficos de las ciencias naturales. Pero negamos la filosofía de la naturaleza en un sentido específico, es decir, como método de solución de los problemas de las ciencias naturales con ayuda de deducciones filosóficas, y no con ayuda de las ciencias especiales.

El modo con que la filosofía de la naturaleza aborda los problemas metodológicos de las ciencias naturales va inevitablemente ligado a la imposición de una u otra concepción apriorística a las ciencias naturales. En ciertas condiciones esto se convierte en imposición imperativa y tergiversación del auténtico sentido y significación de los descubrimientos de las ciencias naturales. Los planteamientos de la filosofía de la naturaleza en nuestra época expresan la incompetencia en ciencias naturales y en filosofía. La injerencia incompetente de ciertos filósofos en las ciencias naturales ha sido una de las causas de ciertas consecuencias negativas en la ciencia soviética en lo

tocante a las relaciones entre la filosofía y las ciencias naturales. Recordemos el desacuerdo de ciertos filósofos con la teoría de la relatividad, la cibernética, la genética y algunos problemas más. Se han censurado y condenado esa injerencia incompetente y, a la vez, el planteamiento de la filosofía de la naturaleza, incompatible ahora con la fecunda interacción del materialismo dialéctico con las ciencias naturales. El enfoque incompetente, propio de la filosofía de la naturaleza, es un descrédito de la filosofía. No se puede tolerar el renacimiento de semejante enfoque y de semejante descrédito.

La filosofía ejerce su principal efecto en las ciencias naturales, en primer término, a través de la concepción del mundo y la metodología científica. También es cierto que existen algunos filósofos que ponen en tela de juicio la metodología y consideran que el propio concepto de metodología es una invención burguesa, machista o algo todavía peor. Eso es, desde luego, un malentendido, pero un malentendido que puede causar mucho daño, ya que la negación del papel metodológico de la filosofía respecto de las ciencias naturales llevaría otra vez al renacimiento del enfoque propio de la filosofía de la naturaleza, llevaría a la injerencia incompetente en los problemas especiales de las ciencias naturales. Por eso hay que hacer patente todo lo insostenible e infundada que es semejante sospecha en lo tocante a la metodología.

Se sabe que Lenin atribuía inmensa importancia al método dialéctico materialista de Marx para el análisis de los fenómenos sociales, para las ciencias sociales. "La elaboración de la nueva teoría metodológica y político-económica –escribía Lenin– significó un progreso... gigantesco de la ciencia social, un paso adelante... colosal del socialismo..."[12]

Lenin reconocía el papel igualmente importante de la metodología marxista para las ciencias naturales.

El materialismo dialéctico, en tanto que metodología general de las ciencias naturales, ayuda a la síntesis e interpretación correctas de los nuevos datos de la ciencia. Ahora, cuando las ciencias naturales buscan intensamente una nueva teoría general, nuevas ideas, es particularmente importante centrar la atención en los problemas metodológicos de la ciencia. Precisamente en ello reside una fuente importante de enriquecimiento y desarrollo del materialismo dialéctico y en eso consiste su principal influencia en el progreso de las ciencias naturales. El no comprenderlo ahora significa no comprender el papel activo de la filosofía y las tareas de su desarrollo con sentido creador.

---

[12] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed, en ruso, t. 1, pág. 275.

Por supuesto, ahora existen también filósofos que se nutren de los problemas ontológicos, que procuran justificar de cualquier manera la teoría de que la naturaleza es obra de la deidad. Pero, por lo común, entre los naturalistas, semejantes ardides no causan impresión y no encuentran apoyo.

No podemos por menos de tener en cuenta que los principales ataques contra el materialismo en las ciencias naturales se emprenden a través de la lógica y la metodología. Cae de su peso que las leyes generales del desarrollo de la naturaleza y el panorama general del mundo constituyen el objeto principal del análisis filosófico. Pero los materialistas, al combatir el idealismo, dirigen su fuego contra toda clase de subterfugios lógicos y metodológicos, por medio de los cuales el idealismo procura penetrar en las ciencias naturales. Es sabido que el positivismo lógico llegó a ser, en tiempos, uno de los principales adversarios en el dominio de la metodología de las ciencias naturales.

En la Unión Soviética tuvo mucha importancia para el progreso de la colaboración de los filósofos con los naturalistas la Conferencia Nacional sobre Problemas Filosóficos de las Ciencias Naturales de la URSS, convocada en 1958. Según opinión general de los participantes, la Conferencia significó el triunfo de las ideas de la dialéctica materialista en las ciencias naturales y marcó un mayor robustecimiento de la alianza de los filósofos y los naturalistas, un considerable mejoramiento de sus relaciones. En la Conferencia se creó un ambiente sano para la discusión de problemas de principio, para la discusión fecunda de problemas científicos.

Los naturalistas, al trabajar en sus laboratorios o en la producción, se encuentran cara a cara en sus investigaciones con la dialéctica objetiva de la materia. La dialéctica de las transformaciones materiales que se efectúan en los laboratorios o en la producción vienen a ser la mejor confirmación de la dialéctica materialista. En otras condiciones sociales, cuando existen clases explotadoras dominantes, las mentes de los naturalistas pueden ofuscarse con prejuicios ideológicos de todo género relacionados con la posición de clase de la burguesía. Ahora bien, en la sociedad socialista no queda lugar para las raíces de clase del idealismo y del misticismo y se crea una base filosófica general, un terreno común para los filósofos y los naturalistas a fin de que investiguen en común los problemas teóricos. Esta base filosófica es el materialismo dialéctico.

Unos u otros filósofos o naturalistas pueden cometer errores idealistas, pero en la sociedad socialista no existen clases cuyos intereses refrenden dichos errores y lleven a multiplicarlos hasta formar todo un sistema filosófico.

El que en la ciencia soviética haya habido obstáculos para una más estrecha colaboración entre los filósofos y los naturalistas no ha sido por ausencia de unidad de criterios en algunos problemas científicos, sino, ante todo, porque una parte de los filósofos quería llevar a la ciencia los métodos de ordeno y mando, de imposición, porque mantenía una actitud vulgar y nihilista hacia varios descubrimientos y realizaciones recientes de las ciencias naturales. Sin saber aplicar con espíritu creador el materialismo dialéctico al material vivo y en proceso constante de desarrollo que ofrecían las ciencias naturales, algunos filósofos y representantes de las ciencias naturales llegaban incluso a negar directamente los grandiosos descubrimientos de la teoría de la relatividad, de la mecánica cuántica y de otras corrientes científicas, frenando de este modo el progreso del pensamiento filosófico y apartando a los naturalistas de la filosofía. Y las consecuencias de este proceso se han manifestado luego en cierta desconfianza y falta de respeto mutuo o, incluso, en ciertos elementos de prejuicio. Esto ha tenido lugar, por desgracia, tanto en las relaciones recíprocas entre los filósofos y los naturalistas como, a veces, en las relaciones entre los propios naturalistas. Con tal motivo conviene que nos detengamos en el carácter de la crítica científica. Nuestra crítica rebasó, ciertas veces, el marco de la ciencia y no pudo dar los resultados que esperábamos. Con frecuencia, a la crítica se sumaban las pendencias, la tendencia a colgar sambenitos; a veces la crítica se reducía a negar todo lo logrado por uno u otro autor que resumía los resultados de sus investigaciones en un libro, un artículo o una intervención.

Al criticar el idealismo en la obra de eminentes hombres de ciencia de los países capitalistas, algunos filósofos soviéticos no advertían las tendencias materialistas progresistas en la concepción del mundo de pensadores tan prestigiosos como Einstein. Bohr, etc.

Debemos sostener una lucha resuelta e intransigente contra la ideología burguesa y su influencia, contra la tergiversación de las ideas del marxismo-leninismo. El hombre de ciencia no puede ser neutral en la lucha del progreso contra la reacción, del materialismo contra el idealismo, de la razón contra las supersticiones. Pero no se puede hacer extensivas las formas de lucha contra las concepciones ajenas a las discusiones con sentido creador, a la discusión científica de los problemas entre los científicos soviéticos.

Los esfuerzos mancomunados de filósofos y naturalistas permitieron superar las tergiversaciones y los errores en la interpretación filosófica de importantes problemas de la física, sobre todo de la teoría de la relatividad, la mecánica cuántica, la química, la cibernética y la genética. Al propio tiempo se ha ampliado el campo

de acción del análisis filosófico de los problemas que se plantean ante las ciencias naturales. Se despliega la investigación de los problemas metodológicos de la biología, la fisiología de la actividad nerviosa superior, la sicología, las ciencias de la Tierra, del Cosmos, etc.

La ciencia contemporánea se desarrolla tan rápida e impetuosamente y se ramifica tanto que se necesitan grandes esfuerzos de los filósofos, al igual que de otros trabajadores de la ciencia, para sintetizar los resultados de las investigaciones científicas y formarse una idea precisa del continuo avance de la ciencia.

Se pregunta con frecuencia, ¿cuál es el círculo de problemas en que deben trabajar juntos los filósofos y los naturalistas? Y se perfilan dos extremos. Por una parte, dicen que se amplía demasiado el círculo de los problemas filosóficos en las ciencias naturales. Pueden oírse incluso razonamientos acerca de que los contactos entre los filósofos y los naturalistas son, realmente, de mucho interés, se dicen muchas cosas importantes, pero, ¿qué tiene que ver con eso la filosofía? Algunos compañeros estiman que la filosofía debe ocuparse sólo en leyes del pensamiento. Por lo visto estiman que los problemas filosóficos de las ciencias naturales constituyen una suma muy limitada de ciertas categorías y que cuando se habla de ellas se trata de la filosofía, pero si se habla de problemas metodológicos de la biología, la física o la química, trátase de material interesante, pero no de filosofía. Como se ve claramente, este punto de vista es erróneo.

Por otra parte, existe la opinión de que todo problema general, todo problema nuevo de cualquier ciencia es, precisamente, filosofía. Como es natural, eso es ya otro extremo. Si la filosofía pudiese resolver todos los problemas científicos, las demás ciencias no harían falta para nada. Existe una esfera determinada de problemas filosóficos en las ciencias naturales, y parece que la colaboración de los filósofos y naturalistas, sin planteárselo expresamente, ha definido ya, en realidad, esta esfera de los problemas filosóficos. Puede decirse que son problemas filosóficos de las ciencias naturales que suelen denominarse dialéctica de las ciencias naturales, dialéctica de la naturaleza. Precisamente ellos ofrecen un vasto campo para la actividad conjunta de los filósofos y los naturalistas.

Un gran acontecimiento en la URSS ha sido la Conferencia Nacional sobre problemas filosóficos de la actividad nerviosa superior y de la sicología, celebrada en 1963. Su importancia consiste en haberse manifestado contra la reducción de la sicología a la fisiología, contra la reducción de la sicología a la biología. Hasta en

esta Conferencia se planteó la tesis de que la sicología no tiene objeto propio, ya que se ha producido la aproximación de la fisiología de la actividad nerviosa superior con la sicología. La Conferencia restableció plenamente la sicología como ciencia. Cabe señalar igualmente que en la Conferencia se apoyó resueltamente la aplicación de los nuevos métodos en la esfera de la fisiología de la actividad nerviosa superior en oposición a la dogmatización de los métodos ya plasmados.

La Conferencia apreció altamente la labor realizada en el dominio de la fisiología de la actividad nerviosa superior y subrayó, a la vez, la necesidad de seguir desarrollando sus bases metodológicas.

Muy interesantes fueron los simposios: sobre física de las partículas elementales, sobre problemas de interacción de las ciencias en el estudio de la vida en la Tierra y sobre la concatenación de la naturaleza y la sociedad. Varios seminarios y conferencias se celebraron sobre principios metodológicos generales, sobre problemas de biología, de cibernética, de simulación, etc.

Ha animado sensiblemente la organización de investigaciones múltiples de los problemas metodológicos de la ciencia la creación, en la Academia de Ciencias de la URSS, del Consejo científico para problemas filosóficos de las ciencias naturales contemporáneas. El Consejo se ha planteado como tarea fundamental la consolidación de los científicos que se dedican a los problemas filosóficos de las ciencias naturales, tanto entre los filósofos como entre los naturalistas. La orientación ideológica principal de su actividad consiste en apoyar y analizar desde el punto de vista filosófico todo lo que hay de progresivo en la ciencia y, a la vez, rechazar todo intento de quebrantar los fundamentos del materialismo dialéctico bajo la bandera de toda clase de innovaciones.

En los últimos años se ha alumbrado con mayor plenitud y más a fondo la inmensa importancia de la herencia filosófica dejada por Lenin para las ciencias naturales contemporáneas, se ha hecho el balance de las discusiones de los problemas filosóficos de principio de la mecánica cuántica, la teoría de la relatividad, ciertos problemas metodológicos de la cosmología y la cibernética, del papel de la física y la química en la investigación de los procesos biológicos, así como de los problemas del origen de la vida, de la correlación entre la fisiología de la actividad nerviosa superior y la sicología, etc. Esto ha permitido formarse una idea más exacta de las grandiosas realizaciones de las ciencias naturales contemporáneas desde las posiciones del materialismo dialéctico, la filosofía auténticamente científica.

Como resultado de las investigaciones realizadas en estrecha colaboración por filósofos y naturalistas se han publicado varias obras en las que se revela la concatenación del materialismo dialéctico y las ciencias naturales contemporáneas[13].

Puede estimarse que el resultado principal de la interpretación filosófica de los más recientes datos de la ciencia son la confirmación y la concretación del carácter universal de la teoría dialéctica de la modificación, del desarrollo. La filosofía marxista ha tenido en cuenta y ha apreciado oportunamente este movimiento en la ciencia, mientras que la filosofía burguesa ha continuado partiendo de la inmutabilidad de la naturaleza.

Las concepciones filosóficas metafísicas se han visto en evidente contradicción con la marcha del progreso de las ciencias naturales. Lo más que han podido hacer ha sido la conciliación ecléctica del principio del desarrollo con el creacionismo, por ejemplo, en el bergsonismo, en las teorías de la "evolución emergente", en el "evolucionismo teológico", etc.

Mientras tanto, la idea de la modificación dialéctica, del desarrollo, abarca hoy en el conocimiento científico todas las esferas del mundo, desde los infinitos espacios cósmicos hasta las entrañas del átomo. A la luz de esta idea se resuelven con éxito los más complejos problemas de la ciencia.

La misión general de las investigaciones en el dominio de los problemas filosóficos de las ciencias naturales es el continuo estudio de los problemas de la dialéctica de la naturaleza a la altura de las modernas realizaciones de la ciencia. Los científicos soviéticos ven su deber en crear nuevos trabajos filosóficos que sinteticen los principales adelantos de las ciencias naturales en el medio siglo transcurrido desde la aparición del libro de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo;* el conjunto de esas obras debe constituir la *Dialéctica de la Naturaleza del siglo XX.*

---

[13] Véanse: *Problemas filosóficos de las ciencias naturales* (1960); *Problemas de causalidad en la física contemporánea* (1960); *Problemas filosóficos de la cibernética* (1961); *Problemas filosóficos de la física de las partículas elementales (1963); Problemas filosóficos de la fisiología de la actividad nerviosa superior y la sicología* (1963); *La esencia de la vida* (1964); *La interacción de las ciencias en el estudio de la Tierra* (1964); *La dialéctica en las ciencias de la naturaleza inorgánica* (1964); *Problemas de la conciencia* (1966); *Estructura y formas de la materia* (1967); *Problemas filosóficos de la física y la cibernética* (Riga); *Espacio, tiempo y movimiento* (1971); *Las contradicciones dialécticas en la naturaleza* (1967); *La dialéctica materialista y los métodos de las ciencias naturales* (1968); *Problemas filosóficos de la biología contemporánea* (1966); *Lenin y las ciencias naturales contemporáneas* (1969); *Problemas filosóficos de la física contemporánea* (1969); *V. I. Lenin y los problemas metodológicos de la ciencia* (1970).

Las ciencias naturales contemporáneas ofrecen para ese fin datos extraordinariamente abundantes. La idea del desarrollo ha calado hondo tanto en la geología, la astronomía y la biología como en la física, la química y hasta la cristalografía, aunque hasta hace poco tiempo el cristal se consideraba como símbolo de la inmutabilidad. En el siglo pasado predominaba la idea de los átomos indivisibles e inmutables, mientras que ahora le ha sucedido la teoría de la compleja estructura y la transformación recíproca de estos "ladrillos originarios" de la materia. Se ha justificado enteramente la idea de Lenin acerca de que el electrón es tan inagotable como el átomo. Los nuevos datos referentes al origen de las estrellas y los planetas muestran lo fructífera que es la aplicación de la idea del desarrollo al conocimiento del Universo. El descubrimiento y la investigación de la energía del núcleo atómico ha coronado los adelantos anteriores de las ciencias naturales, y en el sentido filosófico ha revelado sin dejar lugar a dudas la conexión indestructible entre la materia y el movimiento, la energía intrínseca de la materia, determinante del automovimiento de la materia.

El problema de la materia y del movimiento ha ocupado a los pensadores a lo largo de muchos siglos. No sólo los idealistas, sino también muchos materialistas de la antigüedad consideraban que la materia era una masa inerte. Epicuro reconocía la actividad de la materia, viendo la independencia de su movimiento en que el átomo se apartaba de la línea recta. Durante muchos siglos se consideró que la forma mecánica del movimiento era la única. Se asociaba a ella el concepto de fuerza. Sin embargo, con el tiempo, a medida en que se descubrían nuevas formas de movimiento de la materia, que se trocaban la una en la otra, la ciencia comenzó a tratar distintos tipos de energía: mecánica, térmica, química, electromagnética, de la gravitación, atómica, nuclear, etc. La materia acusa, como afirma el materialismo dialéctico, una multitud infinita de propiedades y niveles estructurales, desde los cuerpos cósmicos hasta las llamadas partículas elementales, que también se encuentran en complejas relaciones recíprocas y tampoco son los últimos y sencillos principios de la materia. La ciencia se acerca de lleno a la revelación de las leyes objetivas y la base más profunda de toda la estructura de las "partículas elementales".

La biología moderna pone al descubierto el mecanismo de la herencia, arroja cada vez más luz sobre el origen y la esencia de la vida y rechaza por entero las representaciones vitalistas del desarrollo de la naturaleza viva. La cibernética, al simular con todo éxito el funcionamiento del cerebro humano, ha probado aún más claramente la concepción materialista de la conciencia y del pen-

samiento y ha asestado un nuevo golpe al embaucamiento idealista acerca de estos procesos.

Por consiguiente, la interpretación idealista de la naturaleza ha sido refutada, en realidad, en todos sus puntos, en todas las ramas de la ciencia. La idea de que la materia es cierto material pasivo predestinado para la acción de una fuerza supermaterial ha sido refutado por todo el desarrollo de la ciencia.

Muchas doctrinas filosóficas constituidas en Occidente pretendían ser las únicas capaces de comprender las ciencias naturales contemporáneas y elaborar la metodología necesaria para ellas. Esto se refiere, en primer término, al neopositivismo, cuyos representantes han planteado efectivamente varios problemas gnoseológicos importantes relacionados con el desarrollo de geometrías no euclidianas, de la mecánica relativista, de la lógica simbólica, etc. Si se tiene en consideración que el movimiento neopositivista contaba en el comienzo con el apoyo de caracterizados matemáticos, físicos y lógicos, surge la legítima pregunta: ¿por qué este movimiento filosófico ha sido derrotado, por qué sus conclusiones gnoseológicas han sido rechazadas, al fin y al cabo, por A. Einstein, N. Bohr, W. Heisenberg, M. Born y otros muchos corifeos de las ciencias naturales contemporáneas?

La razón de ello consiste en que el neopositivismo relegó al olvido las tradiciones materialistas de las ciencias naturales y suplantó la dialéctica, erigida en necesidad metodológica para las ciencias de la naturaleza, con el relativismo absoluto que proclamó que el conocimiento constaba sólo de opiniones y creencias, y no de verdades, aunque relativas, que necesitaban desarrollarse y concretarse constantemente. La doctrina filosófica que pone en tela de juicio la realidad objetiva y dice que los adelantos de las ciencias naturales no son reflejo de dicha realidad, sino una simple sistematización de los datos sensorios sobre la base de postulados lógicos elegidos arbitrariamente, de modo análogo al de establecer las reglas de un juego, pierde inevitablemente su prestigio y toda confianza en ella.

El que los más eminentes naturalistas de nuestra época se opongan más y más resueltamente a la "filosofía de la ciencia" neopositivista prueba que la bancarrota de dicha filosofía ha llegado a la conciencia de los naturalistas mismos, que se acercan cada vez más, consciente o espontáneamente, al materialismo dialéctico incluso en los países en que este movimiento se ve frenado por la ideología dominante y por las fuerzas sociales que la apoyan.

Las corrientes idealistas, que han imperado durante mucho tiempo en la filosofía burguesa, van perdiendo su anterior influencia y, procurando adaptarse a las nuevas condiciones, en proceso

de rápida modificación, acusan tendencias a un compromiso entre ellas, como también con las nuevas teorías idealistas que, hace poco, no tenían peso notable. Es sintomático que, en el XIV Congreso Internacional de Filosofía, los representantes de todas estas corrientes idealistas no hayan intervenido ya tan rotundamente desde sus posiciones específicas, procurando suavizar y velar sus concepciones al objeto de hacerlas más aceptables.

Los existencialistas J. Hyppolite, H. Gadamer y P. Ricoeur, en realidad, no predicaron abiertamente el existencialismo. J. Hyppolite tomó parte activa en el coloquio acerca de Marx, pero apenas tocó la interpretación existencialista del marxismo, a la que en su tiempo consagró el conocido libro *Estudios sobre Marx y Hegel.* P. Ricoeur, en su informe *Libertad: responsabilidad y decisión* habló de la necesidad de compaginar el existencialismo, el personalismo, el estructuralismo y la filosofía del análisis lingüístico. No nos inclinamos a afirmar, como lo hacen ciertos filósofos occidentales (por ejemplo, F. Heinemann, que en 1929 puso en circulación el propio término "existencialismo"), que el existencialismo se ha muerto ya, que ha perdido toda influencia. Las tendencias existencialistas se observan también en las teorías filosóficas no existencialistas. Los filósofos existencialistas quieren reforzar sus posiciones debilitadas a todas luces recurriendo a la asimilación de tendencias racionalistas (Gadamer) o incluso de ciertas tesis marxistas (Hyppolite, que ha proseguido en este sentido la orientación de Sartre).

El neotomismo, que es una de las corrientes más influyentes y fundamentales de la filosofía burguesa contemporánea, sobre todo en los países de religión católica, tampoco pudo conquistar posiciones dirigentes, dominantes en el Congreso, aunque sus representantes, lo mismo que los filósofos religiosos, estuvieron muy activos. Así, en el coloquio acerca de Marx, el jesuita norteamericano J. Adelmann, neotomista, hizo intentos de "enmendar" el determinismo materialista dialéctico con ayuda de la doctrina aristotélica aceptada por Tomás de Aquino acerca de los cuatro géneros de causas: causa final, causa formal, causa eficiente y causa material. Dicho en otros términos, el neotomista quiso completar el determinismo con la teología, y la condicionalidad material de los fenómenos, con el preestablecimiento divino.

El Congreso hizo patente también la profunda crisis del neopositivismo, tercera corriente importante de la filosofía idealista contemporánea. Ello se vio con la mayor evidencia en el informe *Contribución a la teoría del espíritu objetivo* de K. Popper, destacado representante de la corriente. En el pasado, Popper se empeñaba en demostrar que la filosofía debía circunscribir su competencia a la

investigación del propio proceso de la investigación teórica, "la lógica de la investigación". Entonces era contrario al idealismo objetivo, mostrando que éste era una secularización de la concepción primitiva del mundo que condenaba a la personalidad humana a la pasividad ante el preestablecimiento sobrenatural. Hoy, la posición de Popper ha cambiado cardinalmente. Popper afirma en su informe que la misión de la filosofía es comprender lo que es el mundo, el Universo, y qué lugar ocupa en él el hombre, la vida espiritual. Siguiendo las tradiciones del idealismo especulativo, que en el pasado calificaba de irresponsables y propias de oráculos, Popper afirma que el mundo es de triple naturaleza, o, dicho con otras palabras, existen tres mundos: el mundo de los fenómenos físicos, el mundo de las emociones humanas subjetivas y el mundo de las ideas en el sentido platónico, es decir, el mundo trascendental de los arquetipos ideales.

Cierto es que, a diferencia de K. Popper, los adeptos de la filosofía inglesa del análisis lingüístico G. Ryle y A. Ayer, próximos al neopositivismo, defendieron, como antes, sus viejas posiciones. Ello es prueba de que en la filosofía neopositivista se perfilan tendencias opuestas (la idealista subjetiva y la idealista objetiva), que desintegran por dentro esta doctrina.

Los resultados del Congreso permiten sacar la conclusión de que las líneas de deslindamiento entre las distintas corrientes filosóficas burguesas se borran, estas corrientes se aproximan más y más las unas a las otras, se integran. Y eso es fácil de comprender, puesto que en la filosofía burguesa contemporánea no existe ya el campo materialista opuesto al idealismo. Al idealismo se le opone hoy principalmente el materialismo dialéctico, ante el que las corrientes idealistas en pugna forman un frente único. Por tanto, las causas de la consolidación de las doctrinas idealistas residen, en primer lugar, en la creciente influencia de la filosofía del marxismo y, en segundo lugar, en las concepciones materialistas espontáneas del grueso de los naturalistas. Es muy característico que destacados filósofos naturalistas burgueses (Gonseth, M. Bunge, Bertalanffy, Whitrow) hayan apoyado objetivamente con sus intervenciones la orientación materialista dialéctica en el Congreso.

Los resultados del Congreso prueban igualmente que una parte de los filósofos burgueses realiza una labor fructífera en el dominio de la lógica formal, investigando la semántica, la semiótica y la pragmática. Sería erróneo no fijarse en sus realizaciones en esta esfera. Es preciso estudiar atentamente todo lo que hay de valioso en ella. Si bien, en las discusiones en el terreno de la gnoseología de los problemas filosóficos de las ciencias naturales y de la filo-

sofía de la historia, era típica de los filósofos burgueses la mescolanza ecléctica de posiciones incompatibles por principio, en la esfera de la lógica las discusiones se han sostenido a un nivel científico relativamente elevado.

Engels señalaba en la *Dialéctica de la Naturaleza* la actitud de desprecio característica de los naturalistas del siglo XIV respecto de la filosofía, a la que solían oponer el empirismo limitado, sin darse cuenta, por lo común, de que este último no estaba exento de ciertas premisas: materialistas, idealistas o agnósticas. En el siglo XX, sobre todo después de aparecer la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, la actitud de menosprecio hacia la filosofía se mantuvo principalmente entre los naturalistas que no ocupaban posiciones teóricas de vanguardia, ni mucho menos, en su propia ciencia. Por lo que se refiere a los representantes avanzados, sobre todo las grandes figuras de las ciencias naturales, se distinguían por una labor tenaz de investigación en el dominio de los problemas filosóficos de las ciencias naturales.

A la vez que se hace notar los considerables éxitos de los marxistas en el estudio de los problemas filosóficos de las ciencias naturales, hay que fijarse también en nuestros defectos y debilidades. Eso es tanto más importante comprender porque la filosofía soviética tiene ahora planteadas grandes tareas nuevas. Pese a que el gran número de trabajos publicados contiene muchas cosas interesantes y nuevas por principio, tropezamos, a veces, con ciertas dificultades en el análisis teórico de toda la profusión de nuevos datos de las ciencias naturales. Así se explica, ante todo, el carácter descriptivo de varias publicaciones. Algunos trabajos no ofrecen tanto una síntesis cuanto una información. Y, como se sabe, son cosas distintas. Una cosa es comunicar algo valioso e interesante sobre los resultados y las realizaciones en importantes problemas metodológicos. Y muy otra cosa es sintetizar estos datos, ofrecer una generalización rayana en nuevos principios.

En este sentido tenemos que dirigirnos a los modelos clásicos que nos diera Lenin al generalizar las etapas iniciales de la revolución científica. En efecto, ahora causa en todos los hombres de ciencia una inmensa impresión la síntesis de Lenin acerca de la inagotabilidad del electrón. Y ahora, después de publicados muchos trabajos nuevos de Lenin, incluidos sus borradores, podemos reproducir de modo más concreto la marcha del pensamiento de Lenin, que es efectivamente un proceso genial de generalizaciones.

No hace mucho, se encontraron y se publicaron en las últimas ediciones de los *Cuadernos filosóficos* las glosas de Lenin referentes a los trabajos filosóficos de Dietzgen. Las hizo Lenin en 1908,

al escribir el libro *Materialismo y empiriocriticismo.* Al leer los razonamientos de Dietzgen acerca de que la naturaleza es inconmensurable en lo pequeño y en lo grande, Lenin apunta: "El átomo es inagotable". De modo que la idea general de que el conocimiento no conoce límites, expresada en abstracto anteriormente, Lenin la aplica a las ciencias naturales contemporáneas y saca la conclusión de la inagotabilidad del átomo. Al escribir el *Materialismo y empiriocriticismo,* Lenin va más allá y saca la conclusión de que el electrón es también inagotable, lo mismo que el átomo, que la naturaleza es infinita. He aquí uno de tantos ejemplos de que la síntesis de la filosofía y los datos de las ciencias naturales conduce a generalizaciones nuevas por principio.

Veamos otro ejemplo, el de la teoría del reflejo formulada por Lenin. Se sabe que el concepto de reflejo existía ya antes en la filosofía y las ciencias naturales. Pero, Lenin, al investigar este problema, subrayó por vez primera el carácter universal del reflejo y formuló magníficamente la idea de que en el fundamento de la materia existe una capacidad análoga a la sensación, a saber, la capacidad de reflejar. Precisamente esta propiedad, a la que Lenin admitió como universal, se ve confirmada ahora más y más teórica y empíricamente, por vía del experimento. Al propio tiempo, al hacer esa generalización, Lenin, por vez primera, a diferencia del materialismo metafísico, descubre la actividad del conocimiento humano, mostrando que el reflejo *no es una simple* reproducción mecánica de la realidad.

Así, las generalizaciones de Lenin se han anticipado a los principios metodológicos básicos de la ciencia contemporánea en varios apartados de la misma.

Ahora, cuando crece impetuosamente en la ciencia el torrente de nuevas ideas y datos, debemos reconocer que nos encontramos ante la necesidad de una síntesis más vasta de los conocimientos.

Es que ahora ya la matemática, la lógica, incluida la lógica matemática, ofrecen generalizaciones de la más extensa significación. Ofrece un vasto dominio de generalizaciones la teoría cuántica. Ahora bien, el problema es contrastar todos estos principios y dar una nueva síntesis filosófica de carácter científico general y, hablando con rigor, es un problema cardinal.

La tarea central sigue siendo la elaboración de los principios metodológicos generales de las ciencias que tratan de la naturaleza sobre la base del desarrollo del materialismo dialéctico y, ante todo, el estudio de la herencia teórica de Lenin en la esfera de los problemas filosóficos de las ciencias naturales, así como la utilización de dicha herencia en la solución de nuevos problemas teóricos, sobre

todo de las ciencias que se hallan en la primera línea de las ciencias naturales contemporáneas.

Se hace importante el examen de las regularidades generales y las peculiaridades históricas de la creación y la evolución de las teorías ya existentes y justificadas en la práctica de las investigaciones científicas, la revelación de los principios a que obedecen su estructura general y su estructura lógica, las conexiones entre ellas y la transformación de las unas en las otras.

Estimamos que reviste particular interés la investigación de las condiciones de aplicación de métodos y concepciones ya aprobados en una esfera del conocimiento a otras ciencias o esferas, pero sin nivelar ni repetir mecánicamente las cosas, logrando, a la vez, una síntesis oportuna y una extensión de principios ya reconocidos.

El materialismo dialéctico y la unidad de las ciencias

Entre los problemas filosóficos de las ciencias naturales contemporáneas adquiere cada vez mayor significación el problema de la interconexión de las ciencias. En realidad, es el problema de la unidad del mundo y las particularidades específicas de sus distintas esferas y, en consonancia con ello, del tronco único del conocimiento científico y de la peculiaridad cualitativa de las distintas ramas de la ciencia.

Los asombrosos adelantos de la ciencia moderna vienen marcados por la excepcional profundización y ampliación de los conocimientos humanos. La penetración en los microprocesos y el dominio de la energía atómica, por una parte, y el camino del Cosmos, así como la nueva etapa en el estudio del Universo, por otra, son las pruebas más vivas de dicho proceso.

Al mismo tiempo, se produce el más estrecho entrelazamiento de las distintas ciencias, se efectúa su interpenetración. La investigación de este proceso por los filósofos y los naturalistas tiene una gran importancia teórica y práctica.

En la historia de las ciencias naturales se advierten dos tendencias opuestas y, diríase, que se excluyen mutuamente: una consiste en el fraccionamiento y la ramificación de las ciencias, en su diferenciación, mientras que la otra, al contrario, se expresa en el afán a la unificación de las dispersas ciencias para formar un sistema común del conocimiento científico, es decir, la tendencia a la integración de las ciencias. Al principio, las dos tendencias eran inde-

pendientes, aunque se condicionaban recíprocamente en cierta medida. En las distintas etapas del progreso científico prevalecía ya una, ya otra. En las ciencias naturales contemporáneas se observa su unidad orgánica: cuanto más avanzan la diferenciación y la ramificación de las ciencias se vuelven más unidas, íntegras y, diríase, aglutinadas, las ciencias naturales.

Ello se debe a que las ciencias recientes, además de no profundizar, como ocurría antes, la división entre ellas, liquidan la separación anterior. A mediados del siglo pasado, la física y la química apenas guardaban cierta relación entre sí, pero la química física, ciencia nueva surgida a fines del siglo pasado, las ha unido y, además, hasta tal punto que las dos ciencias han comenzado a penetrar la una en la otra, y la anterior divisoria entre ellas ha desaparecido. Al hablar de muchos procesos, hoy ya no se puede decir siquiera si son físicos o químicos, ya que son, a la vez, lo uno y lo otro. Y la física química, surgida ya en nuestro siglo, ha constituido un importante punto de confluencia de la física con la química, en la que se advierte la profunda conexión de las dos ciencias y el tránsito de la una a la esfera de la otra.

Lo mismo ocurre en la línea de contacto entre la química y la biología, por una parte, y la química y la geología, por otra, es decir, en los puntos en que la química entra en relación con la ciencia de la naturaleza viva y de la naturaleza muerta. La bioquímica, la geoquímica y la biogeoquímica son ramas del saber cuyo surgimiento en el proceso de continua diferenciación de las ciencias, lejos de incrementar la división de las mismas, ha llevado a la confluencia y la interpenetración de las ciencias.

Así, la dialéctica del progreso del conocimiento científico se presenta aquí bajo la forma de condicionalidad recíproca de dos tendencias opuestas: la diferenciación y la integración de los conocimientos. Es ese uno de los rasgos más característicos de las ciencias naturales contemporáneas.

El creciente entrelazamiento de las ciencias se debe a que las ciencias naturales calan más y más hondo en la dialéctica de la naturaleza. El conocimiento científico es un reflejo de lo que existe objetivamente con todas sus propiedades y las leyes a que obedece. La interconexión de las distintas ramas de las ciencias naturales contemporáneas es una manifestación de la conexión objetiva que existe entre las cosas.

La interpenetración de las ciencias naturales contemporáneas prueba que, en su base, la naturaleza es una y que representa la unidad de lo multiforme: ninguna de sus esferas está aislada de las demás, sino que se encuentra con ellas en conexión directa o in-

directa, uniéndose a ellas por miles de hilos, transiciones y transformaciones.

A fin de comprender de qué manera la interpenetración de las ciencias refleja la unidad de la naturaleza hay que tener en cuenta que toda la naturaleza se presenta ante nuestra mirada mental como una serie de grados de desarrollo de la materia y las formas de su movimiento, comenzando por las más sencillas y conocidas y terminando por el hombre, con el cual el proceso de desarrollo rebasa el marco de la naturaleza propiamente dicha y pasa al dominio de la historia de la sociedad.

Las formas cada vez más complejas de movimiento y los tipos superiores de materia, incluido el hombre, han surgido históricamente y se han desarrollado a partir de formas físicas de movimiento y tipos de materia más sencillos. En ese proceso se han producido, cada vez, profundos cambios cualitativos, saltos dialécticos al pasarse de una fase de desarrollo a otra, más compleja o superior.

Así se explica que la filosofía preste cada vez más atención al problema de los niveles estructurales de la materia. Los datos científicos sobre el particular ponen al descubierto la peculiaridad cualitativa de los fenómenos a cada nivel de la organización estructural del mundo material. La investigación de la dialéctica de la naturaleza confirma la verdad de que con cada estructura concreta de la materia se relacionan sus propiedades específicas y sus tipos y cantidades específicos de energía.

Todos reconocen que el progreso del conocimiento científico contemporáneo guarda estrecha relación con la diferenciación de este último. Cada año, incluso cada mes, aparecen nuevas corrientes científicas y hasta nuevas disciplinas científicas. En ese siglo de impetuoso crecimiento de la cantidad de información científica, semejante especialización de las ciencias y de los científicos es inevitable y útil, ya que ayuda a elevar la productividad del trabajo de investigación. Al propio tiempo, sería profundo error el no advertir el aspecto negativo, incluso peligroso para la ciencia, de las tendencias a la excesiva especialización de la misma.

De conformidad con la ley dialéctica de la contradicción, el crecimiento de la diferenciación de los conocimientos engendra la necesidad de una síntesis de las ciencias capaz de superar el fraccionamiento de las disciplinas científicas.

La tendencia a la aproximación e incluso, en cierto sentido, de ensambladura de las ciencias naturales con las sociales, reviste, de por sí, mucha importancia precisamente en el aspecto filosófico. La vieja filosofía reconocía tácitamente, en las distintas etapas y bajo distintas formas o incluso proclamaba la ruptura entre la sociolo-

gía y las ciencias naturales. En la filosofía de Hegel, el principio del desarrollo tiene lugar en la sociedad, pero no rige en la naturaleza. En la de Feuerbach, el materialismo en la comprensión de la naturaleza se conjuga con el idealismo en la comprensión de la sociedad. Como se sabe, en diversas corrientes filosóficas, como la neokantiana, se llegaba incluso a dar una "fundamentación" teórica a la ruptura inevitable entre las ciencias naturales y las sociales. Los adeptos de esta escuela filosófica afirmaban que, a diferencia de la naturaleza, donde rigen determinadas leyes, la vida social no obedece a leyes regulares objetivas, los fenómenos sociales no se repiten en absoluto, por cuya razón a la sociología no le queda más que describir los acontecimientos de carácter individual, renunciando por principio a la síntesis teórica de los fenómenos sociohistóricos.

El materialismo dialéctico ha destruido esta barrera filosófica, ha dado a la sociología una base científica y se ha erigido en instrumento para superar la contradicción entre el progreso de las ciencias naturales y las sociales. Eso es tanto más importante que en nuestra época trátase de una síntesis más amplia del conocimiento, capaz de abarcar tanto las ciencias naturales como las sociales. La aplicación de métodos exactos a las disciplinas sociales adquiere particular significación para los países socialistas, dedicados a perfeccionar su economía sobre bases científicas.

La interacción de las ciencias se convierte en importante factor de su progreso. Las ciencias naturales contemporáneas ofrecen un poderoso estímulo al crecimiento de las ciencias sociales. Las concepciones del carácter objetivo de las leyes que presiden las ciencias naturales se afianzaron antes de ser llevadas a las ciencias sociales. La idea de la mutabilidad, del desarrollo y de la transformación de los fenómenos arraigó en la biología, la geología y la fisiología antes de penetrar en la sociología. Los métodos del análisis cuantitativo exacto llegaron a las ciencias sociales después de ser empleados en las naturales y la técnica. Sin embargo, por otra parte, la filosofía y las ciencias sociales, además de revelar las condiciones más propicias para el progreso científico-técnico, además de ayudar a suprimir los obstáculos que se levantan en el camino de este último, enriquecen las ciencias naturales con ideas y conceptos fecundos.

La idea del carácter objetivo del desarrollo, de la modificación, fue formulada en la filosofía muchos siglos antes de ser adoptada en las ciencias naturales. La teoría atomística fue formulada filosóficamente también milenios antes de adquirir la forma de teoría de las ciencias naturales y de ser demostrada experimentalmente. La

idea de las regularidades estadísticas arraigó firmemente en la sociología antes de afianzarse en la física del micromundo.

Un brillante ejemplo de influencia de la filosofía en las ciencias naturales viene a ser toda la historia del materialismo dialéctico. En el siglo pasado dominaban aún entre los físicos las ideas del "espacio absoluto" y del "tiempo absoluto" como formas exteriores, separadas de la materia y el uno del otro, pero el materialismo dialéctico mostró de modo convincente que el espacio y el tiempo se hallaban ligados inseparablemente a la materia y el uno al otro. Ante las ciencias naturales de principios del siglo XX apenas se planteaba la cuestión de la complejidad de la estructura del átomo, y la mayoría de los hombres de ciencia trataba aún el electrón como la "última", "indivisible" y "absolutamente inmutable esencia del mundo", mientras que el gran dialéctico Lenin sacaba ya la conclusión de que no había "últimas", "finales", inmutables e indivisibles esencias, que la materia es inagotable en profundidad.

El problema de la concatenación de las ciencias es el de la unidad del mundo y de la peculiaridad cualitativa de sus distintos dominios. De ahí se desprende el importante problema metodológico de la base única del conocimiento científico, como asimismo de las particularidades específicas del objeto y del método de cada ciencia concreta.

En la etapa presente del desarrollo de las ciencias naturales, el análisis de las relaciones entre las ciencias es de gran actualidad y tiene importancia teórica y práctica. Sin comprender correctamente el papel y el lugar de unas u otras ciencias en el sistema general de los conocimientos contemporáneos, sin tener una idea precisa de los principios sobre los que las distintas ciencias se agrupan la una con la otra y entran en correlación con los demás dominios del saber, no se pueden evitar muchas y grandes dificultades. El menosprecio de las leyes objetivas generales a que obedece la naturaleza, el excesivo aislamiento de las ciencias conduce a que los éxitos en unos sectores del conocimiento científico no se utilicen para el avance de otros.

Por tanto, lo que puede lograrse con relativa facilidad y rapidez, al cooperarse razonablemente los esfuerzos, se consigue tras un largo y difícil trabajo cuando las ciencias están separadas la una de la otra. Por otra parte, el hacer caso omiso de las peculiaridades cualitativas de las ciencias, la intervención de frente y, con frecuencia, incompetente de los trabajadores de una ciencia en los asuntos de otra, sin contar con las particularidades de la última, entraña el peligro de inútiles choques y suele llevar a una pérdida vana de fuerzas, nervios y tiempo.

Cuando no se enfocan correctamente desde el punto de vista metodológico los problemas de las interrelaciones de las ciencias, los grandes éxitos logrados en una rama pueden engendrar tendencias que, lejos de contribuir al progreso de las demás ramas, las frenan.

Visto el gigantesco progreso de la ciencia, sobre todo de las nuevas ramas del saber, adquiere una significación decisiva la exigencia fundamental de la dialéctica, la del enfoque concreto de los fenómenos que se investigan, la de la verdad concreta, la de conjugar las leyes objetivas generales con las condiciones concretas, la de contar con las peculiaridades específicas. Puede decirse que ése es el foco de todo el conjunto de los grandes problemas filosóficos que discutimos ahora.

Lenin decía que la esencia misma del marxismo, su alma viva es el análisis concreto de la situación concreta. Hay que decir que esta excelente definición no se refiere sólo a las ciencias sociales, al proceso de conocimiento de la sociedad. Sin el análisis concreto de la situación concreta no se pueden resolver problemas científicos, incluidos los problemas filosóficos de las ciencias naturales.

En efecto, ¿acaso la mecánica cuántica, la cibernética o el problema del empleo de métodos químicos o físicos de investigación en la biología, los problemas de la correlación entre la teoría de la actividad nerviosa superior y la sicología y de la relación entre el organismo y el medio ambiente, de lo vivo y lo muerto en el proceso de la evolución no plantean el problema filosófico fundamental de la conjugación de lo general y lo particular, de la capacidad de aplicar las leyes objetivas generales a un dominio concreto del saber?

Ante los filósofos y, en general, ante los hombres que se ocupan en problemas filosóficos de las ciencias naturales, se plantea cada vez más acuciante la necesidad de investigar los problemas de la correlación entre lo general y lo concreto, el aspecto cuantitativo y la peculiaridad cualitativa de los procesos, la posibilidad de aplicar los principios generales a las esferas cualitativamente específicas de la vida, la naturaleza y el conocimiento.

No es difícil observar que la solución de muchos problemas filosóficos de las ciencias naturales, así como de muchos problemas teóricos de principio de las ciencias especiales (tanto físico-químicas como biológicas) depende en muchos aspectos del problema de la relación entre lo cuantitativo y lo cualitativo, de la peculiaridad cualitativa de los fenómenos en las distintas esferas del mundo y, por ende, en las diversas ramas de la ciencia.

La ciencia contemporánea rechaza las viejas ideas metafísicas

de los fenómenos y los objetos del mundo como tipos de materia y formas de su movimiento absolutamente independientes, sin guardar la menor relación los unos con las otras, enteramente separados, como también la reducción mecánica de la calidad a la cantidad, la negación de la diversidad cualitativa del mundo, la "desatadura" de los nudos cualitativos.

Hace unos 100 o incluso 80 años se consideraba que la materia constaba de varias decenas de elementos químicos, absolutamente aislados los unos de los otros, de ladrillos independientes del Universo. Ahora, la física moderna ha probado que no existen partículas "elementales" incapaces de convertirse, en condiciones adecuadas, en otras partículas "elementales", que se produce la transformación recíproca de la sustancia en luz, de unos elementos químicos en otros.

A la par con ello, la física de las partículas "elementales" enseña que cada una de dichas partículas es cualitativamente específica, distinta de las demás, posee sus propiedades especiales y sus nexos con las demás partículas. El "edificio de la materia tiene por base" microobjetos cualitativamente específicos, que se hallan en interacción como un todo íntegro en todos los procesos conocidos.

La fuente gnoseológica de las conclusiones idealistas, en particular, indeterministas, de la mecánica cuántica consiste en la incomprensión de la especificidad cualitativa de los microobjetos o en la elevación al absoluto de esta especificidad hasta oponer los microobjetos a los macroobjetos. La oposición de los microobjetos al macromundo y la negación de los nexos entre ellos conducen a las afirmaciones idealistas acerca de la menor realidad de las partículas "elementales", de la imposibilidad de aplicar la ley de la causalidad a esta esfera, de la libre voluntad de los electrones y a muchas otras necedades idealistas análogas. Sólo tomando en consideración la especificidad cualitativa de los microobjetos es como se puede comprender por qué las leyes de la mecánica clásica de Newton no valen para explicar su movimiento.

Hace ya mucho que el materialismo dialéctico rechazó la idea mecanicista de la causalidad y argumentó teóricamente los principios que debían tomarse como base de las investigaciones (en su aplicación concreta) en cualquier esfera del saber.

Lo fundamental consistía aquí en que el materialismo dialéctico corrigió y explicó el defecto del materialismo viejo, mecanicista, cuando la causalidad descartaba la casualidad, la posibilidad, la probabilidad, etc. La concepción dialéctica de la causalidad no excluye, ni mucho menos, este gran espectro de manifestaciones y complementos de la necesidad. Por eso, también en el terreno de la

mecánica cuántica, las búsquedas de las expresiones concretas de la causalidad prosiguen y, no cabe duda, proseguirán. El materialismo dialéctico no liga la necesidad a una sola forma determinada de manifestación, pero exige, naturalmente, que se aplique rigurosamente el principio de la causalidad, del determinismo comprendido desde las posiciones de la dialéctica, de la profunda penetración en la esencia de los procesos concretos.

Una ciencia nueva, como la cibernética, cuyo valor no todos aprecian aún debidamente, ha entrado en contradicción con las viejas ideas que se tenía acerca de no se sabe qué barreras cualitativas insuperables entre las distintas formas de movimiento de la materia. Sin embargo no sería justo negar la existencia de nudos cualitativos en el desarrollo de la materia, estableciendo sólo la comunidad cuantitativa.

No es razonable exigir que se "prohíba" aplicar la cibernética a la biología. Pero tampoco se puede suplantar la biología con la cibernética.

El empleo de métodos matemáticos, al igual que físicos, químicos y de otro género, debe practicarse contando con la particularidad, la peculiaridad cualitativa del organismo en su indestructible conexión con el medio ambiente. De suyo se entiende que un proceso biológico tan complejo como el de la herencia no se puede resolver con los métodos de una sola ciencia, ya sea la cibernética, la química o la física.

La dialéctica enseña que los cambios cualitativos dan lugar a nuevas leyes objetivas que no cabe identificar con las leyes objetivas de las formas más sencillas de movimiento o reducir a ellas. Sin tener en cuenta la peculiaridad cualitativa de los fenómenos y sus regularidades específicas no puede haber conocimiento científico.

Lo general y lo particular, tanto en la naturaleza como en el conocimiento de la misma por el hombre, se hallan siempre en unidad dialéctica indestructible. Del mismo modo que sin tener en cuenta lo particular, lo específico, no se puede comprender lo general, sin contar con lo general no se puede conocer a fondo lo particular, lo específico. El descubrimiento de cualquier ley de la naturaleza significa ya de por sí un descubrimiento de lo general en lo particular y específico, supone la explicación de lo particular y específico desde el punto de vista de lo general que encierra.

La conexión universal entre los fenómenos de la naturaleza, que se refleja en forma de concatenación de las distintas ciencias, existe y se manifiesta en las ciencias naturales concretas dedicadas al estudio de los objetos específicos de la naturaleza con sus propiedades y leyes objetivas intrínsecas. No se puede revelar la conexión

general que existe entre las ciencias si no se tienen en cuenta las peculiaridades de cada una de ellas. Y a la inversa: no se puede comprender el carácter específico de cualquier ciencia, de su objeto y método de investigación si se hace caso omiso de su concatenación con las demás ciencias y, por consiguiente, de la conexión general entre todas las ciencias, incluida la filosofía.

El que advierte y cuenta con la unidad entre lo general y lo particular puede evitar la unilateralidad y el extremismo casi ineludibles cuando se pasa por alto esa unidad. E incurrir en la unilateralidad, en el extremismo, significa apartarse de la verdad, de la realidad.

Los éxitos vertiginosos de la física, que penetra hoy en los sutiles mecanismos de los microprocesos han suscitado entre ciertos hombres de ciencia la opinión de que la física agota la esencia de todos los fenómenos de la naturaleza en general y absorbe tanto la química como la biología.

La aplicación de los métodos de la física a la química y la biología es una cosa progresiva, que ha surtido notables resultados y promete otros aún mayores. No se puede por menos de objetar del modo más resuelto a los que quisieran apartarse de la física, considerando que la química y la biología son "zonas prohibidas" para la física. Empero, la física no puede agotar la esencia de los fenómenos químicos, ni mucho menos los biológicos.

Es preciso apoyar decididamente la aplicación de las ideas de la cibernética tanto en la química como en la biología, la fisiología y la técnica. Eso enriquece efectivamente y hace avanzar las investigaciones científicas. Hemos censurado los intentos vulgarizadores de ciertos filósofos de proclamar la cibernética "ocurrencia burguesa". Sin embargo, hay que rechazar también las pretensiones de quienes ven en los brillantes adelantos de la cibernética motivos para afirmar que esta ciencia viene a suplantar a todas las demás, que resuelve los problemas tanto de la sociología como de la biología y la química.

Ultimamente se ha fijado una atención especial en el problema de la correlación entre la matemática y la economía. Desde hace mucho tiempo se sabe que cierto género de cálculos matemáticos auxiliares son necesarios en la ciencia económica. En este sentido, la vinculación entre la matemática y la economía se ha reconocido siempre. Pero, ahora el problema de la correlación entre estas ciencias se plantea de otro modo. Trátase de la profunda penetración de la matemática en los métodos de las investigaciones económicas, de la extensión de sus métodos a la búsqueda de las conexiones económicas. Este es un fenómeno cualitativamente nuevo.

No se puede por menos de advertir en el empleo de la matemática, las calculadoras y la cibernética en la economía un gran éxito nuevo de la ciencia. No obstante, también aquí los éxitos han engendrado ciertas ideas unilaterales. Algunos matemáticos acusan la tendencia a no contar con las peculiaridades de las leyes económicas vigentes en cada etapa concreta del desarrollo económico.

Al propio tiempo debemos rechazar la idea de los economistas que se rebelan contra las nuevas formas de aplicación de la matemática a la economía y consideran que donde se trata de las principales interconexiones económicas no hay lugar para la aplicación de métodos matemáticos, que en tales casos, por principio, no hay lugar para la cibernética.

Algunos hombres de ciencia estiman que hay que determinar de antemano los límites de la aplicación de la física o la matemática a las otras ciencias. No es un planteamiento científico. La tarea consiste en hacerse una idea concreta de las leyes generales de las ciencias y de sus peculiaridades específicas.

Por consiguiente, el desarrollo efectivo del conocimiento científico plantea el problema de las relaciones entre las ciencias. En la actualidad, el hombre de ciencia no puede ya limitarse a los medios de conocimiento habituales, hallados empíricamente, sin emplear de modo consciente un método científico. Ahora es cada vez mayor la división del trabajo en la investigación científica y, por tanto, es preciso tener una idea exacta del proceso de conocimiento. Visto el carácter integral de la ciencia, se produce la penetración de los métodos y procedimientos de investigación de una disciplina científica en otra, y eso, a su vez, requiere que se estudien los propios métodos. Los éxitos crecientes de la técnica de cálculo brindan la posibilidad de hacer que ciertas etapas de la investigación científica corran a cargo de las calculadoras, pero es condición indispensable el correspondiente tratamiento lógico del material.

Los problemas del método científico adquieren una actualidad creciente tanto para las ciencias naturales como para las sociales. El proceso de la ciencia en nuestra época rechaza por entero la orientación positivista hacia el divorcio entre las ciencias naturales y las investigaciones sociales, por una parte, y los problemas filosóficos, por otra. Y eso significa que los filósofos deben desarrollar y reforzar la colaboración tanto con los naturalistas como con los colaboradores de las ciencias sociales, investigar juntamente con ellos los problemas metodológicos.

Veamos, a título de ejemplo, la ciencia histórica. Bajo la bandera de lucha contra el llamado sociologismo vulgar de la "escuela

de Pokrovski", ciertos historiadores se han apartado de los problemas metodológicos, se han dedicado a la descripción empírica de los acontecimientos. Hay que decir que también los filósofos se han interesado poco o no se han interesado en absoluto por los problemas sociológicos de la ciencia histórica. Esto entraña el peligro de penetración del positivismo en la ciencia histórica. Ahora bien, eso empobrece también la filosofía, ya que sin el riquísimo material que ofrece la ciencia histórica no se puede desarrollar y concretar la dialéctica y el materialismo aplicados al conocimiento de la sociedad.

En nuestros tiempos no debe haber filósofo sin suficientes conocimientos en la esfera de la ciencia económica. ¿Qué vinculación con la vida puede tener un filósofo que no conoce los problemas elementales de la ciencia económica? Sin conocimientos económicos es inconcebible la labor creadora en el dominio del materialismo dialéctico e histórico.

En su tiempo, Marx elaboró la dialéctica materialista partiendo del análisis del sistema capitalista de economía. En la lucha contra los populistas y los "marxistas legales", Lenin aplicó y enriqueció el método dialéctico en el proceso de la investigación del desarrollo del capitalismo en Rusia. Lenin ofrece brillantes modelos de dialéctica en su análisis del imperialismo, en el que aplica y desarrolla muchas ideas filosóficas formuladas en los *Cuadernos filosóficos*. ¿Acaso la economía mundial contemporánea, sobre todo el afianzado sistema socialista de economía, no ofrecen datos para enriquecer el materialismo dialéctico e histórico?

En el aspecto filosófico, reviste mucha importancia la investigación de las categorías de la ley y de la regularidad. La investigación de la manifestación de la categoría de la ley tiene, por supuesto, igual significación, al realizarse tanto sobre la base de las ciencias de la naturaleza como sobre la base de las ciencias sociales. Como se sabe, es típico de muchos hombres de ciencia de los países burgueses el enfrentamiento de las ciencias naturales con las sociales mediante la negación directa o indirecta de las leyes del desarrollo de la sociedad.

Una parte de los historiadores de Occidente, al subrayar sólo las peculiaridades de los acontecimientos históricos, al abstraerse de lo análogo y lo común, habla de la completa individualización de los hechos del pasado y niega toda posibilidad de generalización. Al propio tiempo, entre los historiadores de los países burgueses resalta cada vez más el afán por generalizar de una u otra forma exterior los fenómenos históricos sin contar con el contenido histórico concreto.

No obstante, estos intentos distan mucho de ser auténtica ciencia. Veamos la corriente muy extendida del desarrollo por ciclos. Los adeptos a las teorías del desarrollo por ciclos (los partidarios de O. Spengler y A. Toynbee) no señalan en sus trabajos más que los aspectos análogos de los fenómenos registrados en épocas completamente distintas y pasan por alto los elementos específicos, peculiares de los mismos. En la práctica, como lo saben todos, la analogía se debe al desarrollo en espiral, cuando el movimiento progresivo de la sociedad va unido a los elementos cíclicos. Pero, los adeptos a las teorías del desarrollo por ciclos, al fijar la atención tan sólo en la repetición y al insistir en la imaginaria ausencia de elementos específicos, niegan la teoría de las formaciones socioeconómicas, del progreso social. Niegan indirectamente las leyes objetivas a que obedece el desarrollo social entendido en el auténtico sentido de la palabra.

Las concepciones del desarrollo por ciclos se consideran como "arma eficaz contra el marxismo". Esta es la razón, naturalmente, de que los investigadores marxistas sigan desenmascarando a los nuevos representantes de las mismas. La crítica de estas concepciones es particularmente importante, puesto que muchas se distinguen por su contenido pesimista y apocalíptico. En el curso de esa crítica es también importante tener en cuenta que los adeptos a las teorías del desarrollo por ciclos son censurados violentamente por los de la extrema derecha de la ciencia histórica occidental, que niegan toda regularidad en el proceso histórico y afirman que es absolutamente incognoscible.

Contribuye a la superación de las teorías anticientíficas en la sociología contemporánea la tendencia a la creciente aproximación entre las disciplinas naturales y sociales. En el proceso de desarrollo de esta tendencia, el materialismo dialéctico, además de ofrecer una síntesis filosófica general del saber, sirve de seguro instrumento de relación entre las ciencias naturales y las sociales.

La propia tendencia a la síntesis de todas las ciencias naturales y sociales requiere una base filosófica auténticamente sintética. Como se sabe, la elaboración de dicha base transcurrió en medio de compleja y enconada lucha.

El nivel de desarrollo de la ciencia establecido hacia el segundo cuarto y mediados del siglo XIX determinó el hundimiento de los métodos especulativos. Los incesantes intentos de ciertos filósofos de resolver por vía puramente especulativa los problemas que surgían en las ciencias naturales llevaron al completo descrédito de la filosofía de la naturaleza, con lo cual se minó ante muchos naturalistas el prestigio de todo pensamiento filosófico.

La situación creada en la ciencia engendró, como se sabe, el positivismo. Su fundador, A. Comte, y luego todas las corrientes del positivismo inicial y de sus formas contemporáneas negaban la filosofía, en la que veían, en realidad, nada más que lo referente a la concepción del mundo. El que los positivistas se ocupasen de la investigación de muchos problemas de la lógica formal, incluidos los de la experiencia, el objeto y la clasificación de las ciencias, la lógica matemática, el análisis del lenguaje de la ciencia y muchos otros atrajo hacia el positivismo a gran número de naturalistas. Al propio tiempo, los positivistas circunscribían la filosofía al mencionado círculo de problemas y se negaban a examinar los relacionados con la concepción del mundo, a los que calificaban de problemas "sin sentido", es decir, "no verdaderos" y "no falsos".

Unos positivistas eran ateos (por ejemplo, E. Mach). Sin embargo sus ataques al materialismo, además de quitar vigor y espíritu consecuente a la argumentación ateísta, ayudaban, objetivamente, a la teología. Otros (J. Mill, H. Spencer, L. Wittgenstein, etc.) defendían más o menos francamente la fe religiosa, criticaban el ateísmo y proclamaban que los problemas de la concepción del mundo no estaban al alcance de la razón, los llevaban a la esfera de lo místico. Dicho con otras palabras, los positivistas proponían a los naturalistas que se limitaran a la investigación de los hechos, de la experiencia (interpretada de modo idealista subjetivo por los positivistas), dejando los problemas de la causalidad del mundo al margen de las ciencias naturales y de la filosofía.

Semejante planteamiento entregaba directa o indirectamente los problemas de la concepción del mundo en plena posesión de los teólogos, tendiendo el camino a los neotomistas, cuya influencia ha crecido en el último medio siglo. En este sentido, la posición de los neotomistas se distingue de la orientación positivista. En la actualidad, la tendencia fundamental de los tomistas es la discusión de los problemas de la concepción del mundo, la esencia del ser, el comienzo y el fin del mundo, la aparición de la vida, mientras que la solución de los problemas concretos de las ciencias naturales la dejan a cargo de los hombres de ciencia. Algunos teólogos, incluidos los neotomistas, siguen la anterior orientación de los filósofos religiosos y procuran interpretar teológicamente todos los descubrimientos de las ciencias naturales que hacen época.

Al examinar los problemas filosóficos de las ciencias naturales relacionados con la concepción del mundo debemos prestar mucha atención a la polémica con el tomismo contemporáneo, como una de las corrientes más destacadas y populares de la ideología burguesa. Es evidente que el tomismo pretende al papel de fundamen-

to sintético de todo el proceso cognoscitivo. Pero efectúa esa síntesis partiendo de bases místicas, por principio ajenas a la ciencia. Considerando que el saber científico necesita adiciones irracionales, el eminente neotomista E. Gilson escribe: "No estimamos que la ciencia sea lo mismo que el conocimiento racional"[14].

La propia experiencia del desarrollo del conocimiento prueba que la base auténticamente científica, capaz de sintetizar todo el saber natural y social, es la filosofía consecuentemente materialista del marxismo-leninismo. Nos convencemos de ello tanto al oponer el materialismo dialéctico al neopositivismo, al neotomismo y a las demás corrientes del idealismo contemporáneo como también al comparar el nivel filosófico de la síntesis del saber con las otras formas y niveles de síntesis de información científica.

La inteligencia humana ha sentido siempre necesidad de síntesis de los conocimientos, lo que ha reflejado la propia unidad material objetiva del mundo. Se puede decir que de esta necesidad, de hablar de las raíces gnoseológicas, ha nacido la filosofía misma.

Sin síntesis no hay ciencia. Toda ley de la ciencia es un reflejo generalizado de los fenómenos. En el curso de la historia, las cosas ocurrieron de tal manera que cada esfera del saber engendró sus generalizaciones. En una determinada etapa desempeñó un gran papel en estas síntesis la lógica formal, como también la matemática. La lógica formal, al elaborar sus conceptos y categorías, ayudaba a sintetizar los datos de la ciencia. La matemática viene sirviendo desde hace mucho tiempo de medio de descripción y generalización formalizadas de las verdades científicas. Al propio tiempo, existía siempre la necesidad de una generalización más vasta de los fenómenos. Esta es la razón de que, a la par con la lógica formal y la matemática, se hayan desarrollado también las generalizaciones filosóficas. Y la filosofía, sobre todo la materialista, cumplía ese papel sintetizador. Cabe recalcar que también el idealismo clásico ha hecho mucho para la elaboración de categorías filosóficas, ayudando de este modo a sintetizar el progreso de la ciencia.

Ahora vemos que prosigue el impetuoso avance de las ciencias que ayudan a sintetizar los datos de las ciencias naturales y, en cierta medida, los que ofrecen las sociales. La matemática desempeña ahora en las más distintas ramas un papel de suma importancia, como medio de expresión y descripción de los fenómenos y, además, como método de buscar nuevas verdades. La lógica ha adquirido igualmente un gran desarrollo. Ha aparecido un poderoso instrumento de conocimiento: la cibernética. La teoría cuán-

[14] E. Gilson. *God and Philosophy*. New Haven, 1960, p. 113.

tica ofrece un valioso medio de generalización tanto a la física como a la química y las otras ciencias naturales.

No sería correcto dejar de advertir el inmenso papel de ese aparato lógico, de los medios matemáticos, de la cibernética y la simulación en el fomento de la ciencia contemporánea. El filósofo que no comprenda eso o que incluso niegue la importancia de estos medios de generalización será un hombre atrasado y sólo podrá causar daño a la filosofía y a las ciencias naturales.

Al propio tiempo, hay que subrayar que precisamente merced al colosal progreso de los medios lógicos y matemáticos de síntesis científica resulta tan importante el fomento del aparato metodológico, es decir, la investigación de los problemas filosóficos de las ciencias naturales y el enriquecimiento de la filosofía marxista. Trátase de que, por el nivel y el modo de generalizar, las diversas ramas de la matemática, la cibernética y la lógica formal misma necesitan hallarse en interconexión. La matemática se ha dividido en varios apartados o, mejor dicho, en varias ciencias. La lógica posee también toda una serie de ramificaciones (la lógica multívoca, etc.). Estas ciencias mismas necesitan generalización, síntesis. Por consiguiente, hay necesidad de generalización y síntesis también entre estos apartados y disciplinas generalizadoras, y sólo la investigación de los problemas filosóficos de las ciencias naturales, sólo la dialéctica de la naturaleza, sólo el materialismo dialéctico pueden ofrecer semejante generalización.

Y lo principal es que las síntesis matemáticas, lógicas y cibernéticas no pueden resolver problemas como el del sujeto y el objeto, el del hombre y la naturaleza, el de la naturaleza y la sociedad, el de la teoría y la práctica y muchos otros problemas metodológicos generales de los que se ocupa precisamente la filosofía, el materialismo dialéctico e histórico. Y sin la solución de estos problemas filosóficos generales, el aparato lógico y matemático tendría una significación preferentemente técnica.

Esta es la razón de que la investigación de las categorías y leyes filosóficas generales contribuya precisamente a la correcta comprensión y al fomento de todo el aparato sintetizador de las ciencias naturales contemporáneas, incluido el aparato de cada ciencia concreta. Por eso consideramos que la filosofía no debe encargarse en absoluto de la solución de problemas específicos de las ciencias naturales. Pero no puede progresar sin la conexión con estas últimas, y las propias ciencias naturales perderían mucho si se debilitase su alianza con la filosofía del materialismo dialéctico.

La ciencia se ha desarrollado siempre de modo dialéctico sobre la base de la interacción de la experiencia y el pensamiento

teórico; sus éxitos se han logrado en el camino de la unidad del análisis con la síntesis. Sin desmembrar el todo y sin analizar sus partes integrantes no habría acumulación de datos empíricos, y la ciencia tendría que contentarse con las abstracciones, con limitarse a deducir de ellas postulados generales. Por otra parte, sin la síntesis de los datos acumulados, sin la generalización teórica de los mismos en su concatenación real y su integridad, la ciencia se vería condenada al rastrero empirismo.

Sin embargo, en el pasado, estos dos elementos del proceso dialéctico del conocimiento no se han desplegado siempre simultáneamente. En los distintos períodos prevalecían ya uno, ya otro.

En medio de la revolución tecnocientífica contemporánea se refuerza en flecha la interacción del análisis y la síntesis. La intensa diferenciación de las ciencias y la penetración cada vez más profunda en la estructura de los objetos que investigan distinguen el crecimiento del papel del planteamiento analítico en el conocimiento científico. Al propio tiempo crece la interconexión y la integración de las ciencias, adquieren una significación cada vez mayor las investigaciones múltiples, interdisciplinarias, y en cada ciencia se forman, sobre la base del análisis a fondo, ideas generalizadoras a un nivel superior.

La función metodológica de la filosofía reside, ante todo, en la confrontación y síntesis de los datos de distintas ciencias, en la síntesis más vasta posible.

Las leyes y las categorías de la dialéctica, en tanto que síntesis máxima de los procesos de desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, al conseguir nuevos datos del ser y del conocimiento humano, sirven, a su vez, de seguro instrumento metodológico de penetración en la esencia de las cosas y los fenómenos.

Las investigaciones filosóficas revelan la lógica del conocimiento en la esfera de las ciencias naturales merced a la *generalización* de los datos que ofrecen las disciplinas especiales.

Esta orientación, comprobada por la experiencia de la labor filosófica, mantiene en general su significación en nuestros días. Sin embargo, aquí hay que subrayar ciertos elementos nuevos. La fórmula "La filosofía generaliza el conocimiento en la esfera de las ciencias naturales" es justa, pero insuficiente en cierta medida para la continua elaboración de la metodología del conocimiento científico, ya que se puede entenderlo como llamamiento a la filosofía para que ésta se limite a seguir a las ciencias naturales en proceso de desarrollo. Lo importante es que las investigaciones metodológicas de los naturalistas y los filósofos sean más eficaces y que, cuando sea necesario, adelanten a las investigaciones especiales.

Esto suscita la necesidad de profundizar y concretar el análisis de los cambios que experimentan ahora las bases gnoseológicas, metodológicas y filosóficas de la ciencia y el papel de la dialéctica materialista en la síntesis del nuevo panorama científico del mundo. Por otra parte, surge la necesidad de seguir desarrollando la dialéctica materialista como método de pensamiento científico y teórico. En ello reside la misión fundamental de las investigaciones para lograr la síntesis filosófica del impetuoso progreso de las ciencias naturales y sociales, que, como se ha hecho constar en el XXIV Congreso del PCUS, se acercan ahora más que nunca las unas a las otras.

Hace 10-15 años, la investigación de los problemas filosóficos de las ciencias naturales se reducía más que nada a la interpretación de las teorías científicas ya conocidas y reconocidas, a la aclaración de su lugar en el sistema del conocimiento y de la significación filosófica de las mismas. Se prestaba mucha atención, en particular, al análisis de las teorías fundamentales de la física moderna: la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad. En este dominio se han logrado resultados ponderables. Se han investigado las bases materialistas dialécticas de la concepción de las principales teorías de las ciencias naturales. En el curso de estas investigaciones han sido igualmente concretadas ciertas categorías de la dialéctica.

En los últimos años, el carácter de las investigaciones sobre problemas filosóficos de las ciencias naturales contemporáneas ha cambiado notablemente. Los rasgos fundamentales de la etapa actual del desarrollo de dichas investigaciones pueden resumirse de la siguiente manera:

1. Prosigue el análisis profundo de las teorías existentes y confirmadas en la práctica, se estudian los principios de su estructura y sus conceptos principales. A la par con las teorías físicas fundamentales se ha comenzado a estudiar intensamente los aspectos filosóficos de las teorías de otras ciencias: la biología (por ejemplo, el grado actual de desarrollo de la teoría darvinista de la evolución), la cosmología relativista, etc.

2. Sale cada vez más a primer plano la problemática a la que en el pasado se prestaba poca atención: problemas gnoseológicos, metodológicos y lógicos de la búsqueda científica y del devenir de las nuevas ideas, teorías y métodos de las ciencias naturales. Con tal motivo se atribuye particular importancia a la problemática filosófica de las ciencias que se hallan "en primera línea" de las ciencias naturales contemporáneas: la física de las partículas elementales, la astrofísica, la biología molecular, etc. La misión de la pronosticación metodológica de las vías del devenir de la lógica

misma de la teoría científica no es, desde luego, predecir los descubrimientos concretos, los hechos o las interpretaciones teóricas de los mismos. Semejantes intentos por parte de los filósofos no significarían más que la continuación del estéril enfoque propio de la filosofía de la naturaleza. El sentido racional de la pronosticación metodológica va ligado a la revelación de los rasgos determinantes del estilo de pensamiento de las ciencias naturales contemporáneas, a la discusión de las perspectivas de la evolución en un futuro visible de enfoques metodológicos típicos de la ciencia contemporánea, como la discreción de las esencias continuas, el empleo de métodos de formalización en las investigaciones de procesos y fenómenos de distinta naturaleza, el desarrollo de las formas de determinación dimanantes de la teoría de probabilidades, etc.

Por consiguiente, las investigaciones sobre problemas filosóficos de las ciencias naturales contribuyen de modo cada vez más claro al devenir de lo nuevo en la ciencia, al progreso en ella de las tendencias generalizadoras y sintetizadoras, a la elección de las direcciones que ofrecen mejores perspectivas a las investigaciones. Al propio tiempo, hacen un determinado aporte a la investigación de la teoría de la dialéctica materialista.

3. La solución constructiva y positiva de los problemas filosóficos y metodológicos de las ciencias naturales contemporáneas ha imprimido un carácter mucho más argumentado a la crítica de las corrientes idealistas modernas en la filosofía. Si bien antes las cosas solían terminar con un análisis crítico de unas u otras citas, ahora han aparecido numerosos trabajos con análisis detallado y, por lo común, mucho más profundo de las interpretaciones neopositivistas, neotomistas, etc., de las teorías científicas fundamentales y de los problemas generales de las ciencias naturales en lo tocante a las relaciones recíprocas de éstas con la filosofía. En dichos trabajos se ponen al descubierto los rasgos efectivos del progreso de la ciencia contemporánea, en cuya exageración especulan los idealistas. La crítica de las concepciones idealistas no es un fin en sí, sino que va acompañada de la solución de los correspondientes problemas sobre la base de la dialéctica materialista.

4. Se registran cambios también en las formas de colaboración entre naturalistas y filósofos. El simple intercambio de opiniones sobre problemas filosóficos cardinales de las ciencias naturales, predominante en los años anteriores, ha cedido lugar a la investigación conjunta de tales problemas. Ello se refleja en los simposios y las conferencias que son ahora una forma permanente de este trabajo conjunto, como asimismo en la publicación de trabajos colectivos sobre todos los problemas filosóficos fundamentales de las cien-

cias naturales contemporáneas, y no sobre unos u otros problemas aislados. En dichos trabajos toman parte regularmente, y no en forma esporádica, a la par con los filósofos, muchos naturalistas eminentes de la URSS.

Estas peculiaridades de la etapa contemporánea del estudio de estos problemas se han manifestado también en las labores de la Segunda Conferencia de la Unión Soviética sobre problemas filosóficos de las ciencias naturales consagrada al centenario del nacimiento de Lenin, celebrada en diciembre de 1970. De valorar la significación de la Conferencia por sus proporciones, cabe decir que fue algo así como un congreso de filósofos y naturalistas: participaron en ella más de 700 filósofos y naturalistas soviéticos, así como de otros varios países, tanto socialistas como capitalistas.

La Segunda Conferencia fue más constructiva que la anterior, ya que no centró su atención en discusiones sobre el pasado, sino en las dedicadas al porvenir, a las nuevas corrientes científicas, a los problemas de la lógica de la búsqueda científica.

La lógica de la búsqueda científica está llamada a hacer un aporte sustancial al estudio de las direcciones estratégicas del sucesivo progreso de la ciencia, a la definición de los objetivos más generales de tal progreso. De suyo se entiende que las vías concretas de la búsqueda científica en una u otra ciencia las trazan, ante todo, los propios especialistas de cada rama concreta del saber. No obstante, ciertas recomendaciones generales en la esfera de la estrategia de la ciencia pueden obtenerse también mediante el planteamiento metodológico unido al análisis de los problemas económicos y sociales relacionados con la formación de nuevas corrientes científicas.

Se considera que el líder de las ciencias naturales contemporáneas es la física. Esa situación preponderante de la física se debe a que trata las unidades y propiedades "de partida", fundamentales, de la materia, así como a que ha llegado al más alto grado de organización del saber, y las peculiaridades básicas de la estructura del saber se expresan en ella con mayor relieve. En virtud de ello, el estilo de pensamiento plasmado en la física ejerce un efecto determinante en el estilo general del pensamiento en las ciencias naturales. El progreso de la física contemporánea ha hecho que se planteen numerosos problemas fundamentales. Por eso es natural que llame la atención de los hombres de ciencia el problema del lugar de la física, de sus ideas y métodos, en el sistema general de las ciencias. El progreso actual de la química y de todo el conjunto de las ciencias biológicas es inconcebible al margen de su relación con el progreso de la física. Esta es la razón de que se plantee

el problema múltiple de la investigación de las relaciones recíprocas y la condicionalidad mutua de los distintos niveles del conocimiento de la naturaleza.

La creación y el desarrollo de la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica han ejercido un efecto colosal en toda nuestra concepción del mundo, en toda la metodología científica. Estos cambios ocurridos en nuestra visión del mundo no vienen determinados sólo por las consecuencias científico-técnicas de la aplicación de las ideas relativistas y cuánticas (la energía nuclear, la electrónica, etc.). La creación de la física moderna ha ido acompañada de cambios en las bases mismas de nuestras concepciones en el dominio de las ciencias naturales, de cambios en las formas lógicas de estructuración de los conocimientos. Al analizar la revolución en la física a fines del siglo XIX y principios del XX, Lenin subrayó que la principal peculiaridad y necesidad de las transformaciones en la física era su conquista por el espíritu dialéctico. Y precisamente la dialéctica materialista determina los fundamentos del pensamiento físico y, en general, de todas las ciencias naturales de nuestra época.

La teoría de la relatividad ha hecho cambiar sustancialmente nuestras nociones acerca de las formas fundamentales de existencia de la materia: el espacio y el tiempo. Se ha acabado para siempre con las nociones prioristicas del espacio y del tiempo. Se ha revelado la interconexión orgánica interna y la interdependencia de las propiedades del espacio y del tiempo, se ha visto que vienen condicionados por la naturaleza del movimiento físico.

La elaboración de la teoría cuántica ha permitido ver la naturaleza dialéctica de las principales categorías de la ciencia. En primer término, esto se refiere a las categorías de la causalidad y la contradicción. La síntesis de las ideas, que antes parecían incompatibles, de la causalidad y las conexiones fundamentales y probabilistas cuánticas es una prueba brillante de que el espíritu de la dialéctica se ha apoderado de la física. La doctrina actual de la causalidad es más universal y profunda. Incluye orgánicamente la idea de la probabilidad. La comprensión de la naturaleza de las nociones basadas en la teoría de probabilidades se ha logrado mediante la aplicación y el desarrollo de categorías de la dialéctica, como la necesidad y la casualidad, la posibilidad y la realidad, etc.

La mecánica cuántica ha llevado al progreso del atomismo como ciencia de los principios de la organización estructural de la materia. El atomismo físico contemporáneo ha superado la rígida y absoluta contraposición de los principios discontinuo y continuo

en la estructura del mundo material. La mecánica cuántica ha hecho realidad la idea de la síntesis de estos principios básicos en las nociones de partida acerca de la estructura de la materia, la idea de la síntesis de las concepciones corpusculares y ondulares.

En el presente se puede decir con toda seguridad que la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica han sido asimiladas con suficiente plenitud por nuestra concepción del mundo. Las ideas fundamentales de estas teorías constituyen la esencia del estilo moderno del pensamiento físico. Al propio tiempo, cabe observar que nuestra actitud actual hacia dichas teorías debe consistir, en lo fundamental, en tratar de que dichas doctrinas tengan herederos teóricos legítimos y todavía más grandiosos. Como señalaba A. Einstein, el gran destino de las teorías físicas consiste en descubrir el camino de nuevas teorías científicas todavía más generales. En este sentido, adquiere primordial importancia la continuación de las investigaciones sobre las regularidades del desarrollo del conocimiento científico, manifestadas tan fructíferamente en el curso del estudio de la teoría cuántica. Nos referimos a las investigaciones sobre el principio de la correspondencia. Precisamente el principio de la correspondencia expresa la naturaleza dialéctica de las leyes y regularidades objetivas del desarrollo del conocimiento mismo, que incluye la profunda continuidad interna y la renovación cardinal en la esencia misma de los conocimientos físicos en desarrollo (y no sólo físicos, pues esta regularidad reviste un carácter más general, como lo han probado las investigaciones de los últimos años).

Adquiere actualidad el análisis metodológico a fondo de todos los aspectos de la física, tomada como "modelo" o "modelo ideal" de toda teoría contemporánea de las ciencias naturales. El papel decisivo de la física en la creación de las condiciones para el impetuoso progreso de casi todas las demás ramas de la ciencia y la técnica viene condicionado, por lo visto, en medida considerable, tanto por su refinada técnica experimental como por sus principios metodológicos, que poseen una gran significación filosófica para las demás disciplinas científicas y técnicas. Plantea este problema gnoseológico de gran interés de modo cada vez más agudo el propio desarrollo del conocimiento físico y, digamos, biológico, moderno.

Hay que señalar que la presente revolución científico-técnica presenta al desarrollo de todo el conjunto de las disciplinas biológicas nuevas exigencias, extraordinariamente grandes. La biología está experimentando ahora un período de profundos e intensos cambios. Crece en flecha también el papel de la biología en la vida

de la sociedad. Con frecuencia se califica todo eso de nuevo período de desarrollo revolucionario en la biología. Es más, ahora se suele hablar incluso de que está comenzando el "siglo de la biología". En cierta medida, semejantes apreciaciones son justas, principalmente en el sentido de que la biología se va erigiendo en ciencia exacta y de que sus nuevos descubrimientos aumentan verticalmente su influencia directa en la vida de la sociedad. Esto se expresa tanto en la ampliación del papel de la biología en la producción como en las nuevas perspectivas que brinda para la prolongación de la actividad vital humana, para la lucha contra las enfermedades hereditarias, para la adaptación al medio ambiente en las investigaciones del Cosmos y para el aprovechamiento global de nuestro planeta. En consonancia con todo eso crece también aún más la significación de las investigaciones en esta esfera para la formación de las bases naturalistas de la filosofía.

Las ciencias de lo vivo se hallan en vísperas de formular los principios generales de la biología teórica. A medida que se desarrolla el conjunto de ciencias biológicas se revela con fuerza creciente la necesidad de estructurar un sistema teórico armónico del saber.

Por eso se comprende que también en la biología es ahora particularmente grande la necesidad de investigaciones filosóficas, como suele ocurrir siempre en períodos de cambios revolucionarios en la ciencia.

Estas investigaciones se concentran en torno a conocidos problemas cardinales, conocidos, pero estudiados ahora de modo nuevo, de las ciencias que tratan de la vida orgánica: de organización de lo vivo, de su funcionamiento y desarrollo, sobre todo en torno a los problemas de la parte y del todo. Hasta hace poco tiempo, estos últimos se investigaban preferentemente por la vía del análisis, del desmembramiento del todo orgánico hasta llegar a los detalles más pequeños de las estructuras y las interacciones moleculares. Los famosos descubrimientos que atraen ahora la atención general hacia las ciencias de la vida han sido hechos en los últimos dos decenios en la vía de la aplicación de las nuevas ideas de la física, la química y la cibernética precisamente en el dominio de la "biología molecular". La fecundidad de estos planteamientos y métodos, conocidos en filosofía como métodos de análisis y denominados ahora con frecuencia "reduccionismo" por los biólogos, no deja lugar a dudas. Pero los propios investigadores de objetos de organización compleja, como los organismos vivos y las distintas agrupaciones y sistemas supraorgánicos, tropiezan con frecuencia cada vez mayor con la necesidad de añadir a los plantea-

mientos analíticos otros opuestos, denominados investigaciones "en sistema" o "integradoras". La base de estas últimas es el afán de investigar objetos de organización compleja en la unidad contradictoria de la integridad y el desmembramiento, y no como simples "objetos íntegros". Y, visto que la organización compleja surge y se perfecciona en el curso de un determinado proceso histórico, la organización biológica lleva la impronta de una larga historia de adaptación al medio ambiente tanto en sus caracteres concretos como en las interacciones internas de las partes, para conocer las bases de la organización íntegra y, a la vez, desmembrada de modo complejo, se ha hecho necesario volver a prestar mayor atención a los aspectos del desarrollo de los sistemas vivos a todos los niveles, comenzando por las interacciones intermoleculares en la célula y terminando por los sistemas supraorgánicos, como las especies, las biogeocenosis y la biosfera.

Está claro que la misión fundamental de la labor filosófica en este terreno debe consistir en formular concretamente y explicar todos los aspectos de los nuevos planteamientos, principios y conceptos capaces de ayudar mejor que nada a agrupar y desarrollar las mencionadas tendencias fundamentales de la investigación biológica contemporánea.

Con tal motivo es preciso seguir estudiando el problema de las relaciones recíprocas entre la física y la biología, problema de cuya solución acertada depende en muchos aspectos la elección de toda una serie de direcciones muy importantes de las investigaciones en las dos ciencias. Los éxitos de la biología molecular de los últimos años han echado por la borda para siempre las rígidas fronteras interdisciplinarias que se creaban a lo largo de los siglos. No obstante, en el plano metodológico, este problema requiere todavía profundas y capitales investigaciones teóricas. ¿Acaso son suficientes los principios fundamentales ya conocidos de la física moderna (preferentemente cuántica) para construir en un futuro próximo una biología teórica armónica pronosticadora y prácticamente segura? ¿No sería necesario añadir a estos principios algunos sustancialmente nuevos, que reflejen el carácter específico cualitativo de los fenómenos de la vida? En ese caso es indispensable desplegar en los próximos años profundas investigaciones metodológicas para buscar y formular tales principios.

Debe prestarse mucha atención al problema de la correlación entre lo biológico y lo social en el hombre, al problema de la antropogénesis. La actualidad de esa problemática no viene condicionada sólo por los éxitos y los nuevos problemas de la genética del hombre, sino también por las especulaciones reaccionarias sur-

gidas en varios países occidentales al hacerse intentos de resucitar las construcciones reaccionarias "eugénicas".

Debe prestarse mucha atención a los problemas filosóficos de la teoría evolucionaria contemporánea y, en particular, a los problemas relacionados con la interconexión de la teoría materialista dialéctica del desarrollo y los nuevos adelantos y problemas de la teoría evolucionista.

Es preciso reforzar la crítica de las distintas interpretaciones reaccionarias idealistas de las realizaciones y los problemas de la biología que se registran en la filosofía de la biología en los países capitalistas.

Adquiere significación metodológica fundamental ahora el problema de la interacción del hombre y el medio ambiente, problema que es en la actualidad objeto de la más aguda lucha ideológica.

Guiándose por el ideal humanista del comunismo científico, nuestro partido ha subrayado en las Directrices de su XXIV Congreso toda la importancia del incesante reforzamiento de las medidas de protección de la naturaleza.

El medio ambiente natural en la sociedad socialista es una riqueza que pertenece a todo el pueblo. En la sociedad soviética no existen capas sociales que puedan explotar en beneficio de sus intereses egoístas las riquezas naturales. Tanto más son intolerables los distintos casos de negligencia en el cuidado de los bosques, los ríos y los campos de la URSS. En los materiales del XXIV Congreso del PCUS se hace constar la necesidad de desarrollar la economía social sobre bases científicas y técnicas de tal manera que la generación actual y las futuras puedan disfrutar de todas las riquezas de la biosfera.

Semejante planteamiento denuncia resueltamente las especulaciones pesimistas de ciertos teóricos occidentales acerca de que el progreso tecnocientífico destruye fatalmente la biosfera, que ya en la actualidad ha sido estropeado irreparablemente el medio ambiente natural, etc. Lo que ejerce un efecto nefasto en la naturaleza es el juego de las fuerzas ciegas de la competencia capitalista, y no la técnica de por sí. La interacción de la sociedad y la naturaleza es un problema más que nada social. Sin embargo, es importante recalcar los aspectos metodológicos relacionados con él.

Partiendo de los principios dialécticos de la interacción del hombre y la naturaleza que éste transforma, la sociedad soviética planificada logrará la armonización de sus vínculos con la naturaleza. Este importante proceso, como es lógico, se reforzará radicalmente después de que se liquiden a escala mundial las conse-

cuencias del sistema de economía basado en la propiedad privada, que repercuten negativamente en la sociedad y la naturaleza.

Surge un vasto círculo de problemas en la línea de contacto de las investigaciones cibernéticas y las filosóficas. Trátase, ante todo, de la comprensión filosófica de los nuevos principios y conceptos que la cibernética ha llevado a la ciencia.

Los éxitos, logrados en la descripción cuantitativa de tales fenómenos como la información y la gestión, no suprimen la necesidad de análisis cualitativo de los mismos. Los conceptos "información" y "gestión", que iban asociados sólo a la actividad consciente del hombre, se han extendido, merced a la cibernética, a todos los procesos de información y gestión. La investigación científica de los sistemas funcionales admite análoga aplicación, en un determinado sentido, de los conceptos "proporcionalidad", "conveniencia", "optimización", etc., que reflejan el carácter objetivo de la conducta orientada de todos los sistemas funcionales.

El papel de las investigaciones filosóficas de los mencionados conceptos es indudable y hay que ampliarlas maximamente, teniendo en cuenta que con eso se enriquecerá el propio materialismo dialéctico, puntualizándose la definición de sus categorías.

Es muy importante el empleo de los principios y conceptos fundamentales de la cibernética y la teoría de la información en el continuo desarrollo de la teoría marxista-leninista del reflejo. Hace más de 60 años, Lenin planteó la tarea de investigar de qué manera la materia, aparentemente desprovista de toda capacidad sensitiva, entra en relación con la materia, integrada por los mismos átomos (o electrones) y, a la vez, dotada de una manifiesta capacidad sensitiva. En la solución de ese complejo problema científico ocupa un lugar prominente el planteamiento cibernético del estudio de la vida y la mentalidad, perteneciendo el papel metodológico orientador a las tesis de la teoría del reflejo formulada por Lenin.

El análisis filosófico de los principios y conceptos fundamentales de la cibernética crea una importante premisa para el estudio de la génesis y el mecanismo del reflejo activo, para la investigación de la esencia del salto cualitativo hacia la actividad creadora del hombre, la actividad de los sistemas sociales, para la solución del problema de lo ideal, punto principal de la lucha entre el materialismo y el idealismo.

Como resultado de la síntesis de los adelantos logrados por la cibernética se han revelado las vías de enriquecimiento de varias categorías de la filosofía, como, digamos, la causa y el efecto (se ha revelado, por ejemplo, una forma especial de la causalidad, como la perteneciente a la información), el objetivo y la conveniencia

(esta noción se ha extendido más allá de la esfera social), el reflejo (en el sentido de la actividad del reflejo relacionado con los conceptos de información y gestión), etc. Se han logrado nuevos argumentos en favor del principio de la unidad material del mundo, de que todos los fenómenos se hallan condicionados recíprocamente y en interconexión, en favor del principio del desarrollo, etc. La cibernética ha dado un impulso particularmente grande al progreso de la problemática lógico-gnoseológica de la filosofía. De resultas, han adquirido intenso desarrollo los problemas de la formalización del saber, los problemas semióticos, los de la teoría de la documentación e información científica, de tratamiento, almacenamiento y transmisión de información en las fases sensoria y teórica del conocimiento, etc.

Finalmente hay que hacer constar que han tenido lugar los primeros intentos de aplicar métodos de la cibernética y la teoría de la información a la gnoseología y la lógica.

En el presente, ante nuestra sociedad se plantean complejos y difíciles problemas de dirección de grandes sistemas en la economía, la producción y la ciencia. ¿Qué lugar le corresponde al hombre en un sistema tan complejo como "la naturaleza, el hombre y la técnica"? Es un problema filosófico y social muy importante y puede resolverse sobre la base del materialismo dialéctico e histórico y los datos de las ciencias técnicas y naturales de nuestra época.

Los acuerdos del XXIV Congreso del PCUS orientan a los filósofos y sociólogos soviéticos ocupados en la esfera de los problemas filosóficos de la cibernética hacia el análisis de los procesos de información y gestión en el ambiente creado por la revolución tecnocientífica, hacia la preparación de los correspondientes trabajos en la esfera de la aplicación de los métodos cibernéticos a la esfera de la gestión de la sociedad y la interacción de ésta con la naturaleza.

En la fase contemporánea de la revolución tecnocientífica se ha manifestado ya bien claramente la contradicción propia de la labor en el dominio de la información. La humanidad se ve ante el dilema: limitar la producción de información científica (lo que supone un freno para el progreso histórico) o proseguir el crecimiento progresivo de dicha información ya en ausencia de crecimiento exponencial de los gastos materiales en la ciencia y de crecimiento exponencial del número de hombres de ciencia.

En los próximos decenios, uno de los problemas agudos consistirá en asegurar la información, en proceso de crecimiento ilimitado, para que el hombre pueda orientarse en el medio ambiente artificial y natural cada vez más complejo, siendo limitados o, en

todo caso, creciendo mucho menos intensamente que el volumen de información, los recursos materiales o humanos en la esfera de la ciencia. Ese problema sólo tiene solución por la vía de la elevación de la eficacia de la labor creadora.

Un camino importante de semejante elevación de la eficacia del trabajo científico guarda relación con la tendencia objetiva a la síntesis de los conocimientos. Esta tendencia es una de las más importantes leyes objetivas del funcionamiento de la ciencia contemporánea. Al procederse a la investigación filosófica de dicha ley es importante tener en cuenta el crecimiento progresivo de los elementos de la síntesis de los conocimientos.

En el sentido metodológico cabe destacar los distintos niveles y caminos de integración de las ciencias.

El primer camino de la síntesis de los conocimientos y, hablando con rigor, su primer nivel va unido al reforzamiento de los nexos interdisciplinarios, al progreso de la interacción de las ciencias y a la tendencia al enriquecimiento recíproco de los métodos de investigación de las distintas esferas del conocimiento científico. En el fomento de este aspecto de la síntesis de los conocimientos se cumple el genial pronóstico metodológico de Engels acerca de que cabe esperar importantes resultados científicos en las líneas de contacto entre las ciencias tradicionales: entre la física y la química, la química y la biología, etc.

Constituye un aspecto esencial de este proceso el traslado de la información de una esfera del saber a otra, traslado que adquiere creciente significación, aunque también la haya tenido antes. Así, por ejemplo, una de las grandes leyes de la ciencia –la ley de la conservación y la transformación de la energía– fue descubierta por el médico R. Mayer, al extender a la física la información biológica acerca de determinados índices de la sangre. Hoy disponemos de muchos ejemplos de semejante unión sintética de los más apartados dominios de la información. No es menos valioso el intercambio de procedimientos metodológicos de las distintas ciencias.

La segunda dirección de la síntesis intracientífica del saber es la forma moderna de enfoque integral en el conocimiento científico, relacionado con el método del análisis formalizado de los fenómenos de los más distintos géneros, que ha adquirido ahora colosal significación. Progresan las corrientes científicas que describen los fenómenos, independientemente de su contenido material. Así, ya en los trabajos de partida de la cibernética se ha mostrado la importancia de la abstracción respecto de las peculiaridades de los distintos mecanismos que funcionan con arreglo a un principio común en sistemas heterogéneos. Partiendo de nociones sistemático-

estructurales extensivas a los más diversos dominios, se refuerza la tendencia a la síntesis de los conocimientos sobre sistemas de todo género.

En la actualidad, este enfoque de los fenómenos brinda ricas perspectivas en el terreno del conocimiento de los más complejos objetos de estudio de la ciencia: los fenómenos sociales.

Finalmente, el tercer grupo de procedimientos de la síntesis del conocimiento guarda relación con el reforzamiento de la significación metodológica de la teoría física en todo el proceso cognoscitivo. La física caracteriza los procesos más profundos del mundo material, respecto de los cuales, diríase, se adaptan todos los demás procesos de la naturaleza. Con tal motivo surge la pregunta de si no se puede, en el pensamiento teórico, deducir los tránsitos de las regularidades físicas fundamentales a las regularidades que presiden las reacciones químicas, los procesos estudiados por las ciencias de la Tierra y, finalmente, a las regularidades de los sistemas vivos, reproduciendo el movimiento que parte de lo inferior para ir a lo superior.

Como se sabe, en los últimos años se han hecho ciertas tentativas en este sentido. Hay motivos para estimar que en la ciencia moderna se perfila ya la tendencia a la aplicación de las leyes de la física a las ciencias naturales. ¿Hasta dónde se extenderá esta tendencia? Es uno de los problemas metodológicos más interesantes y, a la vez, más difíciles del conocimiento científico contemporáneo. Cabe subrayar que, sea cual fuere el carácter que adquiera la contestación a esta pregunta, la tendencia a la aplicación de las leyes de la física a más y más esferas de las ciencias naturales es fructífera tanto para todas las disciplinas científicas como para la propia física, obligándola a modificarse, a desarrollarse y a sintetizarse de acuerdo con la necesidad de conocer lo vivo, de conocer los procesos planetarios y cósmicos. Es muy importante subrayar el creciente papel de la determinación de los procesos naturales al nivel físico. En el sentido metodológico irá en ascenso la significación de la física de los procesos químicos, la física de la biosfera y la física de lo vivo. Se elevará el nivel teórico general de todas las esferas de la ciencia, en cuyo despliegue el líder será indiscutiblemente la física.

Debemos prestar cada vez más atención a la tendencia a la síntesis de las ciencias naturales con las sociales. El propio estudio de la ciencia como gran sistema sintetizador da lugar a la aparición de varias disciplinas científicas especiales, en las que el lugar central corresponde precisamente a los problemas relacionados con la estructura de la ciencia, con los métodos de adquisición y trata-

miento de la información, con el análisis de las peculiaridades del hombre en tanto que sujeto del conocimiento científico. El hombre ya no está en condiciones de fomentar al estilo viejo, "a mano", el conocimiento científico. Necesita más y más máquinas que le sirvan de ayudantes "inteligentes", y para tal fin debe estudiarse cada vez más a sí mismo. Por otra parte, las ciencias naturales también van dejando de ser ciencias dedicadas al estudio del mundo exterior como algo opuesto al hombre y sólo contemplado pasivamente por éste. Están sentándose las bases de una nueva y grandiosa síntesis de los conocimientos, cuyos contornos trazó Marx con extraordinaria precisión: "En lo posterior, las ciencias naturales incluirán la ciencia del hombre en la misma medida en la que la ciencia del hombre incluirá las ciencias naturales: será *una* misma ciencia"[15].

En el proceso de aproximación de las ciencias naturales y las sociales se eleva considerablemente el nivel teórico general de todos los apartados y ramas de la ciencia. Las disciplinas científicas que aún hace poco tenían un carácter preferentemente descriptivo van adquiriendo una profundidad teórica cada vez mayor, con lo cual crece la necesidad de su argumentación filosófica.

En el crecimiento de los elementos de integración de las diversas disciplinas científicas es grande el papel sintetizador de la filosofía materialista dialéctica como metodología general de todo el proceso de conocimiento. Vista la gran actualidad de los problemas de la síntesis de las ciencias, los mecanismos de interacción de la filosofía con las ciencias especiales, desde el ángulo del papel integrador de la filosofía, adquieren nuevos caracteres que deben estudiarse más a fondo.

Enriquecida con la experiencia histórica del progreso del conocimiento, puesta la vista en el porvenir, la filosofía integral del materialismo dialéctico asegura, en unidad con todas las ciencias concretas, la síntesis metodológica del conocimiento científico contemporáneo, es decir, la unificación de todos los dominios de la ciencia bajo la égida del método de la dialéctica materialista en constante proceso de desarrollo creador y universal.

La garantía del continuo y feliz progreso del conocimiento científico consiste en que tanto los filósofos como los naturalistas y los sociólogos de los países socialistas, lo mismo que los científicos de vanguardia de los países burgueses, coadyuvan activamente al reforzamiento de esta alianza creadora que Lenin nos dejó en herencia.

---

[15] C. Marx y F. Engels. *De las obras tempranas*, ed. en ruso, Moscú, 1956, pág. 596.

La dialéctica del desarrollo social

La filosofía del marxismo ha unido las ciencias de la naturaleza con las de la sociedad. La dialéctica materialista, además de servir de método general de las ciencias naturales y las sociales, es un medio eficaz de conexión entre las mismas, es un instrumento seguro de ejercicio de su interacción. Ello responde a las tendencias objetivas del conocimiento contemporáneo, que rechaza todo intento de oponer las ciencias naturales a las sociales.

En el terreno del materialismo histórico hay que señalar valiosas investigaciones dedicadas al devenir y al progreso de la sociedad socialista y de la formación comunista considerada en conjunto. Se analizan el carácter de las contradicciones y las regularidades de nuestra época, así como el proceso dialéctico de la transformación revolucionaria del capitalismo en socialismo. Ha adquirido primordial significación el problema de la *acción de las leyes objetivas del desarrollo social bajo el socialismo y el comunismo.* Sin la correcta solución de este problema resulta inconcebible la investigación científica de las regularidades objetivas fundamentales del desarrollo económico, político y cultural del socialismo y de su transformación en comunismo[16]. Los filósofos soviéticos han hecho un aporte teórico notable, en colaboración con otros sociólogos, a la generalización de la experiencia del desarrollo no capitalista de países que antes eran atrasados, se han puesto al descubierto las regularidades fundamentales del paso de varios pueblos de la URSS del atraso medieval, soslayando el capitalismo, al progreso socialista.

Uno de los problemas más importantes de la construcción del comunismo, que ha sido objeto de investigación de los filósofos y

---

[16] Véanse: *Del socialismo al comunismo* (1962); *La gran carta de los partidos comunistas y obreros* (1962); *Del Estado socialista a la autogestión social comunista* (1961); *La construcción del comunismo y el proceso revolucionario mundial* (1966); *La construcción del comunismo y el desarrollo de las relaciones sociales* (1966); *La construcción del comunismo y el mundo espiritual del hombre* (1966); *La formación de las relaciones sociales comunistas* (Alma-Atá, 1964); *Los cambios sociales en la clase obrera de Bielorrusia en el proceso de la construcción del comunismo* (Minsk, 1965); *El florecimiento de las naciones socialistas y su aproximación* (Tashkent, 1967); *Ensayos sobre el desarrollo de la organización estatal de las repúblicas soviéticas del Báltico* (1940-1965) (Tallinn, 1965); *De las relaciones de producción socialistas a las comunistas* (1966); *Las regularidades objetivas económicas del desarrollo del socialismo hasta transformarse en comunismo* (1967); *Crecimiento del papel dirigente del PCUS en el periodo de la construcción del comunismo* (1968); *La dialéctica de la construcción del comunismo* (1968).

sociólogos, es el del desarrollo continuo de las naciones socialistas, de su aproximación recíproca, de la educación de los hombres en el espíritu del internacionalismo socialista.

En los últimos años se ha ampliado el estudio de los problemas de ética, estética y ateísmo científico[17].

En el centro de todas las investigaciones de los fenómenos sociales y espirituales se encuentran los problemas del hombre, los del desarrollo universal del individuo.

Los críticos del marxismo han creado el mito de que los comunistas niegan la libertad del individuo y disuelven al hombre en la masa impersonal. En realidad, estos críticos hablan del hombre abstracto, del hombre en general, fuera de las condiciones reales de su existencia.

En oposición a la concepción burguesa, que reduce el problema del individuo a la libertad de "los escogidos", el marxismo une la liberación del individuo a la supresión de la explotación del hombre por el hombre y de las clases explotadoras.

En varias investigaciones se prueba de modo convincente que el comunismo es el florecimiento supremo del género humano y de la personalidad humana[18].

Un hecho positivo es el avance de las investigaciones sociológicas concretas, aunque en su organización no faltan errores y deficiencias. Los marxistas no ven en la sociología una ciencia de ciencias especial, que se erija por encima de todas las investigaciones sociales y esté separada de las partes integrantes del marxismo-leninismo: de la filosofía, la economía política y el comunismo científico. El contenido teórico de la sociología es el materialismo

---

[17] Véanse: *Ensayos de estética marxista-leninista* (2ª ed., 1960); *Historia de la estética* en 5 tomos (1962-1969); *Problemas de ética* (1964); *Fundamentos del ateismo científico* (3ª ed., 1964); *Problemas filosóficos del ateismo* (1963); *Problemas del ateismo científico*, fascículos 1-9 (1966-1970); *Problemas de estética marxista-leninista* (1964); *Estética marxista-leninista* (1966); *Crítica de las corrientes fundamentales de la estética burguesa contemporánea* (1968); *C. Marx y los problemas actuales de la estética y la historia y crítica de la literatura* (1969); *Historia del libre pensamiento y del ateismo en Europa* (1966); *La ciencia contra la religión*, libros 1-2 (1967); *Problemas fundamentales del ateismo científico* (1968); *Los principios éticos del constructor del comunismo* (1965); *Problemas de la formación ética del individuo* (1967); *La herencia teórica de Lenin y ciertos problemas de ética marxiste* (1970).

[18] Véanse: *El hombre y la época* (1964); *El comunismo y el individuo* (1964); *Ascenso del nivel cultural y técnico de la clase obrera soviética* (1961); *La clase obrera y el progreso técnico* (1965); *Problemas de formación ética del individuo* (1967); *La colectividad y el individuo* (1968); *El hombre y la sociedad* (1969); *Problemas del individuo*, tomos 1-2 (1969-1970).

histórico, y las investigaciones sociológicas concretas son la aplicación del materialismo histórico al análisis de la vida social, de sus distintos aspectos y formas de manifestación.

Hay que reconocer que es muy oportuno el restablecimiento de la teoría del comunismo científico como esfera propia de investigación y enseñanza, lo cual ha contribuido indudablemente al estudio más profundo de los problemas de estrategia y táctica de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, de los problemas de la transformación revolucionaria de la sociedad sobre bases socialistas. Así, el carácter dialéctico de la época contemporánea y su dinamismo revolucionario se revelan de manera más concreta y circunstanciada.

En la actualidad va adquiriendo más y más vasta difusión la aplicación de la dialéctica materialista al análisis de los procesos del desarrollo social. Lenin reiteraba insistente que la época iniciada desde la primera guerra mundial y la Gran Revolución Socialista de Octubre brindaba una multitud extraordinaria de ejemplos de dialéctica.

El análisis materialista dialéctico de la época contemporánea, al igual que de cualquier otro fenómeno contradictorio en su esencia, exige, ante todo, que se la enfoque desde el ángulo de la unidad y la lucha de los contrarios. La lucha de los contrarios en el desarrollo mundial se manifiesta, en primer término, en la lucha entre los dos sistemas sociales opuestos: el capitalismo y el socialismo. Es la lucha de dos formaciones que existen simultáneamente, pero constituyen dos fases cualitativamente distintas del desarrollo histórico de la sociedad: su pasado y su porvenir. El contenido de clase de esta oposición a escala histórico-universal forma la contradicción entre el trabajo y el capital, entre la clase obrera y la burguesía. En el centro de la época contemporánea se hallan la clase obrera internacional y su realización de alcance histórico-universal: el sistema mundial del socialismo.

La lucha de los contrarios en los países capitalistas es una lucha intransigente entre las clases de los explotados y las de los explotadores. La lucha de clases es una ley de la vida de la sociedad capitalista. Los revisionistas niegan la posibilidad de aplicar la ley dialéctica de la lucha de los contrarios al capitalismo contemporáneo, niegan la lucha de clases y preconizan la teoría reformista burguesa de la "paz entre las clases". Sin embargo, a despecho de todas las aseveraciones, la lucha de clases en los países capitalistas no mengua, sino que se agrava cada vez más.

En el período de 1965-1969, el total de huelguistas en los países capitalistas desarrollados fue de 164 millones, y en el período com-

prendido entre 1970 y principios de 1974 ya llegó a 200 millones de personas.

En los distintos países capitalistas, la lucha de clases se despliega de modo desigual y no reviste formas idénticas. Por ejemplo, una prueba viva del progreso de la lucha política en Francia e Italia consiste en que la masa fundamental del proletariado vota en las elecciones en favor de los partidos comunistas. En los EE.UU., donde gobiernan alternativamente dos partidos burgueses, las oposiciones de clase en el frente político se manifiestan, por el momento, con mucha menos fuerza. Aquí la acción de la ley general de la lucha de clases tropieza con la mayor resistencia de los poderosos monopolios capitalistas, que disponen de inmensos medios de presión económica, política y espiritual sobre el proletariado y se valen con tales fines de la burocracia sindical y las capas superiores, económicamente más holgadas, de los obreros. No obstante, esta ley se va abriendo camino con creciente evidencia también en los EE.UU. Pese a que la burguesía norteamericana consigue, por el momento, aplastar la lucha política del proletariado y ofuscar la conciencia política de éste, no está en condiciones de ahogar la lucha económica de la clase obrera y de extirpar la creciente conciencia de esta última de que los intereses del trabajo y los del capital se hallan en pugna. Así lo prueban las gigantescas proporciones del movimiento huelguístico, que se extiende periódicamente a ramas enteras de la industria y hasta a varias ramas a escala de todo el país. Es sintomático el reciente e impetuoso movimiento en los EE.UU. contra la "guerra sucia" en el Vietnam y contra la desigualdad racial y la opresión de los negros.

El materialismo histórico enseña que, en la historia, no tienen importancia decisiva los acontecimientos pasajeros ni tampoco la conducta de unos u otros grupos de hombres, sino las cardinales fuerzas motrices sociales. Esa fuerza principal de nuestra época es la alianza de la clase obrera con el campesinado trabajador y las demás capas de trabajadores, base de la cohesión de todas las masas populares. Esta fuerza ha triunfado ya en los países del socialismo y se manifiesta más y más a escala mundial. En los países que luchan por la independencia nacional, contra el imperialismo y el neocolonialismo, contra la opresión feudal, se va formando un frente único antiimperialista y antifeudal de los obreros, campesinos, la pequeña burguesía urbana, una parte de la burguesía nacional y otros elementos patrióticos y democráticos. La fuerza milagrosa de la alianza de los obreros y los campesinos, de la alianza del proletariado con las grandes masas de la población crece también en los países imperialistas, en los que se agravan con intensidad cada vez

mayor las contradicciones entre la burguesía y la clase obrera, lo mismo que entre los monopolios y todas las capas del pueblo.

En la explicación de la época contemporánea sale a primer plano el análisis de las fuerzas motrices principales, las tendencias fundamentales del desarrollo social y las contradicciones y dificultades de dicho desarrollo con que tropiezan las fuerzas progresistas en la palestra mundial y en unos u otros países.

El análisis de los problemas económicos y políticos muestra que en la base del contradictorio proceso del desarrollo social contemporáneo siguen actuando las regularidades objetivas determinantes de nuestra época, que se distinguen por el continuo cambio de la correlación de las fuerzas en la arena mundial en favor del socialismo y en detrimento del capitalismo.

La tendencia general del avance de las fuerzas fundamentales contemporáneas en un período más largo se hace patente con ayuda de los datos siguientes. La producción industrial en los países del CAME en 1970 fue casi 6,8 veces superior a la de 1950, mientras que en los países capitalistas desarrollados no aumentó en más que 2,8 veces. Por tanto, el progreso económico confirma irrefutablemente las ventajas del sistema socialista y en eso se manifiesta la principal ley objetiva de nuestra época.

En los países del Oeste existen muchas concepciones sociológicas que rivalizan entre sí, pero que combaten juntas el marxismo y pretenden dar una interpretación científica de la época moderna. Estas concepciones pueden dividirse, en general, en dos variedades fundamentales: la teoría meliorista y la teoría del pesimismo social. Pertenecen a la primera las teorías de la "sociedad industrial", de la "modernización del mundo", de la "transformación del capitalismo" y del "neocapitalismo", que presentan el actual capitalismo monopolista de Estado como un nuevo sistema de organización social que se halla en la fase del devenir y desarrollo. Los teóricos del "capitalismo popular", del Estado "del bienestar general", de la sociedad "de consumo masivo" predican ideas optimistas acerca del porvenir del capitalismo, razonan acerca de cómo la sociedad burguesa se va transformando, con ayuda de la pacífica "revolución capitalista", en un régimen social sin clases, en el que desaparecen la explotación, la desigualdad social, la miseria y la discriminación de la personalidad humana. Los "optimistas" de ese género procuran mostrar que los ideales formulados por los teóricos del socialismo pueden hacerse realidad y se hacen realidad en los países capitalistas.

Es bastante típica de dichas concepciones la teoría de la "sociedad postindustrial" expuesta últimamente por varios sociólogos

burgueses. A juicio de un representante de dicha teoría, el sociólogo norteamericano D. Bell, "la sociedad industrial se dedica a la producción de mercancías, y en ese aspecto el capitalismo y el socialismo no son otra cosa que dos variantes de la sociedad industrial que se distinguen la una de la otra sólo por las relaciones de propiedad y los métodos de toma de decisión respecto de las inversiones. En cambio, la sociedad postindustrial se organiza en torno de la ciencia y de los conocimientos, y esto da lugar a nuevas relaciones sociales y nuevas estructuras que deben organizarse políticamente"[19]. En tal sociedad desaparecen las odiosas figuras del patrono, del businessman y del manager, y su lugar es ocupado por "hombres de ciencia, matemáticos, economistas y sociólogos, especialistas prácticos de la nueva "tecnología intelectual" que nace merced a las computadoras"[20]. Al propio tiempo Bell, como lo ha mostrado su informe en el Congreso Sociológico Internacional de Varna (1970), procura legalizar en esta "sociedad postindustrial" la existencia de las clases, aunque en una forma algo modificada.

Es evidente que en este caso se trata de una concepción francamente tecnocrática que procura poner al servicio del capitalismo las realizaciones de la actual revolución tecnocientífica, velar, a la vez, las contradicciones sociales más agudas del mismo y presentarlo como una sociedad basada en principios científicos.

Los representantes del pesimismo social no prometen "prosperidad" general. Al contrario, auguran la crisis de la "existencia humana", el fin de la "civilización técnica", el crepúsculo del progreso social. Procuran inculcar todo eso a las grandes masas de la población, convencerlas de que el desarrollo social no les ofrece nada bueno, que el porvenir será todavía más difícil que el presente.

No cuesta trabajo ver que las dos concepciones se complementan recíprocamente. Los melioristas despiertan falsas e ilusorias esperanzas; los pesimistas, el miedo ante el porvenir. Unos y otros desorientan a su manera la conciencia de las masas.

Algo así como un complemento y "conciliación" de estas concepciones aparentemente opuestas viene a ser la teoría de la "convergencia", según la cual el socialismo y el capitalismo avanzan el uno al encuentro del otro y han de fundirse en cierta fase sobre la base de la "sociedad industrial".

A todas estas teorías anticientíficas, que interpretan falsamente la época contemporánea, se opone la concepción materialista dialéc-

[19] D. Bell. *Die nachindustrielle Gesellschaft.* En el libro *Das 198. Jahrzehnt. Eine Team – Prognose für 1970 bis 1980.* Hamburg, 1970, S. 353.

[20] Idem, S. 352.

tica de la historia, que se asienta en la síntesis de los procesos históricos reales.

Es de suponer que ahora nadie pondrá en tela de juicio el que la propiedad privada sobre los medios de producción puede ser sustituida con la propiedad social y que semejante sustitución, como prueba la experiencia de los países socialistas, contribuye al ritmo, jamás visto en la historia, de fomento de la producción y a la superación en breves plazos históricos del atraso económico de los países heredado del pasado. Hasta los críticos del socialismo se ven forzados a reconocer indirectamente la indiscutibilidad de eso y la razón de la concepción materialista de la historia, cuando discurren acerca de la necesidad de la "economía mixta", es decir, reconocen que la propiedad privada sobre los medios de producción en el mundo contemporáneo no puede servir de base para la solución de los problemas candentes.

La revolución tecnocientífica de nuestros días confirma con creciente elocuencia la verdad vital de la concepción materialista de la historia, aunque los teóricos burgueses procuren probar que la interpretación marxista de la revolución tecnocientífica es injusta. Así, la revista germanooccidental *Osteuropa* asevera que "las transformaciones civilizadoras globales de los últimos decenios vienen condicionadas por las ciencias naturales y la técnica en grado incomparablemente mayor que por el proletariado o un determinado régimen social"[21]. Sin embargo, ahora ya nadie puede dudar de que los cambios efectivos en el fomento de las fuerzas productivas acarrean ineludiblemente transformaciones sociales, aunque los teóricos burgueses se esfuercen por restringir dichas transformaciones y reducirlas a pequeñas reformas. La revolución tecnocientífica contemporánea, es decir, la más reciente etapa del progreso de las fuerzas productivas prueba de modo convincente que el hombre puede, con ayuda de la ciencia y la técnica, crear la cantidad de bienes materiales suficiente para satisfacer las demandas normales de toda la población y las necesidades de la sociedad, siempre que la producción y la distribución estén organizadas racional y armónicamente.

Los teóricos del "capitalismo popular" han proclamado que la teoría marxista-leninista de la lucha de clases ha envejecido y le contraponen la teoría de la "estratificación social", según la cual la sociedad no consta de clases, sino de numerosos estratos, grupos y capas sociales, con la particularidad de que un mismo individuo

---

[21] A. Buchholz. *Über die Triebkräfte der wissenschaftlich-technischen Revolution.* – *"Osteuropa"*, 1970, N° 9, S. 596.

forma parte simultáneamente de varios grupos y estratos. Con arreglo a las aseveraciones de estos teóricos, la "movilidad social" lleva a la desaparición del proletariado, a la nivelación de las clases y, por tanto, a la desaparición de la base para toda lucha de clases.

No obstante, la realidad histórica se halla en evidente contradicción con estas afirmaciones. Millones de obreros agrupados en los sindicatos y otras organizaciones de masas sostienen una tenaz lucha contra la explotación capitalista, organizan prolongadas huelgas y se valen de todos los medios a su alcance para defender sus intereses. La estadística del movimiento huelguístico, los datos referentes a la lucha económica y política de la clase obrera de los países capitalistas muestran con toda elocuencia que la ley de la lucha de clases rige en la actualidad con mucha más fuerza que, digamos, hace 50 ó 100 años atrás. Desde luego, han cambiado las formas de lucha de clases, pero este mismo cambio es resultado del progreso del movimiento emancipador de las clases oprimidas y explotadas.

Los obreros de numerosos países capitalistas desarrollados han logrado, merced a su infatigable lucha contra el capital, cierto mejoramiento de las condiciones de su vida, aumento de los salarios, reducción de la jornada, jubilación, etc. El papel decisivo en ese proceso corresponde a la lucha de clases estimulada por los crecientes éxitos logrados por los trabajadores en los países socialistas gracias a la propiedad social sobre los medios de producción.

La lucha económica de la clase obrera se ha elevado actualmente a un nuevo peldaño, han aumentado sustancialmente sus proporciones: ahora ya no es simplemente el personal de una empresa el que lucha contra el patrono de la misma, contra un capitalista individual, sino que con creciente frecuencia es la clase proletaria la que se alza contra la clase capitalista.

En los últimos años, en el mundo capitalista se ha activado sensiblemente el movimiento obrero. Y no se trata sólo del aumento numérico de las huelgas y los paros y no sólo de que éstos han adquirido vastas proporciones, abarcando a cientos de miles y a millones de obreros y empleados. Trátase de que todos ellos van adquiriendo más y más un carácter de luchas políticas contra la omnipotencia de los monopolios, trátase de que crece el frente antiimperialista general, que se forma y se fortalece bajo la dirección de la clase obrera. Es cada vez mayor el aislamiento de las fuerzas reaccionarias del capital monopolista.

Es un rasgo característico del desarrollo social mundial de los últimos años la agravación de las contradicciones entre las poten-

cias imperialistas. Hasta cierto tiempo, los bloques político-militares imperialistas lograban ocultar estas contradicciones y consolidar la máquina imperialista, pero en los últimos años somos testigos de un evidente aflojamiento de los mismos.

Y la causa de ello reside en que sigue actuando la ley del desarrollo desigual del capitalismo, lo que tiene por consecuencia la agudización de las contradicciones entre las potencias imperialistas.

Las grandes potencias capitalistas, excepto los EE.UU., salieron de la segunda guerra mundial con una economía debilitada y se vieron bajo una gran dependencia del capital norteamericano. Hace 10-15 años, en ciertos países de Europa Occidental –la RFA, Italia y Francia– se intensificó el ritmo de progreso económico. Lo mismo se registró en el Japón. Estos países comenzaron a desalojar a los EE.UU. de los mercados mundiales. En esos años, la economía norteamericana no avanzaba, experimentaba cierto receso o incluso acusaba cierta marcha atrás. Luego la producción industrial de los EE.UU. comenzó a aumentar, mientras que en los países europeos se observó cierto retardamiento del desarrollo económico, al igual que en el Japón. Los EE.UU. volvieron a desalojar a sus rivales en Europa y el Extremo Oriente. Sin embargo, la situación no tardó en volver a cambiar. Este proceso de desarrollo desigual de la economía condiciona la agravación de las contradicciones en el sistema mundial del capitalismo.

Una de las más graves contradicciones de nuestra época es la que existe entre las potencias imperialistas y los pueblos de las colonias y de los países recién emancipados y dependientes, que han sido víctimas durante largos años de la explotación y del saqueo por parte de los colonialistas y sufren todavía las graves secuelas del yugo colonial. La conquista de la independencia nacional se hizo para ellos una necesidad vital.

Los teóricos del colonialismo se han esforzado mucho para demostrar la "misión civilizadora" de los imperialistas en las colonias. La concepción marxista de la historia ha calificado desde el comienzo el colonialismo de explotación de países menos desarrollados en el aspecto económico por países capitalistas más desarrollados. La concepción materialista de la historia, además de poner al descubierto las contradicciones antagónicas que constituyen la base del sistema del colonialismo, ha anticipado el inevitable hundimiento de este último, ha previsto las inagotables posibilidades del movimiento de liberación nacional.

Considerado a escala de la historia universal, el movimiento de liberación nacional ha logrado colosales éxitos. Sin embargo, tro-

pieza, a la vez, en varios países, con grandes dificultades y contradicciones. En los jóvenes Estados nacionales se agudiza la lucha en torno al problema de los caminos de desarrollo que se ha de tomar. Lograda la independencia nacional, se despliega la lucha en el frente social. Las fuerzas democráticas revolucionarias del pueblo pugnan por el progreso social, por el aprovechamiento de las posibilidades objetivas de desarrollo no capitalista. Ahora bien, no caben ilusiones acerca de la facilidad del camino socialista en estos países. Las fuerzas imperialistas, valiéndose de las dificultades y las contradicciones de los países en desarrollo, apoyándose en la reacción interior, procuran que el desarrollo de los jóvenes Estados siga el camino capitalista, bajo la égida del sistema capitalista mundial. Se emplean, además, la injerencia militar directa, así como distintas medidas económicas y políticas, como los precios no equivalentes, el bloqueo y la subversión de la economía mediante maquinaciones financieras y especulativas.

La peculiaridad de la situación contemporánea en el sistema capitalista mundial de economía consiste en que los países más desarrollados, valiéndose de su poderoso aparato de producción y de los resultados de la revolución tecnocientífica, refuerzan la explotación de los trabajadores nacionales y de los pueblos de países menos desarrollados.

Los apologistas del colonialismo se regocijan de que los países capitalistas desarrollados sigan avanzando, mientras los jóvenes Estados no consiguen salir de las dificultades económicas. Declinan a mil maneras la fórmula en boga de que los países ricos se hacen más ricos, mientras que los pobres se vuelven más y más pobres.

Ahora bien, el que aumente el abismo entre la economía de los países capitalistas desarrollados y los jóvenes Estados nacionales, lo mismo que las semicolonias y las colonias, es prueba de que se agravan y seguirán agravándose las contradicciones entre el movimiento de liberación nacional y el imperialismo. Pese a unos u otros repliegues, reveses y derrotas de los jóvenes Estados en desarrollo, el movimiento de liberación nacional avanza y no hay fuerza capaz de detenerlo.

La clase obrera internacional y el sistema socialista mundial constituyen un baluarte seguro y una fuerza poderosa y prestan una gran ayuda a los pueblos que defienden su independencia nacional en la lucha contra el imperialismo y el neocolonialismo. El movimiento de liberación nacional viene a ser un aliado del movimiento obrero internacional y de los pueblos de los países socialistas en el proceso revolucionario mundial. Por consiguiente, la contradicción entre los pueblos de los países en desarrollo y el imperialismo se en-

trelaza estrechamente con las contradicciones entre el socialismo y el capitalismo.

El análisis del desarrollo social mundial muestra que la contradicción entre el socialismo y el capitalismo es la principal de la época contemporánea, con la particularidad de que el sistema socialista es la parte activa de dicha contradicción. El que niega o vela eso no reconoce la dialéctica más que de palabra.

En cada país, la revolución madura y se desarrolla sobre la base de las contradicciones internas y triunfa mediante la porfiada lucha de clases bajo las más distintas formas. La unidad de las fuerzas revolucionarias mundiales es la principal garantía contra la exportación de la contrarrevolución.

La lucha entre los dos sistemas mundiales –entre el capitalismo y el socialismo– es el frente principal de la lucha de clases a escala mundial, es la fuerza motriz principal de la época contemporánea, es el factor determinante de la situación internacional. En esta lucha, el sistema socialista no ejerce su efecto mediante la violencia o la fuerza armada, sino a través de su ejemplo, de sus éxitos en el fomento de la economía y la cultura, en el desarrollo y la afirmación de nuevas formas superiores de relaciones sociales. Por cuanto, en esa lucha, la correlación de fuerzas cambia, considerada en conjunto, en favor del socialismo, el leninismo parte de que el socialismo puede vencer a escala mundial sin guerra, puede triunfar en un ambiente de paz. Esta fe inquebrantable en el desenlace victorioso de la emulación y la confrontación pacífica de los dos sistemas en favor del socialismo se asienta en la acción de las leyes objetivas del desarrollo social.

Los ideólogos norteamericanos y sus secuaces disertan acerca de la necesidad de mantener el "statu quo" social. Estiman que en el mundo no debe haber movimientos de liberación nacional ni luchas revolucionarias de la clase obrera contra el capitalismo, que los imperialistas tienen "pleno derecho" a recurrir a las fuerzas armadas o a otros medios para aplastar el movimiento de liberación nacional y las revoluciones sociales. Es más, no abandonan sus propósitos de restaurar el capitalismo en unos u otros países socialistas.

Como se ve, semejante idea de las relaciones internacionales lleva a la justificación de la agresión, lleva a la guerra, y no a la paz.

El mundo contemporáneo cambia rápidamente debido a las transformaciones revolucionarias. Nuestra época se califica con razón de época de tránsito del capitalismo al socialismo, de total hundimiento del imperialismo y del colonialismo. Así pues, ¿de qué "statu quo" social y colonial se puede hablar? En el terreno teó-

rico eso significa negar el desarrollo como proceso objetivo, negar las leyes objetivas del progreso social y de la liberación nacional.

La filosofía científica centra su atención en la dialéctica de la lucha antagónica de los dos sistemas sociales, en la dialéctica del devenir y del desarrollo del socialismo. La dialéctica materialista es, podemos decir, la teoría filosófica de la renovación revolucionaria de la sociedad, es la teoría filosófica de la revolución social.

Para la elaboración de la dialéctica tiene una importancia especial el análisis de las manifestaciones concretas de las regularidades dialécticas en la sociedad socialista.

Los países del socialismo se hallan en diferentes fases de la construcción de la nueva sociedad. En los Estados que apenas están pasando al socialismo, en los que existen elementos pertenecientes a clases hostiles, perduran aún contradicciones antagónicas y prosigue la lucha de clases bajo distintas formas. En los países donde ha triunfado ya el socialismo, el remate de la construcción de la sociedad socialista desarrollada, y la creación de las bases del comunismo se plantean como tarea inmediata. La fuente principal del progreso es la superación de las contradicciones no antagónicas, que surgen en el proceso de la interacción y del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, mediante la regulación armónica y proporcional del progreso social sobre bases científicas. La colaboración de los Estados socialistas permite a cada uno de ellos utilizar del modo más racional y completo sus recursos y desarrollar las fuerzas productivas.

El progreso del sistema socialista mundial, al igual que de todos los procesos del mundo, se produce de modo dialéctico. Esto significa que también el sistema mundial del socialismo posee sus contradicciones y dificultades de desarrollo.

Es preciso tener presente que los países del socialismo se hallan a distintos niveles de desarrollo económico y sociopolítico heredados históricamente, niveles que no se pueden igualar en un año, como tampoco en dos o tres quinquenios. No cabe olvidar que los países que avanzan por el camino del socialismo poseen distintas estructuras y distinta composición social de la población. En el País de los Soviets, las clases explotadoras han sido liquidadas hace mucho tiempo, habiéndose producido ese proceso de supresión de las mismas en dura lucha de clases. La clase de los terratenientes y la gran burguesía fueron liquidadas en el curso de la Gran Revolución Socialista de Octubre y de la guerra civil. Luego, con el crecimiento de la industria socialista y del comercio estatal y cooperativo, fueron desalojados los elementos capitalistas de la ciudad, y sobre la base de la colectivización del agro, los kulaks fueron li-

quidados como clase. En otros países, esos procesos transcurrieron de distinto modo, bajo diferentes formas. En los diversos países se halla en distintas fases el proceso de liquidación de los elementos capitalistas y el devenir de la unidad sociopolítica de la sociedad. En las relaciones entre los países socialistas hay que tener igualmente en cuenta las peculiaridades del desarrollo histórico de unos u otros países, así como sus tradiciones culturales y su modo tradicional de vida.

Además, es preciso subrayar como peculiaridad principal del desarrollo del sistema mundial del socialismo el que las dificultades y contradicciones que surgen en él son de carácter muy diferente de lo que se observa en el sistema mundial del capitalismo.

Con tal motivo cabe mostrar lo insostenible de las diversas analogías superficiales y aparentes. Los críticos burgueses del socialismo y sus acólitos razonan a menudo de la siguiente manera: "Por supuesto, en el sistema capitalista mundial existen contradicciones, que se agravan y pueden agravarse, pero también el sistema socialista posee sus contradicciones, y éstas pueden profundizarse y volverse muy agudas. Por consiguiente, el socialismo tropieza con los mismos problemas que el capitalismo".

Es una analogía aparente, superficial, que hace caso omiso de la marcha efectiva de los procesos objetivos y de las peculiaridades cardinales de las dos direcciones de desarrollo: del capitalismo y del socialismo.

Las contradicciones del sistema capitalista mundial revisten un carácter antagónico, no pueden ser resueltas dentro del cuadro del capitalismo, es decir, sobre su propia base. En efecto, las contradicciones entre el trabajo y el capital, entre las colonias y los colonialistas, entre los Estados jóvenes y los imperialistas no podrán resolverse sobre la base del régimen capitalista. El capitalismo tampoco está en condiciones de superar las contradicciones entre los Estados, vista la esencia explotadora del mismo. La salida de todas estas contradicciones la ofrece sólo la liquidación del régimen capitalista. En cuanto a las contradicciones del sistema socialista mundial cabe decir que pueden ser resueltas y se resuelven sobre la base del socialismo. Son contradicciones de crecimiento, de desarrollo.

La superación de las contradicciones que surgen en el proceso de desarrollo del socialismo no supone la destrucción de las bases del mismo, sino, al contrario, el fortalecimiento de éstas. Es ésa la ley objetiva dialéctica principal del sistema socialista que conduce al robustecimiento de la unidad y del poderío del sistema socialista.

Por lo que se refiere a las discrepancias que fomenta el grupo de Mao Tse-tung y a la agravación de las relaciones de la actual

dirección de la República Popular China con la mayoría de los países socialistas, se ve que no se deben a la naturaleza del socialismo, sino al abandono de los principios del marxismo-leninismo, del internacionalismo proletario y a las tergiversaciones de la teoría y la táctica del comunismo. El deseo de semejante agravación, sobre todo de fomentar el antisovietismo, viene condicionado por las pretensiones chovinistas y hegemonistas de los dirigentes de Pekín.

Lenin formuló la principal particularidad de la dialéctica de la sociedad socialista: el antagonismo desaparece, y las contradicciones se quedan. Se puede decir con todo fundamento que Lenin y sus seguidores han descubierto y argumentado la ley del tránsito de las contradicciones antagónicas a las que no lo son.

La tesis de Lenin acerca de que, en la sociedad socialista, el antagonismo desaparece, y las contradicciones se quedan no es aplicable sólo a un país socialista concreto, sino también a todo el sistema socialista mundial.

Desde luego, no cabe entenderlo de modo simplista y mecánico, en el sentido de que existe una fecha del calendario en la que terminan la historia de todos los antagonismos y toda posibilidad de cualquier reincidencia de contradicciones antagónicas. El propio sistema socialista no ha nacido en un día determinado. A lo largo de toda una serie de años se ha verificado la formación del sistema socialista mundial, la consolidación del socialismo en los países de democracia popular en lucha contra los elementos reaccionarios que se mantenían aún incluso en los gobiernos de dichos países (Mikolajczyk, en Polonia; Nagy Ferenc, en Hungría; la familia real en Rumania, etc.). En el Este, el devenir de los elementos del socialismo, el proceso de transformación de la revolución de liberación nacional en revolución socialista fue todavía más complejo y más largo. Por eso no se puede por menos de tomar en consideración la influencia de las fuerzas hostiles –los terratenientes, los capitalistas, los comerciantes, los kulaks y la intelectualidad burguesa– que influían tanto en la ideología como en la política y las relaciones internacionales, alentando aspiraciones nacionalistas.

Cuando hablamos de la extensión de la fórmula de la desaparición de los antagonismos al sistema socialista mundial, hay que entenderlo como una tendencia objetiva.

Considerado en conjunto, el desarrollo del sistema socialista mundial se realiza sobre la sana base del socialismo, y las dificultades y contradicciones que surgen pueden ser superadas y lo serán sobre esta base.

La consolidación de la unidad del sistema mundial del socialismo sobre la base del internacionalismo proletario es la condición

de los continuos éxitos de todos los Estados que lo integran. Tal es la dialéctica de lo nacional y lo internacional en el sistema del socialismo.

El movimiento comunista mundial se desarrolla también con arreglo a la dialéctica. Avanza a través de la superación de las dificultades y contradicciones hacia nuevas victorias, hacia nuevas realizaciones. Pero no es la dialéctica que preconizan los enemigos de la unidad del movimiento comunista mundial. Se sabe que en su tiempo, estos últimos han planteado la fórmula filosófica que lleva al absoluto el "desdoblamiento de lo único", a saber, primero la unidad, luego las discrepancias, luego la escisión y sólo después de la escisión el paso al restablecimiento de la unidad o, mejor dicho, a la creación de una nueva unidad. Esta fórmula, aplicada al movimiento comunista se interpretaba de la siguiente manera: ahora ha llegado la fase de la escisión, y no puede haber la menor unidad en el movimiento comunista mundial, debe producirse la escisión, cierta "depuración", y luego se podrá hablar de unidad en las filas del movimiento comunista. Tal es la "dialéctica" que ofrecen los adversarios de la unidad del movimiento comunista mundial.

Si miramos el conjunto de todos los hechos del despliegue del movimiento comunista contemporáneo veremos que el desarrollo se verifica de modo dialéctico, por vía de la superación de las contradicciones, en la dirección de la unidad de las filas comunistas, y no en el sentido de la escisión. En aras de esta unidad sostiene el PCUS la lucha contra el revisionismo y el dogmatismo, contra el nacionalismo y el hegemonismo.

Los adversarios de la unidad del movimiento comunista mundial alborotan mucho acerca del llamado revisionismo y hacen lo posible para pasar por luchadores contra el revisionismo. Pero este pretexto de "luchadores contra el revisionismo" no es para ellos otra cosa que un instrumento para lograr sus propósitos hegemonistas. Como se ve, eso no contribuye en absoluto a la lucha por la unidad del movimiento comunista mundial.

El XXIV Congreso del PCUS vino a ser una manifestación mundial del poderoso afán de los comunistas de lograr la unidad, una brillante prueba de las tendencias efectivas a la cohesión del movimiento comunista mundial. Asistieron al Congreso representantes de 102 fraternos partidos comunistas y de liberación nacional. Todos se pronunciaron en pro de la unidad, de la superación de las dificultades en ese camino; en pro de la cohesión del movimiento comunista mundial y de las fuerzas de la liberación nacional.

El Congreso confirmó clara y explícitamente la política del PCUS enfilada a la consolidación de la unidad y la cohesión del movimiento comunista mundial y del campo socialista. Y, pese a los indignos ataques y las groseras salidas de los enemigos de la unidad contra el PCUS, contra el País de los Soviets, el Congreso volvió a expresar una vez más la disposición del PCUS a adoptar todas las medidas para consolidar la unidad de todo el movimiento comunista mundial.

Podemos hacer constar con satisfacción que los representantes de los partidos hermanos valoraron altamente el papel del PCUS y de la Unión Soviética en el actual movimiento emancipador y rechazaron los infundios y los ataques calumniosos que se propagan profusamente por todo el mundo contra el País de los Soviets y el PCUS.

En las intervenciones de los representantes de los partidos hermanos en el XXIV Congreso, así como en la rendición de cuentas de las delegaciones extranjeras al regresar a sus respectivos países, se dio una réplica rotunda al antisovietismo y se subrayó que no había y no podía haber comunismo antisoviético. El concepto "soviético" no es un concepto nacional o geográfico, no es simplemente la denominación estatal de la República de los Soviets. "Soviético" es fruto de la Gran Revolución Socialista de Octubre. "Soviético" significa proletario, socialista: "soviético" significa internacional. "Antisoviético" quiere decir antiproletario, antirrevolucionario, nacionalista burgués. Esta es la razón de que la tesis acerca de que no puede haber comunismo antisoviético sea una expresión del internacionalismo proletario, una manifestación de la solidaridad de los comunistas de todos los países con el PCUS, con el Estado soviético.

El 50 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre y el centenario del nacimiento de Lenin, celebrados solemnemente por los partidos hermanos y las masas populares en todos los países fueron una manifestación universal de internacionalismo proletario.

El socialismo es un nuevo peldaño en el desarrollo de la vida social. Pero de ahí no se sigue que en el análisis de la dialéctica de la sociedad burguesa y la dialéctica del socialismo se empleen dos métodos específicos. En realidad trátase del empleo históricamente concreto de un mismo método en el análisis de formaciones sociales cualitativamente distintas.

En un pasado no muy remoto, entre los filósofos se libraban discusiones generales acerca de cuál era la contradicción principal de la sociedad socialista y acerca de si había, en general, contradicción principal en la sociedad socialista; y si había, ¿cómo se subordi-

naban a esta contradicción principal las otras contradicciones? Eran disputas bastante abstractas. En los intentos de trazar la diferencia entre las contradicciones antagónicas y no antagónicas se incurría también en el simplismo. Algunos filósofos planteaban la tesis acerca de dos tipos de dialéctica. Calificaban la dialéctica aplicada al análisis de la sociedad capitalista de "dialéctica antagónica", y la empleada para investigar la sociedad socialista, de "dialéctica armónica".

La dialéctica elaborada por Marx en *El Capital* partiendo de la sociedad burguesa reviste una importancia básica para la prensión de la dialéctica de los procesos históricos en general.

Marx llevó la dialéctica del capitalismo hasta el análisis de la lucha de clases y de las vías de supresión del antagonismo de clases sobre la base de la liquidación de la propiedad privada. Marx aplicó la dialéctica al análisis del devenir y del desarrollo de la futura sociedad: el socialismo. Pero a la sazón no había aún dialéctica objetiva del socialismo, por cuya razón el análisis tenía el carácter de previsión científica.

Lenin prosiguió el análisis de la dialéctica de la sociedad burguesa aplicada a la época del imperialismo y, a la vez, cuando el socialismo se erigía ya en realidad objetiva, desarrolló la comprensión de la dialéctica de la sociedad socialista.

La concepción científica de las contradicciones no antagónicas no suplanta la lucha de los contrarios como ley fundamental del desarrollo con no se sabe qué "dialéctica de la armonía" que prescinde del concepto de contrario. Sería erróneo negar los contrarios al tratarse de la sociedad socialista y procurar sustituir la categoría de "contrario" con la de diferencia u otras categorías. No cabe duda de que las contradicciones nacen también de las diferencias. Es eso una verdad elemental de la dialéctica. Sin embargo, en la sociedad socialista existen contrarios de orden no antagónico.

No sería correcto admitir que en la sociedad socialista, en la que han sido liquidadas las clases antagónicas, el desarrollo se produce sin lucha, sin superación de contradicciones. Las contradicciones son siempre la fuerza motriz del movimiento progresivo, incluido el progreso social. Tenemos que estudiar concretamente y a fondo las contradicciones efectivas de nuestra vida. No obstante, al hablar de la investigación de las contradicciones, hay que señalar igualmente que ciertos dogmáticos, en lugar de investigar todos los aspectos de la naturaleza de las contradicciones y las leyes objetivas de su solución, se dedican a registrar y a describir unas u otras contradicciones, a inventar incluso algunas y a suplantar de

este modo el enfoque marxista, dialéctico, de las contradicciones con el enfoque pequeñoburgués y metafísico.

Hay que ver la diferencia entre la concepción marxista de la dialéctica y la concepción pequeñoburguesa. El pequeño burgués, según expresión de Marx, diviniza las contradicciones. Es que él mismo está tejido de contradicciones. Las colecciona y procura equilibrarlas o llegar a una armonía entre ellas. Mientras tanto, la tarea es poner al descubierto las contradicciones efectivas de la vida y superarlas.

Por lo común se distinguen contradicciones antagónicas y no antagónicas. Pero no se puede incurrir aquí en puro esquematismo. El antagonismo posee distintas manifestaciones, que siempre son concretas. Las contradicciones no antagónicas se modifican también, pueden borrarse, aunque pueden asimismo agravarse si no se hace nada contra las condiciones que las engendran o animan.

La experiencia de la construcción del socialismo muestra que la superación de las contradicciones no antagónicas tiene sus etapas, así como formas y medios correspondientes. Así, las contradicciones entre la clase obrera y el campesinado trabajador revisten ya en el período de transición del capitalismo al socialismo un carácter no antagónico. Pero, llevadas a cabo las transformaciones socialistas de la hacienda del pequeño campesino, estas contradicciones comenzaron a borrarse más y más, y en las relaciones entre la clase obrera y el campesinado se produjeron cambios cualitativos, la alianza de dichas clases se hizo más firme, aunque persistiesen ciertas diferencias esenciales y contradicciones entre ellas. Con la victoria completa y definitiva del socialismo, la continua aproximación de las clases lleva a la desaparición total de las diferencias de clase, a la desaparición de toda huella de antiguas contradicciones.

Por consiguiente, hay que abordar de modo dialéctico el problema del desarrollo y la superación de las contradicciones, evitando toda clase de esquematismo dogmático.

El dogmatismo hace que las contradicciones se declaren a priori, partiendo de esquemas generales, y no del análisis de la realidad. La revelación de las contradicciones efectivas y de los métodos de superación de las mismas sólo es posible si vamos, como enseñaba Lenin, del fenómeno a la esencia, de las cosas concretas, determinadas cuanti y cualitativamente a sus conexiones y relaciones internas. Ese debe ser el método de investigación y de enseñanza.

Todo el mundo sabe que la solución de contradicciones de la nueva sociedad, como la existente entre lo personal y lo social, requiere mucha atención. Al analizar dicha contradicción, Lenin plan-

teó la idea de la cooperación como importante forma de unir los intereses personales con los sociales en la reorganización de la pequeña producción mercantil. Al propio tiempo trazaba las direcciones principales de la conjugación de lo personal y lo social a escala de toda la sociedad. No menos importante es el problema de la conjugación de las contradicciones entre la igualdad de la relación respecto de los medios de producción y la desigualdad efectiva en cuanto a la distribución en la sociedad socialista. Es claro que el estímulo material del trabajo de choque supone un salario desigual. Y, aunque, a primera vista, eso se contradiga con la igualdad, el socialismo es capaz de conjugar estas contradicciones y lograr la igualdad efectiva sobre la base del incremento general de la producción social. Exactamente del mismo modo se resuelven los problemas de la conjugación del mando unipersonal y la dirección colectiva, es igualmente aleccionador el enfoque del análisis y la solución de principios tan opuestos como el centralismo y la democracia, la iniciativa local, etc.

Los problemas tan grandes e importantes como los de las relaciones de lo nacional y lo internacional poseen también sus dificultades y contradicciones dialécticas. Uno de los más notables adelantos del socialismo es la solución del problema nacional. La URSS ha logrado en realidad la igualdad de las naciones, tanto en el aspecto político como, en lo fundamental, en los aspectos económico y cultural. Pero eso no significa que lo nacional y lo internacional se conjuguen siempre automáticamente y sin el menor esfuerzo. Es también cuestión de educación y de lucha consecuente contra el nihilismo nacional y el nacionalismo, por el internacionalismo socialista. Eso reviste particular importancia en la palestra internacional donde los problemas del desarrollo nacional se plantean en forma muy aguda.

Entre los problemas filosóficos que se refieren al progreso de la sociedad socialista y tienen importancia para la investigación científica conviene destacar el de la correlación entre lo subjetivo y lo objetivo. En esta correlación se manifiesta también el carácter contradictorio dialéctico del desarrollo social.

Al examinar ese problema, partimos de la tesis de que, en el curso de la construcción del comunismo, crece el papel del factor subjetivo. Sin embargo, no cabe perder de vista el que, en la vida práctica, esta tesis se ha interpretado con frecuencia de un modo unilateral y, por tanto, desacertadamente. A veces se estimaba que el crecimiento del factor subjetivo significaba la disminución del papel de las condiciones objetivas, que de resultas del crecimiento del factor subjetivo podíamos confeccionar con más libertad los

planes de la economía nacional, cambiarlos arbitrariamente sobre la marcha, sin contar mucho con la necesidad económica, con las leyes objetivas. De suyo se entiende que semejante criterio de la correlación entre lo subjetivo y lo objetivo no corresponde al proceso histórico de desarrollo y a los principios básicos de la teoría marxista-leninista. Eso no es materialismo, sino subjetivismo.

El papel del factor subjetivo no crece a cuenta de la minimización del papel de las condiciones objetivas, ni mucho menos. De admitir la idea de que el crecimiento del papel del factor subjetivo significa la disminución de la importancia de las condiciones materiales en la vida de la sociedad socialista llegaríamos, finalmente, al idealismo. La concepción materialista es una concepción consecuente. Y para la época del comunismo sigue en vigor el reconocimiento de que los factores objetivos, las condiciones materiales, son primarios, determinantes, y no se puede dejar de contar con ellos o darles menos importancia de la que tienen.

A fin de aplicar con espíritu consecuente el materialismo en la teoría y la práctica de la construcción del comunismo es preciso seguir combatiendo toda clase de manifestaciones del subjetivismo y del objetivismo.

Con tal motivo cabe señalar que el partido subraya constantemente la necesidad de luchar contra la concepción mecanicista, en realidad, fatalista, de las leyes económicas objetivas del socialismo. Es insostenible la opinión de que la utilización de las leyes económicas ha sido igual en todas las formaciones, de que las leyes económicas rigen en la sociedad socialista tan espontáneamente como en la capitalista.

Si bien el subjetivismo lleva a que no se cuente para nada con las necesidades y las posibilidades del desarrollo económico, la concepción fetichista de las leyes económicas del socialismo merma la significación de la iniciativa y la actividad de las masas y del papel organizador de los organismos dirigentes en la edificación de la economía, justifica las manifestaciones de rutina y de atraso en el trabajo y quita toda responsabilidad de cada uno por la misión que se le ha encargado.

Hay que subrayar las tesis marxistas-leninistas acerca de las peculiaridades de la acción de las leyes económicas objetivas en la sociedad socialista a diferencia de la capitalista, en la que se manifiestan como fuerzas ciegas naturales, con todo su poder destructivo espontáneo. Al contraponer la producción organizada con arreglo a un plan a la economía capitalista anárquica, en la que reinan las fuerzas ciegas, Marx escribía: "...dentro de la producción capitalista, la proporcionalidad de las distintas ramas de producción

aparece como un proceso constante derivado de la desproporcionalidad, desde el momento en que la trabazón de la producción en su conjunto se impone aquí a los agentes de la producción como una ley ciega y no como una ley comprendida y, por tanto, dominada por su inteligencia colectiva, que someta a su control común el proceso de producción"[22].

Al explicar la diferencia cardinal de las leyes objetivas de la vida social y las formas de su manifestación en la sociedad socialista, por una parte y, por otra, de todo el desarrollo anterior, Engels señalaba que cuando la sociedad tomase en su poder los medios de producción, la anarquía reinante en la producción social cedería lugar a la organización consciente y planificada, los hombres pasarían a ser los amos de su vida social. "Las leyes de su propia actividad social, que hasta ahora se alzaban frente al hombre como leyes naturales extrañas, que lo sometían a su imperio, son aplicadas ahora por él con pleno conocimiento de causa y, por tanto, dominadas por él, sometidas a su poderío"[23].

La lucha contra el subjetivismo y el objetivismo en la vida es mucho más compleja que puede parecer a primera vista. Existen distintos grados de subjetivismo y objetivismo. Hay que tener en cuenta que los idealistas, los que insisten en que la conciencia es lo primario y la materia es secundaria, son ejemplares muy raros en nuestros medios. Igualmente raros son los materialistas económicos, los que niegan el papel activo de la conciencia. No obstante son bastante frecuentes las diversas manifestaciones de criterios semisubjetivistas y semiobjetivistas. En la vida no se observan en forma "químicamente pura" estas desviaciones respecto de la concepción materialista dialéctica del mundo. Las concepciones semisubjetivistas conjugan el subjetivismo con el reconocimiento formal del factor objetivo, del papel de las leyes objetivas. Las concepciones semiobjetivistas procuran conciliar el objetivismo y el fatalismo con el reconocimiento exterior del papel de las ideas, del factor subjetivo. Unos y otros suelen escudarse en la dialéctica, aunque, en la práctica, eso no es otra cosa que puro eclecticismo.

Debemos darnos perfecta cuenta de que semejante percepción ecléctica de la realidad causa daño a la construcción del comunismo, estorba la investigación de los problemas de la acción y la utilización consciente de las leyes objetivas en la sociedad socialista, dificulta la comprensión del papel del factor subjetivo en la aceleración del progreso de la sociedad soviética.

¿En qué consiste el daño de las concepciones subjetivistas y ob-

[22] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 25, p. 1, pág. 282.
[23] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 20, págs. 294-295.

jetivistas con las que tropezamos tanto en la teoría como en la actividad práctica? El subjetivismo halló su manifestación más acusada en el culto a la personalidad, en el menosprecio y la minimización de la actividad y la iniciativa de las masas. El culto a la personalidad, se manifieste donde se manifieste, va siempre ligado al subjetivismo. El ejemplo más monstruoso de ello nos ofrecen hoy los maoístas, que han tomado el camino del aventurerismo en teoría y política, que ensalzan e implantan el culto a la personalidad, ajeno a la concepción marxista del mundo.

En el pasado, una expresión evidente del subjetivismo consistía en la vulneración del principio del interés material, en hacer caso omiso de los principios de la autogestión económica y en dejarse llevar de los métodos burocráticos y formalistas de dirección. Se hacía sentir la deficiente valoración de las bases objetivas de la producción en la fase socialista del desarrollo.

Hubo no pocas propuestas de "organizar" inmediatamente, ya en nuestros días, el trabajo gratuito, o instaurar también sin más tardanza la distribución gratuita de casi todos los bienes materiales y culturales, implantar "la completa igualdad", etc., etc.

El subjetivismo se manifestaba en las decisiones tomadas arbitrariamente, en los compromisos y las promesas que no se asentaban en el conocimiento de la realidad, sino en datos infundados. El daño del subjetivismo consiste en que impide ver las posibilidades reales y las vías de su utilización, pues todo se limita a la proclamación formal de las tareas.

No es menos peligrosa la apreciación objetivista de la realidad en la teoría y en la práctica. ¿Acaso son pocos los que cifran todos sus cálculos en la curva estadística que ha de llevar a alguna parte? La confianza en que, como decía un personaje de León Tolstói, todo se "arreglará" no es otra cosa que puro objetivismo. Estas teorías, en realidad, nutren los ánimos de la espontaneidad en la edificación económica y cultural.

Huelga decir hasta qué punto frena semejante objetivismo la actividad social, aherroja la iniciativa de los hombres, lleva a la irresponsabilidad, confluyendo en los resultados prácticos con el subjetivismo.

Si bien el subjetivismo expresa el menosprecio en la teoría y la práctica hacia las leyes objetivas que constituyen la base del desarrollo social, el objetivismo minimiza el papel del factor subjetivo, el papel de la conciencia, de los estímulos morales al trabajo, descarta de la práctica social un instrumento tan valioso para la construcción del comunismo como la actividad social.

Todo eso nos dice que hay que discernir más concretamente

en la acción de las leyes objetivas vigentes en la sociedad socialista. Nuestro deber es, partiendo del análisis científico, dar una argumentación teórica de la actividad social en cada eslabón del sistema social soviético. Las ciencias sociales deben ayudar a los hombres a actuar conscientemente y con el mayor éxito, a luchar y a crear. El conocimiento científico, además de reflejar el mundo, lo modifica en cierto sentido a través de la actividad práctica revolucionaria y productiva del género humano.

Si partimos de la idea de que con el avance hacia el comunismo la sociedad pasa del "reino de la necesidad" al "reino de la libertad", debemos analizar a fondo lo que significa eso aplicado a la acción de las leyes objetivas que rigen el progreso de la sociedad. La fórmula del paso del "reino de la necesidad" al "reino de la libertad" no rechaza en absoluto la necesidad histórica y no merma la significación de las leyes objetivas. Empero debemos estudiar a fondo y comprender en qué correlación se encuentran los factores subjetivos y los objetivos en la vida social, qué correlación existe entre la actividad social de los hombres y las leyes objetivas que presiden su formación socioeconómica.

Sería erróneo suponer que el papel de la conciencia social es siempre el mismo. En las formaciones presocialistas, los resultados del desarrollo social, visto su carácter espontáneo, eran distintos o incluso contrarios a lo que los hombres esperaban. Engels decía con tal motivo: "Las colisiones entre las innumerables voluntades y actos individuales crean en el campo de la historia un estado de cosas muy análogo al que impera en la naturaleza inconsciente. Los fines de los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son. . ."[24]

Al propio tiempo, los fundadores del comunismo científico preveían que, en el porvenir, el papel de las aspiraciones y los fines conscientes de los hombres sería distinto, ya que éstos conocerían de antemano la necesidad de modificar las relaciones sociales y desearían lograr tales modificaciones antes de que les fuesen impuestas al margen de su voluntad y conciencia.

Vemos ahora cómo el PCUS, apoyándose en las ventajas y las realizaciones del régimen socialista, determina de modo consciente, con arreglo a un plan trazado de antemano, para muchos años las perspectivas de desarrollo social y las direcciones fundamentales del cambio de las relaciones sociales. En la política del partido se expresan científicamente los fines, los deseos y las aspiraciones de

---

[24] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 21, pág. 306.

los soviéticos, y estamos firmemente seguros de que los resultados de la aplicación de dicha política no estarán en contradicción, sino en plena consonancia con ellos.

Ahora vemos con la mayor claridad la significación de principio que tiene la dialéctica de lo material y lo ideal. La experiencia práctica de la construcción del comunismo prueba con elocuencia cada vez mayor que la diferencia entre lo ideal y lo material tampoco es absoluta y desmesurada. Y ahora suenan con particular fuerza y significación vital las palabras de Lenin: "La idea de la transformación de lo ideal en lo real es *profunda:* es muy importante para la historia"[25].

La labor consciente de las masas populares muestra brillantemente el crecimiento del papel del factor subjetivo, de la actividad social bajo el nuevo régimen social, que ha acabado con el antagonismo de clase. Va unida estrechamente a eso la elevación del papel dirigente del partido en la construcción del comunismo como principal ley objetiva del desarrollo social. Al propio tiempo ascienden el papel de los sindicatos, del Komsomol y la significación de los Soviets en la vida estatal, económica y cultural de la sociedad.

El rumbo hacia el máximo fomento de la democracia, hacia la aplicación de todas las aptitudes, iniciativas y energías de los soviéticos en la edificación económica y cultural viene a ser la encarnación de la idea del crecimiento del factor subjetivo en la historia, es la explicación concreta de lo que supone ir al "reino de la libertad" y cómo hacerlo.

En las investigaciones científicas hay que mostrar cómo marcha la sociedad socialista hacia el comunismo, partiendo del análisis auténticamente dialéctico de las leyes objetivas del desarrollo social y del creciente papel del factor subjetivo.

Se realizan investigaciones a fondo sobre problemas de la desaparición de las diferencias de clase y la formación de las relaciones sociales comunistas, se estudian las vías concretas de avance hacia la homogeneidad social.

¿Qué entendemos por avance de la sociedad hacia la homogeneidad social? ¿Cómo cabe entender la aproximación de la sociedad a la estructura sin clases? Se ha incurrido, a veces, en errores simplistas en ese problema; se han presentado las cosas de tal manera que se podía pensar en mezcla de las capas sociales, en virtud de lo cual se borrarían las diferencias sociales. En realidad, el avance hacia la homogeneidad social no significa en absoluto la

---

[25] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 29, pág. 104.

dilución de la clase obrera en las otras capas y la mezcla de distintas capas sociales, lo que, supuestamente, da lugar a una masa social única. El movimiento hacia la homogeneidad social significa el cambio de las condiciones económicas, sociales y políticas merced a la creación de la base material y técnica del comunismo, así como merced a la instauración de relaciones comunistas y a la elevada conciencia.

El Programa del partido arranca de que también en el período de la construcción del comunismo en toda la línea se mantiene el papel dirigente de la clase obrera como fuerza motriz de la transformación comunista de la sociedad.

La superación de las diferencias de clase se efectuará en el proceso de desarrollo, de perfeccionamiento y de aproximación de las dos formas de propiedad. La existencia de dos formas de propiedad, lejos de descartar la aproximación de las clases, refuerza la homogeneidad social, puesto que la vida de la clase obrera y el campesinado se asienta sobre una base común, sobre la base del sistema socialista de economía, por cuya razón estas clases se aproximan más y más la una a la otra, y el proceso de desaparición de las diferencias de clase será cada vez más intenso.

En los acuerdos del XXIII y del XXIV Congresos del Partido se plantea sobre un terreno concreto el problema de la elevación del nivel de la producción agropecuaria hasta el de la producción industrial; se plantea el problema de aproximar el nivel de vida, las condiciones de vida y de trabajo en el agro a las condiciones urbanas. Sobre esta base se resuelve y se seguirá resolviendo también el problema de la supresión de las diferencias esenciales entre el campo y la ciudad.

En relación con eso es importante subrayar que el borrar las diferencias de clase entre los obreros y los koljosianos no se reduce sólo al cambio de las formas de propiedad. Hasta hace poco se solía decir que el problema de la superación de las diferencias de clase no tenía solución debido a la existencia de dos formas de propiedad y que la modificación de la propiedad koljosiano-cooperativa permitiría suprimir las diferencias de clase. De suyo se ve que eso no es así. La forma koljosiano-cooperativa de propiedad no impide la continua aproximación entre las clases. Considerada desde el punto de vista histórico, la forma koljosiano-cooperativa no apartó al campesinado de la clase obrera, sino que, al contrario, la acercó. Y cuando decimos que se borran las diferencias de clase trátase de acercar las condiciones de producción en el agro a las logradas ya en la ciudad. En su tiempo, Lenin habló de la dependencia existente entre las diferencias de clase

y el lugar y papel de las clases en el sistema histórico de producción, las relaciones que éstas guardan respecto de los medios de producción, así como los modos de obtención y las proporciones de los ingresos. No debemos olvidar que el problema de las clases es, a la vez, un problema de las formas de distribución, de la nivelación de las condiciones de vida, de las formas de obtención de los ingresos. Los cambios introducidos últimamente en la remuneración del trabajo de los koljosianos sirven igualmente de valioso medio de aproximación de las condiciones de vida de las clases trabajadoras.

La concepción dogmática de las clases en la etapa socialista se manifiesta en las peroraciones acerca de que, en la sociedad socialista, la lucha de clases debe agudizarse y durar, al menos, cien o doscientos años o, incluso, más.

Estimamos que eso es una tergiversación del marxismo-leninismo y de las perspectivas del desarrollo socialista. En la sociedad socialista, cuando las clases explotadoras han sido suprimidas, lo principal consiste en asegurar la continua cohesión de todas las capas sociales en torno de la clase obrera. Por supuesto, prosigue la lucha contra los elementos ajenos, y esta lucha reviste y puede revestir un carácter agudo. Cuando hablamos de elementos ajenos y de supervivencias del capitalismo, no nos referimos sólo a la influencia del pasado. Los elementos ajenos no reflejan sólo la influencia del capitalismo pasado, sino también del actual. Por eso, la lucha contra ellos, como es lógico, no se quita del orden del día. Esta lucha seguirá. Pero lo principal es el fortalecimiento de la unidad sociopolítica e ideológica de la sociedad.

De suyo se entiende que la aplicación de la dialéctica al análisis de la realidad contemporánea, de las leyes objetivas que rigen el tránsito de la formación socioeconómica capitalista a la nueva formación comunista, la elaboración de la dialéctica misma sobre la base de los hechos concretos de la vida social contemporánea y los más recientes datos de la ciencia están en proceso de despliegue, y esta esfera de las investigaciones filosóficas, además de extensa, reviste una importancia excepcional.

El estudio a fondo del desarrollo social contemporáneo y la investigación teórica de nuevos problemas que plantea la vida ofrecen la base para la crítica argumentada de la filosofía burguesa. Ante los filósofos soviéticos sigue en pie la tarea de crear nuevos trabajos teóricos combativos, penetrados del espíritu de partidismo leninista, consagrados a la crítica del neopositivismo, del pragmatismo, del existencialismo, del neotomismo y de otras escuelas y corrientes influyentes de la filosofía burguesa y las distintas formas

de camuflaje, como el seudohumanismo y el seudodemocratismo abstractos.

Es tarea importante de los filósofos, lo mismo que de todos los demás destacamentos de sociólogos soviéticos, la lucha consecuente contra todo género de desviaciones de "derecha" y de "izquierda" respecto del marxismo-leninismo, contra el revisionismo, el dogmatismo, el aventurerismo "revolucionario" y el chovinismo. Esta lucha es inseparable de la investigación con sentido creador de los problemas cardinales de las ciencias sociales.

La exigencia programática del comunismo científico es defender firmemente y seguir elaborando el materialismo dialéctico e histórico como ciencia de las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano.

II

LA CONCEPCION MATERIALISTA DEL PROGRESO

EL PAPEL DE LAS MASAS POPULARES Y DE LA PERSONALIDAD EN LA HISTORIA

El pueblo es el que hace la historia

Un gran mérito de los fundadores del marxismo consiste en el descubrimiento del papel decisivo de las masas populares en el desarrollo histórico de la sociedad. Tras de probar que la causa fundamental, la fuerza determinante de los cambios de la vida social, es el progreso de la producción, el marxismo-leninismo argumentó la nueva concepción del papel del pueblo, el que hace la historia y crea los bienes materiales y espirituales.

Esta doctrina, unida inseparablemente a la teoría materialista del conocimiento y al reconocimiento de la importancia primordial que tiene la vida material de la sociedad, es una generalización filosófica profunda de la práctica histórico-universal de la humanidad. Precisamente las masas populares son las que crean todos los bienes materiales de la sociedad, les pertenece el papel decisivo en el desarrollo de las formas de la vida social y la cultura espiritual.

La manifestación más común del idealismo en la sociología han sido siempre las teorías acerca del papel decisivo de los "héroes", de las "personalidades eminentes" en la vida de la sociedad. Estas "teorías" expresan, encubriéndose con frases científicas, la doctrina idealista religiosa de que todos los fenómenos de la naturaleza y la historia son obra de la voluntad de dioses o de héroes elegidos por los dioses. La lucha de los ideólogos de las clases reaccionarias contra el materialismo ha estado siempre ligada al afán de humillar y denigrar a las masas, aherrojar la energía creadora de éstas y aplastar sus fuerzas revolucionarias.

El marxismo asestó un golpe de muerte a la concepción idealista de la historia, puso al descubierto las bases materiales del desarro-

llo histórico, argumentó la tesis de que, en la vida social, el progreso está relacionado con la actividad de las masas populares, ya que son las masas trabajadoras las que realizan la producción de los bienes materiales, sin la que son inconcebibles la existencia y el desarrollo de la sociedad humana. Precisamente porque no hacen la historia unos u otros individuos o las órdenes de unas u otras personalidades o grupos gobernantes, sino las masas multitudinarias del pueblo y, además, no la hacen a su albedrío, sino con arreglo a determinadas leyes del desarrollo social, precisamente por eso no se puede detener la historia ni darle marcha atrás.

La doctrina del papel decisivo del individuo en el proceso histórico se asentaba en la idea metafísica de la sociedad como suma de individuos, entre los que se encuentran los elementos activos que hacen la historia y los ejecutores pasivos de la voluntad de estos últimos. La dirección y los destinos del desarrollo histórico se ligaban exclusivamente a la actividad y la voluntad de los héroes.

En oposición a este criterio, el marxismo establece que la sociedad no es una suma de individuos, sino un conjunto de relaciones sociales que se plasman objetivamente en el proceso de la producción, en el proceso de la vida social. Esta es la razón de que unas u otras personalidades, aunque eminentes, no puedan instaurar a su voluntad cualquier régimen de vida, no puedan realizar a su albedrío cualesquiera acontecimientos históricos.

En consonancia con la concepción marxista de la vida de la sociedad, los acontecimientos históricos no son resultado de la conducta arbitraria de los hombres, sino, en última instancia, resultado de las condiciones materiales en proceso de desarrollo objetivo que determinan la conducta de los hombres. Estos últimos actúan con arreglo a sus fines y deseos. Ahora bien, el modo de proceder de los hombres viene condicionado por las circunstancias de su vida. Las condiciones históricas en que los hombres se ven forzados a actuar no dependen del libre albedrío de éstos. Los hombres colocados en determinadas condiciones materiales y sociales creadas antes se ven forzados a actuar con arreglo a estas últimas, cumpliendo la necesidad histórica.

No era por su libre voluntad que, bajo el régimen de la servidumbre, los campesinos trabajaban para el terrateniente, sino porque la tierra le pertenecía a éste, y por el usufructo de una parte de dicha tierra los campesinos cumplían la prestación personal y satisfacían los pagos en especie.

No era por deseo propio que los proletarios vendían en los países capitalistas y venden hoy día su fuerza de trabajo a los pa-

tronos, sino porque los medios de producción pertenecen al capital.

Visto el actual estado de los medios de producción, el patrono, por grande que sea su fantasía, no puede volver al sistema feudal de economía, ya que el productor adscrito a la tierra no podría poner en marcha las gigantescas fábricas que requieren decenas de miles de obreros permanentes. Exactamente de la misma manera, el señor feudal no podía en su tiempo recurrir al sistema capitalista de economía, ya que, disponiendo de los instrumentos de producción medievales, no se podía llevar adelante una gran hacienda con empleo de trabajo asalariado.

Cada generación encuentra ya plasmado cierto modo de producción y obedece a las leyes del mismo hasta que éste no se vea transformado. A su vez, la transformación del modo de producción no se efectúa arbitrariamente, sino de acuerdo con las leyes objetivas, según sea el grado de desarrollo de las fuerzas productivas.

La doctrina marxista del papel decisivo de las masas populares en la historia no ha surgido de la nada, ha sido preparada, como se sabe, por el desarrollo de las investigaciones históricas y del pensamiento socialista.

Ya en la literatura comunista temprana se fijaba la atención en la situación de las masas populares y en la denuncia de los infundios acerca de la influencia benéfica del poder real en los destinos de los pueblos. El comunista utópico francés Juan Meslier escribió ya a principios del siglo XVIII una vehemente acusación de los abusos y los crímenes de los monarcas, que robaban y oprimían a las masas populares. Meslier mostró que el despotismo monárquico era un enemigo jurado de los hombres del pueblo. "...Los reyes y hasta las reinas –escribía Meslier– se vuelven ahora, cual pequeños dioses, dueños absolutos de todas las cosas: sus aduladores les persuaden de que son los amos y señores absolutos de la vida y de los bienes de sus súbditos. Por eso no escatiman en lo más mínimo la vida y los bienes de éstos, sino que los sacrifican en aras de su propia glorificación, de su ambición, de su avaricia o de su venganza, según la pasión que los anime o los embargue"[1].

Los socialistas utópicos del siglo XIX Saint-Simon, Fourier y Owen, al fijarse en la vida y los sufrimientos de las masas, no podían admitir ya las invenciones de que los reyes se preocupaban por el bien del pueblo. Viendo la gran fuerza del trabajo colectivo, advirtiendo en él la posibilidad de salvar a las masas de la miseria y la opresión, estos socialistas utópicos rompieron con las ideas

[1] Jean Meslier. *Le Testament*, tome II, Amsterdam, 1864, pp. 240-241.

del individualismo burgués. Saint-Simon decía, por ejemplo, que la historia no era más que una "biografía del poder" y que debía ser una "biografía de la masa".

Ahora bien, los socialistas utópicos no rebasaron el marco de la concepción idealista de la historia, no veían el papel determinante de la vida material de la sociedad y el de las leyes objetivas de su desarrollo, por lo cual cifraban todas sus esperanzas de cumplimiento de los ideales socialistas en la razón pensante, en la feliz casualidad, en el apoyo de personas influyentes. Sus criterios acerca del papel de la personalidad y de las masas populares en la historia eran contradictorios.

Los historiadores franceses Thierry, Mignet y Guizot, al estudiar el desarrollo de los movimientos revolucionarios y de los virajes políticos, tropezaron con la necesidad de reconocer el papel importante de los intereses materiales y de la actividad de las masas en los acontecimientos históricos. Dictaron la sentencia a la historia que se escribía con la única finalidad de glorificar a los reyes. Destronando el enfoque subjetivista de la historia, Thierry escribía: "Establecida sobre esta base, nuestra historia continúa con una sencillez perfecta como catálogo biográfico de reyes ingeniosamente numerados cuando llevan nombres iguales"[2].

Al criticar la vieja historiografía, los historiadores premarxistas no llegaron a comprender el papel decisivo de las necesidades materiales en la vida de la sociedad, ya que explicaban los fenómenos sociales, incluidas las relaciones de propiedad, de modo idealista, viendo en la violencia su origen. Atribuían el surgimiento de las clases a la acción de factores políticos, sobre todo a las conquistas. Consideraban que la división de la sociedad en clases era un estado eterno y natural de la sociedad. No estaban en condiciones de superar la contraposición de las capas sociales "superiores" a las "inferiores", propia de todos los ideólogos de las clases explotadoras.

No obstante, las investigaciones de los historiadores burgueses de la primera mitad del siglo XIX socavaron las viejas concepciones de la historia como obra de dirigentes políticos e impulsaron el estudio de los factores verdaderamente decisivos de la historia, el estudio de la vida y la actividad de los pueblos.

Al criticar la vieja historiografía, Engels escribía: "La creencia de que los actos políticos de los caudillos y del Estado son el factor decisivo de la historia es una creencia tan vieja como la propia historiografía, y a ella se debe en primer término el hecho de

---

[2] Augustin Thierry. *Lettres sur l'histoire de France pour servir d'introduction a l'étude de cette histoire.* Paris, 1860, p. 30.

que sepamos tan poco del callado desarrollo que impulsa realmente a los pueblos y que se oculta tras todas esas intervenciones ruidosas. Esta creencia ha presidido toda concepción pasada de la historia, hasta que vinieron a asestarle el primer golpe los historiadores burgueses de Francia en la época de la Restauración. . ."[3]

Los que más se acercaron a la comprensión científica del papel de las masas populares y de la personalidad en la historia fueron los demócratas revolucionarios, los ideólogos del campesinado revolucionario. Esto se manifestó vivamente en su convencimiento de que era inevitable la liquidación de la propiedad privada y la división de la sociedad en clases, de que era necesaria la revolución popular para derrocar el régimen absolutista y feudal. Al criticar la concepción idealista de que los acontecimientos históricos dependen de la voluntad y del carácter de los caudillos, Chernyshevski afirmaba que la personalidad no era más que una servidora del tiempo y de la necesidad histórica. "La necesidad histórica –escribía Chernyshevski– engendra la actividad de los hombres y le da fuerza a dicha actividad, sin subordinarse a nadie y sin modificarse al gusto de nadie"[4].

Chernyshevski enseña que los acontecimientos históricos se realizan por acción de las masas, y el que quiera dirigirlos debe apoyarse en ellas, debe actuar enérgica y resueltamente, teniendo en cuenta las circunstancias. Los grandes hombres son grandes precisamente porque forjan el hierro mientras está caliente, saben no perder los días en que las circunstancias son propicias. Las formas políticas vencen o perecen cuando las respaldan o rechazan las masas, y no por voluntad de los gobernantes. El pueblo que no consigue la menor ventaja sustancial de la forma no se pone a defenderla por simple forma[5].

Los grandes transformadores históricos, afirmaba N. Dobroliúbov, ejercen una gran influencia en la marcha de los acontecimientos históricos en su tiempo y entre su pueblo, pero no cabe olvidar que, antes de comenzar su influencia, ellos mismos se hallan bajo la influencia de los conceptos y las costumbres de la época y de la sociedad a las que luego someten al efecto de su genio. La historia se ocupa de los grandes hombres sólo porque éstos tienen mucha importancia para el pueblo. "Por consiguiente, la principal tarea de la historia del gran hombre consiste –escribía Dobroliúbov– en mostrar cómo ha sabido utilizar los medios de que dispo-

[3] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 20, pág. 163.

[4] N. Chernyshevski. *Obras Completas*, ed. en ruso, t. III, Moscú, 1947, pág. 183.

[5] Véase N. Chernyshevski. *Obras Completas*, t. V, Moscú, 1950, págs. 7-8.

nía en su tiempo; cómo se han expresado en él los elementos del desarrollo vivo que ha podido encontrar en su pueblo"[6].

Sin embargo, tampoco los demócratas revolucionarios podían explicar científicamente el papel de las masas populares y de la personalidad en la historia. Es que no poseían aún una concepción materialista íntegra de la historia, no habían llegado hasta el reconocimiento de la misión histórica universal del proletariado en la transformación socialista de la sociedad.

La doctrina marxista del papel decisivo de las masas populares en la historia se formó bajo el efecto del crecimiento de la actividad sociopolítica y la organización de los trabajadores al aparecer el proletariado en la palestra histórica. Los poderosos movimientos populares en la época de las revoluciones burguesas mostraron la fuerza del embate espontáneo de las masas, pero ya las primeras organizaciones proletarias surgidas en el proceso del movimiento obrero hicieron patente la necesidad histórica que tenía el proletariado de organizarse.

El idealismo en la comprensión del papel de la personalidad y las masas populares en la historia no se manifiesta sólo en la doctrina voluntarista de los héroes, como los que hacen la historia, sino, además, en las ideas fatalistas de la predeterminación, de la dependencia de los destinos históricos de los pueblos respecto del desarrollo de no se sabe qué espíritu absoluto o universal.

Por ejemplo, Hegel, idealista objetivo, criticó las concepciones idealistas subjetivistas del papel de la personalidad en la historia. Reconoció que era insostenible la teoría de que los héroes lo hacen todo ellos mismos y que los acontecimientos mundiales son obra sólo de ellos. Hegel consideraba que eran personalidades histórico-universales los portavoces de la necesidad histórica y los que comprendían lo que era oportuno. Pero no entendía por necesidad las demandas materiales del desarrollo social, sino las exigencias del espíritu absoluto. Según Hegel, la misión de los individuos histórico-universales era "ser los apoderados del espíritu universal..."[7]

Al destronar la concepción subjetivista del papel de la personalidad en la historia, al proclamar la razón objetiva de los acontecimientos históricos, Hegel no se acercó en absoluto a la concepción del papel creador de las masas populares. Desde su punto de vista, el pueblo no es más que la forma exterior de manifestación del

[6] N. Dobroliúbov. *Obras Completas*, ed. en ruso, t. 3, Moscú, 1936, pág. 120.

[7] Georg Wilhelm Friedrich Hegel. *Sämtliche Werke*, Stuttgart, 1928, Bd. 11, S. 61.

espíritu en la realidad histórica; el dirigente de los pueblos es el espíritu universal, y el propio pueblo no es una fuerza independiente y activa.

Así, tanto el idealismo subjetivo como el objetivo minimizan el papel de las masas populares en el desarrollo histórico.

Al poner en claro la diferencia cardinal entre el materialismo histórico y las teorías sociológicas anteriores, Lenin hacía constar que la extensión del materialismo a la esfera de los fenómenos sociales eliminaba dos defectos principales de dichas teorías. En primer lugar, éstas no examinaban más que los motivos ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar lo que suscitaba esos motivos, sin advertir las regularidades objetivas del desarrollo del sistema de las relaciones sociales, sin ver las raíces de tales relaciones en el grado de desarrollo de la producción material. En segundo lugar, estas teorías no abarcaban las acciones de las masas, mientras el materialismo histórico dio la posibilidad de investigar con la precisión de las ciencias naturales las condiciones sociales de vida de las masas y de cambio de dichas condiciones.

El marxismo-leninismo ha mostrado que el *idealismo en sociología va ligado forzosamente a la negación del papel creador de las masas populares.* Se sabe que los demócratas revolucionarios más consecuentes, los que se aproximaban a la comprensión del auténtico papel de las masas en la historia, rebasaban los esquemas escolásticos del idealismo y ocupaban el terreno de la realidad viva, aunque no estaban en condiciones de dar una explicación científica del papel de los trabajadores como principal fuerza productiva de la sociedad y la que hace la historia.

De conformidad con las concepciones idealistas subjetivas de la historia, el progreso de la sociedad humana se efectúa merced a la actividad de ciertas personalidades talentosas dotadas de espíritu creador. Los adeptos de tales concepciones consideran semidioses a esos "héroes", los estiman magos capaces de dirigir la marcha de los acontecimientos históricos. Por lo que a las masas populares se refiere, los idealistas las tratan con desprecio, las consideran obstáculo que estorba el progreso histórico. Los idealistas aseveran que las masas son un elemento rutinario, inerte e inmóvil que se alza en el camino del progreso social. Según estas concepciones, la personalidad dotada de espíritu creador se ve forzada a superar esa rutina e inercia de las masas.

Estos criterios antipopulares e idealistas expresaban y expresan la ideología de las clases reaccionarias, empeñadas en humillar y calumniar por todos los medios a los trabajadores, socavar la fe de

las masas en sus propias fuerzas y condenarlas a la pasividad y la eterna subordinación a los explotadores.

Los portadores más característicos de la concepción idealista subjetiva del desarrollo histórico, del papel de la personalidad en la historia fueron: en Inglaterra, Carlyle: en Alemania, los jóvenes hegelianos, y en Rusia, los populistas y los anarquistas.

El historiador inglés Tomás Carlyle, en su libro *Heroes, Hero Worship and the Heroic in History,* plantea como principio fundamental de la ciencia histórica el reconocimiento de que los grandes hombres son los que hacen la historia. "Ya que, como yo lo entiendo –escribe Carlyle–, la historia de lo que el hombre ha hecho en este mundo es, en realidad, la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí, en la tierra"[8]. Todos los adelantos de progreso histórico, todo lo que hace la humanidad es, según Carlyle, fruto de la labor de unas u otras personalidades eminentes, a ellos les debe la historia sus realizaciones. Carlyle escribe: "La historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres"[9].

Según este criterio, la misión de las masas es venerar a los héroes y adorarlos. El culto de los héroes es la principal fuerza motriz de todas las acciones de las masas.

Carlyle asemeja a la humanidad a un rebaño de ovejas que sigue ciegamente al carnero de delante, aunque las lleve a un tremedal.

Describiendo la evolución del culto de los héroes, Carlyle ofreció toda una galería de diversos tipos de dichos héroes. En la antigüedad, los héroes son deidades. Los hombres los veneran como a dioses. El mayor de todos es el Dios cristiano. Luego, el héroe se presenta bajo la forma de profeta, es decir, hombre inspirado por Dios. Carlyle estima que un ejemplo de semejante héroe es Mahoma. En los siglos posteriores, los tipos de héroe se hacen más laicos y diversos. Se consideran héroes, ya bien poetas, como Dante y Shakespeare, ya reformadores religiosos, como Lutero, ya caudillos, como Cromwell y Napoleón. Carlyle afirma que el culto de los héroes existirá eternamente, mientras exista el hombre. "La veneración de los grandes hombres –escribe Carlyle –es perenne en la naturaleza del hombre; ha sido un rasgo distintivo suyo en todos los tiempos... Además, hay que tener presente que la "adoración de los héroes" ha sido la primera, la segunda y será la última religión del hombre; indestructible, aunque de forma cambiante, pero, en esencia, inmutable"[10].

---

[8] Thomas Carlyle. *Heroes, Hero Worship and the Heroic in History.* N.Y. A. L. Burt, Publisher s.d., p. 1.

[9] Idem, p. 34.

[10] Thomas Carlyle. *Essays. Burns and Scott.* London, 1895, pp. 101, 102.

Esas son las conclusiones extremamente subjetivistas, de hecho, místicas, a que ha llevado la "teoría" de los héroes.

En 1850, Carlyle publicó dos libelos, en los que calificó de epidemia la democracia y de haraganes y vagabundos a los millones de pobres, a los que, como decía, había que mandar a trabajos forzados, fustigar con látigos y, si no ayudaba, fusilar. Marx y Engels, denunciando al autor de dichos libelos como furibundo carcelero, escribían: "Vemos aquí que un genio pomposo en su ira redentora del mundo justifica y hasta profundiza de modo fantástico todas las infamias del burgués... Del mismo modo que antes incluyó en la genialidad a la clase dominante, a la burguesía industrial, por ser dominante, surgida históricamente, ahora toda clase oprimida, cuanto más honda es su opresión, se halla más lejos de la genialidad y es más víctima de la furia de nuestro reformador no reconocido"[11].

La teoría idealista de los "héroes" se erigió en instrumento de justificación de la reacción.

Análoga concepción de la historia desarrollaron en Alemania los jóvenes hegelianos Bruno Bauer, Max Stirner y otros. Hegel reconocía, aunque en forma idealista, la necesidad histórica y que el proceso histórico se producía con arreglo a leyes, pero los jóvenes hegelianos envilecieron el idealismo hegeliano, negando totalmente las leyes objetivas de la historia. A juicio de estos últimos, la masa no es más que un material inerte e inanimado, un elemento pasivo de la historia. Los acontecimientos históricos resultan erróneos e infructíferos si las masas intervienen en ellos. La fuerza creadora de la historia son el espíritu "libre" y sus portadores. Los motores del progreso sólo pueden ser personalidad de pensamiento crítico, héroes que encarnan la conciencia del espíritu absoluto y realizan el desarrollo histórico.

Las masas son una magnitud negativa en el movimiento de la historia. "Todas las grandes acciones de la historia anterior –escribía B. Bauer– estaban frustradas *de antemano* y se hallaban condenadas a no alcanzar resultados profundos, porque la masa se había *interesado y entusiasmado* por ellas, o estaban necesariamente condenadas a tener un final lamentable, porque la idea de que en ellas se trataba era de ésas que tienen que contentarse con una concepción superficial y tenía que aspirar, por tanto, al aplauso de la masa"[12].

---

[11] Marx. Engels. *Werke*, Bd. 7, S. 264-265. Dietz Verlag. Berlin, 1960.

[12] Citado con arreglo a C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 2, pág. 88.

Así, los jóvenes hegelianos presentaron la historia al revés, de cabeza abajo, dándole al subjetivismo una forma caricaturesca. En su imaginación, la principal fuerza motriz de la historia se convirtió en el principal freno de la misma.

En la sociología populista de los años 60-70, un activo predicador de la "teoría de los héroes" fue P. Lavrov, que atribuía el progreso de la civilización a la actividad de unas u otras personalidades. A su juicio, la personalidad es el apreciador y el interpretador de la verdadera razón de la historia.

"¿Y cómo ha marchado la historia? –pregunta Lavrov.– ¿Quién la ha hecho avanzar? – La lucha de unas u otras personalidades. – ¿Cómo lo han logrado? – Se erigieron y debían erigirse en fuerza"[13].

Según opina Lavrov, el lento progreso de la historia se debe a que la personalidad tiene que superar la rutina de la masa. Las personalidades eminentes son el arma única del progreso humano, "consiguientemente, por pequeño que sea el progreso de la humanidad, lo logrado es obra exclusiva de las personalidades dotadas de pensamiento crítico: sin ellas es, indiscutiblemente, imposible"[14].

Sin embargo, las aspiraciones democrático-revolucionarias llevaron a Lavrov al análisis de la situación de las masas populares en la sociedad y a la conclusión de que, en la sociedad contemporánea, la mayoría de la población no tenía condiciones para el progreso. "¡La inmensa mayoría de la población pasa casi toda su vida en interminables esfuerzos para ganarse el pan de cada día, en lucha infatigable por su mísera existencia, sin estar siempre en condiciones de defenderse!"[15]

Al fin y al cabo, en su declaración programática *Vperiod* ("Adelante"), Lavrov llega a la conclusión de que la reorganización de la sociedad rusa no debe efectuarse sólo para el bien del pueblo, para el pueblo, sino también por medio del pueblo.

Siendo demócrata revolucionario, Lavrov pugnaba por que la mayoría de la sociedad se viese en condiciones de desarrollo posible, probable y firme, por que se pudiese decir que progresaba no ya un grupo determinado de personalidades, sino toda la sociedad.

Los populistas rusos de los años 80-90 del siglo XIX, que negaban el papel histórico-universal del proletariado en la transformación socialista de la sociedad, trataban con desprecio a las masas populares. Mijailovski y sus correligionarios afirmaban que el

[13] P. Lavrov. *Filosofía y sociología*, ed. en ruso, t. 2, Moscú, 1965, pág. 119.

[14] Idem, pág. 87.

[15] Idem, pág. 60.

pueblo no era capaz de organizar su vida y hacer realidad los ideales razonables. Aseveraban que las personalidades dotadas de pensamiento crítico debían trazar un plan de reorganización de la sociedad, descubrir un mundo razonable, prescribir a los hombres un orden de convivencia e implantar ese orden en la vida. La contraposición de los "héroes" a la "multitud" adquirió entre los populistas de esa época la forma más brusca. Mijailovski escribía: "Llamaremos *héroe* al hombre cuyo ejemplo impulsa a las masas a hacer algo bueno o malo, noble o infame, razonable o absurdo. Llamaremos *multitud* a la masa capaz de dejarse llevar del ejemplo nobilísimo, bajo o moralmente indiferente"[16]. A su juicio, los héroes llevan a los hombres donde quieren; la masa es abúlica e irreflexiva. "...Lo que hemos convenido llamar "multitud" –escribía Mijailovski– es una masa blanda, dispuesta a seguir "al héroe" en cualquier momento, cambiándose de pie impacientemente, llena de vigilante angustia, en espera de su aparición"[17].

Es difícil incluso imaginarse con qué desprecio llegaron a tratar al pueblo los "amigos del pueblo". La sociología subjetiva del populismo liberal fue, en su esencia, una sociología antipopular.

Los filósofos y sociólogos reaccionarios opinan que el que las masas adquieran conciencia de su papel histórico supone un peligro de muerte para el régimen burgués, basado en la explotación de las masas trabajadoras. Los defensores de la esclavitud capitalista no pueden por menos de comprender que el que abre a las masas los ojos para que se den cuenta de su auténtico papel en la historia socava los cimientos de la sociedad explotadora. Esta es la razón de que los ideólogos burgueses arremetan tan furiosos contra la doctrina marxista del papel decisivo de las masas en la historia. Los ideólogos burgueses aseveran que, de pasar la función dirigente en la sociedad a manos de las masas, a manos de la mayoría de la población, se verían aplastadas las personalidades creadoras, las más dotadas espiritualmente, los espíritus "superiores".

Semejantes "argumentos" de la sociología burguesa contra la doctrina marxista del papel decisivo de las masas en la historia fueron formulados ya por el filósofo burgués inglés Spencer, y los ideólogos burgueses los repiten hasta ahora en distintas variantes. Spencer se sentía anonadado porque, según él, en la sociedad se imponía la tendencia a la absorción paulatina de la vida de la unidad por la vida del conjunto, es decir, la absorción del individuo por

---

[16] N. Mijailovski. *Obras Completas*, ed. en ruso, t. II, San Petersburgo, 1907, pág. 97.

[17] Idem, pág. 146.

la sociedad, por el Estado. Según Spencer, el individuo se marchita, mientras que el Estado crece. Spencer ve un peligro especial de esta tendencia en que la sociedad, el Estado, sea la mayoría, y cuando la mayoría comienza a predominar sobre la minoría, las posibilidades de progreso, según ese filósofo, se restringen mucho. El sociólogo afirma que la mayoría se forma siempre de hombres menos desarrollados. Por eso existe el peligro de que la legislación se vea adaptada a los intereses y a la opinión de la mayoría. En este caso, "si la legislación, incluso sin verse reducida a un rango relativamente inferior, ha de adquirir inevitablemente unas formas que, a la larga o a la corta, actuarán en favor de esta mayoría y en detrimento del tipo superior de desarrollo"[18]

En estos razonamientos de Spencer se manifiesta con toda diafanidad su desprecio hacia las masas populares, que son la mayoría de la población, se manifiesta el servilismo de Spencer ante la casta de los "elegidos", ante el puñado de los explotadores. Por ejemplo, Spencer escribía que de adaptar las leyes de impuestos a los intereses de la mayoría, habría que gravar con grandes impuestos a los que disponen de grandes recursos. En cambio, los que poseen menos recursos se verían en tal caso en una situación más ventajosa de lo que se merecen. De resultas se produciría, como opina Spencer, la humillación de los "mejores" en favor de los "peores", y eso impediría la evolución de los espíritus superiores y más capaces. Esta defensa de las clases ricas contra los grandes impuestos y la protesta contra las eventuales ventajas para los pobres denuncian a Spencer como défensor de los ricos, como enemigo jurado de las masas trabajadoras explotadas y oprimidas.

Veamos otro ejemplo que prueba la esencia de clase de las afirmaciones reaccionarias y antipopulares de Spencer. Este filósofo afirma que la sindicalización de los obreros es peligrosa en primer término para los propios obreros; los sindicatos limitan a los obreros enérgicos y hábiles, los privan de sus ventajas y, en cambio, ofrecen ventajas a los menos capaces[19]. Las mentiras burguesas acerca de que los sindicatos limitan a los obreros capaces y calificados le sirven a Spencer para arremeter contra el principio mismo de la organización de los sindicatos obreros. So pretexto de defender la libertad del individuo, Spencer procura demostrar que la organización de los obreros es perjudicial para ellos mismos, contando apartar con eso a los obreros de sus organizaciones de clase y desarmar de ese modo al proletariado frente a sus enemigos de clase.

[18] Herbert Spencer. *The Principles of Sociology*, N. Y., 1904, vol. II, p. 663.

[19] Idem.

Los fundadores del marxismo sostuvieron una lucha infatigable y resuelta contra las doctrinas y los partidos políticos que minimizaban el papel de las masas populares en la historia, en la vida sociopolítica. Marx y Engels mostraron todo lo insostenible de la sociología idealista subjetiva de los jóvenes hegelianos y todos los grupos y corrientes análogos que oponían a los "héroes", las "personalidades dotadas de pensamiento crítico", a las masas populares, que estimaban que los grandes hombres eran los que hacían la historia. El materialismo histórico enseña que los grandes cambios históricos se deben a poderosos y largos movimientos populares. Los móviles de los acontecimientos históricos se reflejan de una manera u otra en las mentes de la masa activa de hombres, incluidas las personalidades eminentes. A fin de contribuir activamente al progreso histórico es preciso comprender las necesidades materiales de las masas, de las clases de vanguardia, es preciso conocer las leyes dominantes en la historia y en sus diversos períodos.

Al desarrollar la crítica marxista de la sociología idealista, Lenin libraba una lucha sin cuartel contra los populistas, los anarquistas, los eseristas y otros enemigos del marxismo, cuyas teorías reducían a las masas al papel de elemento rutinario e inerte, de freno para el proceso histórico. En oposición a los populistas, los anarquistas y los eseristas, que insistían en que, para la liberación del individuo, era preciso hacer caso omiso de los intereses de las masas, el partido bolchevique partía de que los principales propulsores del progreso social eran precisamente las masas populares, de que también las personalidades eminentes debían trabajar para emancipar a las masas populares.

Lenin ridiculizó la abstracta charlatanería de los populistas acerca de las "personalidades vivas" como propulsores de la historia y mostró que las personalidades, consideradas al margen de las relaciones sociales concretas, no eran otra cosa que fruto de la fantasía idealista de los subjetivistas. Lenin probó que sólo los marxistas argumentaban científicamente el papel de las "personalidades vivas" en la historia, el papel de los hombres de vanguardia en la vida y la lucha de las clases revolucionarias. Al contraponer su enfoque de los fenómenos sociales al subjetivismo populista, Lenin escribía: "Es cierto que yo nunca digo que "la historia la hacen personalidades vivas" (porque me parece que es una frase huera), pero al investigar las relaciones sociales *efectivas* y el desarrollo *efectivo* de éstas, investigo precisamente el producto de la actividad de personalidades vivas. Pero usted, aunque habla de "personalidades vivas", en realidad no toma como punto de partida la "personalidad viva" con "las ideas y los sentimientos" que crean sus condicio-

nes de vida, el sistema dado de relaciones de producción, sino un muñeco cuya cabeza rellena con sus propios "ideas y sentimientos"[20].

Así, el marxismo-leninismo unió el problema del papel de la personalidad y de las masas en la historia con la comprensión de las condiciones de vida material de los hombres, de sus relaciones de producción, ofreció la posibilidad de reducir las acciones de unos u otros hombres a las acciones de clases. La valoración de la actividad de cada personalidad concreta depende de si coincide con la dirección del desarrollo histórico o bien le es contraria; de si expresa las demandas de las clases de vanguardia o sirve a los intereses de la clase reaccionaria. Mientras los subjetivistas cifran todas sus esperanzas en los "héroes", el materialismo dialéctico argumenta la necesidad de máximo desarrollo de la energía creadora de las masas.

La teoría de los "héroes", aplicada a la política, causaba gran daño a la lucha de clase del proletariado, justificando el aventurerismo "revolucionario" de los eseristas y los anarquistas, preconizadores de la táctica del terrorismo individual. En una proclama de los eseristas publicada en 1902 se decía: "Cada duelo del héroe despierta en todos nosotros un espíritu de lucha y de intrepidez". Con motivo de esa pompa declamatoria, Lenin escribía: "Sin embargo, sabemos por lo pasado y vemos por lo presente que *sólo* las nuevas formas del movimiento de masas o la incorporación de nuevos sectores de la masa a la lucha independiente despiertan de verdad *en todos* un espíritu de lucha e intrepidez"[21].

Un gran mérito en la propaganda y la argumentación de la concepción materialista de la historia y el papel de la personalidad le pertenece a J. Plejánov. En sus obras se hace una viva crítica de la sociología populista, se desarrolla una argumentación convincente, basada en numerosos hechos, de la concepción marxista de las leyes a que obedece el desarrollo histórico y del papel de las personalidades ilustres en la historia. Aplicando esta concepción a la lucha de clase del proletariado, Plejánov explicaba que el creciente movimiento obrero no se debía a los planes utópicos de distintos reformadores, sino a las leyes de la producción material.

La misión de la personalidad pensante no consiste en inventar ideales y ponerse por encima de la "multitud" con el propósito de llevarla adonde se le antoje a uno, sino en desarrollar la conciencia de las masas. La historia es obra del pueblo. "...Ningún gran paso en el histórico movimiento de la humanidad puede darse –escribía

---

[20] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 1, pág. 427.
[21] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 6, pág. 384.

Plejánov–, no ya sin la participación de los hombres, sino sin la participación de un gran número de hombres, es decir, las *masas*"[22].

La teoría reaccionaria del papel determinante de unas u otras personalidades en los destinos de la historia y de la incapacidad de las masas de hacer la historia es una idealización y una justificación teórica de la práctica de la sociedad explotadora. Con arreglo a dicha teoría, los "héroes de la historia" son los esclavistas, los señores feudales y los magnates del capital, que actúan en la superficie de la vida social, oprimen a toda la masa de la población y disponen de los destinos y la vida misma de los que se hallan bajo su poder. La teoría de los "héroes" y de la "multitud" es una teoría clasista de los explotadores que procura mostrar la imaginaria superioridad de éstos respecto de los explotados. La misión de dicha "teoría" es justificar la dominación de un puñado de opresores sobre las masas, del capital sobre el trabajo, y eternizar la esclavitud capitalista.

En la época del imperialismo, cuando las contradicciones de clase se agravaron al extremo, los ideólogos de las clases explotadoras emprendieron una campaña desenfrenada contra las masas populares, fomentando por todos los medios el individualismo burgués. Adquirió vasta difusión la teoría antipopular del "superhombre" creada por el filósofo alemán Nietzsche. Los ideólogos del fascismo hicieron suya y avivaron por todos los medios esa teoría penetrada de odio feroz a las masas, en la que se proclamaba el culto de la violencia y se glorificaba la "voluntad de poder".

En la ideología burguesa de la época del imperialismo ocupó un lugar prominente el culto a la "élite", la cúspide gobernante de los "elegidos". Según esa teoría de la "élite", dichos "elegidos" son la fuerza creadora de la historia.

El filósofo pragmatista norteamericano James consideraba que las personalidades ilustres eran los motores de todos los cambios sociales. "Las mutaciones de las sociedades de generación en generación –afirmaba James –vienen condicionadas, en lo fundamental, directa o indirectamente, por las acciones o los ejemplos de unas u otras personalidades".

En los últimos decenios, el culto a la "élite" ha adquirido en la ideología burguesa las formas más extremas. Una de ellas consiste en la prédica de las doctrinas tecnocráticas. En el libro del teórico tecnócrata norteamericano James Burnham *The Managerial Revolution; What is Happening in the World*[23] se asevera que ha llegado

[22] J. Plejánov. *Obras*, ed. en ruso, t. VIII, Moscú, 1923, pág. 210.

[23] Véase J. Burnham. *The Managerial Revolution; What is Happening in the World*. N. Y., 1941.

el siglo de los organizadores y que los líderes técnicos son los que deben dirigir la sociedad.

En los EE.UU. varios institutos y sociedades científicas se dedican a la propaganda de la teoría de la "élite". Es particularmente activo en este aspecto el Instituto Hoover anejo a la Universidad de Stanford. En los "trabajos" de dicho Instituto se preconiza la reaccionaria doctrina de que las masas jamás han participado ni participarán en la determinación de las direcciones fundamentales de la política, que los caminos por los que sigue la sociedad vienen prescritos por las doctrinas de los elegidos.

El conocido historiador inglés Arnold Toynbee presenta a las masas en sus numerosas obras como una retaguardia inerte de la historia, a la que las personalidades insignes impulsan con grandes esfuerzos. Los adelantos de la civilización moderna, insiste Toynbee, son obra de la minoría creadora, mientras que el grueso de la humanidad sigue todavía viviendo en un pasado remoto.

W. Churchill, líder del partido conservador inglés durante muchos años, planteaba la teoría idealista del papel determinante de las personalidades como base de explicación de la historia y la política. A su juicio, la marcha de los acontecimientos históricos viene determinada por las personalidades destacadas. Churchill ponía la elevación y el fortalecimiento del Estado inglés en cada período concreto en dependencia de la actividad de los gobernantes de dicho período.

Cuanto más miedo tienen los elementos reaccionarios a la actividad de las masas más procuran difamar y calumniar a los trabajadores y ensalzar a los opresores como espíritus "creadores" y "superiores".

En su *Relato acerca del héroe*, Gorki muestra con maravillosa brillantez la esencia reaccionaria de las doctrinas que menoscaban el papel de las masas populares. Un monárquico, enemigo jurado del socialismo, dice en ese relato: "La historia es obra de individuos contados, es obra de los héroes". Llevado de su odio mortal al pueblo, el ultrarreaccionario calumnia a las masas: "...las masas populares, de hecho, no tienen personalidad..." Pero ese "héroe" resulta un cobarde miserable cuando las masas salen a la calle en las jornadas revolucionarias, hacen patente su poderosa fuerza y dispersan así la mentira de su "carencia de personalidad" y de su "pasividad". Entonces, un discípulo y adepto a este "filósofo" ultra le grita en la cara: "Canalla, ¿dónde están tus héroes?"[24]

---

[24] Véase M. Gorki. *Obras*, ed. en ruso, t. 16, Moscú, 1952, págs. 76-107.

En la presente época de grandes transformaciones revolucionarias y movimientos de liberación nacional, los ideólogos de la burguesía propagan más y más infundios acerca del papel destructor de las masas. Si bien en el pasado se presentaba a las masas preferentemente como una multitud pasiva y rutinaria, hoy se las califica con creciente frecuencia como terrible fuerza destructora. Los defensores del capitalismo publican toda clase de exorcismos histéricos contra la "rebelión de las masas".

La experiencia histórica refuta tajantemente los infundios de los reaccionarios acerca del papel "organizador" y "creador" de los explotadores y del papel negativo de las masas trabajadoras. Lenin escribía que las clases oprimidas y explotadas "...por su disposición al heroísmo, por su abnegación y por su disciplina basada en la camaradería han demostrado siempre, en todo el curso de la historia, ser infinitamente *superiores* a los explotadores"[25].

La concepción materialista de la historia es un arma ideológica afilada en la lucha contra las teorías burguesas, que menosprecian y tergiversan el papel de las masas populares en el desarrollo histórico. Los colosales éxitos logrados por la humanidad desde los tiempos primitivos hasta nuestros días en el fomento de la producción se deben a la actividad de las masas populares.

El proceso de producción es un proceso social que llevan a cabo las masas populares. En el proceso de producción, los hombres entran en determinadas relaciones típicas de cada régimen social. La sucesión objetiva y natural de las formaciones socioeconómicas es, al fin y a la postre, fruto de la actividad de las masas populares.

No ya sólo el fomento de la producción, sino, además, los cambios de las formas de vida social se efectúan merced al trabajo y la lucha de las masas populares. La actividad productiva de los hombres condiciona el perfeccionamiento de la producción, y su lucha de clase contra los explotadores es la fuerza motriz de todos los cambios en la organización social y política de las formaciones antagónicas.

La esclavitud y el feudalismo no son ahora patrimonio del pasado de por sí o por voluntad de unas u otras personalidades insignes, sino merced a la tenaz y larga lucha de las masas oprimidas contra los opresores.

El capitalismo estaría todavía hoy campando por sus respetos en el mundo entero si las masas populares del País de los Soviets y luego de varios Estados más de Europa y Asia no hubiesen roto las cadenas de la esclavitud capitalista en sus países. Merced al

---

[25] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, pág. 177.

heroísmo sin par y a la lucha abnegada de las masas populares, cerca de un tercio de la población del globo terrestre vive ahora libre del yugo del capitalismo.

El sistema colonial del imperialismo seguiría oprimiendo hasta ahora a todos los países del Este si las masas populares no se hubiesen alzado a la lucha contra el yugo imperialista. Los pueblos de las colonias y semicolonias, despertados por la Gran Revolución Socialista de Octubre y las históricas victorias en la URSS a la obra histórica independiente, inspirados por la heroica lucha del pueblo chino, asestaron un golpe demoledor al sistema imperialista de opresión colonial.

Los imperialistas hubieran implantado desde hace mucho en todos los países un régimen reaccionario terrorista si las masas populares no sostuviesen una lucha enérgica en defensa de los derechos democráticos. La clase obrera, unida a todas las capas de trabajadores, defiende las libertades democráticas contra la ofensiva de la reacción y le corta el camino a la dictadura descarada y terrorista del capital.

Los imperialistas hubieran desencadenado una nueva guerra mundial si las masas populares no rechazasen los intentos de los incendiarios de guerra y no frustrasen los pérfidos propósitos de estos últimos. Y cuanto más activos sean los pueblos en la defensa de la paz más garantías habrá de que la guerra no estallará.

La causa de la paz, la democracia, el bienestar del pueblo y el continuo progreso de la humanidad no dependen de unas u otras personalidades eminentes, sino de millones y millones de trabajadores. Unas u otras personalidades individuales no están en condiciones de determinar con su actividad el curso de los acontecimientos, no están en condiciones de resolver los problemas que afectan a los destinos de los pueblos.

La historia conoce muchos hombres ilustres que procuraron liberar a sus pueblos de la opresión y llevar a la sociedad a una vida feliz y libre, pero mientras estos hombres actuaban solos, mientras las grandes masas populares no se incorporaron a la lucha por la reorganización de la sociedad, todos los planes de crear un régimen social mejor no eran otra cosa que un sueño irrealizable. La vida dejaba de lado estos planes, y la actividad de esos hombres no ejercía influencia sensible en la marcha de la historia. Las personalidades destacadas sólo pueden desempeñar y desempeñan un papel considerable en la sociedad cuando se ponen al frente de movimientos de las clases de vanguardia, de las masas populares, que son las que deciden el desenlace.

Es un error estimar que los héroes determinan el carácter de la

época a que pertenecen. En efecto, cada época engendra a sus propios héroes, los cuales se ponen al servicio sólo de las clases que actúan en la arena histórica. A veces se habla de la época de Pedro I o de la época de Napoleón, partiendo de que estas personalidades determinaban el contenido de los acontecimientos históricos de su tiempo. En realidad, fueron las condiciones de la correspondiente época las que determinaron la aparición de estos hombres; de no aparecer ellos hubieran surgido otros llamados a contribuir de una manera u otra al cumplimiento de los designios de su clase.

El papel decisivo de las masas populares no se manifiesta sólo en la esfera de la producción de bienes materiales, en el progreso de las formas de vida social, sino también en el desarrollo de la cultura espiritual. Las masas populares crean las premisas materiales para la cultura espiritual, ya que sin los indispensables medios de existencia, la sociedad no podría fomentar la ciencia, el arte, la literatura y las teorías sociales. En el proceso de trabajo, en el proceso de obtención de medios de existencia han surgido y se han desarrollado la lengua y el pensamiento de los hombres, se ha enriquecido su conciencia.

El trabajo en común unía a los hombres y hacía vitalmente necesaria la constante relación entre ellos. La relación entre los hombres, fruto de la comunidad de los procesos laborales, engendró la necesidad de explicarse los unos con los otros, de comunicar el uno al otro sus deseos y propósitos. El trabajo social es imposible sin la coordinación de las acciones, sin el común acuerdo de los que participan en el proceso de trabajo. El progreso del trabajo social exigió los correspondientes medios de comunicación y relación entre los hombres. Y ese medio vino a ser la lengua.

A la par con el desarrollo de la palabra, bajo la influencia de ese mismo proceso de producción social se desarrolló el pensamiento humano. Sin la necesidad de comprender y adquirir conciencia del proceso de producción, de pensar y proyectar los procesos siguientes, el pensamiento hubiera sido innecesario e imposible. El continuo perfeccionamiento del proceso de producción planteaba problemas ante el pensamiento y, de este modo, impulsaba el progreso de éste. Paralelamente al desarrollo del cerebro fueron perfeccionándose los órganos de los sentidos. El progreso del lenguaje, del pensamiento y de los sentidos de los hombres ofreció las condiciones para el avance de la cultura material y espiritual.

De suyo se entiende que la lengua no es obra de una personalidad, sino de todo el pueblo, del esfuerzo de todas las generaciones como medio de relación y de lucha. Sin la lengua popular sería imposible la literatura.

Exactamente de la misma manera, el pensamiento y los sentidos de los hombres no se han ido desarrollando merced a la labor de unos u otros filósofos o artistas, sino como resultado de la vida práctica cotidiana de las masas populares. Sobre esta base surgieron, al fin y al cabo, todas las formas de conciencia humana. Sin eso no habría filosofía, ciencia y arte.

Ahora bien, el papel de las masas populares no se circunscribe a eso en la creación de los valores espirituales. Los conocimientos científicos se apoyan en la producción, en la labor productiva de las masas, se nutren de la experiencia de producción. Las demandas prácticas de la sociedad son el móvil de toda ciencia. La biología no hubiera podido progresar al margen de la práctica agrícola, la física y la química serían inconcebibles sin conexión con las demandas de la industria. Hasta la astronomía, la ciencia de los cuerpos celestes, surgió con motivo de las necesidades prácticas de la navegación y de la agricultura de regadío.

La fuente primera de la literatura y del arte es el folklore. Las canciones épicas, los cuentos, los refranes, los cantos, los corros y los bailes, en tanto que formas de folklore, sirven de prototipo para las obras de arte. Los grandes maestros del arte han estudiado siempre de la manera más profunda el folklore. El arte y la literatura beben del venero del arte popular.

El negar el papel de la obra individual en el progreso de la cultura espiritual sería pecar de simplista. Los eminentes pensadores crearon sistemas filosóficos, a los eminentes hombres de ciencia les debe la humanidad los principales adelantos de la ciencia. Los eminentes maestros de la cultura crean inmortales obras artísticas que enriquecen la cultura espiritual del género humano. En dichas obras se expresan los rasgos individuales de la obra artística de su autor, pero se hacen más imoprtantes cuando reflejan más profundamente las demandas espirituales, los pensamientos y los anhelos de las masas.

El gran compositor ruso M. Glinka decía: "El autor de la música es el pueblo, y nosotros, los artistas, no hacemos más que instrumentarla". Las canciones populares ejecutadas por los cantantes y músicos campesinos que Glinka oía en la infancia ejercieron un gran efecto en su obra. "...Y tal vez estas canciones que oí en la infancia –reconoce Glinka– fueron la causa primera de que luego me dedicase preferentemente a tratar la música popular rusa"[26].

El genial artista de la palabra Gógol enseñó y probó con sus

---

[26] M. Glinka. *Herencia literaria*, ed. en ruso, t. I, Moscú–Leningrado, 1952, págs. 66-67.

obras que la fuerza de la literatura está en sus raíces populares. Gógol veía también la grandeza de Pushkin en que éste buscaba su inspiración "en el espíritu mismo del pueblo". El auténtico poeta ve el mundo "con los ojos de todo el pueblo", "siente y habla de tal manera que a los compatriotas les parece que son ellos los que sienten, que son ellos los que hablan"[27].

Como atestigua el gran pintor Repin, la pintura no puede ser brillante, fresca, viva y emocionante si está divorciada de la vida popular. Repin habla con inspiración y entusiasmo de la aparición de cuadros en los que los pintores representan "escenas de la vida del pueblo". "Estos pequeños lienzos respiraban frescura, novedad y, lo que es lo principal, asombrosa verdad real y poesía de la auténtica vida rusa. ¡Era un innegable florecimiento del arte ruso!"[28]

Suenan como una verídica, sabia y profunda generalización filosófica las inolvidables palabras de Gorki acerca del papel de las masas populares en el progreso de la cultura mundial: "El pueblo no es sólo la fuerza que crea todos los valores materiales, es la única e inagotable fuente de valores espirituales, es el primer filósofo y poeta, primero en el tiempo, por la hermosura y la genialidad de la obra, creador de todos los grandes poemas y tragedias de la tierra, y la mayor de ellas, la historia de la cultura universal"[29].

Durante muchos siglos, durante milenios enteros, las masas populares se hallaban oprimidas por la explotación, no tenían acceso libre a la instrucción y la cultura. Hasta en esas condiciones, hombres del pueblo alcanzaban las cumbres de la ciencia y del arte, abriendo nuevos caminos en ellos.

Las fuerzas creadoras del pueblo llegan a desplegarse de verdad, en toda su magnitud, sólo después de derrocarse la dominación de los explotadores, después de la victoria del socialismo, con la cual la obra popular adquiere inusitado progreso en el fomento de la producción material y de la cultura espiritual. Precisamente con el socialismo comienza el acelerado avance en todas las esferas de la vida con la participación de las más vastas masas populares. Precisamente en la sociedad socialista se ve claro que el pueblo es el que hace la historia, es el creador de todos los bienes materiales y culturales.

La labor activa de las masas populares y su papel en la solución de los problemas sociopolíticos crecen en el curso del desarrollo histórico. Sería craso error estimar que las masas han actuado

[27] N. Gógol. *Obras*, ed. en ruso, t. 6, Moscú, 1953, pág. 34.

[28] I. Repin. *Lo remoto querido*, ed. en ruso, Moscú–Leningrado, 1949, pág. 158.

[29] M. Gorki. *Obras*, ed. en ruso, t. 24, Moscú, 1953, pág. 26.

siempre como fuerza histórica consciente. El problema del papel de las masas populares en la historia, al igual que todo problema de la vida social, debe abordarse de modo histórico.

En la sociedad en que impera la propiedad privada sobre los medios de producción, las masas populares se hallan agobiadas por el yugo de la explotación, las clases gobernantes privan de todas las maneras posibles a las masas populares de la posibilidad de participar en la dirección del Estado, en la solución de los problemas sociales. Sólo a través de la porfiada lucha es como las masas populares conquistan las condiciones para poder participar activamente en la vida social. Sólo en el proceso del despliegue de dicha lucha crecen las filas de los artífices activos y conscientes de la historia. La historia muestra que, cuanto más amplias son las capas de la población cuyos intereses se hallan relacionados con los acontecimientos que ocurren más significativos son estos últimos y más activas son las masas populares. Marx expresó con precisión esta regularidad histórica: "Con la profundidad de la acción histórica aumentará, por tanto, el volumen de la masa cuya obra es"[30].

El desarrollo de la vida social, la agudización de la lucha de clases llevaba a la esfera de la intensa actividad social a masas cada vez más extensas de la población. "A medida que se amplía y se profundiza la creación histórica de los hombres –señalaba Lenin–, debe crecer también la masa de la población que es el forjador consciente de la historia"[31].

Bajo el yugo de la esclavitud y la servidumbre feudal, las fuerzas de las masas populares se aplastaban, la administración de los asuntos estatales, la política, la ciencia y el arte eran privilegio de una minoría insignificante. En ello residía la causa fundamental del ritmo excepcionalmente lento del desarrollo social. Al caracterizar la situación histórica de principios del siglo XIX, Lenin hacía constar que a la sazón actuaban en la superficie de los acontecimientos históricos puñados de aristócratas y camarillas de intelectuales burgueses, ante la pasividad y el atraso de las masas obreras y campesinas. "Por todo eso, la historia sólo podía arrastrarse a la sazón con una lentitud espantosa"[32].

El rápido crecimiento de la técnica y la cultura bajo el capitalismo, debido a las demandas del progreso económico, era imposible sin la elevación del nivel cultural de las masas. Al propio tiempo se intensifica la explotación de las masas populares; la situación económica precaria y toda clase de humillación son el patri-

[30] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 2, pág. 90.
[31] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 2, págs. 539-540.
[32] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 36, pág. 81.

monio de capas cada vez más extensas de la población trabajadora. Al par que la agudización de las contradicciones del capitalismo, crecen el número y la cohesión de los proletarios, su descontento e indignación con el yugo del capital, se agrava la lucha de la clase obrera contra la de los capitalistas. Aumenta en las grandes masas el afán de liberarse del yugo capitalista. En el curso de la lucha de clases se plasma el partido revolucionario del proletariado, que lleva la organización y la conciencia socialistas al movimiento obrero espontáneo y dirige la lucha de la clase obrera por la transformación socialista de la sociedad.

Al aparecer en la arena histórica el movimiento obrero organizado, con el partido revolucionario al frente, crece inconmensurablemente el papel de las masas populares en la historia. La época contemporánea, que se distingue por históricos virajes revolucionarios y acontecimientos internacionales de primera magnitud, ha puesto en movimiento las más grandes masas. "La historia la hacen ahora –escribía Lenin– por sí mismos millones y decenas de millones de hombres"[33].

La actividad creadora de las masas populares, su lucha contra las caducas formas de vida, es la fuerza motriz de la historia. Las proporciones y la rapidez del desarrollo histórico dependen de la actividad, la cohesión y la organización de las masas. Toda la marcha de la historia y, más que nada, la experiencia de la época contemporánea ha confirmado brillantemente la tesis del marxismo-leninismo acerca de que, a medida que se amplían y se extienden las acciones históricas, crece el número de hombres que participan en las mismas y, a la inversa, a medida que aumenta la profundidad de la transformación que se debe realizar, más hay que fomentar el interés y la actitud consciente hacia ella, convencer a nuevos millones y decenas de millones de hombres de que la transformación es necesaria.

En la época contemporánea se acelera inusitadamente el proceso del desarrollo histórico. "La causa fundamental de ese magno aceleramiento del desarrollo mundial –señalaba Lenin– es la incorporación al mismo de nuevos centenares y centenares de millones de personas"[34].

La Revolución Socialista de Octubre fue un gran viraje en la historia mundial, despertó a la vida activa a centenares de millones de personas en todos los países del mundo, y cada año son más rápidos el progreso y el avance de la humanidad hacia el comunismo.

[33] Idem, pág. 82.

[34] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 174.

El surgimiento de varios países de democracia popular en Europa y Asia después de la segunda guerra mundial, la victoria de la gran revolución popular en China y la formación del sistema socialista mundial son una nueva etapa histórico-universal en el progreso de la humanidad, que significa el continuo crecimiento del papel activo de las masas populares en todos los dominios de la vida social. La creación del régimen socialista se ha erigido en obra práctica no ya del pueblo de un país, sino de toda una serie de países en los que vive cerca de un tercio del género humano.

El crecimiento del papel histórico de las masas populares se manifiesta impetuosamente en el alza poderosa del movimiento de liberación nacional. Como resultado de las transformaciones revolucionarias, bajo el embate de las masas multitudinarias del Este, oprimidas durante siglos y siglos por los colonialistas, se desmoronó el sistema colonial del imperialismo.

La época contemporánea hace cada vez más patente la inevitabilidad de la victoria del pueblo. Las fuerzas populares han crecido extraordinariamente y avanzan de victoria en victoria, superando todas las intrigas, arbitrariedades y aventuras criminales de las fuerzas reaccionarias.

Antes de la Gran Revolución Socialista de Octubre, en muchos países tuvieron lugar insurrecciones revolucionarias de los obreros, las masas populares conquistaban por cierto tiempo una vasta libertad política. Pero, estas insurrecciones eran aplastadas cruelmente, se suprimían las conquistas revolucionarias y se implantaba el orden de cosas anterior o incluso más insoportable.

En 1871, los obreros revolucionarios de París tomaron el poder en sus manos y dieron al pueblo la libertad política. Pero, la Comuna de París, ese poder revolucionario de la clase obrera, no existió más de dos meses y fue aplastada por la burguesía contrarrevolucionaria con el apoyo de tropas extranjeras, los prusianos. Miles de confederados fueron fusilados y decenas de miles fueron metidos en la cárcel o deportados a trabajos forzados. En el país se instauró el régimen sanguinario de los verdugos de la Comuna de París.

En 1905, las luchas revolucionarias de los obreros y campesinos de Rusia resquebrajaron los cimientos de la autocracia zarista, los trabajadores comenzaron a implantar por su cuenta las libertades democráticas. Pero, la revolución de los años 1905-1907 fue derrotada, en el país se instauró la más feroz reacción, la autocracia se ensañó cruelmente en los participantes de la lucha revolucionaria.

La victoria de la Revolución Socialista de Octubre y los éxitos de la construcción del socialismo en la URSS han servido de pode-

roso baluarte para los trabajadores de todos los países en su lucha emancipadora, les han ofrecido un ejemplo de cómo pueden las masas populares liberarse del yugo de la explotación y construir la nueva vida en beneficio propio. Las masas populares se han convencido en su propia experiencia de que hoy no existe fuerza más poderosa que la alianza de la clase obrera con el campesinado y las demás capas de trabajadores. En el gran ejemplo de la revolución socialista y la victoria del socialismo en la URSS, la historia ha mostrado que las fuerzas del capitalismo son fuerzas caducas, que vienen a menos, mientras que la nueva fuerza ascendiente y victoriosa es la alianza de los obreros con todas las masas trabajadoras.

A lo largo de muchos decenios, las naciones oprimidas del Este se sublevaban contra los imperialistas extranjeros, a veces incluso llegaban a expulsarlos temporalmente, pero eran derrotados, y la dominación de los invasores extranjeros volvía a restablecerse en formas aún más brutales. En China, la India, Indonesia y el Oriente Medio, decenas y centenares de insurrecciones de las masas populares eran aplastadas con la ayuda de las fuerzas armadas de los colonialistas y los gobernantes feudales que vendían sus países al capital extranjero.

La derrota de los fascistas alemanes y los militaristas nipones por el pueblo soviético y los demás pueblos adictos a la libertad en la segunda guerra mundial y la victoria de la revolución popular en China significaron un viraje histórico en el desarrollo del movimiento de liberación nacional, llevando a un inmenso recrudecimiento de la lucha de los pueblos de las colonias y los países dependientes contra los colonialistas imperialistas. Las masas oprimidas del Oriente han visto en el ejemplo de la victoriosa lucha del pueblo chino que la dominación de los imperialistas en las colonias y los países dependientes no es una cosa inquebrantable, que no puede hacer frente a la fuerza de las masas populares decididas a combatir abnegadamente por su liberación.

Una gran obra histórica de las masas populares es la creación del régimen socialista. Los ideólogos de las clases explotadoras han estado siglos y siglos afirmando que las clases trabajadoras no pueden ser una fuerza consciente, que son capaces de participar en la destrucción del viejo régimen, pero jamás serán constructoras de un nuevo orden de cosas. Los ideólogos de la burguesía alegan que los esclavos y los siervos de la gleba no han creado régimen social propio, que el nuevo orden de cosas social ha sido siempre obra de las "clases superiores".

La revolución socialista ha refutado de una vez y para siempre esta fábula reaccionaria. Se ha probado que las masas trabajado-

ras, con la clase obrera al frente, pueden no ya sólo destruir hasta los cimientos el régimen explotador, sino, además, llevar a cabo la reorganización socialista de la sociedad y crear el modo de vida más progresivo. La construcción del socialismo en la URSS, al incorporar en vasta escala a los trabajadores a la organización de la nueva vida, en el curso de la cual se ha desplegado la gigantesca iniciativa y la energía de las masas populares, ha reducido a polvo la leyenda burguesa de la incapacidad de las masas populares de hacer la historia. La gran actividad y la labor constructiva de los trabajadores en todos los países socialistas ofrecen más y más pruebas brillantes del papel creador de las masas populares. Por otra parte, el capitalismo en su actual fase, además de ahogar y explotar con mayor intensidad que antes a las masas, se ha erigido en obstáculo que impide directamente el progreso social. El capitalismo contemporáneo trae aparejado terribles calamidades a las masas populares, conflictos, crisis y guerras que llevan a la destrucción de las fuerzas productivas y de los adelantos de la cultura.

Haciendo coro a los ideólogos de la burguesía imperialista, los seudosocialistas de distinto pelaje minimizan el papel de las masas populares en la historia, disertan acerca de la incapacidad de los trabajadores de hacer la historia por su propia cuenta. Algunos teóricos, que se dan a sí mismos el nombre de socialistas, aseveran que los obreros no son capaces de dirigir la producción, que la gestión de la economía es obra de los capitalistas y sabios turiferarios de estos últimos. Esos teóricos niegan, en realidad, la misión histórica del proletariado como sepulturero del capitalismo y creador de la sociedad socialista.

La gran experiencia histórica de nuestros días muestra que precisamente en la sociedad socialista se puede dar campo libre a la iniciativa creadora de todos los hombres sobre la base de la emancipación del trabajo, liberándolo del yugo del capital. El marxismo ha puesto al descubierto lo insostenible que es el individualismo burgués y la falsedad de la transformación burguesa de la libertad del individuo en un fetiche. La auténtica libertad del individuo se logra liberándolo de la explotación. En la sociedad socialista, donde la necesidad histórica y las leyes objetivas de la historia no se cumplen espontáneamente, sino que se encarnan en la actividad planificada de los hombres, crece inconmensurablemente el papel de las masas populares en el desarrollo de la sociedad.

En la sociedad socialista crecen la conciencia de las masas, su energía creadora y su heroísmo. La creación de la poderosa industria socialista en un país ayer atrasado, la agrupación, sobre bases socialistas, de la producción agropecuaria atomizada durante siglos,

la revolución cultural y el florecimiento de la cultura socialista son grandes realizaciones del pueblo soviético dirigido por el Partido Comunista.

En la Gran Guerra Patria, el pueblo soviético se ha ganado la gloria de pueblo heroico. El heroísmo del pueblo soviético se encarna en las hazañas sin par de los soviéticos en aras de la Patria. Y no se han cubierto de gloria unas u otras personalidades que estén al margen de la masa, sino precisamente los que constituyen la propia masa. Los millones de hijos e hijas fieles del pueblo soviético son los héroes de la historia, los que la hacen. Los nombres del capitán Gastelo, de Zoya Kosmodemiánskaya, de Alejandro Matrósov y muchos otros son símbolos del desarrollo del individuo en la sociedad socialista. La fuerza vital de la sociedad se manifiesta en el heroísmo del individuo, y el heroísmo del individuo tiene su fuente en el pueblo. Esta unidad viva y orgánica entre el individuo y la sociedad, entre los héroes y la masa representa una nueva época en el desarrollo de las fuerzas creadoras del pueblo.

La cohesión monolítica de todo el pueblo soviético en torno a la vanguardia de la clase obrera, en torno al Partido Comunista, es una fuente inagotable de la firmeza, la energía creadora y la actividad política y laboral de las masas.

La base material del crecimiento de la actividad de las masas en la sociedad socialista es el progreso de la economía socialista, que asegura el interés personal y colectivo de los trabajadores por el fomento de la producción social.

Coadyuvan también al despliegue de la energía creadora y la iniciativa de las masas la constante elevación del nivel cultural y técnico de los trabajadores, la labor cotidiana que realizan las organizaciones del partido y del Estado, así como las organizaciones sociales, en materia de organización y formación ideológica de las masas.

La actividad constructiva de las masas populares es una poderosa fuerza del progreso del régimen socialista, del ininterrumpido ascenso de la economía y la cultura, del desarrollo universal del individuo en la sociedad socialista. En el despliegue de la iniciativa creadora y la energía de las masas sobre la base de la emulación socialista de todo el pueblo reside la principal fuente de crecimiento y fortalecimiento de la sociedad socialista.

Los sociólogos burgueses reprochan a los marxistas el idealizar a las masas, el implantar no se sabe qué "culto al proletariado", "culto a las masas". En estas acusaciones sale a la superficie el feroz odio que sienten los ideólogos de la "élite" a los trabajadores. Los comunistas, al estimar que el pueblo es el artífice de la

historia, al considerar que el proletariado es la clase más avanzada, la única consecuentemente revolucionaria, no dejan de advertir que en todo el mundo, entre las masas, incluido el proletariado, hay mucho atraso, embrutecimiento, ceguedad de clase e ilusiones reformistas. El capitalismo ya hubiera desaparecido de la faz de la tierra si fuesen bastante elevadas en todas partes la conciencia revolucionaria, la actividad y el grado de organización de las masas.

Incluso en los países socialistas no todas las capas de la población, ni mucho menos, dan prueba de elevada conciencia y actividad políticas. El deber permanente y la misión de las organizaciones del partido es elevar la conciencia comunista de las masas, su actividad laboral y sociopolítica. La superación resuelta de cualesquiera manifestaciones de burocratismo, que aherroja la iniciativa de las masas, el continuo desarrollo de la democracia socialista, el máximo estímulo de la iniciativa popular en todos los dominios de la edificación económica y cultural contribuirán al incesante crecimiento de la actividad y la conciencia de las masas, principal fuerza del progreso social.

Por tanto, el problema de las fuerzas motrices del progreso social, el problema de lo que constituye la base del desarrollo histórico, se nos presenta como problema del papel de las masas en la historia, del papel histórico de los productores de bienes materiales y los portadores de la iniciativa revolucionaria, los auténticos artífices de la historia. Así, el problema de las fuentes y las raíces del progreso no es un problema abstracto, académico. Es el problema de la actitud hacia las masas populares, hacia la fuerza social única capaz de cumplir las tareas que plantea el progreso histórico.

El papel de la personalidad en la historia

El marxismo-leninismo no niega, sino que revela de modo científico el papel de las personalidades destacadas en la historia, en el progreso de la técnica, la ciencia y la cultura, en la marcha de la lucha de clases. El desarrollo de la sociedad es un proceso objetivo, pero no se produce de por sí, sino a través de la actividad de los hombres. Toda obra común dentro del cuadro de cualquier organización o cualquier empresa tiene sus ejecutores. También los acontecimientos mundiales son obra de determinadas clases, de determinadas generaciones humanas integradas por individuos concretos.

La dialéctica materialista enseña que lo general existe únicamente en lo particular, a través de lo particular. Lenin explicaba que en la

propia realidad objetiva había que ver la transformación de lo particular en lo general, lo casual, en lo necesario. "...Lo particular no existe más que en su relación con lo general. Lo general existe únicamente en lo particular, a través de lo particular. Todo lo particular es (de un modo u otro) general. Todo lo general es partícula, aspecto o esencia de lo particular[35]".

Admitir la acción de lo general al margen y sin lo particular significa incurrir en misticismo. Tanto en las ciencias naturales como en la historia, la ley objetiva general es una expresión generalizada de fenómenos concretos.

Ahora bien, si en la naturaleza no actúan más que fuerzas ciegas e inconscientes, en la historia de la sociedad actúan hombres que producen bienes materiales, que poseen conciencia y tienen intereses comunes, que se plantean determinados fines y luchan por lograrlos. Los cambios en la vida social son imposibles sin la actividad transformadora de los hombres. Esta es la razón de que sean insostenibles los intentos que hacen los sociólogos burgueses para trazar una analogía entre el desarrollo de la sociedad y el movimiento mecánico de los planetas, los intentos de pasar por alto la actividad práctica de los hombres.

El sociólogo alemán Stammler advirtió en la doctrina marxista una contradicción entre el reconocimiento de la necesidad objetiva y el llamamiento a la lucha activa por la transformación de la sociedad. Stammler razonaba que si, por ejemplo, la luna se mueve con arreglo a determinadas leyes, en virtud de las cuales se producen de tarde en tarde los eclipses de Luna, a nadie se le ocurrirá fundar un partido para contribuir a dicho eclipse. Plejánov ridiculizó con ingenio y razón este ejemplo por archiabsurdo. La actividad humana no figura entre las condiciones que producen el eclipse de Luna, y la idea de fundar un partido del eclipse de Luna sólo puede surgir en un manicomio. Por lo que se refiere a los acontecimientos históricos, hay que decir que, pese a toda su necesidad, son fruto de la acción humana. "...La conciencia de la necesidad indiscutible de un fenómeno dado no puede más que reforzar la energía del hombre que le simpatiza y se considera una de las fuerzas que originan ese fenómeno"[36].

La historia de la sociedad la forma la actividad práctica de los hombres, dotados de voluntad y conciencia. El pueblo, en tanto que artífice de la historia, no es una masa impersonal, sino un gran conjunto de personas activas pertenecientes a distintas clases. Si toda la

---

[35] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 29, pág. 318.
[36] J. Plejánov. *Obras*, ed. en ruso, t. VIII, pág. 279.

historia consta de la actividad de las masas y los individuos, cada persona hace cierto aporte personal al torrente común de la vida social. Y si las masas humanas son los artífices de la historia, los hombres más destacados ejercen una gran influencia en la marcha de los acontecimientos.

La aparición precisamente de una personalidad dada en una época dada no es inevitable, ni mucho menos, es una casualidad en el proceso histórico general. Pero la casualidad es una forma de manifestación de la necesidad, de la misma manera que lo particular es una forma de manifestación de lo general.

Cualquier personalidad, incluida la insigne, no es más que un caso particular, y el que desempeñe un papel determinado es una casualidad. Ahora bien, en tanto que un caso particular, la personalidad es, en cierta medida, una manifestación de lo general.

Al explicar el problema del papel de la personalidad en la historia, Engels hacía constar que la necesidad histórica tiene como complemento y forma de manifestación la casualidad, la cual puede entenderse sólo en relación con dicha necesidad. "El hecho de que surja uno de éstos, precisamente éste y en un momento y en un país determinados, es, naturalmente, una pura casualidad. Pero si lo suprimimos, se planteará la necesidad de remplazarlo, y aparecerá un sustituto, más o menos bueno, pero a la larga aparecerá. Que fuese Napoleón, precisamente este corso, el dictador militar que exigía la República Francesa, agotada por su propia guerra, fue una casualidad; pero que si no hubiese habido un Napoleón habría venido otro a ocupar su puesto, lo demuestra el que siempre cuando ha sido necesario un hombre de este tipo: César, Augusto, Cromwell, etc., este hombre ha surgido. Marx descubrió la concepción materialista de la historia, pero Thierry, Mignet, Guizot y todos los historiadores ingleses hasta 1850 demuestran que ya se tendía a ello; y el descubrimiento de la misma concepción por Morgan prueba que se daban ya todas las condiciones para que se descubriese, y *necesariamente tenía* que ser descubierta"[37].

El que la aparición de una u otra personalidad sea una casualidad no quiere decir que su actividad no influya sustancialmente en la marcha de los acontecimientos históricos. Marx explica que la aceleración o la disminución del ritmo de la marcha general del desarrollo "...dependen en grado considerable de estas "casualidades", entre las que figura el carácter de los hombres que encabezan el movimiento al iniciarse éste"[38].

---

[37] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 39, págs. 175-176.
[38] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 33, pág. 175.

Las personalidades eminentes desempeñan un papel importante en el desarrollo histórico de cada pueblo, y las más considerables ejercen cierto efecto en el progreso de toda la humanidad. El papel de la personalidad destacada se manifiesta en diversas esferas de la actividad.

Por ejemplo, no se puede por menos de reconocer el inmenso papel que desempeñaron en el progreso de la técnica, la ciencia y la cultura tales hombres como Leonardo de Vinci, Galileo, Copérnico y Lomonósov. Su gran influencia en la marcha de los acontecimientos se debía a que su actividad respondía a las demandas de la vida, a que se hacían eco de las tareas que se planteaban ante la ciencia y la técnica y a que ayudaban con su infatigable labor al avance de la sociedad.

Nadie puede negar la influencia de Robespierre o de Lincoln en el desarrollo histórico de sus países y en el movimiento emancipador de su época.

No se puede por menos de ver la gran significación que tuvieron para el progreso social tales personalidades ilustres como Belinski y Chernyshevski. Conscientes de la apremiante necesidad de acabar con el régimen de la servidumbre, estos hombres dedicaron su vida a la emancipación de las masas populares, emprendieron una infatigable propaganda de las ideas revolucionarias, educaron toda una generación de revolucionarios, prepararon el terreno para la difusión del marxismo en Rusia y contribuyeron con toda su actividad al ascenso del movimiento liberador.

En el desarrollo progresivo de la humanidad les corresponden grandes méritos a Marx, Engels y Lenin, fundadores y dirigentes del movimiento comunista. Al descubrir las leyes del desarrollo de la sociedad humana y las vías de su avance hacia el comunismo, contribuyendo a la ilustración y la organización de la clase obrera, a su elevación hasta el papel de clase dirigente de la sociedad, estos hombres hicieron su colosal aporte a la obra de trascendencia histórico-universal de reorganizar la sociedad sobre bases socialistas.

Marx y Engels, los fundadores del comunismo científico, señalaron por vez primera en la historia el camino que permitía a los trabajadores liberarse de la explotación, el camino de la transformación revolucionaria de la vida social. Con su enfoque científico materialista del estudio de los fenómenos sociales, Marx y Engels dieron a las masas, ante todo, a la clase obrera, un arma poderosa para luchar por la eliminación de la esclavitud capitalista.

En el pasado, los movimientos liberadores de las masas explotadas, las insurrecciones de los esclavos contra los esclavistas y de los campesinos siervos contra los terratenientes y las primeras lu-

chas de los obreros contra los capitalistas no tenían metas científicamente argumentadas, las masas oprimidas no estaban pertrechadas con la comprensión científica de las condiciones y las vías que les permitiesen sacudirse el yugo de la explotación. Marx y Engels dieron a la clase obrera la teoría que expresaba los intereses vitales de ésta, objetivos y tareas de su lucha liberadora de alcance histórico-universal. Por vez primera en toda la historia de la lucha de clases, el proletariado no se presentó como una clase que actuaba a tientas, espontáneamente, como había ocurrido en los anteriores movimientos emancipadores de las clases oprimidas, sino con conocimiento de las condiciones y los medios de su liberación, con una idea clara de los objetivos y las tareas de su lucha. Bajo la dirección ideológica y organizadora de Marx y Engels fueron fundadas las primeras organizaciones comunistas, las organizaciones del partido de la clase obrera.

El continuo desarrollo de las ideas del comunismo científico y la unión del socialismo con el movimiento obrero constituyó la inmortal obra de Lenin. En las nuevas condiciones históricas, Lenin enriqueció la teoría y la práctica del movimiento comunista internacional con adquisiciones de incalculable valor. El Partido Comunista, fundado por Lenin, llevó a la clase obrera a la victoria sobre el capitalismo en uno de los mayores países del mundo, encabezó a la clase obrera en su magna obra histórica de transformación de la sociedad sobre principios socialistas. Bajo la dirección de Lenin se llevó a cabo, por vez primera en la historia, la victoriosa revolución socialista y se formó el primer Estado socialista. Sobre la base de las ideas de Lenin y con su ayuda personal surgieron partidos comunistas en varios países más.

Desempeñan un inmenso papel en la lucha por la transformación comunista de la sociedad los discípulos y continuadores de Lenin, eminentes figuras del partido bolchevique. Son de todos conocidos los grandes méritos de los dirigentes de los partidos comunistas de los demás países socialistas y de los países capitalistas ante el movimiento obrero internacional. La magna significación de la obra que realizan los líderes del comunismo refleja la grandeza de las realizaciones históricas de la clase obrera.

Al subrayar la importancia de los dirigentes en la lucha de clases y en el despliegue de los movimientos de liberación, Lenin escribía: "Ninguna clase ha logrado en la historia instaurar su dominio si no ha promovido a sus propios jefes políticos, a sus representantes de vanguardia, capaces de organizar el movimiento y dirigirlo"[39].

[39] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 4, pág. 375.

El marxismo no niega, sino que explica correctamente el papel de las personalidades eminentes en la historia. Las personalidades destacadas no son milagrosos, no son seres divinos especiales, sino representantes de determinadas clases, naciones y movimientos sociales. Los héroes no pueden transgredir las leyes del desarrollo social, su papel depende de las condiciones sociales.

Los adversarios del marxismo afirman que el reconocimiento de la necesidad histórica socava el papel de la personalidad en la historia y le quita la responsabilidad por su labor. Si la personalidad, razonan los adversarios del marxismo, no es libre en su proceder y actúa por necesidad, no debe responder por las consecuencias de sus acciones. En realidad, el reconocer que la actividad de los hombres se basa en las leyes objetivas de la historia permite formarse una idea clara y justa del papel de los hombres, de sus actos, de su influencia en los destinos históricos y de la responsabilidad por su obra ante el pueblo, ante la historia.

Se sabe que el problema de la libre voluntad y, por tanto, de la responsabilidad de los hombres por sus actos, el problema de los límites y las posibilidades de influencia de los hombres en el proceso histórico es muy viejo. Ya la filosofía medieval se consumía en discusiones en torno a la contradicción entre la libre voluntad y la necesidad. El problema se planteaba de la siguiente manera: si la conducta de los hombres viene condicionada por una fuerza exterior, éstos no pueden responder de sus actos, ya que su conducta no depende de ellos. Por otra parte, si se considera que los hombres responden de sus actos, hay que reconocer que proceden de acuerdo con su voluntad, con su propia razón. Esta contradicción creó no pocas dificultades para los teólogos, juristas, sociólogos y filósofos. En este problema, al igual que en muchos otros, se confundían también los populistas rusos.

Como observaba Lenin, la muletilla principal y preferida de la sociología subjetiva es la idea del conflicto entre el determinismo y la moralidad, entre la necesidad histórica y la significación de la personalidad. Los populistas, al hacer intentos de resolver ese "conflicto" entre el determinismo y la moralidad, entre la necesidad histórica y la significación de la personalidad, se inclinaban a negar la legitimidad objetiva de los fenómenos, a reconocer el papel decisivo de la personalidad en la historia.

Criticando la "solución" que los populistas daban al "conflicto" entre la necesidad histórica y el papel de la personalidad, entre el determinismo y la moralidad, Lenin escribía: "En realidad, no existe tal conflicto: lo ha inventado el señor Mijailovski, temiendo (y no sin razón) que el determinismo quite terreno a la moralidad filistea,

por la que tanto cariño siente. La idea del determinismo, que establece la necesidad de los actos de los hombres y rechaza la absurda leyenda del libre albedrío, no anula en absoluto la inteligencia ni la conciencia del hombre, como tampoco la valoración de sus acciones. Todo lo contrario, solamente la concepción determinista permite valorar rigurosa y acertadamente, sin imputar al libre albedrío lo que venga en gana. Del mismo modo, tampoco la idea de la necesidad histórica menoscaba en nada el papel del individuo en la historia: la historia se compone precisamente de las acciones de individuos, que son indudablemente los elementos activos"[40].

Por consiguiente, el marxismo ofrece la solución científica, dialéctica, del problema de la correlación entre el determinismo y la moralidad, la necesidad y el papel de la personalidad en la historia. El reconocer la necesidad histórica no significa quitarles a los hombres la responsabilidad por sus actos, no significa negar el papel de la personalidad. Eso significa únicamente que se reconoce que los actos de los hombres y el papel de la personalidad vienen condicionados por el proceso del desarrollo histórico, por la dirección general del proceso histórico; el lugar que ocupa la personalidad en ese proceso y la dirección en que actúa son los elementos necesario para juzgar acerca del papel de la personalidad. El papel de ésta en la vida social debe valorarse partiendo de sus ideas, de su modo de proceder y de sus actos, que pueden tener una significación negativa o positiva en el proceso histórico general.

El marxismo considera que cada persona responde de sus actos, aunque éstos se deban a ciertas causas. El hombre no está en condiciones de modificar o crear a su albedrío las normas de conducta, las reglas de convivencia, pero si comete actos antisociales, la sociedad lo castiga. Cualquier personalidad destacada no puede abolir las leyes del desarrollo histórico, pero de ella depende su modo de proceder con arreglo a dichas leyes o en contra de ellas. La historia dicta su sentencia a todas las personalidades en consonancia con lo que hacen; la política y las acciones de las personalidades insignes se exponen al juicio de los pueblos. Las masas populares veneran a sus héroes, a los que propician el progreso de la sociedad, y estigmatizan y maldicen a los que traen calamidades y sufrimientos al género humano.

Las personalidades eminentes ejercen una gran influencia en la marcha de la historia cuando comprenden y tienen en cuenta las necesidades del desarrollo histórico, actúan de conformidad con dichas necesidades y no en contra de las exigencias de la vida. Las

[40] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 1, págs. 158-159.

personalidades destacadas pueden contribuir al progreso de la humanidad si están al servicio de los intereses de las clases de vanguardia, y no de los designios egoístas de las fuerzas caducas de la sociedad.

Los representantes de las clases reaccionarias desempeñan un papel negativo y destructor, un papel de freno en la historia. Se oponen al progreso de la sociedad y causan grandes calamidades y sufrimientos a las masas trabajadoras.

La labor de toda personalidad está condenada al fracaso si defiende los intereses de la clase que ya ha agotado sus posibilidades. Así, en 1917, ni Kerenski, ni Kornílov, ni cualquier otro enemigo del pueblo revolucionario pudieron evitar la derrota, ya que querían salvar la causa fracasada irreparablemente de la burguesía imperialista de Rusia en bancarrota. Pese a toda clase de ayuda por parte de los imperialistas norteamericanos, Chiang Kai-shek y su camarilla fueron derrocados y expulsos del país por servir a los intereses antipopulares de los terratenientes, de la burguesía compradora y de los monopolios extranjeros.

Los dirigentes de las clases reaccionarias, que procuran oponerse a las exigencias de la vida, no son héroes de la historia, sino sepultureros de su Estado. Así, Hitler, cabecilla del partido fascista de Alemania, y sus paniaguados, cancerberos de los capitalistas y terratenientes alemanes, se proponían hacer volver la historia hacia los tiempos de la servidumbre y la esclavitud, conquistar la dominación mundial para los monopolistas alemanes, pero en realidad llevaron a su país a la catástrofe y pusieron en peligro la existencia misma de la nación alemana.

En el desarrollo histórico, lo general es la actividad del pueblo, la política y la lucha de clases. Las personalidades son los portadores de las aspiraciones de unas u otras clases determinadas. Por lo común, las clases ascendentes presentan auténticos líderes de la historia, mientras que las condenadas a perecer engendran a enemigos del progreso, a aventureros que van en contra de los intereses de las masas populares. Como es lógico, eso no descarta el que a los movimientos progresistas se junten unos u otros arribistas y caballeros de la industria y que entre los defensores de las clases caducas se encuentren hombres honrados y valientes. Sin embargo, considerados en conjunto, el carácter y el proceder de las personalidades vienen determinados por la naturaleza social de las clases cuyos intereses expresan.

No cuesta trabajo comprender la enorme importancia revolucionaria que ha tenido el descubrimiento del papel decisivo de las masas en la historia hecho por el marxismo. Antes de dicho descu-

brimiento, las personalidades públicas, incluidas las progresistas, tenían la vista puesta en estrechos grupos de personas letradas, los llamados "portadores del espíritu", de la ilustración, y trataban con desprecio a las masas, incluso cuando se proponían mejorar la situación de estas últimas. En el período anterior a Marx, sólo los demócratas revolucionarios, que se habían acercado a la comprensión del auténtico papel de las masas, cifraban sus planes en el pueblo, contaban con la revolución popular como fuerza del progreso histórico. Sin embargo, tampoco ellos poseían una teoría científica consecuente y se deslizaban a las posiciones de la ilustración.

Cuando los clásicos del marxismo descubrieron y argumentaron la teoría materialista del papel decisivo de las masas en la historia, el líder de vanguardia ya no podía dirigirse sólo a reducidos grupos de hombres instruidos: si era efectivamente una personalidad de vanguardia, tenía que dirigir su mirada, ante todo, a las masas.

El revolucionario no puede contentarse con las doctrinas que atribuyen todos los cambios en la vida social a los héroes y las personalidades eminentes, a los gobernantes de los Estados y a los caudillos.

Estas doctrinas acerca de que los héroes son los que hacen la historia son tan insostenibles y anticientíficas como las ideas religiosas de la creación del mundo por Dios y del origen divino de todos los fenómenos. La experiencia revolucionaria refuta tajantemente las invenciones de que un héroe, sin contar con las masas populares, puede hacer la historia, crear los acontecimientos mundiales y cambiar a fondo la vida de los hombres. Por algo se dice en el himno internacional de los trabajadores:

Ni en reyes, dioses, ni tribunos
Está el supremo salvador.
Nosotros mismos realicemos
El esfuerzo redentor.

En estas palabras penetradas de profunda fe en el pueblo se refleja la comprensión científica de las fuerzas motrices del proceso histórico. La liberación del pueblo es obra del propio pueblo agrupado en torno a la clase obrera y de la vanguardia de ésta: el partido revolucionario marxista.

Sólo los idealistas pueden creer que la historia la mueven las ideas formuladas de tarde en tarde por las personalidades insignes. En primer lugar, las ideas no caen del cielo, sino que aparecen siempre como reflejo de los intereses de unas u otras clases o grupos sociales. Las personalidades ilustres no inventan las ideas; expresan con mayor o menor profundidad y fuerza lo que llegan a compren-

der por su propia experiencia las clases y los grupos sociales. En segundo lugar, las ideas de por sí no ejercen efecto en la vida material de la sociedad, no transforman de por sí la realidad. Las ideas ejercen efecto en el desarrollo de la sociedad a través de la actividad de los hombres inspirados por esas ideas. Las ideas no pueden tener gran significación si son patrimonio de unos u otros individuos. En cambio, se erigen en poderosa fuerza y ejercen una gran influencia en la vida social cuando se apoderan de las masas movilizándolas para lograr determinados objetivos. No toda idea puede llegar a ser tan poderosa fuerza, sino sólo las que expresan las necesidades del desarrollo social.

El poder movilizador y organizador de las ideas se manifiesta igualmente en que, para hacerlas realidad, los hombres crean las correspondientes organizaciones e instituciones que influyen en sumo grado en la marcha del desarrollo social, en la lucha de clases y en la correlación entre las fuerzas en pugna. Es de todos conocido el decisivo papel que desempeñan en la lucha de clases el partido de la clase obrera y sus organizaciones de masas –los sindicatos y las organizaciones de la juventud–, así como el poder estatal que el proletariado conquista en el curso de la revolución. Sin tener sus organizaciones de clase y, ante todo, sin el partido, sin conquistar el poder estatal, el proletariado no puede imponerse al capitalismo y construir la sociedad socialista.

El marxismo-leninismo acerca del pueblo, las clases y el papel de los partidos en la lucha de clases

El marxismo-leninismo ve en el concepto "pueblo" un contenido de clase históricamente determinado. El marxismo fue el primero en mostrar en la ciencia social que tras el concepto "pueblo" se hallan determinadas clases sociales. El marxismo mostró lo insostenible de la idea acerca del pueblo como una masa única, homogénea, de la idea que velaba la división de la sociedad en clases. Los fundadores del marxismo sostuvieron una lucha decidida contra las ilusiones pequeñoburguesas acerca de la unidad del pueblo en la sociedad dividida en clases, las ilusiones acerca de la ausencia de diferencias de clases dentro del pueblo. Al emplear el término "pueblo", Marx no velaba con ello la diferencia de clases, sino que expresaba el conjunto de elementos capaces de llevar la revolución hasta el fin.

En el período de las revoluciones burguesas tempranas, cuando la burguesía era aún una fuerza revolucionaria, el concepto de pueblo

se extendía a todas las capas de la sociedad, excepto la aristocracia feudal, que luchaba por la conservación de los privilegios feudales laicos y eclesiásticos. La burguesía revolucionaria agrupaba a la sazón bajo su bandera a las masas populares.

Con el ascenso del movimiento obrero, la gran burguesía se convierte en fuerza reaccionaria, antipopular. Temiendo la revolución socialista, la gran burguesía no puede llevar a cabo y defender las transformaciones democráticas que necesita el pueblo.

La burguesía imperialista hace todo lo que puede para corromper a las masas, para someterlas a su influencia y utilizarlas con fines reaccionarios.

El marxismo-leninismo se opone a que los términos "pueblo" y "masa" se conviertan en fetiches y exige que se haga un análisis histórico concreto del papel de las diversas fuerzas sociales. Los resultados de las acciones de las masas dependen de qué clases y qué partidos se hallan al frente de dichas acciones. El pueblo cumple su misión de artífice de la historia cuando a su frente se hallan las fuerzas progresistas de la sociedad. Ahora bien, la historia conoce no pocos casos en que las clases y los grupos sociales reaccionarios arrastraban a vastas capas de la población a movimientos antipopulares, a participar en guerras anexionistas y las dirigían contra el movimiento progresivo de la sociedad.

Partiendo de un profundo análisis del proceso de desarrollo de las relaciones sociales, Marx y Engels llegaron a la comprensión del gran papel histórico del proletariado como fuerza capaz de modificar de raíz las relaciones sociales, liquidar la explotación del hombre por el hombre y construir la sociedad socialista.

El papel histórico-universal del proletariado se desprende de la situación objetiva del proletariado en el sistema de la sociedad capitalista y de su propia situación. El proletariado no puede emanciparse sin emancipar a todos los trabajadores del yugo de la explotación, sin acabar con las inhumanas condiciones de vida de la sociedad capitalista. El proletariado es el portador del nuevo y superior modo de producción llamado a sustituir al capitalismo.

Todas las clases anteriores, tras de conquistar la dominación, han procurado siempre consolidar la situación lograda y eternizar el modo de producción en el que tenían una situación dominante. Ese fin de proteger el modo de explotación existente en la sociedad dividida en clases antagónicas lo cumple el poder del Estado. En la sociedad capitalista, el poder del Estado es una violencia organizada para someter a las clases trabajadoras, es un instrumento político de dominación del capital sobre el trabajo.

A diferencia de las clases anteriores, el proletariado no está llamado a suprimir una u otra forma de explotación, sino toda explotación. Al convertirse mediante la revolución en clase dominante, el proletariado suprime las viejas relaciones de producción y, a la vez, acaba con las condiciones de existencia de la oposición entre las clases. Al procurar la supresión de las clases, la clase obrera suprime con ello su propia dominación como clase.

Al defender la posición científica, proletario-revolucionaria, en la concepción del pueblo, Marx y Engels sostenían una lucha infatigable tanto contra la actitud de desprecio hacia las capas no proletarias de las masas trabajadoras y, en particular, hacia el campesinado como contra la corriente oportunista-pequeñoburguesa en la socialdemocracia, que suplantaba con el concepto "pueblo" la división de la sociedad en clases y velaba la lucha de clases.

Marx y Engels censuraban resueltamente a los socialdemócratas alemanes por incluir en 1875, en su programa (el Programa de Gotha) la tesis lassalleana de que, frente a la clase obrera, todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria. Marx y Engels mostraron que esa tesis de Lassalle era una burda tergiversación del *Manifiesto Comunista,* en el que se señala que de todas las clases que hacen frente a la burguesía tan sólo el proletariado es una clase efectivamente revolucionaria. En cuanto a las capas medias se dice en el *Manifiesto Comunista* que se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva del tránsito inminente al proletariado, por cuanto abandonan su propio punto de vista para adoptar el del proletariado, por cuanto no defienden sus intereses presentes, sino los futuros.

Al oponer estas tesis del *Manifiesto Comunista* a las ideas de Lassalle, Marx escribía: "Por tanto, desde este punto de vista es también absurdo decir que frente a la clase obrera (las "capas medias". –*P.F.*) "no forman más que una masa reaccionaria", juntamente con la burguesía, y, además –por si eso fuera poco–, con los señores feudales"[41].

Marx y Engels criticaron implacablemente los intentos antirrevolucionarios de los lassalleanos y adláteres de aislar a la clase obrera de sus posibles y naturales aliados en la lucha contra el yugo capitalista-terrateniente y la explotación. Consideraban que la victoria firme sólo era posible para los socialistas si atraían a su lado a las grandes masas del pueblo. Al hacer constar el inevitable crecimiento de las contradicciones entre el campesinado y la burguesía, Marx escribía: "Por eso los campesinos encuentran su aliado y jefe

[41] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 19, pág. 21.

natural en el *proletariado urbano,* que tiene por misión derrocar el orden burgués"[42]. Marx y Engels explicaban reiteradas veces que la clase obrera debía ayudar a los campesinos trabajadores en la lucha contra el saqueo y las estafas a que los sometían los capitalistas y los grandes propietarios de tierras y aliviarles, después de la revolución socialista, a los pequeños productores el paso a la hacienda colectiva.

Con igual energía criticaron los fundadores del marxismo a los oportunistas socialdemócratas, que empleaban de mil maneras la palabra "pueblo", sin el menor intento de analizar las bases de clase de dicho concepto. La charlatanería pequeñoburguesa acerca del "pueblo" como una masa homogénea, acerca de la posibilidad de un "Estado popular" bajo el capitalismo como organización situada por encima de las clases les servía a los oportunistas para encubrir su negación del papel dirigente de la clase obrera en la lucha por la democracia y el socialismo.

Lenin sometió a dura crítica las teorías populistas, que velaban la división de la sociedad en clases y la agravación de la lucha de clases con el desarrollo del capitalismo y partían de que el pueblo era un todo único libre de diferencias de clase internas.

En oposición a los populistas y los reformistas socialdemócratas, que negaban el papel dirigente del proletariado, Lenin no paraba en mostrar y subrayar la misión histórico-universal del proletariado llamado a emancipar a la humanidad de la esclavitud capitalista. Lenin denunció y desbarató los intentos de los eseristas y los mencheviques de disolver el proletariado en la masa general del pueblo trabajador, de menoscabar y reducir a la nada el papel dirigente del proletariado como clase revolucionaria consecuente. Lenin defendió y desarrolló el enunciado marxista acerca de que, para cumplir su papel dirigente, la clase obrera debe organizarse y formar un partido político independiente.

Los mencheviques negaban el papel dirigente del proletariado en la lucha revolucionaria, esfumaban el carácter de clase del partido marxista como vanguardia de la clase obrera, como forma superior de organización de clase del proletariado. Negaban la tesis de que el partido marxista es un arma que el proletariado emplea para derrocar la dominación del capital, para conquistar y consolidar el poder político. Todo eso suponía la completa tergiversación de las tesis marxistas referentes a la actitud del proletariado hacia las restantes masas trabajadoras explotadas.

Lenin probó que el partido marxista sólo podía ponerse al frente del pueblo revolucionario si aplicaba una política proletaria de clase,

---

[42] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 8, pág. 211.

superando las vacilaciones y la falta de firmeza de las capas no proletarias de la masa trabajadora. Sólo con tal política podía el partido obrero contar con el paso de los elementos pequeñoburgueses a las posiciones del proletariado en el curso de la lucha.

La tarea del partido marxista en lo tocante a la masa trabajadora no proletaria consiste en explicarle a esta última que su situación bajo el capitalismo no tiene remedio y que es preciso llevar a cabo la revolución social a fin de liberar a todos los trabajadores del yugo del capital. Al propio tiempo, el partido ayuda a los pequeños productores en su lucha contra la ofensiva del capital monopolista sobre los intereses vitales de los mismos. De este modo, la clase obrera se gana al campesinado trabajador y las otras capas de trabajadores.

Se sabe que los mencheviques conjugaban su incomprensión del papel dirigente del proletariado y su afán de disolver el proletariado en la masa general de la población trabajadora con la negación de las posibilidades revolucionarias del campesinado. Los mencheviques, al igual que los líderes oportunistas de la II Internacional, se distinguían por su actitud negativa hacia el problema campesino. Tenían miedo a la revolución, no creían en la victoria del proletariado y no les interesaba el problema de los aliados del proletariado en la revolución.

El leninismo estudió a fondo todos los aspectos del problema de los aliados del proletariado partiendo del análisis concreto de los intereses de las distintas clases sociales y de la actitud de éstas hacia la revolución en las distintas fases de desarrollo de la misma. Con tal motivo se ofreció una definición científica del concepto de "revolución popular". Lenin apreciaba altamente las indicaciones de Marx acerca de la revolución popular. Dichas indicaciones encierran la genial idea de los aliados del proletariado en su histórica lucha por el derrocamiento de la dominación del capital y por la reorganización socialista de la sociedad. Lenin contraponía reiteradas veces las tesis de Marx acerca de la revolución popular a las magras disquisiciones mencheviques sobre el carácter de la revolución en general, con las que se encubría la falta de deseo de orientarse hacia la revolución como magna obra de las masas populares.

Lenin expuso brillantemente en sus trabajos el contenido de clase de la revolución popular desde el ángulo de los aliados del proletariado en su lucha por la democracia y el socialismo. El concepto de revolución popular significa que el proletariado no lucha solo por la emancipación, sino aliado a otras capas de la población trabajadora, que el ganarse a los aliados es para el proletariado una condición indispensable para la victoria en la lucha por la reorga-

nización socialista de la sociedad. Al hablar de las enseñanzas de la Comuna de París, Lenin escribía: "En la Europa de 1871, el proletariado no formaba en ningún país del continente la mayoría del pueblo. La revolución no podía ser "popular", es decir, arrastrar verdaderamente a la mayoría al movimiento, si no englobaba tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban entonces el "pueblo". Une a estas clases el hecho de que la "máquina burocrático-militar del Estado" las oprime, las esclaviza, las explota. *Destruir, demoler* esta máquina, eso es lo que aconsejan los verdaderos intereses del "pueblo", de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, y tal es la "condición previa" para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios, y sin esa alianza, la democracia es precaria, y la transformación socialista, imposible"[43].

Por consiguiente, la concepción marxista de la revolución popular va unida inseparablemente a la idea de la hegemonía del proletariado, al reconocimiento de la misión histórico-universal de éste como transformador de la sociedad capitalista en sociedad socialista. La idea de la revolución popular está penetrada de profunda fe en la capacidad del proletariado de atraer a su lado las masas trabajadoras no proletarias, reeducarlas en la marcha de la lucha y llevar a cabo, unido a ellas, la reorganización socialista de la sociedad.

Es sabido que los mencheviques negaban el carácter popular de la revolución democrático-burguesa de los años 1905-1907 y se oponían a la alianza del proletariado con el campesinado en la revolución.

En oposición a los mencheviques, Lenin mostró el carácter popular de la revolución rusa de los años 1905-1907, a la que consideraba popular porque sus principales fuerzas motrices eran las capas sociales "de abajo", oprimidas por el yugo de la explotación, llamadas a acabar con el zarismo y asegurar la realización consecuente de la democracia hasta llegar a la república.

Lenin veía la misión del partido revolucionario marxista en ser la fuerza dirigente de la revolución popular. Con tal motivo dio una brillante explicación del enfoque marxista del problema del pueblo, puso al descubierto la inconsistencia de las ideas pequeño-burguesas acerca del pueblo y mostró las tareas del partido marxista en lo tocante al pueblo. Al subrayar la gran importancia que tenían la clase obrera y el partido de ésta en la lucha por los intereses del pueblo, Lenin escribía:

"La socialdemocracia ha luchado y lucha con pleno derecho con-

[43] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 33, págs. 39-40.

tra el abuso democrático-burgués de la palabra "pueblo". Exige que con esta palabra no se encubra la incomprensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo. Insiste incondicionalmente en la necesidad de una completa independencia de clase del partido del proletariado. Pero divide al "pueblo" en "clases", no para que la clase de vanguardia se encierre en sí misma, se limite con una medida mezquina, castre su actividad con consideraciones como la de que no vuelvan la espalda los amos de la economía del mundo, sino para que la clase de vanguardia, que no adolece de las vacilaciones, de la inconsistencia y de la indecisión de las clases intermedias, luche con tanta mayor energía, con tanto mayor entusiasmo por la causa de todo el pueblo, al frente de todo el pueblo"[44].

A la vez que argumentaba la idea de la hegemonía del proletariado, Lenin trazó genialmente la estrategia y la táctica del partido marxista en la revolución, desarrolló la teoría de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista. Dio a conocer la reagrupación de las fuerzas de clase que debía producirse necesariamente en el proceso del tránsito de la revolución burguesa a la socialista.

El concepto de revolución popular dice que las grandes masas del pueblo se incorporan al viraje revolucionario. Al definir la política del partido marxista en las distintas etapas de la revolución, Lenin hizo patente que la hegemonía del proletariado era una condición indispensable para la transformación de la revolución democrático-burguesa en socialista.

La revolución socialista, como ha mostrado la experiencia de la Unión Soviética y los países de democracia popular, cohesiona bajo su bandera a las más vastas capas populares, en el curso de esa revolución se forja la inquebrantable alianza de todos los trabajadores bajo la dirección de la clase obrera.

En la destrucción del régimen terrateniente-burgués y en la creación y el desarrollo de la economía, el Estado y la cultura socialistas participan muchos millones de personas. El aislamiento de los elementos antipopulares, el aplastamiento de la resistencia que éstos ofrecen corre a cargo de la mayoría absoluta de la población y subraya el carácter verdaderamente popular de la revolución socialista.

En los períodos de los virajes revolucionarios, cuando la lucha de clases se acerca al desenlace, cuando los pilares de la vieja sociedad se resquebrajan, el proceso de desintegración dentro de la vieja clase dominante se agrava a tal punto que una parte rompe con ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la que pertenece el por-

[44] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 11, págs. 101-102.

venir. Del mismo modo que, en la época de las revoluciones burguesas, una parte de la aristocracia se pasaba al campo de la burguesía, hoy ciertos representantes de ésta, al ver que está condenada a perecer, se pasan al campo de la clase obrera, al lado del pueblo. A medida que crece el sistema mundial del socialismo y se debilita el capitalismo, los casos de semejante paso se hacen más y más frecuentes.

En la lucha de liberación nacional de los pueblos contra el imperialismo, en la revolución antiimperialista, el concepto "pueblo" abarca tanto a las capas trabajadoras de la población como a la parte de la burguesía nacional que se atiene a una orientación revolucionaria y lucha unida a los obreros y campesinos contra el sojuzgamiento extranjero. En el proceso de la lucha antiimperialista, en el avance de la revolución popular, la clase obrera logra la colaboración de la burguesía nacional en la realización de transformaciones democráticas y la edificación de la economía nacional.

Es conocido de todos que los fundadores del marxismo-leninismo preveían la posibilidad de la vía pacífica de desarrollo de la revolución socialista en unos u otros países, creándose una favorable correlación de fuerzas de clase en ellos. El XX Congreso del PCUS, al igual que los congresos posteriores, desarrolló esas tesis del marxismo-leninismo aplicadas a las nuevas condiciones históricas, habiendo cuenta de los importantes cambios cardinales ocurridos en el desarrollo mundial. El rasgo principal de nuestra época consiste en que el socialismo ha rebasado el marco de un solo país y se ha convertido en sistema mundial, viéndose el capitalismo impotente para impedir este proceso de trascendencia histórico-universal.

Por supuesto, en los países donde el capitalismo es todavía fuerte y tiene en sus manos la poderosa máquina burocrática militar, es inevitable la violenta agravación de la lucha de clases hasta la insurrección armada. Sin embargo, en cuanto a ciertos países capitalistas, no está descartada la posibilidad de tránsito pacífico al socialismo por vía de la agrupación de la mayoría abrumadora de la población bajo la dirección de la clase obrera y su partido. Con tal motivo, ante los partidos comunistas y obreros se plantean las importantes tareas de lucha por la unidad de las filas de la clase obrera, para ganarse las grandes masas populares. Al propio tiempo, en varios países se crean condiciones para que la clase obrera lleve al cauce del socialismo tanto a las grandes masas campesinas y otras capas medias como a los elementos burgueses dispuestos a colaborar con las masas trabajadoras en la solución del problema de todo el pueblo empeñado en la reorganización socialista de la sociedad. Así, dichos elementos no se encontrarán en el campo de las fuerzas anti-

populares, sino con el pueblo ocupado en la reorganización socialista de la sociedad.

En lo más álgido de la lucha de la joven República de los Soviets para combatir la agresión armada de la contrarrevolución terrateniente-burguesa rusa y la intervención extranjera, Lenin planteó en toda su talla el problema de utilizar a los especialistas burgueses en la construcción del socialismo. La misión del proletariado respecto de la burguesía no consiste sólo en aplastar la resistencia de ésta, sino, además, en obligar a las fuerzas culturales y técnicas de la vieja sociedad a servir a los trabajadores. Lenin explicaba que era "imposible el tránsito del capitalismo al comunismo sin utilizar a los especialistas burgueses..."[45]

La experiencia de la construcción del socialismo en la URSS y en las democracias populares muestra que la clase obrera, cortando resueltamente todos los intentos contrarrevolucionarios de los elementos antipopulares, incorpora con éxito a vastas capas de los viejos intelectuales a la construcción de la sociedad socialista. Aplicando la política de utilización de los especialistas burgueses, la clase obrera logró poner al servicio del pueblo a muchos hombres procedentes de las viejas capas pudientes.

Lenin estimaba que lo más esencial para la política y la labor del partido era el principio siguiente: "*...vence históricamente la clase que logra que le siga la masa de la población*"[46].

El leninismo ha dado una profunda argumentación científica del papel de las masas, las clases, los partidos y los líderes en el desarrollo social y en la lucha de clases. A la vez que se opone a que se mezclen la masa con la clase y el partido, el leninismo censura la contraposición metafísica de la masa a la clase, del partido a los líderes. "De todos es sabido –escribía Lenin– que las masas se dividen en clases, que oponer las masas a las clases no puede permitirse más que en un sentido: si se opone una inmensa mayoría en su totalidad, sin dividirla según las posiciones ocupadas en el régimen social de la producción, a categorías que ocupan una posición especial en este régimen; que las clases están, habitualmente y en la mayoría de los casos (por lo menos en los países civilizados modernos), dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, como regla general, por grupos más o menos estables, integrados por las personas más prestigiosas, influyentes y expertas, elegidas para los cargos de mayor responsabilidad y llamadas jefes"[47].

---

[45] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 39, pág. 356.
[46] Idem, pág. 351.
[47] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 41, pág. 24.

Una realización de alcance histórico-universal de la Gran Revolución Socialista de Octubre y de la construcción del socialismo en la URSS ha sido la creación de la unidad social, ideológica y política del pueblo. La evolución de la sociedad soviética del socialismo al comunismo se distingue por el poderoso crecimiento y vigorización de la unidad del pueblo, de su cohesión en torno al Partido Comunista.

La unidad social, ideológica y política del pueblo es un estado cualitativo completamente nuevo de la sociedad en el desarrollo histórico del género humano.

La sociedad ha estado durante milenios dividida en clases enemigas, en oprimidos y opresores, en explotados y explotadores. Muchos siglos ha estado la humanidad trabajadora gimiendo bajo el yugo de un puñado de explotadores, que hasta hoy día oprimen en los países capitalistas a las masas populares. La lucha sin cuartel entre las clases hostiles constituye el principal rasgo de toda sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción y en la explotación del hombre por el hombre. En la época del imperialismo, las contradicciones de clase y la lucha de clases se agravan al máximo.

La Gran Revolución Socialista de Octubre destruyó el capitalismo en el País de los Soviets y, por vez primera en la historia, dio comienzo a un régimen social sin clases explotadoras y sin explotación del hombre por el hombre, a un régimen en el que la poderosa energía del pueblo emancipado se emplea para dominar fuerzas de la naturaleza, para fomentar las fuerzas productivas, para elevar el nivel de vida material y cultural de las masas populares.

Por tanto, en el desarrollo del pueblo existe una profunda dialéctica. En la sociedad dividida en clases no cabe hablar siquiera de un pueblo único y unido. La fraseología que usan los políticos burgueses para hablar de la unidad del pueblo en la sociedad capitalista tiene la finalidad de suavizar las contradicciones de clase y eternizar la división de la sociedad en explotadores y explotados. Los sociólogos burgueses, que reprochan a los marxistas el deseo de dividir la sociedad en clases, lo que hacen en realidad es defender la dominación de los explotadores sobre la mayoría de la población. Los marxistas no inventaron la división del pueblo en clases, la han descubierto en la vida. Los marxistas no eternizan la división de la sociedad en clases y la lucha de clases, sino que, al contrario, señalan el camino de la liquidación del antagonismo entre las clases. El camino de la completa unidad social, ideológica y política del pueblo pasa por el reconocimiento de la división del pueblo en clases cuando la sociedad se divide en clases, pasa por el re-

conocimiento del papel dirigente de la clase obrera en la reorganización socialista de la sociedad, pasa por la transformación socialista del modo de vida y de la conciencia de las masas trabajadoras no proletarias.

La máxima expresión y el alma viva de la unidad del pueblo soviético es el Partido Comunista, destacamento de vanguardia de los trabajadores, núcleo dirigente de todas las organizaciones sociales y estatales. La labor dirigente que realiza el Partido Comunista en la sociedad expresa la unidad y la cohesión del pueblo.

El marxismo-leninismo es incompatible con la "teoría" de la espontaneidad, que niega el papel de la conciencia y la organización socialistas, así como el papel del partido y los jefes en el movimiento obrero. La clase obrera no puede vencer si no cuenta con un partido revolucionario pertrechado con la teoría marxista-leninista y encabezado por dirigentes probados y firmes.

Los partidos comunistas han sostenido y sostienen una lucha decidida contra el anarquismo, que niega la autoridad de los dirigentes y la importancia de la disciplina de partido.

Ninguna actividad planificada, ninguna organización es posible sin autoridad. En las condiciones creadas por el actual desarrollo de las gigantescas empresas industriales, la inmensa red de medios de transporte y comunicaciones, la combinación y la cooperación de la producción se confirma con especial diafanidad la razón de las indicaciones de Marx y Engels acerca de que sin una organización precisa y sin la autoridad es inconcebible el funcionamiento de la economía nacional. El desear la supresión de la autoridad en la industria es, según expresión de Engels, desear la destrucción de la industria misma. La organización social es imposible sin la autoridad. Sin la organizada lucha de la clase obrera bajo la dirección de un partido y de jefes que gocen de autoridad es imposible la victoria del socialismo.

Lenin valoraba altamente las ideas de Marx y Engels acerca de la autoridad, citaba reiteradas veces sus declaraciones sobre el particular y recalcaba la importancia de las mismas.

"Los marxistas –escribía Lenin– no pueden sustentar el punto de vista habitual en el intelectual radical, con su abstracción supuestamente revolucionaria: "ninguna autoridad".

No. La clase obrera, que sostiene en el mundo entero una lucha difícil y tenaz por la emancipación completa, necesita autoridades; pero, como se comprenderá, sólo en el sentido de que un joven obrero necesita la experiencia de los viejos *luchadores* contra la opresión y la explotación, de los luchadores que han declarado muchas huelgas, que han participado en diversas revoluciones, que han

aprendido en las tradiciones revolucionarias y poseen amplios horizontes políticos"[48].

Al denunciar el desprecio aristocrático con que los ideólogos burgueses tratan al pueblo, el marxismo-leninismo rechaza también los intentos demagógicos de contraponer las masas a la vanguardia, de caldear en ellas los instintos malos y vanidosos, de sembrar la desconfianza respecto de los jefes proletarios. Los demagogos, según expresión de Lenin, son los peores enemigos de la clase obrera. La tarea de los dirigentes políticos es ilustrar y organizar a las masas, y no explotar sus estados de ánimo espontáneos.

En la historia domina la necesidad, pero ésta no se hace realidad automáticamente, sino en encarnizada lucha entre lo nuevo y lo viejo, entre lo avanzado y lo atrasado. Por eso es importante y responsable el papel de los líderes políticos, de los dirigentes de los movimientos político-sociales.

Lenin criticó acerbamente a los líderes políticos que atribuían los errores, las deficiencias y los fracasos personales a la dialéctica, a la necesidad histórica. La "justificación" de estos líderes solía reducirse al razonamiento de que, existiendo la dialéctica, existiendo la inexorable necesidad histórica, ellos no tenían la menor culpa, no cometían error alguno, no sufrían fracasos, pues la causa de todo eso era la necesidad histórica.

Rechazando semejante idea envilecida de la necesidad histórica y del papel de la personalidad en la historia, Lenin escribía: "La verdadera dialéctica no justifica los errores personales, sino que estudia los virajes inevitables, demostrando su inevitabilidad a base del estudio más detallado del desarrollo en todos los aspectos concretos"[49].

El marxismo-leninismo es incompatible con la idea de que la necesidad histórica libera a los dirigentes de la responsabilidad por sus actos, visto que las circunstancias y la necesidad histórica son las que condicionan la marcha de los acontecimientos.

Las concepciones marxistas-leninistas de los límites de influencia de la personalidad, del papel de los dirigentes y de su responsabilidad pueden verse en el ejemplo de cómo apreciaba Lenin la conducta de los líderes de la II Internacional durante la primera guerra mundial y en el período posterior del desarrollo histórico.

Todos saben que cuando comenzó la primera guerra mundial, los líderes de la II Internacional traicionaron al marxismo, a la causa del socialismo, aceptaron la alianza con los imperialistas,

---

[48] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 14, pág. 226.
[49] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 8, pág. 400.

proclamando la consigna de la defensa de la patria burguesa. La clase obrera se vio privada de su organización y no pudo emprender resueltas acciones revolucionarias para impedir el desencadenamiento y el despliegue de la guerra imperialista. Además, los líderes de la II Internacional procuraron justificar su conducta con alusiones a la necesidad histórica. Kautsky, por ejemplo, decía que los líderes no habían podido hacer nada, ya que 4 millones de socialdemócratas alemanes habían votado en favor de la contienda, los jefes no tuvieron más remedio que someterse.

Destruyendo estos argumentos de Kautsky, Lenin escribía: "Mienten los que dicen (Kautsky entre ellos) que las "masas" proletarias se han vuelto chovinistas: las masas *no fueron* consultadas en ninguna parte (tal vez con la excepción de Italia –¡donde se desarrolló una discusión de nueve meses antes de la declaración de guerra!–, y en Italia las masas estuvieron *contra* el partido de Bissolati). Las masas fueron confundidas, atemorizadas, divididas y aplastadas por el estado de guerra. *Sólo* los líderes tuvieron el privilegio de un voto libre, ¡y votaron *en favor* de la burguesía y contra el proletariado!"[50]

¿Podían los líderes de la socialdemocracia influir en la marcha de los acontecimientos históricos, oponerse a la política de las clases dominantes? Claro que podían. Debían encabezar a las masas, y no desorganizarlas. Es indudable que la guerra imperialista nació de las contradicciones objetivas del capitalismo. Pero también es indudable que la clase obrera organizada podía decir su palabra de peso y darles en cierta medida otro curso a los acontecimientos. La misión de los líderes consistía en movilizar a las masas contra el imperialismo, alzar su voz contra la política imperialista, señalar a las masas el objetivo y la táctica de lucha contra la guerra imperialista.

Kautsky decía a la sazón que las revoluciones nacían espontáneamente y obedecían a leyes objetivas. Al referirse a estos razonamientos, Lenin explicaba que las revoluciones brotaban, en efecto, de las contradicciones y crisis que maduraban objetivamente, pero que las masas, cuando no disponían de organización, no tenían voluntad única, y que la lucha contra la poderosa organización terrorista y militar de los Estados centralizados era difícil y requería mucho tiempo. Al ser traicionadas por sus jefes en el momento crítico, las masas no podían hacer nada, pero los representantes de la socialdemocracia, decía Lenin, podían perfectamente y debían votar contra los créditos de guerra, oponerse a la justificación de la

[50] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 27, págs. 104-105.

contienda, pronunciarse en pro de la derrota de sus gobiernos, crear un aparato internacional de propaganda, organizar publicaciones ilegales para explicar la necesidad de pasar a las acciones revolucionarias.

De este modo, Lenin muestra que sobre los líderes de la II Internacional recae la responsabilidad de haber destruido las organizaciones proletarias creadas a lo largo de decenios, la responsabilidad de haber dejado al proletariado sin sus organismos dirigentes. Los obreros, carentes de organización, no podían hacer nada, estaban desarmados, y la culpa de todo ello la tenían los líderes de la socialdemocracia. La masa no estaba en condiciones de expresar su voluntad. Se creó una situación en que los Estados burgueses tenían sus propias organizaciones centralizadas, los jefes de estas organizaciones militares del imperialismo servían fielmente a su clase, llevaban por la fuerza a las masas al ejército, a la guerra, mientras que los líderes de las organizaciones proletarias no cumplieron su deber ante la clase a que estaban llamados a servir.

Por consiguiente, la actividad de los líderes de las organizaciones políticas tiene mucha importancia para la historia; la conducta de los líderes y el carácter de su actividad ejercen una influencia indiscutible en la marcha del desarrollo histórico.

Contribuyó a la victoria de la revolución socialista en el País de los Soviets el que el partido bolchevique, con Lenin al frente, la hubiese preparado con la mayor perseverancia y éxito ya durante la primera guerra mundial, educando y cohesionando a la clase obrera para emprender la lucha por la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. La clase obrera de la URSS logró la victoria sobre la burguesía y consiguió construir la sociedad socialista porque la dirigía un partido revolucionario marxista-leninista consecuente encabezado por probados dirigentes fieles a la causa del comunismo.

En la ferviente lucha por la victoria de la revolución socialista reviste inmensa importancia la autoridad moral innegable de los dirigentes granjeada con su servicio abnegado a la causa de la clase obrera, con su trabajo tenaz y porfiado entre las masas. El partido bolchevique, encabezado por Lenin, formó a esos dirigentes, que cargaron con todo el inmenso peso de la labor de organización para transformar la sociedad por vía revolucionaria. "Hace ya mucho que la historia –escribía Lenin– ha mostrado que las grandes revoluciones promueven a lo largo de su lucha a grandes hombres y revelan a talentos que antes parecían imposibles"[51].

[51] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 38, pág. 78.

La experiencia histórica enseña que sin un partido revolucionario y sin dignos líderes, el movimiento obrero se ve sentenciado a la impotencia. El desarrollo y el fortalecimiento de los partidos comunistas y obreros es una condición indispensable para la victoria de la clase obrera sobre la burguesía, para la victoria del socialismo sobre el capitalismo.

En la sociedad actúan factores objetivos, pero no se puede dejar de tener en cuenta, además, la política y la actividad del partido, la conducta de sus jefes y el papel de las organizaciones de masas de los trabajadores. No se puede contraponer el partido y los jefes a la realidad objetiva, ya que la propia política y la táctica del partido, el grado de organización de éste y su decisión constituyen un aspecto importante de la lucha de clases.

Lenin enseñaba que la conducta de los dirigentes ejerce una gran influencia en la conducta de las masas. Al criticar a los desorganizadores del movimiento obrero atemorizados por la burguesía, Lenin escribía: "...los dirigentes responsables, con sus vacilaciones y su disposición a destruir sus ídolos de ayer, originan las más indignas vacilaciones en el estado de ánimo de ciertas capas populares"[52].

Censurando a los líderes que expresaban los estados de ánimo de la parte más atrasada del proletariado, Lenin señalaba que semejantes jefes no eran necesarios. "...Dada la falta de carácter –escribía Lenin– con que cambian sus consignas, esos jefes no valen nada. No se puede confiar en ellos. Serán *siempre* un lastre, una magnitud negativa en el movimiento obrero"[53].

Por tanto, el leninismo no abre el menor abismo entre el papel del partido y los líderes, por un lado y, por otro, los factores objetivos, no contrapone el partido y sus jefes a la necesidad histórica. La necesidad histórica se manifiesta en los acontecimientos históricos, y los acontecimientos son obra de los hombres. Los hombres vivos, las masas populares y sus organizadores –el partido y sus líderes– son los que realizan los acontecimientos.

Así, unos líderes constituyen una magnitud positiva y revolucionaria en el movimiento obrero, mientras que otros, considerándose líderes, son un lastre para el movimiento obrero, una fuerza que lo arrastra hacia atrás. Tienen importancia para la historia los líderes que, comprendiendo la necesidad histórica, saben ir contra la corriente, cuando hace falta, y no se arrastran a la zaga de los acontecimientos, los líderes que saben utilizar todas las posibilidades para acelerar el progreso social.

---

[52] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, pág. 412.
[53] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 38, pág. 392.

Al crear el partido bolchevique, Lenin emprendió la lucha contra la corriente oportunista. Todos los que se consideraban a sí mismos pilares y patriarcas de los social-demócratas se sublevaron entonces contra el bolchevismo. Lenin encabezó a los auténticos revolucionarios, que, apoyados por los obreros de vanguardia, destruyeron todos los obstáculos levantados en el camino de la construcción del poderoso partido bolchevique. Así se logró un viraje en la marcha del movimiento obrero de Rusia, un viraje que le permitió a la clase obrera vencer a sus enemigos y tomar el poder en sus manos.

Durante la primera guerra mundial, el partido bolchevique fue el único partido político que se levantó contra el imperialismo y el socialchovinismo, ganándose el apoyo de grupos de internacionalistas en otros países. Lenin dio a la clase obrera las debidas consignas, y las organizaciones del partido hicieron todos los esfuerzos posibles para llevarlas a la práctica. Merced a ello, la clase obrera, que seguía el camino señalado por Lenin, consiguió cambiar la marcha de los acontecimientos, derrocar la dominación de los imperialistas y acabar con la guerra imperialista. Este viraje de alcance histórico-universal en la marcha de los acontecimientos hizo patente el gran papel que pueden cumplir el partido revolucionario y sus líderes cuando expresan los intereses de la vanguardia, y no de la parte atrasada del movimiento obrero.

Al partido bolchevique le tocó ser el primero en toda la historia en encabezar la revolución socialista y resolver grandiosos problemas de organización para crear los cimientos de la economía socialista, para reorganizar sobre bases socialistas la pequeña producción, para formar una disciplina nueva, socialista, entre los trabajadores. En el cumplimiento de estas grandes tareas se hizo ver con particular fuerza el papel dirigente de la clase obrera como artífice de la nueva sociedad, de la sociedad socialista. Sin la dirección estatal de la clase obrera en todo el proceso de desarrollo de la sociedad hubiera sido imposible la solución de todos esos problemas. Ahora bien, la clase obrera ha podido cumplir su misión histórica sólo por hallarse bajo la dirección del Partido Comunista, fuerza orientadora y organizadora de la construcción del socialismo.

Toda la experiencia del movimiento socialista y de liberación nacional de nuestra época prueba que los éxitos de las masas laboriosas en la lucha contra la opresión imperialista dependen del grado de organización y cohesión de las mismas en torno a la vanguardia de la clase obrera.

En los países de Europa Central y Sudoriental, la hegemonía de la clase obrera en el movimiento de emancipación aseguró la transformación de la revolución democrático-popular en revolución

socialista. Y la condición del victorioso despliegue de la revolución fue creada por el papel dirigente de los partidos comunistas, que supieron superar la escisión de la clase obrera y encauzar la labor de todos los partidos y organizaciones democráticos en beneficio de la reorganización socialista de la sociedad.

Todo el mundo conoce los relevantes méritos del Partido Comunista de China en la lucha para liberar al país del yugo de los colonialistas y de la opresión terrateniente-burguesa. Bajo la dirección del Partido Comunista, la clase obrera unió en torno suyo a todas las fuerzas antifeudales y antiimperialistas y llevó a cabo la revolución popular.

Hicieron un inmenso aporte a la lucha de liberación los comunistas de la República Democrática Popular de Corea y de la República Democrática de Vietnam, que agruparon en torno de la clase obrera a todos los trabajadores en la lucha por la liberación nacional y el socialismo.

El Partido Comunista encabeza la lucha heroica del pueblo cubano por el triunfo del socialismo y contra las amenazas y provocaciones del imperialismo norteamericano.

Desempeñan un grandioso papel en el movimiento emancipador los partidos comunistas de los países capitalistas, sobre todo partidos tan poderosos e influyentes como el de Francia y el de Italia. Merced a la infatigable labor de estos partidos comunistas y sus probados dirigentes, el movimiento obrero se ha erigido en poderosa fuerza social.

Los partidos comunistas hacen una aportación inapreciable a la lucha contra el yugo imperialista. Los colonialistas y sus turiferarios dirigen los más duros golpes contra los comunistas, viendo en éstos a los más firmes y consecuentes luchadores del movimiento de liberación nacional. Con su abnegada lucha contra el colonialismo, los partidos comunistas ofrecen un ejemplo a todos los elementos nacionales, estimulando a los vacilantes e inestables e incorporando a más y más capas de la población al movimiento liberador.

Al propio tiempo, el desarrollo de los acontecimientos contemporáneos muestra de modo cada vez más palpable el papel negativo de los oportunistas y aventureros que se han infiltrado en el movimiento de liberación y que procuran descomponer las filas de su vanguardia, es decir, de los partidos comunistas. Es conocido de todos el daño que causan al movimiento comunista los revisionistas de derecha y de "izquierda", los nacionalistas y los renegados de todo pelaje que han traicionado la causa de la clase obrera. Es particularmente nocivo el papel que desempeñan los maoístas, que se han apoderado de la dirección del Partido Comunista de China y

han tomado el camino del chovinismo de gran potencia y del antisovietismo. Los maoístas han causado incalculable daño al progreso del socialismo en China y a la causa del movimiento internacional de liberación. La lucha consecuente contra la ideología antileninista y la actividad escisionista y subversiva de los maoístas y todos los demás revisionistas y apóstatas es una condición indispensable para fortalecer el socialismo mundial y la unidad del movimiento comunista y antiimperialista.

La lucha del marxismo-leninismo contra el culto a la personalidad y el menoscabo del papel de las masas

Partiendo de la generalización de la gigantesca experiencia de la lucha de las masas populares por la transformación socialista de la sociedad, el marxismo-leninismo ha denunciado y derrotado hasta el fin la mentira idealista de que no son las masas, sino las personalidades eminentes, las que hacen la historia.

El problema de las causas de la difusión de ideas supersticiosas acerca de la omnipotencia de una u otra personalidad, de las raíces del culto a la personalidad ha ocupado las mentes de muchos pensadores desde épocas muy remotas. El ensalzamiento y la divinización de unas u otras personalidades aparecieron a la par con el poder estatal, entronado sobre la sociedad para oprimir a la mayoría de la población. En la antigüedad y en la Edad Media, en los Estados esclavistas y feudales, así como en los despotismos orientales, la jerarquía del poder estatal solía coronarse con el poder unipersonal del zar autócrata, del rey, del emperador, etc. Esta jerarquía del poder estatal hallaba un reflejo fantástico en la religión. Sin un zar autócrata en la tierra no hubiera habido el Dios único, todopoderoso soberano celestial.

La fe en los dioses todopoderosos ejercía una influencia inversa en las ideas de los hombres respecto de los soberanos terrestres. Aparecieron leyendas y creencias acerca del origen divino de los potentados terrestres.

En la epopeya hindú Mahabharata, el rey se asemeja al dios Indra. "En todos los aspectos, el rey es semejante a Indra de mil ojos. Lo que él estima (ha establecido) justo (pío) (todos) deben estimar justo". (Libro XII, Shantinarva, siglo VI a.n.e.).

En el código de Manú (siglo II a.n.e.) se puede leer: "Visto que el rey fue hecho de las partículas de los mejores dioses, supera en su brillo a todos los seres vivos" (VII, 5).

Glorificando al rey, atribuyéndole cualidades sobrehumanas, los hombres se menoscababan a sí mismos. "Igual que el Sol, abrasa los ojos y los corazones, y nadie en la tierra puede siquiera mirarlo" (idem, VII, 6).

En una fuente budista se dice: "Sólo el rey puede administrar y dirigir el mundo... Los hombres, una vez delante de él, se postran temblorosos y llenos de veneración" ("Milindapanjo". IV, 5, 27).

El ensalzamiento de los reyes se refrendaba con los correlativos ritos que los separaban de los "simples mortales" y exigían que se les rindiesen honores de toda clase, ritos llamados a impresionar la imaginación de los hombres.

La Boétie, pensador francés del siglo XVI, en su tratado *Discours sur la servitude volontaire* describe de la siguiente manera ciertos rasgos de este rito:

"Los reyes de los asirios y, luego, los de los medos se presentaban lo menos posible ante el pueblo, a fin de hacerlo creer que eran algo más que los hombres comunes y, por tanto, lograr que el pueblo creyese en eso, ya que los hombres exageran de buen grado en su imaginación lo que no pueden ver con sus propios ojos. Así, muchos pueblos que se hallaban bastante tiempo sometidos al control de los asirios se acostumbraron, bajo el efecto de todos esos misterios, a la esclavitud y cuanto menos conocían a su señor se dejaban sojuzgar más; a veces no sabían siquiera si existía, y todos temían crédulamente a quien nadie había visto jamás. Los antiguos reyes de Egipto no aparecían más que, unas veces con un gato, otras con una rama y, otras más, con fuego sobre la cabeza y, camuflándose de este modo, haciendo juegos de manos, inspiraban con ayuda de tales cosas cierto respeto y asombro a sus súbditos"[54].

A juicio de La Boétie, la principal causa del culto a los soberanos reside en la costumbre que tienen los hombres de someterse, cuando nacen esclavos y se educan en la esclavitud. Los tiranos suelen mantener en torno suyo a unos cinco o seis allegados, los cuales, a su vez, se apoyan en unos seiscientos ejecutores de su voluntad, a los que obedecen ya miles de vasallos eclesiásticos y seglares. Esta jerarquía del poder fija la costumbre a someterse a la voluntad de los reyes y sultanes y a la veneración supersticiosa de los mismos.

La Boétie y los ilustradores posteriores, al explicar la deificación de los gobernantes autócratas no tocaban más que el aspecto superficial del mecanismo del poder y la mala tradición o la mala

---

[54] Étienne de La Boétie. *Anti-dictator. Discours sur la servitude volontaire*. N. Y., 1942, p. 36.

costumbre. No veían tras de la jerarquía del poder la de los estamentos, es decir, la estructura de clases de la sociedad, la esclavización de las masas explotadas por las clases explotadoras. Por eso no podían ver que la inclinación servil de los hombres ante los soberanos terrestres, al igual que ante los "celestiales", tenía por base la opresión de las masas, la aparente impotencia de éstas ante la fuerza despótica de los poseedores de la propiedad y del poder.

El marxismo lanzó un osado y decidido reto al viejo mundo, emprendiendo contra él una lucha a muerte. Este reto sonó en las palabras del joven Marx: "*derrocar todas las relaciones* en las que el hombre es un ser humillado, esclavizado, impotente y miserable"...[55]

Marx y Engels criticaron implacablemente todos los tipos de esclavitud espiritual y política. En su crítica de la religión y la política mostraron con toda diafanidad que los señores terrenales y "celestiales" servían a las clases explotadoras para someter y oprimir a las masas populares.

De ahí la profunda indignación de Marx y Engels cuando veían que las tradiciones de postración y servilismo ante los "héroes" comenzaban a manifestarse en el movimiento obrero.

Los fundadores del marxismo-leninismo combatieron a lo largo de toda su vida el culto a la personalidad, la tendencia a hacer caso omiso del papel de las masas populares y del partido revolucionario. Al censurar la postración supersticiosa ante alguna personalidad, Marx y Engels estimaban inadmisible cualquier manifestación de fausto, exaltación y, sobre todo, adulación y servilismo ante los jefes de la clase obrera. "No damos un penique –escribía Marx– por la popularidad. Como prueba de ello, citaré, por ejemplo, el siguiente hecho: por repugnancia a todo culto a la personalidad yo, durante la existencia de la Internacional, nunca permitía que llegasen a la publicidad los numerosos mensajes con el reconocimiento de mis méritos, con que me molestaban desde distintos países; incluso nunca les respondía, si prescindimos de las amonestaciones que les hacía. La primera afiliación, mía y de Engels, a la sociedad secreta de los comunistas se realizó sólo bajo la condición de que se eliminaría de los Estatutos todo lo que contribuía a la postración supersticiosa ante la autoridad"[56].

Los maestros del comunismo científico se oponían tenazmente a todo intento de prestarles homenajes públicos. Engels, al enterarse de que un círculo obrero de Londres se disponía a saludarlo con

---

[55] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 1, pág. 422.
[56] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 34, pág. 241.

motivo de su setenta y un aniversario, se negó cortésmente a asistir al acto y contestó en forma muy significativa: "Por tanto, estimados camaradas, no tengo más remedio que expresar por escrito mi sincera gratitud por vuestro tan amistoso y honorífico propósito y, a la vez, decir que siento que no se me haya comunicado a tiempo lo que os proponíais organizar. Tanto Marx como yo hemos estado siempre contra toda manifestación pública consagrada a unas u otras personas; eso quizá sólo sea admisible cuando permite lograr algún objeto considerable; pero, más que nada, hemos estado siempre en contra de las manifestaciones dirigidas personalmente a nosotros"[57].

Marx y Engels censuraban duramente todo intento de exagerar el papel de unos u otros dirigentes del movimiento obrero, en particular, de Lassalle, Proudhon y Bakunin. El importuno autobombo de Lassalle los indignaba profundamente. En una carta enviada después de una entrevista con Lassalle, Marx escribe a Engels: "Durante el año que no le he visto, se ha chiflado del todo... Está convencido ahora de que no es sólo un gran hombre de ciencia, un profundo pensador, un genial investigador, etc., sino, además, un Don Juan y un cardenal Richelieu revolucionario"[58].

Los fundadores del marxismo presentaban grandes exigencias a la descripción verídica de la vida y la obra de los líderes del partido. No toleraban descripciones biográficas pomposas y embellecidas de los líderes políticos, la exageración de sus méritos y la glorificación de sus cualidades personales.

"Sería muy deseable que los hombres que se hallaban al frente del partido del movimiento, ya sea antes de la revolución, en las sociedades secretas o en la prensa, ya sea en el proceso de la revolución y después, como personalidades oficiales, se representasen, finalmente, en los colores severos de Rembrandt, en toda su veracidad vital. En todas las descripciones existentes, estas personalidades no se presentan en su forma auténtica, sino sólo oficial, con coturnos en los pies y una aureola detrás de la cabeza. En esos retratos ensalzados al estilo de Rafael se pierde toda la veracidad de la imagen"[59].

Estas notables y profundas ideas de Marx y Engels suenan como sabio consejo a los historiadores, publicistas, escritores y pintores acerca de cómo debe enfocarse la representación de los caracteres y los hechos humanos.

---

[57] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 22, pág. 270.
[58] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 30, pág. 211.
[59] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 7, pág. 280.

Fiel a la doctrina y las tradiciones de los fundadores del marxismo, Lenin luchaba resueltamente contra todo intento de colocar a los líderes por encima del partido, por encima de la clase obrera. Lenin ridiculizaba la conducta de los grupos políticos que exaltaban a sus líderes y silenciaban los errores y defectos de éstos. Advertía constantemente a los dirigentes del partido para que no se entregasen a la ilusión y no se apartasen de las masas, los llamaba a la audaz autocrítica, les enseñaba a prestar oído a la voz de las masas. Los dirigentes, además de educar a las masas, aprenden de ellas, se educan en la experiencia de estas últimas. Explicando la gran significación de la sabiduría política colectiva de la clase obrera, Lenin decía que tanto el partido como las masas aprendían en la crítica abierta de los errores y señalaba que sólo los seudosocialistas temían la crítica abierta. "La clase obrera –decía Lenin– sabrá educar y templar sus organizaciones criticando abiertamente a sus representantes"[60].

No cabe atribuir a los jefes cualidades milagrosas, considerarlos impecables y todopoderosos. "Los dirigentes obreros –escribía Lenin– no son ángeles, no son santos, ni héroes, sino hombres como todos Incurren en errores, y el partido los corrige"[61].

Los dirigentes no están asegurados contra reveses y fracasos si se imaginan portadores indiscutibles de la verdad, dejan de contar con la opinión colectiva del partido, con la experiencia de las masas y con las enseñanzas de la historia. Con tal motivo, Lenin expuso profundos razonamientos e hizo importantes advertencias:

"La formación de jefes del partido expertos e influyentes es tarea ardua y larga. Y sin eso, la dictadura del proletariado, su "voluntad única", serán nada más que palabras. En Rusia, la formación del grupo de dirigentes se prolongó quince años (1903-1917), quince años de lucha contra el menchevismo, quince años de persecuciones por parte del zarismo, quince años, entre los que figuran los de la primera revolución (1905), grande y poderosa. Así y todo, hubo hasta entre nuestros excelentes camaradas lamentables casos de "pérdida de la cabeza". Si los camaradas de Europa Occidental se imaginan que están libres de semejantes "casos lamentables", incurren en una puerilidad que no se puede por menos de combatir"[62].

A la vez que valoraba altamente el papel de los dirigentes del movimiento socialista, al pronunciarse contra la ideología del seguidismo y la espontaneidad, Lenin subrayaba que la fuerza de los verdaderos dirigentes residía en sus vínculos con las masas, en su

[60] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 17, pág. 147.
[61] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 21, pág. 409.
[62] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 44, pág. 94.

capacidad de aprender de las masas. La vanguardia sólo cumple su papel de vanguardia cuando sabe no apartarse de la masa que dirige, cuando sabe llevar adelante a toda la masa. Fustigando la tendencia a apartar la teoría de la vida y de las demandas de las masas, ridiculizando el enfático engreimiento de los dogmáticos y exégetas, Lenin decía: "...la inteligencia de decenas de millones de creadores produce algo incomparablemente más elevado que la previsión más grande y genial"[63].

En la historia hubo no pocos líderes que tenían méritos ante el pueblo, pero, luego se fueron alejando y separando de las masas, redundando en magnitudes negativas en el movimiento histórico. Son auténticos héroes populares los que hasta el fin de su vida ponen por encima de todo los intereses del pueblo, los que no sirven a las masas populares de palabra, sino de hecho. Esa es la principal cualidad de los dirigentes de tipo marxista-leninista.

Los éxitos de la construcción de socialismo son fruto de la gran iniciativa creadora y la rica experiencia de las masas multitudinarias del pueblo. Al explicar la complejidad de las tareas que planteaba la transformación socialista de la sociedad, como una cosa absolutamente nueva y de alcance histórico-universal, Lenin señalaba que sólo la experiencia colectiva de millones de personas podía dar indicaciones decisivas respecto de la construcción del socialismo. "...confiamos en la experiencia conjunta, en la experiencia de millones de trabajadores"[64].

Lenin protestaba contra cualquier ensalzamiento de su personalidad, contra los honores superfluos, y no admitía que se subrayasen sus méritos. Jamás pretendía a la dirección unipersonal y protestaba rotundamente cuando le atribuían en el partido el papel dirigente que desempeñaba el Comité Central. En este sentido es característica su respuesta al diplomático soviético A. Yoffe. "Usted se equivoca –escribe Lenin– al reiterar que "el CC soy yo". Esto sólo se puede decir en estado de gran excitación nerviosa y cansancio. El viejo CC (1919-1920) me derrotó en un problema de gigantesca importancia, de lo que Usted está enterado por la discusión. En infinitos casos me he quedado en minoría al discutirse problemas de organización y personales. Usted mismo habrá visto muchos ejemplos de ello cuando era miembro del CC.

¿Para qué, pues, ponerse tan nervioso hasta llegar a escribir la frase *absolutamente imposible, absolutamente imposible* de que el CC soy yo?"[65]

[63] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, pág. 281.
[64] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 36, pág. 350.
[65] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 52, pág. 100.

El Comité Central del partido ha educado siempre y educa a los trabajadores del partido en el espíritu de la estricta observancia de los principios de dirección colectiva y de modestia en la conducta personal. El CC ha corregido a las organizaciones que ensalzaban a uno u otro dirigente. Veamos a título de ejemplo una carta enviada del Comité Central del partido al Comité de la célula subdistrital de Medyñ (distrito de Spassk), del Partido Comunista de Rusia de la provincia de Tambov, del 20 de noviembre de 1918. En la carta se decía:

"Estimados camaradas:

Hemos recibido el acta N° 3 de vuestra asamblea del 5 de noviembre.

Aprobamos plenamente la disposición de los miembros de vuestra organización de defender con el fusil en las manos las conquistas de la Revolución de Octubre. Sin embargo, un párrafo de vuestra resolución, precisamente el final, nos ha extrañado mucho: la resolución termina con las siguientes palabras: ¡Viva el camarada Káblov, defensor y trabajador de los pobres, del Partido Comunista y de todo nuestro proletariado!"

Todos los comunistas, en tanto que marxistas, deben comprender que unas u otras personalidades de la historia de los movimientos de la lucha de clases no desempeñan papel (determinante) y que toda la marcha de la historia no depende más que de las relaciones económicas sociales entre las clases. Por eso no cabe el menor culto a una u otra personalidad en la organización comunista. El que en lo referente a nuestro jefe –el camarada Lenin– se note un respeto especial, se debe a sus méritos ante la clase obrera del mundo entero.

Proponemos que se discuta nuestra carta en una asamblea general y que se envíe al CC el acuerdo que se adopte"[66].

Desde el punto de vista de la concepción materialista dialéctica rigurosamente científica de la relación y conexión recíprocas entre las leyes objetivas del desarrollo social y la actividad de los hombres, aquí se advierte fácilmente que se subraya de modo unilateral el papel de la base económica, posiblemente al objeto de hacer más clara la exposición. Pero, el sentido principal de la carta caracteriza explícitamente el estilo de la dirección y la educación en el partido bolchevique.

El Partido Comunista sostiene una lucha decidida contra las supervivencias de las concepciones idealistas subjetivistas del papel

[66] *Correspondencia del Secretariado del CC del PC(b) de Rusia con las organizaciones locales del partido*, t. V (noviembre-diciembre de 1918), Moscú, 1970, pág. 11.

de la personalidad en la historia, contra el culto a la personalidad y sus nocivas consecuencias, inculcando a las masas trabajadoras la fe en sus fuerzas y la conciencia de su misión histórica. La concepción materialista de la historia es un arma segura que permite denunciar y superar estas concepciones antimarxistas condenadas por el partido, concepciones que menoscaban la actividad creadora de las masas populares.

El XX Congreso del PCUS se pronunció resueltamente contra el culto a la personalidad, cuya propagación menoscababa el papel del partido y las masas populares y minimizaba el papel de la dirección colectiva en el partido, engendrando graves errores en el trabajo.

Ajeno a todo el espíritu del marxismo-leninismo, el culto a la personalidad coloca a ésta por encima del partido y del pueblo, le atribuye cualidades milagrosas, la convierte en artífice de la historia, en regidora de los acontecimientos históricos y los destinos de los pueblos.

Semejantes ideas se propagaron durante muchos años en torno a Stalin, el cual no les ponía coto, sino que incluso las fomentaba. Expresándose en forma general contra la exaltación de una u otra personalidad, Stalin no se oponía al creciente culto a la suya, lo apoyaba y, con frecuencia, incurría en autoensalzamiento.

Se sabe que Stalin desempeñó un importante papel en la lucha por la victoria de la revolución socialista y del socialismo en la URSS, así como por la victoria en la Gran Guerra Patria. Gran teórico y organizador, Stalin, en colaboración con otros dirigentes destacados del partido, luchó activamente para hacer realidad los legados de Lenin y se granjeó un gran prestigio. Sin embargo, con el tiempo, las alabanzas y el autoensalzamiento de Stalin llegaron al extremo y adquirieron la forma monstruosa de culto a su personalidad.

El culto a la personalidad se propagó en la literatura, el arte, las ciencias sociales, el periodismo, la labor propagandística y la actividad pedagógica. La influencia del culto a la personalidad hacía que las victorias históricas de las masas populares se atribuyesen a una sola persona. Se consideraba que la elaboración de la teoría marxista era su monopolio, su mérito exclusivo.

El culto a la personalidad llevaba a la infracción de las normas de vida del partido, de los principios partidarios de dirección, a la implantación de métodos de administración burocrática. Tales errores, por ejemplo, en la dirección de la economía agropecuaria ocasionaron el atraso y abandono de varias ramas importantes de la misma.

El culto a la personalidad hace que se la estime impecable, la libera de toda responsabilidad por los defectos, errores y faltas en el trabajo, justifica las manifestaciones de arbitrariedad y abusos. Se sabe que el abuso de poder, la vulneración del espíritu colectivo en el trabajo conducía, a veces, a represiones infundadas y a infracciones de la legalidad socialista. Las tergiversaciones en la dirección de los asuntos del partido y del Estado causaron mucho daño al progreso de la sociedad socialista.

El culto a la personalidad se manifestó, además, en otros países socialistas. La teoría y la práctica del culto a la personalidad tuvo también en ellos efecto negativo. El problema de la lucha contra las supervivencias del culto a la personalidad adquirió por eso en dichos países una significación política de actualidad.

Al aclarar las causas del culto a la personalidad hay que tener en cuenta la situación histórica concreta en que actuó la personalidad, las condiciones interiores y exteriores de desarrollo del país, los éxitos y las dificultades en la lucha por la transformación socialista de la sociedad, así como las cualidades individuales de la personalidad.

En lo tocante a la Unión Soviética, es preciso tener presente que la construcción del socialismo transcurrió durante mucho tiempo en un país cercado por Estados capitalistas. Las potencias imperialistas recurrían a los medios más diversos para ahogar la primera república socialista del mundo. La agresión militar, el bloqueo económico, el espionaje y el sabotaje, la organización de la labor subversiva y la furibunda propaganda antisoviética, en fin, todo valía en manos de los imperialistas para luchar contra el Estado socialista.

La construcción del socialismo en la URSS transcurrió también en un ambiente de aguda lucha contra los restos de las clases explotadoras, rigiendo el principio de "¿quién vencerá a quién?". Las corrientes antileninistas –trotskistas, oportunistas de derecha y nacionalistas burguesas– atacaban la línea general del partido, la política leninista y la teoría leninista de la posibilidad de la victoria del socialismo en un país.

Se sabe que, al agravarse la lucha interna en el período de transición en la URSS o al surgir una situación de guerra, se estrechan, por cierto tiempo, necesariamente en cierta medida los límites de la democracia, lo cual ofrece terreno para el incremento del poder unipersonal. Al alterarse la debida conjugación del centralismo con el democratismo, surge la posibilidad de abusar del poder y de concentrarlo en manos de una sola persona. En tal situación, hasta los eminentes éxitos de las masas populares en la construcción pacífica o en la defensa del país sirven de fondo para la propagación del

culto a la personalidad. Por supuesto, eso no significa que las mencionadas premisas objetivas conduzcan inevitablemente al culto a los jefes que se hallan al frente del movimiento. Baste recordar que en los primeros años de Poder de los Soviets se crearon en el país unas condiciones interiores y exteriores extraordinariamente difíciles superadas con mucho éxito por el partido dirigido por Lenin. Se sabe que Lenin, gozando de ilimitada confianza y cariño del pueblo soviético, además de no fomentar, cortaba de raíz toda manifestación de culto a la personalidad respecto de sí mismo y de otros dirigentes.

Propiciaron el progreso del culto a la personalidad de Stalin ciertas peculiaridades negativas individuales suyas, que Lenin había señalado en su tiempo. La ambición, la demasiada atracción por el aspecto puramente administrativo, la grosería, la intolerancia para con los demás, el carácter caprichoso de Stalin, unidos al poder inabarcable en sus manos dieron lugar a consecuencias negativas. Stalin comenzó a erigir ciertas restricciones de la democracia interna del partido y de los Soviets, inevitables en el ambiente de encarnizada lucha contra el enemigo de clase y sus agentes, y luego en las difíciles condiciones de la guerra contra los invasores fascistas alemanes, en norma diaria de vida del partido y del Estado, vulnerando los principios leninistas de dirección y legalidad socialista.

La posibilidad de surgimiento del culto a la personalidad no es una particularidad de un país concreto. Las masas populares, oprimidas y engañadas durante siglos por gobernantes que expresaban la voluntad de las clases dominantes, las masas que encontraron en los dirigentes del movimiento obrero a sus auténticos defensores y jefes, como es natural, manifiestan una profunda confianza en ellos, les muestran su sincero cariño y les prestan toda clase de apoyo. En tales condiciones, la modestia de los líderes del movimiento obrero, su fidelidad a los intereses de los trabajadores, su indestructible vinculación con el partido y el pueblo tienen una importancia primordial para las relaciones recíprocas correctas entre los dirigentes y las masas. El abuso de la confianza y del respeto de las masas por parte del dirigente es la raíz principal de la difusión del culto a la personalidad, ajeno al marxismo-leninismo. Por tanto, no se puede por menos de tener en cuenta que la responsabilidad por la propagación del culto a la personalidad de uno u otro líder formado y fomentado en la vida del mismo recae, en primer término, sobre ese líder. Por algo Marx, Engels y Lenin advertían siempre contra el culto a la personalidad.

La lucha contra el culto a la personalidad y todas las manifes-

taciones de subjetivismo ha dado sus resultados positivos, contribuyendo al despliegue de la democracia del partido y de los Soviets, de la iniciativa y la independencia de las organizaciones partidarias y las grandes masas de trabajadores. Se eleva a un nivel superior la dirección de la edificación económica y cultural, como también toda la labor ideológica.

Nuestros enemigos en el extranjero y algunos elementos atrasados dentro del país han intentado utilizar la crítica y la autocrítica desplegadas en el país y emprender una campaña de calumnias contra el régimen socialista y la política del Partido Comunista. Nuestros enemigos afirman que el culto a la personalidad de Stalin no ha sido engendrado por determinadas condiciones históricas pasajeras y ciertas peculiaridades negativas individuales de Stalin, sino por el propio sistema soviético, por la naturaleza del régimen socialista. No obstante, todo el mundo sabe que el régimen socialista ha levantado a las grandes masas populares para su participación en la historia. El sistema soviético ha probado que es un sistema de auténtico poder del pueblo. La lucha contra las infracciones de la democracia soviética y por el fomento de ésta hace patente de por sí la gran capacidad vital del régimen socialista.

Tampoco son sostenibles los intentos de sacar de la existencia del culto a la personalidad en el pasado la conclusión de ciertos cambios en el régimen social de la URSS y de no se sabe qué degeneración del mismo. Afirmar que una personalidad cualquiera, incluso tan destacada como Stalin, pueda cambiar el régimen sociopolítico significa romper con el marxismo e incurrir en el idealismo. Semejantes opiniones son el culto a la personalidad al revés, ya que significan atribuir a una persona la desmesurada y sobrenatural capacidad de modificar el régimen de una sociedad, además, un régimen social en el que la fuerza decisiva son los millones y millones de trabajadores.

Algunos, carentes de madurez política, se han valido de la bandera de la lucha contra el culto a la personalidad para combatir en general la autoridad de los líderes y de los organismos dirigentes, deslizándose a la prédica del anarquismo. El Partido Comunista ha rechazado decididamente toda clase de intervenciones ajenas, impensadas e insanas relacionadas con la lucha contra el culto a la personalidad.

En el Informe del CC del PCUS presentado al XXIV Congreso se dice : "El partido ha concedido mucha importancia a que la historia de nuestro Estado sea expuesta con criterio correcto y objetivo. Las contadas tentativas de aquilatar el camino histórico del pueblo soviético desde posiciones ajenas al partido, sin criterio de

clase, de menospreciar el significado de sus realizaciones socialistas, han sido sometidas a una crítica acerba, pero justa. Al mismo tiempo, el partido ha mostrado la inconsistencia de las nociones dogmáticas, que hacen caso omiso de los grandes cambios positivos operados durante los últimos años en la vida de nuestra sociedad.

La experiencia de los años transcurridos confirma elocuentemente que la eliminación de las consecuencias del culto a la personalidad y de los errores subjetivistas ha ejercido una influencia bienhechora sobre la situación política general y, ante todo, ideológica del país"[67]

En la sociedad socialista crece inconmensurablemente la actividad, el papel creador de las masas populares. Al propio tiempo, en la sociedad socialista, en la que el partido y el Gobierno utilizan conscientemente las leyes objetivas del desarrollo social y organizan de modo planificado la edificación económica y cultural, crecen igualmente el papel y la responsabilidad de los dirigentes y los organismos de gestión.

Sin embargo, el crecimiento del papel del factor subjetivo en la sociedad socialista no debe llevar al menosprecio de las leyes objetivas del desarrollo de la misma. Tal menosprecio engendra el subjetivismo y el voluntarismo en la dirección de la vida social y conduce a errores y fracasos en el trabajo. El partido ha condenado y ha corregido los errores relacionados con el enfoque subjetivista de la solución de importantes problemas económicos y políticos, aplicando resueltamente la política de estricta observancia de las normas leninistas de vida del partido y los principios leninistas de dirección colectiva.

El Comité Central del PCUS restableció y explicó ampliamente la concepción marxista-leninista del papel de la personalidad y las masas populares en la historia. El CC del PCUS exige que los comunistas se guíen de modo consecuente en toda su labor por la doctrina marxista-leninista del pueblo como creador de todas las riquezas materiales y espirituales de la humanidad, del papel decisivo del partido marxista en la lucha revolucionaria por la transformación socialista de la sociedad.

El pueblo soviético ha aprobado unánime las medidas del Partido Comunista de la Unión Soviética para superar las supervivencias y consecuencias del culto a la personalidad, para reforzar el principio leninista de la dirección colectiva y desplegar la democracia del partido y de los Soviets. Estas medidas fueron acogidas con aprobación y tuvieron vivo eco en todos los fraternos partidos

[67] *Documentos del XXIV Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, 1971, pág. 102.

comunistas y obreros. La lucha del Partido Comunista de la Unión Soviética contra el culto a la personalidad y las consecuencias de éste se considera con razón como lucha por la pureza del marxismo-leninismo, por el progreso de la democracia socialista y por el fortalecimiento de los principios del internacionalismo proletario.

Hoy se hace particularmente clara la significación internacional de esta lucha. Como es sabido, en China, el culto a la personalidad de Mao Tse-tung que ha llegado en los últimos años a su más extrema y negativa manifestación, ha inferido mucho daño a los intereses del pueblo chino y a la causa de la solidaridad internacional de los trabajadores. El culto a Mao Tse-tung, siendo elemento integrante de la "revolución cultural", ha servido de instrumento para socavar el papel dirigente de la clase obrera, para destruir el Partido Comunista, para instaurar una dictadura antipopular y unipersonal sobre la base del empleo directo de la fuerza militar y del desencadenamiento de las fuerzas ciegas pequeñoburguesas de los *hungweipings* y trapisondistas. De resultas, en la República Popular China se han vulnerado burdamente los principios de la democracia y la legalidad socialistas, se han echado por la borda las normas de vida del partido y se ha minado el sistema de órganos de poder popular creado por la revolución.

Es natural que la política y la práctica antipopulares del grupo de Mao Tse-tung hayan suscitado el descontento de los comunistas chinos y las grandes capas de obreros y campesinos. La viciosa ideología del culto a los "héroes" se contradice de raíz con los principios del socialismo y no puede ser bandera de la clase obrera y sus aliados, es decir, las masas populares que han realizado una profunda revolución social y han emprendido el camino del desarrollo socialista. En última instancia, las poderosas fuerzas populares despertadas por la revolución decidirán el desenlace de la lucha.

En nuestra época, la creciente unidad del pueblo se ha erigido en poderosa fuerza internacional. Desde que el socialismo ha rebasado el marco de un país y se ha convertido en sistema mundial, crece y se vigoriza más y más la colaboración fraternal de los pueblos de los países socialistas. El fortalecimiento de la cohesión de los trabajadores del campo socialista bajo la dirección de los partidos comunistas y obreros viene a ser una viva expresión de la auténtica fuerza vital y del crecimiento del poderío del socialismo.

La ideología marxista-leninista inspira y refuerza la unidad espiritualmente indestructible de todos los trabajadores de la sociedad socialista, de todos los luchadores por la victoria del comunismo. Las ideas del marxismo-leninismo se han apoderado de las mentes de las gentes y son ahora una gran fuerza transformadora del

mundo. La aplicación con espíritu creador de la teoría marxista-leninista ofrece a los pueblos las vías de solución de los problemas fundamentales del desarrollo social contemporáneo y alumbra las perspectivas del avance de la sociedad hacia el triunfo del comunismo.

La principal peculiaridad del desarrollo mundial contemporáneo es el progreso de la solidaridad internacional de los trabajadores. Pese a todos los esfuerzos que hacen los imperialistas para descomponer el movimiento obrero internacional crecen y cobran mayor vigor las organizaciones internacionales de los trabajadores.

Los partidos comunistas son los que constituyen la fuerza dirigente en la labor de fortalecer la solidaridad internacional de las masas populares.

En los países capitalistas crece y se vigoriza la unidad de las masas trabajadoras. El movimiento obrero es en ellos ahora una poderosa fuerza. Mientras la burguesía hace todo lo que puede para enfrentar las unas a las otras las diversas capas de trabajadores, la clase obrera, encabezada por su vanguardia, agrupa y une a las masas populares.

Los partidos comunistas luchan tenazmente por la unidad de acción de todos los trabajadores. Ahora revisten inmensa importancia la superación de la escisión en el movimiento obrero y el establecimiento de contactos prácticos de los partidos comunistas con los socialistas, así como con otros partidos que quieren de verdad defender la paz, luchan contra la opresión imperialista y defienden los intereses nacionales de sus pueblos, la democracia y la independencia.

En las condiciones contemporáneas de hundimiento del sistema colonial del imperialismo, cuando más de 1.500 millones de seres humanos se han liberado de la dependencia colonial y semicolonial, se ha manifestado con la mayor fuerza la razón de la teoría y la política del leninismo, que exige que se una la lucha revolucionaria de la clase obrera de los países desarrollados con el movimiento de liberación nacional de las colonias.

Hoy es mayor que nunca en la historia mundial el papel de las masas populares, han crecido su actividad, su cohesión y su grado de organización. En los países del socialismo, el pueblo es ya el amo y señor de su destino. En los demás países, los pueblos avanzan firmes en la lucha para que la política sea obra del pueblo, para garantizar la paz y lograr la seguridad en todo el mundo, para encauzar el desarrollo de la sociedad por el camino del socialismo.

EL PROGRESO SOCIAL SOBRE LA BASE DEL SOCIALISMO

En nuestra época, la época del hundimiento del capitalismo y la de la victoria del socialismo, en torno al problema del progreso social se ha desplegado una enconada lucha ideológica. Los ideólogos de la burguesía identifican el destino del agonizante capitalismo con el destino de la civilización y administran los últimos sacramentos a los luminosos ideales del progreso social. Se empeñan con inusitada tenacidad en negar la significación progresiva de los grandes cambios sociales ocurridos en nuestro siglo, expresados en la victoria del socialismo en un vasto territorio extensivo a los países de Europa, Asia y América Latina, con una población de más de mil millones de almas y en que cientos de millones de personas se han sacudido el yugo del colonialismo en Asia y Africa.

Los sociólogos burgueses oponen a la doctrina marxista-leninista del desarrollo progresivo de la sociedad las reaccionarias ideas de la repetición en la historia de unos mismos ciclos cerrados, de la rotación eterna de la historia, del carácter invariable de los pilares fundamentales de la vida social. En numerosos tratados sociológicos se niega la idea del progreso por anticientífica. Max Lange, "crítico del marxismo" (Alemania Occidental), califica de mito la idea del desarrollo progresivo. El sociólogo inglés M. Ginsberg afirma en su libro *The idea of Progress*[1] que se debe considerar muerta la fe optimista en el progreso. Solidarizándose con semejantes criterios, el conocido filósofo inglés B. Russell aprobó ese libro, subrayando

[1] Véase M. Ginsberg. *The Idea of Progress*, L., 1953.

que la obra del profesor M. Ginsberg era útil como necrología de la idea del progreso.

Sin embargo, pese a todos los presagios pesimistas, la historia avanza en su camino ascendente del desarrollo social. Los magnos cambios contemporáneos en la vida de la humanidad, que significan un viraje histórico del viejo mundo de la explotación y la opresión de las masas populares hacia un mundo nuevo, el mundo del socialismo, la fraternidad y la amistad de los pueblos, inspiran a los trabajadores una fe inquebrantable en el triunfo del progreso.

El socialismo, del que los ideólogos burgueses vienen diciendo desde hace más de cien años que es irrealizable, se ha afianzado firme y victorioso en el mundo contemporáneo como realidad objetiva que progresa inconteniblemente y ejerce un poderoso efecto en toda la marcha de la historia mundial.

Con el derrocamiento del capitalismo y con la victoria de la revolución socialista se pone fin a la pesada y dolorosa para los trabajadores prehistoria de la sociedad y se inaugura la verdadera historia del género humano. Si bien en el pasado, una masa inmensa de fuerzas humanas y medios materiales se absorbía en el consumo parasitario de las clases explotadoras, se gastaba en las colisiones entre los Estados y en la lucha entre clases enemigas, lucha que era la principal fuerza motriz de la historia, con la victoria del socialismo, cuando la principal fuerza motriz de la sociedad es la unidad social, política e ideológica del pueblo, todas las fuentes de desarrollo social pueden utilizarse para dominar la naturaleza y sus riquezas, en beneficio del constante mejoramiento del nivel de vida material y cultural de las masas.

Es ésa una modificación histórica universal de la forma del progreso histórico. "Desde el principio mismo de la civilización –escribía Marx–, la producción comienza a basarse en el antagonismo de los rangos, de los estamentos, de las clases y, por último, en el antagonismo entre el trabajo acumulado y el trabajo directo. Sin antagonismo no hay progreso. Tal es la ley a la que se ha subordinado hasta nuestros días la civilización. Las fuerzas productivas se han desarrollado hasta el presente gracias a este régimen de antagonismo entre las clases"[2].

Con el socialismo comienza la inaudita aceleración del ritmo de desarrollo histórico, tomando parte activa y consciente en él las vastas masas de la población unidas por la comunidad de intereses cardinales y de objetivo final. La fuerza dirigente del progreso social en la sociedad socialista es la clase obrera dirigida por el Parti-

[2] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed en ruso, t. 4, pág. 96.

do Comunista, que conoce las leyes del desarrollo social y domina a la perfección el arte de utilizarlas en beneficio de la sociedad socialista.

Supresión de las bases económicas de las contradicciones antagónicas

Los adversarios del marxismo proclaman que la unidad de la sociedad socialista, así como la ausencia de clases enemigas y de contradicciones de clase, son incompatibles con la dialéctica. Afirman que, desde el punto de vista de la dialéctica, es inconcebible la sociedad sin contradicciones de clase, es incomprensible la tesis de la unidad moral y política del pueblo. M. Merleau-Ponty, ideólogo del "neocapitalismo" en Francia, autor del libro *Les Aventures de la Dialectique*[3], afirma en las páginas de éste que en la sociedad soviética estiman la dialéctica, pero no le dan aplicación práctica, ya que no admiten la lucha de los contrarios en la vida sociopolítica y cultural y consideran que el socialismo es el final de la historia. El filósofo católico francés Henri Chambre llegó incluso a decir que la seguridad de los soviéticos en cuanto a la posibilidad de superar las contradicciones existentes en la sociedad socialista es una traición a la dialéctica. En el horizonte del desarrollo histórico de la Unión Soviética se perfila, como dice el filósofo, la muerte de la dialéctica.

Semejantes disquisiciones "filosóficas" revelan la concepción mecanicista vulgar de sus autores en cuanto a la esencia de la dialéctica. Al estilo de E. Dühring, ellos entienden la dialéctica del desarrollo como eterno antagonismo de fuerzas contrarias. Los ideólogos burgueses no se niegan a reconocer (y algunos preconizan) ese género de "dialéctica", ya que eterniza el antagonismo entre las clases y argumenta la imposibilidad de suprimir la división de la sociedad en clases.

La dialéctica marxista es la teoría más universal del desarrollo, la más rica y la más profunda, que reconoce que la contradicción de las cosas y los fenómenos es la fuente interna de toda modificación. Aquí, la contradicción no se entiende como algo permanente, petrificado y uniforme, sino como una relación recíproca de los contrarios, móvil, viva, en proceso de cambio, que se manifiesta bajo las más distintas formas. Esta relación recíproca es, a la vez, "lucha" y "unidad" de los contrarios.

---

[3] Véase M. Merleau-Ponty. *Les Aventures de la Dialectique*. P., 1955.

La dialéctica marxista no reconoce nada establecido de una vez y para siempre, nada absoluto e inmutable; ve en todo un proceso continuo de surgimiento de lo nuevo y de extinción de lo viejo, un continuo ascenso de lo inferior a lo superior. Lo mismo cabe decir de la concepción de la contradicción. La vigencia de la ley de la unidad y la lucha de los contrarios reviste distintas formas, con arreglo a las condiciones concretas, al tiempo y al lugar. Unicamente los que piensan de modo metafísico pueden admitir que la agudización de la lucha de los contrarios, hasta la explosión social, constituye una ley universal de la dialéctica válida en todos los tiempos y en cualquier sociedad. La agudización de las relaciones entre los contrarios hasta llegar a un conflicto inconciliable y la necesidad de su solución revolucionaria son una regla obligatoria en la sociedad basada en el antagonismo de clases, en la explotación de una clase por otra. Las formas de solución de ese conflicto dependen de la correlación entre las fuerzas en pugna, de la conducta de las clases condenadas a perecer. Engels decía: "...el puesto de lo real que agoniza es ocupado por una realidad nueva y viable; pacíficamente, si lo viejo es bastante razonable para resignarse a morir sin lucha; por la fuerza, si se opone a esta necesidad"[4].

Por lo que se refiere a la sociedad libre de clases enemigas, a la sociedad en que se ha suprimido la explotación del hombre por el hombre, no es obligatorio, ni mucho menos, que se agraven en ella las contradicciones hasta llegar a un conflicto y, además, a un choque violento entre las tendencias contrarias. El principio del cambio, del desarrollo y de la sucesión de las formas no se refiere sólo a las cosas y los fenómenos, sino también a las leyes que determinan las conexiones y las relaciones entre aquéllos, entre sus aspectos contradictorios.

El marxismo-leninismo se opone resueltamente a la tendencia reformista a velar los antagonismos de clase en la sociedad burguesa, se opone a las teorías de la conciliación entre explotados y explotadores, entre el proletariado y la burguesía. Los comunistas ponen audazmente al descubierto el carácter contradictorio del desarrollo de la sociedad socialista, luchan contra los intentos de esfumar las dificultades y las contradicciones en el desarrollo de la sociedad socialista. Para los comunistas rige la ley formulada por Lenin: "La unidad (coincidencia, identidad, equivalencia) de los contrarios es condicional, temporal, transitoria, relativa. La lucha de los contrarios, que se excluyen mutuamente, es absoluta, como es absoluto el desarrollo, el movimiento"[5].

[4] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed en ruso, t. 21, pág. 275.
[5] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 29, pág. 317.

Los contrarios, por cuanto se dan en todo fenómeno, existen en unidad, pero ésta no puede ser permanente y eterna, ya que está sujeta a cambios. En el proceso del desarrollo, los contrarios pueden equilibrarse temporalmente, pero sin cesar la lucha. En el proceso de la lucha entre las fuerzas y tendencias contrarias, las contradicciones dadas se superan, pero surgen en su lugar otras, y el desarrollo continúa sobre una base nueva. Todo eso se expresa precisamente en la fórmula de Lenin: "El desarrollo es la "lucha" de los contrarios".

Esta ley general de la dialéctica materialista es obligatoria también para la sociedad socialista. También en esta última lo nuevo nace y vence en la lucha de los contrarios. La lucha de los contrarios, es decir, el despliegue y la superación de los mismos, constituye el contenido interno del proceso de desarrollo de la sociedad socialista.

¿Cuál es, pues, la peculiaridad de las contradicciones de la sociedad socialista? ¿Por qué, al tratarse del socialismo, la tendencia a la agravación de la lucha de los contrarios hasta llegar al conflicto entre ellos no puede reconocerse como regla general y obligatoria? ¿Cómo se resuelven las contradicciones en la sociedad socialista sin llegar a producir crisis y conflictos sociales?

La peculiaridad principal de las contradicciones de la sociedad socialista consiste en que se desenvuelven y se superan sobre la base de la propiedad social de los medios de producción, desempeñando el papel rector la propiedad de todo el pueblo, en un clima de unidad sociopolítica de la sociedad libre de antagonismos de clases.

La experiencia histórica muestra que, imperando la propiedad privada sobre los medios de producción, se refuerza ineludiblemente la desigualdad patrimonial, se hace más hondo el abismo entre los pobres y los ricos. El capitalismo lleva la desigualdad patrimonial a la sima abierta entre un puñado de millonarios y multimillonarios, por una parte y, por otra, la masa desposeída de los obreros asalariados y los semiproletarios. Por eso, en la sociedad en que rige la propiedad privada sobre los medios de producción, son determinantes las contradicciones antagónicas que, en el curso de su desarrollo, llevan a la agravación de la lucha entre las fuerzas y tendencias contrarias, a las crisis, las conmociones y las explosiones sociales.

Reinando la propiedad social sobre los medios de producción, no hay ni puede haber explotadores y explotados, la distancia y las diferencias entre las clases y los grupos sociales disminuyen más y más, y el desarrollo se produce en medio de una completa homogeneidad social, en el sentido de la sociedad comunista sin clases. Mientras en la sociedad burguesa se agrava cada vez más la oposición de intereses entre la burguesía y las masas trabajadoras, en la

sociedad socialista se fortalece la comunidad de los intereses cardinales de la clase obrera, el campesinado trabajador y la intelectualidad popular. En virtud de ello, las contradicciones existentes en la sociedad socialista no son antagónicas, no están unidas a la agravación inevitable de la lucha de clases.

Los críticos burgueses del marxismo niegan la diferencia cardinal entre las contradicciones antagónicas y las no antagónicas y acusan a los marxistas de "inconsecuentes". Esta "inconsecuencia" consiste, a su juicio, en que los comunistas reconocen la existencia de contradicciones en la sociedad socialista, pero afirman, a la vez, que éstas tienen una estructura completamente distinta de las típicas del capitalismo, del feudalismo y de la sociedad antigua. Por ejemplo, Max Lange asevera que la teoría dialéctica de las contradicciones, interpretada de modo consecuente, lleva a "conclusiones teóricas fatales para el propio comunismo", que, según esa teoría, el socialismo debe "contar con una lucha revolucionaria futura", que tendrá que compartir la suerte de las formaciones sociales precedentes. No obstante, por más que se esfuercen los filósofos burgueses en la tergiversación de la dialéctica, las conclusiones de ésta son inquebrantables, puesto que se da en ellas la síntesis científica de los procesos históricos reales. Y la historia prueba con toda elocuencia que el desarrollo de las contradicciones en la sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción conduce ineludiblemente al hundimiento de dicha sociedad, ya que las contradicciones de ésta sólo se resuelven mediante la destrucción de ese régimen socioeconómico. En la sociedad socialista, el desarrollo y la solución de las contradicciones no llevan a la decadencia y al hundimiento del socialismo, sino al ascenso de la sociedad a un peldaño nuevo y superior del progreso social.

Los sociólogos burgueses eluden el análisis e incluso el reconocimiento de las contradicciones del capitalismo, antagónicas por su esencia. En oposición a la concepción marxista de las contradicciones sociales y la lucha de clases, estos sociólogos han formulado el concepto "desorganización social" o "desintegración social". Desde el punto de vista de los ideólogos de la burguesía, las diversas conmociones sociales, como, digamos, las crisis, las guerras, las explosiones de la hostilidad nacional y racial, las luchas de clases, como son las huelgas, las manifestaciones y los choques armados, no son síntomas del vicio interno del régimen capitalista, sino de alteraciones temporales del curso normal de la vida de la sociedad capitalista. A su juicio, todo eso no son más que "anomalías", manifestaciones de desorganización o desintegración social, que el capitalismo está en condiciones de debilitar o incluso suprimir. El sociólogo norteame-

ricano R. Faris, en su libro *Social Disorganization*[6], expresa la esperanza de que todas esas "faltas de armonía" se someterán a un control "al progresar la sabiduría sociológica".

Pero los vicios y las llagas del capitalismo son, en realidad, incurables, ya que son engendro del desarrollo de las contradicciones del modo de producción capitalista. De la misma manera que el régimen esclavista y el feudalismo cayeron debido a la agudización de las contradicciones antagónicas, el sistema socioeconómico capitalista se va desmoronando bajo el peso de los antagonismos sociales que lo desgarran.

La causa primaria de todas las contradicciones sociales es, en fin de cuentas, la contradicción entre las fuerzas productivas y la forma social vigente de su desarrollo, es decir, las relaciones de producción entre los hombres. De ello se desprende que el carácter de todas las contradicciones en la sociedad depende del tipo de las interconexiones de estos dos aspectos de la producción: las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Cuando la base de las relaciones de producción es la propiedad privada de las clases explotadoras sobre los medios de producción, el progreso de las fuerzas productivas entra inevitablemente, al cabo de cierto tiempo, en conflicto inconciliable con las relaciones de producción existentes. Este conflicto halla su expresión social en que la principal fuerza productiva –la humanidad trabajadora– se subleva contra los propietarios de los medios fundamentales de producción, contra el vigente sistema de propiedad.

En el pasado, las insurrecciones revolucionarias de las clases oprimidas contra los opresores no llevaban a la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción, sino únicamente a cambios de forma de la misma. De resultas de tal transformación de la propiedad se establecía una correspondencia temporal entre el carácter de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, correspondencia que, sin embargo, no podía poner fin a las contradicciones antagónicas. Por cuanto se mantenía la propiedad privada sobre los medios de producción persistía la base económica de la explotación del hombre por el hombre, del crecimiento de la desigualdad patrimonial y de la agravación de la lucha de clases. Unicamente la revolución socialista, al abolir la propiedad privada sobre los medios de producción, suprime la base económica de la división de la sociedad en clases opuestas y enemigas. En la sociedad socialista, la principal fuerza productiva –la masa trabajadora– no está

[6] Véase R. Faris. *Social Disorganization*. New York, 1948.

apartada de los medios de producción por la barrera de la propiedad privada. La correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción se establece aquí sobre la base de la propiedad social de los medios de producción. Esta correspondencia no descarta la existencia de contradicciones en el curso del desarrollo del modo de producción socialista, pero encierra también la posibilidad de oportuna superación de las mismas, lo cual redime a la sociedad del peligro de crisis económicas, conflictos de clases y conmociones sociales. La eliminación de las bases económicas de las contradicciones antagónicas y los conflictos de clase significa un viraje radical en el desarrollo de la humanidad y en las condiciones socioeconómicas del progreso social.

El principal criterio del progreso social es el avance de las fuerzas productivas, es decir, el desarrollo y el perfeccionamiento de los instrumentos de producción, la elevación de la experiencia de producción y de la maestría técnica de los propios productores de bienes materiales, las masas trabajadoras. El ascenso de las fuerzas productivas supone el crecimiento del poder de la humanidad sobre la naturaleza, supone la utilización cada vez más eficaz de las riquezas del mundo circundante. Es índice económico del progreso de las fuerzas productivas la tasa de crecimiento de la producción de bienes materiales. Es progresiva para cada época histórica la formación social que propicia más el progreso de las fuerzas productivas.

La experiencia de la Unión Soviética y los demás países socialistas muestra que, en la sociedad socialista, la producción, considerada en conjunto, avanza mucho más rápidamente que bajo el capitalismo. En la sociedad socialista, como lo previeron los fundadores del comunismo científico, los productores regulan racionalmente, merced a sus esfuerzos colectivos, el proceso de aprovechamiento de los recursos naturales, lo someten a su control, en lugar de dejar que éstos dominen sobre los hombres como una fuerza ciega. Sólo el socialismo permite subordinar la producción y la distribución sociales de los productos a los intereses vitales de los trabajadores y utilizar de modo armónico y proporcional las riquezas de la naturaleza. Merced a las ventajas que brindan las relaciones de producción socialistas, la Unión Soviética ha superado con éxito el anterior atraso económico y va alcanzando rápidamente a los países capitalistas más avanzados en la producción per capita. El ritmo de crecimiento de la producción industrial de la URSS es muy superior al de la mayoría de los países capitalistas.

Por algo, la primera central electroatómica fue construida en el País de los Soviets. Ha sido notable también la creación en la URSS

de cohetes balísticos intercontinentales y de medios de lanzamiento de los mismos. La Unión Soviética es el primer país del mundo que creó y puso en órbita un satélite artificial de la Tierra. El primer hombre que realizó un vuelo cósmico fue un soviético. En el País de los Soviets fue creado el Lunojod-1, primer aparato automático para investigar otros planetas, que ejecutó con éxito el programa fijado. La Unión Soviética fue el primer país en poner en órbita circunterrestre la estación científica orbital pilotada "Saliut". Todo eso es una prueba brillante del progreso social en la esfera de la producción material, en el fomento de la ciencia y la técnica logrado sobre la base de las relaciones de producción socialistas. Las relaciones de producción socialistas sirven de poderoso móvil de la producción.

No obstante, sería erróneo estimar que las actuales relaciones de producción constituyen una formación económica ya terminada, perfecta en todos los aspectos y absolutamente inmutable. La interpretación dogmática y la vasta propagación de la conocida fórmula de la plena correspondencia de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas en la sociedad socialista frenaron por cierto tiempo la investigación científica de la dialéctica del desarrollo del modo socialista de producción. Después de publicarse en 1938 la *Historia del PC(b) de la URSS. Compendio,* en la que se expuso por vez primera esta fórmula, en las publicaciones filosóficas y económicas soviéticas desapareció el problema del estudio de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la sociedad socialista. En las revistas *Pod Známenem Marxizma* ("Bajo la Bandera del Marxismo") y *Problemy Ekonómiki* ("Problemas de Economía") se declaró que el reconocimiento de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la sociedad socialista era incompatible con la tesis de su plena correspondencia. Partiendo de esta percepción dogmática de la fórmula de la completa correspondencia de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas en la sociedad socialista, los sociólogos comenzaron a negar la posibilidad de cualquier contradicción entre ellas.

Pero eso significa que se hacía la vista gorda ante los hechos de la vida, eso quería decir que se dejaba de ver que ciertos aspectos de las relaciones de producción envejecían y se convertían en freno para el progreso de las fuerzas productivas.

Por consiguiente, no se puede elevar al absoluto la correspondencia entre las actuales relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas. En 1952, en el trabajo *Problemas Económicos del Socialismo en la URSS,* Stalin hizo la reserva de que las

palabras "completa correspondencia" no se podían entender en el sentido absoluto, es decir, en el sentido de que en la sociedad socialista no existe el menor atraso de las relaciones de producción respecto del crecimiento de las fuerzas productivas. Pero conservó el concepto "completa correspondencia" y lo hizo incluso extensivo a ciertos períodos de las formaciones sociales anteriores al socialismo, en particular, a la época que siguió a la revolución burguesa, aunque se hacía sentir en ella la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiación.

La dialéctica materialista enseña que toda correspondencia es relativa, móvil, ya que el desarrollo se produce siempre a través de las contradicciones. Ni siquiera un mismo fenómeno suele ser igual, idéntico a sí mismo en el curso del desarrollo. Tanto menos cabe hablar de correspondencia absoluta entre dos aspectos distintos, aunque interconexos, de un proceso social, digamos, entre el progreso económico y la superestructura política. La correspondencia general entre dos elementos o aspectos en el desarrollo de los fenómenos incluye la diferencia y la contradicción y, por ende, cierta falta de correspondencia entre ellos. Lenin señalaba: "...la coincidencia total no existe ni siquiera en los más simples fenómenos de la naturaleza..."[7] y añadía que jamás habría semejante correspondencia en el sentido de la ausencia absoluta de contradicciones y que "...no puede haberla en el desarrollo de la naturaleza, como tampoco en el desarrollo de la sociedad..."[8]

En la sociedad socialista se pone fin al conflicto entre el carácter social de la producción y la forma capitalista de apropiación, típico del capitalismo, las relaciones de producción corresponden al carácter de las fuerzas productivas. Pero sería erróneo admitir que en cierta fase del desarrollo social se establece una correspondencia absoluta entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. El marxismo-leninismo enseña, y Stalin lo reconocía, que en la sociedad socialista, al igual que en cualquier otra, las fuerzas productivas son más móviles que las relaciones de producción. Por eso, las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción surgen también en la sociedad socialista. Así, la correspondencia de las relaciones de producción al carácter de las fuerzas productivas tampoco es absoluta e inmutable en la sociedad socialista, sino que es móvil y contradictoria. De ahí el deber de los organismos dirigentes de la sociedad de perfeccionar constantemente las relaciones de producción socialistas y de mejorar las formas

---

[7] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 26, págs. 152-153.
[8] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 36, pág. 306.

socioeconómicas de producción a fin de lograr el máximo progreso de las fuerzas productivas.

Las contradicciones en el desarrollo del modo de producción socialista no se reducen a las contradicciones entre el crecimiento de la técnica y las existentes formas de propiedad. Pueden manifestarse y se manifiestan igualmente en las relaciones de distribución y de cambio. Cuando las formas de distribución envejecen, el principio del interés material se altera, lo cual comienza a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas. El perfeccionamiento del sistema de salarios y sueldos de los obreros y empleados y de distribución de los ingresos en los koljoses debe ser objeto de permanente preocupación de los organismos dirigentes. Se conoce el gran papel que han desempeñado en el fomento de la economía agropecuaria las medidas tomadas por el partido y el Gobierno para elevar los precios de acopio y de compra de los productos agropecuarios, la adopción del pago mensual de avances y, luego, la fijación de la remuneración mínima garantizada del trabajo de los koljosianos, así como otras formas de estímulo del interés material de los trabajadores.

La experiencia de la Unión Soviética y otros países socialistas prueba que el descubrimiento y la solución de las contradicciones entre los distintos aspectos de las relaciones de producción socialistas, como asimismo entre unos u otros elementos de la superestructura política y el crecimiento de las fuerzas productivas, es condición necesaria del acelerado fomento de la producción. La reforma económica está llamada a adaptar las formas de organización de la producción y la gestión al nivel contemporáneo de las fuerzas productivas.

La reforma supone el cambio de ciertos elementos de la superestructura. No obstante, al propio tiempo se producen ciertos cambios en la base, en las conexiones y relaciones económicas. De suyo se entiende que eso no se expresa en cambios cardinales de la forma de propiedad, sino, más que nada, en el desarrollo de nuevas formas de estímulo del crecimiento de la producción.

Por tanto, las contradicciones en el desarrollo del modo de producción en la sociedad socialista se resuelven mediante el constante cambio y perfeccionamiento de las relaciones de producción, en vista de lo cual dichas contradicciones no llevan al conflicto, puesto que en la sociedad socialista no existen clases que, en aras de la conservación de la propiedad privada sobre los medios de producción, impidan la realización de tales cambios en las relaciones de producción.

En todas las formaciones socioeconómicas antagónicas, el progreso

histórico se ha realizado a cuenta de la esclavización de la mayoría de la población por las clases explotadoras. Estas últimas han procurado siempre aherrojar, y aherrojan y aplastan ahora en los países capitalistas la actividad de los trabajadores. Tan sólo con el socialismo comienza la auténtica incorporación de las más vastas capas de la población y las "capas bajas" más agobiadas de la sociedad a la activa vida social. Tan sólo con el socialismo, el progreso histórico se ha convertido en obra de millones y millones de trabajadores en todas las esferas de la vida.

El papel creador de las masas populares en la esfera de la producción se manifiesta vivamente en la emulación socialista, que se ha extendido ahora verdaderamente a todo el pueblo. Verdaderos milagros de la obra popular realiza el movimiento masivo de los inventores y racionalizadores, que hacen un aporte inapreciable al perfeccionamiento de la técnica de la producción. Podemos aducir la siguiente comparación característica. En el período de 1814 a 1917, es decir, de poco más de un siglo, se registraron en Rusia nada más que 36.078 inventos, de los cuales 29.730, o sea, el 82%, pertenecía a extranjeros. Y tan sólo en un año, el de 1970, los trabajadores de la URSS hicieron 4.591.000 inventos, perfeccionamientos técnicos y propuestas de racionalización.

La amplia y animada discusión de problemas técnicos y económicos en las asambleas de producción, asambleas de obreros, koljosianos e innovadores, en las organizaciones del partido, de los sindicatos y del Komsomol atestigua la actitud consciente y activa de las masas hacia el cumplimiento de las tareas que plantea la edificación económica.

Frederic Herzberg, profesor de sicología de la Universidad de Cleveland, autor de varios libros sobre sicología industrial, ofrece una dura crítica, en particular, del modo de vida norteamericano, cuyo rasgo distintivo es el crecimiento del descontento de los hombres con el trabajo que ejecutan.

F. Herzberg estima que el sistema de valores vigente en los EE.UU., que determina la actitud del hombre hacia el trabajo, está subordinado al business, obedece al Becerro de Oro, que ese sistema de valores ya no sirve para nada, es una modalidad de patología social, en virtud de lo cual ha surgido la necesidad de que los hombres se orienten hacia otro sistema de valores.

En su libro *Work and Nature of Man*, F. Herzberg afirma que la limitación del objetivo del trabajo a la ganancia económica ahoga la iniciativa y el desarrollo del obrero, siendo uno de los factores más funestos del modo de vida norteamericano, en el que ya no se encuentra lugar para "objetivos más nobles que la satisfacción de

las necesidades animales..."[9], mientras que los conceptos de satisfacción con el trabajo de uno mismo, de orgullo que uno siente de su trabajo, de maximización del talento del hombre, se convierten en tontería o víctima trágica del progreso de la actividad empresarial, el cual echa al "basurero" hasta "el máximo excedente de talentos" que poseen los profesionales y los trabajadores de la administración[10].

F. Herzberg hace constar con toda diafanidad lo siguiente: "Propugnamos la prosperidad de los talentos humanos y vemos que en nuestra sociedad no hay lugar para la mayoría de ellos. El talento humano en el trabajo se convierte en plusproducto como el trigo"[11], "desde las primeras orientaciones hasta la velada de despido, la historia de las carreras en el trabajo es una historia de pérdidas humanas"[12].

Vemos dos resultados opuestos de la actividad laboral del hombre en distintas condiciones sociales: bajo el capitalismo, el trabajo es un medio de sojuzgamiento de los hombres y de aplastamiento de sus talentos; en la sociedad socialista, el trabajo es un medio de emancipación de los hombres, de florecimiento de sus aptitudes, es la base del desarrollo armónico universal del individuo.

La vida sociopolítica en el socialismo es una auténtica arena de desarrollo de la actividad de las masas populares. La democracia socialista incorpora a las masas cada vez más extensas a la activa vida social. Bajo la democracia burguesa, los amos de la vida no son las masas, sino los capitostes de los trusts y sindicatos capitalistas, de los omnipotentes bancos y las compañías hulleras, petroleras, metalúrgicas, automovilísticas, químicas, ferroviarias, etc. Mientras tanto, en la sociedad socialista, las masas populares son los verdaderos amos de la vida.

El régimen socialista fue el primero en dar a las masas la posibilidad de organizarse políticamente, de actuar libremente en beneficio de los trabajadores. Los obreros, los campesinos trabajadores y los intelectuales trabajadores organizaron el Partido Comunista, núcleo dirigente de todas las organizaciones sociales y estatales de los trabajadores. Son organizaciones sociales de masas los sindicatos, que agrupan en sus filas a más de 93 millones de obreros y empleados y constituyen una escuela de comunismo. La juventud trabaja-

---

[9] Frederic Herzberg. *Work and Nature of Man*, The World Publishing Company, Cleveland and New York, 1966, p. 174.

[10] Idem, p. 182.

[11] Idem., p. 175.

[12] Idem., p. 176.

dora, encabezada por el Komsomol, que cuenta veintiocho millones de militantes, lucha activamente por el comunismo en todos los frentes de la construcción del socialismo. La actividad creadora y la iniciativa de las masas se despliega activamente, además, en las numerosas organizaciones culturales, deportivas, etc.

Crece inmensamente en la sociedad socialista el papel de las masas populares en la vida espiritual, en el fomento de la cultura. La revolución cultural efectuada en el País de los Soviets con arreglo a las prescripciones de Lenin ha sido un notable adelanto del progreso social. Las masas obreras y campesinas adquirieron el acceso a la luz y al saber, formaron una intelectualidad propia, popular, procedente de sus filas, y enriquecieron con la obra popular todas las esferas de la cultura. Por su contenido, la cultura socialista es una cultura auténticamente popular. El realismo socialista en la literatura y el arte viene a ser algo así como la expresión estética del humanismo y del espíritu popular.

Los teóricos burgueses hicieron mucho para atemorizar a la intelectualidad con invenciones de que la incorporación de las grandes masas populares a la cultura conduciría al descenso de la vida intelectual y del nivel de la creación artística. Sin embargo, la vida se ha encargado de probar que el juez más riguroso y el apreciador más exigente del arte es el pueblo. En la estrecha e indestructible vinculación con el pueblo se halla la fuente de la inspiración de las figuras de vanguardia de la ciencia y la cultura, la fuente del poderoso ascenso de la creación artística.

El socialismo ha brindado un inaudito progreso en el desarrollo de las relaciones entre las naciones y los pueblos. En lugar de la secular opresión de unas naciones por otras, en lugar de la enemistad racial y nacional, en oposición a la política de agresión y de guerras anexionistas, el socialismo ha proclamado y pone en práctica los magnos principios de la igualdad y la amistad de los pueblos, de la paz y la colaboración internacional.

A lo largo de muchos siglos, cuando el poder se hallaba en manos de las clases explotadoras, los Estados fuertes sojuzgaban y oprimían a los países relativamente más débiles en el aspecto económico militar y a los pueblos pequeños. Bajo el imperialismo, un puñado de países "civilizados" implantó su dominación sobre cientos de millones de almas en las colonias y los países dependientes. El desarrollo de los países capitalistas más avanzados se lograba no sólo a cuenta de la cruel explotación de las masas populares de estos países, sino también a cuenta del saqueo y la ruina de la inmensa masa de la población del Oriente colonial. Los "civilizadores" burgueses frenaron por siglos enteros el progreso de cientos de millones de

personas en Asia, Africa y América del Sur, es decir, de la mayor parte de la humanidad.

La Gran Revolución Socialista de Octubre rompió las cadenas de la opresión nacional y acabó para siempre con la desigualdad nacional, afirmando la auténtica fraternidad de todas las naciones. El Poder de los Soviets dispersó la mentira secular de los colonialistas acerca de la división del género humano en razas "superiores" e "inferiores", acerca de la superioridad de unas naciones respecto de otras, elevó a pueblos antes oprimidos a la condición de pueblos efectivamente libres y efectivamente iguales en derechos, aseguró el crecimiento más rápido de la economía y la edificación cultural en las repúblicas nacionales, antiguas comarcas periféricas de la Rusia de los zares. El progreso económico político y cultural de las naciones ayer oprimidas ofrece una prueba brillante del progreso social de la sociedad socialista.

La amistad de los pueblos que habitan la URSS, forma históricamente nueva de relaciones entre las naciones, cobra cada vez más vigor sobre la base de la ayuda mutua fraternal y merced a la constante política del partido encaminada a lograr el más rápido florecimiento económico y cultural de las repúblicas nacionales.

Premisa indispensable para el progreso social es la paz entre los pueblos. El imperialismo infiere inmenso daño al progreso social con la carrera armamentista y con el peso de los colosales gastos militares y el desencadenamiento de sangrientas y ruinosas guerras.

El Estado socialista de los Soviets aplica desde el primer día de su nacimiento una consecuente política de paz y cohesiona todas las fuerzas de paz contra los incendiarios de guerra. En la conciencia de las masas populares ha arraigado firmemente la idea de que la paz y el socialismo son inseparables. La consigna del socialismo en las relaciones internacionales –"paz y amistad entre los pueblos"– se ha convertido en una gran fuerza en la lucha contra los agresores imperialistas. La defensa de la paz se va haciendo efectivamente asunto de todos los pueblos; crece más y más el papel de las masas trabajadoras en los asuntos internacionales.

Nuevo tipo de conexión recíproca entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción

Con la victoria del socialismo sobreviene un período de rápido progreso en todos los dominios de la vida social, sobre todo en la producción, merced a la utilización racional de los últimos adelantos

de la ciencia y la técnica. A la vez que crecen impetuosamente las fuerzas productivas se desarrollan las relaciones de producción. Los cambios revolucionarios en el terreno de la producción y los correlativos cambios progresivos en las relaciones entre los hombres, en las conexiones de producción distinguen el progreso económico de la sociedad en el período de la transición del socialismo al comunismo.

Los problemas del progreso técnico sobre la base del continuo fomento de la industria pesada y de los grandes adelantos contemporáneos de la ciencia y la técnica planteados por el partido, las grandes tareas de aceleración del crecimiento de la industria química, sobre todo la producción de materiales sintéticos, la aplicación de métodos industriales en la construcción y las grandes medidas revolucionarias para el incremento de la producción agropecuaria marcaron una nueva etapa en el fomento de las fuerzas productivas de la sociedad socialista.

Al propio tiempo, en consonancia con las exigencias de las leyes económicas objetivas, el partido planteó ante la sociedad socialista soviética los problemas candentes relacionados con la modificación de las relaciones de producción socialistas, sin lo cual era inconcebible el impetuoso crecimiento de las fuerzas productivas. Eso halló su viva expresión en el desarrollo de las formas de propiedad socialista, en la aplicación consecuente del principio del interés material, en el fomento de nuevas formas de colaboración y ayuda mutua entre la clase obrera y el campesinado koljosiano, en la reorganización de los vínculos de producción entre el Estado y los koljoses, en la modificación del sistema de acopios de productos agropecuarios, etc.

El desarrollo de las relaciones de producción contribuye, a su vez, al continuo progreso de las fuerzas productivas. Esta interacción dialéctica de los distintos aspectos del modo de producción socialista acelera más y más el avance de la sociedad socialista por el camino del comunismo.

La labor orientadora del partido y la participación activa de las grandes masas trabajadoras en el planteamiento y la solución de los problemas candentes del fomento económico ofrecen una prueba viva y elocuente de la creciente significación del factor subjetivo, es decir, del principio consciente y planificado, en la vida de la sociedad socialista. En ello se refleja la acción de la ley del papel creciente de la obra consciente de las masas populares en la sociedad socialista.

Hay que reconocer que los teóricos revisionistas están confundidos irremediablemente y ocupan posiciones del materialismo vulgar

al afirmar que la idea del papel dirigente del partido en la lucha de la clase obrera por la transformación socialista de la sociedad se contradice con la teoría marxista del carácter objetivo de las leyes que presiden el desarrollo social y conduce al subjetivismo en filosofía. En realidad, la labor dirigente del partido se basa en el profundo análisis marxista-leninista de las leyes del desarrollo de la vida material de la sociedad y, en particular, de las leyes del desarrollo social en el socialismo.

La modificación de las fuerzas productivas y las relaciones de producción es un proceso objetivo. La sociedad no puede cambiar a su antojo las relaciones de producción independientemente del estado de las fuerzas productivas. La dependencia de las relaciones de producción respecto del determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas es una ley sociológica general que rige también en el período de transición al comunismo. El retraso de ciertos aspectos de las relaciones de producción respecto de las fuerzas productivas se registra también en la sociedad socialista. Sin embargo, se puede hacer frente a eso si se advierten a tiempo las nuevas exigencias objetivas del desarrollo económico y se adaptan continuamente las relaciones de producción socialistas al correspondiente desarrollo de las fuerzas productivas.

Eso es posible, en primer término, porque en la sociedad socialista las relaciones de producción son relaciones entre los trabajadores mismos, interesados vitalmente en el fomento de la producción. Aquí no existen clases que, movidas por sus intereses egoístas, quieran mantener las relaciones de producción caducas.

Eso es posible, en segundo término, porque el Estado socialista es un poder de los trabajadores, un poder que no se opone, sino que coadyuva al cambio progresivo de las relaciones de producción en beneficio de las masas.

Negar la posibilidad de que los hombres influyan en los procesos económicos en la sociedad socialista significa negar que la anarquía en la producción social, propia del capitalismo, cede lugar en la economía socialista a la organización planificada, consciente, significa negar que las leyes objetivas puedan aplicarse con conocimiento de causa. Eso significa, en realidad, que no se ha comprendido que la entrada en la formación social comunista es un salto de la humanidad del reino de la necesidad al de la libertad. Esa libertad consiste precisamente en que los hombres, una vez adquirida la conciencia de la necesidad de cambiar las relaciones sociales debida al crecimiento de las fuerzas productivas, pueden contribuir activamente a ese cambio antes de que les sea impuesto independientemente de su conciencia y voluntad.

Por tanto, la lucha de la sociedad soviética por el perfeccionamiento de las relaciones de producción en consonancia con el crecimiento de las fuerzas productivas no es una manifestación de subjetivismo o voluntarismo, sino una contribución consciente al proceso objetivo de desarrollo de las relaciones socialistas sobre la base del conocimiento y la utilización de las leyes objetivas que les son inherentes.

El que la sociedad pueda modificar a tiempo las relaciones de producción a tono con las exigencias objetivas es una gran ventaja del sistema económico socialista, que permite ofrecer más y más posibilidades de crecimiento a las fuerzas productivas y estimular por todos los medios la elevación de la productividad del trabajo social.

Reside en eso la base social objetiva de la dirección armónica, proporcional y consciente del progreso económico en la sociedad socialista.

En las formaciones sociales antagónicas eran siempre determinantes las relaciones económicas entre los propietarios de los medios de producción y los trabajadores, es decir, las relaciones de dominación y subordinación, las relaciones de explotación. Las relaciones de producción burguesas son, más que nada, relaciones entre dos clases enemigas, entre el proletariado y la burguesía. Un cambio parcial de ciertos elementos de las relaciones de producción en la sociedad burguesa se produce espontáneamente, en el proceso de la competencia, a través de las crisis y los conflictos. El progreso de las fuerzas productivas, rigiendo la propiedad capitalista sobre los medios de producción, entra en pugna con las caducas relaciones de producción y conduce a la agravación de las contradicciones de clase, a la encarnizada lucha de clases y, en fin de cuentas, a la revolución social.

Las relaciones de producción socialistas se distinguen, en primer término, por la existencia de la propiedad social sobre los medios de producción, lo cual condiciona precisamente la colaboración y la ayuda mutua entre los trabajadores de la sociedad socialista y descarta la posibilidad de explotación de unos hombres por otros. Las relaciones de producción socialistas significan una relación igual de todos los trabajadores respecto de los instrumentos y medios de producción, y en los koljoses, una relación igual de todos los koljosianos respecto de la propiedad koljosiana sobre los instrumentos y medios de producción. En la sociedad socialista, el progreso de las fuerzas productivas no conduce a la agudización de las contradicciones y al crecimiento de los conflictos, sino al continuo robustecimiento de la colaboración y la ayuda mutua entre todos los grupos sociales.

Las relaciones de producción no existen sólo entre las clases de obreros y campesinos, las relaciones de colaboración y ayuda mutua se plasman también entre los hombres dentro de cada clase. En el proceso de producción dentro del sector estatal basado en la propiedad de todo el pueblo existen relaciones de carácter económico y de producción entre obreros, entre colectividades de empresas, entre toda la sociedad y unas u otras colectividades, entre la colectividad y los trabajadores individuales de la misma, etc. En el sector cooperativo-koljosiano se han plasmado y se desarrollan determinadas relaciones entre los koljoses y el Estado, entre los koljoses, así como dentro de estos últimos.

Se sabe que en el sistema de las relaciones de producción de la sociedad socialista ocupan un lugar muy importante las relaciones económicas entre la ciudad y el campo. A diferencia del capitalismo, donde la ciudad explota y oprime al campo, en la sociedad socialista, la ciudad lleva el campo por el camino del progreso, prestándole toda clase de ayuda en la formación y el fomento del modo socialista de producción en la economía agropecuaria y en la superación de su secular atraso técnico, económico y cultural. Por otra parte, el campo socialista le suministra víveres a la ciudad y materias primas a la industria; el campesinado koljosiano es un constructor activo del comunismo, la comunidad de intereses lo une a la clase obrera.

Bajo el capitalismo, las relaciones entre la ciudad y el campo son de carácter secundario y están subordinadas al sistema general de relaciones de producción entre el trabajo y el capital. Son una expresión del carácter antagónico del modo de producción burgués; idéntica expresión de la esencia explotadora del régimen burgués son las relaciones entre las naciones dominantes y las oprimidas, entre las metrópolis y las colonias.

En la sociedad socialista, las relaciones entre la ciudad y el campo han adquirido un carácter completamente distinto. La base inquebrantable del régimen socialista soviético, la fuerza decisiva de la construcción del socialismo y del comunismo es la alianza de la clase obrera con el campesinado. En el terreno económico, la alianza de la clase obrera con el campesinado viene a ser la colaboración de producción de dichas clases. Las distintas formas de la ligazón de los obreros y los campesinos en el dominio de la producción vienen a ser las distintas formas de esta colaboración de camaradas. El partido halla y utiliza las formas de colaboración y ayuda mutua, las formas de intercambio de actividad entre la clase obrera y el campesinado que corresponden más a la obra de continuo fomento de las fuerzas productivas, a los intereses de toda la sociedad, y ase-

guran el rápido ascenso de la industria y la agricultura, el continuo mejoramiento de las condiciones de vida material y cultural de los trabajadores de la ciudad y del agro.

Además, no cabe olvidar que la fuerza dirigente en la alianza de la clase obrera con el campesinado es la clase obrera. Esto viene condicionado tanto por su papel en el derrocamiento del capitalismo y en la creación de la sociedad socialista como por el lugar que ocupa en el sistema de las relaciones de producción socialistas.

La base principal de la colaboración de la clase obrera con el campesinado en la esfera de la producción es la propiedad de todo el pueblo. Las relaciones de producción basadas en la propiedad estatal, de todo el pueblo, son las principales y determinantes en el sistema de las relaciones de producción socialistas y en el desarrollo de las mismas.

Mientras exista el Estado seguirán siendo propiedad de todo el pueblo los medios de producción nacionalizados, es decir, la propiedad estatal. Cuando el Estado se extinga, los medios de producción pertenecientes a todo el pueblo dejarán de ser propiedad estatal, pero, mientras tanto, el sector socialista estatal de la producción, basado en la propiedad de todo el pueblo, ha de desempeñar el papel rector en el avance de la sociedad hacia el comunismo. Entre la propiedad estatal socialista y la forma futura, comunista, no estatal, de propiedad no existe diferencia cualitativa, cardinal; la diferencia que se observa aquí no se refiere más que al grado de desarrollo de dicha propiedad en las distintas fases de una misma formación socioeconómica.

Los ideólogos reformistas y revisionistas atacan con especial ahínco la forma estatal de propiedad socialista. Ensalzan de mil maneras el capitalismo de Estado en los países burgueses contemporáneos, presentándolo como cierto elemento de socialismo. Los revisionistas presentan el capitalismo de Estado como elemento socialista en la "economía mixta" del mundo capitalista de nuestra época. La propiedad capitalista de Estado, según afirman los revisionistas, deja de ser la base de la explotación de la clase obrera. Ven en la nacionalización capitalista una forma de creación de relaciones de producción socialistas, cuya ampliación paulatina debe, según opinan, llevar a la victoria del socialismo sin necesidad de revolución socialista, sin la instauración de la dominación política del proletariado.

A la par que eso, los teóricos socialistas de derecha y los revisionistas afirman calumniosamente que la nacionalización socialista de los medios fundamentales de producción no libera a los obreros de la explotación y sólo conduce al menoscabo de la democracia.

Repiten de distintas maneras las invenciones de los sociólogos burgueses y los trotskistas acerca de que la propiedad estatal en la Unión Soviética no es socialismo, sino capitalismo de Estado. El "crítico" burgués del marxismo R. Carew Hunt, en su libro *The Theory and Practice of Communism*, escribía: "lo que han implantado los rusos no es, en realidad, el socialismo, sino el capitalismo de Estado"[13]. El socialista francés André Philip, en emocionante unanimidad con ese apologista del capitalismo, califica de "capitalismo burocrático" la economía de los países socialistas[14].

Los "teóricos" revisionistas propagan infundios acerca de que la propiedad estatal sobre los medios de producción en la sociedad socialista engendra la explotación de los trabajadores por el Estado. Estos seudomarxistas afirman que la propiedad socialista no es propiedad de todo el pueblo, sino propiedad del aparato estatal, es decir, de una casta especial que se ha separado del pueblo, que se le opone a éste y que nutre las tendencias "burocráticas y burocrático-estatales". Bajo la bandera de la crítica del burocratismo, el papel económico del Estado socialista se presenta en la propaganda revisionista como una tendencia ajena al pueblo, una tendencia que lleva, en última instancia, a la deformación de las relaciones socialistas, a la restauración de ciertas relaciones propias del capitalismo de Estado.

Según los revisionistas, la principal contradicción del socialismo es la contradicción imaginaria entre la propiedad estatal, el Estado, por una parte y, por otra, el pueblo. La solución de la misma, a juicio de ellos, está en la renuncia a la propiedad estatal, en su descentralización, en la entrega de dicha propiedad a disposición de las colectividades de productores y en la extinción del Estado. Los teóricos revisionistas predican que la sociedad socialista no debe estructurarse sobre la base de la propiedad estatal, sino en la de grupos de productores "autónomos". La propiedad de grupo y la estatal en la sociedad socialista constituyen, como opinan los revisionistas, dos contrarios que se excluyen mutuamente: la propiedad de grupo es la base del "socialismo autónomo" y descarta la explotación del hombre por el hombre; en cambio, la propiedad estatal representa, según pretenden, el socialismo "administrativo" o "burocrático", el socialismo que engendra la explotación del hombre por el hombre.

[13] Véase R. H. Carew Hunt. *The Theory and Practice of Communism*. N. Y., 1951, p. 5.

[14] Véase A. Philip. *Le Socialisme Trabi*. P., 1957.

Semejante exaltación de la propiedad de grupo como auténticamente socialista no tiene nada que ver con el marxismo-leninismo. Ya a fines de los años 80 del siglo pasado Engels escribía acerca de la correlación entre las dos formas de propiedad en la sociedad socialista: "al pasar a la economía comunista completa tendremos que emplear en vasta escala como eslabón intermedio la producción cooperativa, de lo que ni Marx ni yo hemos dudado jamás. Ahora bien, las cosas deben organizarse de tal manera que la sociedad y, por tanto, el Estado en primer lugar, mantenga en sus manos la propiedad sobre los medios de producción, a fin de que, de este modo, los intereses de la cooperativa no puedan imponerse a los de toda la sociedad"[15].

Al combatir los intentos anarcosindicalistas de entregar la gestión de las distintas ramas de la economía nacional a manos de los productores directos en los primeros años del Poder de los Soviets, Lenin subrayaba que estas "tendencias y tentativas... no tienen nada que ver con el socialismo. La misión del socialismo es lograr la transformación de todos los medios de producción en propiedad de todo el pueblo y de ninguna manera el paso de los buques a manos de los obreros de éstos, los bancos a manos de los empleados bancarios"[16].

El marxismo-leninismo estima que la oposición de la propiedad de grupo a la propiedad socialista estatal, además de insostenible teóricamente, es objetivamente perniciosa para la causa del socialismo. Lo que más caracteriza las relaciones entre la propiedad estatal y la cooperativo-koljosiana en la sociedad socialista es lo que hay de cardinal y común, lo que las une, es decir, el que las dos sean propiedad social de trabajadores. Son dos formas de la propiedad socialista única, dos formas de desarrollo de un mismo modo de producción: el socialista. Estas dos formas se distinguen la una de la otra exclusivamente por el grado de socialización de la producción.

La propiedad socialista cooperativo-koljosiana se crea y se desarrolla sobre la base del sector estatal, de todo el pueblo, de la producción socialista, surgido de la nacionalización de los medios fundamentales de producción. La creación de esta propiedad es la forma económica de transformación socialista de la pequeña producción. Está muy propagada en la agricultura y sirve igualmente de medio de transformación socialista de la pequeña producción artesana. Los teóricos revisionistas no piensan en transformar la pe-

---

[15] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso. t, 36, pág. 361.
[16] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, pág. 411.

queña producción en producción socializada, socialista, lo que proponen es transformar la propiedad estatal, de todo el pueblo, en propiedad de grupo.

Ahora bien, fraccionar y dispersar la gran industria socialista mediante la distribución de las empresas entre los diversos grupos de productores significaría renunciar a las ventajas cardinales de la gran producción, organizada, además, al modo socialista. Estos proyectos utópicos reaccionarios se contradicen de raíz con el proceso históricamente necesario de incremento del carácter social de la producción.

Por algo la concentración de la producción y la agrupación del capital para formar grandes compañías por acciones bajo el capitalismo comenzaron en primer término en las ramas fundamentales de la gran industria. Se sabe también que, bajo el capitalismo, se nacionalizan precisamente ciertas ramas de la gran industria.

Emprender el camino de la supresión de la propiedad estatal en la sociedad socialista significaría, ante todo, volver atrás, renunciar a las ventajas que brinda la producción organizada perteneciente a todo el pueblo.

Es absurda la afirmación de los revisionistas de que, rigiendo la propiedad estatal socialista sobre los medios de producción, hay lugar para la explotación. La explotación del hombre por el hombre tiene lugar cuando la clase propietaria de los medios de producción se apropia el plusproducto. La propiedad capitalista, ya sea la privada, ya la estatal, implica obligatoriamente la existencia de la clase de los obreros asalariados, la separación entre el productor y los medios de producción y, por tanto, la explotación de los trabajadores. En la sociedad socialista no existen clases privadas de los medios de producción y sujetas a la explotación por otras, propietarias monopolistas de dichos medios. Aquí todos los medios de producción son propiedad social, pertenecen a los trabajadores mismos. La propiedad estatal socialista suprime el abismo que media entre los obreros y los medios de producción y descarta la explotación del hombre por el hombre.

El carácter de la propiedad se manifiesta claramente en la distribución de la renta nacional. Bajo la dominación de la propiedad capitalista, ya pertenezca a capitalistas individuales, ya a monopolios capitalistas, ya al Estado burgués, la parte del león de la renta nacional se queda en manos de los capitalistas. La distribución no se hace con arreglo al trabajo, sino al capital, a la propiedad, en consonancia con las leyes del valor de la fuerza de trabajo, la ganancia, el interés y la renta, que expresan las relaciones de explotación. En cambio, dominando la propiedad socialista, más de tres cuar-

tos de la renta nacional se ponen a disposición de los trabajadores para su consumo personal y se distribuyen según el trabajo. La parte restante de la renta nacional se emplea para seguir ampliando la producción, crear reservas estatales, fomentar la instrucción pública y la sanidad y fortalecer la defensa, es decir, para satisfacer necesidades colectivas de los trabajadores.

Algunos sociólogos burgueses y revisionistas aseveran que, la sociedad socialista, los trabajadores de la administración y los intelectuales constituyen una clase privilegiada. En realidad, esta categoría de trabajadores de la sociedad socialista participa en el trabajo social y cobra una remuneración de la sociedad, lo mismo que todos los trabajadores, en consonancia con la calificación y el carácter del trabajo que ejecuta. Todo el plusproducto que se crea en el sector estatal, de todo el pueblo, se emplea en beneficio de toda la sociedad, y no de un puñado de explotadores, como ocurre bajo el capitalismo.

Las relaciones de colaboración y ayuda mutua entre los obreros, entre las colectividades de las empresas estatales, entre cada obrero y toda la sociedad son relaciones de producción auténticamente socialistas, que descartan la explotación del hombre por el hombre.

En la fase de transición del socialismo al comunismo, la reproducción ampliada no lleva a la reducción, sino a la continua ampliación de las relaciones de producción basadas en la propiedad estatal, de todo el pueblo. El reforzamiento de la propiedad cooperativo-koljosiana en estas condiciones no se logra a cuenta del debilitamiento del papel del sector estatal de la producción, sino sobre la base de su máximo fortalecimiento.

El progreso de la producción socialista es, a la vez, progreso y perfeccionamiento de todo el conjunto de las relaciones de producción socialistas.

Lenin señalaba que la fórmula de Marx acerca de la correlación entre las secciones I y II no regía sólo para el capitalismo, sino también para el socialismo y el comunismo. En la economía capitalista, lo mismo que la socialista, una parte de los medios de producción de la sección I se emplea para la reproducción ampliada de ésta, mientras que otra parte, para la reproducción ampliada de la sección II. Ahora bien, bajo el capitalismo eso expresa las relaciones de explotación: los nuevos medios de producción en manos de la burguesía significan nuevos medios de explotación del proletariado. La producción de la sección II puede dar medios de subsistencia a los obreros de las secciones I y II sólo si éstos venden su fuerza de trabajo a los capitalistas y crean para estos últimos una plusvalía. En cambio, en la economía socialista, la interconexión de

todos los elementos en el proceso de reproducción expresa relaciones de ayuda mutua entre los trabajadores de las distintas ramas de la sección I y II. Tales son también las relaciones entre la clase obrera y las que existen entre esta última y los campesinos. Los trabajadores de la sección I, al crear medios de producción, aseguran la base para la reproducción ampliada tanto en la sección I como en la II de la producción industrial y en la agricultura. Los trabajadores de la sección II, al producir medios de uso y consumo, incluidos los que se consumen en la sección I, crean también las condiciones indispensables para la reproducción ampliada. La producción agropecuaria, al igual que la de algunas otras ramas de la economía, forma, en parte, los medios de subsistencia y, en parte, vuelve a incorporarse al proceso de producción bajo la forma de materia prima. En ambos casos, el crecimiento de la producción agropecuaria viene a ser una premisa necesaria para la reproducción socialista ampliada.

El desarrollo armónico y proporcional de todas las ramas de la economía, correspondiendo el papel rector a la industria pesada, es fruto de las relaciones de producción socialistas de los trabajadores. La concatenación de los distintos elementos en el proceso de la reproducción, que expresa bajo el capitalismo las relaciones de dominación y subordinación, las relaciones de explotación, constituye en la economía socialista la cooperación laboral de todo el pueblo, el intercambio razonable y justo de la actividad de los trabajadores ocupados en las distintas ramas de la economía.

En los diferentes países socialistas, según sean sus recursos naturales y grado de desarrollo económico, la correlación entre la tasa de crecimiento de la industria pesada y la ligera, al igual que la correlación entre la industria y la agricultura puede no ser siempre la misma. Sin embargo, en cada país, el papel decisivo corresponde al fomento preferente de los medios de producción.

En el período de tránsito al comunismo, a medida que se crea su base material de producción, la reproducción socialista se halla en condiciones de satisfacer con creciente plenitud las necesidades de toda la sociedad y las necesidades personales cada vez mayores de cada trabajador. Así, en las Directrices del XXIV Congreso del PCUS para el plan quinquenal fijado para 1971-1975 se prevé el rápido crecimiento y aumento de la proporción de la industria de artículos de uso y consumo, así como de materias primas, máquinas y equipos para la producción de los mismos.

Al propio tiempo se subraya en el Informe presentado por el CC al Congreso: "Esta medida, como es lógico, no anula nuestra línea general de desarrollo acelerado de la fabricación de medios de pro-

ducción. Al determinar la correlación de los ritmos de crecimiento de ambos grupos, el partido arranca, como enseñara Lenin, de las necesidades concretas y de las posibilidades reales de cada etapa"[17].

En la sociedad socialista, la contradicción entre el nivel logrado en la producción y las crecientes necesidades se resuelve continuamente, a medida que crecen las fuerzas productivas. Las relaciones de producción socialistas, además de originar en su desarrollo nuevas necesidades de todos los miembros de la sociedad, crean, a la vez, los medios de satisfacerlas, ya que contribuyen al crecimiento de las fuerzas productivas. Marx señalaba que con el progreso del modo de producción socialista se amplían las necesidades del hombre, "...pero, al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que las satisfacen"[18].

El desarrollo armónico y proporcional de la producción socialista no descarta en absoluto las contradicciones y la desigualdad de dicho desarrollo. Y no se trata sólo de que en la difícil y vasta labor de planificación y organización de la producción sean posibles faltas y errores de cálculo en la fijación de las proporciones. El proceso objetivo del desarrollo económico pasa por las contradicciones dialécticas, es una compleja interacción de distintos elementos de las fuerzas productivas y distintos aspectos y elementos de las relaciones de producción.

La correspondencia entre las relaciones de producción socialistas y el carácter de las fuerzas productivas constituye la base económica de la unidad de la sociedad socialista. Los cambios en el sistema de las relaciones de producción socialistas, que ocurren en consonancia con el avance de las fuerzas productivas, refuerzan esta unidad y aceleran el progreso social.

Cuando hablamos de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción nos referimos a la que existe entre las nuevas fuerzas productivas y los aspectos y elementos caducos de las relaciones de producción, las formas concretas de colaboración de los productores socialistas en el proceso de producción.

¿Qué aspectos de las relaciones de producción en la economía socialista están más sujetos a cambios? ¿Qué problemas y qué contradicciones surgen con motivo del desarrollo de las relaciones de producción socialistas?

En el período de la ruptura revolucionaria del viejo régimen social, la principal atención durante el cambio de las relaciones de

---

[17] *Documentos del XXIV Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, 1971, pág. 45.

[18] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 25, p. II, pág. 387.

producción se centra en la relación que se guarda respecto de los medios de producción, en la modificación de las formas de propiedad. Es natural que en tales condiciones el pensamiento teórico se oriente, ante todo, hacia el análisis de los cambios que se operan en las formas de propiedad.

Con la abolición de la propiedad capitalista y la afirmación de la propiedad socialista sobre los medios de producción, a la par con el problema del continuo perfeccionamiento de las formas de propiedad se presentan con creciente insistencia, además, otros aspectos de las relaciones de producción: las formas sociales de organización de la producción, la distribución y la remuneración del trabajo, el intercambio de actividad, etc.

La cooperación socialista del trabajo es una expresión de las relaciones de producción socialistas, en tanto que relaciones de ayuda mutua y de colaboración de camaradas. De conformidad con el desarrollo de las fuerzas productivas cambian las formas de dicha cooperación, tanto entre las clases como dentro de cada clase.

El constante perfeccionamiento de la cooperación de la producción está llamado a asegurar máximamente la coordinación de las distintas esferas de la economía, el crecimiento de las fuerzas productivas, el progreso de todos los aspectos de la economía nacional.

En la industria, la cooperación, la especialización y la división del trabajo se han plasmado y se desarrollan sobre la base de los medios de producción socializados, y en la economía agropecuaria, estos tres fenómenos se operan también por vía del crecimiento de los medios sociales de producción y de la mancomunidad de los esfuerzos. Al crearse los koljoses, la simple agrupación de los medios de producción de los campesinos y la socialización de su trabajo llevaron a la formación de la propiedad koljosiana. El agrandamiento de los koljoses significó la continua concentración de los medios de producción y la mano de obra en el agro koljosiano. El progreso de las fuerzas productivas de la economía agropecuaria preparó la reorganización de los servicios técnicos y de producción prestados a los koljoses por el Estado y de las formas de vínculos económicos entre la ciudad y el campo.

La elevación del nivel de socialización de los medios de producción halla su expresión también en que la construcción de centrales eléctricas, canales de riego, embalses y carreteras con las fuerzas unidas de varios koljoses va adquiriendo proporciones cada vez mayores. Los koljoses aúnan sus esfuerzos para resolver problemas que rebasan el marco de unos u otros koljoses, y construyen obras que tienen, en realidad, importancia para todo el pueblo. En eso se manifiestan palpablemente elementos de transformación de la

propiedad cooperativo-koljosiana en propiedad de todo el pueblo. La mancomunidad de los medios de producción de los koljoses y la continua socialización del trabajo en ellos conducen a la formación de la propiedad interkoljosiana.

El continuo despliegue de la cooperación de ese tipo es una de las líneas fundamentales del desarrollo de las relaciones de producción socialistas entre el campesinado koljosiano y de elevación del nivel de socialización de la producción.

En cierta etapa, las Estaciones de Máquinas y Tractores representaban la forma principal y fundamental de la ligazón en materia de producción entre la clase obrera y el campesinado koljosiano. Los nexos económicos entre la industria y la producción koljosiana se realizaban más que nada a través de las Estaciones de Máquinas y Tractores. Con la reorganización de estas últimas ocurrieron sustanciales cambios en las relaciones económicas entre la industria y la producción koljosiana, entre la clase obrera y el campesinado. Los koljoses utilizan sin intermediarios la maquinaria que les suministra la industria. En tanto que dueños de dicha maquinaria, los koljoses exigen a las empresas industriales que perfeccionen los sistemas de máquinas y medios de mecanización. Este género de nexos económicos sirve de poderoso estímulo para el continuo fomento de las fuerzas productivas tanto en la industria como en la producción agropecuaria.

El robustecimiento de los vínculos económicos directos entre la industria y la producción agropecuaria lleva al aumento de los fondos indivisibles, al ascenso de los vínculos interkoljosianos, lo cual coadyuva al progreso de la propiedad koljosiana en el sentido de la aproximación de la misma a la propiedad de todo el pueblo.

La propiedad koljosiana experimenta importantes cambios en la etapa contemporánea de la construcción del comunismo. Y no se trata sólo de cambios cuantitativos. Son cambios cualitativos que reflejan un nuevo grado de madurez de la propiedad koljosiana, su aproximación a la de todo el pueblo.

Puede decirse que la forma koljosiana de propiedad posee un doble contenido: elementos de propiedad de todo el pueblo y propiedad de grupo, que se entrelazan estrechamente. La riqueza fundamental de los koljoses son los fondos indivisibles, cuyo valor en 1969 era de 55.500 millones de rublos. Estos fondos, siendo propiedad koljosiana por su forma, constituyen, por su tendencia, una propiedad de todo el pueblo organizado bajo la forma de propiedad koljosiana. Por eso, el concepto de propiedad de grupo no expresa plenamente la naturaleza de la propiedad koljosiana en la etapa contemporánea. La paulatina ampliación del elemento de propie-

dad de todo el pueblo en la propiedad koljosiana hará que ésta pierda más y más, hasta el fin, el carácter de propiedad cooperativo-koljosiana y se convierta enteramente, tanto por su contenido como por su forma, en propiedad de todo el pueblo.

Aquí hay que subrayar que la propiedad estatal y la cooperativo-koljosiana no son aspectos del modo de producción socialista aislados el uno del otro, sino que se hallan concatenados y se penetran recíprocamente. No cabe imaginarse que el desarrollo de la propiedad cooperativo-koljosiana se operará aisladamente del progreso del sector estatal de la producción. El proceso de la continua socialización de la producción koljosiana dependerá del avance de las fuerzas productivas no sólo de la agricultura, sino de toda la economía nacional, más que nada de la industria pesada, que suministra al agro máquinas, combustible, energía, fertilizantes y productos químicos.

Veamos, a título de ejemplo, el problema de la electrificación y la mecanización múltiple de la economía agropecuaria. Está claro que este problema sólo puede resolverse cuando el campo reciba más y más energía de las potentes centrales eléctricas del Estado. Y eso, como es lógico, ha de originar cambios en las relaciones económicas entre la industria y los koljoses y, por consiguiente, entre la clase obrera y el campesinado koljosiano, ha de llevar a un continuo progreso de la propiedad cooperativo-koljosiana por la vía de su transformación en propiedad de todo el pueblo.

Las medidas que adoptan el partido y el Gobierno para seguir fomentando la industria y la agricultura tienen inmensa importancia para la superación de la diferencia esencial entre la ciudad y el campo. El socialismo acaba con la oposición social entre la ciudad y el campo. Por su esencia socioeconómica, la ciudad y el campo pertenecen ahora a un mismo tipo, su economía se basa en la propiedad social sobre los medios de producción.

La diferencia esencial que todavía persiste entre la ciudad y el campo, que se expresa en la existencia de dos formas de propiedad socialista, se debe principalmente a la diferencia del grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de las condiciones culturales y técnicas de trabajo y vida de la población. Pese al colosal crecimiento de los recursos técnicos de la economía agropecuaria socialista, el campo se rezaga todavía considerablemente en punto a la mecanización de la producción. El trabajo agrícola está todavía lejos de alcanzar el nivel del trabajo industrial. El atraso cultural y técnico del campo, que nos ha dejado en herencia el viejo régimen, repercute todavía sensiblemente en las condiciones de trabajo y de vida de la población rural.

Al propio tiempo, la inmensa concentración de empresas e instituciones, como igualmente la excesiva aglomeración de la población en las grandes ciudades, además de complicar el problema de la vivienda y de los servicios municipales, hace más difícil asegurar las debidas condiciones higiénicas de trabajo, vida y descanso. El crecimiento de las ciudades a raíz de la industrialización ha desempeñado un gran papel progresivo. Han sido creados numerosos centros industriales y culturales nuevos, ampliándose los ya existentes, ha aumentado considerablemente la población urbana, tanto a costa del incremento natural como de la afluencia de la población rural. La población urbana en 1926 sumaba un total de 26,3 millones de habitantes, y el 1 de julio de 1971, era ya de 140,4 millones. Decenas de millones de personas se han incorporado a la población urbana.

A la par con ello prosiguió la concentración de empresas, instituciones y vecinos en las grandes ciudades. En 1926, había en el país 28 ciudades con población de 100 a 500 mil habitantes; en 1968 eran ya 174; el número de ciudades con más de 500 mil habitantes aumentó durante ese período de 3 a 34.

En la URSS, hace más de 30 años se reconoció que no se debían construir nuevas empresas en las grandes ciudades, pero como se infiere de los ejemplos citados, no ha cesado el crecimiento de estas últimas.

En las publicaciones económicas y filosóficas se expresaba el criterio de que la supresión de la oposición entre la ciudad y el campo implicaba la desaparición de las grandes ciudades. Se expresaba también una idea contraria: la necesidad de que siguiesen creciendo las grandes urbes como centros fundamentales de civilización. Se formuló, además, una concepción más cautelosa y, por lo visto, más razonable, en el sentido de que las actuales grandes ciudades, realizándose los debidos trabajos de reconstrucción y de enjardinamiento, se mantendrían como focos de progreso científico-técnico y como centros históricos de cultura, pero la población debía distribuirse con cierta regularidad en todo el territorio del país. El progreso de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción de la sociedad socialista no guarda la menor relación con la necesidad de ampliar las grandes ciudades existentes.

Existen todos los fundamentos para confiar en que, con el continuo perfeccionamiento de las relaciones de producción y las formas de gestión socialistas, se crearán las condiciones necesarias para la razonable distribución territorial de la población; se acabará con la excesiva y antinatural aglomeración de gigantescas masas humanas en las grandes ciudades y con el abandono del campo, con su alejamiento respecto de los centros industriales y culturales.

Por supuesto, para ello no habrá necesidad de "destruir" las grandes ciudades modernas. Merced al inusitado progreso de los tipos veloces de transporte, la radioficación, el cine y la televisión, los adelantos de la cultura, la ciencia y la técnica concentrados en las grandes ciudades estarán al alcance de los habitantes del "interior" más lejano. Además, la continua construcción de empresas y poblados de tipo urbano fomentará la creación en las zonas agropecuarias de nuevos focos industriales llamados a modificar la fisonomía rural de las mismas.

Al propio tiempo, los recientes datos acerca del progreso de la economía agropecuaria socialista muestran que se van creando con creciente rapidez las condiciones para superar el anterior atraso del agro. Merced al crecimiento de las fuerzas productivas, se efectúan ya ahora en muchos koljoses la mecanización múltiple del trabajo, la construcción de poblaciones de tipo urbano con servicios municipales, culturales y sociales. La constante aproximación del trabajo agrícola al industrial y de las condiciones de cultura y vida rurales a las de las ciudades constituyen el porvenir del agro socialista. Contribuye a ese proceso progresivo el avance de las relaciones de producción entre la ciudad y el campo, entre el Estado y los koljoses, como también entre los distintos koljoses y dentro de los mismos.

Desempeña un gran papel en este sentido el fomento y la vigorización de los sovjoses, en tanto que grandes empresas estatales en el campo. En el decenio de 1960 a 1970, el número de sovjoses se duplicó, llegando a casi 15 mil; están ocupados en ellos ahora cerca de 9 millones de trabajadores. Ha crecido la proporción de los sovjoses en el total de las compras de producción agropecuaria.

El resultado más importante del desarrollo del modo de producción socialista en el período de transición del socialismo al comunismo será el cambio del modo de vida doméstica, la completa y efectiva igualdad de la mujer, su emancipación de los quehaceres que supone la pequeña economía doméstica. A tal fin se crearán las indispensables condiciones, ampliando la red de comedores públicos, lavanderías, casas-cuna, jardines de la infancia y otras empresas de servicios a la población.

La afirmación y el progreso de las relaciones sociales socialistas han hallado su más viva expresión en las relaciones entre las distintas nacionalidades del país, en la consolidación de la amistad de los pueblos, en el gigantesco ascenso económico y cultural de las naciones que antes eran atrasadas. El perfeccionamiento de las relaciones de producción socialistas es la base de la continua aproximación de las naciones.

Se registran considerables cambios en la Unión Soviética en la esfera de la distribución, en el perfeccionamiento de la remuneración del trabajo. El socialismo asegura la igualdad respecto a los medios de producción y tiende el camino de la superación de los restos de la desigualdad, inevitables hasta cierto período, en el terreno de la distribución, el camino de la satisfacción de todas las demandas de la población. Ahora bien, la sociedad no va a eso a través del igualitarismo, sino a través de la aplicación consecuente del principio del interés material. Y este principio presupone cierta desigualdad en la distribución, que depende de la cantidad de trabajo que cada cual aporta a la producción social y de la calidad del mismo.

El principio socialista de distribución según el trabajo, como mostraron Marx y Lenin, encierra una contradicción dialéctica, cuya solución contribuye al paso del socialismo al comunismo. Al explicar el carácter de las contradicciones no antagónicas que encierra este principio, así como su significación para el desarrollo progresivo del socialismo, Lenin escribía: "Marx señala el *curso de desarrollo* de la sociedad comunista, que se verá *obligada* a destruir primeramente *tan sólo* aquella "injusticia" que consiste en la usurpación de los medios de producción por individuos aislados, pero que *no estará en condiciones* de destruir de golpe también la otra injusticia, consistente en la distribución de los artículos de consumo "según el trabajo" (y no según las necesidades)"[19]. No cabe olvidar que el propio principio de distribución según el trabajo encierra contradicciones de orden dialéctico, contradicciones vitales de la fase inferior de la sociedad comunista, así como los medios de resolverlas. La aplicación consecuente del principio del interés material no aleja, sino que aproxima la completa igualdad, es decir, el principio comunista de distribución según las necesidades. El quid de la cuestión está en que dichas contradicciones se resuelven sobre la base del crecimiento de las fuerzas productivas, que se acelera merced al principio del interés material.

El socialismo exige que los bienes obtenidos se distribuyan justamente entre los trabajadores según la cantidad y la calidad del trabajo aportado por cada cual. La diferencia que existe en la remuneración del trabajo no debe disminuir mediante el empeoramiento del nivel de vida de los que trabajan bien y de los trabajadores altamente calificados, sino sobre la base del crecimiento de la productividad de todos y del correlativo ascenso de los ingresos de los poco remunerados.

---

[19] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 33, pág. 93.

Importante premisa para llegar a la completa igualdad es el sistema de distintos tipos de servicios sociales a los trabajadores, como, digamos, la enseñanza y los servicios médicos gratuitos, los alquileres relativamente bajos para determinadas normas de superficie habitable, uso gratuito de bibliotecas, clubes, etc. Estos bienes se facilitan a todos los habitantes de la URSS independientemente de sus aptitudes, calificación o cargo. Es esa una de las vías de preparación para pasar al principio comunista de distribución según las necesidades.

La regulación del progreso de los fondos sociales, cuya distribución no depende del trabajo aportado y es gratuita, constituye un gran problema vital. No se puede disminuirlos, no se puede poner rumbo hacia su reducción, ya que, en tal caso, se aumentaría la desigualdad en la distribución y se dificultaría la marcha hacia la igualdad efectiva y completa. Por otra parte, no se puede ampliar estos fondos arbitrariamente, sin contar con el nivel de la producción, ya que así se torpedearía el principio del interés material, en el que se asienta en medida considerable ahora el estímulo del crecimiento de la productividad del trabajo, el progreso de las fuerzas productivas de la sociedad.

La educación de la disciplina socialista en el trabajo debe realizarse, entre otras cosas, con ayuda de medidas de estímulo material y de influencia ideológica. Es eso uno de los principales problemas del tránsito paulatino del socialismo al comunismo.

El desarrollo de las relaciones de producción socialistas y del sistema de educación deberá crear una situación en la que los hombres estarán tan acostumbrados a observar las normas fundamentales de convivencia, y su trabajo será tan productivo que trabajarán voluntariamente según su capacidad. Entonces se logrará la igualdad efectiva y completa en lo tocante tanto a los medios de producción como a la distribución de los productos de consumo con arreglo al principio: "de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades".

La dialéctica del desarrollo del socialismo hasta convertirse en comunismo

El Partido Comunista, al resolver los grandiosos problemas de la construcción práctica de la sociedad comunista, aplica con espíritu creador la teoría dialéctica del desarrollo de la sociedad humana, elaborada por los clásicos del marxismo-leninismo. El que los marxistas comprendan la vida social, incluido el surgimiento de la formación comunista como proceso histórico-natural realizado por las

masas populares, ha dado la posibilidad de superar tanto el objetivismo como el subjetivismo en el enfoque de las vías de construcción de la nueva sociedad.

Este enfoque materialista dialéctico de los fenómenos sociales en general, y del conocimiento de las leyes objetivas que rigen el surgimiento de la formación comunista en particular, se ha elaborado y desarrollado en lucha contra las concepciones materialistas vulgares e idealistas del desarrollo social.

Las teorías del progreso social basadas en la concepción idealista de la historia partían de la fe en la fuerza milagrosa de la prédica de un régimen mejor. Los grandes socialistas utópicos expresaban geniales conjeturas acerca de la sociedad venidera, pero se imaginaban el socialismo, en fin de cuentas, como una cosa del azar, y no como resultado del desarrollo histórico natural.

Este planteamiento idealista quitaba la posibilidad de prever correctamente el proceso de surgimiento y desarrollo de la futura sociedad. El hacer caso omiso de la significación de las condiciones materiales para crear una sociedad superior es el rasgo característico de toda clase de teorías sociológicas utópicas.

El marxismo ha superado en porfiada lucha ideológica, además, una multitud de corrientes oportunistas y reformistas que ocupaban posiciones objetivistas. La inclinación ante la espontaneidad, la esperanza en la acción automática de las leyes de la historia y el pasar por alto el papel creador de las masas populares en general, y de la clase obrera y su vanguardia en particular, constituyen el rasgo distintivo de dichas corrientes.

En nuestra época, cuando muchos pueblos se incorporan al histórico movimiento por la transformación socialista de la sociedad, el estudio de la experiencia de la lucha del marxismo-leninismo contra toda clase de concepciones sociológicas anticientíficas reviste mucha actualidad.

Una misión importante de nuestra labor ideológica es combatir los intentos de restauración de viejas y caducas teorías y aplicar de modo consecuente la teoría materialista dialéctica a la investigación del proceso de surgimiento de la formación comunista.

Aplicando la idea dialéctica del desarrollo al análisis del devenir de la futura sociedad, los clásicos del marxismo-leninismo llegaron a la conclusión de que el socialismo y el comunismo son dos fases naturales de la nueva formación socioeconómica.

Así fue superado el subjetivismo de los socialistas utópicos, que sostenían abstractas disquisiciones y disputas acerca de qué régimen es mejor –el socialismo o el comunismo–, qué orden social hay que elegir por ser el más conveniente.

Todos estos razonamientos eran artificiales y arbitrarios, puesto que tanto el socialismo como el comunismo tienen por base la propiedad social sobre los medios de producción. Precisamente por eso Marx decía que el socialismo es la "primera" fase, inferior, de la sociedad comunista. A esa fase podía aplicarse también la palabra "comunismo", decía Marx, pero sin olvidar que no era un comunismo completo. Estas tesis de Marx ofrecen un brillante ejemplo de dialéctica materialista, que aborda el comunismo en su proceso de desarrollo, en su dinámica, desde el punto de vista de su madurez económica. Este análisis no tiene nada que ver con las hueras y escolásticas "obras" y definiciones y estériles controversias en torno a palabras.

La previsión marxista-leninista de las dos fases de desarrollo de la sociedad comunista se ha visto confirmada brillantemente por la experiencia de la construcción del socialismo y del comunismo en la URSS y la lucha por la victoria del socialismo en los países de democracia popular.

En efecto, el socialismo, como lo ha probado la experiencia histórica, es una fase de la formación comunista sin la que es imposible el tránsito a los principios comunistas de producción y distribución. La sociedad humana, aunque da un salto cualitativo al llevar a cabo la revolución socialista, no puede "entrar" directamente en el mundo del comunismo completo saltándose la fase socialista.

Ningún país puede saltar de golpe al comunismo, soslayando la fase socialista de desarrollo. El socialismo es una fase objetiva e ineludible en el desarrollo de la formación socioeconómica comunista.

La historia conoce ejemplos de pueblos que han logrado saltarse toda una formación socioeconómica. Así, en virtud de una situación histórica especial, algunos pueblos pasaron del régimen patriarcal al feudalismo sin conocer la formación esclavista. En nuestra época, algunos pueblos han pasado y van pasando de las relaciones precapitalistas, feudales y patriarcales directamente al socialismo, saltándose el capitalismo. Pero es imposible saltarse de golpe a la fase superior del comunismo sin pasar por la fase inferior.

La historia no conoce casos de tránsito de uno u otro país, por ejemplo, del feudalismo directamente al capitalismo monopolista, la fase superior del capitalismo, sin pasar por la fase inferior, premonopolista. En los países subdesarrollados, en la fase de descomposición del régimen feudal, los monopolios extranjeros se apoderan de diversas ramas de la economía, pero considerada en conjunto, la economía de dichos países no alcanza la fase imperialista de desarrollo del capitalismo. La economía de la mayoría de los países sub-

desarrollados sigue siendo semifeudal y semicolonial, con distinto grado de desarrollo de las relaciones capitalistas. Esta es la razón de que, después de que los países subdesarrollados se han liberado del yugo colonial se han visto ante el problema: ¿qué camino se debe seguir, el capitalista o el no capitalista?

En el Programa del PCUS se señalan, partiendo de un profundo análisis de la época contemporánea y de las principales tendencias de su desarrollo, las posibilidades cada vez mayores que tienen los países subdesarrollados que se han liberado o se van liberando del yugo colonial para seguir el camino no capitalista, se da una circunstanciada argumentación de las perspectivas que se presentan a los pueblos de dichos países para resolver el problema del camino a seguir. "Dada la correlación actual de fuerzas en la palestra mundial y la posibilidad real de obtener una poderosa ayuda del sistema mundial del socialismo, los pueblos de las antiguas colonias pueden resolver este problema en beneficio de sus propios intereses. Su elección dependerá de la correlación de las fuerzas de clase. El camino de desarrollo no capitalista se asegura mediante la lucha de la clase obrera, las demás masas populares y el movimiento democrático general y responde a los intereses de la mayoría absoluta de la nación"[20].

El paso de los países subdesarrollados al camino de desarrollo no capitalista significa que en el curso de su progreso histórico se soslaya toda una formación: la capitalista. Eso es perfectamente posible en la historia de unos u otros países si en el mundo entero se han preparado ya las condiciones para un sistema social superior.

La posibilidad de desarrollo no capitalista de los países subdesarrollados ha sido demostrada del modo más elocuente en la construcción del socialismo en las repúblicas soviéticas de Asia Central, en el Kazajstán, en la República Popular Mongola y, luego, en otros varios países. Ninguna formación socioeconómica puede comenzar su desarrollo por el fin, por la fase superior. Toda formación socioeconómica posee determinadas fases de desarrollo por las que debe pasar con mayor o menor rapidez cada país que ha entrado por el camino de dicha formación. La formación comunista no comienza su historia en cada país por la fase superior, sino por la inferior, es decir, por el socialismo.

Partiendo del capitalismo, la sociedad sólo puede pasar directamente al socialismo, después de lo cual comienza el proceso natural de transformación de éste en comunismo.

---

[20] *Documentos del XXII Congreso del PCUS,* ed. en ruso, Moscú, 1961, págs. 355-356.

¿Cuál es, pues, el carácter de ese tránsito del socialismo al comunismo, en qué se diferencia del desarrollo precedente de la sociedad humana, de la sustitución, digamos, de la formación capitalista con la socialista? El tránsito del capitalismo al socialismo es el paso de una formación socioeconómica a otra cualitativamente distinta. Este proceso no puede operarse sin la revolución socialista. No encontraremos en la vida un solo ejemplo de tránsito no revolucionario del capitalismo al socialismo.

Hasta la transición del feudalismo al capitalismo, es decir, la sustitución de formaciones afines por su esencia económica, basadas en la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción y en la explotación de las masas trabajadoras, se produjo por vía del viraje revolucionario. Es tanto más necesario el profundo viraje revolucionario al pasarse del capitalismo al socialismo, cuando se destruyen los pilares seculares de la propiedad privada y la explotación y se crean relaciones sociales de tipo completamente nuevo basadas en la propiedad social sobre los medios de producción.

El modo de producción socialista es diametralmente opuesto al capitalista y nace sólo al destruirse este último. Precisamente por eso, pese a ciertos fenómenos nuevos del capitalismo moderno, no puede haber transformación, tránsito evolucionario del capitalismo al socialismo, como lo pretenden los reformistas y revisionistas de toda laya. El paso del poder a manos de la clase obrera, la instauración de la dictadura del proletariado, tal es la esencia del salto revolucionario inevitable en el tránsito del capitalismo al socialismo. Tal es la dialéctica del desarrollo de la sociedad del capitalismo a la formación social superior, la comunista.

La sociedad socialista se desarrolla también en consonancia con la ley de la dialéctica materialista, es decir, partiendo de lo inferior para ir a lo superior, partiendo de la primera fase del comunismo para llegar a la segunda. Ahora bien, el tránsito del socialismo al comunismo reviste un carácter cualitativo distinto.

Eso es así porque entre el socialismo y el comunismo no existe diferencia acusada que separe estas dos fases de desarrollo social. La transición del socialismo al comunismo se efectúa dentro del cuadro de una misma formación socioeconómica. El elemento nuevo por principio consiste aquí en que el socialismo no se limita a crear las premisas para la fase superior, sino que él mismo le sirve a ésta de base de partida. Con la victoria del socialismo, la nueva sociedad avanza ya hacia el comunismo sobre una base propia. En la sociedad socialista maduran los elementos de la fase superior del comunismo, cuyo desarrollo incesante y universal asegura la transformación gradual del socialismo en comunismo completo. Los gran-

des cambios que se registran en las relaciones económicas y en la organización política de la sociedad en el período de la transición del socialismo al comunismo no llevan a la concentración de la propiedad y del poder en manos de una clase determinada opuesta a las demás, sino a la desaparición de toda diferencia de clase, a la eliminación de todo vestigio de división de la sociedad en clases. La clase obrera, en tanto que clase dirigente de la sociedad socialista, no eterniza su dominación y no entrega el poder a otra clase cualquiera, sino que conduce a todos los trabajadores al régimen sin clases, al régimen comunista, dejando ella misma de ser una clase aparte.

El comunismo brota del socialismo o, lo que es lo mismo, el socialismo se desarrolla hasta transformarse en comunismo. Este movimiento progresivo no se efectúa mediante la sustitución violenta de una formación socioeconómica con otra, sino mediante el desarrollo y el perfeccionamiento de una misma base del régimen social: la producción social organizada armónica y proporcionalmente y la propiedad social sobre los medios de producción.

Precisamente ése es el proceso de desarrollo social que se opera en la Unión Soviética en la etapa contemporánea. En el curso de dicho proceso, ya en la fase socialista, en la del tránsito del socialismo al comunismo, aparecen y se desarrollan los brotes de la futura sociedad comunista. Nacen los rasgos visibles de la organización superior de la sociedad, se produce la transformación gradual de las relaciones sociales socialistas en relaciones comunistas.

En ello se manifiesta el cambio cardinal del carácter de las contradicciones y los saltos en el desarrollo de la sociedad socialista, incluido el período de transición al comunismo.

Este carácter especial, dialéctico, de los procesos sociales se manifiesta en el desarrollo de todos los aspectos de la vida social. Veamos algunos de ellos, los más importantes, ante todo la creación de la base material y técnica del comunismo, de sus fundamentos económicos. La creación de dicha base constituye la tarea económica principal, la base de la línea general del partido.

La construcción de los fundamentos económicos del comunismo implica el desarrollo gigantesco y armónico de toda la producción social, merced a lo cual la Unión Soviética dispondrá de fuerzas productivas de poderío jamás visto, superará el nivel técnico de los países capitalistas más desarrollados y ocupará el primer lugar del mundo por la producción per capita. La base del progreso técnico, del reequipamiento técnico de todas las ramas de la economía y, por consiguiente, del poderío económico del país seguirá siendo el fomento de la industria pesada, cuya misión es asegurar plenamente

las demandas de la defensa del país y el progreso continuo de las fuerzas productivas, así como satisfacer mejor y con mayor plenitud las necesidades vitales del hombre y de toda la sociedad soviética.

La sociedad socialista desarrollada tiene la posibilidad de superar plenamente el atraso de la agricultura y alcanzar, además, un nivel de producción agropecuaria superior a la demanda.

En la sociedad socialista, el incesante crecimiento de la producción engendra nuevas demandas de las masas populares, lo cual, a su vez, sirve de poderoso impulso al continuo ascenso de la producción. De la concatenación dialéctica entre la producción socialista y las demandas de las masas se desprende la necesidad de asegurar constantemente una tasa de crecimiento de la industria y la economía agropecuaria que aventaje la demanda de víveres y artículos de uso para la población.

Esta ley del modo socialista desarrollado de producción exige, en primer término, que se fomente en escala gigantesca y en todos los aspectos la economía nacional, base material determinante para la aplicación del primer principio del comunismo.

Por consiguiente, la principal condición para la creación de la base material y técnica del comunismo es la vasta escala y el fomento armónico de toda la producción social, tanto la industria como la agricultura. En el Programa del PCUS se dice: "la creación, a la par de una potente industria, de una agricultura próspera, altamente productiva y desarrollada en todos los aspectos, es una condición indispensable de la construcción del comunismo"[21].

El fomento de la economía agropecuaria es una parte integrante de la creación de la base material y técnica del comunismo.

La igualdad comunista sólo puede lograrse mediante la creación de la abundancia de bienes materiales, y eso es inconcebible sin un poderoso impulso a las fuerzas productivas, incluidas las de la economía agropecuaria.

La ampliación del volumen de toda la producción social exige necesariamente, a su vez, una base técnica cualitativamente nueva. Es imposible aplicar los principios del comunismo sobre la base del trabajo manual, de la producción artesana o incluso sobre la base de una mecanización parcial de la producción. Cualquier intento de pasar a la distribución comunista según las necesidades sin disponer de una producción moderna altamente desarrollada significa tomar el camino del igualitarismo y socavar la posibilidad de reproducción ampliada.

---

[21] *Documentos del XXII Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, 1961, pág. 376.

El fomento de la economía socialista por el camino del comunismo no implica sólo una gigantesca ampliación de la producción, una inusitada elevación de la productividad del trabajo y un rápido aumento de la cantidad de artículos producidos, sino, además, el incesante progreso técnico, que prepara la técnica del porvenir. El cumplimiento de esta tarea requiere la completa electrificación de todo el país y el perfeccionamiento sobre esta base de la técnica, la tecnología y la organización de la producción social en la industria y la agricultura.

En el proceso de creación de la base material y técnica del comunismo nacen nuevas corrientes en la ciencia y la técnica, nuevas ideas técnicas que brindan soluciones nuevas por principio de los problemas del fomento acelerado de todas las ramas de la producción material y del ascenso vertical de la productividad del trabajo. El progreso de la química no conduce sólo a la creación de materiales artificiales y sintéticos baratos y de alta calidad, sino, además, a la elaboración de métodos tecnológicos nuevos y más perfectos. La electrónica realiza una revolución en la técnica y la organización de la producción, el transporte y las comunicaciones. La ciencia se va erigiendo más y más en fuerza directamente productiva de la sociedad. En el Informe del CC del PCUS al XXIV Congreso del Partido se decía: "El progreso de la ciencia y la técnica es la palanca principal para la creación de la base material y técnica del comunismo".

Estimar que el problema de la creación de la base material y técnica del comunismo se reduce a la ampliación de la mecanización, sin modificar la técnica y la tecnología actuales de la producción sería pecar de simplismo. El progreso técnico presupone el continuo perfeccionamiento de los equipos técnicos y el empleo de procesos tecnológicos nuevos y más avanzados, y no sólo la creación y el empleo de máquinas y mecanismos para ejecutar los trabajos que todavía no están mecanizados. Sólo así se puede llegar a la mecanización múltiple de los procesos de producción y a la más y más completa automatización de los mismos.

Al par que el simplismo en la comprensión de los problemas que plantea la creación de la base material y técnica del comunismo son frecuentes las manifestaciones de elementos de utopía. En tales casos se suele sacar a primer plano la reorganización de toda la producción material sobre la base del empleo de la energía nuclear. La esencia del progreso técnico se advierte en la emancipación respecto de los recursos naturales: metal, madera, materia prima agropecuaria, fuentes de energía hidráulica y de carbón, petróleo y gas.

Desde luego, si se piensa a escala de siglos y milenios, si se parte de que el progreso libre de la humanidad apenas comienza y sólo ahora salimos de la prehistoria para entrar en la historia propiamente dicha, se puede soñar algo con los tiempos en que el carácter de la producción habrá cambiado tanto que no se parecerá al actual. Por supuesto, en el porvenir, los hombres no se verán aherrojados en la producción por las reservas naturales de objetos de trabajo, como tampoco por los limitados recursos naturales de petróleo, carbón y energía hidráulica. El hombre dispondrá de nuevas e inagotables fuentes de energía y materiales para la producción. Este porvenir ya comienza en muchos aspectos en la actualidad, manifestándose en los éxitos de la ciencia y la técnica contemporáneas, en los adelantos y las perspectivas que se perfilan en el progreso científico-técnico.

La producción comunista poseerá su propia base material y técnica, dotada de la más moderna y múltiple mecanización y automatización de la producción. Un elemento esencial de dicha técnica será el empleo de nuevas fuentes de energía. De suyo se entiende que en la definición de la base material y técnica del comunismo y de las perspectivas de su desarrollo se incluye la máxima utilización de nuevos tipos y fuentes de energía, al igual que nuevos materiales sintéticos que aparecen en virtud del progreso científico-técnico. La base material y técnica del comunismo se desarrollará y se perfeccionará sin cesar.

No obstante, sería un error ligar necesariamente la tarea de crear la base material y técnica del comunismo a la reorganización de la producción sobre la base de la energía atómica y termonuclear. De entenderse las cosas de esa manera, la base material y técnica del comunismo sólo sería una perspectiva muy lejana, para cuando toda la economía se base en nuevas fuentes de energía y nuevos materiales artificiales.

Prácticamente, ya en nuestra época, el pueblo soviético, bajo la dirección del partido, se ocupa en crear la base material y técnica del comunismo. Y no se trata sólo de que durante diez o veinte años la economía tendrá una base energética termonuclear. La base material y técnica de la fase superior brota ya de los procesos concatenados del progreso científico-técnico que tienen lugar en la época de transición al comunismo: la electrificación y la mecanización múltiple, la automatización y la quimización de la producción acompañadas de la más diversa aplicación de la energía atómica y los isótopos de la economía nacional.

No cabe duda de que el proceso de fomento de la base material y técnica del comunismo no ha de parar ahí. Es evidente que el

hombre de la sociedad comunista desarrollada controlará las fuerzas de la naturaleza a una escala que resulta difícil imaginarse incluso contando con las colosales posibilidades que brinda la utilización pacífica de los adelantos de la ciencia y la técnica. Tanto más que, en nuestra época, las posibilidades del progreso científico-técnico crecen a ritmo acelerado.

La máxima utilización y el desarrollo de los adelantos de la ciencia y la técnica modernas aseguran la posibilidad de crear la base material y técnica del comunismo. Lo mismo que en los demás aspectos de la vida, este proceso se produce de modo dialéctico, en lucha entre lo nuevo y lo viejo, entre lo progresivo y lo conservador. La fuerza del Partido Comunista consiste en que, apoyándose en lo nuevo y lo creciente, organiza el desarrollo incesante de lo nuevo, le ayuda a superar rápidamente todo lo que dificulta la victoria de lo avanzado y lo progresivo.

Son precursores de la técnica comunista las gigantescas centrales eléctricas ya levantadas o en proceso de construcción, las líneas, los talleres y las empresas automatizados enteramente sobre la base de los datos modernos de la ciencia. En la actualidad, la Unión Soviética posee ya las centrales eléctricas automáticas más potentes del mundo. Decenas de nuevas empresas completamente automatizadas hacen realidad la tendencia fundamental del fomento de la industria de la naciente sociedad comunista.

Sin embargo, a la par de estos modelos de la técnica moderna de vanguardia, que encarnan el porvenir de la industria soviética, se han conservado todavía en el país muchos procesos no mecanizados y no automatizados, que reflejan el pasado incompatible con las tareas y las perspectivas de la construcción del comunismo.

El partido ha trazado un programa concreto de superación de esta contradicción entre lo nuevo y lo viejo en el proceso técnico de la sociedad. Para ello es necesario llevar a cabo la mecanización múltiple y la automatización de todos los procesos de producción, perfeccionar constantemente la técnica y superar con más energía el conservadurismo. Sobre la base de la mecanización múltiple se liquidará el pesado trabajo manual en todas las ramas de la economía nacional, tanto en las operaciones principales, como en las auxiliares. En la esfera de la automatización se centrará la atención principal en la solución práctica del problema del paso de la automatización de unas u otras operaciones a la creación de talleres y empresas enteramente automatizados.

Estos procesos revelan la tendencia rectora del progreso técnico, que se extiende a todas las ramas de la economía de la sociedad socialista desarrollada. Por eso, ante los soviéticos se plantea la

tarea de alcance histórico de "...combinar orgánicamente los adelantos de la revolución científico-técnica con las ventajas del sistema económico socialista, desarrollar más ampliamente nuestras formas, propias del socialismo, de conjugar la ciencia con la producción"[22].

La construcción de la base material y técnica del comunismo no significa sólo el logro de un elevado nivel de producción, sino, además, la creación de condiciones para reorganizar todas las relaciones sociales, en primer término las de producción, sobre bases comunistas. Los soviéticos no construimos la base material y técnica y no perfeccionamos la técnica en aras de la técnica, sino en beneficio del hombre, para lograr la abundancia de bienes materiales y culturales y transformar las relaciones sociales en el espíritu del comunismo.

El principal criterio de la creación de las relaciones comunistas es la completa supresión de los vestigios de la división de la sociedad en clases.

El comunismo es una sociedad sin clases, con una propiedad única de todo el pueblo sobre los medios de producción y la completa igualdad social de todos los hombres. Mientras en la esfera económica el problema principal de la construcción del comunismo es la creación de su base material y técnica, en la esfera social, el principal problema consiste en suprimir las diferencias entre la ciudad y el campo, entre el trabajo intelectual y el manual y, por tanto, en eliminar los restos de diferencias de clase, fundir a los componentes de todos los grupos sociales en una sociedad sin clases y formar las relaciones sociales comunistas.

Los ideólogos de la burguesía, empeñados en embellecer el capitalismo, afirman que en la sociedad capitalista puede haber igualdad. Lenin denunció lleno de ira este intento de engañar al pueblo con la consigna de la igualdad. Desarrollando las ideas de Marx y Engels sobre el comunismo, Lenin escribía: "...la igualdad es una frase huera si no se entiende por igualdad la supresión de las clases. Nosotros queremos suprimir las clases, y en ese sentido propugnamos la igualdad"[23].

En el País de los Soviets comenzó el primer gran viraje en el desarrollo mundial, poniendo fin a la división de la sociedad en clases y capas sociales.

Con la supresión de las clases explotadoras y la victoria del socialismo, el desarrollo de la sociedad se efectúa sobre una nueva base social, sobre la base de la completa unidad del pueblo, de la

---

[22] *Documentos del XXIV Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, 1971, pág. 57.

[23] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 38, pág. 353.

comunidad creadora y la ayuda mutua de camaradas entre trabajadores libres e iguales.

En el Programa y los acuerdos posteriores del partido, en plena consonancia con las conclusiones del marxismo-leninismo, habida cuenta de la profusa experiencia de la sociedad soviética, se predeterminan las vías y las etapas fundamentales de la supresión de las diferencias de clase.

La primordial tarea histórica en el camino de la creación de la sociedad sin clases fue la liquidación de la dominación de las clases explotadoras –las clases de los terratenientes y los capitalistas–, de su propiedad privada sobre los medios de producción, que era la base económica de la explotación del hombre por el hombre.

Como resultado de la Revolución Socialista de Octubre se llevó a cabo la nacionalización de la tierra y de la propiedad capitalista sobre las fábricas, el transporte y los bancos. Se formó un poderoso y creciente sector socialista en la economía nacional, que sirvió de base económica para el progreso socialista del país. De este modo, las clases de los terratenientes y los capitalistas fueron suprimidas ya en los primeros años del Poder de los Soviets. Merced a la política de restricción y desalojamiento de los elementos capitalistas, estos últimos ya en el período de transición del capitalismo al socialismo fueron superados en la industria y el comercio. De la extensa capa de las antiguas clases explotadoras no quedaba a fines del período de transición más que los kulaks (burguesía rural) y restos de elementos capitalistas en la ciudad. En 1913, los terratenientes, la burguesía urbana (con la pequeña burguesía), los comerciantes y los kulaks (con sus familias) formaban el 16,3% de la población del país; en 1928, los elementos explotadores, principalmente kulaks, no pasaban del 4,6%.

En la sociedad soviética no quedaban más que dos clases fundamentales: la clase obrera y la de los campesinos trabajadores. Las unía la comunidad de intereses vitales, pero se diferenciaban tanto en lo tocante al grado de organización y conciencia como porque su ser social se basaba en distintos tipos económicos.

La clase obrera, la más organizada y avanzada, se apoyaba en la propiedad socialista estatal y era portadora de las relaciones de producción socialistas. La existencia de los campesinos individuales estaba relacionada con la pequeña hacienda privada, con la pequeña producción mercantil o incluso con la economía natural.

La clase de los pequeños productores era la más numerosa. En 1928, los obreros y empleados constituían el 17,6% de la población; los koljosianos y los artesanos agrupados en cooperativas,

el 2,9%, y los campesinos trabajadores individuales, así como los artesanos no agrupados en cooperativas, el 74,9%.

En el curso de la sucesiva lucha por la victoria del socialismo era necesario transformar las haciendas individuales de escasa producción mercantil en grandes haciendas colectivas, concluir la creación de un sistema socialista único de economía y acabar con la clase de los kulaks, la última clase explotadora. Este problema fue resuelto por vía de la colectivización de la economía agropecuaria, la agrupación de la producción artesana en cooperativas y la supresión de los kulaks como clase.

La expresión social de la liquidación de las contradicciones antagónicas en la sociedad y la afirmación del modo de producción socialista ha sido la unidad social y política del pueblo, que viene a ser una forma de vida social completamente nueva e históricamente progresiva en el más alto grado. En la sociedad socialista no hay ni puede haber lucha entre clases, lucha que desgarra la sociedad capitalista y que Merleau-Ponty, Max Lange y otros "amigos" de la dialéctica quisieron ver en el País de los Soviets. En la sociedad socialista no hay clases antagónicas, de explotadores y de explotados, la sociedad consta de dos clases amigas –los obreros y los campesinos–, así como de la intelectualidad popular, grupo social afín a ellas. Entre estas capas sociales existen aún diferencias, pero no hay antagonismos de clase. Las relaciones entre los hombres pertenecientes a estas capas distintas son, en lo fundamental, relaciones de amistad, de colaboración y ayuda mutua de camaradas. Con la victoria de la industrialización socialista del país, al crecer impetuosamente las fuerzas productivas, aumentó la proporción de los obreros y empleados en el total de la población. La proporción de obreros y empleados subió del 17,6% en 1928 al 80% en 1970.

Con el ascenso de la gran producción socialista en la economía agropecuaria, el incremento de su nivel técnico y de la productividad del trabajo disminuye correlativamente la proporción de la población ocupada en la agricultura, una parte de los koljosianos se van a trabajar a la industria y a los sovjoses. En 1937, el campesinado koljosiano (y los artesanos agrupados en cooperativas) constituía el 57,9% de la población, y en 1970, el 20%.

Estos datos reflejan profundos cambios históricos operados en la situación de la clase de los pequeños propietarios, la transformación de los campesinos individuales y los artesanos en trabajadores del sector socialista cooperativo-koljosiano.

Al pasar el campesinado de la pequeña hacienda privada a la gran producción colectiva se han superado las diferencias entre la

clase obrera y el campesinado en lo principal, en el modo de producción.

Las empresas socialistas de todo el pueblo y las haciendas cooperativo-koljosianas no representan distintos modos de producción o distintos tipos económicos, sino dos formas de un mismo modo socialista de producción.

Los datos aducidos prueban el inmenso crecimiento de la clase obrera, la clase de vanguardia, la clase rectora de la sociedad soviética. Muestran que a dicha clase no hacen frente ya los explotadores, que ya no está rodeada de una masa de pequeños propietarios y que la otra clase fundamental de la sociedad es la amistosa clase del campesinado koljosiano.

La reducción del porcentaje de koljosianos y miembros de cooperativas industriales se debe al paso de una parte de los mismos a trabajar como obreros y empleados. Bajo el capitalismo, el paso de los campesinos y otros pequeños propietarios, que, en la mayoría de los casos, vienen a engrosar las capas menos calificadas y peor retribuidas del proletariado, a la clase obrera, se produce a través de la ruina de los mismos, a través de su pauperización. El paso de los koljosianos y miembros de las cooperativas industriales a las filas de los obreros fabriles y de sovjoses significa el paso de un sector socialista de la economía –el cooperativo-koljosiano– a otro sector socialista, de tipo superior, al estatal, de todo el pueblo. Estos cambios en la composición social de la población no son de carácter negativo, sino un fenómeno históricamente progresivo en el camino del avance de la sociedad hacia el comunismo, un fenómeno que significa el crecimiento de la escala y la proporción del sector económico de todo el pueblo.

Es preciso subrayar que este proceso no supone en absoluto la absorción del sector koljosiano por el estatal; se debe al gigantesco crecimiento de la industria socialista y del pertrechamiento técnico de la agricultura y, además de no descartar, implica el ascenso absoluto de la producción koljosiana y el mejoramiento del nivel de vida material y cultural de toda la población koljosiana. A medida que la propiedad cooperativo-koljosiana se desarrolle y se eleve hasta alcanzar el nivel de la propiedad de todo el pueblo se borrarán las diferencias entre los trabajadores de los dos sectores de la economía socialista, llegando, con el tiempo, todos ellos a ser trabajadores de una sociedad comunista única. En virtud de eso, el desarrollo del modo de producción socialista lleva al robustecimiento de la unidad social y política del pueblo.

Los imperialistas han hecho siempre y siguen haciendo grandes esfuerzos para minar la unidad moral y política del pueblo sovié-

tico. Procuran debilitar por todos los medios la alianza de los koljosianos con la intelectualidad soviética, pero todos estos designios se estrellan contra el hecho vital de que, en la sociedad socialista, se van borrando paulatinamente los restos de diferencias esenciales entre las capas sociales.

La denuncia de todo infundio demagógico, la correcta explicación y aplicación de los principios socialistas en las relaciones entre los distintos grupos sociales, así como la oportuna eliminación de los errores, son condiciones indispensables para el continuo fortalecimiento de la unidad de la sociedad socialista.

La unidad moral y política del pueblo es ahora una poderosa fuerza motriz del progreso social. En la sociedad socialista no se dan ni pueden darse casos de que unas clases propugnen cambios de unos u otros aspectos envejecidos de las relaciones económicas y la vida social y tropiecen con la oposición de otras clases. En la sociedad socialista, todos los grupos sociales están vitalmente interesados en el progreso, en el perfeccionamiento de todos los aspectos de la vida social. La principal premisa para acelerar el progreso social en el socialismo ha sido la supresión de las clases explotadoras y la incorporación de millones y millones de trabajadores a la activa vida social.

Con la victoria del socialismo, las relaciones entre las clases en la Unión Soviética entraron en una nueva etapa de desarrollo.

La base para la desaparición definitiva de las diferencias de clase será el gran avance de las fuerzas productivas en consonancia con las realizaciones del progreso científico-técnico. Sólo el camino de la construcción de la base material y técnica del comunismo lleva a la transformación paulatina de las relaciones de producción socialistas en relaciones comunistas, a una sociedad sin clases, a la liquidación de las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo y, en lo sucesivo, a la eliminación de la diferencia entre el trabajo intelectual y el manual.

Veamos el importante problema de la transformación de las relaciones sociales, el de las vías de fusión de las dos formas de propiedad socialista, es decir, de la propiedad estatal y la cooperativo-koljosiana. Como se sabe, en la sociedad comunista, no habrá dos formas de propiedad, sino una sola, la propiedad comunista. ¿Cómo se puede, pues, superar esta diferencia entre las dos formas de propiedad socialista? Ello sólo es posible sobre la base del alto desarrollo de las fuerzas productivas, de la construcción de la base material y técnica del comunismo.

A fin de resolver este problema en el espíritu leninista, el par-

tido hubo de sostener una lucha tenaz contra errores y deformaciones de toda clase en la teoría y la labor práctica.

Al emprender la transformación socialista de la economía agropecuaria, el partido derrotó los intentos oportunistas de frenar el movimiento cooperativista en el agro en la fase de la cooperativa comercial y de consumo. Esta forma de cooperación tenía importancia como paso inicial del movimiento cooperativista, pero no cambiaba el modo de producción y no podía suprimir la diferencia entre el tipo económico de la ciudad y el del campo, no podía extirpar las relaciones capitalistas en la agricultura. En su tiempo, los oportunistas de derecha, que se oponían a la colectivización, procuraron llevar la sociedad soviética por ese camino. Tras de rechazar las orientaciones capituladoras, el partido pertrechado con el plan cooperativo de Lenin, puso rumbo hacia el despliegue del movimiento koljosiano y el agro soviético entró firme por el camino del desarrollo socialista.

Todos se acuerdan de que, en lo más álgido de la colectivización, ciertas cabezas calientes entre los teóricos y los prácticos se afanaban por imponer las "comunas" con distribución igualitaria y acelerar de este modo el paso del campo al comunismo. Si el partido no hubiese rechazado estos experimentos utópicos se hubiera socavado la puesta en práctica del plan cooperativo de Lenin, se hubiera vulnerado su principio básico, el del interés material personal conjugado a los intereses sociales. Tratábase de los destinos de la construcción del socialismo en el campo, y el partido resolvió ese problema como lo enseñara Lenin.

Bajo la influencia del crecimiento de las Estaciones de Máquinas y Tractores (EMT), su peso en la agricultura, se propagó en el país la teoría de que por las EMT pasaba el camino de la transformación de la propiedad cooperativo-koljosiana en propiedad de todo el pueblo. Según dicha teoría, las EMT debían encargarse paulatinamente de toda la producción en los koljoses y sustituir, con el tiempo, la propiedad koljosiana. En realidad, no se trataba de fomentar la producción koljosiana, sino de eliminarla poco a poco. El partido rechazó estas lucubraciones y aplicó importantes medidas para lograr un ascenso vertical de la producción en los koljoses.

El partido tampoco aceptó la tesis de Stalin acerca de que la elevación de la propiedad koljosiana hasta llegar al nivel de la propiedad de todo el pueblo debía efectuarse mediante la sustitución acelerada de la circulación mercantil con el sistema del intercambio de productos entre la industria estatal y los koljoses. Esta orientación no partía de los intereses y las tareas de fomento de la pro-

ducción socialista, elemento principal y decisivo desde el punto de vista del marxismo-leninismo, sino de las formas de cambio, que siempre han dependido del nivel y del carácter de las fuerzas productivas. Algunos compañeros creían que lo más sencillo era transformar, en cuanto fuese posible, todos los koljoses en sovjoses y llegar así, de golpe, a la forma única de propiedad. No cabe duda de que los sovjoses constituyen una forma superior de producción socialista y que cuentan con grandes perspectivas de desarrollo. Pero se trata de que varias decenas de miles de koljoses y varios millones de koljosianos cambien de base y se incorporen a la producción perteneciente a todo el pueblo, a la propiedad de todo el pueblo. Esto depende de la creación de la base material y técnica del comunismo tanto en la ciudad como en el campo. Y vemos que el partido, evitando todo paso precipitado en este problema, mantiene firme el rumbo hacia la construcción del comunismo en el agro a través del desarrollo y del perfeccionamiento de ambas formas de producción socialista: la de los sovjoses y la de los koljoses.

Cualquier medida de cambio de la organización económica, por seductora que sea, no está en condiciones de resolver el problema, puesto que se trata, en realidad, de un profundo problema social de superación de la diferencia esencial entre la ciudad y el campo.

A lo largo de siglos y siglos, el campo ha estado rezagado respecto de la ciudad, el capitalismo ha estado agravando este atraso. El socialismo obtuvo en herencia un agro atrasado. Durante la construcción del socialismo se ha hecho mucho para impulsar el desarrollo económico y cultural del campo, pero es una tarea que no se cumple fácilmente en breve plazo, de modo que aún hoy día se sienten ciertas consecuencias de este atraso. Por eso, el quid de la cuestión no reside en agrupar con ayuda de medidas de organización las dos formas de propiedad, sino en seguir impulsando el progreso de las fuerzas productivas del país, en seguir elevando el nivel económico, técnico y cultural del campo. Sólo sobre esta base se puede resolver el problema de unirlas.

Las formas de propiedad no cambian arbitrariamente, sino con arreglo al crecimiento de la producción y al progreso de las fuerzas productivas. En el presente, la forma cooperativo-koljosiana de propiedad corresponde al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y desempeña un papel activo en el fomento de las fuerzas productivas de la economía agropecuaria.

La fusión de las dos formas de propiedad socialista no se producirá mediante la reducción de la propiedad cooperativo-koljosiana, sino a través de la elevación del nivel de su socialización sobre la base de un gran progreso de la producción.

Hay que tener en cuenta que la existencia de las dos formas de propiedad, lejos de caracterizar las diferencias entre los dos sectores de la producción, determina la comunidad de éstos, ya que las dos formas constituyen precisamente el sistema socialista económico único.

Las empresas socialistas de todo el pueblo –las fábricas, los ferrocarriles y las centrales eléctricas– son la base de la vida de toda la sociedad soviética, incluido el campesinado koljosiano. El desarrollo del régimen koljosiano, la elevación de la productividad del trabajo de los koljosianos y el mejoramiento del nivel de su vida son inconcebibles sin el continuo crecimiento de la producción en las empresas de todo el pueblo. La producción koljosiana –la propiedad cooperativo-koljosiana– es, a su vez, una parte inalienable e importante de toda la economía socialista.

El koljós, además de disfrutar de los bienes de la propiedad de todo el pueblo, hace su aporte a la satisfacción de las demandas de todo el pueblo, de todo el Estado. Los koljosianos participan activamente en la solución de los problemas que se plantean ante el país y adquieren creciente conciencia de que el trabajo en el koljós es una parte de la causa común de todo el pueblo.

La superación de las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo se efectúa mediante: a) la elevación de las fuerzas productivas de la economía agropecuaria; b) la elevación del nivel de socialización de la propiedad koljosiana, y c) el progreso cultural del agro.

La base material y técnica del comunismo, que está creándose ya, beneficiará tanto a la industria como a la agricultura, tanto a la ciudad como al campo. Por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, el campo alcanzará el nivel de la ciudad. El trabajo agrícola se convertirá en una variedad del trabajo industrial.

Ya en la actualidad, los koljoses, sobre todo los de vanguardia, disponen de un potente parque de tractores, cosechadoras combinadas, camiones y otras máquinas. Van adquiriendo talleres mecánicos propios, utilizan en creciente escala la energía eléctrica para fines de producción y domésticos. Cambia el carácter del trabajo, cambia también el propio campesino, el cual se va haciendo trabajador calificado, especialista en su profesión, que por el nivel de sus conocimientos técnicos se acerca más al obrero fabril.

Con el ascenso de las fuerzas productivas, la economía colectiva de los koljoses llegará en cierta etapa a un nivel en que será posible satisfacer a costa de los recursos propios todas las demandas de los koljosianos, en virtud de lo cual la hacienda personal auxiliar de los koljosianos perderá todo sentido económico. Pro-

gresarán las conexiones de producción interkoljosianas, el proceso de socialización de la economía rebasará los límites de cada koljós. En el proceso del continuo desarrollo de los koljoses y los sovjoses se reforzarán los nexos de producción de los mismos y con las empresas industriales locales, se ampliarán las actividades industriales conjuntas, se efectuará más y más intensamente la conjugación, algo así como la fusión, de los medios de producción koljosianos con los del Estado.

Merced a la revolución cultural llevada a cabo en el país, se ha liquidado el analfabetismo tanto en la ciudad como en el campo y se asegura la instrucción media general y obligatoria. El Estado de los Soviets ha creado en las zonas rurales 115 mil clubes y otras instituciones afines, así como cerca de 90 mil bibliotecas. En 1970 funcionaban en el campo alrededor de 3 mil universidades populares, 550 teatros populares, alrededor de 300 estudios de cine para aficionados y más de 300 mil círculos de aficionados al arte.

Sin embargo hay que darse perfecta cuenta de que en la nueva y última etapa de la revolución cultural habrá que superar todavía un considerable retraso del nivel cultural y técnico de la población rural respecto del nivel de la población urbana. Según datos del censo de 1970, a cada 1.000 habitantes urbanos correspondían 592 personas con enseñanza superior a la elemental, y a cada 1.000 habitantes de zonas rurales, tan sólo 332. La proporción de personas con instrucción media y superior entre los trabajadores del agro apenas alcanza los dos tercios de la proporción que acusan los trabajadores de la ciudad.

Por eso, la edificación cultural en las zonas rurales, sobre todo en las comarcas alejadas, debe crecer a ritmo más intenso, contando con la ayuda activa de los centros culturales urbanos.

El partido se propone un vasto programa de construcción de instituciones culturales en el campo, a fin de que los clubes, los cines, las bibliotecas y los otros centros culturales estén al alcance de los habitantes de cualquier población.

Con la construcción del comunismo se liquidarán totalmente las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo; en el sentido social, económico y cultural, el agro se elevará hasta alcanzar el nivel de la ciudad; desaparecerán las diferencias entre los obreros y los koljosianos.

Por tanto, sin crear una poderosa base material y técnica, digna del comunismo, no se puede elevar el agro hasta el nivel de la ciudad, no se pueden fundir las dos formas de propiedad para que formen una sola, para que constituyan la propiedad comunista. Las leyes económicas objetivas que presiden el desarrollo exigen incluso

en la sociedad socialista que no se parta de los deseos subjetivos, sino de los procesos reales del desarrollo de la producción material.

"El partido –se dice en el Programa del PCUS– está propulsando un poderoso auge de las fuerzas productivas del agro, que permitirá dar solución a dos problemas cardinales estrechamente ligados: a) lograr la abundancia de productos alimenticios de alta calidad para la población y de materias primas para la industria; b) asegurar el tránsito paulatino del agro soviético a las relaciones sociales comunistas y acabar, en lo fundamental, con las diferencias entre la ciudad y el campo"[24].

Veamos ahora el problema de la supresión de las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual. Al trazar las vías de solución de ese problema, el partido ha tenido que superar no pocas confusiones teóricas y tendencias prácticamente perjudiciales.

Bajo la influencia del progreso científico-técnico ha surgido la teoría de que el trabajo manual ha de desaparecer del todo, que el sistema de máquinas automáticas hará inútiles los últimos elementos de trabajo manual. De este modo se ha creído posible suprimir el problema mismo de la superación de las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual. De suyo se entiende que es una utopía, puesto que, incluso al automatizarse la producción, el hombre debe ejecutar trabajo intelectual y, además, trabajo manual, en cierta medida. La propagación de semejante teoría sólo puede inculcar una actitud de desprecio por el trabajo manual, por creerse que es cosa pasajera, condenada a desaparecer a la corta o a la larga.

Por otra parte, ha adquirido cierta difusión el criterio de que para lograr la liquidación de las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual basta que los intelectuales se dediquen periódicamente a trabajos manuales no calificados, pertrechándose con rastros, palas, hachas o carretillas. En algunos casos eso es necesario, pero no tiene nada que ver con la solución del problema de la supresión de las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual.

Desechando las ideas utópicas, el partido ha planteado y está resolviendo el problema de la conjugación orgánica del trabajo intelectual con el manual en la labor de los hombres en la producción. Esto se logra: a) cambiando el carácter del trabajo por vía de la mecanización múltiple y la automatización de la producción;

---

[24] *Documentos del XXII Congreso del PCUS*, ed en ruso, Moscú, 1961, pág. 376.

b) elevando el nivel cultural y técnico de los trabajadores, y c) vinculando la enseñanza con el trabajo productivo.

Al objeto de eliminar la diferencia entre el trabajo intelectual y el manual, se subraya en el Programa del partido, es preciso modificar el propio carácter del trabajo, y para eso no valen la pala, el azadón y el hacha, sino una potente base técnica moderna. Sólo sobre esa base cambiará el carácter del trabajo. Este último, por su carácter y contenido, debe conjugar orgánicamente sus dos aspectos: la actividad intelectual y la manual. Sólo así el proceso de liquidación de las diferencias entre el trabajo intelectual y el manual se logrará sobre una firme base material. El progreso técnico brindará también nuevas posibilidades para reducir la jornada laboral y aumentar el tiempo libre. En tales condiciones, los hombres dispondrán de más posibilidades para el desarrollo de todas sus facultades espirituales, podrán dominar la ciencia y la técnica, dedicarse al arte, a la poesía y a la música y disfrutar de todos los adelantos de la cultura.

El socialismo resuelve con éxito el problema, insoluble para el capitalismo, de elevar el nivel cultural y técnico de todos los que cumplen trabajo manual hasta que alcancen el nivel del trabajo intelectual. Hacia fines de 1970, la proporción de trabajadores con instrucción media (completa e incompleta) y superior en las ciudades llegaba a más de tres cuartos del total, y en el campo, a más de la mitad de la población activa. En la etapa final de la revolución cultural, el grueso de los miembros de la sociedad habrá terminado la enseñanza media general especializada o la superior.

La misión de la instrucción pública es contribuir a la solución de uno de los principales problemas sociales, el de suprimir las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual.

El sistema socialista de instrucción pública se propone lograr que, terminados los estudios en la escuela media, los jóvenes y los adultos sepan conjugar el trabajo en la producción con la continuación del estudio en consonancia con las inclinaciones personales y las necesidades de la sociedad.

"Debido al impetuoso desarrollo de la ciencia y la técnica –dice el Programa del PCUS– se debe perfeccionar constantemente el sistema de enseñanza profesional y técnica y de aprendizaje a fin de que la maestría de los hombres dedicados a la producción se conjugue con la elevación de su preparación general en la esfera de las ciencias sociales y naturales y con la adquisición de conocimientos de ingeniería, técnica, agronomía, medicina y otras especialidades"[25].

Reviste una importancia básica también la vasta propagación de

la enseñanza superior simultaneada con el trabajo en la producción. En la actualidad, cerca de la mitad de los alumnos de los centros de enseñanza superior estudia sin abandonar el trabajo en la producción. El sistema de enseñanza en la sociedad socialista asegura la adquisición de hábitos de trabajo desde la infancia y la compaginación armónica del trabajo intelectual con el trabajo manual de la población adulta.

Al elevar su nivel cultural y técnico, los obreros y los koljosianos aprenden a manejar y dominan la técnica moderna y se incorporan más y más a la labor activa en las distintas esferas de la vida social y estatal, de la ciencia y la cultura.

El ascenso del nivel cultural y técnico de los obreros y los koljosianos llevará a la liquidación de las diferencias sustanciales que todavía existen entre ellos en cuanto al grado de cultura, de conocimientos científicos, técnicos, etc. Se efectuará la unión orgánica entre el trabajo intelectual y el manual en el proceso mismo de la producción. La intelectualidad, en tanto que grupo social especial, dejará de existir.

Con el continuo desarrollo de todas estas tendencias, los obreros, los campesinos y la intelectualidad se fundirán, en fin de cuentas, para formar una asociación única de trabajadores de la sociedad comunista sin clases.

Por consiguiente, la creación de una poderosa base material y técnica del comunismo viene a ser una condición primordial e indispensable para poder acabar con las diferencias entre el trabajo intelectual y el manual y, en consecuencia, para borrar las diferencias sociales, de clase.

La dialéctica de la transformación del socialismo en comunismo se manifiesta vivamente en el avance del principio de la distribución de los bienes materiales y espirituales producidos por la sociedad entre todos sus miembros.

Las formas de distribución dependen siempre del grado de desarrollo de la producción, de la cantidad de los bienes producidos, del propio modo de producción. Aunque el modo de distribución no sea un aspecto determinante de la vida social, es un aspecto importante de la misma y se encuentra siempre en el campo de visión del partido.

El principio socialista de distribución con arreglo al trabajo descarta, por su esencia misma, la distribución igualitaria. El igua-

---

[25] *Documentos del XXII Congreso del PCUS*, ed. en ruso, Moscú, 1961, pág. 414.

litarismo llevaría a la distribución injusta de los bienes materiales, ya que tanto el trabajador malo como el bueno percibirían por su trabajo una remuneración igual. Se socavaría el estímulo material de los hombres para la elevación de la productividad del trabajo y el perfeccionamiento de técnica de la producción.

La necesidad de regular la distribución entre los miembros de la sociedad con arreglo a su aporte de trabajo sólo desaparecerá en la sociedad comunista, cuando las fuerzas productivas se desarrollen bastante para lograr la abundancia de todos los artículos de uso y consumo y cuando todos los hombres trabajen conscientemente según sus capacidades, sin la menor coacción económica. Sólo entonces se podrá poner en práctica el principio comunista de distribución según las necesidades. Esto significa que no se puede abolir arbitrariamente el principio de distribución según el trabajo y saltar al principio comunista de distribución, sin contar con el nivel de desarrollo de la producción y la conciencia de los hombres.

No obstante, sería error estimar que estos dos principios de distribución son dos contrarios que se excluyen recíprocamente. Cuando comparamos las dos fases de la sociedad comunista —el socialismo y el comunismo— arrancamos de que en la sociedad socialista rige el principio: "de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según su trabajo". Pero no se puede por menos de ver que en la sociedad socialista desarrollada, a la par con el principio básico, socialista, de distribución, comienza a regir y a progresar más y más un orden de satisfacción de las demandas que crea las premisas para el tránsito a la distribución comunista.

Ya en el presente, en la sociedad socialista, una parte considerable de los bienes materiales y culturales se distribuye por vía social, según las necesidades. Empleando otros términos, no se puede decir que, en la sociedad socialista, la distribución se haga sólo con arreglo al trabajo. También en el período de la construcción del comunismo en toda la línea, el trabajo es el rasero principal para determinar la cantidad de los bienes materiales y culturales que debe recibir cada persona. Ahora bien, al par que el principio socialista de distribución según el trabajo, rige y se propaga cada vez más la otra tendencia o regularidad: la preparación paulatina para la distribución comunista directa.

De ahí se desprende con toda evidencia que en lo sucesivo se hará más y más diversificado el entrelazamiento de la distribución socialista según el trabajo y los gérmenes de distribución comunista según las necesidades.

Es claro que, al progresar la construcción de jardines de la infancia y casas-cuna, de escuelas-internado y otras formas de edu-

cación social de la joven generación y de satisfacción de las necesidades de la población, las cosas no pueden limitarse a la sola distribución según el trabajo. En la sociedad socialista son gratuitas la enseñanza y los servicios médicos, en los que se gastan grandes recursos. En la URSS son bajos los alquileres, los cuales no cubren los gastos de construcción de nuevas casas y de mantenimiento en buen estado de las ya construidas. Todo eso se hace a cuenta del presupuesto del Estado y de los recursos sociales. En el proceso de la construcción del comunismo crecen sin cesar los fondos destinados a la satisfacción de necesidades sociales.

Las perspectivas de mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores trazadas en el Programa del PCUS incluyen la continua ampliación de las formas sociales de satisfacción de las necesidades del pueblo. La elevación del nivel de vida material de los trabajadores no se efectuará sólo por la vía de la ampliación de los fondos destinados al consumo individual. Las necesidades individuales se satisfarán cada vez más a cuenta del crecimiento de los fondos sociales de consumo, es decir, los que no se entregan a cada uno en forma de salario, sino que se invierten en la instrucción pública, la sanidad, el pago de las pensiones, la educación pública de la joven generación, etc.

En la sociedad socialista, lo nuevo tiene siempre vasto campo para su progreso, y en ello se manifiesta la peculiaridad de la transformación del socialismo en comunismo.

Lo atestigua, por ejemplo, el despliegue de formas sociales de servicios a la población, como los comedores públicos, los jardines de la infancia, las casas-cuna, etc. Análogas instituciones existen también bajo el capitalismo, pero con carácter comercial, están limitadas por el sistema general de propiedad capitalista y no sirven más que para liberar una mayor cantidad de mano de obra, a fin de ampliar la esfera de la explotación y, por tanto, la ganancia capitalista. En la sociedad socialista, estas formas de servicios sociales a la población se erigen en importantes medios de educación comunista y de organización de la nueva vida y permiten liberar a la mujer de los quehaceres domésticos para que pueda desarrollarse universalmente y tomar parte activa en todas las esferas de la vida social, política y cultural. Por tanto, también aquí observamos la misma dialéctica del desarrollo. Vemos que los principios del socialismo se desarrollan hasta transformarse paulatinamente en principios comunistas.

Es importante subrayar que el tránsito del socialismo al comunismo es un proceso continuo y paulatino, en el que los elementos del porvenir se entrelazan con el presente.

Ahora bien, la conciencia de los hombres no cambia con la misma celeridad. No podemos decir cuándo se habrá elevado la conciencia de los hombres a tal punto que trabajen sólo en virtud de su necesidad interna, independientemente de la remuneración. Eso quiere decir que, en cierta etapa, habiéndose logrado la abundancia de artículos de uso y consumo, se podrá conjugar la satisfacción comunista de las necesidades con ciertas normas fijas de trabajo, teniendo en cuenta la cantidad y la calidad del mismo. En la vida práctica, los elementos comunistas se entrelazarán con los principios socialistas, con las normas de convivencia socialista. Precisamente la expresión "desarrollo hasta transformarse" interpreta bien la complejidad del proceso de avance paulatino de la sociedad del socialismo al comunismo.

En el proceso del continuo crecimiento y de la acumulación de los elementos nuevos en la esfera de la vida material y espiritual, la sociedad socialista entrará paulatinamente en la fase superior, en el comunismo. Dicho con otras palabras, se logrará gradualmente una fase de transformación del socialismo en comunismo en la que los rasgos hoy visibles de la fase superior serán ya las predominantes y se afirmarán más y más en la sociedad.

Ya el socialismo, comparado con el capitalismo, supone un gigantesco paso adelante en las relaciones sociales y afirma la igualdad socialista. Sin embargo, no es todavía una igualdad completa, debido al insuficiente nivel de desarrollo económico y a la existencia de restos de la división de la sociedad en clases.

Cuando se construya el comunismo, todos tendrán una situación igual en la sociedad. Con la cristalización de la forma única, comunista, de propiedad, todos los miembros de la sociedad guardarán una misma relación respecto de los medios de producción y se instaurará la igualdad completa en la distribución. Cada cual percibirá tantos bienes materiales y culturales cuantos necesite para llevar una vida sana y trabajar con espíritu creador.

Todos los miembros de la sociedad tendrán aseguradas iguales posibilidades de instrucción y de libre elección de la especialidad, habida cuenta de los intereses de la sociedad. El cambio del carácter del trabajo y la liquidación de las profesiones no calificadas crearán condiciones iguales para la actividad laboral de todos. Desaparecerán asimismo todos los restos de desigualdad efectiva entre el hombre y la mujer, relacionada con las supervivencias del viejo modo de vida y el peso de los quehaceres domésticos.

La igualdad comunista no sobrevendrá súbitamente en una perspectiva lejana, sino que se creará en el proceso de la construcción del comunismo. A medida que crezca la riqueza social se redu-

cirá la diferencia entre los salarios altos y los bajos. Desaparecerá la categoría de los obreros y empleados poco remunerados, puesto que el trabajo no calificado cederá su lugar al calificado. Crecerán rápidamente los fondos sociales de consumo, lo cual conduce directamente a la distribución comunista. Además, la sociedad no llegará a la distribución igual a través del igualitarismo, sino mediante la correcta conjugación del incremento de los fondos sociales con los principios del interés material, con el pago según el trabajo.

El Partido Comunista ha puesto al descubierto también la dialéctica viva en el desarrollo del Estado socialista, en el cambio de las formas de organización política de la sociedad durante el tránsito al comunismo.

Tiene mucha significación teórica y política la conclusión que se saca en el Programa del PCUS acerca de que el Estado socialista, surgido como Estado de la dictadura del proletariado, tras de asegurar la victoria completa y definitiva del socialismo –la primera fase del comunismo– y el paso a la construcción del comunismo en toda la línea, se ha convertido en Estado de todo el pueblo, en órgano de expresión de los intereses y la voluntad de todo el pueblo.

La clase obrera es la única clase en la historia que no se plantea eternizar su poder. Su misión histórica no consiste sólo en acabar con la explotación del hombre por el hombre, sino conducir a la sociedad a la completa supresión de las diferencias de clase.

La clase obrera es el partidario más consecuente de la democracia. En la lucha por la transformación socialista de la sociedad, la clase obrera conquista el poder y asegura un inusitado florecimiento de la democracia. Con la liquidación de las clases explotadoras, la democracia proletaria se convierte en democracia socialista de todo el pueblo. A través de la dictadura del proletariado, la sociedad llega al Estado de todo el pueblo, el cual se desarrolla hasta transformarse paulatinamente en autogestión social comunista. Con la construcción del comunismo se concluye también la función de la clase obrera como dirigente de la sociedad, ya que desaparecerán las clases y toda diferencia de clase.

La dirección principal en que se desarrolla el Estado socialista en el período de la construcción del comunismo en todo el frente es el máximo despliegue y perfeccionamiento de la democracia socialista. Si tomamos el período actual de desarrollo de la democracia soviética veremos ya ahora cómo marcha el proceso práctico de incorporación de toda la población al gobierno de los asuntos sociales, a la solución de los problemas económicos y políticos, al control de todo el pueblo sobre el funcionamiento del aparato estatal.

Una peculiaridad notable consiste en que millones de soviéticos –trabajadores comunistas y sin partido, obreros y koljosianos, hombres de ciencia y trabajadores de la cultura, así como representantes de todos los sectores de la intelectualidad– se incorporan a la discusión de los problemas principales de la construcción del comunismo.

Nuestros adversarios ideológicos quieren difamar el Estado socialista. Así, G. Wagenlehner, "sovietólogo" de Alemania Occidental, menciona el falso dilema que, según él, se plantea ante los bolcheviques: "Estado o comunismo, tal ha sido la alternativa. En 1917, Lenin adoptó el acuerdo de fundar el Estado de los Soviets. Con ello se hizo imposible el paso al comunismo"[26].

Los revisionistas no dejan de lamentar que el Estado de los Soviets no se extinga, aunque hayan pasado ya más de 50 años desde la revolución socialista. Y, una vez que el Estado no se extingue, afirman los revisionistas, no existe la auténtica democracia en la Unión Soviética. De conformidad con esta "sabiduría" de los revisionistas, el Estado se opone a la democracia, el Estado socialista viene a ser algo opuesto a la autogestión social comunista. Pero eso no es dialéctica, sino la más pura metafísica. Precisamente todo el sistema estatal socialista se basa en la democracia. El máximo fomento de la democracia, la elevación del papel de todas las organizaciones de masas –los Soviets, los sindicatos, el Komsomol, la organizaciones sociales y otras dirigidas por el partido– significa precisamente la transformación del sistema estatal socialista en la futura autogestión comunista.

Sólo los anarquistas se figuran la sociedad del porvenir construida sobre la base de los principios de la anarquía: cada cual hace lo que le da la gana. Ninguna organización. Sólo los anarquistas estiman que la anarquía es la madre del orden.

La sociedad comunista es una sociedad de alta organización y conciencia, en la que habrá una autogestión social perfectamente organizada y basada en la disciplina de camaradas y la observancia voluntaria de las normas de la convivencia comunista. Ahora bien, la tarea de pasar a una autogestión social tan altamente organizada no consiste en echar por tierra el sistema estatal socialista. Al contrario, es preciso desarrollar organismos sociales de autogestión que encarnen y perfeccionen todo lo que hay de más valioso y democrático en las organizaciones estatales y sociales de nuestros días. El sistema estatal socialista prepara los elementos de la futura autogestión comunista, en la que se agruparán los Soviets, los sindica-

[26] Günther Wagenlehner. *Staat oder Kommunismus*. Stuttgart, 1970, S. 213.

tos, las organizaciones cooperativas y otras organizaciones de masas de los trabajadores.

La vida ofrece multitud de formas nuevas de participación creadora de las masas en la gestión de los asuntos sociales. Se han multiplicado las comisiones de los Soviets, cuya labor se ha hecho más activa, han surgido organizaciones de existencia propia, como, por ejemplo, las de control, los consejos de las escuelas-internado y los hospitales, los comités de casa, los consejos de jubilados, los consejos de mujeres, etc. Se amplía el cumplimiento de distintas funciones estatales sobre bases voluntarias por los miembros de las comisiones de los Soviets, los colaboradores voluntarios de los comités ejecutivos de los Soviets, de las instituciones culturales, etc.

Estos y otros procesos análogos confirman elocuentemente la tesis de que el Estado, como organización política, ha de desarrollarse hasta transformarse paulatinamente en autogestión social. Es un proceso natural que no significará la reducción del sistema estatal socialista, ni mucho menos, como lo pretenden los revisionistas, sino un proceso natural de desarrollo del socialismo hasta transformarse en comunismo.

En el proceso de esta transformación se fortalecen los principios sociales y democráticos de gestión. Ya en el presente ciertos órganos del Estado se modifican y algunas funciones del Estado desaparecen. Pero, el Estado socialista no es una categoría que se desecha íntegramente en cierta etapa para que se cree en el lugar vacío no se sabe qué forma nueva de organización social. Trátase de la transformación dialéctica del Estado socialista en autogestión social comunista. No cabe la menor duda de que, tanto ahora como en el porvenir, ha de crecer más y más el papel de las organizaciones sociales y que eso no debilitará el Estado socialista, sino que fortalecerá su base en las masas. Semejante solución del problema marca precisamente la divisoria en la comprensión de los destinos del Estado entre el marxismo-leninismo y el revisionismo, cuyos representantes disertan tanto acerca de la extinción del Estado, como principal misión de la sociedad socialista, sin comprender la dialéctica del desarrollo del sistema estatal socialista.

El desarrollo del Estado socialista hasta transformarse en autogestión social comunista se producirá con arreglo al progreso de la base material y técnica del comunismo, a medida que crezcan la conciencia y la actividad comunista de las masas. Lo principal consiste en que se forme en todos los hombres la necesidad interna de trabajar según la capacidad, independientemente de la medida de los bienes materiales que se perciba. Sólo con esa condición se

podrá, una vez lograda la abundancia de bienes materiales, distribuirlos según las necesidades, ya que cuando el trabajo sea necesidad vital y consciente de todos, cuando todos trabajen con arreglo a sus inclinaciones para toda la sociedad desaparecerá la necesidad de controlar la medida del trabajo y del consumo y, con ello, desaparecerá la principal causa interna de la existencia del Estado.

En la conciencia burguesa no cabe la idea de que los hombres lleguen un día a trabajar voluntariamente, sin verse impulsados por la necesidad económica o el interés egoísta, sin contar con alguna ventaja personal. A los que padecen de la sed de lucro y están emponzoñados con el veneno del interés egoísta personal les resulta difícil comprender los principios del comunismo. La conciencia de estos hombres está ofuscada por los prejuicios burgueses y las ideas metafísicas de la eternidad del modo burgués de vivir y de pensar. No llega hasta ellos la idea de la inevitabilidad histórica de la transformación cardinal de las relaciones económicas y del cambio sobre esa base de las concepciones y las costumbres de los hombres.

El progreso de la sociedad socialista confirma brillantemente el enunciado del materialismo dialéctico acerca de la correlación entre el ser social y la conciencia social. Mientras los sociólogos burgueses y los revisionistas se empeñan en afirmar que ha envejecido la tesis marxista de que la conciencia depende del ser, la experiencia histórica prueba elocuentemente que con el cambio de la estructura económica de la sociedad cambia cardinalmente la vida espiritual de la misma y cambian las concepciones y las costumbres de los hombres. Con la abolición de la propiedad capitalista sobre los medios de producción y con la afirmación de la propiedad socialista, la ideología burguesa del individualismo y del egoísmo ceden su lugar a la ideología del colectivismo y de la ayuda mutua entre camaradas.

Por otra parte, la experiencia práctica de la construcción del comunismo muestra que la sociedad, una vez en poder de los medios de producción, está en condiciones de regular la producción, la distribución y el cambio de bienes materiales con arreglo a un plan trazado de antemano y perfeccionar conscientemente las relaciones sociales. Así, las relaciones de producción no se modifican espontáneamente, al margen de la voluntad y la conciencia de los hombres, sino a iniciativa y bajo el control de éstos y en consonancia con el desarrollo de las fuerzas productivas materiales.

Pero, la tendencia al retraso de la conciencia respecto del ser se manifiesta todavía en la sociedad socialista. Ello encuentra su expresión en la existencia de supervivencias del capitalismo en la conciencia y la conducta de los hombres, aunque se haya suprimido

la base socioeconómica de la ideología y la moral burguesas. Las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres se hallan en contradicción con las demandas del progreso de la vida material de la sociedad, con la necesidad de fomentar las fuerzas productivas y las relaciones sociales comunistas.

La superación de los restos de las concepciones y costumbres burguesas no significa sólo que la conciencia de los hombres se limpia de las supervivencias del pasado, sino que se desbroza el camino para el progreso de la producción y del modo de vida comunistas.

A medida que se obtengan más y más éxitos en la construcción del comunismo crecerá el papel de las ideas en la vida de la sociedad, el principio consciente en el desarrollo histórico se manifestará con creciente fuerza y la humanidad entrará en el auténtico reino de la libertad.

Tal es la dialéctica del ser y de la conciencia en el período de tránsito de la sociedad al comunismo.

Los sociólogos burgueses difunden distintos absurdos acerca de que el socialismo aplasta la libertad del individuo, acerca de que el colectivismo es incompatible con el fomento de las facultades personales y las dotes de los hombres. En realidad, la colectividad no aherroja al individuo, sino que ofrece el medio nutricio vivo para el desarrollo del mismo.

Los humanistas burgueses proclaman de palabra que la base de su concepción del mundo es el individualismo, el bien de cada individuo. Pero, en la práctica, semejante humanismo pasa por alto las masas de individuos humanos y se reduce, al fin y a la postre, a la glorificación de la libertad y del poder de los explotadores. Este seudohumanismo santifica la soberbia y el desprecio a los hombres de filas, sumidos en la miseria y la preocupación por el pan de cada día.

El individualismo burgués ha ocultado siempre el aplastamiento de la individualidad de los hombres de filas. Bajo la bandera de la libertad del individuo, el capitalismo despersonaliza la mayoría abrumadora de la población.

El marxismo-leninismo no niega que los hombres poseen distintas aptitudes e inclinaciones individuales; pero la formación de las aptitudes físicas y mentales de los hombres depende, en última instancia, de las condiciones en que viven. A la vez que rechaza las ideas simplistas de la absoluta identidad de las aptitudes naturales de todos los individuos, el marxismo-leninismo se opone resueltamente a las invenciones de que los hombres se dividen en "élite creadora" y "masa carente de talento". El socialismo se propone

lograr el desarrollo universal de las aptitudes de cada individuo, de cada trabajador de la sociedad sobre la base del mejoramiento del nivel de vida material y cultural de toda la población.

Los sociólogos burgueses han elevado la opresión social del obrero, del bracero, del pequeño campesino y del empleado a algo así como una ley sociológica. No admiten siquiera la idea de que los que viven de su propio trabajo sean capaces de llegar a ser personalidades independientes. Pero, como muestra la experiencia, el gran papel progresivo del socialismo no se manifiesta sólo en la elevación del papel de las masas populares en todos los dominios de la vida social, sino también en el desarrollo de cada miembro de la sociedad. El socialismo convierte en personalidad creadora a cada obrero, a cada koljosiano y empleado que participa activa y conscientemente en la producción y la vida sociales.

La historia enseña que el colectivismo no es óbice para el desarrollo del individuo, sino que, al contrario, ofrece la base y la forma social necesaria para tal desarrollo. Sin los esfuerzos mancomunados en la lucha contra la naturaleza, sin la comunidad de los procesos laborales, los hombres no hubieran podido existir, crear e impulsar la civilización. Con el progreso de la sociedad se han desarrollado también los hombres, se han perfeccionado sus facultades y se han ampliado sus posibilidades. Cierto es que en el pasado eso solía ocurrir las más de las veces espontáneamente y en forma contradictoria. La minoría privilegiada disfrutaba de todas las posibilidades y realizaciones de la civilización, condenando a la mayoría de la sociedad a un trabajo agotador y a la miseria material. Bajo la dominación de la propiedad privada sobre los medios de producción, sólo un puñado de ricachones disfrutaba de los resultados del trabajo de toda la humanidad. Los terratenientes, los capitalistas y los intelectuales burgueses privilegiados se destacan y se encuentran por encima de las masas merced a haber usurpado los frutos de la producción social, y no en virtud de alguna superioridad natural personal. Entienden por "libertad del individuo" la libertad de apropiarse de lo que han creado los esfuerzos colectivos de los trabajadores.

El socialismo pone fin a esa forma tergiversada de colectivismo y crea el auténtico colectivismo en la vida social para que los propios trabajadores puedan disponer de los frutos del trabajo social. Aquí cada nuevo paso en el desarrollo de la sociedad trae provecho a todos y a cada cual por separado. A diferencia de toda sociedad antagónica, en la que el individuo se eleva a costa y en detrimento de los demás, en la socialista el libre desarrollo de cada cual es una condición del libre desarrollo de todos. Con la victoria del

socialismo se ha creado un nuevo ambiente social para el desarrollo del individuo. La creciente actividad social socialista es la mejor escuela para la formación del hombre, para la educación de las cualidades personales de cada cual, así como de sus aptitudes e inclinaciones individuales.

Con el progreso del comunismo pierde todo sentido el oponer el individuo a la sociedad. Cabe estimar puramente escolástica la cuestión de si el individuo existe para la sociedad o la sociedad existe para el individuo. El avance de la sociedad comunista es inconcebible sin el desarrollo universal del individuo, y el florecimiento del individuo es imposible sin el avance de la sociedad.

La abundancia de bienes materiales y culturales constituye una condición necesaria para el crecimiento ilimitado de las posibilidades creadoras del hombre. Se comprende perfectamente que en tal situación social se borrarán en los hombres los rasgos de interés personal separado y opuesto a los intereses de la sociedad. La liquidación de las diferencias de clase y la instauración de la igualdad comunista llevarán a la armonía del individuo y la sociedad sobre la base de la conjugación orgánica de los intereses personales y los sociales.

Los ideólogos burgueses insisten importunos en que el régimen socialista no responde a los ideales y las leyes morales del género humano. Difundiendo la invención falsa de la incompatibilidad del comunismo con la moral, los ideólogos burgueses alegan que los comunistas no reconocen los llamados eternos principios de la moralidad, no reconocen la moral única de toda la humanidad. Sin embargo, es un sofisma absolutamente insostenible. Los comunistas consideran que en la sociedad dividida en clases opuestas de oprimidos y opresores no existe ni puede existir una moral común y única. La moral de los opresores y explotadores es opuesta a los principios morales de los oprimidos y explotados. Los comunistas no niegan los principios morales en general, sino precisamente la moral burguesa, la que santifica la opresión y la explotación del trabajo por el capital.

Según lo entienden los comunistas, la ética sirve para que la humanidad pueda elevarse, liberarse de la explotación del trabajo, para que todos los trabajadores se unan en torno a la clase obrera y construyan la sociedad comunista.

Por lo que se refiere a la moral general de la humanidad, los elementos de la misma se han ido plasmando a lo largo de la historia, en la lucha de las masas populares para imponerse a las fuerzas de la naturaleza y para emanciparse del yugo social. Los

comunistas valoran altamente y fomentan los sanos principios morales y las normas cardinales de la convivencia humana que ha elaborado en el curso de los siglos la humanidad partiendo de su gran experiencia de la vida.

La burguesía, con su régimen de explotación y de dominación de clase niega y pisotea las normas fundamentales de la convivencia humana. Al negar la moral de los explotadores, el comunismo restablece y enriquece los elementos de la moral humana general plasmados a lo largo de la historia. Se puede decir con todo fundamento que la moral comunista es la auténticamente humana, la que está libre de prejuicios engendrados por el interés de clase de los explotadores.

El progreso del hombre, la más completa satisfacción de sus demandas materiales y espirituales, es el objetivo principal y sublime del comunismo. La nueva sociedad construida por los trabajadores y para los trabajadores asegura las condiciones tanto materiales como ideológicas para la manifestación y el perfeccionamiento de todas las aptitudes y dotes del hombre.

Con el tránsito al comunismo comienza el inaudito florecimiento de la vida espiritual de la sociedad, el progreso más acelerado de todos los aspectos de la cultura, se eleva el nivel de instrucción y el desarrollo cada vez más completo y universal del individuo. El impetuoso progreso de la producción material, lejos de estrechar la esfera de la cultura espiritual, le ofrece a ésta la base para su prosperidad inusitada. La reducción del tiempo necesario para la producción material y los servicios permite dedicarlo más a la actividad espiritual de los hombres, con lo cual se crean más posibilidades para el florecimiento de la ciencia y la cultura, para todos los tipos de la obra artística.

Los sociólogos burgueses, presentándose como curadores de la libertad del individuo, oponen la libertad a la necesidad. Aseveran que el marxismo niega la libertad de la voluntad del individuo, ya que reconoce la necesidad histórica. Desde el punto de vista del marxismo es absurdo oponer la libertad a la necesidad: la libertad es el conocimiento y la utilización de las leyes objetivas, es la capacidad de adoptar acuerdos con conocimiento de causa.

Ahora bien, el solo conocimiento de la necesidad no basta para asegurar la libertad. Los obreros bajo el capitalismo no logran la libertad cuando conocen las causas de las crisis económicas, del paro forzoso, cuando adquieren idea del mecanismo de la explotación capitalista. Para ser efectivamente libres, los hombres deben cambiar la propia realidad, hacerse amos de su propio ser social y, sobre esta base, amos de la naturaleza. Dicho con otras pala-

bras, los hombres deben liberarse del yugo de las ciegas fuerzas sociales y naturales que les vienen agobiando durante siglos y siglos.

La libertad no se logra con disquisiciones acerca de ella; nace del desarrollo histórico, resulta de la lucha de la humanidad trabajadora para dominar las fuerzas de la naturaleza y para liberarse de la opresión social. El socialismo brinda a los hombres la libertad sobre la base del conocimiento y del cambio progresivo de la propia realidad, y no mediante la negación de la necesidad histórica. La necesidad histórica en la sociedad socialista es la base objetiva de la libertad, puesto que esta necesidad es progresiva por su esencia. Merced al desarrollo contemporáneo de las fuerzas productivas y a la organización socialista armónica y proporcional de la producción social, la necesidad histórica permite asegurar a todos los miembros de la sociedad tanto el mejoramiento incesante de las condiciones materiales como el libre desarrollo y utilización de sus aptitudes físicas e intelectuales.

Se puede considerar con toda razón como notable adelanto del progreso social de la sociedad socialista la supresión de la secular oposición entre el trabajo intelectual y el manual. En el pasado e incluso en el presente, en los países capitalistas no se consideran personalidades los ocupados en trabajo manual. Estos últimos han estado siempre agobiados por las dificultades de la vida, el pesado trabajo agotador y embrutecedor, completamente separado del trabajo intelectual y de la cultura. El socialismo acabó con todo eso, se planteó y cumplió la histórica tarea de elevar el nivel cultural y técnico de los obreros hasta el nivel de los ingenieros y peritos.

El socialismo sacó del estado de atraso, embrutecimiento y oscurantismo a la población rural, puso término a la oposición entre la ciudad y el campo y creó las condiciones para el rápido ascenso del nivel técnico y cultural del campesinado.

En la sociedad socialista han sido creadas todas las condiciones para el desarrollo de la personalidad de cada miembro de la misma, independientemente de la nacionalidad a que pertenezca. Las naciones socialistas llevan una vida pletórica, forman más y más destacamentos de vanguardistas de la producción, especialistas en todas las ramas de la economía, trabajadores de la instrucción pública, la sanidad, la ciencia y la cultura.

La magna significación de la revolución socialista se manifiesta vivamente, además, en que ha emancipado del atraso y la carencia de derechos a la mujer, la más oprimida mitad del género humano. El Poder de los Soviets ha manumitido por vez primera en la historia a la mujer, le ha dado la plena igualdad de dere-

chos en la vida política y social, el pago igual por trabajo igual, le ha dado acceso a la instrucción, a la profesión calificada y vastas posibilidades de participar activamente en el trabajo social.

Todas estas realizaciones del socialismo en cuanto a la emancipación y el desarrollo de la personalidad del trabajador no deben ocultar la inmensa escala de las nuevas tareas que se plantean y las dificultades que habrá que superar en el continuo avance de esta noble obra. En el curso de la revolución socialista y de la construcción del socialismo se han formado millones de hombres de vanguardia; activos y dotados de elevada conciencia y cultura. El socialismo ha modificado cardinalmente el ser social de toda la población. Sin embargo, sería una falsa ilusión si pensáramos que en la sociedad soviética todos son ya activos y conscientes y poseen la suficiente preparación técnica y cultural a tono con nuestra época. Lenin escribía: "... la vida nos muestra a cada paso los vestigios de lo viejo en lo nuevo, tanto en la naturaleza como en la sociedad"[27]. Esta tesis es plenamente válida también para la época del socialismo.

En la URSS no existe antagonismo entre los grupos sociales fundamentales de la sociedad, aglutinada por la unidad moral y política. Pero no están descartados los conflictos entre unos u otros individuos en la vida social y personal, entre unos u otros individuos o incluso grupos de personas y toda la sociedad. No son raros los casos en que unos u otros innovadores tropiezan con conservadores, en que la sociedad se ve forzada a llamar al orden a elementos antisociales, burócratas y fraudulentos, a sostener una lucha aguda contra los portadores de ideología ajena y contra los infractores de las leyes soviéticas y las normas de convivencia socialista. Semejantes conflictos tienen lugar con frecuencia, se dejan ver, y su superación constituye un aspecto importante de la labor de educación y organización que realizan los órganos del partido y del Estado. Aquí desempeñan un importante papel la crítica y la autocrítica, nueva forma de revelación y solución de las contradicciones.

La dialéctica del desarrollo de la sociedad socialista y de su transformación en sociedad comunista es la forma superior de progreso de la humanidad en la época histórica contemporánea.

El progreso de la sociedad en la época del socialismo se asienta en las cardinales ventajas del sistema económico socialista y las nuevas relaciones sociales, relaciones de colaboración y

---

[27] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 33, pág. 99.

ayuda mutua de todos los trabajadores, de amistad entre los pueblos. En virtud de ello, el progreso de la sociedad socialista está libre de las conmociones sociales y profundas desproporciones típicas del progreso en las formaciones sociales antagónicas. En todas ellas, los períodos de crecimiento más o menos rápido cedían lugar a períodos de regreso en medio de la agudización de las contradicciones económicas, de crisis y largas y ruinosas guerras, sobre todo en medio de la decadencia y la putrefacción de las caducas formas socioeconómicas. El progreso en un aspecto iba acompañado del retroceso en otros, el desarrollo de una parte de la sociedad se lograba en detrimento de las otras partes de la misma: las clases explotadoras se elevaban a cuenta del avasallamiento de las grandes masas trabajadoras, unos países avanzaban a cuenta del sometimiento de otros, las metrópolis se enriquecían mediante el saqueo de las colonias, el progreso de la ciudad se producía al par que la degradación del campo, el desarrollo de los intelectuales se lograba al precio de la vulneración de los intereses de los trabajadores manuales. Complementaba todos estos conflictos sociales la desigualdad de derechos de la mujer en la sociedad y la familia.

El progreso científico-técnico de nuestros días agrava aún más las contradicciones del capitalismo. La automatización de la producción y la gestión suscita el crecimiento masivo del paro forzoso entre los obreros y empleados, lleva a la pérdida de la calificación de los trabajadores y al mayor sometimiento del hombre a la máquina. Los medios reaccionarios de los países imperialistas utilizan los adelantos del progreso científico-técnico para caldear la carrera armamentista, para el chantaje y las amenazas, para esclavizar otros países. Se oponen furiosamente a las exigencias de prohibir la producción y el empleo de las armas atómicas y termonucleares.

El socialismo elimina todas esas monstruosas contradicciones del progreso social, pone los milagros de la ciencia y la técnica al servicio de toda la sociedad, de todos los ciudadanos, al servicio de la paz y la amistad entre los pueblos.

La doctrina marxista-leninista ve en la revolución científico-técnica un proceso que se despliega dentro del marco de determinadas relaciones sociales, en interacción con ellas.

Toda la experiencia del País de los Soviets y de los países hermanos ha hecho patente que, precisamente en la sociedad socialista, el progreso social y el científico-técnico actúan en una misma dirección, con la particularidad de que el papel del segundo en el avance de la sociedad socialista crece sin cesar.

Partiendo de esta ley objetiva, el XXIV Congreso del PCUS

estableció que la aceleración del progreso científico-técnico se planteaba en primer plano, tanto desde el punto de vista de las tareas corrientes como de las de largas perspectivas. Por aquí pasa el frente de lucha entre los dos sistemas mundiales opuestos y aquí se encuentra el resorte principal de la creación de la base material y técnica del comunismo.

Los apologistas del régimen capitalista no abandonan los intentos de demostrar que la revolución científico-técnica eterniza el capitalismo, refuta la teoría marxista-leninista y hace innecesaria la revolución socialista. Persiguen ese objetivo las numerosas teorías tecnocráticas que han aparecido en Occidente en los últimos 10-15 años. Sus autores –H. Kahn, Z. Brzezinski, J. Galbraith, D. Bell, R. Aron y otros– a la vez que reconocen el carácter agudo de los problemas que se plantean hoy ante el capitalismo, estiman que pueden resolverse sobre la base de la revolución científico-técnica, mediante el perfeccionamiento de la sociedad burguesa. Análogas concepciones, en esencia, expresan los teóricos reformistas y los revisionistas. El mejor argumento en la refutación de las concepciones burguesas y revisionistas está en los éxitos de la Unión Soviética y los demás países socialistas en la aplicación de los adelantos de la revolución científico-técnica. Ese argumento prueba que sólo en la sociedad socialista, en la que rige la propiedad social sobre los medios de producción y no existen clases antagónicas, en la que los intereses cardinales de la sociedad y del individuo coinciden, existen todas las premisas para el acelerado avance de la ciencia y la técnica en beneficio del progreso social, para propiciar máximamente el desarrollo universal del individuo.

De este modo no se rechazan sólo las teorías evidentemente apologistas, sino también las teorías pesimistas burguesas y radicales de "izquierda" que ven en el progreso científico-técnico no se sabe qué fuerza destructiva demoniaca, preñada del peligro de muerte para la civilización y de degradación espiritual del individuo. Los adeptos de esas teorías no reconocen la cardinal diferencia entre el capitalismo y el socialismo en la utilización de los adelantos de la ciencia y la técnica y siembran la falta de fe en la posibilidad de aplicarlos racionalmente. De ahí sus búsquedas de un sistema filosófico, de unas concepciones de conocimiento de la realidad y la actividad del hombre capaces de negar por entero todas las bases de la civilización técnica contemporánea, que, según ellos, ha llevado el progreso de la sociedad humana a un callejón sin salida.

Esas teorías utópicas reaccionarias no son menos perniciosas

que la apología burguesa. Niegan la verdad de que, en oposición al capitalismo, precisamente el socialismo, merced al progreso científico-técnico y con ayuda del mismo, puede proteger el medio ambiente natural y asegurar las condiciones más propicias para el desarrollo del individuo. La sociedad socialista inculca a los hombres el cariño por la técnica y no menos el cariño por la naturaleza, la actitud cuidadosa para con ella. Y el valor máximo para los comunistas es la vida humana. De ahí el lema del partido: "Todo para el hombre, todo en aras del bien del hombre".

Las grandes realizaciones del progreso social logradas merced al socialismo atraen al camino del desarrollo socialista a más y más países, a más y más millones de personas. Las ideas del socialismo son ahora una fuerza movilizadora en todos los continentes. En el siglo XIX, el comunismo surgió y se afianzó como teoría del movimiento obrero revolucionario, pero a mediados del siglo XX es ya una realidad viva del género humano y halla su encarnación real en el sistema mundial del socialismo. El sistema económico capitalista, que desempeñó en su tiempo un papel progresivo, se halla hoy en el ocaso y marcha incontenible hacia su hundimiento. En nuestra época, el progreso social va ligado al sistema económico socialista, que avanza objetivamente por el camino del ascenso invariable, por la escalera ascendente de la historia.

EL SOCIALISMO Y EL HUMANISMO

En la historia del pensamiento social se plantean desde hace mucho tiempo los problemas del desarrollo del individuo. Sin embargo, la dominación de las clases explotadoras no ofrecía auténticas condiciones objetivas para el progreso en esta esfera. El problema del individuo se reducía al de la élite. Las grandes masas populares no tenían condiciones para el desarrollo universal.

A diferencia de las construcciones idealistas, que ponían al descubierto sólo en una u otra medida la enajenación o proponían resolver el problema mediante la proclamación de la libertad incondicional del individuo, el marxismo puso al descubierto la esencia misma del problema y señaló las vías de su solución. Marx sacó el problema del humanismo del marco de su concepción idealista religiosa y ética abstracta. Mostró que la emancipación del hombre podía y debía lograrse en el mundo real y con ayuda de medidas efectivas.

"Si el hombre es formado por las circunstancias, será necesario formar las circunstancias humanamente. Si el hombre es social por naturaleza, desarrollará su verdadera naturaleza en el seno de la sociedad y solamente allí, razón por la cual no debemos medir el poder de su naturaleza por el poder del individuo concreto, sino por el poder de la sociedad"[1].

Es sabido que Marx decía que el comunismo era el humanismo real. En la doctrina marxista, la idea del humanismo está ligada

[1] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 2, págs. 145-146.

a la idea de la lucha de clase del proletariado, de la revolución socialista y de la construcción del comunismo. En eso reside uno de los principales rasgos que distinguen el humanismo comunista de todas las demás doctrinas humanistas.

El marxismo sustituyó el culto del hombre abstracto con la ciencia de los hombres efectivos en su desarrollo histórico.

Ya en las *Tesis sobre Feuerbach*, escritas en la primavera de 1845, Marx formula la tesis cardinal que define el enfoque marxista del problema del hombre y del humanismo. "... La esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales"[2]. Se pueden añadir a eso las importantes ideas de Lenin acerca de que las verdaderas relaciones sociales son "... precisamente el producto de la actividad de personas vivientes", que de las acciones de los individuos reales "... se forman las relaciones mencionadas"[3].

La idea de Marx no reduce en absoluto el individuo a la sociedad, como tampoco la idea de Lenin reduce la sociedad al individuo. Ambas tesis reflejan el sentido profundamente dialéctico de que el problema del individuo y de humanización del mismo no puede ser resuelto al margen de la sociedad, soslayándose las relaciones sociales, exactamente de la misma manera que no se pueden transformar las relaciones sociales y la sociedad al margen de la actividad de los hombres, soslayándose las acciones de los individuos reales.

Cualquier planteamiento unilateral, cualquier hincapié en un solo aspecto de la interacción dialéctica conduce ya bien al subjetivismo, cuando se eleva al absoluto la autocreación del individuo, su "libre" autocreación, lo que es propio del existencialismo, ya bien al mecanicismo simplista, al economismo vulgar, cuando se niega el principio independiente y activo del individuo y éste se presenta como efecto automático de las relaciones sociales existentes objetivamente. El hombre, en tanto que ser social, es obra de la sociedad, pero también la sociedad cambia y se transforma bajo el efecto de la actividad de los hombres.

El marxismo-leninismo ha señalado el camino real de la supresión de toda clase de esclavitud, opresión y enajenamiento, el camino de la creación de la sociedad en la que el libre desarrollo de cada individuo es condición del libre desarrollo de todos. Por eso es justa la afirmación de que la teoría marxista-leninista de la lucha de clases, de la revolución socialista y de la dictadura del

---

[2] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 3, pág. 3.

[3] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 1, págs. 427, 424.

proletariado contiene cien veces más humanismo que todas las escrituras burguesas y revisionistas sobre el humanismo juntas.

Lenin decía que sin suprimir la propiedad privada sobre los medios de producción "no cabe hablar siquiera de la verdadera libertad para el individuo, *y no para el propietario,* de la verdadera igualdad, en el sentido sociopolítico, entre el hombre y el hombre, *y no de la igualdad hipócrita entre el propietario y el desposeído,* el harto y el hambriento, el explotador y el explotado"[4].

El desarrollo del individuo requiere premisas materiales, sociales y culturales. Y el capitalismo crea esas premisas, cuando las crea, sólo para la cúspide privilegiada de la sociedad, y no para las masas populares. El humanismo burgués sólo es humanismo para la burguesía gobernante y los paniaguados de ésta. El socialismo crea las premisas reales para el desarrollo de la personalidad de cada cual, no se ocupa de una determinada parte de la sociedad, sino de toda la población del país socialista. Residen en ello tanto la gran complejidad de los problemas que resuelve el socialismo como el auténtico humanismo socialista.

En la lucha ideológica de nuestra época, los sociólogos y publicistas burgueses propagan intensamente absurdas afirmaciones de que los marxistas, en nombre del socialismo, niegan el humanismo y pasan por alto los intereses de la personalidad humana. A tal objeto, dichos sociólogos y publicistas tergiversan el proceso de desarrollo ideológico de Marx, aseverando falsamente que existe una diferencia entre el Marx temprano, que era un auténtico humanista, ya que pensaba en términos del humanismo "real", "positivo" y "práctico" y desarrollaba las tradiciones del humanismo radicadas en la cultura occidental, y el Marx maduro, cuando la doctrina del humanismo y de la enajenación fue sustituida, como dicen, con el socialismo y el programa económico de éste. Sin embargo, no existen dos Marx, sólo existe un Marx, cuyas etapas de desarrollo guardan una relación orgánica entre sí: todos los problemas nacidos en el período temprano de su actividad hallaron su reflejo y solución en la labor posterior. Reducir el "humanismo" de Marx sólo a las obras tempranas y no advertir el humanismo de *El Capital* significa, en realidad, hacer caso omiso de las vías de formación de la ideología científica y las leyes objetivas del desarrollo de la lucha proletaria. Este enfrentamiento del Marx temprano al posterior les es necesario a los ideólogos burgueses sólo para "probar" que los discípulos de Marx, que han abrazado

[4] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 41, págs. 426-427.

sus ideas de la revolución socialista, la dictadura del proletariado y el papel dirigente del Partido Comunista, han tomado el camino de la negación del humanismo.

Se han incorporado al coro común de los francos y furibundos anticomunistas los revisionistas, que repiten tras los ideólogos burgueses la vieja y falsa cantilena de la incompatibilidad de la teoría marxista de la lucha de clases con los principios del humanismo.

Al propio tiempo, los defensores del capitalismo, los bardos de la democracia burguesa se proclaman humanistas, paladines celosos de la libertad del individuo, tratando de presentar las concepciones de clase de la burguesía como concepciones de toda la humanidad, al margen de las clases. No les confunde siquiera el que el régimen capitalista manifieste cada vez más en el curso del desarrollo histórico su esencia antihumana.

Cuando la joven burguesía iba en ascenso, encabezando la lucha de las masas contra el régimen feudal, los ideólogos de vanguardia de la época plantearon no pocas consignas sublimes y nobles, de significación progresista. Trátase de las consignas de libertad e igualdad, de democracia y legalidad, de soberanía nacional y patriotismo. La idea filosófico-ética generalizadora de los revolucionarios e ilustradores burgueses era la del humanismo, enfilada contra el régimen de la servidumbre y los privilegios estamentales de los señores feudales.

El contenido histórico-real del humanismo burgués se manifestó en la lucha por la liquidación del caduco régimen feudal y por la transformación del siervo de la gleba en obrero asalariado personalmente libre. Lo imponía la necesidad económica, la de tener un mercado libre para adquirir y vender su fuerza de trabajo. La supresión de la esclavitud feudal fue una gran realización progresista histórica, y el humanismo antifeudal figurará siempre como una viva manifestación del desarrollo de la conciencia social. Pero el humanismo burgués se asentaba en el reconocimiento de la inquebrantabilidad de la propiedad privada sobre los medios de producción, en lo cual residía su limitación histórica.

Los frutos de la propiedad privada han ido siempre a parar a manos de la minoría pudiente de la población. El humanismo burgués, a la vez que proclamaba formalmente el valor de la personalidad humana, significaba en la práctica, en fin de cuentas, la justificación moral y la protección del bienestar, los derechos y las libertades personales de la minoría privilegiada, el consuelo y apaciguamiento de las masas oprimidas mediante la beneficencia y prédica filantrópica.

Como resultado de la concentración y la centralización del capital se ha ido reduciendo el círculo de la minoría privilegiada, mientras crecía en proporciones amenazantes la masa de los desposeídos. Se fue manifestando en forma más y más aguda la oposición entre los pudientes y los desposeídos, entre los explotadores y los explotados, se fue enconando más y más la lucha entre ellos.

Con el afianzamiento de la dominación burguesa, cuando la burguesía devino una fuerza reaccionaria, las ideas de vanguardia se convirtieron para ella en palabras hueras y adornos retóricos. Sin embargo, las adaptó para que sirvieran a sus intereses de clase, para ofuscar la conciencia de las masas populares. La consigna de la libertad y la igualdad comenzó a emplearse para encubrir la explotación del trabajo asalariado. La democracia se vio convertida en tapadera para la plutocracia burguesa, a fin de encubrir la dictadura de la burguesía. Los monopolistas califican hoy de patriotismo el chovinismo y el racismo, y la idea de la soberanía nacional la han sustituido con la idea cosmopolita de la dominación mundial de las naciones más fuertes. En el mismo espíritu han tergiversado los ideólogos del imperialismo el concepto de humanismo. En lugar de reconocer el valor de todo individuo, se hace propaganda de la teoría de la "élite", se preconiza el culto a las personalidades "elegidas" y "superiores". So pretexto de la defensa de la inviolabilidad de los derechos del individuo, los predicadores burgueses del humanismo propugnan el mantenimiento de los privilegios y de la dominación capitalista

Los ideólogos más belicosos y reaccionarios de la burguesía han abjurado desde hace ya mucho tiempo hasta del reconocimiento formal del humanismo, han rechazado enteramente los ideales humanistas de los revolucionarios e ilustradores burgueses. Al aparecer en escena Nietzsche, filósofo de la reacción burguesa, que ensalzaba la fiera en el hombre, nació todo un ejército de predicadores francos de la misantropía, de portavoces de las aspiraciones rapaces de los capitostes del capital monopolista. El fascismo hizo patente con sus monstruosos crímenes la extrema hostilidad de la burguesía imperialista respecto de las tradiciones del humanismo.

Desde que la burguesía dominante se ha convertido en fuerza reaccionaria, la bandera de la democracia y del humanismo se halla en manos de la nueva clase revolucionaria: el proletariado. Se sabe que la abstracta idea del humanismo, al igual que la consigna de democracia "pura", está incluso hoy muy en boga entre los intelectuales burgueses y, en general, entre las capas medias de la población descontentas con la implacable prepotencia del

capital monopolista y del Estado imperialista. Pero la encarnación efectiva del humanismo y la democracia son el movimiento comunista y la sociedad socialista engendrada por él.

El socialismo, como ideología, ha nacido en la lucha para emancipar a los trabajadores de la miseria y la opresión, para acabar con la oposición entre los ricos y los pobres, con la desigualdad social.

Ya en las tempranas doctrinas socialistas, sobre todo en los trabajos de los grandes socialistas utópicos Saint-Simon, Fourier y Owen, se reflejaron los nobles propósitos de construir un mundo dichoso para todos los hombres del globo terrestre. Theodore Dezamy, eminente representante del comunismo utópico francés de los años 40 del siglo XIX, expresó de la siguiente manera la esencia humanista del régimen comunista:

"Existe una meta, un objetivo final al que tienden todos los deseos y todas las acciones de los hombres. Esta meta, este objetivo final son el desarrollo libre, regular y completo de *nuestro ser*, la satisfacción plena y entera de todas nuestras necesidades (físicas, intelectuales y morales), es, dicho en una palabra, la existencia más conforme a nuestra naturaleza"[5].

Un inmenso papel histórico en el desarrollo del pensamiento social de vanguardia y de la cultura humanista desempeñaron los demócratas revolucionarios rusos Herzen, Belinski y Chernyshevski. Su noble actividad en aras de la libertad y la dicha de las masas trabajadoras quedará para siempre como vivo ejemplo de servicio abnegado a la humanidad.

Al transformarse el socialismo utópico en socialismo científico, al surgir el comunismo científico se presentaron caminos reales para la solución de los problemas cardinales de la humanidad, para hacer realidad los ideales humanistas. La gran doctrina de Marx y Lenin ha señalado a las masas trabajadoras la salida de la esclavitud capitalista.

Al explicar la misión histórica universal del proletariado en la transformación revolucionaria de la sociedad, Marx y Engels pusieron al descubierto la significación humanista de la lucha de clase del proletariado. Este "...no puede liberarse a sí mismo, sin abolir sus propias condiciones de vida. Y no puede abolir sus propias condiciones de vida sin abolir *todas* las inhumanas condiciones de vida de la sociedad actual, que se resumen y compendian en su situación"[6].

---

[5] T. Dezamy. *Code de la communauté*, Paris, 1842, p. 10.

[6] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 2, pág. 40.

El humanismo socialista no se limita a proclamar los principios del humanismo, sino que exige que se superen en la práctica las inhumanas condiciones de vida y que se asegure efectivamente el desarrollo universal del individuo. La significación histórica del humanismo burgués consistía en condenar y derrocar el yugo feudal, mientras que la esencia del humanismo socialista radica en la lucha para liberar a los hombres de toda opresión, de toda explotación, para construir una vida social digna del hombre, para afirmar las relaciones verdaderamente humanas entre los hombres basadas en la propiedad social sobre los medios de producción. El ideal del humanismo burgués era el individuo como propietario libre, mientras que el humanismo socialista centra su atención en el hombre como individuo desarrollado universalmente, como individuo libre.

La ideología del comunismo científico es una forma nueva y superior de humanismo. El supremo destino del comunismo científico es aclarar las condiciones y señalar el camino de la completa emancipación de las masas populares de toda opresión social y calamidades sociales, determinar los medios de organización más adecuada de la vida social y de lograr el bienestar general y el desarrollo libre universal del individuo.

No se puede estimar que sea cosa del azar el que, en el siglo XX, los eminentes maestros de la cultura, ardientes humanistas, hayan sido activos adeptos del socialismo. M. Gorki y V. Mayakovski en Rusia; Anatole France y Romain Rolland en Francia, y Theodore Dreiser en los EE.UU., así como muchos otros destacados personajes de la literatura y del arte, fueron infatigables propugnadores de las ideas del humanismo socialista.

El socialismo no se opone al humanismo, sino que lo eleva a un peldaño nuevo y superior, le imprime un contenido más profundo y una fuerza activa. El humanismo no es para el auténtico socialista una palabra huera ni una consigna propagandística, sino un término que significa el servicio abnegado a las masas.

Los humanistas burgueses, presionados por la creciente lucha de las masas por el cardinal mejoramiento de las condiciones de existencia, han planteado la consigna de "liberarse de la miseria", a la que proclamaron límite de los ensueños humanos, que jamás había sido cumplida ni puede serlo en ningún país capitalista.

Sólo el socialismo libera de la miseria y garantiza el derecho al trabajo y a la remuneración digna del mismo.

Ahora bien, el socialismo no se contenta con eso, sino que va más allá. Lenin explica que el socialismo no se plantea sólo

satisfacer las necesidades del hombre, sino, además, asegurar el pleno bienestar y el desarrollo libre *universal* de todos los miembros de la sociedad, de todas las aptitudes espirituales y físicas de los mismos.

La base ideológica y filosófica del humanismo socialista es la concepción materialista del mundo. Se puede decir que el materialismo marxista es la síntesis filosófica de la lucha histórica de la humanidad contra las fuerzas naturales y sociales que le son hostiles.

Ya los viejos materialistas veían en una medida u otra la conexión entre las costumbres de los hombres, de sus relaciones recíprocas y las condiciones de vida de las masas. Por ejemplo, Feuerbach hacía constar que donde no había lo indispensable para la vida tampoco existía la necesidad moral. "La base de la vida es también la base de la moral"[7].

N. Chernyshevski señalaba aún más claramente la dependencia entre el desarrollo espiritual y la fisonomía moral de los hombres, por una parte, y el bienestar material de las masas, por otra. Ridiculizando las invenciones de los reaccionarios acerca de que los comunistas mantienen una actitud hostil hacia todo lo sublime, poético y bello, explicaba que la pobreza era un estorbo para el desarrollo de la vida digna del hombre, que la preocupación por el bienestar material de las masas "ofrece el medio más seguro para el fomento de todos los bienes supremos que puede apreciar el hombre"[8].

El materialismo aplicado a la vida social, a la comprensión de los destinos históricos del pueblo, ha ofrecido al humanismo una base real para la lucha práctica por la dicha de todos los hombres. La concepción materialista del humanismo se asienta en dos premisas fundamentales: 1) el florecimiento de la vida espiritual de la humanidad no es posible sin un alto desarrollo de la producción material basada en la propiedad social sobre los medios de producción y 2) el bien del individuo, el desarrollo de sus facultades espirituales y físicas sólo pueden lograrse elevando el nivel de vida material y cultural de todos los trabajadores. Dicho con otras palabras, el materialismo marxista considera que las bases del humanismo son la propiedad socialista colectiva sobre los medios de producción y el trabajo colectivo para el bien de todos los miembros de la sociedad.

---

[7] *Ludwig Feuerbachs sämmtliche Werke.* Bd. 10. *Schriften zur Ethik und nachgelassene Aphorismen.* Stuttgart, 1911, S. 267.

[8] N. Chernyshevski. *Obras Completas*, ed. en ruso, t. IX, Moscú, 1949, pág. 66.

Los ideólogos burgueses insisten en que el materialismo, reconociendo el papel determinante del progreso económico en la historia de la sociedad, menosprecia los problemas del progreso espiritual del individuo y que, en realidad, es incompatible con el humanismo. Así, el sociólogo católico francés Augusto Etcheverry, en su libro *Le conflit actuel des humanismes*, declara sin ambages: "El sacrificio de la persona es el rescate del materialismo"[9].

Movidos por el afán de denigrar el materialismo marxista y desacreditarlo ante las masas, los ideólogos burgueses identifican el materialismo dialéctico con el materialismo vulgar, el cual reduce mecánicamente la conciencia y todas las manifestaciones de la vida espiritual de los hombres a los procesos materiales y fisiológicos. Calumniando de este modo el materialismo marxista y convirtiéndolo en una caricatura, los ideólogos burgueses la oponen al humanismo. Es un procedimiento falsificador muy común en manos de los enemigos del materialismo.

Los sociólogos burgueses apoyan las ideas pequeñoburguesas de que los materialistas no piensan más que en los intereses materiales, mientras que los idealistas se preocupan por los altos ideales. Proclaman que la filosofía del humanismo es el idealismo, el cual, según ellos, se ocupa especialmente de los problemas humanos.

Como muestra la historia, el humanismo coincidía en cierta medida con algunas corrientes del idealismo. En el pasado, los filósofos idealistas hicieron bastante para poner al descubierto la vida espiritual de la humanidad. Por ejemplo, no se puede negar que la filosofía idealista, al considerársela en conjunto, de León Tolstói estuvo penetrada de amor a los seres humanos, a las gentes sencillas, estuvo penetrada de elevadas ideas y sentimientos humanistas.

Sin embargo, desde los tiempos remotos, el idealismo viene actuando como doctrina hostil a las masas populares, es decir, a la mayoría de la humanidad. Ello no es propio sólo de los adeptos aristócratas al idealismo, sólo de los apologistas directos del régimen explotador. Estaba penetrado de ese odio a las masas, por ejemplo, el idealismo de los jóvenes hegelianos, que ostentaban su radicalismo. Por su esencia, quiéranlo o no unos u otros adeptos al idealismo, éste lleva a la glorificación de la "aristocracia del espíritu".

Marx y Engels señalaron en su tiempo las contradicciones flagrantes entre el idealismo y el humanismo efectivo y real. "El

[9] A. Etcheverry. *Le conflit actuel des humanismes*. Paris, 1955, p. 177.

enemigo más peligroso del *humanismo real*, en Alemania –escribían Marx y Engels–, es *el espiritualismo* o *idealismo especulativo*, que suplanta al *hombre individual y real* por la *"autoconciencia"* o el *"espíritu"*..."[10]

Cabe señalar que incluso donde el idealismo va ligado de una manera u otra al humanismo suele ser un humanismo abstracto, soñador, y no activo, revolucionario. Desdeñosos de las condiciones materiales de vida de los hombres, los idealistas-humanistas no van más allá de la magra prédica del "autoperfeccionamiento", de la "renovación espiritual", etc.

Las corrientes idealistas religiosas de la filosofía no se ocupan preferentemente de los problemas humanos, sino de las "esencias sobrenaturales" y "sobrehumanas". No fijan la atención en la existencia terrenal y real del hombre, sino en el otro mundo, en el mundo fantástico e imaginario.

El sociólogo francés P. Chauchard trata de argumentar la necesidad de la existencia del humanismo cristiano. Parte de que el rápido progreso de la física, la matemática y la mecánica ha concurrido a que en el hombre se separe lo material de lo ideal. Y esta separación, a juicio de Chauchard, ha hecho que "el mundo de técnicos y de robots, de diseñadores y peones sea de hecho, pese a su ideal de progreso humano, un mundo de tedio, de angustia y de desesperación, ya que es un mundo que ha perdido el alma... ¿Cómo se puede dejar de echar de menos los viejos filósofos conocedores de lo espiritual, cuando vemos los modernos "ingenieros de almas" rivalizando con los ingenieros corrientes en ausencia de humanismo"[11]. Según Chauchard, el humanismo cristiano debe unir los dos aspectos del mundo: la ciencia y la fe, y no cualquier fe, sino "la auténtica fe católica, que objetivamente ha logrado de la mejor manera la síntesis de dos aspectos aparentemente contradictorios de lo divino sin suprimir el misterio esencial"[12]. Está claro que el unir lo que no se une –el saber y la fe, la ciencia y la religión– prueba mejor que nada el carácter anticientífico e ilusorio de semejante humanismo.

Se puede oír con frecuencia la observación de que las doctrinas religiosas incluían ciertos principios morales de gran importancia para la convivencia humana. En efecto, en las doctrinas religiosas hallaron reflejo ciertas normas arraigadas en la vida de los hombres, pues, de otro modo, las clases dominantes no

---

[10] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 2, pág. 7.
[11] Paul Chauchard. *L'Humanisme et la Science*. Paris, 1961, pp. 14-15.
[12] Idem., p. 204.

hubieran logrado inculcar tan firmemente esas doctrinas a la conciencia de las grandes masas. Pero, precisamente porque las relaciones de la vida se reflejan en la religión de modo deformado y fantástico, la moral religiosa desempeña un papel reaccionario en la vida de la sociedad.

Los moralistas burgueses y los teólogos aleccionan que el mejoramiento de la vida social debe comenzar por la influencia en las costumbres y la conciencia de los hombres, por el cambio de su vida espiritual. Convencer a los hombres de que deben renunciar a las malas concepciones y costumbres, convencer a los explotadores para que abandonen sus aspiraciones rapaces de lucro personal, suavizar el corazón de los hombres mediante la prédica moral y la fe religiosa, tales son los caminos de "reorganización" de la vida que vienen proponiendo desde hace mucho tiempo los humanistas burgueses y los predicadores religiosos.

Semejantes teorías sociales son perfectamente aceptables y ventajosas para la burguesía, ya que no suponen el menor peligro para su existencia. La burguesía no tiene nada en contra de que sus sabios servidores lean prédicas de moral, de salvación del alma, puesto que no socavan las bases del régimen explotador. La burguesía estaría contenta si las masas populares se dedicasen al "renacimiento moral", a la "consolación religiosa", etc., en lugar de luchar contra los imperialistas y los colonialistas.

La doctrina de la "renovación" y del "saneamiento" pacíficos de la sociedad mediante la prédica moral existen ya durante milenios. Los sacerdotes budistas, cristianos y de otras religiones han estado preconizando durante siglos y siglos semejantes doctrinas, pero la explotación y la opresión del hombre por el hombre no ha desaparecido, lo mismo que las llagas del régimen social.

Por eso, precisamente, la burguesía tiene tanto odio al materialismo, porque éste llama a la práctica revolucionaria, a la lucha activa contra la dominación del capital y por la reorganización socialista de la sociedad. Además, el materialismo marxista reconoce el inmenso papel de las ideas de vanguardia, de los ideales sociales, de los principios morales, de las imágenes artísticas de vanguardia en el desarrollo progresivo de la sociedad.

El conocido filósofo norteamericano C. Lamont, tras de investigar a fondo las distintas corrientes del humanismo, llegó a la siguiente conclusión: "Pese a que los materialistas marxistas discrepen de mí y de otros humanistas en la solución de ciertos problemas filosóficos y, en particular, en su ambigua actitud respecto de los principios democráticos, son indiscutiblemente humanistas, ya que rechazan lo sobrenatural y la autoridad religiosa, hablan

del bien de los hombres como del objetivo supremo en este mundo, apoyándose en la ciencia y la técnica"[13].

El eminente filósofo japonés Yanagida Kenjuro, desencantado del idealismo, al reconocer la verdad del materialismo, escribió las siguientes palabras notables: "...precisamente los materialistas, inspirados por ideas verdaderamente sublimes, se han rebelado contra la realidad contemporánea y sostienen contra ella una dura lucha. Precisamente ellos, siendo materialistas consecuentes, son la conciencia del mundo y poseen la más alta moral, la moral de la lucha por la tarea histórica de la emancipación del pueblo pobre y oprimido"[14].

Precisamente el materialismo marxista permite explicar sobre bases científicas todas las manifestaciones y todos los aspectos de las relaciones sociales de los hombres, permite revelar las fuerzas motrices del progreso social, así como las fuentes y las leyes objetivas del desarrollo de todos los dominios de la cultura espiritual. La concepción materialista de la historia ha señalado el único camino cierto para lograr las condiciones de vida dignas del hombre, el camino de la transformación socialista de la sociedad como condición indispensable para emancipar a las masas de la explotación, la carencia de derechos, la miseria, el atraso y el oscurantismo, como punto de partida para el desarrollo libre y universal del individuo.

En nuestra época, cuando, al luchar bajo la bandera del marxismo-leninismo, cientos de millones de hombres se han sacudido el yugo del capitalismo, suenan con particular fuerza persuasiva las famosas palabras de Lenin acerca de que sólo el materialismo filosófico de Marx señaló al proletariado la salida de la esclavitud espiritual en la que se hallaban hasta entonces todas las clases oprimidas, que ese materialismo dio a la humanidad, sobre todo a la clase obrera, las poderosas armas del conocimiento.

Los ideólogos de la burguesía se empeñan cada vez más en utilizar la bandera del humanismo en la lucha contra el régimen socialista y la ideología comunista. Desde luego, esos predicadores del humanismo procuran no ver que los monopolios capitalistas saquean y oprimen a los trabajadores; que los reaccionarios ahogan la democracia, persiguen a los comunistas y a todos los que luchan por los intereses del pueblo; que los imperialistas

---

[13] C. Lamont. *The Philosophy of Humanism*. N. Y., 1961, p. 21.

[14] Yanagida Kenjuro. *La evolución de mi filosofía*, ed. en ruso, Moscú, 1957, pág. 151.

se ensañan brutalmente en el movimiento de liberación nacional; que los medios reaccionarios imperialistas refuerzan la carrera armamentista, procurando arrastrar a la humanidad al abismo de la guerra atómica.

Cuando la opinión mundial expresa su indignación llena de ira con motivo de las arbitrariedades y atrocidades del capitalismo, los seudohumanistas murmuran de mala gana su censura, que parece más a una excusa. Sin embargo, ponen el grito en el cielo quejándose de vulneración de los principios humanistas en cuanto las masas populares comienzan a dar una réplica decidida a las fuerzas de la reacción y la agresión y a recurrir a la fuerza contra los opresores.

La culpa por las calumnias al comunismo no recae sobre unos u otros hombres, sobre unos u otros políticos, sociólogos y publicistas que se equivocan. La calumnia al comunismo es una mentira de clase de la burguesía, es uno de tantos procedimientos de lucha a muerte de la clase reaccionaria y caduca contra la sociedad nueva y ascendente, contra el socialismo. Los ideólogos burgueses repiten y propagan consciente o inconscientemente esta mentira de clase de la burguesía contra el comunismo.

La presión que la propaganda burguesa ejerce en este problema se hace sentir en que ciertos comunistas, incluso en algunos países socialistas, no hablan del humanismo tanto en el sentido de la lucha contra el inhumano régimen capitalista y sus reminiscencias en la sociedad socialista, cuanto en el espíritu de la crítica moralizadora del socialismo. Se muestran dispuestos a identificar ciertos defectos y errores en la construcción práctica de la nueva sociedad con la esencia del régimen socialista, oponiendo el humanismo al socialismo.

Los humanistas burgueses insisten en que en la sociedad socialista se infringen los principios del humanismo. Han levantado particular griterío al desplegarse en la Unión Soviética la crítica de las pasadas infracciones de la legalidad, de las represiones infundadas y relacionadas con el culto a la personalidad. No obstante, todo el mundo ve claro que si en el País de los Soviets se condenan en público y se corrigen resueltamente las injusticias cometidas respecto de ciertos ciudadanos es porque toda vulneración de los derechos e intereses del individuo se contradice con la naturaleza del régimen socialista.

Cada día y cada hora, la sociedad capitalista pisotea los derechos y la dignidad de centenares de miles y millones de personas sin encontrar resistencia ni oposición por parte de los guardianes de la "legalidad". Todos los hombres honrados del mundo saben

que hace más de cuarenta años, en 1927, en los EE.UU. fueron ejecutados sin el menor fundamento los obreros revolucionarios Sacco y Vanzetti, condenados y acusados falsamente de robo y asesinato. El auténtico culpable fue capturado y confesó el crimen, declarando que Sacco y Vanzetti no tenían nada que ver con el asesinato. Pero la cacareada justicia norteamericana no se atrevió ni siquiera pasados cuarenta años a rehabilitar a los condenados injustamente. ¡Cuántos centenares de miles de revolucionarios han sido perseguidos, torturados y asesinados de las más diversas maneras, bajo distintos pretextos, en los países capitalistas! ¡Cuántos progresistas fueron expulsados del trabajo por los capitalistas y cuántos se han visto privados de los medios de vida por "sospechosos"! La burguesía persigue con el hambre, asfixia con gases y aplasta con ayuda de tanques a los huelguistas que reivindican su pedazo de pan, y los legistas burgueses apartan la vista para no verlo, mientras que no dejan de alborotar acerca de las ya superadas infracciones de la legalidad en los países socialistas.

Es objeto de ataques particularmente furiosos y de tergiversaciones por parte de los seudohumanistas la teoría marxista de la lucha de clases, la estrategia y la táctica de los partidos comunistas. Los adversarios de los comunistas recurren sin reparo a todo para inculpar a estos últimos, para ocultar la verdad acerca de la gran significación histórica y los objetivos auténticamente humanistas de la lucha revolucionaria de clase del proletariado.

"La burguesía estima –escribía con razón Jack London– que la lucha de clases es una cosa terrible y odiosa, pero el socialismo es precisamente la lucha de clases, la lucha de clases universal entre los obreros desposeídos y los patronos pudientes de los obreros"[15].

Los comunistas preferirían el tránsito pacífico e indoloro al socialismo y se valen de toda posibilidad para tal tránsito. En general, el socialismo es contrario a toda violencia, pero los comunistas no niegan la violencia revolucionaria como medio necesario para refrenar a los enemigos de las masas trabajadoras.

La experiencia histórica muestra que las clases explotadoras jamás han renunciado voluntariamente a sus privilegios, que siempre han aplastado sin piedad todo intento de los trabajadores de sacudirse a los opresores. Al fomentar la lucha de clases, el proletariado se opone a la sistemática ofensiva del capital sobre el nivel de vida de los trabajadores y pone freno a la reacción. Sin la lucha de clases, la humanidad trabajadora no puede emanci-

[15] J. London. *War of the Classes.* N. Y., 1905, pp. XIII-XIV.

parse de la explotación. Y tiene mucha razón Romain Rolland al decir: "Incluso si uno quisiera negar el concepto de lucha de clases, la clase dominante se lo impondría de la manera más brutal..."[16]

El empleo de la violencia contra los explotadores, los cuales recurren a todos los medios para aplastar a las masas populares, no se contradice con el humanismo, sino que se desprende de sus exigencias. No puede ser humano quien niegue por principio la posibilidad de aplicar la violencia a los contrarrevolucionarios empeñados en ahogar el movimiento emancipador, a los agresores imperialistas que atentan contra la libertad de los pueblos pacíficos.

"El humanismo del proletariado revolucionario –escribía M. Gorki– es rectilíneo. No pronuncia palabras altisonantes y melifluas sobre el cariño al hombre. Su meta es liberar al proletariado mundial de la bochornosa, sangrienta y loca opresión capitalista, enseñar a los hombres a no considerarse mercancía que se compra y se vende, materia prima para la fabricación de oro y de lujo de los pequeñoburgueses. El capitalismo practica la violencia contra el mundo, cual un decrépito anciano contra una mujer joven y fuerte sin poder ya fecundarla más que con enfermedades seniles. La misión del humanismo proletario no exige líricas declaraciones de amor, lo que pide es que cada obrero adquiera conciencia de su deber histórico, de su derecho al poder, de su actividad revolucionaria, sobre todo necesaria en la víspera de la nueva guerra que los capitalistas están gestando contra él, en última instancia.

El humanismo del proletariado requiere odio inextinguible al espíritu pequeñoburgués, al poder de los capitalistas, a los lacayos de estos últimos, a los parásitos, a los fascistas, a los verdugos y a los traidores a la clase obrera, odio a todo lo que obliga a sufrir, a todos los que viven a cuenta de los sufrimientos de centenares de millones de personas"[17].

La clase obrera tiene la misión histórica de derrocar para siempre la explotación y el avasallamiento de los trabajadores y crear unas relaciones verdaderamente humanas entre los hombres. La lucha por la victoria del socialismo es la suprema manifestación del humanismo, ya que en esta lucha se deciden los problemas cardinales de la humanidad.

Mientras la burguesía defiende el inhumano régimen explota-

[16] Romain Rolland. *L'ame enchantée*. Paris, 1951, p. 1.441.

[17] *M. Gorki acerca de la literatura*, ed. en ruso, Moscú, 1955, págs. 838-839.

dor, implanta la ideología del chovinismo y del nacionalismo, la clase obrera es la portadora del internacionalismo y del humanismo real. Engels escribía con tal motivo: "Y los proletarios de todos los países tienen unos mismos intereses y un mismo enemigo, les espera una misma lucha; los proletarios en masa, vista su propia naturaleza, están libres de prejuicios nacionales, y todo su desarrollo y movimiento espiritual es, en esencia, humanista y antinacionalista"[18].

La clase obrera no lucha para ocupar el lugar de las clases explotadoras y someter a su dominación a las demás capas de la población, sino para acabar con toda desigualdad, con toda división de la sociedad en clases. Dicho con otras palabras, la clase obrera no sostiene la lucha sólo por sus propios intereses, sino por los de todo el desarrollo social. En virtud de su situación social, el proletariado está libre de egoísmo de clase y es capaz de representar los intereses de todo el desarrollo social. Sólo bajo la dirección de la clase obrera es cómo el pueblo puede subordinar los intereses de unos u otros grupos de la población a la causa común, admitir conscientemente ciertas restricciones y sacrificios temporales en aras del desarrollo de toda la sociedad por el camino del comunismo.

"...Desde el punto de vista de las ideas fundamentales del marxismo –escribía Lenin–, los intereses del desarrollo social están por encima de los intereses del proletariado, los intereses de todo el movimiento obrero en su conjunto están por encima de los intereses de tal o cual capa de obreros o de tal o cual aspecto del movimiento..."[19]

Los críticos burgueses del marxismo y los revisionistas, que les hacen coro, aseveran que los comunistas se guían por la regla: "el fin justifica los medios". Pero es una malévola calumnia contra los comunistas con el propósito de desacreditar los altos principios morales del movimiento comunista.

Basta sólo dirigirse a la historia para ver qué lejos está el comunismo de la cacareada consigna "el fin justifica los medios". Se sabe que dicha consigna fue formulada por la orden de los jesuitas. El fundador de la orden, Ignacio de Loyola (1491-1556), estimaba admisibles cualesquiera crímenes perpetrados en aras del fortalecimiento del papismo. Todos los hombres de vanguardia han condenado siempre por jesuita la tesis de la justificación de los medios empleados para lograr el objetivo.

---

[18] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 2, pág. 590.
[19] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 4, pág. 220.

Las clases reaccionarias y caducas han recurrido siempre a los medios más atroces y viles a fin de conservar sus privilegios, y sus paniaguados ideológicos buscaban toda clase de justificaciones morales para esas infamias. Observan esa regla en nuestra época todos los defensores del capitalismo y los enemigos del socialismo, que no se paran ante cualquier mentira y calumnia y están dispuestos a justificar cualquier crimen de la burguesía imperialista y denigrar las acciones revolucionarias de la clase obrera con tal de salvar al podrido régimen capitalista explotador y esclavizador.

La finalidad del movimiento comunista expresa la ley objetiva del desarrollo histórico y la hace realidad en la lucha de las masas populares, dependiendo sus métodos, ante todo, de la correlación de las fuerzas de clase. La conveniencia revolucionaria no tiene nada que ver con el albedrío de cualquier individuo, con el subjetivismo, el cual lleva al aventurerismo en política.

La magna finalidad de la clase obrera –el comunismo– no admite el empleo de medios infames, que sólo pueden desmoralizar a las masas. La moral de clase del proletariado es una fuente de nobleza y de hazañas inspiradas de sus hijos e hijas.

Como se sabe, en las publicaciones modernas sobre filosofía se discuten muy activamente los problemas del humanismo. Por tanto no tiene nada de extraño que dichos problemas hayan ocupado un lugar considerable en el XIV Congreso Internacional de Filosofía. El filósofo norteamericano G. Kline hizo intentos de demostrar que el humanismo marxista reviste un carácter abstracto e ilusorio, ya que el marxismo no procura mejorar el estado de cosas vigente bajo el capitalismo, sino destruir el régimen capitalista. El filósofo burgués procuró presentar como humanismo el reconocimiento y la justificación del statu quo capitalista.

Ahora bien, tal planteamiento del problema del humanismo coincide con la apología del capitalismo. La argumentación de semejante tipo de seudohumanismo reviste un carácter evidentemente sofístico. G. Kline razonaba, aproximadamente, de la siguiente manera: la misión del humanismo no es ocuparse de lo futuro, sino de lo presente, no de las generaciones que todavía no han nacido, sino de las que viven en la actualidad, sufren y necesitan apoyo y auda. Kline quería presentar las cosas de tal manera que el rumbo marxista hacia la destrucción revolucionaria del capitalismo y la orientación marxista-leninista hacia el porvenir son incompatibles con el auténtico humanismo, o, como él se expresaba, con el "humanismo ético . En realidad, toda la intervención de G. Kline sólo probaba la incompatibilidad del marxismo con

el humanismo burgués, probaba la oposición entre el humanismo revolucionario marxista y las disquisiciones seudohumanistas de los ideólogos de la burguesía actual.

Observemos que, a fin de argumentar su tesis, Kline hizo intentos de modificar la habitual interpretación burguesa de las concepciones de Marx. Como es sabido, dicha interpretación se reduce a oponer al joven Marx a las obras del marxismo maduro. En estos casos, los filósofos burgueses razonan con arreglo al siguiente esquema: el joven Marx era humanista en el espíritu de Hegel y Feuerbach, pero, al pasarse a las posiciones del proletariado y, por consiguiente, de la intransigente lucha de clases, abjuró del humanismo. .

A diferencia de los filósofos burgueses que estiman que Marx fue humanista en el período temprano de su actividad, G. Kline procuró probar que tampoco en ese período Marx había sido humanista, que, hablando en propiedad, jamás había sido humanista, puesto que, comenzando por los años de la adolescencia, era ya revolucionario.

Cabe señalar que, a diferencia de G. Kline, varios científicos burgueses, y en particular J. Hyppolite, subrayaron que Marx era humanista ya en sus trabajos tempranos, lo mismo que en los períodos posteriores de su actividad. Sin embargo, defendiendo este punto de vista, J. Hyppolite trató de borrar la diferencia cualitativa entre *El Capital* de Marx y sus trabajos tempranos, en los que Marx ocupaba todavía posiciones idealistas. Semejante planteamiento refleja la concepción del humanismo abstracto típica de los ideólogos burgueses. Era natural que, en el curso de la discusión, los marxistas planteasen el problema del humanismo sobre bases históricas concretas, que lo asentasen en la lucha por la efectiva emancipación del hombre y el desarrollo universal del individuo, y no por ideales abstractos al margen de la historia.

Ultimamente, los ideólogos burgueses y los reformistas emprenden toda clase de tentativas de oponer el llamado "comunismo humano" al socialismo revolucionario. El socialismo construido en la Unión Soviética y que se construye en los países de democracia popular lo califican de "totalitarismo" y de "aplastamiento de la libertad del individuo". El "comunismo humano" de que hacen propaganda es un camuflaje a que recurre el reformismo burgués, lo mismo que el "socialismo ético", el "socialismo democrático" y otras invenciones análogas de los seudosocialistas. El "comunismo humano" es un socialismo sin revolución socialista, sin lucha de clases y sin dictadura del proletariado, es decir, el viejo cuento reformista de la integración paulatina del capitalismo en el socia-

lismo, del paso al comunismo conservándose la propiedad capitalista sobre los medios de producción. Con semejante "comunismo", los capitalistas seguirían explotando "humanamente" y "de modo democrático" a los trabajadores, oprimiendo a otras naciones y saqueando a los países subdesarrollados. Los "socialistas democráticos" de Inglaterra, Francia y otros países europeos entraron más de una vez en el Gobierno, pero los capitostes del capital monopolista seguían siendo los amos efectivos de la vida, amasando fabulosas ganancias y determinando la política interior y exterior del Gobierno, mientras que los trabajadores seguían agobiados por el peso de la explotación, la miseria y la carencia de derechos.

Las exigencias revisionistas de "humanización" y "democratización" del régimen sociopolítico de los países socialistas no son otra cosa que una tapadera para las aspiraciones de restauración del capitalismo y de la democracia burguesa.

Las masas trabajadoras se orientan perfectamente en cuanto a la finalidad de semejantes especulaciones con las ideas del humanismo. En la victoria del socialismo, las masas populares ven con razón la realización de sus anhelos seculares, la puesta en práctica de los mejores ideales de la humanidad.

A diferencia del capitalismo, donde el objetivo principal de la clase dominante es sacar la ganancia máxima mediante la explotación de las masas trabajadoras y el saqueo de otros pueblos, en la sociedad socialista, el partido, el Gobierno y toda la sociedad centran su atención en el hombre, en la creación de las premisas materiales y culturales para el desarrollo universal del hombre y en el trabajo pacífico de éste.

Los preconizadores del humanismo burgués reprochan a los marxistas el reducir todo el desarrollo social a la técnica, afirmando falsamente que, para los marxistas, la máquina tiene más importancia que el hombre. Así, el neotomista germanooccidental Jacobo Hommes, en su libro *Der technische Eros*[20] se esfuerza para demostrar que el marxismo estima que lo fundamental y lo principal para el hombre es la técnica, el trabajo industrial, que la sociedad comunista y su técnica aplastan al individuo, aniquilan su libertad y dignidad humana, que el marxismo no posee auténtica doctrina de la moral. El sociólogo católico francés Pierre Bigo[21] difunde la burda invención de que, en la sociedad socialista, la única ley es la "industrialización para la industria-

[20] Véase J. Hommes. *Der technische Eros*. Freiburg, 1955.
[21] Véase P. Bigo. *Marxisme et humanisme*. P., 1953.

lización". Otro sociólogo francés, J. Marchal[22], que publicó en 1955 el libro *Deux essais sur le marxisme*, repite también la banal mentira de que el marxismo considera al hombre sólo en el "aspecto material".

Esa clase de infundios acerca del socialismo cuenta con el apoyo de los revisionistas de los distintos países, que se valen de todo tipo de alusiones a los "intereses del individuo" para denigrar la política de la industrialización socialista.

Los ataques de los sociólogos burgueses, al igual que de los teólogos católicos y de otras religiones, a los países del socialismo, por la constante atención que prestan al fomento de las fuerzas productivas y la contraposición a que recurren los sociólogos burgueses para enfrentar los intereses del individuo con la industrialización socialista persiguen un objetivo determinado, el de socavar el entusiasmo laboral de las masas de estos países, desarmarlas ideológicamente en la emulación económica con el capitalismo. Precisamente con tal fin, esos "humanistas" quieren inculcar a los hombres de los países socialistas la actitud despectiva hacia el trabajo y propagar entre las masas, sobre todo entre la juventud, el culto al ocio, el ideal de la vida "fácil", es decir, parasitaria. Al oponerse al rápido ritmo de fomento de la producción socialista, dichos "humanistas" procuran torpedear la base del más rápido mejoramiento del nivel de vida material de las masas.

Es de todos conocido que, precisamente bajo el capitalismo, la producción se efectúa en aras de la producción, es decir, para que los patronos saquen las más altas ganancias, y no para satisfacer las necesidades de la población. La prueba más palmaria y evidente de ello es el aumento exagerado de la producción bélica, que les asegura a los capitalistas ganancias fabulosas y supone para los trabajadores el alza de los impuestos y el peligro de guerra.

El marxismo-leninismo ve en el incremento de las fuerzas productivas el principal criterio del progreso social. Pero el desarrollo de las fuerzas productivas no es un fin en sí, sino la base del progreso de todos los aspectos de la vida social, del florecimiento de todas las aptitudes del individuo.

Son antisociales las teorías que niegan en general el papel progresista del crecimiento de las fuerzas productivas y del avance industrial. Así, el filósofo norteamericano H. Marcuse plantea la idea de un "nuevo humanismo", formulada en los siguientes términos: "...ningún desarrollo continuo de las fuerzas productivas,

---

[22] Véase J. Marchal. *Deux essais sur le marxisme*. P., 1955.

ninguna escalada de la productividad, sino más bien una conversión de la productividad mediante la supresión de toda producción destructiva y parasitaria; la reconstrucción de las ciudades, que se han vuelto antihumanas en el sentido propio de la palabra; el restablecimiento de la naturaleza en los desiertos creados por la industrialización"[23].

Está claro que el humanismo de Marcuse se convierte en su contrario, es decir, en el antihumanismo, se suplanta con la prédica de teorías que van en perjuicio de los hombres, y no en bien de ellos. Comprendemos que las premisas que han servido de base para las construcciones especulativas del "humanismo emancipador" son los hechos reales de la sociedad capitalista: las perniciosas consecuencias que trae para los trabajadores el empleo de la nueva maquinaria, la crisis de los valores morales, el desengaño causado por las deformaciones modernistas de la cultura, etc. No obstante, las causas de estos antagonismos no radican en el rápido crecimiento de las fuerzas productivas, como asevera Marcuse, sino en el propio régimen capitalista. Mientras la automatización en la sociedad socialista contribuye al crecimiento de las fuerzas productivas, aliviando el trabajo de los hombres, aumentando, en última instancia, la riqueza de la sociedad y ofreciendo nuevas perspectivas de progreso social, en la sociedad capitalista priva de trabajo a muchos hombres y hace que el obrero tenga miedo del día de mañana. Así, un mismo fenómeno en diversas formaciones socioeconómicas origina distintas consecuencias sociales. De ahí las divagaciones voluntarias o involuntarias de Marcuse: en primer lugar, se equivoca en la relación que establece entre la crisis de las civilizaciones con el crecimiento de las fuerzas productivas; en segundo lugar, hace extensiva, sin el menor fundamento, a los países socialistas la crisis de la civilización burguesa y, en tercer lugar, el "nuevo humanismo" de Marcuse es una ilusión, irrealizable en condición alguna, ya que el desarrollo de las fuerzas productivas, en tanto que ley objetiva, no se puede suspender con referencias a la degradación moral engendrada por el capitalismo.

Es imposible asegurar a los hombres el completo bienestar y la posibilidad de disfrutar de todos los bienes de la cultura espiritual y de todo lo hecho por el genio humano sin lograr un alto desarrollo de las fuerzas productivas.

---

[23] H. Marcuse. *Sommes nous déjà des hommes?* – *"Partisans"*. Paris, Avril, 1966, N° 28, p. 26.

La industrialización socialista posee una significación verdaderamente inapreciable para el desarrollo del individuo, para que el hombre se eleve sobre las fuerzas de la naturaleza. Le ofrece a la humanidad instrumentos excepcionalmente eficaces de poder sobre la naturaleza, alivia y mejora radicalmente las condiciones de trabajo y de vida de los hombres. La industrialización socialista ha brindado al pueblo soviético el mejoramiento del nivel de vida material y ha servido de base para el ascenso impetuoso del nivel cultural y técnico de los trabajadores, de su calificación profesional y de sus conocimientos generales.

La industrialización socialista significa el viraje radical de la vida de la población urbana, lo mismo que de los trabajadores del campo. Ofrece la base material para la reorganización socialista de la producción agropecuaria, para el inmenso crecimiento del pertrechamiento técnico y la productividad, para la elevación del nivel de vida y de cultura de sus trabajadores.

Sobre la base del continuo ascenso de las fuerzas productivas socialistas se crean las premisas para la más completa satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de la población. Sólo los seudohumanistas burgueses, los dogmáticos empedernidos, divorciados del pueblo y los aventureros pueden oponer a los ideales espirituales el empeño del Partido Comunista en aumentar la producción de bienes materiales. Es característico que unos y otros hacen caso omiso de los intereses vitales de las grandes masas populares: unos so pretexto de defensa de ciertos valores espirituales humanos, otros, bajo la bandera de la fidelidad... a los "ideales del comunismo", como si los valores espirituales y los altos ideales pudiesen hacerse realidad sobre la base de la pobreza y la miseria.

Los críticos burgueses del socialismo afirman que en la sociedad socialista es imposible la libertad del individuo, que, al regir la propiedad social sobre los medios de producción, no cabe la iniciativa personal. Toda su argumentación se reduce a que el colectivismo es incompatible con el florecimiento del individuo. El sociólogo burgués L. Zea escribe: "Cuanto a la URSS, en nombre de los intereses de la comunidad se limita y se viola la libertad del individuo"[24]. Propaga la misma tesis manoseada el ya mencionado sociólogo católico francés Augusto Etcheverry, que afirma que el socialismo no está en condiciones de resolver el conflicto entre el individuo y la sociedad, que el Estado socialista

[24] L. Zea. *L'homme de culture et l'universalisation de la culture.* – *"Comprendre"*. Revue de politique et de la culture. Venise, 1956, N° 16, p. 85.

aplasta a sus ciudadanos. "El marxismo niega, en efecto, la existencia de una naturaleza humana poseedora de un valor absoluto... No reconoce en la persona una dignidad esencial, que la ponga por encima de los intereses sociales"[25]. El sociólogo germanooccidental H. Weinstock, en su libro *Die Tragödie des Humanismus*, se "aflige" también por los destinos del hombre en la sociedad socialista. "Lo que preocupa al humanista en la sociedad socialista... es el peligro que se cierne sobre la personalidad humana"[26].

Al oponer al individuo a la sociedad socialista, al poner los intereses personales por encima de los sociales, estos sociólogos se denuncian como apologistas del egoísmo burgués y del individualismo pequeñoburgués. Para ellos, la libertad absoluta del individuo es la libertad del empresario para explotar al obrero. En la destrucción de la posibilidad de explotar ellos ven un aplastamiento de la libertad del individuo.

La filantropía burguesa ha sido siempre nada más que una dádiva del señor rico al bracero pobre, una limosna del ladrón a su víctima. Así es como se imaginan el "amor al prójimo".

El individualismo burgués ha significado siempre el aplastamiento del carácter individual de los hombres de filas. El sociólogo católico francés H. Chambre expresa su descontento con motivo de que en la Unión Soviética "la persona es identificada con el individuo"[27]. Chambre hace propaganda de las concepciones del personalista Mounier, el cual reconoce la existencia de "personalidades creadoras libres", muy distintas de los "individuos corrientes". Al oponer al individuo a la colectividad, los sociólogos burgueses procuran cortar el camino de la emancipación y del desarrollo de la personalidad de los hombres de filas. Veamos, a título de ejemplo, cómo define la palabra colectivismo un diccionario filosófico publicado en la RFA:

"El colectivismo es una concepción según la cual el tiempo de los individuos ha pasado, sobreviniendo el de las colectividades. El colectivismo se extiende allí donde las privaciones económicas, políticas o espirituales conmueven tanto la fe del individuo en sí mismo que éste se niega a creer en su capacidad de superar las dificultades y resolver los problemas de la existencia"[28].

---

[25] A. Etcheverry. *Le conflit actuel des humanismes*. P., 1955, p. 176.

[26] H. Weinstock. *Die Tragödie des Humanismus*. Heidelberg, 1960, S. 288.

[27] H. Chambre. *Le marxisme en Union Soviétique; idéologie et institutions, leur évolution de 1917 a nos jours*. P., 1955, p. 168.

[28] *Philosophisches Wörterbuch*, Stuttgart, 1955, S. 320.

Ahora bien, surge la pregunta: ¿dónde y cuándo ha podido existir el individuo sin la colectividad? Hace ya mucho tiempo que se ha dejado de creer en el hombre capaz de vivir en una isla deshabitada, cual un Robinsón. Las condiciones del desarrollo de la vida material de la sociedad han obligado objetivamente al hombre a vivir en común, en la colectividad. En la sociedad antagónica, el individuo se ve forzado por los nexos económicos y políticos a vivir en la sociedad. Sin embargo, estas conexiones son de carácter puramente exterior respecto del individuo, son para él unas conexiones ajenas. El socialismo sustituye esta seudocolectividad con la comunidad orgánica de los hombres, ayuda a cada individuo a revelar mejor sus aptitudes y dotes, ya que acaba para siempre con las condiciones que lo han estado esclavizando espiritual y físicamente.

Toda la experiencia atesorada por el movimiento obrero internacional y la construcción del socialismo en la Unión Soviética y otros países socialistas prueba que sólo en la colectividad y mediante la colectividad es como puede el individuo emanciparse del yugo de los opresores y lograr la plena libertad. Precisamente a ese fin sirven los partidos políticos revolucionarios de la clase obrera: los partidos comunistas. Contribuyen a ello los sindicatos. El Estado socialista, expresando los intereses de todo el pueblo, asegura con todos los medios a su disposición el desarrollo universal del trabajador.

Los comunistas pueden sentir legítimo orgullo de que en la sociedad socialista, la libertad del individuo se ha hecho realidad en lo principal, a saber: se le ha liberado de la explotación y de la opresión política. Los trabajadores han adquirido el derecho al trabajo, liberándose para siempre del paro forzoso y del permanente miedo ante el día de mañana. Los obreros, los campesinos y la intelectualidad trabajadora han adquirido la libertad de organización política y de actividad social. Precisamente eso se niegan a comprender ciertos representantes de la ideología burguesa empeñados en identificar la sociedad socialista con la burguesa. He aquí lo que escribe, por ejemplo, el filósofo austríaco E. Kamenka: "El socialismo, según Marx, nace del capitalismo. Pero será una sociedad de auténtica libertad e iniciativa, en la que la moralidad capitalista se destruye enteramente. Marx tenía razón en la primera afirmación y no la tenía en la segunda. El socialismo nació del capitalismo, pero no como resultado del colapso catastrófico de éste. Al contrario, arrancó de la ideología misma elaborada por el capitalismo: la relación entre los objetivos económicos y los medios de vida; la fe en la capacidad de cambio universal de

todas las cosas y en la posibilidad de controlar racionalmente todas las cosas, como simple medio de lograr un fin comercial. El punto de vista de los socialistas acerca de la sociedad... es un punto de vista capitalista que arranca de la coacción. La concepción de la planificación económica, como señala Schumpeter, es una concepción capitalista: el manager capitalista es el prototipo del administrador socialista"[29].

Más o menos en el mismo sentido se expresa el filósofo evangelista germanooccidental I. Fetscher, que quiere demostrar que, en la sociedad socialista, el principio del interés material desune a los hombres. Ese motivo de actividad no se distingue "del tan denostado afán de lucro en la sociedad capitalista"[30].

Los idcólogos burgueses hacen caso omiso conscientemente de la decisiva circunstancia en que se asienta la diferencia entre las dos formaciones opuestas: la forma de propiedad. Precisamente la forma social de propiedad sobre los medios de producción engendra nuevos principios económicos de gestión de la economía y nuevas normas de conducta de los hombres. Y aunque, exteriormente, los instrumentos económicos del socialismo parezcan iguales a los principios del mundo capitalista –ganancia, renta, interés material y otras categorías–, en realidad expresan relaciones opuestas a las bases del mundo burgués.

En la economía capitalista, la ganancia del capitalista individual, del consorcio, del sindicato u otra agrupación económica cualquiera significa el saqueo de los trabajadores, la apropiación de trabajo ajeno sancionada por la sociedad burguesa. La base material no une, sino que divide a los hombres, puesto que la propiedad privada forma una moral de tal género que los intereses personales predominan sobre todos los deseos y las aspiraciones del individuo. Por eso, el individuo se encierra dentro del marco de su propio "yo", se ensimisma en su estrecho mundo individual, como si éste fuera una ciudadela de la dicha y del bienestar. Va ligado a eso otro fenómeno más: el enajenamiento del individuo en la sociedad burguesa. No es fortuito que los ideólogos burgueses relacionen con el enajenamiento las contradicciones entre el individuo y la sociedad, con la transformación del individuo en un dócil "tornillo" del consorcio.

Muy otra situación vemos en la sociedad socialista. La ganancia de las empresas socialistas no la embolsa un grupo cual-

---

[29] E. Kamenka. *The Ethical Foundations of Marxism.* London, 1962, pp. 163-164.

[30] I. Fetscher. *Von Marx zur Sowjetideologie.* Frankfurt a/M., 1961, S. 86.

quiera de personas, sino que se emplea en beneficio de toda la sociedad. En la sociedad socialista no existen causas sociales que engendren relaciones de hostilidad entre el individuo o la colectividad y toda la sociedad. El interés material une a los hombres, no los enajena de la sociedad.

La situación de los trabajadores en la sociedad es el primer y decisivo criterio del carácter humano de las relaciones sociales. No puede haber libertad del individuo donde los trabajadores se ven forzados a trabajar, bajo peligro de castigos o de hambre, a trabajar para los explotadores, donde un puñado de ricachones vive a cuenta del robo desvergonzado del trabajo del pueblo. La supresión de la explotación del hombre por el hombre significa la liquidación de la más odiosa injusticia social. El trabajo libre es la base de la libertad del individuo. En la sociedad socialista, el trabajador trabaja para sí mismo y para su sociedad, es el héroe reconocido de la historia, es un constructor independiente que crea una vida libre.

El objetivo consciente de la sociedad socialista es reducir el tiempo de trabajo, aliviar las condiciones de este último y convertir la actividad laboral en medio de desarrollo y formación de la personalidad y en la primera necesidad vital de los hombres. En aras de lograr ese noble objetivo, el socialismo fomenta por todos los medios la ciencia y la técnica y perfecciona los métodos de producción y la organización del trabajo. Por algo, la URSS es el primer país en emplear la energía atómica con fines pacíficos. Mientras los medios aventureros del imperialismo utilizan la energía nuclear para la loca carrera armamentista, para el chantaje y las amenazas, los países socialistas luchan con espíritu consecuente por la prohibición completa de las armas atómicas, haciendo decididos esfuerzos para que todos los milagros de la ciencia y la técnica atómicas sirvan al trabajo pacífico de los hombres, para que se amplíen ilimitadamente las fuentes de existencia y de progreso de la humanidad trabajadora. Sólo el socialismo está en condiciones de sacar a los hombres del reino de la miseria y la ciega necesidad y llevarlos al reino de la libertad y la abundancia de todos los bienes materiales y espirituales.

Los sociólogos burgueses, al divagar sobre el humanismo, suelen hacer caso omiso de las naciones oprimidas, no cuentan con los trabajadores de las colonias y los países dependientes. Mientras tanto, el socialismo incorpora a la cultura a todos los pueblos oprimidos y atrasados en el pasado, extiende el problema de la emancipación y del desarrollo universal del individuo a todas las naciones.

La Gran Revolución Socialista de Octubre destruyó las cadenas de la opresión nacional, acabó para siempre con la desigualdad nacional y afirmó la auténtica fraternidad de todas las naciones. El Poder de los Soviets disipó la mentira secular de los colonialistas acerca de la división de los hombres en razas "superiores" e "inferiores", acerca de la superioridad de unas naciones respecto de otras, e hizo que pueblos antes oprimidos alcanzasen la situación de pueblos verdaderamente libres y verdaderamente iguales en derechos.

En la sociedad socialista han sido creadas todas las condiciones para el desarrollo de la personalidad de los hombres de todas las naciones. En el País de los Soviets, los hombres de todas las naciones y nacionalidades –rusos y kazajos, ucranios y uzbekos, tártaros y letones, georgianos y tadzhikos, armenios y osetios, bielorrusos y estonios, azerbaidzhanos y moldavos, kirguizes y turkmenos, lituanos y bashkires– son iguales, todos tienen iguales derechos y posibilidades de desarrollo de la personalidad. Las naciones socialistas llevan una vida pletórica, se forman más y más destacamentos de vanguardistas de la producción, de especialistas de todas las ramas de la economía y de trabajadores de la instrucción pública, la sanidad, la ciencia y la cultura.

Durante los 50 años de existencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el volumen de la producción industrial de la República Socialista Soviética de Kazajia aumentó en 600 veces; el de la República Socialista Soviética de Tadzhikia, en más de 500 veces; el de la República Socialista Soviética de Kirguizia, en más de 400 veces, y el de la Federación Rusa, que comprende decenas de comarcas nacionales atrasadas antes de la revolución, en más de 300 veces; el de la República Socialista Soviética de Uzbekia, en 176 veces. Es igualmente rápido el ritmo de progreso de las demás repúblicas soviéticas. Han dado un gran salto en su desarrollo Letonia, Lituania y Estonia, que entraron a formar parte de la Unión Soviética en 1940. Aunque tampoco antes eran repúblicas atrasadas, al tomar el camino del socialismo aumentaron el volumen de su producción industrial respectivamente en 31, 37 y 32 veces respecto del nivel de 1940.

En todas las repúblicas soviéticas se ha formado una numerosa intelectualidad nacional, prosperan la literatura y el arte. Bulle la actividad artística del pueblo. Los hombres pertenecientes a naciones oprimidas en el pasado han recobrado su dignidad humana.

El humanismo de la revolución socialista se manifiesta vivamente, además, en que emancipa, libera del atraso y la carencia de

derechos a las mujeres, la mitad más oprimida del género humano. En todas las formaciones sociales basadas en la explotación del hombre por el hombre, la mujer estuvo siempre privada de los derechos de personalidad humana. En las doctrinas religiosas, en la dura práctica de la vida, la mujer era una parte de la propiedad de uno. En la familia regía la norma santificada por la Iglesia: "la mujer temerá al marido". En ningún país capitalista se ha acabado con tales manifestaciones de estado humillado de la mujer, como la desigual remuneración del trabajo, la discriminación en la producción y toda clase de opresión en la vida social y familiar. El capitalismo, que ha convertido todo en mercancía, ha abierto el tráfico de mujeres, ha engendrado la prostitución masiva, cometiendo de este modo un monstruoso sacrilegio respecto de la personalidad y cubriéndose de vergüenza indeleble. El eminente socialista francés C. Fourier formuló la profunda idea de que, en toda sociedad, el grado de emancipación de la mujer era el rasero natural de toda emancipación. La revolución socialista ha realizado una gran hazaña humana: ha borrado todas las leyes y normas feudales y burguesas escritas y no escritas que humillan la dignidad de la mujer como persona y como ciudadana.

Al par que el derecho al trabajo y al pago igual por trabajo igual, es condición decisiva de la emancipación y del desarrollo de la mujer el ascenso de la instrucción y la cultura. En la Unión Soviética, todas las muchachas, al igual que los muchachos, tienen acceso libre y cuentan con posibilidades reales de cursar la enseñanza media. El 53% de los ciudadanos soviéticos graduados en centros de enseñanza superior son mujeres. Tan inusitado progreso cultural de las mujeres trabajadoras, de las mujeres madres supone un magno aporte al progreso espiritual del género humano.

En la sociedad socialista, las ideas del humanismo hallan una viva encarnación en todas las esferas de la cultura. La cultura, en el país socialista, no es patrimonio de pequeños grupos de la población, sino de todos los trabajadores. El Poder de los Soviets puso fin al monopolio de las clases pudientes en lo tocante a la instrucción, tendió el camino del saber a las capas pobres de la población, que bajo el zarismo vivían sumidas en la ignorancia y la oscuridad.

En la sociedad capitalista contemporánea, los medios de cultura –la prensa, la literatura, el arte y otras formas de influencia ideológica– se van convirtiendo más y más en medios para cautivar y descomponer la personalidad. La cultura burguesa en la época de la decadencia del capitalismo rompe con las tradiciones humanistas de la época del Renacimiento y del capitalismo ascendente

y se hace cada vez más ajena al hombre. En cambio, la cultura socialista prosigue esas tradiciones y es la cultura más humana. Por su contenido, la cultura socialista es una cultura auténticamente popular, que eleva y enriquece al hombre.

Los representantes de la estética burguesa ensalzan el arte formalista, antirrealista, ajeno al pueblo y contrario al sentido común y al sano sentimiento humano. Los más sinceros no ocultan que este arte formalista es, por su contenido, antihumanista y antipopular. El filósofo Ortega y Gasset, muy en boga entre los representantes burgueses de la cultura, ha escrito incluso un libro especial titulado *La deshumanización del arte.* Según Ortega y Gasset, en todas las épocas han existido dos tipos de arte: uno para la mayoría, para las masas, siempre realista, y otro para la minoría, para los escogidos, siempre "convencional", "idealista", en general más o menos "depurado" de lo real. Como es de suponer, Ortega y Gasset estima artístico el segundo tipo. Ese filósofo ve el defecto del arte realista en que representa los objetos y los fenómenos tales y como son en la vida, y el hombre los reconoce fácilmente en el arte. El arte "artístico" no procura acercarse a la realidad, sino que, al contrario, trata de deformarla, de desrealizarla, de dificultar su percepción por el hombre, de deshumanizarla. Hay que dibujar al hombre de modo que se parezca lo menos posible al hombre, las casas y los montes deben distinguirse con dificultad en el cuadro. Esta tendencia a rechazar el punto de vista humano normal en el arte se denomina precisamente "deshumanización" del arte. "En ese proceso –como afirma el autor del libro– se llegará a tal punto en que el elemento humano de la obra de arte será tan escaso que apenas se advertirá. Entonces tendremos un objeto que sólo percibirán los individuos que poseen el peculiar don de la sensibilidad artística. Eso será arte para artistas y no para masas humanas"[31].

Tal es el punto de vista señoril y aristocrático acerca del arte que predican los ideólogos abiertos de la burguesía reaccionaria de nuestra época. El antihumanismo es el resultado final del desarrollo del arte formalista, antirrealista.

El capital monopolista aplasta la cultura democrática, persigue a los escritores, artistas, músicos, cineastas y dramaturgos progresistas y boicotea sus obras. Sólo el apoyo que les prestan los trabajadores y las organizaciones de estos últimos salva a los artistas progresistas y sus obras, no deja que perezcan y que queden desconocidas e inspira el arte realista.

[31] José Ortega y Gasset. *La deshumanización del arte.* En: *Un libro moderno sobre estética. Antología,* ed. en ruso, Moscú, 1957, pág. 450.

En el país del dólar, la literatura de las grandes ideas y sentimientos es desplazada por las publicaciones triviales y novelas de detectives, las imágenes humanas en el cine son desalojadas por las aventuras de los gángsteres, y la moral en el arte está representada por los "comics", que propagan por doquier, como reconoce la opinión mundial, la corrupción de las costumbres.

El arte realista ha sido siempre humanista y democrático, asentándose siempre, en sus fuentes originales, en el arte popular. El arte del realismo socialista, partiendo de las mejores tradiciones del arte popular, por su origen y su esencia va unido indisolublemente a la lucha liberadora de las masas populares por el socialismo, por la dicha y la prosperidad de la humanidad trabajadora. *La Madre*, inolvidable obra literaria de M. Gorki, fundador del realismo socialista, puede considerarse la primera encarnación artística del humanismo socialista. Por algo pertenece precisamente a Gorki la famosa frase: "el Hombre es una palabra que suena orgullosamente".

La literatura, la dramaturgia, la pintura, la escultura y el cine soviéticos centran su atención en el hombre ligado estrechamente a las condiciones de su existencia y desarrollo, la percepción humana del medio ambiente. El *Tinieblas y amanecer* de A. Tolstói; *La derrota y La Joven Guardia* de A. Fadéev; *El Don apacible* y *Campos roturados* de M. Shólojov; *Así se templó el acero* de N. Ostrovski; *Bruski* de F. Panfiórov; *Vasili Tiorkin* de A. Tvardovski y muchas otras obras de la literatura y del arte soviéticos personifican las nobles ideas del humanismo socialista, la idea de la lucha por la libertad y la dicha de los hombres.

La meta sublime del arte en la sociedad socialista es servir al pueblo, a su histórica lucha por nuevos éxitos en la construcción del comunismo. La literatura y el arte del realismo socialista combaten apasionadamente todo lo que le estorba al hombre a llevar una vida pacífica y creadora, a avanzar por el camino del progreso.

La sociedad socialista logra cada año más y más notables éxitos. Ahora bien, el socialismo no es el tope de la historia, sino nada más que la primera fase del comunismo, la base de partida del continuo y majestuoso progreso en todas las esferas de la vida social, en el progreso de la personalidad humana.

Los comunistas jamás han prometido satisfacer de golpe, al pasar al socialismo, todas las necesidades materiales y espirituales de los hombres. El socialismo no puede brindar inmediatamente el bienestar completo e igual a todos los hombres.

El socialismo es inconcebible sin la organización, la disciplina y la exigencia conscientes en el trabajo, sin el más riguroso régimen de economías en la utilización de los valores materiales y recursos de mano de obra.

El humanismo socialista no tiene nada que ver con el liberalismo para con los infractores de los intereses sociales. Apelan al humanismo los holgazanes, los chapuceros, los burócratas, los embaucadores, los calumniadores y los degolladores de toda crítica destituidos de sus cargos. Hasta los delincuentes piden indulgencia a los tribunales en nombre del humanismo. La sociedad no puede crear condiciones para el libre y universal desarrollo de todos los ciudadanos si no pone coto a los actos antisociales de unos u otros individuos.

Las necesidades de fomento de la economía social pueden no coincidir en ciertos casos con los intereses y deseos personales directos de unos u otros ciudadanos. Por ejemplo, el perfeccionamiento y el abaratamiento del aparato administrativo suscita la necesidad de despedir y transferir una parte de trabajadores, a veces bajándoles de cargo. El exigir que se satisfagan las pretensiones de un individuo, infundadas o incumplibles, en unas condiciones determinadas significa abusar de los altos principios del humanismo socialista.

El socialismo no conoce antagonismos entre clases, pero persisten en él ciertas contradicciones entre el individuo y la sociedad. Por cuanto esta última no está todavía en condiciones de satisfacer todas las demandas de cada individuo, impone ciertas normas restrictivas a la distribución de bienes materiales y espirituales.

En la sociedad soviética, esta contradicción entre los intereses individuales y los sociales se ha visto agravada por el atraso económico del país, por las secuelas de las devastadoras guerras, por el hostil cerco capitalista, que suscitaban la necesidad de invertir muchos recursos en el fortalecimiento de la capacidad de defensa del país. De ahí se desprendían ciertas restricciones en la satisfacción de las necesidades personales de los ciudadanos, ciertas dificultades en el suministro de víveres, artículos industriales y viviendas, así como en los servicios sociales y culturales a la población. A medida que se desarrolla la base material y técnica del comunismo y merced al progreso de la economía socialista se borran las contradicciones existentes entre el individuo y la sociedad, ya que los intereses personales de los ciudadanos coinciden en lo fundamental con los de la sociedad socialista.

En la sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción rige la regla: "cada cual por sí, y sólo Dios por todos". La consigna de la competencia burguesa es: "que se vaya al diablo el rezagado". Esa sociedad desgarrada por la enemistad entre los propietarios ha engendrado esa expresión terrible y, a la vez, humillante para el hombre: "el hombre es un lobo para el hombre".

De suyo se entiende que en tal sociedad progresa la solidaridad de los trabajadores en su lucha común contra el yugo capitalista. Pero la esencia de las relaciones económicas y políticas de la sociedad capitalista lleva al antagonismo, a la hostilidad entre las clases fundamentales de la sociedad, a la competencia encarnizada dentro de la sociedad, a choques entre Estados.

En la sociedad socialista, en la que se ha afirmado la propiedad social sobre los medios de producción, rige otra moral: "Todos para uno y uno para todos".

En la etapa actual, la sociedad soviética no ha logrado todavía la completa igualdad social de todos los hombres. Como ha mostrado la experiencia, el avance hacia la completa homogeneidad social es un proceso bastante largo. No menos difícil, contradictorio y largo es el proceso de transformación de la naturaleza del hombre, plasmada a lo largo de muchos milenios. Eso resulta tanto más difícil si se tiene en cuenta que, en la sociedad socialista, no se trata ya de transformar la naturaleza de un solo hombre, sino de millones de trabajadores, y esa transformación se efectúa en dura lucha contra los enemigos del comunismo y del auténtico humanismo.

No obstante, en los años de Poder de los Soviets, en la URSS se ha formado una nueva generación con una nueva fisonomía espiritual, con firmes convicciones comunistas, una generación que estructura sus relaciones sociales y personales sobre los principios del humanismo socialista. En el país del socialismo, el hombre no es un rival, no es un enemigo del hombre, sino su compañero, amigo y hermano.

Por supuesto, la sociedad socialista se ve forzada todavía a llamar al orden a unos u otros individuos o grupos de individuos que infringen la legalidad socialista. Pero la esencia de las relaciones socioeconómicas conduce objetivamente a la reducción de tales casos y a la consolidación de la unidad moral y política del pueblo.

El devenir y el progreso del socialismo es, a la vez, la afirmación de los principios del humanismo en la vida social. No es un proceso fácil y suave, sino complejo y contradictorio. La cons-

trucción de nuevas relaciones humanas y la formación de nuevas costumbres y normas no pueden eludir dificultades y conflictos.

El humanismo socialista exige que se preste la máxima atención a los hombres, que se satisfagan lo más plenamente posible sus demandas en todo lo que permiten las condiciones materiales y culturales de desarrollo de la sociedad. Eso no significa que en la vida práctica de la sociedad socialista no se registren infracciones de estas exigencias del humanismo. La actitud despreocupada que mantienen ciertos dirigentes de organismos de planificación y gestión de la economía, de organizaciones de los Soviets y los sindicatos, en cuanto a las necesidades de la población, ha creado muchas dificultades y suscitado muchas privaciones en la vida de los hombres. Por ejemplo, el incumplimiento de los planes de construcción de viviendas vulneraba los intereses más vitales de la población.

El socialismo ha modificado cardinalmente el ser y la conciencia sociales de las masas populares. Pero sería una ilusión pensar que en la sociedad soviética todos son ya conscientes y activos participantes de las grandes transformaciones, que todos poseen ya una formación cultural y técnica suficiente para nuestra época. No se puede por menos de ver que en la sociedad soviética existen todavía no pocos hombres pasivos, atrasados, llenos de prejuicios del pasado, que se interesan poco por los asuntos sociales y la vida cultural de la sociedad. No han desaparecido aún del todo los parásitos y los elementos antisociales, portadores de ideas y costumbres ajenas.

Los problemas del humanismo son problemas de educación y de lucha que se refieren tanto a los dirigentes como a las masas. El depurar las relaciones personales y sociales de las supervivencias de costumbres burguesas, la resuelta superación de todas las manifestaciones de burocracia y actitud indiferente hacia el hombre constituyen una labor de gran responsabilidad de las organizaciones del partido, de los sindicatos, del Komsomol, de todo el frente ideológico. En la lucha contra el individualismo burgués y el egoísmo es particularmente valioso el papel de la juventud de vanguardia, de los komsomoles, llamados a servir de ejemplo en el trabajo y la vida de toda la joven generación.

El desarrollo espiritual del individuo es inconcebible sin una concepción científica del mundo y sin un firme convencimiento ideológico. Precisamente la filosofía marxista-leninista le imprime al hombre la orientación revolucionaria de sus concepciones de la vida, la fe en la poderosa fuerza de la razón en el porvenir luminoso de la humanidad.

El concepto comunista del deber obliga a basar la conducta en los principios del colectivismo y de la ayuda mutua de camaradas, de amistad y colaboración de los hombres de todas las naciones. La fidelidad al pueblo, la fidelidad a la causa del comunismo, el internacionalismo de convicción y el caluroso patriotismo soviético, la intransigencia para con los enemigos de la patria socialista son los imperativos supremos del deber moral de todos los trabajadores de la sociedad socialista.

EL SOCIALISMO Y LA DEMOCRACIA

El desarrollo de la sociedad socialista asegura el invariable ascenso del nivel de vida material y cultural de los trabajadores y el despliegue más y más amplio de la democracia soviética. Los magnos derechos y libertades democráticos de los trabajadores, refrendados en la Constitución de la URSS, no son una declaración de lo que habrá en el porvenir, sino una expresión de lo que ya existe en la realidad viva.

El desarrollo universal de la democracia socialista es el resultado lógico de la victoria del socialismo, es la expresión de la esencia económica y política del régimen socialista. El socialismo y la democracia son inseparables, ya que la construcción del socialismo es obra de las masas trabajadoras, libres de toda explotación, de la opresión política y económica. La democracia socialista sirve de importante instrumento de fomento de la iniciativa y la actividad de los trabajadores en la construcción del comunismo. La democracia socialista incorpora a las más vastas masas a la vida política, las educa en su propia experiencia política y asegura la participación práctica general de los trabajadores en todas las esferas de la vida social: económica, política y cultural.

El régimen económico de la sociedad y la democracia

La organización política de toda sociedad es expresión de su estructura económica y de sus relaciones de producción. La clase que domina en la producción, es decir, que posee los medios fun-

damentales de producción y manda en la sociedad, forma el poder político y lo adapta a la defensa de las relaciones de producción que le convienen.

La democracia es una forma de organización del Estado. El carácter de la democracia depende, al fin y al cabo, del tipo de las relaciones de producción que rigen en la sociedad. La esencia social, las formas y el marco de la democracia dependen de qué clase es la que domina en la producción y de qué lugar ocupan en ella las masas trabajadoras.

Al caracterizar las bases económicas de la democracia, Lenin señalaba: "Toda democracia, lo mismo que toda superestructura política en general (inevitable mientras no se ha culminado la extinción de las clases, mientras no se ha creado la sociedad sin clases), sirve, en última instancia, a la producción, y está determinada, en última instancia, por las relaciones de producción de la sociedad dada"[1].

La restricción y el aplastamiento de la democracia en las formaciones presocialistas, desde que ha surgido el poder del Estado, han respondido siempre a los intereses de las clases explotadoras, dominantes en la producción. El desarrollo universal de la democracia en la sociedad socialista viene determinado por los intereses de fomento y consolidación del régimen social y político socialista, de las relaciones de producción socialistas.

Literalmente, democracia quiere decir poder del pueblo. Pero, en todas las formaciones sociales antagónicas, el pueblo –las masas trabajadoras– ha estado apartado del poder y oprimido. El poder se encuentra en manos de la minoría de la sociedad, en manos de las clases explotadoras.

La historia muestra que la verdadera igualdad y la auténtica libertad son imposibles mientras no se ha acabado con la posibilidad de que una clase explote a otra. Tanto en la sociedad esclavista como en la feudal, los trabajadores estaban privados de derechos y se hallaban bajo el yugo de la explotación. El poder político ayudaba a los esclavistas y los señores feudales a mantener sometidos por la violencia a las masas explotadas.

La sociedad burguesa se basa en la explotación de obreros asalariados personalmente independientes, privados de medios de producción y forzados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas. La expresión política de las relaciones de producción burguesas es la igualdad formal de los ciudadanos ante la ley, eli-

---

[1] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 42, pág. 276.

minándose, en la práctica, a los trabajadores de la administración del país. La burguesía califica de democracia su derecho a la propiedad privada sobre los medios de producción, su libertad a explotar implacablemente a los trabajadores. Y la lucha de estos últimos para suprimir la explotación y la opresión capitalistas es, según el criterio de la burguesía, un "aplastamiento de la libertad", una vulneración de la democracia.

La democracia burguesa surgió históricamente en lucha contra el feudalismo y la contrarrevolución extranjera empeñada en eliminar las conquistas del pueblo, surgió como resultado de las revoluciones burguesas y de guerras de liberación nacional de los siglos XVII-XIX.

De dirigir la mirada a esas épocas saltará a la vista el que la burguesía llegó entonces al poder valiéndose de consignas democráticas para atraer la mayoría de la población a la lucha contra los señores feudales y contra las fuerzas extranjeras que querían restaurar la dominación de la aristocracia. En dicha etapa, la democracia burguesa no reveló aún todos sus aspectos. A la sazón sólo se llegó a ver que la democracia burguesa podía atraer a considerables capas del pueblo bajo la bandera de las consignas democráticas de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero muy pronto, en cuanto la burguesía se afianzó en el poder, la democracia burguesa reveló su otro aspecto, es decir, mostró que era una forma de dominación de la minoría explotadora sobre las masas trabajadoras, las que constituían la mayoría enorme de la población.

De este modo, desde el comienzo mismo se hicieron patentes las profundas contradicciones de la democracia burguesa. Eso responde a la naturaleza clasista de dicha democracia, ya que en todas las condiciones históricas es democracia de la minoría explotadora dominante, es una expresión de la dictadura de la burguesía. La ampliación formal de los derechos burgueses observada a lo largo de los siglos XIX-XX no niega en absoluto la idea de que la democracia burguesa sea una forma de dominación de la minoría sobre la mayoría.

La democracia burguesa, en comparación con el orden de cosas feudal, significó un gran progreso histórico en la organización política de la sociedad, pero su incurable llaga consiste en que la desgarra la profunda contradicción entre las declaraciones acerca de la igualdad de todos los hombres y la efectiva desigualdad reinante bajo el capitalismo. ¿Qué igualdad puede haber entre los ricos y los pobres, entre los capitalistas y los obreros, entre los explotadores y los trabajadores? Precisamente así se explica el

que en la democracia burguesa haya tantas cosas falsas, espectaculares y formales.

La democracia burguesa es, en medida considerable, una democracia de opereta. Tiene muchas decoraciones suntuosas, está adornada con ricos rótulos, ostenta mucha chuchería. ¡Cómo se deleitan los adeptos a la democracia burguesa con los interminables debates en los parlamentos, cómo pintarrajean las bellezas del sistema multipartido, cómo se entusiasman con las maquinaciones electorales! Sin embargo, la democracia burguesa no le da al pueblo lo principal: el derecho a resolver los problemas cardinales de la vida económica y política, el derecho a disponer de sus destinos.

Al regir la democracia burguesa, la política interior y exterior del Estado no se halla en manos de millones de trabajadores, sino en las de un puñado de millonarios y multimillonarios, amos de los principales medios de producción, principales fuentes y resortes de la producción de bienes materiales y culturales. Cambian las formas y los procedimientos de gobierno, se suceden los partidos gobernantes, pero el poder del saco de oro sigue siendo bajo el capitalismo el más fuerte de todos los poderes.

Debemos decir bien claramente que la democracia burguesa no tiene perspectivas de desarrollo. Está agotando sus posibilidades. El tope, al que podía llegar la democracia burguesa, lo ha rebasado ya y ahora está experimentando una crisis.

En el período del capitalismo premonopolista, la democracia burguesa, aunque en forma cercenada y restringida, ofrecía a los trabajadores ciertos derechos y libertades democráticos, pero el imperialismo significa el viraje hacia la reacción, hacia el incremento de la opresión política. En los países imperialistas, la fuerza dominante está integrada por los monopolios capitalistas. En los EE.UU., 250 consorcios gigantescos tienen en sus manos cerca de dos tercios de todo el potencial de producción del país. A la dominación de los monopolios capitalistas en la vida económica se suma la omnipotencia de los mismos en la política. Los monopolios someten a su control el aparato estatal y reducen a la nada la democracia parlamentaria, recurren abierta u ocultamente a los métodos terroristas de dominación.

El reforzamiento de la reacción imperialista en el dominio político se manifiesta en el crecimiento gigantesco de la camarilla militar y del aparato burocrático, en la vulneración y la liquidación de los derechos de las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores, en la persecución de los participantes en el movimiento democrático, en la agravación del yugo nacional, etc.

En el período del capitalismo ascendente, la burguesía era el abanderado de la democracia y la independencia nacional, pero bajo el imperialismo es la iniciadora de la liquidación de las libertades democráticas y de la igualdad nacional.

La burguesía monopolista, hostil por su naturaleza a todos los principios democráticos y forzada a tolerar unas que otras formas de democracia burguesa, trata de reducirlas al extremo de la degradación, del fraude político y del aventurerismo. La dominación de los monopolios capitalistas, que expresa la esencia económica del imperialismo, se contradice con una democracia auténtica. El imperialismo y la democracia son incompatibles. La base fundamental de la democracia son los trabajadores. Si las masas populares no ofreciesen una resistencia enérgica a la política reaccionaria de la burguesía imperialista y no luchasen por el mantenimiento de las libertades democráticas burguesas, en todos los países capitalistas reinaría ya un régimen completamente terrorista. Las masas populares, bajo la dirección de la clase obrera y su vanguardia –los comunistas–, defienden los derechos democráticos como medio indispensable de lucha contra la ofensiva del capital sobre el nivel de vida de los trabajadores, de lucha por la paz entre los pueblos. El abanderado de la democracia es la clase obrera, la clase más avanzada y más revolucionaria de la sociedad.

Es diametralmente opuesta a la democracia burguesa la democracia socialista, que cuenta con riquísimas e ilimitadas posibilidades de progreso. Ha surgido como forma de dominación política de la mayoría de la población, como forma de aplastamiento de la minoría explotadora, como forma de afirmación de nuevas relaciones socialistas. Tal es la línea general del desarrollo de la democracia socialista.

La principal condición política de la auténtica democracia para los trabajadores es la destrucción del Estado burgués, máquina de opresión de las masas populares, y la creación del Estado proletario, la instauración de la dictadura de la clase obrera. "... El Poder soviético –señalaba Lenin– no es otra cosa que la forma de organización de la dictadura del proletariado, de la dictadura de la clase de vanguardia, que eleva a una nueva democracia y a la participación efectiva en el gobierno del Estado a decenas y decenas de millones de trabajadores y explotados, los cuales aprenden en su misma experiencia a considerar como su jefe más seguro a la vanguardia disciplinada y consciente del proletariado"[2].

---

[2] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 36, pág. 196.

La base económica de la Unión Soviética consta del sistema económico socialista y la propiedad socialista sobre los medios de producción, mientras que su base política son los Soviets de diputados de los trabajadores, instaurados merced al derrocamiento del poder de los terratenientes y capitalistas y la conquista de la dictadura de la clase obrera. En el País de los Soviets todo el poder pertenece a los trabajadores de la ciudad y del campo, personificado por los Soviets de diputados de los trabajadores. Los Soviets han sido engendrados por la obra revolucionaria del pueblo; han nacido de la lucha de las masas por la libertad y contra la opresión política y económica.

Los parlamentos burgueses son instituciones ajenas a los trabajadores y hostiles a los intereses de éstos. Por lo que se refiere a los Soviets, los trabajadores los consideran con razón órganos de poder suyos, afines a sus intereses. Los Soviets incorporan a las grandes capas del pueblo a la participación permanente y, además, decisiva en la gobernación del Estado.

A lo largo de todo el período de su existencia, la democracia socialista se ha desarrollado y perfeccionado, ampliándose la masa del pueblo a la que sirve. Al propio tiempo se estrechó el círculo de la minoría contra la que iba dirigida desde el comienzo mismo.

En efecto, cuando surgió y se afianzó la democracia socialista, tenía que hacer frente a los restos de las clases explotadoras, es decir, los terratenientes, capitalistas y kulaks. Después de liquidarse la última clase explotadora –los kulaks–, la democracia soviética dejó de ser democracia de la mayoría trabajadora para devenir democracia de todo el pueblo. Los elementos que pueden calificarse ahora como objeto de aplastamiento por el pueblo soviético unido moral y políticamente, ya no forman grupos sociales especiales, como ocurría en los primeros años de Poder de los Soviets, en los primeros años de desarrollo de la democracia socialista, son ya casos individuales que infringen las leyes del Estado socialista: malversadores de bienes públicos, especuladores, gamberros, delincuentes, aprovechados, así como espías, saboteadores, etc. El número de delitos y de delincuentes que deben ser refrenados y castigados es cada vez menor. La existencia de tales elementos se debe a la existencia de reminiscencias del capitalismo en la conciencia de los hombres, como igualmente a la influencia de la ideología burguesa y la actividad de los servicios de información extranjeros. Pero sabemos que las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres no son eternas. A medida que se superan estas supervivencias disminuirá el número de ele-

mentos para los que hay que recurrir a la coerción, y eso significa que va llegando la época en que no habrá más grupos de población que deban ser reprimidos.

Trátase de una ley objetiva general del desarrollo de la democracia socialista: la ampliación, el gigantesco crecimiento de la masa popular que se incorpora a la democracia socialista. Con la victoria completa y definitiva del socialismo, el Estado de la dictadura del proletariado se convierte en Estado de todo el pueblo. En la sociedad socialista desarrollada, la democracia se erige en democracia de todo el pueblo.

En los países del capitalismo se observa un cuadro inverso. La democracia burguesa se reduce más y más a la dominación de un restringido grupo de personas: los magnates del capital financiero. Se agrava la lucha de la inmensa masa de la población oprimida contra este grupo explotador y dominante cada vez más reducido. Se agravan las contradicciones entre la masa explotada de la población y la cúspide de la sociedad capitalista.

La auténtica democracia sólo es posible en el socialismo. En la sociedad socialista no existe la propiedad privada sobre los medios de producción, no existen clases explotadoras que sujeten bajo su dependencia económica y política a los trabajadores. Las relaciones de producción socialistas tienen por base la propiedad social sobre los medios de producción y descartan la explotación del hombre por el hombre. Las relaciones de producción del socialismo sirven de base económica para el desarrollo universal de la democracia, de una democracia de nuevo tipo, de tipo superior, de la democracia socialista, que ofrece en realidad los derechos y libertades democráticos a los ciudadanos y que no conoce restricciones, exenciones o reservas en lo tocante a una u otra parte de los trabajadores. La democracia socialista expresa las relaciones de colaboración de camaradas y de ayuda mutua reinantes en la producción y la libertad e igualdad de los trabajadores, dimanantes de las relaciones de producción socialistas. Toda la historia, toda la experiencia política de la sociedad socialista prueban incontrovertiblemente que el estar libre de la explotación es la base de todas las demás libertades y derechos democráticos.

En la sociedad socialista no hay clases antagónicas. Todos los grupos sociales –obreros, campesinos e intelectuales– gozan de iguales derechos en la vida económica y política del país. El principio rector del socialismo es: "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según su trabajo". En la sociedad socialista, todos los

ciudadanos gozan de libertades democráticas y son iguales en derechos. Tan sólo en la sociedad socialista, donde el soberano es el trabajo, las masas trabajadoras disfrutan de la libertad efectiva, y no formal.

En la sociedad antagónica, donde las masas están agobiadas por el yugo de la explotación, las más hermosas declaraciones acerca de los derechos y la libertad quedan en el papel. Bajo el capitalismo, donde el objeto de la producción es la ganancia lograda mediante la explotación de los trabajadores, no puede haber trabajo libre, ni seguridad contra el desempleo, ni derecho a la remuneración según el trabajo, ni derecho a condiciones humanas de existencia para los trabajadores.

Los magnos derechos de los ciudadanos, como el derecho al trabajo, al descanso, a la instrucción y al mantenimiento material en la vejez, así como en caso de enfermedad y de pérdida de la capacidad de trabajar, refrendados en la Constitución Soviética, vienen asegurados efectivamente por todo el sistema económiço socialista, por el hecho de que el objeto de la producción en la sociedad socialista no es la ganancia, sino la satisfacción de las necesidades materiales y culturales del pueblo.

El progreso de las relaciones de producción socialistas condiciona el continuo florecimiento de la democracia socialista. En el período de transición del capitalismo al socialismo, cuando en la sociedad soviética aún había elementos capitalistas, cuando en el agro predominaba la pequeña producción mercantil, la democracia no podía ser desarrollada y consecuente hasta el fin. Regían entonces ciertas restricciones del derecho electoral para los elementos que no vivían de su trabajo personal. Las elecciones no eran del todo iguales, ya que se fijaban normas distintas para la población urbana y la rural. Las elecciones no eran directas: los organismos superiores y medios se elegían en los congresos de delegados de organismos inferiores de los Soviets. En las elecciones regía la votación abierta. Incluso entonces, la democracia de la URSS, en oposición a la democracia burguesa, expresaba los intereses de la mayoría de la sociedad. Al liquidarse los elementos capitalistas y al colectivizarse la economía agropecuaria, al triunfar las relaciones de producción socialistas tanto en la ciudad como en el campo, se produjo un viraje en la vida política del país, se democratizó completamente el sistema electoral. Después de adoptarse la nueva Constitución de la URSS, las elecciones a todos los Soviets de diputados de los trabajadores se efectúan sobre la base del sufragio universal, igual y directo, mediante votación secreta. El régimen socialista asegura las elecciones efec-

tivamente libres y efectivamente democráticas, la libre expresión de la voluntad del pueblo, la posibilidad real para que cada elector pueda ejercer su derecho electoral.

Sobre la base del continuo fortalecimiento del sistema económico socialista y la elevación del nivel cultural de las masas crece la actividad política de las mismas. La democracia soviética, lo mismo que toda la superestructura política, coadyuva al fortalecimiento y al progreso de la base socialista. La democracia burguesa consagra y defiende la propiedad capitalista privada, mientras que la democracia soviética defiende la inviolabilidad de la propiedad social socialista. Los Soviets, que han despertado la energía propia y creadora de las grandes masas, son un poderoso instrumento político de construcción del comunismo, instrumento llamado a proteger y multiplicar la propiedad social, base inquebrantable del régimen socialista, a desarrollar y perfeccionar la producción y la cultura socialistas, a proteger el trabajo pacífico del pueblo soviético contra las provocaciones del imperialismo.

El carácter auténticamente popular de la democracia socialista

En todas las sociedades antagónicas, la democracia ha sido patrimonio de las clases pudientes, de la minoría de la sociedad. Las masas populares se eliminaban directa o indirectamente de la solución de los problemas sociopolíticos. Por tanto, en la vida de la sociedad antagónica existía una flagrante contradicción entre el papel decisivo de las masas populares, en tanto que creadoras de bienes materiales y culturales, verdaderas artífices de la historia, y la opresión económica de las mismas, al igual que su carencia de derechos en el Estado.

A fin de justificar tal disparidad, los ideólogos de las clases pudientes inventaron la infame teoría acerca de que sólo las clases explotadoras pueden dirigir la sociedad, la economía y la política. Sirven a los mismos fines las invenciones reaccionarias acerca de los "héroes" y la "multitud", acerca del papel creador de las "personalidades selectas" y de la rutina y la pasividad de las masas.

El marxismo-leninismo destrozó esas teorías reaccionarias acerca de la incapacidad de las masas de hacer la historia, encendió en los corazones de los trabajadores la fe en sus propias fuer-

zas, en la posibilidad de construir la vida social sin explotadores, en beneficio de los trabajadores. Bajo la dirección del Partido Comunista, los trabajadores de la Unión Soviética han hecho realidad esa obra de alcance histórico universal.

Por vez primera en la historia, el socialismo ha brindado a las masas la posibilidad de manifestar todas sus fuerzas, aptitudes y talento en la actividad económica, cultural y política. Las masas populares ocupan en la sociedad socialista su digno lugar de auténticos constructores de la nueva sociedad, de artífices activos y conscientes de la historia.

En el pasado, los trabajadores creaban bienes materiales, mientras que la dirección del Estado corría a cargo de las cumbres pudientes de la sociedad. En oposición a la sociedad en que dominan las clases explotadoras y la actividad sociopolítica es privilegio de la minoría, el socialismo se construye con la participación de toda la población trabajadora y se apoya en la experiencia colectiva de todo el pueblo.

La sociedad socialista construida en la URSS es obra de las masas populares, es fruto de la viva creación de las mismas. Tanto la edificación económica como la solución de los problemas políticos es obra de millones y millones de hombres. El papel orientador del Partido Comunista –fuerza rectora del pueblo soviético en la construcción de la sociedad comunista– viene condicionado por el hecho de que su política y su labor organizadora se asientan en la experiencia y la energía de las masas, en el conocimiento de las leyes objetivas de la historia.

Hace más de medio siglo, en lo más álgido de la primera revolución rusa, Lenin escribía que los millones y las decenas de millones de trabajadores constituían la flor del país, su fuerza y su porvenir. Emancipadas por el Poder de los Soviets, elevadas a la obra comunista, las masas trabajadoras tienden nuevos caminos en la historia.

La democracia soviética es una encarnación viva de la doctrina marxista-leninista de que no son unas u otras personalidades ni las cumbres de la sociedad, sino las masas populares las que deciden los destinos de la historia, de que la política debe ser la expresión de los intereses cardinales y de la voluntad de los millones. El carácter popular de la democracia soviética no consiste sólo en que todos los ciudadanos toman parte activa en las elecciones de los organismos de poder, sino, ante todo, en que el régimen social y político soviético expresa los intereses del pueblo, en que todo el pueblo soviético toma parte activa y decisiva a diario en la dirección del Estado.

En los países burgueses, la política del Gobierno corre a cargo de un puñado de monopolistas en beneficio del máximo aumento de las ganancias de estos últimos. Las clases pudientes ejercen una desvergonzada presión económica y política en los electores, se valen del soborno, del chantaje y del fraude para llevar a sus testaferros a los organismos legislativos y dificultan o cierran del todo el acceso de los representantes del pueblo a dichos organismos.

En la sociedad soviética, en la que no hay clases explotadoras, los diputados a los organismos de poder son auténticos representantes del pueblo, son servidores del mismo. La sociedad soviética es una sociedad de colaboración amistosa de la clase obrera, el campesinado y los intelectuales. La unidad sociopolítica e ideológica de la sociedad soviética es la expresión máxima de la indestructible alianza de la clase obrera y el campesinado koljosiano; esta alianza es la base del crecimiento de la fuerza y del poderío del Estado socialista, es el baluarte inquebrantable de la democracia soviética.

En los países burgueses, los millones de trabajadores de las naciones oprimidas están privados directa o indirectamente de los derechos democráticos. En los EE.UU., donde tanto se agita la bandera de democracia, impera la discriminación racial: los negros, los indios y otros pueblos son víctimas de la opresión nacional, están sumidos en la miseria y carecen de derechos políticos.

Bajo el embate del movimiento de liberación nacional, que se apoya en el creciente poderío de las fuerzas del socialismo y del progreso, se ha desmoronado el sistema colonial del imperialismo. Pero los imperialistas no serían imperialistas si tomasen el camino del mejoramiento de la situación en que viven los pueblos de los países emancipados. El cacareado programa de ayuda a los países subdesarrollados, proclamado por los gobernantes norteamericanos, tenía como objeto la mayor esclavización de los países dependientes, la consolidación de las posiciones que ocupan en ellos los monopolistas y los militares estadounidenses.

Llevados de su afán de lograr la ganancia máxima, los monopolistas norteamericanos refuerzan la explotación y el saqueo tanto de los países atrasados como de los países capitalistas adelantados, penetran en su economía a fin de convertirlos en países dependientes.

La lucha de los monopolistas de los EE.UU. por la dominación mundial se expresa tanto en el deseo de apoderarse de las fuentes de materias primas y los mercados de venta como en el de someter a su control la economía de otros países y acabar con

la independencia política y la soberanía nacional de los mismos. El agresivo Bloque Atlántico, al igual que las demás agrupaciones de Estados capitalistas enfiladas contra el campo de la paz y la democracia, sirven en las manos de los medios más reaccionarios del imperialismo de arma para estrangular la libertad y la independencia de los pueblos, incluidos los de los países que forman parte de dichas agrupaciones. Todo eso viene a ser una negación completa de la democracia en la esfera de las relaciones nacionales.

La historia muestra que el desencadenar la guerra ha estado siempre ligado al incremento de la reacción interna y al aplastamiento de la democracia. Como se sabe, en Alemania y otros Estados fascistas, los incendiarios de guerra, al prepararse para la agresión, comenzaban por el aplastamiento de las fuerzas democráticas y la implantación de métodos terroristas de dominación. Hoy, la reacción imperialista, empeñada en desencadenar una nueva guerra, procura también acabar con las fuerzas democráticas y poner fin a los derechos democráticos de los pueblos.

Por otra parte, la experiencia muestra incontrovertiblemente que la política de paz cuenta con la voluntad de los pueblos y la fuerza del movimiento democrático. En la conciencia de las masas populares, la defensa de la paz se relaciona justamente con la lucha por los derechos y las libertades democráticos pisoteados por los incendiarios imperialistas de la guerra. En todos los países capitalistas crece la resistencia de los pueblos frente a la ofensiva desplegada por la reacción sobre las libertades democráticas y los derechos vitales de los trabajadores, sobre la soberanía y la independencia nacional.

La política exterior de paz de la Unión Soviética, que responde a los intereses vitales de los trabajadores del País de los Soviets y de todos los pueblos del mundo, es una prueba viva de que el régimen soviético es un régimen auténticamente popular. La bandera de la paz y la amistad con todos los pueblos es una bandera sagrada de los soviéticos. El pueblo soviético respeta los intereses, los derechos y la independencia de los pueblos de los otros países y propugna el máximo fomento de los vínculos económicos y las relaciones de amistad con todos los países en pie de igualdad y de colaboración recíprocamente ventajosa. Las relaciones entre la Unión Soviética y los demás países socialistas constituyen un tipo nuevo de relaciones entre Estados, de relaciones basadas en la colaboración internacional libre, voluntaria y recíprocamente provechosa.

El socialismo ha proclamado y puesto en práctica principios nuevos, consecuentemente democráticos, de relaciones entre las naciones. El régimen social y estatal soviético es un modelo de comunidad fraternal de trabajadores de naciones socialistas. Su igualdad de derechos viene refrendada en la Constitución de la URSS y garantizada por todo el régimen económico y político del socialismo. Los trabajadores aprecian la amistad y la confianza mutua de los pueblos como un gran bien, como la garantía de su progreso económico y cultural conjunto, de su libertad e independencia.

En los países burgueses, las mujeres se hallan en una situación humillada, de desigualdad de derechos. Carecen de posibilidad en absoluto o casi en absoluto de participar en la vida política. En realidad, en ningún país capitalista se paga igual por trabajo igual. Según datos del Comité de los congresos industriales, en 25 ramas de la industria transformativa de los EE.UU. el salario medio de las mujeres es en un 32% inferior al de los hombres. En el Canadá, el trabajo de las mujeres se paga en un 45% menos que el de los hombres. En Inglaterra, el salario de la mujer sólo llega a cerca de la mitad del salario del hombre.

La aceleración del ritmo de progreso histórico en la sociedad socialista va ligada en medida considerable a la incorporación de la mujer a la actividad creadora. La concesión a la mujer de derechos iguales a los que tienen los hombres en todas las esferas de la vida política, económica y cultural multiplica las fuerzas del pueblo soviético.

El que, en los países capitalistas, la mayoría de la población se vea apartada de la política conduce a la creciente reducción de la participación de los electores en las elecciones parlamentarias.

Muy otro es el panorama que ofrece la actividad de los electores en el País de los Soviets. En las elecciones al Soviet Supremo de la URSS en 1937 tomó parte el 96,80% de los electores; en 1946, el 99,70%; en 1950, el 99,98%, y en 1974, el 99,98%. Idéntica actividad se registra en las elecciones a los Soviets Supremos de las repúblicas federadas y a los Soviets locales de diputados de los trabajadores.

En la sociedad socialista, la democracia ha adquirido un carácter auténticamente popular y general. Todos los ciudadanos de la URSS gozan de plenos derechos y libertades democráticos y se valen de ellos.

La democracia socialista es una forma de fomento de la actividad de las masas en la construcción del comunismo

La democracia socialista ayuda fructíferamente a consolidar la base socialista, a impulsar las fuerzas productivas y a aumentar las riquezas materiales y culturales de la sociedad. Su misión es incorporar toda la masa de la población a la lucha activa y consciente por la creación de las premisas materiales y culturales para el comunismo, por la creación más rápida posible de la abundancia de bienes de uso y consumo en el país.

El leninismo enseña que el avance de la sociedad hacia el comunismo sólo es posible al fortalecerse por todos los medios el Estado socialista y desplegarse la democracia, como forma política del mismo. En la sociedad socialista, la superestructura es una gran fuerza activa, que ayuda a fortalecer y desarrollar la base socialista, contribuye al poderoso crecimiento de la producción. En la sociedad socialista, la influencia de la superestructura en el progreso de las fuerzas productivas se distingue en principio de lo que se observa en la sociedad burguesa.

En los países capitalistas contemporáneos, el poder político, que defiende las caducas relaciones de producción, no puede coadyuvar al crecimiento de la producción en beneficio de los trabajadores. Estimula el febril despliegue de la industria bélica. El capitalismo contemporáneo aumenta la masa de los instrumentos de producción que se necesitan para fabricar armas. No se puede olvidar que, bajo la dominación de los monopolios, los capitalistas procuran sacar la ganancia máxima, monopolista, mediante el recrudecimiento de la explotación de los trabajadores, el alza de los precios de las mercancías que producen las agrupaciones monopolistas, el saqueo y el sojuzgamiento de los pueblos de otros países, mediante la militarización de la economía y con ayuda de guerras anexionistas. El Estado burgués es en manos de los monopolistas un instrumento político de que éstos se valen para lograr tales objetivos.

En la sociedad socialista, donde las relaciones de producción corresponden al carácter de las fuerzas productivas y ofrecen un campo libre para el continuo crecimiento de las mismas, la superestructura política, que contribuye al fortalecimiento de las relaciones de producción, puede y debe concurrir al poderoso crecimiento de las fuerzas productivas. Las relaciones de producción socialistas son el móvil principal del continuo progreso de las

fuerzas productivas, mientras que la superestructura de la sociedad socialista ayuda activamente a su base en la solución de este problema. Así se explica la gran significación del Estado socialista y de la democracia soviética en el avance de la sociedad hacia el comunismo.

El objetivo del continuo crecimiento de la producción socialista es el incesante mejoramiento del nivel de vida del pueblo soviético. Las propias masas populares, la principal fuerza productiva de la sociedad, están vitalmente interesadas en el continuo progreso de la producción social. El desarrollo de la democracia socialista, la mayor activación de todas las organizaciones estatales y sociales de los trabajadores, la elevación de la actividad laboral y política de todos los ciudadanos soviéticos contribuyen al crecimiento de la producción socialista y al fortalecimiento de las relaciones de producción socialistas.

Las masas trabajadoras han sido siempre la principal fuerza de la producción. Pero, bajo la dominación de los explotadores, el progreso de la producción se apoya ya bien en la brutal coacción en el trabajo, en la disciplina del garrote, como ocurría en la esclavitud y bajo el feudalismo, ya en la "disciplina" del hambre, como ocurre en la sociedad burguesa, en la sociedad de la esclavitud asalariada. El régimen de la explotación aplasta la iniciativa, la independencia y la inventiva de las masas, asfixia los talentos y las dotes del pueblo y tiene a las masas alejadas de la dirección de la producción.

En la sociedad socialista se han desplegado formas y métodos auténticamente populares de fomento y perfeccionamiento de la producción, como la emulación socialista de todo el pueblo, el régimen de economías, la lucha por el dominio de la nueva maquinaria, la enseñanza profesional en la ciudad y los estudios agrotécnicos en el campo, el movimiento masivo de los racionalizadores e inventores, la colaboración de los trabajadores de la ciencia y la producción, el apadrinamiento de las empresas agrícolas por las de la ciudad, el movimiento pro trabajo comunista, etc.

En la sociedad burguesa, la emulación se reduce a la rivalidad rapaz en torno a la ganancia, a la enconada competencia en aras de intereses particulares. En la sociedad socialista, la emulación se ha erigido en método democrático de educación laboral y de fomento de la productividad del trabajo en beneficio de toda la sociedad.

Lenin, además de denunciar la esencia antihumana de la competencia, "forma especial de emulación inherente a la sociedad

capitalista"[3], mostró la gran significación social de la emulación en la época de la construcción del socialismo y del comunismo, determinó su esencia y argumentó las leyes objetivas de su desarrollo.

Lenin señalaba que la destrucción del capitalismo y la supresión de la competencia no significan que se descarta la emulación de la vida social, sino, al contrario, desbrozan "el camino a la posibilidad de organizar la emulación en sus formas humanas, y no salvajes", que la "organización de la emulación sobre principios socialistas debe constituir... una de las tareas más importantes y más gratas de la reorganización de la sociedad"[4].

Lenin subrayaba que la competencia en la economía capitalista monopolista significa "el aplastamiento inauditamente feroz del espíritu emprendedor, de la energía, de la iniciativa audaz"[5] de la mayoría gigantesca de la población, mientras que el socialismo, al contrario, por vez primera atrae a la esfera de la emulación a la mayoría efectiva de los trabajadores, poniendo al descubierto la "fuente inagotable" (Lenin) de la iniciativa popular y de talentos del pueblo que el capitalismo ha estado aplastando a millones.

Sólo el desarrollo de la emulación puede elevar a las masas a la participación consciente en la historia y asegurar, en última instancia, en comparación con el capitalismo, una productividad del trabajo más alta y la más alta organización de éste, la construcción y el progreso de las nuevas relaciones sociales.

Los hechos vienen a mostrar que la actividad creadora de las masas ha sido ya en el comienzo mismo de la construcción de la primera fase de la nueva sociedad capaz de hacer milagros, capaz de construir y de anticiparse a fenómenos sociales que constituyen la esencia de la fase final, la esencia de la sociedad comunista madura.

En estas peculiaridades de la emulación socialista residen el origen y la fuente de su fuerza y de su carácter popular. Precisamente por eso ha llegado a ser un método reconocido de construcción del comunismo.

La emulación socialista, en tanto que movimiento de iniciativa de las masas, no tolera el formalismo, la actitud burocrática y estereotipada. El despliegue de la emulación exige que las organizaciones del partido, de los sindicatos y del Komsomol realicen

---

[3] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 36, pág. 150.
[4] Idem, págs. 150-151.
[5] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, pág. 195.

una viva labor política y de organización entre las masas para que ayude a consolidar y a fomentar el entusiasmo laboral de las masas populares y a que la experiencia de los vanguardistas de la producción sea patrimonio de todos los obreros y koljosianos.

Los problemas que plantea la construcción del comunismo se resuelven como problemas de todo el pueblo con los esfuerzos mancomunados de todos los trabajadores de la URSS. Los éxitos de la sociedad soviética de alcance histórico-universal en el fomento de la economía, la técnica, la ciencia y la cultura se han logrado merced a los esfuerzos de las masas populares bajo la dirección del Partido Comunista.

El carácter eficiente de la democracia soviética halla su viva encarnación en el ascenso del nivel cultural del pueblo, en el poderoso despliegue de la edificación cultural. El derecho a la instrucción proclamado por la Constitución Soviética viene garantizado realmente por la enseñanza obligatoria general en las escuelas en el idioma de la población autóctona. Tras de pasar de la enseñanza general primaria a la de ocho grados se efectúa el tránsito de la enseñanza general de ocho grados a la de diez. El paso a la enseñanza general secundaria supone un gigantesco salto en el desarrollo cultural de la sociedad.

Al par que la instrucción general, crece impetuosamente la enseñanza profesional y técnica especial. Millones de personas adquieren preparación profesional en centros de enseñanza superior y media especializada o en escuelas técnicas y profesionales. En las fábricas, los koljoses y los sovjoses se extiende más y más la enseñanza gratuita profesional, técnica y agronómica que abarca a decenas de millones de obreros y koljosianos. Así se logra el crecimiento cultural general de la sociedad, condición indispensable para el tránsito paulatino del socialismo al comunismo.

Los principios de la democracia soviética influyen benéficamente en el progreso de la ciencia, la literatura y el arte. La idea de servir al pueblo inspira a los trabajadores de la ciencia y la cultura a la innovación audaz en la esfera de las investigaciones científicas, en la creación de obras altamente ideológicas en el mundo de la literatura y del arte.

Son expresión de la democracia soviética las discusiones en los distintos dominios de la ciencia, la literatura y el arte. La vasta discusión de los trabajos científicos, de las obras literarias y artísticas aseguran la más plena expresión de la opinión pública, ayuda a los trabajadores de la ciencia y la cultura a elevar el nivel de sus trabajos, a perfeccionar la maestría profesional. Tales discusiones descartan la posibilidad de exagerado ensalzamiento

de las obras por razones de amistad personal, como también la de crítica infundada debida sólo a intereses de ciertos grupos de personas. La aplicación consecuente de los principios de la democracia soviética ofrece la base para la superación de cualquier tendencia a la instauración del monopolio de unos u otros grupos en la ciencia, la literatura y el arte.

En la sociedad socialista, la opinión pública de las masas ha adquirido un peso y prestigio efectivamente decisivos. La democracia soviética encarna toda la fuerza de la opinión popular y ofrece la posibilidad de revelarla correcta y plenamente. La libertad de palabra, de reunión y de mítines, la libertad de prensa y el derecho de los ciudadanos a agruparse en organizaciones sociales sirven al fomento de la actividad política, a la independencia de las masas populares en materia de organización y a la consolidación del régimen socialista.

En los países donde domina el capital, el Parlamento es una pantalla que encubre la omnipotencia de los monopolios capitalistas. Hasta los mismos apologistas del capitalismo se ven forzados de tarde en tarde a reconocer que la política de los Estados burgueses no se forma en los parlamentos. Durante cada sesión de dichos parlamentos millones de palabras se arrojan a los archivos, con la particularidad de que la mayor parte de ese torrente de elocuencia no tiene nada que ver con los problemas pendientes de solución.

Ahora bien, el parlamento burgués no es sólo un corrillo de parlanchines, ya que sirve de instrumento para aplastar la democracia y desplegar la ofensiva sobre los derechos vitales de los trabajadores. Baste recordar la ley antiobrera de Taft-Hartley, que sanciona el trabajo forzoso en los EE.UU., o la ley de McCarran, que dio comienzo a la furibunda persecución de los demócratas y de todos los hombres honrados. Y no fue el Parlamento, sino la indignación popular que refrenó a los matones fascistizantes del tipo de McCarthy.

El cinismo y la venalidad de la prensa burguesa norteamericana y la influencia deletérea de obras reaccionarias de la literatura y del arte norteamericanos son ahora símbolo de la degradación de la democracia y la cultura burguesas. Salvo rara excepción, todos los periódicos y revistas, las editoriales, las compañías de radio y cinematográficas son propiedad de monopolios capitalistas, empeñados en presentar como "opinión pública" los intereses del capitalismo. Los fabricantes de la propaganda norteamericana, llenos de desprecio al pueblo y la verdad, de cinismo y desdén, califican de "auditorio aprisionado" a la población trabajadora de los EE.UU.

sometida a su influencia. Los representantes progresistas de la cultura estadounidense lamentan bastante y expresan su legítima indignación con motivo de ese torrente de falsedad que los fabricantes de mentiras arrojan sobre los norteamericanos pintando en todos los colores posibles los "encantos" de la democracia norteamericana. Subrayan en su protesta que los medios de influencia masiva más ricos y diversos del mundo, la más poderosa técnica de propagación barata y masiva de la palabra y la imagen vienen a ser más una maldición que un bien, puesto que, además de no contribuir a la transformación de los norteamericanos en los ciudadanos más ilustrados y preparados para dirigir a su país en el espíritu de la verdadera democracia, esta industria de opinión pública embota los pensamientos y los sentimientos e implanta la indiferencia política.

En oposición a la democracia burguesa, bajo la que la prensa reaccionaria, los debates parlamentarios, los mítines y las declaraciones de los partidos burgueses son medios de engaño político de las masas, en la sociedad socialista, la prensa, las asambleas, las conferencias y los congresos de las organizaciones sociales, las sesiones de los Soviets de diputados de los trabajadores, las conferencias de los trabajadores de la ciencia, la industria, la agricultura, el transporte y el comercio discuten los más importantes problemas de la política, del progreso técnico, de la edificación económica y cultural y de los servicios a la población, a fin de mejorar las condiciones de vida del pueblo.

Mientras los parlamentos burgueses sirven en manos de los medios más reaccionarios del imperialismo de tribuna para hacer la propaganda de una nueva guerra, para aprobar presupuestos bélicos hipertrofiados, para aumentar los impuestos, para adoptar leyes antidemocráticas, toda la actividad del Soviet Supremo de la URSS está al servicio de la paz y la colaboración de los pueblos. El Soviet Supremo es el órgano superior de poder estatal en el País de los Soviets, es el que resuelve los problemas cardinales de fomento de todas las ramas de la economía, de mejoramiento del nivel de vida material y cultural del pueblo y de despliegue de la democracia soviética. A través de los Soviets de diputados de los trabajadores, a través de sus organizaciones sociales, a través de la prensa y las asambleas, los ciudadanos de la URSS participan activamente en la vida política del país y manifiestan su opinión sobre todos los problemas de la política internacional e interior.

Una de tantas formas de participación de los trabajadores en la gestión de la producción son las asambleas de producción y las asambleas de obreros y empleados, en las que se discuten proble-

mas de economía, organización y técnica relacionados con el funcionamiento de la empresa, se ponen al descubierto los defectos y los errores de organización del trabajo y la técnica de producción, se trazan las vías de supresión de las deficiencias. En los koljoses, la hacienda colectiva se administra sobre la base de la democracia koljosiana prevista en los Estatutos del koljós.

El Partido Comunista se plantea desarrollar infatigablemente la democracia socialista soviética. El Partido Comunista y el Gobierno soviético subrayan que no se aprovechan aún todas las posibilidades del sistema económico socialista y de la democracia soviética. En el País de los Soviets existen aún no pocas empresas industriales, koljoses y sovjoses rezagados. En las instituciones y los departamentos se manifiesta aún con frecuencia el estilo burocrático de trabajo, ajeno a la democracia soviética, el trabajo vivo se suplanta, a veces, con papeleo oficinesco, órdenes, afición a las reuniones y asambleas, que llegan a adquirir, a veces, un carácter de epidemia.

La burocracia y el papeleo se contradicen de raíz con los principios leninistas de funcionamiento del aparato estatal, principios que exigen que todo el trabajo se acerque máximamente a las masas, a sus demandas y necesidades, que se incorpore activamente a las masas a la labor de gestión, principios que exigen que se reduzca y se abarate el aparato administrativo, que se observen estrictamente las leyes soviéticas, que se controle sistemáticamente cómo se cumplen las directrices de los organismos dirigentes, que se sienta una alta responsabilidad por el trabajo que se tiene encargado, que se castigue duramente a los burócratas, a los que no prestan oído a las necesidades del pueblo.

Lenin advertía que la lucha contra la burocracia era una cosa difícil, que requería tiempo, firme decisión, esfuerzos tenaces, máxima educación y despliegue de la actividad y la iniciativa de las masas y elevación del nivel cultural de las mismas. "Sólo cuando toda la población participe en la administración se podrá luchar hasta el fin contra el burocratismo y vencerlo totalmente"[6].

La lucha contra las supervivencias del burocratismo es una condición indispensable de la aplicación de los principios de la democracia soviética y de la continua elevación de la actividad creadora de las masas en la construcción de la sociedad comunista. El burocratismo y el papeleo son enemigos jurados de la democracia soviética, son perniciosos restos del método viejo, anti-

---

[6] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 38, pág. 170.

popular, burocrático-oficinesco de administración absolutamente intolerables en la sociedad socialista.

El Partido Comunista exige que los dirigentes de las instituciones y las organizaciones sociales y económicas dominen el estilo leninista de labor del Estado y del partido, que trabajen a diario con las masas, que se apoyen en ellas, que traten de resolver todos los problemas con espíritu creador y práctico, y no al estilo oficinesco y fantaseador, que sean auténticos organizadores del cumplimiento de las directrices y las tareas fijadas por el partido y el Estado.

Es objeto de permanente preocupación del partido y del Gobierno el reforzamiento de la legalidad socialista en defensa de los sagrados e inviolables derechos de los ciudadanos soviéticos inscritos en la Constitución de la URSS. El Partido Comunista impone a todos los comunistas que trabajan en los organismos de los Soviets, en las organizaciones sociales y económicas, en los organismos de los tribunales o la fiscalía el deber de estar siempre a la salvaguardia de las leyes soviéticas y de los derechos democráticos de los ciudadanos, el deber de llamar a capítulo a todos los infractores de la legalidad socialista. La democracia soviética es incompatible con cualquier manifestación de arbitrariedad respecto de los ciudadanos. Su sentido y destino es servir al pueblo y cultivar el respeto al ciudadano soviético.

El progreso de la democracia soviética, la participación cada vez más activa de las grandes masas del pueblo en la administración y en el control sobre el funcionamiento de las instituciones y las organizaciones de la economía y del comercio sirve de medio eficaz de lucha contra el estilo burocrático y oficinesco de trabajo, las infracciones de la legalidad soviética, la actitud negligente hacia las necesidades materiales y culturales de los ciudadanos, es una condición indispensable del continuo mejoramiento del trabajo de las empresas industriales, del transporte, de los koljoses y los sovjoses y de las instituciones de cultura y servicios.

La fuerza fundamental de fomento de la democracia socialista es el Partido Comunista, el núcleo dirigente de todas las organizaciones de los trabajadores, tanto las sociales como las estatales. Los partidos burgueses, que temen al pueblo, tienden a reducir y liquidar los restos de las libertades democráticas. El Partido Comunista, que ve en el pueblo el artífice y la principal fuerza de la historia y cuyo único fin es servir al pueblo, procura desarrollar al máximo la democracia. La vida interna del propio Partido Comunista ofrece un ejemplo de ejercicio de la democracia. El principio dirigente de la estructura orgánica del partido es el centra-

lismo democrático. La vida y la actividad de todas sus organizaciones, de abajo arriba, se distingue por la democracia interna del partido, por la discusión y la solución colectivas de los problemas, por la dirección colectiva. El Partido Comunista sostiene una lucha enérgica contra toda tentativa de rebajar la actividad y la independencia de las masas, contra toda manifestación de burocratismo y formalismo en la labor de los organismos de los Soviets, contra toda lesión de los derechos democráticos de los ciudadanos. El partido procura que se apliquen de modo consecuente los principios de la democracia soviética en el funcionamiento de las organizaciones estatales y sociales, en la dirección de la edificación económica y cultural.

Las organizaciones sociales agrupan a millones de ciudadanos soviéticos. El Partido Comunista, destacamento de vanguardia de los trabajadores en la lucha de éstos por la victoria del comunismo, agrupa en sus filas a más de 15 millones de militantes. Los sindicatos, escuela de comunismo, tienen alrededor de 100 millones de afiliados obreros y empleados. En las filas de la Unión Leninista de las Juventudes Comunistas de la URSS militan unos 30 millones de muchachos y muchachas.

La cohesión de las masas populares en torno al Partido Comunista, la confianza en su dirección, la aprobación y el apoyo que todo el pueblo presta a su política se manifiestan de modo elocuente y palpable en el bloque de los comunistas y los sin partido en las elecciones a los Soviets de diputados de los trabajadores. En todas las elecciones al Soviet Supremo de la URSS, a los Soviets Supremos de las repúblicas federadas y a los Soviets locales de diputados de los trabajadores, los candidatos del bloque de los comunistas y los sin partido han contado siempre con el apoyo unánime de los electores. Casi el 100% de los que participaban en la votación entregaban sus votos a los candidatos de ese bloque. Así, más de 150 millones de electores soviéticos expresan en las elecciones por votación secreta su aprobación a la política exterior e interior del Partido Comunista. Ningún partido burgués, en toda la historia del capitalismo y del parlamentarismo burgués, ha contado con semejante apoyo unánime y general del pueblo. Al entregar sus votos en favor de los candidatos del bloque de los comunistas y los sin partido, los trabajadores de la URSS votan por el régimen soviético, por la democracia socialista, la más consecuente y avanzada.

El bloque de los comunistas y los sin partido es un fenómeno completamente nuevo en la historia de la vida política. Este bloque ha surgido sobre la base de la unidad moral y política de la

sociedad, que no conoce clases enemigas y partidos en pugna. Mientras la propiedad privada sobre los medios de producción divide a los hombres, constituye la base de la división de la sociedad en clases enemigas y ofrece, por tanto, la base a la lucha entre los partidos, la propiedad social descarta la existencia de clases antagónicas y partidos rivales, une a todos los soviéticos, tanto los miembros del partido como los sin partido, en una colectividad unida. La cohesión de todo el pueblo en torno del partido y del Gobierno es el baluarte inquebrantable de la democracia soviética, es la fuente vivificante de todas las victorias de la sociedad soviética.

Un rasgo inalienable de la democracia soviética es el desarrollo de la autocrítica y la crítica desde abajo. En ello se manifiestan la iniciativa creadora y la actividad de los trabajadores, la constante preocupación de éstos por el incremento del poderío del Estado socialista, por la aceleración del avance de la sociedad soviética hacia el comunismo. La activa participación de las masas en la crítica y la supresión de los defectos y errores es una expresión eficaz de la democracia socialista. El inspirador de la crítica y la autocrítica es el Partido Comunista, que crea todas las condiciones necesarias para el despliegue de la crítica y pone coto a todos los intentos de refrenarla.

Partido gobernante y fuerza dirigente del Estado socialista, el Partido Comunista critica y llama a todos los trabajadores a que pongan al descubierto las debilidades, los defectos y los errores en la labor de las organizaciones partidarias, estatales y sociales, en la edificación económica y cultural. Lenin, fundador y jefe del Partido Comunista, decía: "...la autocrítica es indudablemente necesaria para todo partido operante y lleno de vitalidad. No hay nada más banal que un optimismo fruto de la presunción"[7].

El partido enseña a todas sus organizaciones y a todos los comunistas que se preste oído sensible a la voz de las masas, que se tengan en cuenta todas las observaciones críticas desde abajo, que se corrijan hasta el fin los defectos y los errores señalados por los obreros, los empleados y los koljosianos.

Los dirigentes, además de educar a las masas, aprenden de ellas, se educan en la experiencia de las masas. Al explicar la gran significación de la sabiduría política de las masas, Lenin señalaba que tanto el partido como las masas aprendían en la crítica abierta de los errores. Lenin hacía constar que sólo los seudosocialistas temían educar a las masas en la crítica abierta. "La

[7] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 10, pág. 355.

clase obrera –decía Lenin– sabrá educar y templar sus organizaciones criticando abiertamente a sus representantes"[8].

El Partido Comunista enseña que el amplio despliegue de la autocrítica y la crítica desde abajo es una condición importante para la debida solución de los problemas impostergables que plantea la construcción del comunismo, así como para la superación de los defectos y las dificultades en el trabajo. El partido procura que todos los soviéticos pongan al descubierto sin el menor temor los defectos en el trabajo y ayuden aún más activamente a superarlos.

La autocrítica y la crítica desde abajo sirven de eficaz medio de movilización de los cuadros, de las masas trabajadoras, para lograr que las empresas, ramas industriales, koljoses y distritos rezagados alcancen el nivel de los que se hallan en la vanguardia, para descubrir todas las posibilidades de la industria, la agricultura, el transporte y el comercio y utilizarlas con la mayor eficacia a fin de seguir aumentando la producción y la venta a la población de víveres y artículos de uso y consumo.

La feliz solución de los problemas que plantea la construcción del comunismo depende de la actitud consciente de las masas hacia dichos problemas. El desarrollo de la democracia soviética es un arma política poderosa para elevar la actividad y la conciencia comunista de las masas.

Sobre la base de la democracia soviética y el incremento de la labor ideológica de todas las organizaciones partidarias y sociales en las masas progresa más y más la elevada noción del deber social, se superan las reminiscencias de la sicología y la moral de propietario privado.

Del mismo modo que los soviéticos avanzan hacia la abundancia de bienes materiales a través del máximo fomento y perfeccionamiento de la producción, se logra la transformación de todos los ciudadanos en activos y conscientes miembros de la sociedad mediante el desarrollo de la democracia soviética sobre la base del desarrollo cultural de los trabajadores. La democracia soviética es la forma política del avance del País de los Soviets hacia el comunismo mediante la obra de las masas populares.

El progreso de la democracia soviética es una condición primordial para el continuo fortalecimiento del Estado socialista. La nueva fase de la construcción del comunismo exige que se refuerce la función básica del Estado socialista: la de organización de la economía y la labor educativa y cultural. En el cumplimiento de

---

[8] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 17, pág. 147.

las tareas del Estado socialista reviste una importancia decisiva la movilización de la actividad de las masas, la incorporación de éstas a la labor creadora de construcción de la base material y técnica del comunismo.

El desarrollo del Estado socialista viene determinado por la ley objetiva general del avance de la sociedad soviética por el camino del comunismo. Entre todas las leyes generales que rigen en ese período pueden destacarse, con tal motivo, tres elementos.

Primero, el poderoso crecimiento de la economía y la cultura de la sociedad socialista, que permite crear las premisas materiales y espirituales para el comunismo, la sociedad más perfecta y justa de la tierra. Está claro para todos que el mejoramiento del nivel de vida material y cultural del pueblo en la sociedad socialista es la principal premisa para el progreso de la democracia.

Lenin decía en su tiempo que el analfabeto se halla al margen de la política, que no hay democracia que ayude al parado y al pobre, que para disfrutar de efectivos derechos y libertades democráticos es preciso saber leer y escribir, tener cultura y tener buena situación económica. Por eso es fácil de comprender que el progreso de la economía y la cultura y el mejoramiento del nivel de vida del pueblo sobre la base de la propiedad social socialista constituyen precisamente las premisas decisivas del desarrollo de la democracia.

Segundo, el incesante perfeccionamiento de las relaciones de producción socialistas. En el País de los Soviets se ha acabado ya con la oposición social entre la ciudad y el campo, entre el trabajo intelectual y el manual, y las diferencias esenciales remanentes entre ellos se superan sobre la base del continuo crecimiento de la producción social y la cultura, en lo que se manifiesta más vivamente el progreso de las relaciones de producción socialistas por el camino del comunismo.

A medida que se eleva el nivel del sistema económico socialista, a medida que progresan los principios comunistas en la vida social se despliegan más y más la democracia socialista y la autogestión social socialista.

Tercero, el inmenso y creciente papel de las masas populares como constructoras del comunismo. Es sabido que la elevación del papel de las masas en la arena histórica es una ley objetiva general. Pero, jamás esa ley ha regido con tanta fuerza como en la sociedad socialista desarrollada. La elevación de la actividad y de la conciencia de las masas populares y el crecimiento de su energía en la construcción del comunismo son expresión del florecimiento de la democracia socialista.

El desarrollo del Estado socialista hasta transformarse en autogestión social comunista tiene por base la máxima ampliación y desarrollo de la democracia socialista.

Por una parte, se amplía el cumplimiento de ciertas funciones estatales por organizaciones sociales, como, los sindicatos, etc.

Ahora bien, ese no es el único camino. El desarrollo de la democracia socialista avanza por el camino de la máxima democratización de los organismos de poder del Estado, de los órganos de administración.

Esto se manifiesta, en primer término, en la inmensa elevación del papel de los Soviets como organización política fundamental de la sociedad soviética. La ampliación de la composición de los Soviets, la ampliación de las funciones y atribuciones de los Soviets locales y la incorporación de nuevos activistas a la labor de los Soviets son pruebas del crecimiento y del desarrollo de esta célula básica de la organización política de la sociedad.

Se eleva más y más el papel de las organizaciones sociales en la labor de los organismos del Estado, en la labor de todos los organismos de administración. Y no se trata sólo de que los sindicatos y otras organizaciones sociales participen ahora en el cumplimiento directo de varias funciones importantes. En el período de la construcción del comunismo en toda la línea crece cada vez más el papel del Partido Comunista, aumenta el papel de todas las organizaciones sociales en la administración de los asuntos públicos, en la organización de la vida social. Eso es también una ley objetiva del desarrollo histórico.

Tales son las múltiples vías, métodos y formas de desarrollo de la democracia socialista.

Lenin descubrió genialmente la dialéctica del desarrollo de la democracia socialista al decir que el socialismo suponía una inaudita ampliación de la democracia, y cuando ésta fuese completa, cuando desapareciesen todas las restricciones, incluso las temporales, para cualquier grupo de personas, la democracia, como forma de Estado, se extinguiría. Aquí, decía Lenin, la cantidad se trueca en calidad.

¿Qué significa esa dialéctica? ¿Qué significa la extinción de la democracia?

No cabe comprender esta cuestión de modo simplista, al pie de la letra. Sería erróneo sacar de ahí la conclusión de que se extinguirán todos los organismos representativos, los del poder ejecutivo, y que sobrevendrá la ausencia de poder, algo así como la anarquía. Lo indudable es que los organismos representativos y ejecutivos experimentarán grandes cambios.

Por lo visto, estos cambios se producirán en los sentidos siguientes: primero, las funciones representativas y ejecutivas se unirán cada vez más; segundo, desaparecerá la profesionalización del aparato de administración, ya que crecerá en inmensa medida el nivel cultural de la población y se reducirá la jornada de trabajo, cada cual podrá incorporarse efectivamente a la administración de los asuntos públicos; no habrá necesidad del grupo especial de funcionarios profesionales y trabajadores de profesiones especiales de administración de los asuntos públicos. Por consiguiente, se reforzará la amovilidad de los trabajadores en la esfera de la gestión; el cumplimiento por turno de las funciones de administración pública se erigirá más y más en norma general de la vida de la sociedad comunista.

De recurrir a analogías, se podría comparar el progreso de la democracia socialista con el crecimiento de las jóvenes plantaciones forestales. En el comienzo, las jóvenes plantas se desarrollan en lucha contra las malezas, los parásitos y la sequía. Sin embargo, con la marcha del tiempo, la plantación adquiere una calidad nueva, se convierte en tupido bosque. En el suelo aparecen malezas, pero ahora ya no se necesitan medidas y métodos especiales para combatirlas, los árboles mismos las asfixian al cubrirlas con su follaje. Las ramas inferiores, que daban vida a la planta, sostuvieron en su tiempo la lucha contra todas las dificultades e inclemencias, se marchitan poco a poco, pero el bosque sigue viviendo y creciendo. Al secarse las ramas caducas de los árboles no cesa el crecimiento del bosque.

En el proceso de desarrollo de la democracia socialista se extinguen los órganos de aplastamiento de las fuerzas hostiles, órganos del poder popular que, en su tiempo, estuvieron a la salvaguardia de la vida del Estado socialista de los Soviets. Desaparecerán igualmente los órganos punitivos, no habrá necesidad de la coerción como fuerza política. También en la sociedad comunista pueden haber unos que otros infractores del orden público, pero la sociedad no necesitará aparato especial de represión para llamarlos al orden. Con la victoria del comunismo a escala mundial se extinguirán todos los órganos de defensa contra los enemigos exteriores. Pero eso no significa que todo el sistema de democracia socialista actual y futura desaparecerá sin dejar huella. Con el desarrollo del comunismo, la democracia, como forma de poder político, habrá agotado su razón de ser y se habrá extinguido, pero, como forma de autogestión social, subsistirá y se desarrollará.

Las hazañas patrióticas de los soviéticos en la construcción de la sociedad comunista y en la defensa del país contra los enemigos

exteriores prueban con toda elocuencia la superioridad del régimen soviético en comparación con el capitalista, muestran que las masas populares apoyan sin reserva al partido y al Gobierno de los Soviets. El mundo entero ha podido convencerse de que los pueblos de la URSS ven en el régimen soviético su orgullo nacional y no escatiman fuerzas para reforzarlo, lo han defendido heroicamente y están dispuestos a defenderlo contra cualquier atentado de cualquier agresor. El vivificante patriotismo soviético se asienta en la conciencia de la superioridad del sistema económico socialista y de la democracia soviética en comparación con el sistema económico capitalista y la democracia burguesa.

Las victorias históricas del régimen socialista inspiran el movimiento democrático y socialista del mundo entero. El afianzamiento de la democracia popular en varios países y los éxitos de éstos en la construcción del socialismo suponen una nueva victoria de trascendencia histórica universal del nuevo tipo de democracia, que se distingue cardinalmente del parlamentarismo burgués. Este nuevo tipo de democracia ha adquirido encarnación clásica en el Poder de los Soviets, modelo de organización del Estado en el período de transición de la sociedad del capitalismo al comunismo. Apoyándose en la experiencia de la URSS, los trabajadores de los otros Estados socialistas, habida cuenta de las condiciones de sus países, crean y desarrollan instituciones políticas adaptadas a la máxima incorporación de las masas populares a la construcción de la nueva vida.

Las enseñanzas de la historia confirman brillantemente la verdad de que el socialismo y la democracia son invencibles. Por más que se ensañe la reacción imperialista, las masas populares de todo el mundo defienden tenaces los derechos y las libertades democráticos y sostienen una lucha incesante contra el capital. La causa de la paz, la democracia y el socialismo descansa en las demandas candentes y las fuerzas invencibles del desarrollo social y responde a los anhelos y las esperanzas más íntimos de las masas trabajadoras. La bandera de la paz, la democracia y el progreso social es la bandera de toda la humanidad progresista.

En el mundo contemporáneo se libra una lucha encarnizada en torno a los problemas de la democracia. Los representantes de la democracia burguesa calumnian como pueden a la democracia socialista, ya que odian el poder del pueblo. Los imperialistas pisotean los restos de la democracia burguesa y, a la vez, siguen celosos en la propaganda de consignas democráticas para embaucar a las masas.

En el período posbélico se han hecho todavía más patentes las contradicciones de la democracia burguesa. En los países de Europa y Asia ocupados por el enemigo durante la segunda guerra mundial, la burguesía no tuvo nada en contra de recurrir a las consignas demagógicas de la democracia burguesa. Pero el pueblo desplegó la lucha por la auténtica democracia. En los países de Europa Oriental triunfó la democracia popular, lo mismo que luego en varios países de Asia. La democracia burguesa y sus portavoces, al estilo de Mikolajczyk en Polonia y Nagy Ferenc en Hungría, fueron arrojados de sus países, mientras que la democracia popular se desarrolló hasta convertirse en verdadera democracia socialista.

En los países de Europa Occidental, merced al apoyo del imperialismo norteamericano, la burguesía consiguió aplastar temporalmente el movimiento democrático popular, que iba desarrollándose con gigantesca fuerza y se veía ya ante la perspectiva de la victoria del pueblo, la victoria de la democracia socialista. No obstante, la lucha prosigue en el mundo entero. En varios países que se han liberado del yugo del colonialismo ha surgido un nuevo tipo de democracia basado en el bloque de las fuerzas progresistas, que propugnan el camino no capitalista de desarrollo. En otros países, la burguesía se vale de consignas democráticas de libertad, igualdad e independencia nacional para combatir la reacción feudal y a los colonialistas. Sin embargo, no se puede por menos de advertir también que los medios reaccionarios de la burguesía de estos países procuran apartar más y más al pueblo de la solución de los problemas vitales, dificultar el progreso de su actividad política, seguir las vías tradicionales de la democracia burguesa, disimulando así con frases falsas la dominación de una pequeña minoría explotadora.

No obstante, las fuerzas populares han crecido ya tanto que no es fácil hacer que los jóvenes Estados vuelvan al camino habitual de la democracia burguesa. El problema se resuelve a través de la correlación de las fuerzas de clase, mediante la lucha entre ellas. La democracia socialista, en tanto que auténtica democracia popular, es para los pueblos del mundo entero el puntal moral, la bandera de la lucha por la emancipación.

III

LA SOCIOLOGIA Y LOS PROCESOS SOCIALES

LA SOCIOLOGIA MARXISTA Y LAS INVESTIGACIONES SOCIALES CONCRETAS

La experiencia de más de medio siglo de desarrollo de la sociedad soviética prueba la gran fuerza creadora y transformadora del marxismo-leninismo. Partiendo de la teoría revolucionaria y del conocimiento de las leyes objetivas de la sociedad, el Partido Comunista traza y aplica la política en la esfera de la vida económica, social y espiritual. La unidad orgánica de la teoría y la práctica, de la ciencia y la política es el principio más importante de la dirección partidaria.

El partido ha sometido a dura crítica las decisiones subjetivistas, voluntaristas e incompetentes sobre problemas de la gestión de la economía y la edificación estatal y partidaria. El subjetivismo supone el abandono de la ciencia, significa un enfoque anticientífico de los problemas de la vida social. Al superar las manifestaciones del subjetivismo, el partido se apoya en el conocimiento y la aplicación de las leyes objetivas que rigen el desarrollo social. Ahora bien, como es lógico, eso sólo es posible cuando se investigan científicamente los problemas actuales del desarrollo social.

En el Informe del CC del PCUS al XXIV Congreso del Partido se dice: "La explicación teórica de los fenómenos de la vida social y de sus tendencias principales permite al partido prever el curso de los procesos sociales, trazar una línea política certera, evitar los errores y las soluciones subjetivistas". Precisamente por eso el partido crea todas las condiciones necesarias para desarrollar con espíritu creador la teoría marxista-leninista, se opone a las ideas dogmáticas, a la repetición de viejas fórmulas que han

agotado ya sus posibilidades e insiste en que los nuevos problemas se enfoquen de manera nueva.

La alta valoración del papel de las ciencias sociales expresada en el Congreso, al igual que la crítica de las deficiencias y las fallas en el dominio de la labor teórica plantean nuevas y grandes tareas ante la ciencia marxista-leninista.

Entre las direcciones fundamentales del desarrollo de las ciencias sociales se mencionaron en el XXIV Congreso del PCUS las siguientes: el estudio de los problemas del progreso socioeconómico de la URSS, la investigación de los métodos contemporáneos de planificación y gestión y de los modos de elevar la eficacia de la economía nacional, de perfeccionamiento de los estímulos materiales y morales.

Todas estas direcciones de la labor científica, a la par con la económica, tienen un manifiesto aspecto sociológico. Por lo visto, precisamente los problemas enumerados deben determinar la estrategia de la búsqueda científica y las direcciones y formas de investigación de los sociólogos soviéticos más prometedoras que necesita la sociedad.

Los problemas investigados por la ciencia deben constituir la base teórica de la actividad práctica en la construcción de la base material y técnica del comunismo, como también en el desarrollo de las relaciones sociales y la formación de la conciencia comunista.

Modo de abordar las investigaciones sociológicas

Es objeto de la sociología marxista, en el sentido amplio de la palabra, el estudio de las leyes objetivas que presiden la vida social y los procesos del desarrollo social, así como las formas concretas y las peculiaridades de su manifestación en las distintas condiciones.

La principal peculiaridad de la sociología, como ciencia, que la distingue de las demás humanidades, consiste en que es una teoría sintética del progreso social. La sociología, entendida en el sentido lato, no se ocupa de unos u otros aspectos concretos de la vida de la sociedad, sino de todo el conjunto de las relaciones sociales, de todos los aspectos de la vida material y espiritual de la sociedad.

La sociedad no es una suma mecánica de diversos individuos y grupos sociales con existencia más o menos propia. La sociedad es producto de la interacción de toda la masa humana unida históricamente por determinadas relaciones sociales. La vida de la

sociedad no se reduce a la vida y al proceder de unos u otros individuos. Por otra parte, el proceder de los individuos viene determinado por las condiciones generales de vida de la sociedad. Por tanto, la sociología, si quiere conocer los móviles de la conducta de los individuos o diversos grupos sociales, debe investigar la compleja interacción en toda la sociedad. Además, al revelar las leyes fundamentales del desarrollo social, la sociología marxista no pretende suplantar las ciencias económicas, jurídicas, históricas y otras ciencias sociales, sino que les sirve de método de conocimiento y, a su vez, se apoya en ellas.

En nuestra época, las investigaciones sociológicas se han ramificado, especializado y detallado tanto que la labor sintética es ahora más necesaria que nunca. Es desde este punto de vista cómo se debe también abordar el problema de la correlación entre la teoría y las llamadas investigaciones empíricas en la ciencia sociológica.

En la sociología occidental contemporánea se manifiestan dos extremos evidentes. Ciertos representantes suyos, procurando mantener el carácter teórico general de la sociología, pero sin saber analizar los procesos sociales reales, la convierten en disciplina formal que se ocupa en sistematizar y clasificar los diversos conceptos sociales. La expresión más clara de esa tendencia la ofrecen las construcciones sociológicas de von Wiese (Alemania Occidental). La otra variedad, más difundida, de la sociología contemporánea se distingue por el enfoque descriptivo de la realidad. Con semejante enfoque se pierde el carácter teórico general de la sociología y las investigaciones sociológicas. Algunos sociólogos burgueses reconocen que existe el peligro de completo predominio de los materiales descriptivos sobre el análisis y la síntesis teóricos de los fenómenos sociales, el peligro de disolución de la sociología en la estadística o de su transformación en sociografía de los distintos aspectos de la vida social. En la recopilación *The State of the Social Sciences*, publicada en los EE.UU. en 1956, se dice: "La recolección de datos se ha hecho tan dominante que han desaparecido los problemas que la engendraron, desapareciendo, a la vez, las posibles conclusiones"[1].

Todas estas tendencias en la comprensión del objeto de la ciencia sociológica van unidas indisolublemente a la idea muy difundida por los sociólogos burgueses de separar la sociología de la filosofía, de los problemas de la concepción del mundo.

---

[1] *The State of the Social Sciences.* Ed. by L. White, the University of Chicago Press, Chicago, 1956, p. 352.

Sean las que fueren las pretensiones que presentan los sociólogos burgueses en punto a la "exclusividad" y la completa autonomía de su disciplina respecto de la filosofía, siempre, hasta en las construcciones sociológicas teóricas más alambicadas, por una parte y, por otra, en las más estrechas investigaciones sociológicas empíricas, se puede advertir sin falta una u otra doctrina o, las más de las veces, un mosaico de distintas concepciones filosóficas.

Desde épocas remotas, el desarrollo de la sociología burguesa ha seguido, en lo fundamental, el camino del empirismo descriptivo. Así lo reconocen sus principales representantes, que, por el momento, no pueden más que soñar con "altas teorías".

Desde fines del siglo XIX hasta nuestros días, la corriente dominante en la sociología burguesa ha sido el positivismo, que proclama que el objeto de la investigación son sólo los fenómenos ("hechos") "estables e indudables". Cualquier problema ligado a la concepción del mundo es, según el positivismo, seudocientífico, ya que, como pretenden los positivistas, no se le puede verificar en el experimento.

La sociología burguesa aceptó el bagaje positivista, convirtiendo en concepto fundamental suyo el del "hecho social" interpretado a lo idealista. Por eso, como regla, limita la investigación social a la primera fase (empírica) del conocimiento, negando el papel del pensamiento teórico. A juicio suyo, no existen hechos sociales que no se presenten ante el investigador en su forma inmediata.

Sobre la base positivista nació la escuela sociológica "científico-natural" (S. Dodd, G. Lundberg, N. Rashevsky, etc.), que negaba la peculiaridad cualitativa de los fenómenos sociales, la causalidad y el carácter objetivo de su desarrollo y llamaba a fijarse sólo en su aspecto cuantitativo.

Además del positivismo, ha ejercido una influencia sustancial en la sociología burguesa contemporánea, en particular, en la norteamericana, el pragmatismo, cuyas huellas pueden observarse en los trabajos de Talcott Parsons, sin hablar ya de Ch. Cooley y G. Mead, furibundos adeptos a la filosofía pragmatista. Así, T. Parsons afirmaba en su tiempo que el auténtico instrumento de la investigación sociológica es lo que "ayuda a lograr el objetivo de dicha investigación". En aras de ello rechazaba las nociones de causalidad y sustancia y proclamaba importantes sólo la sensación y las valoraciones subjetivas del sujeto que investiga.

Muchos sociólogos burgueses consideran objeto de su estudio "la vida de los grupos humanos". La descripción de la conducta de los grupos humanos, como, digamos, la familia, la nación, la comunidad religiosa, el Estado, etc., es lo que, a su juicio, cons-

tituye el objeto de la sociología. Ahora bien, puesto que la "vida de los grupos humanos" la estudian también las ciencias históricas, económicas y jurídicas, la sociología, en opinión de los representantes occidentales de la misma, debe estudiar los grupos humanos en conjunto, sin limitarse a examinar los géneros especiales de grupos.

En todas estas definiciones no se pone al descubierto la misión fundamental de la sociología: la investigación de las leyes objetivas a que obedece el desarrollo de la sociedad, la investigación de las fuerzas motrices cardinales de dicho desarrollo, determinantes de todos los aspectos de la vida social. Tal comprensión del cometido de la sociología orienta al investigador, ya bien hacia la descripción empírica de la vida de unos u otros grupos sociales, ya bien hacia disquisiciones abstractas sobre la sociedad considerada en conjunto, sobre la sociedad en general.

En los países burgueses, la sociología se va convirtiendo cada vez más en una disciplina descriptiva. Se suplanta la sociología con la sociografía de la vida rural, de la ciudad, de las empresas industriales, de la familia, etc. En este fraccionamiento de la sociología en distintas disciplinas descriptivas se manifiesta el deseo de eludir el análisis de los principales procesos sociales. No podemos por menos de ver en estas tendencias nada más que intentos de liquidar la ciencia social en general.

A lo largo de varios años, los marxistas han sostenido una lucha contra la sociología positivista, probando que son insostenibles los intentos que hacen los sociólogos burgueses, predicadores del empirismo, para eludir el análisis teórico de los fenómenos que tienen lugar en la realidad social.

En el IV Congreso Internacional de Sociología, los propios sociólogos burgueses, al menos los más eminentes, reconocieron el carácter insostenible de la sociología empírica positivista. Por ejemplo, el sociólogo norteamericano Lazarsfeld, uno de los principales representantes de las investigaciones cuantitativas en la esfera de la sociología, al presentar al Congreso su informe sobre el tema *Problemas metodológicos en las investigaciones sociales empíricas*, declaró lo siguiente: "En primer lugar hay que decir que la presente es una época de candentes problemas sociales. Pero las revistas sociológicas norteamericanas están llenas de pequeños e insignificantes estudios de cómo se citan los estudiantes del colegio, o de la popularidad de los programas de radio"[2]. Y más

[2] *Transactions of the Fourth World Congress of Sociology*, vol. II, Lnd., 1959, p. 227.

adelante: "Cabe la pregunta: ¿acaso no existen en los EE.UU. problemas sociales urgentes? Claro que existen. Pero son tan complejos que las investigaciones sociales empíricas existentes hoy difícilmente pueden atacarlos"[3].

Al censurar el estricto empirismo y la mezquindad de la sociología burguesa, Lazarsfeld se limitó al final de su informe a la recomendación de considerar al individuo en el "contexto social". Como se ve claramente, esa receta vaga no puede entenderse como una exigencia de análisis teórico.

Los demás sociólogos norteamericanos tampoco pudieron silenciar el problema del atolladero en que se ha visto la sociología empírica burguesa. Merton, eminente sociólogo norteamericano, aunque procuró en su informe mostrar la importancia de las investigaciones microsociológicas, se vio forzado a declarar: "Muchos sociólogos se ocupan detalladamente en problemas triviales, mientras que todo lo que se refiere a problemas realmente importantes de la sociedad humana queda sin investigar. Al fin y al cabo, eso ocurre efectivamente. Pese a que las guerras y la explotación, la pobreza, la injusticia y la inseguridad amargan la vida de los hombres en la sociedad y suponen un peligro para su existencia, muchos sociólogos se ocupan en problemas tan apartados de estos fenómenos catastróficos que resultan irresponsablemente triviales".

Los delegados marxistas que hicieron uso de la palabra en el Congreso sobre los problemas de la metodología y la correlación entre la teoría y las llamadas investigaciones empíricas mostraron que la solución científica de estos problemas debía arrancar de la correcta comprensión de la sociología como ciencia sintética, en la que se conjugan las investigaciones concretas de los distintos aspectos de la vida social con el conocimiento científico de las leyes objetivas generales del proceso histórico. Esa sociología científica única es el materialismo histórico.

Pese a sentirse insatisfechos con el empirismo y pese a los llamamientos de "reforzar los vínculos entre la teoría y la investigación", los sociólogos burgueses de los EE.UU. y otros países no pudieron probar en el Congreso el menor avance en la teoría. Distinguían sus informes e intervenciones, por una parte, el rastrero empirismo y, por otra, el abstracto formalismo positivista.

Y ¿por qué comienza a predominar la "sociografía" de los fenómenos particulares en las llamadas investigaciones empíricas?

Por lo visto, en ello se manifiesta en cierta medida la influencia de firmas privadas, de ciertas instituciones gubernamentales

---

[3] Idem.

interesadas en el estudio de unos u otros aspectos de la vida. Los consorcios industriales hacen encargos sobre problemas de sociología industrial, a las firmas comerciales les interesan problemas del mercado, las compañías de seguros quieren disponer de datos estadísticos sobre la duración de la vida, los departamentos y las agrupaciones agrícolas necesitan información sobre la llamada sociología agraria.

Como reconoce el sociólogo norteamericano Gouldner, la tendencia al empirismo, privado de teoría, la ausencia de teorías de nivel superior y de vastos problemas conceptuales en la sociología contemporánea norteamericana viene engendrada por la estructura específica del "Estado de la prosperidad, con sus agencias administrativas delimitadas burocráticamente". Los esfuerzos de los sociólogos para llevar a cabo un círculo limitado de investigaciones en sectores sociales especializados no pueden dar vida a vastas concepciones teóricas. "El vacío conceptual creado de este modo se llena con intereses de los clientes y de los que subsidian las investigaciones; así, la sociología se hace útil para sus intereses"[4].

Ahora bien, no se trata sólo de eso. Las investigaciones sociológicas se emplean como medio de propaganda demagógica.

Salta a la vista la gran abundancia de publicaciones sobre problemas de la llamada "sociología" del trabajo, de la ciudad y del campo, de la vida cotidiana, de la familia, de la cultura, de la moral, etc. Desde luego, entre los sociólogos occidentales hay quienes se interesan verdaderamente por la situación y la suerte de los trabajadores. Pero, los sociólogos burgueses procuran crear la impresión de que, en los países capitalistas, la sociedad centra su atención en general en la vida de la población, en el hombre con sus necesidades y demandas. Hay que decir que los sociólogos de la URSS y de otros países socialistas no hacen análisis críticos de estas publicaciones. En los países socialistas se editan pocos trabajos científicos sobre estos problemas. Los sociólogos burgueses se aprovechan de eso y presentan las cosas de tal manera que se pueda creer que en la sociedad socialista no se presta atención a los problemas de las relaciones humanas. Los sociólogos burgueses recurren a la abundancia de publicaciones sociológicas, a toda clase de investigaciones, encuestas, cuestionarios y declaraciones de unas u otras personas para crear la impresión de que en la sociedad capitalista se presta la mayor atención tanto a la instrucción de los obreros como a la organización de diversos tipos de descanso,

[4] A. W. Gouldner. *The Coming Crisis of Western Sociology*. N. Y., Basic Books, 1970, p. 82.

a la organización de la vida de los obreros, a la racional disposición de la vivienda cerca del lugar de trabajo, etc. En realidad, lo que hacen los sociólogos burgueses es sacar unos u otros hechos e interpretarlos de tal manera que encuadren en el panorama de la prosperidad de los trabajadores bajo el capitalismo.

La difusión de semejante planteamiento de las investigaciones sociológicas tiene también una causa sociosicológica. El reducir la sociología a descripciones empíricas y el hacer caso omiso de las leyes objetivas generales se deben, en última instancia, al temor a las leyes de la historia, al miedo que sienten los ideólogos de la sociedad burguesa ante el día de mañana. La historia atestigua que cuando la sociedad marcha hacia su ocaso es menos capaz de conocerse a sí misma. La sociedad caduca teme la luz de la teoría.

La sociedad nueva, al contrario, quiere saber y adquirir conciencia de la historia de su nacimiento, quiere determinar su lugar en la historia y ver lo porvenir. Dicho con otras palabras, la nueva sociedad quiere conocer las leyes del desarrollo histórico. En ello reside la causa del profundo interés por las leyes objetivas generales del proceso histórico que se observa en los países socialistas.

La tendencia estrechamente pragmática de la ideología burguesa contemporánea, enfilada a conservar la inviolabilidad de las relaciones capitalistas, refleja la orientación filosófica de los medios gobernantes de la sociedad norteamericana. El sociólogo norteamericano Mescos reconoce que la sociología norteamericana se atrasa más y más y no quiere aceptar los cambios irreversibles que se producen en el mundo contemporáneo. "Mientras se producen revoluciones –observa Mescos–, los norteamericanos investigan las condiciones de la estabilidad social; mientras las bases sociales del poder cambian completamente, los norteamericanos hablan de "determinantes sicológicas", de "problemas de determinación de la personalidad"; mientras aumenta sin cesar la distancia entre las naciones ricas y las pobres, se habla en tono estrictamente confidencial de las consecuencias de la desigualdad internacional"[5].

La sensación de la crisis de la sociología burguesa contemporánea, que carece de una profunda teoría científica y está apartada de los problemas cardinales del desarrollo social contemporáneo, se vislumbra claramente hoy en varios trabajos de sociólogos occidentales. Así, el sociólogo norteamericano Kurt W. Back

---

[5] C. Mescos. *Jr. Research in the "Third World"*. Transaction 5 (7) june 1968, p. 2.

escribe: "Partiendo de los numerosos remedios que se recomiendan para mejorar la situación actual en la sociología se saca la conclusión de que esta esfera se halla muy enferma. Los consejos acerca del diagnóstico y la terapia vienen de todas partes. Unos afirman que la sociología no es una ciencia bastante rigurosa para seguir los métodos empíricos y lógicos y ven el remedio en el perfeccionamiento de los procedimientos matemáticos y lógicos. Otros acusan a la sociología y sobre todo a los sociólogos de no reaccionar con la debida sensibilidad ante los problemas cruciales de la ciencia carente de valor y proponen, en cambio, una metodología de compromiso, como el neomarxismo o la sociología reflexiva de Gouldner. Unos terceros fijan su mirada en la observación participante y la deducción de significaciones simbólicas de la conducta y del lenguaje de los actores mismos". Kurt W. Back llega a la conclusión de que sea el que fuere el desenlace de la actual crisis de la sociología, "podemos estar seguros de que lo porvenir se encierra en el método y la teoría aplicada a la sociedad"[6].

Ahora bien, el quid de la cuestión consiste, precisamente, en que la sociología burguesa contemporánea, que parte de premisas metodológicas eclécticas y contradictorias, no está en condiciones de presentar un método y una teoría de investigación de la vida social.

Ultimamente se han perfilado ciertos cambios metodológicos en el desarrollo de la sociología burguesa, que se han manifestado más claramente en el VII Congreso Internacional de Sociología de Varna. El Congreso ha mostrado que los sociólogos burgueses se ven forzados con creciente frecuencia a hacer concesiones al determinismo histórico y a reconocer los procesos objetivos del desarrollo social y las tendencias históricamente necesarias de la evolución social. En este sentido son característicos los últimos trabajos sociológicos de T. Parsons, el cual analiza el problema del cambio social como parte de la teoría de la acción social. Parsons muestra más interés que nunca por los problemas de la evolución social, aunque los trata en el espíritu del llano evolucionismo no dialéctico, que descarta los saltos, la discontinuidad de gradualidad, los tránsitos a nuevos estados cualitativos que, en principio, no se dejan reducir al estado anterior. El carácter estático y descriptivo de la teoría de la acción social, propugnada por Parsons, fue criticado en el VII Congreso de Varna no sólo por los marxistas, sino incluso por ciertos sociólogos burgueses.

[6] *American Sociological Review*, N. Y., Dec. 1970, vol. 35, N° 6, pp. 1098, 1100.

Se reprocha a los sociólogos marxistas el desprecio que, según se pretende, muestran por las investigaciones concretas y el sacar conclusiones antes de estudiar los hechos. Pero todo eso no responde en absoluto a la verdad.

La sociología marxista conjuga orgánicamente la investigación de las leyes objetivas generales del desarrollo histórico con el análisis concreto de los diversos aspectos de la vida social en las condiciones concretas de cada país. La teoría sociológica general del marxismo se asienta en el conjunto de todos los conocimientos sociales, tiene en cuenta la experiencia viva del desarrollo histórico y pone al descubierto los principales problemas sociales que plantea la propia vida.

Se puede asemejar la sociedad humana, en tanto que objeto de investigación sociológica, a un árbol vivo, que en el curso de su crecimiento se ramifica más y más y se cubre de densa copa, de tupido follaje. Cada rama y ramita, hasta cada hoja de ese árbol de la vida social se somete a la descripción sociológica, pero, dado el denso follaje, muchos sociólogos no consiguen ver el propio árbol, como organismo íntegro, y la descripción de cada ramita se convierte en un fin en sí, mientras desaparece la sociología como ciencia. Pero la vida de las ramas y las hojas depende del estado de toda la planta, y el árbol de la vida social tiene sus propias leyes que rigen su nacimiento, crecimiento y renovación. No hay ni puede haber sociología científica sin investigación de las leyes a que obedece el desarrollo de la sociedad, sin investigación de lo que nace y lo que se extingue en ella, de las tendencias y las perspectivas de su desarrollo.

¿Qué necesita la sociedad: conocer unas u otras esferas de la vida, unas u otras células de la sociedad, o las leyes del funcionamiento de todo el organismo social? Está claro que necesita una cosa y otra. Pero eso significa que en la investigación sociológica no se puede separar la parte del todo y el todo de sus partes.

Ultimamente, en los distintos países se hacen intentos de unir de una manera o de otra las llamadas investigaciones sociológicas empíricas con ciertas concepciones sociológicas generales. Al apreciar estos intentos es preciso partir de hasta qué punto las ideas sociológicas generales reflejan los hechos de la realidad, de hasta qué punto son típicos y reflejan todos los aspectos los materiales empíricos que los sociólogos emplean para demostrar determinadas tesis teóricas.

Es sabido que los marxistas y los sociólogos burgueses comprenden de distinta manera los hechos de la ciencia sociológica. A nuestro juicio, los hechos no son casos aislados, sino fenómenos

que expresan la tendencia general de la vida social. Por ejemplo, la "teoría de la movilidad social" propagada en la sociología, según parece, se apoya en un profuso material concreto, en los resultados de numerosas encuestas y observaciones. Se describen no pocos casos de ciertos hombres pobres que han llegado a ser ricos, de obreros que han llegado a ser millonarios. Pero, ¿se puede sacar de esos casos la conclusión de que han desaparecido o están desapareciendo las diferencias de clase? No, no se puede, ya que estos casos aislados revisten interés para los aficionados a las cosas raras y no pueden servir de base para conclusiones sociológicas. La realidad viva prueba lo contrario.

¿Qué hechos, pues, pueden considerarse decisivos en ese problema? En el último siglo, la clase de los obreros asalariados ha aumentado numéricamente en todos los países. En algunos años se ha registrado cierta reducción del número de obreros asalariados, pero, examinada en conjunto, esta clase no acusa tendencia decreciente, sino, al contrario, ascendente. La clase de los patronos individuales disminuye, y la masa de la riqueza de grandes patronos aumenta en inmensas proporciones. Esos hechos tienen poder probatorio en la ciencia sociológica.

Por supuesto, la crítica de los extremos y los prejuicios ideológicos de la sociología burguesa no debe llevar a la negación de los resultados de las investigaciones sociológicas que se realizan en los países capitalistas. No se puede hacer caso omiso del progreso de la metodología y la técnica de las investigaciones sociológicas y de la experiencia de empleo de calculadoras electrónicas y otros medios modernos de análisis sociológico. Es preciso analizar con espíritu crítico y utilizar racionalmente los datos concretos recogidos por los investigadores burgueses.

En la actualidad adquiere mucha importancia la investigación de los problemas que se hallan en una esfera comprendida entre la filosofía, el materialismo histórico, por una parte y, por otra, la economía política, el derecho, la etnografía, la demografía, etc. Los problemas sociológicos de la vida sociopolítica, el trabajo, la cultura, la vida cotidiana, la familia, la moral y la vida de la ciudad y del campo exigen un estudio más profundo y una exposición de todos sus aspectos.

Ultimamente, en los países socialistas, las investigaciones sociológicas adquieren una propagación creciente. Por eso, la vida plantea imperiosa el problema de la orientación y del contenido de dichas investigaciones. De suyo se entiende que, organizadas debidamente, las investigaciones sociológicas pueden ser y son ya muy útiles para la gestión de asuntos prácticos. Pero no se puede

pasar por alto el que las investigaciones sociológicas se convierten, a veces, en algo así como moda, se emprenden sin tenerse una noción clara de qué es lo que se espera de ellas. Tales "investigadores" suelen armar mucho ruido, resultando luego pocas nueces.

Cabe tener presente también que hay quienes entienden por sociología la propensión a toda clase de casos sensacionales, lo que no es nada bueno para la ciencia, ya que ésta sólo debe contar con procesos objetivos y exponer los resultados de observaciones objetivas e investigaciones exactas.

Las investigaciones concretas son una cosa nueva para la mayoría de los sociólogos soviéticos. No se puede dejar de ver que en la organización de esa labor, a la par con experiencias positivas, se tropieza con muchos ejercicios sin valor. A veces se distribuyen encuestas con gran número de preguntas que se pueden aclarar con ayuda de los datos estadísticos ya existentes. Se pregunta a la gente su edad, instrucción, estado civil, etc., aunque todo eso se puede obtener en cualquier empresa e institución. Ocurre también que los que hacen la observación parten de la opinión subjetiva de unas u otras personas y no de los datos objetivos. Semejantes procedimientos y medios no tienen nada que ver con el modo marxista de abordar las investigaciones concretas

Por supuesto, no sería razonable suprimir las investigacione concretas por haberse cometido algunos errores. Hay que organi zarlas sobre la firme base de la metodología marxista.

El desarrollo de las investigaciones sociológicas concretas es un fenómeno perfectamente natural y lógico. Con el progreso de la ciencia y la vida social, las investigaciones aplicadas adquieren en general un desarrollo cada vez mayor. De hablar de las ciencias naturales, las investigaciones aplicadas se han desarrollado en ellas desde hace mucho tiempo, y el empleo de la física y la química en la industria sería inconcebible sin el nacimiento de toda una serie de disciplinas tecnológicas. En las ciencias sociales, las investigaciones aplicadas comenzaron a realizarse relativamente más tarde, pero, no obstante, son también necesarias para que la teoría general se aplique de modo más concreto a la actividad práctica, a la solución de problemas prácticos.

En la esfera de las ciencias sociales, las investigaciones, quizá, comenzaron primero a desplegarse aplicadas a los problemas económicos. Al par que la economía política, como ciencia teórica, se ha plasmado desde hace ya muchos años o incluso decenios toda una serie de disciplinas económicas ramales.

En cuanto a la sociología, las investigaciones aplicadas en gran escala han comenzado a efectuarse últimamente, aunque en los

primeros años de Poder de los Soviets tales investigaciones se propagaron bastante. Lenin, al definir el programa de la Academia Socialista de Ciencias Sociales, planteó ya en 1918 la tarea de fomentar las investigaciones sociales. A la sazón, a propuesta suya, se redactó un vasto programa de investigaciones concretas y fueron organizadas expediciones científicas. Sin embargo, más tarde, sobre todo en los años 30, esta labor se suspendió, reanimándose en los últimos años para adquirir un continuo desarrollo.

En nuestra época comienzan a estudiarse ampliamente los distintos aspectos aplicados de la teoría social ligados directamente al uso de medios y métodos técnicos específicos al efectuarse investigaciones sociales concretas y al recogerse y analizarse los datos para tales investigaciones. En particular, el uso de métodos matemáticos brinda inmensas posibilidades de análisis de los fenómenos sociales.

Al reconocer el carácter progresivo del fomento de los aspectos aplicados de las ciencias sociales, es preciso tener en cuenta, al propio tiempo, que, siendo relativamente independientes, dichos aspectos guardan relación orgánica con las posiciones teóricas generales de partida del marxismo, con su filosofía.

La sociología marxista, desarrollándose sobre la base de la investigación de los nuevos fenómenos de la vida social, no modifica su problemática teórica general fundamental, sino que le da un nuevo contenido. Entre los problemas cardinales del análisis sociológico figuran, lo mismo que antes (pero bajo una forma nueva, con frecuencia completamente nueva), el ser social y la conciencia de los hombres, la estructura de clases y los cambios de la misma, las relaciones nacionales y el desarrollo de las mismas, la ciudad y el campo (los aspectos sociales del desarrollo de las dos formas de propiedad, la influencia de la revolución científico-técnica en las relaciones sociales, la superación de las diferencias culturales y del modo de vida, etc.), el trabajo intelectual y el manual (en relación con la organización científica del trabajo, el impetuoso progreso técnico) y los principios metodológicos de la pronosticación y la planificación sociales.

En el III Congreso Internacional de Sociología de Amsterdam se desplegó una discusión acerca de la correlación entre la sociología y las demás disciplinas. Muchos sociólogos de Occidente consideraban a la sazón que la sociología abarcaba poco menos que todo el conjunto de nuestros conocimientos de la sociedad.

Nosotros consideramos que las investigaciones sociales concretas son necesarias en todas las disciplinas, que el materialismo

histórico sirve tanto de base como de método para todas las investigaciones sociales.

Las investigaciones sociales concretas no son para la sociología marxista un suplemento exterior, sino la expresión de la esencia de su enfoque práctico y eficaz de la realidad misma. La necesidad de investigaciones sociales concretas se desprende de la orientación general del marxismo, lo cual quiere decir que los filósofos no deben sólo explicar el mundo, sino coadyuvar a la transformación de éste en beneficio del progreso de la humanidad.

Para nosotros, las investigaciones concretas no son objeto de discusiones escolásticas acerca de la correlación entre el materialismo histórico y la sociología, sino un problema candente de la ligazón con la vida, con la práctica. El análisis concreto de la situación concreta es, según expresión de Lenin, la esencia misma, el alma viva del marxismo. Las investigaciones concretas son también necesarias para amplias generalizaciones sociológicas, que son misión del materialismo histórico.

La significación de las investigaciones sociales concretas sobre la base inquebrantable del materialismo dialéctico e histórico consiste en que, además de permitir un enfoque nuevo, desde el punto de vista de la práctica social, de la solución de muchos problemas tradicionales de la sociología marxista-leninista, hacen posible plantear varios problemas nuevos.

En primer lugar, son problemas concretos que surgen en la línea de contacto del materialismo histórico con las demás ciencias sociales. En segundo lugar, son problemas complejos sociosicológicos, sociodemográficos, sociopolíticos y jurídicos. En tercer lugar, son varios problemas de las relaciones sociales en la industria y la agricultura, problemas de la organización política de la sociedad y de gestión social, así como problemas de las relaciones de trabajo, de vida y de familia. Finalmente, son problemas de la labor ideológica, problemas sociales de la juventud, etc.

Las investigaciones sociales concretas se efectúan utilizándose la metodología y la técnica adaptada a la recolección y al análisis de la información masiva primaria acerca de la conducta de los hombres en las diferentes condiciones de vida laboral, política y familiar, mediante el estudio de los datos estadísticos, los documentos personales y oficiales, las investigaciones con ayuda de encuestas, de entrevistas, de experimentos sociales, etc.

El problema del progreso de las investigaciones sociales concretas es un problema de la lucha contra el dogmatismo, contra la concepción escolástica del materialismo histórico como suma de cánones establecidos de una vez y para siempre, a los que sólo hay

que comentar y exponer con arreglo a las circunstancias de la época.

Es preciso subrayar la conexión entre el materialismo histórico y las investigaciones concretas en el dominio de las ciencias sociales.

Entre los investigadores soviéticos se discute todavía en torno al problema de qué es la sociología, cuál es su relación con el materialismo histórico y, en general, cuál es su lugar entre las ciencias de la sociedad.

En cuanto al problema de la definición del objeto de la sociología marxista, puede decirse que el contenido teórico de la misma es precisamente el materialismo histórico. No hay ni puede haber sociología marxista al margen o por encima del materialismo histórico. Al propio tiempo, cada ciencia social posee, además de su contenido teórico, numerosas aplicaciones prácticas o, como suele decirse, existen las ciencias aplicadas. No cabe extender literalmente el concepto de ciencias aplicadas a las investigaciones sociales concretas, pero la analogía aquí es posible.

Veamos, a título de ejemplo, la ciencia económica. Forma parte de las ciencias económicas la economía política, que revela las leyes objetivas y la dirección del desarrollo económico. Es la base teórica de todas las ciencias económicas. Ahora bien, además de la economía política existen las llamadas economías concretas o ramales, a las que la economía política sirve de guía metodológica de partida. Trátase de la economía de la industria, de la agricultura, del transporte, que, a su vez, tienen sus numerosas subdivisiones. La economía política sin disciplinas aplicadas no puede ser resorte científico de gestión de la economía nacional, es decir, de la industria, el transporte y la agricultura. La economía política, con sus leyes y principios generales, puede desempeñar y desempeña un gran papel práctico a través de todo un sistema de disciplinas económicas, como la planificación, la organización de la producción, la dirección de los procesos económicos, etc.

Cabe observar que ante los economistas no se plantea de modo muy acuciante el problema de la correlación entre la economía política y sus aplicaciones concretas, es decir, las economías ramales. No se puede decir que los economistas hayan resuelto todos esos problemas. De tarde en tarde surgen discusiones entre ellos sobre el particular, pero hay que decir, pese a todo, que tales discusiones ocupan entre ellos mucho menos lugar que entre los sociólogos. Es posible que sea una ventaja de los economistas y de la ciencia económica el que hayan resuelto los problemas litigiosos más que nada mediante la organización de investigaciones después de las disertaciones generales sobre la correlación entre la econo-

mía política y las disciplinas económicas concretas. Por lo visto, semejante analogía es aplicable perfectamente a la sociología, para la que el materialismo histórico viene a ser la teoría general del proceso social, determinante de la dirección fundamental de las transformaciones sociales, mientras que las investigaciones sociológicas concretas son los conocimientos aplicados, a través de los cuales la teoría general influye en la práctica y cuyas recomendaciones puede utilizar directamente en la labor práctica.

Por tanto, las investigaciones sociológicas permiten concretar la teoría general y aplicar a los distintos aspectos de la vida las leyes y los principios del materialismo histórico. Al propio tiempo, ofrecen profusos datos para la continua labor teórica en la esfera de la concepción materialista de la vida social. Por eso no se puede en absoluto estar de acuerdo con los que apartan la sociología del materialismo histórico, lo cual la pone en cierta medida fuera del materialismo histórico. Y semejantes tentativas tienen lugar y adquieren, por desgracia, cierta propagación. Así, algunos hombres de ciencia estiman que la sociología se asienta en métodos cuantitativos, dedicándose la teoría general al análisis de los cambios cualitativos. Mientras tanto, se sabe perfectamente que el marxismo-leninismo, al ocuparse de los cardinales cambios cualitativos, analiza también las relaciones cuantitativas y cuenta con ellas al sacar las conclusiones.

Al elaborar la metodología y los modos de llevar a cabo las investigaciones sociales es preciso tener en cuenta cómo se dedicaban Marx, Engels y Lenin a las investigaciones sociales concretas, incluidas las relaciones cuantitativas. El que conoce la historia del desarrollo del marxismo comprende claramente que la etapa actual de las investigaciones sociológicas es la continuación y el desarrollo de lo que hicieron los clásicos del marxismo. En cambio, los compañeros que no conocen bien la historia de la ciencia marxista estiman que ahora ocurre algo extraordinario, que antes los marxistas no tenían análisis cuantitativo de los fenómenos sociales. En realidad, si examinamos algunos libros de Lenin, como, digamos, *El desarrollo del capitalismo en Rusia, El imperialismo, fase superior del capitalismo,* sus trabajos sobre el problema agrario y numerosas obras más, veremos que se expone en ellos un inmenso material estadístico. Y sin esos datos cuantitativos es inconcebible en general la teoría leninista de la revolución socialista, puesto que arranca del análisis más detallado de las relaciones económicas en el mundo y, en particular, en Rusia, de la investigación de los problemas agrarios, nacionales, etc. Por eso, al hablar de la orientación de las investigaciones sociológicas, es preciso

subrayar, en primer término, la importancia del estudio de todo lo que han dado Marx, Engels y Lenin sobre las investigaciones sociológicas concretas. Esta riqueza teórica sigue siendo para nosotros un modelo de investigación sociológica.

Al subrayar la relación que guarda el materialismo histórico con todas las investigaciones concretas en el dominio de las ciencias sociales, queremos hacer constar que, si bien no existe sociología marxista situada por encima del materialismo histórico o al margen del materialismo histórico, tampoco puede haber materialismo histórico sin investigaciones sociológicas concretas. Sin tales investigaciones, el materialismo histórico se convertiría en catálogo de fórmulas dogmáticas de categorías, leyes, etc.

Es preciso recalcar la importancia y la necesidad ineludible de enfoque auténticamente histórico de las investigaciones sociales.

El sociólogo no es un fotógrafo, y las investigaciones sociológicas no son una fotografía. A veces se reduce indebidamente las investigaciones sociológicas a la fotografía momentánea de unos u otros hechos revelados en una u otra empresa, koljós o institución. Pero la selección de hechos sueltos no es sociología. La sociología es una ciencia que estudia las conexiones, las relaciones y las leyes objetivas generales. Si el sociólogo no quiere ser un mero fotógrafo debe trabajar necesariamente en las tres dimensiones del tiempo, debe analizar los hechos desde el punto de vista del pasado, del presente y del porvenir. El fotógrafo capta el cuadro del momento presente, mientras que el sociólogo debe contrastar obligatoriamente el fenómeno que investiga con lo que había antes, debe investigar las tendencias del futuro desarrollo que encierra el presente. Dicho en otros términos, los fenómenos deben investigarse en perspectiva, en desarrollo, en sus interconexiones.

Ahora algunos dicen: las investigaciones sociológicas se refieren al presente, y la historia, al pasado. El materialismo histórico es la concepción materialista de la historia, mientras que las investigaciones sociológicas tratan del presente, del día de hoy, etc. En relación con ello cabe subrayar que la sociología tiene también el deber de guiarse por el enfoque histórico. Recoger los hechos del presente y crear una colección de esos datos no cuesta trabajo, pero eso no es todavía una investigación científica.

La sociología debe tener en cuenta el pasado, ver con veracidad el presente y dirigir su mirada hacia lo porvenir. Sin eso, las generalizaciones sociológicas serán unilaterales e incluso desacertadas.

Tomemos unos cuantos ejemplos de la vida contemporánea y veamos si podemos comprenderlos como es debido sin enfocarlos

de modo histórico. Hemos logrado inmensos éxitos en la construcción de viviendas, pero, con todo y con eso, hasta en Moscú hay familias que viven todavía en casas vetustas, en pisos semisubterráneos y muy pequeños. Si se renuncia al análisis histórico, se puede recoger estos hechos y presentar un panorama unilateral. Ahora bien, si se enfoca el presente en comparación con el pasado y se tienen en cuenta las perspectivas del porvenir, es decir, si se analiza lo que se ha hecho y lo que queda por hacer, el panorama será muy otro.

No cabe duda de que tenemos todavía dificultades y tareas por cumplir en el problema de la vivienda, pero hemos logrado ya grandes éxitos y contamos con buenas perspectivas para la solución de esos problemas.

Dicho con otras palabras, la sociología no debe guiarse sólo por los datos del día de hoy, al igual que no debe manejar datos sueltos. Se pueden recoger muchos hechos para todos los casos de la vida, pero, como decía Lenin, no serán hechos, sino cosas sin importancia. "En el terreno de los fenómenos sociales –explicaba Lenin– no existe procedimiento más difundido y más inconsistente que aferrarse a los pequeños hechos *aislados*, jugar a los ejemplos. Escoger ejemplos en general no cuesta gran cosa, pero eso no vale nada o tiene un valor puramente negativo, pues el quid está en la situación histórica concreta de cada caso"[7]. Todos los datos deben comprobarse, confrontarse con los índices estadísticos, con las observaciones masivas, con los resultados totales, ya que sólo así serán datos incontrovertibles.

Al analizar el presente, debemos ver lo porvenir. La fuerza de la sociología marxista consiste en que, apoyándose en el análisis de las leyes objetivas de la historia, prevé los rasgos sustanciales y cardinales de los cambios sociales y ofrece la clave para determinar las perspectivas del desarrollo. Son expresión de la profunda previsión científica los documentos programáticos del PCUS y del movimiento comunista internacional, en los que se reflejan las perspectivas del desarrollo social en las distintas etapas de la historia.

El País de los Soviets ha sido el primero en emprender la planificación de la economía nacional y los procesos sociales partiendo de las leyes económicas objetivas del socialismo. El plan leninista GOELRO y los famosos planes quinquenales soviéticos entraron en la historia y la conciencia de los hombres del mundo entero como eminentes jalones tanto del progreso económico del

---

[7] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 30, pág. 350.

País de los Soviets como del devenir de la nueva formación socioeconómica con economía organizada de modo armónico y proporcional. La publicación del nuevo Programa del PCUS tuvo en el mundo una inmensa resonancia. En los distintos países comenzaron a investigar el problema del porvenir, apareció una profusa literatura sociológica dedicada a las perspectivas del desarrollo social (pronosticación, futurología). En varios países, diversos partidos y gobiernos adoptaron documentos programáticos y acuerdos estatales. Aquí mencionaremos nada más que unos cuantos.

En la RFA, los partidos socialdemócrata y democristiano redactaron documentos sobre las perspectivas de desarrollo del país hasta 1975. Trátase de infolios que examinan las perspectivas de solución de un extenso círculo de problemas: urbanización, comercio, modo de vida, servicios, etc.

En Francia, el Gobierno fundó un comité especial denominado "1985", al que se encargó dar el panorama del desarrollo social, económico y cultural del país hasta 1985. Han visto la luz muchas publicaciones con ese título.

En los EE.UU. se han publicado ya varias ediciones análogas. *Nuestro mundo en 1985* son ensayos de cien hombres de ciencia y técnicos de cinco continentes. El voluminoso *Adonde va América*, con apartados consagrados a problemas del desarrollo social, económico y cultural, fue redactado por un nutrido grupo de economistas y sociólogos norteamericanos. En el mismo país se publicó en dos fascículos el libro *Los recursos del porvenir (Los Estados Unidos en el año 2000).*

Ultimamente han aparecido varias revistas especiales sobre estos problemas (*Futurology, Perspectives*, etc.). Han surgido instituciones científicas especiales dedicadas a la futurología. Se considera que el primogénito en ese sentido es el Instituto de Estudio del porvenir, fundado en Viena. Actualmente existen en el mundo varios institutos de ese género.

Como se infiere de lo dicho, el desarrollo armónico y proporcional de la sociedad soviética, además de suscitar calumnias por parte del mundo capitalista, obligó a los políticos y sociólogos burgueses sensatos a hacer ciertas tentativas de análisis histórico comparativo. En varios países burgueses, los organismos gubernamentales comenzaron a confeccionar sus planes de perspectivas. También en los países burgueses se comienza a relacionar la sociología no sólo con el pasado, sino también con el porvenir. Por más arbitristas e infundados que sean estos cálculos, no podemos por menos de tenerlos en cuenta. A fin de probar lo insostenibles que son hay que oponerles cálculos y datos propios sobre el desarrollo

de los países burgueses. A fin de refutarlos de modo convincente es preciso disponer de las perspectivas argumentadas con toda precisión de nuestro desarrollo social, económico, cultural, etc. Esto impone nuevos y grandes deberes a las instituciones científicas de la URSS, a todos los sociólogos.

No obstante, hay que subrayar la diferencia cardinal entre el enfoque de los sociólogos marxistas-leninistas y el de los occidentales en lo tocante al problema del porvenir. Para los sociólogos burgueses, el porvenir es una simple extrapolación, es decir, para conocerlo basta hacer extensivos al porvenir los datos de hoy. Por eso, la llamada futurología se circunscribe, en lo fundamental, a datos cuantitativos, sin admitir cambios cualitativos cardinales en la vida social. En eso consisten, como es lógico, la debilidad y el error de la pronosticación burguesa.

En los últimos años, la futurología burguesa ha experimentado ciertos cambios. Por ejemplo, a diferencia de K. Popper, que rechaza el historicismo bajo cualquier forma que se manifieste, los futurólogos burgueses contemporáneos, movidos por el afán de dar cierto peso a sus profecías, se acercan dentro de ciertos límites y bajo ciertas formas a la idea de la necesidad histórica y la ley objetiva histórica, aunque interpretada de manera metafísica y dentro del cuadro del pensamiento idealista. Así, han formulado las concepciones tendenciosas y apologistas para el capitalismo de la "sociedad industrial" y "postindustrial", que tienen por base los vanos esfuerzos de poner en tela de juicio el avance de toda la humanidad hacia el comunismo. Ahora bien, no se puede defender las ideas de la "sociedad postindustrial", de la "convergencia", etc., sin presentarlas como reflejo de procesos reales e históricamente necesarios. La sociología marxista debe tener en cuenta, y a su debido tiempo, esta circunstancia.

La ventaja de la sociología marxista consiste en que, además de reconocer los cambios cualitativos cardinales que se producen en el desarrollo social, parte necesariamente de ellos. Esta es la razón de que, en la pronosticación marxista, el análisis cuantitativo deba ir unido indisolublemente al análisis de los cambios cualitativos que experimentan las transformaciones sociales de nuestra época. La matemática y las calculadoras electrónicas le ofrecen a la sociología marxista nuevas posibilidades de pronosticación y planificación sociales. Los científicos soviéticos han hecho un aporte sustancial a la teoría de la medición de las características sociales y sicológicas. Se ha perfilado un paso de la construcción de modelos abstractos de unos u otros procesos sociales a los modelos numéricos y cibernéticos de fenómenos sociales con retroacción.

Al examinar los hechos sociales en desarrollo, la sociología marxista pone al descubierto, al propio tiempo, la interconexión de los fenómenos, todo el complejo sistema de funcionamiento del organismo social.

Los sociólogos burgueses se atribuyen el mérito de la creación del método funcional-estructural o en sistema. Se hacen intentos de presentar el concepto de estructura y el análisis estructural como una metodología universal capaz de sustituir el materialismo dialéctico. No obstante, dichos intentos se contradicen con el desarrollo histórico de la sociología y se hallan en contradicción con los hechos evidentes.

Es verdad que, últimamente, el concepto de estructura ha adquirido la significación de principio general. Por eso reviste gran interés la evolución de este concepto. Es importante evitar aquí tanto el espíritu conservador del pensamiento como el infundado radicalismo o el nihilismo.

Algunos hombres de ciencia estiman que el concepto de estructura es el concepto antiguo de la forma, que se presenta bajo un nuevo nombre. Por otra parte, está muy propagada la idea de que el concepto de estructura es un descubrimiento completamente nuevo del siglo XX, que no tiene nada que ver con el desarrollo pasado de la ciencia.

En realidad, lo nuevo no consiste en el invento del concepto de estructura, sino en la propagación del enfoque estructural de las distintas esferas del conocimiento.

Recordaremos que Marx y Engels emplearon por primera vez el concepto de estructura al proceder al análisis de la vida social. En el siglo XIX, el concepto de estructura se emplea mucho también en la química orgánica. Pero nuestros adversarios dicen que el concepto de estructura en el siglo XX es una cosa completamente distinta, que no significa *estructura*, sino *relación*. Y eso no es cierto. No cuesta trabajo ver que también Marx entendía la estructura como un conjunto de relaciones. Para Marx, la propia sociedad era un conjunto de relaciones sociales. Marx no analiza y no trata la estructura económica como una suma de elementos materiales de la producción y del cambio, sino como interconexión de relaciones de producción. La tesis fundamental de su teoría dice: "El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad"[8].

La unidad del principio del desarrollo y del enfoque estruc-

---

[8] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 13, págs. 6-7.

tural de los fenómenos sociales entendido dialécticamente es la esencia del método marxista en la sociología.

Siguiendo el método de la dialéctica, los sociólogos soviéticos consideran que es preciso investigar a fondo los procesos reales que se producen en la vida, determinar a tiempo qué problemas y contradicciones surgen, a fin de estar preparados para ellos, advertirlos, comprendiendo que no hay movimiento sin contradicciones.

Sabemos que las leyes objetivas del desarrollo social, las leyes de los cambios sociales, trabajan para el comunismo. Tal es la naturaleza del socialismo. Pero sería desacertado contar con el automatismo de la acción de las leyes y no advertir que, a la par con la tendencia fundamental, existen ciertas desviaciones en el funcionamiento de las leyes, existen ciertas deformaciones en el desarrollo, que hay que estudiar y superar.

La misión de la sociología es estudiar los distintos aspectos de la actividad, de la conciencia y la conducta del hombre, que se forman bajo la influencia de los más diversos factores y condiciones, buscar las vías racionales y eficaces de dirigir el desarrollo de las relaciones sociales y la formación del nuevo hombre. Esto presupone la necesidad de investigar de modo universal, sistemático y concreto todo el conjunto de problemas relacionados con la actividad del hombre, con su situación objetiva en la sociedad, con sus ideas subjetivas, sus necesidades y el grado de satisfacción de las mismas, con su actitud ante los distintos fenómenos y procesos de la vida de la sociedad.

Desde luego, no puede haber análisis científico si el investigador no ve los defectos, no advierte los aspectos negativos de la vida, si no moviliza la opinión pública para superarlos. Pero, el sociólogo debe evitar el otro extremo, el de dejar de ver nuestro avance hacia el comunismo, dedicándose sólo a la descripción de los defectos, las contradicciones y las dificultades inevitables en el desarrollo de toda sociedad, incluida la socialista.

En el terreno de las investigaciones sociológicas, los resultados no son todavía tan grandes. Las recomendaciones y las sugerencias sobre problemas de sociología no son aún lo suficientemente concretas, argumentadas y acabadas para poder ser puestas en práctica. Muchas investigaciones no van más allá de hacer constar los hechos, de formular hipótesis y deseos en términos generales.

En la investigación de los problemas económicos, la ciencia ha avanzado más que en la solución de problemas sociológicos. En los últimos años, los problemas económicos se investigan más a fondo, como, por ejemplo, los de planificación, del ritmo y las proporciones en el fomento de las diversas ramas de la economía

nacional, los métodos de estímulo económico, la aplicación de la autogestión financiera completa, el aprovechamiento de tales resortes económicos como la ganancia y los problemas de la formación de los precios. El estudio de todas esas cuestiones va adquiriendo un carácter cada vez más científico.

El análisis de las relaciones sociales y de la vida espiritual de la sociedad es una esfera extremamente compleja y específica. Si es verdad que el empleo de los métodos cuantitativos en la economía va ligado a grandes dificultades, hay que presentar unas exigencias todavía más multiformes a los métodos y la técnica de investigación cuando se procede al análisis de las relaciones sociales. Y, como es lógico, el relativo atraso de las investigaciones sociales tiene cierta explicación debido a la especial complejidad de los fenómenos sociales.

En la Academia de Ciencias de la URSS ha sido fundada una serie de instituciones económico-matemáticas cuyo objeto principal es ayudar a emplear las calculadoras modernas en los procesos de planificación y dirección de los fenómenos económicos. Puede decirse que ciertos éxitos de carácter particular se han logrado ya. Los cálculos referentes a los suministros materiales y técnicos, al movimiento del transporte, a la distribución eficaz de unas u otras empresas y distintas ramas de la industria se practican ya con mayor eficacia, y las máquinas matemáticas ofrecen su solución fidedigna. Los economistas están ya preparados para resolver semejantes problemas. Ultimamente, los economistas soviéticos han comenzado a emplear en vasta escala modelos económico-matemáticos óptimos con ayuda de las calculadoras electrónicas para determinar las perspectivas de desarrollo y el emplazamiento de unas u otras ramas de la producción y para dirigirlas.

Por lo que se refiere a la aplicación en mayor escala de la matemática a los planes de la economía nacional, cabe decir que aquí la esfera de empleo de las calculadoras está todavía limitada por la complejidad de los fenómenos. Sólo podemos tener modelos matemáticos aproximados de toda la economía nacional, que no pueden todavía servir de análogo completo y exacto para el plan de la economía nacional. En cuanto a los procesos sociales y espirituales, el empleo de mediciones cuantitativas aquí no hace más que comenzar y, por el momento, es difícil sacar conclusiones ponderables. Cuanto más ampliemos las investigaciones sociológicas más claro veremos que aquí se necesita una preparación minuciosa, sobre todo en lo referente a la metodología, a fin de que la calculadora brinde cálculos exactos y no siembre confusión en los complejos problemas de la vida social.

Es preciso tener en cuenta, además, la posibilidad de ciertos errores en el principio, de exageraciones y equivocaciones que hay que superar rápidamente.

Quisiéramos que en la esfera de la vida social y la edificación cultural existieran cálculos exactos, proporciones cuantitativas y perspectivas para un largo plazo.

En el dominio de la economía tenemos cálculos para períodos quinquenales y, en ciertos dominios concretos, incluso para una perspectiva más larga. Ahora debemos emprender cálculos detallados del proceso de elevación del nivel cultural y técnico de los obreros y koljosianos, del crecimiento de las instituciones culturales y de la demanda de distintos tipos de instituciones educacionales y culturales para la sociedad soviética. Es preciso saber concretamente cómo se elevará a lo largo de varios años el nivel cultural y técnico de los obreros y koljosianos, cómo se ampliará la red de instituciones culturales en perspectiva y qué demandas existen en general en lo tocante a los diversos tipos de instituciones de enseñanza y cultura. Son problemas muy importantes de nuestro progreso social.

En el terreno de la economía han sido estudiadas más o menos satisfactoriamente las formas de estímulo material de los trabajadores y de elevación de la productividad de su trabajo. Ahora bien, ¿se puede decir que los sociólogos han analizado bastante las premisas y los estímulos sociales y espirituales que contribuyen a la elevación de la productividad del trabajo y al crecimiento de la producción?

Sabemos en forma general que las relaciones sociales del socialismo ofrecen un vasto campo de acción y grandes posibilidades para el crecimiento de la productividad del trabajo y para el progreso de la producción. Pero hay que concretar esa verdad general, hay que analizar cómo las nuevas relaciones sociales y qué fenómenos de la vida social contribuyen al ascenso de la producción y al aumento de la productividad del trabajo y qué fenómenos de orden social y espiritual los frenan.

En la investigación comparativa soviético-polaca *Problemas sociales del trabajo y de la producción*[9] se sacan importantes conclusiones acerca de las tendencias de cambio del contenido del trabajo en la época del acelerado progreso técnico, acerca de las dificultades y las contradicciones que acompañan este proceso. Las concretas investigaciones sociales de los sociólogos soviéticos y

---

[9] *Problemas sociales del trabajo y de la producción. (Investigación comparativa soviético-polaca.)* Moscú, 1969.

polacos han permitido llegar a la conclusión de que el elemento que más influye en el grado de satisfacción o de descontento con el trabajo es el contenido funcional del trabajo.

La sociología marxista, al investigar los nuevos fenómenos de la vida social, no cambia su problemática teórica general, sino que la amplía y la hace más concreta. La primera función social básica de la sociología marxista es la investigación concreta de los principales procesos y fenómenos sociales; la segunda es la influencia científicamente argumentada en el desarrollo de la sociedad; la tercera es la elaboración de las bases científicas de la pronosticación y la planificación de las relaciones sociales, y la cuarta es el estudio de las tendencias fundamentales del desarrollo universal de la personalidad humana.

La estructura de la sociología marxista es un sistema que refleja el conjunto de las leyes objetivas del progreso social, cuya investigación se hace sobre la base de determinadas premisas teóricas y metodológicas.

En la Unión Soviética, las investigaciones sociológicas se efectúan en las siguientes direcciones fundamentales.

Problemas sociológicos generales

En las investigaciones sociológicas ocupan un lugar considerable los problemas metodológicos fundamentales del conocimiento de la vida social. Esto se desprende naturalmente de la concepción de la sociología como enfoque materialista del análisis de la vida social, que es un método válido para todas las ciencias sociales.

La categoría más importante y general de la sociología es el concepto de estructura o formación socioeconómica. Es lógico que en sociología revista una significación primordial el problema de la *sucesión objetiva de las formaciones socioeconómicas en el proceso del desarrollo histórico.*

Partiendo de las numerosas investigaciones históricas, la sociología marxista obtiene más y más pruebas de la sucesión objetiva de las formaciones socioeconómicas como determinadas fases del proceso progresivo de desarrollo de la historia.

En Occidente existen muchos sociólogos que se oponen a la periodización consecutiva de la historia en etapas que se suceden objetivamente en el proceso del desarrollo histórico. En oposición a la concepción materialista del proceso histórico se formulan diversas concepciones antihistóricas al estilo de la teoría del ciclo o

la teoría de los ciclos cerrados de la civilización. Las investigaciones de los historiadores marxistas refutan tales concepciones y confirman la teoría de la sucesión consecutiva de las formaciones socioeconómicas.

En los últimos años han sido publicados muchos trabajos fundamentales sobre problemas sociológicos fundamentales[10]. Para los sociólogos tiene mucha importancia en ese sentido el trabajo sintetizador *Historia universal* (10 tomos), obra de los historiadores soviéticos[11]. Todo ese inmenso material histórico prueba los inquebrantables principios de la sociología científica, para la que la historia de la sociedad es un proceso histórico natural.

En las investigaciones sociológicas se dedica mucho lugar al *problema de las principales fuerzas motrices del desarrollo histórico.*

Las investigaciones en este sentido confirman la tesis fundamental de la sociología marxista de que la causa decisiva del desarrollo histórico es la producción de bienes materiales, que los auténticos artífices de la historia, los que hacen avanzar el progreso social, son las masas populares. No se puede aceptar el criterio ecléctico, según el cual los acontecimientos históricos son fruto de la acción de muchos factores, del cruce de distintas líneas, de coincidencia de diversas circunstancias. Los sociólogos soviéticos no niegan que en la historia rigen muchos factores y que los acontecimientos históricos son resultado de la interacción de muchos procesos. Pero la sociología debe investigar la correlación entre los distintos factores y destacar entre la multitud de influencias la base determinante, y esa base determinante consta siempre, si hablamos de grandes acontecimientos históricos, de los procesos del desarrollo económico.

En ese siglo de violentos cambios sociales despierta el más profundo interés, como es lógico, el problema de la *dirección principal del desarrollo histórico.*

La investigación de los principales cambios sociales muestra que la ley objetiva cardinal y más general de los actuales cambios sociales es el paso de las formas de vida social, plasmadas a lo

[10] G. Glezerman. *Las leyes del desarrollo social* (1960); V. Rozhin. *Introducción a la sociología marxista* (Leningrado, 1962); *La historia y la sociología* (1964); D. Chesnokov. *Materialismo histórico* (2ª ed., 1964); G. Frantsov. *Las vías del desarrollo del pensamiento social* (1965); *La sociología en la URSS*, tomos 1-2 (1965); *Problemas metodológicos de las ciencias sociales* (1966); *Problemas de conocimiento de los fenómenos sociales* (1968); V. Votkó. *La sociología marxista como ciencia* (Kiev, 1968); *La sociología y la ideología* (1969); G. Frantsov. *La filosofía y la sicología* (1971).

[11] *Historia universal*, tomos I-X, Moscú, 1955-1959.

largo de siglos y siglos y basadas en la propiedad privada, a un nuevo orden social, basado en la propiedad colectiva, socialista. En el siglo XIX, la forma económica predominante era el sistema de la llamada empresa privada. En el siglo XX han adquirido una significación decisiva la concentración y la socialización de la producción. La consecuencia social de ese proceso económico es la sustitución de la empresa capitalista privada con la producción socialista organizada. Por lo que se refiere a la propiedad por acciones o corporativa, los marxistas estiman que, en primer lugar, es una propiedad común, de grupos de propietarios privados y que, en segundo lugar, su desarrollo es síntoma de que ha llegado la hora de transformar la propiedad privada en propiedad social socialista. La sociología marxista parte en este aspecto de numerosas investigaciones de autores soviéticos y de otros países[12].

Entre los problemas sociológicos generales ocupa un lugar de particular importancia el de *defender la paz y de conjurar la guerra.*

Revisten mucha importancia para la solución del problema de la coexistencia pacífica las investigaciones sociológicas del origen de las guerras en la época contemporánea y de la manera de conjurarlas.

Ahora han aparecido nuevas posibilidades de asegurar la paz.

Sin embargo, debemos darnos perfecta cuenta de que no ha desaparecido el peligro de guerra. El deseo de los medios más reaccionarios de afirmar la dominación mundial y mantener el statu quo social y colonial, que se halla en contradicción con las leyes del desarrollo social, engendra inevitablemente conflictos entre las fuerzas del progreso y las que lo frenan.

Se consagran a la investigación sociológica de este problema numerosos libros, folletos, artículos y tesis[13]. En dichas investiga-

[12] *Del medievo a las cumbres del progreso contemporáneo* (1965); P. Fedoséev. *Dialéctica de la época contemporánea* (1966); J. Momdzhián. *La revolución de Octubre y la bancarrota de las concepciones idealistas del desarrollo social* (1967); K. Bostandzhián. *Dialéctica del devenir del modo de producción comunista* (1967); N. Kólesov. *La propiedad social sobre los medios de producción es la principal relación de producción del socialismo* (1967); *Nuestra época y la doctrina de Lenin sobre el imperialismo* (1967); M. Kim. *La historia y el comunismo* (1968); *El imperialismo hoy* (1968); *Las teorías burguesas contemporáneas de la fusión del capitalismo con el socialismo* (1970), etc.

[13] A. Arzumanián. *La lucha entre los dos sistemas y el desarrollo mundial* (1964); N. Nikolski. *El problema fundamental de nuestra época. El problema de poner fin a la guerra* (1964); N. Pujovski. *Acerca de la guerra y la paz* (1965); *Europa Occidental: militarismo y desarme* (1966); *Problemas de la guerra y la paz* (1967); *Problemas sociológicos de las relaciones internacionales* (1970).

ciones se argumenta la posibilidad y la necesidad de la coexistencia pacífica de los pueblos, de desarrollo de la emulación pacífica entre el socialismo y el capitalismo en la esfera económica, cultural y técnica.

Leyes objetivas del desarrollo de la sociedad socialista

Los sociólogos centran su atención en la investigación de las leyes objetivas generales a que obedece la nueva formación socioeconómica y sus manifestaciones concretas en los diversos aspectos de la vida de la sociedad socialista. El sistema económico socialista existe ya en toda una serie de países, y no en uno solo, merced a lo cual se ha formado y se desarrolla hoy una nueva formación socioeconómica, nueva fase del desarrollo histórico universal de la humanidad.

El sistema socialista mundial es un tipo cualitativamente nuevo de relaciones interestatales basadas en los principios del internacionalismo socialista y la ayuda mutua fraternal. Dentro del cuadro del sistema socialista mundial se efectúan la división internacional socialista del trabajo, la especialización y la cooperación de la producción, la coordinación de los planes de economía nacional, al igual que la colaboración política y cultural en todos los aspectos, lo cual contribuye a la nivelación del grado de desarrollo económico y cultural de todos los países socialistas y al logro de nuevos éxitos en la emulación económica mundial con el capitalismo.

Ante todo se investigan las *peculiaridades del surgimiento y desarrollo de la nueva formación.*

Ante el investigador, al examinar este problema, se plantea la cuestión de la correlación entre lo espontáneo y lo consciente. Las formaciones sociales pasadas eran fruto del desarrollo espontáneo, mientras que la nueva formación socioeconómica, la socialista, preparada por la marcha objetiva de todo el curso anterior del desarrollo histórico, no surge espontáneamente, sino como resultado de la actividad revolucionaria consciente de las masas.

Muy importante peculiaridad de esta época, la época del surgimiento de la nueva formación, la socialista, es el inmenso crecimiento del papel de las masas populares. Se registra un crecimiento numérico inconmensurable de las grandes masas de la población que participan en los acontecimientos históricos, se elevan su conciencia y actividad. Al instaurarse la formación socialista ha aparecido la posibilidad de construir la vida social sobre principios

científicos. El progreso económico se produce con arreglo a planes fijados sobre la base de la investigación de todas las demandas de la sociedad. En la confección de los planes participan activamente tanto las organizaciones científicas como las vastas capas de la población. Aquí, la planificación no tropieza con obstáculos que levantan los intereses especiales y contradictorios de los patronos privados y los monopolios.

Es una dirección de actualidad de la sociología la *investigación de las bases científicas de la gestión y la planificación* partiendo del estudio de todos los aspectos de las demandas de la sociedad.

El problema principal de la planificación es el de la contabilidad precisa de las demandas y los recursos, la fijación exacta de las proporciones y del ritmo de fomento de las diversas ramas de la economía. Indudablemente, en este problema surgen ciertas dificultades, ocurren y pueden ocurrir unas que otras fallas y equivocaciones. La reducción y la supresión de unas y otras depende de la exactitud de las investigaciones sociológicas y económicas en el problema de las demandas y las posibilidades de la sociedad. La literatura sociológica dedica toda una serie de investigaciones a los problemas de planificación y gestión científicas de la sociedad[14].

Ocupa un lugar prominente en las investigaciones sociológicas el problema de la *relación entre el ser social y la conciencia social en el socialismo.*

La experiencia de la vida de la sociedad socialista prueba que en la nueva época mantiene su pleno vigor la tesis sociológica general de que la conciencia depende del ser de los hombres. Al propio tiempo, la sociología marxista se enriquece con nuevas tesis acerca de la interconexión de la conciencia y el ser en la época del socialismo. Aquí, lo principal consiste en que han sido creadas las condiciones para superar el atraso de la conciencia respecto del ser, para el gran crecimiento de la conciencia de los

---

[14] A. Aganbeguián. *Simulación de los procesos de producción y gestión* (Novosibirsk, 1966); A. Belyj. *La organización política de la sociedad y la gestión socialista* (Leningrado, 1967); Z. Tóschenko. *La planificación social en el sistema de la gestión científica de la sociedad.* (1967); *La dirección científica de la sociedad* (1967); *La dirección de los procesos sociales en el socialismo* (Leningrado, 1967); A. Afanásiev. *Dirección científica de la sociedad* (1968); *Problemas sociológicos de la gestión de la economía nacional* (Sverdlovsk, 1968); *Planificación de los procesos sociales en la empresa* (Leningrado, 1969); *Organización y gestión* (1969); *El leninismo y los problemas de dirección del Estado* (1969); *Bases científicas de la dirección del Estado* (1969); D. Gvishiani. *Organización y gestión* (1970).

hombres merced al mejoramiento de las condiciones de su vida material.

Los sociólogos soviéticos investigan el complejo proceso de formación y desarrollo de la nueva fisonomía espiritual de los hombres. Este proceso no tiene curso siempre igual, es contradictorio. Primero se ponen a tono con el ser social los aspectos de la conciencia social que se acercan más a la base económica de la sociedad, como, por ejemplo, las concepciones y las convicciones políticas. La conciencia política de todo el pueblo soviético está penetrada del espíritu del socialismo y se halla en consonancia con las relaciones económicas socialistas. Así se explica la unidad de las concepciones y las convicciones políticas de los soviéticos.

En cuanto a los aspectos de la conciencia que se hallan más apartados de la base económica, como, por ejemplo, las creencias religiosas, el proceso de adaptación de la conciencia a las condiciones de la vida social es mucho más lento. Esta es la razón de que, pese a que entre las masas de la población se haya propagado la concepción científica del mundo, muchos siguen aún cumpliendo los ritos religiosos y compartiendo las viejas opiniones religiosas, aunque las condiciones sociales han cambiado ya cardinalmente.

Los sociólogos marxistas investigan en sus trabajos el carácter contradictorio del desarrollo de la conciencia, la desigualdad de la sustitución de las viejas ideas y representaciones con otras nuevas. Sin embargo, los resultados de las investigaciones muestran que, hablando en términos generales, con el cambio de las condiciones de la vida social, a la larga o a la corta, se modifican todos los aspectos de la conciencia social y que en todas sus partes integrantes las concepciones nuevas ocupan paulatinamente el lugar de las viejas. La sociología ha sacado, además, la conclusión de que la conciencia de los hombres no cambia automáticamente siguiendo el desarrollo de la vida social, sino de conformidad con las nuevas condiciones con tanta más celeridad cuanto más activa es en la sociedad la labor de propagación de las representaciones e ideas de vanguardia.

Una de las tareas principales de los sociólogos soviéticos es investigar el *desarrollo de las nuevas relaciones sociales en función del cambio del modo de producción.*

Al sustituir la propiedad privada sobre los medios de producción con la propiedad social han cambiado de raíz las relaciones entre los hombres, los grupos y las clases sociales. Entre la clase obrera, el campesinado y la intelectualidad, entre los hombres de distintas naciones se han plasmado relaciones de colaboración

y ayuda mutua amistosas. En tales condiciones, el progreso de la técnica, la automatización de la producción y el vasto empleo de la energía atómica tendrán benéficas consecuencias sociales. Cuando rige la propiedad social y la producción está organizada con arreglo a un plan, el progreso técnico conduce a un continuo desarrollo de las relaciones humanas entre los miembros de la sociedad, al mejoramiento de las condiciones de trabajo, al alivio del mismo y al desarrollo universal del individuo.

Los sociólogos soviéticos han investigado en numerosos trabajos un vasto círculo de problemas de las nuevas relaciones sociales. En los últimos años han visto la luz muchas obras dedicadas a los cambios de clase y sociales en la sociedad[15].

En las investigaciones de los científicos soviéticos se muestra que el fomento de las fuerzas productivas mediante la máxima utilización de los adelantos de la revolución científico-técnica contemporánea ha de ser la base decisiva de los cambios progresivos de la estructura social de la sociedad soviética y ha de conducir a nuevos éxitos en la superación de las diferencias de clase y sociales en la URSS.

A medida que progrese la base material y técnica del socialismo aumentará el peso de la clase obrera en la sociedad, se elevará su papel de fuerza social rectora. El despliegue de la revolución científico-técnica traerá aparejados nuevos cambios en la estructura de la clase obrera. El crecimiento numérico de los obreros se producirá, más que nada, a cuenta de los grupos sociales ligados al trabajo calificado, más complejo. Las medidas de elevación de la enseñanza y del nivel cultural y técnico de los obreros, así como el perfeccionamiento de las formas de remuneración del trabajo y el mejoramiento de las condiciones de vida aproximarán más los diversos grupos sociales, borrarán las diferencias sociales entre ellos y consolidarán la clase obrera como fuerza dirigente de la sociedad socialista.

Seguirá decreciendo la proporción numérica del campesinado

---

[15] *Cambios numéricos y de la composición de la clase obrera* (1961); S. Kúguel. *Leyes objetivas de los cambios de la estructura social de la sociedad durante el tránsito al comunismo* (1963); *Los rasgos de la personalidad del nuevo obrero* (1963); *De las relaciones sociales socialistas a las comunistas* (1966); *La construcción del comunismo y el desarrollo de las relaciones sociales* (1966); G. Glezermán. *El materialismo histórico y el desarrollo de la sociedad socialista* (1967); V. Semiónov. *El Gran Octubre y el desarrollo de las nuevas relaciones sociales* (1967); *Las clases, los sectores y los grupos sociales en la URSS* (1967); *Problemas del cambio de la estructura social de la sociedad soviética* (1968); M. Rutkévich y F. Filippov. *Desplazamientos sociales* (1970).

koljosiano en el total de la población activa. En compensación, dentro del campesinado crece con una celeridad cada vez mayor la proporción de los que emplean ya elementos de trabajo industrial. A un ritmo todavía más intenso crecerá la capa de intelectuales, y dentro de esta capa, el número de los que se dedican a la ciencia, el arte y la literatura.

En el proceso de formación de las relaciones sociales comunistas y de la sociedad sin clases habrá que superar las existentes diferencias entre la ciudad y el campo.

La investigación de los procesos de superación de las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo deberá, por lo visto, desplegarse en las direcciones siguientes:

En primer lugar, en la del estudio de los problemas de la creación de la base material y técnica del comunismo tanto en la ciudad como en el campo;

En segundo lugar, en la del estudio de las vías y formas de aproximación de la propiedad koljosiana a la de todo el pueblo, de las perspectivas de fusión de las mismas para constituir una propiedad comunista única;

En tercer lugar, en la de la síntesis de la experiencia y revelación de las vías y los medios de progreso cultural del campo.

Uno de los problemas fundamentales del fomento de las relaciones sociales socialistas es el de la superación de las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual. La superación de dichas diferencias, como muestra la experiencia, se produce en las siguientes direcciones interconexas que hay que investigar concretamente:

En primer lugar, el cambio del carácter del trabajo sobre la base de la mecanización múltiple y la automatización cada vez más extensa de la producción;

En segundo lugar, la elevación del nivel cultural y técnico de los trabajadores a tenor con el desarrollo de las fuerzas productivas;

En tercer lugar, el fomento de la instrucción pública vinculada con el trabajo productivo.

El continuo progreso del sistema de instrucción pública será un importante paso en el cumplimiento de esta tarea, en la conjugación del trabajo intelectual y el manual, en la formación del hombre universalmente desarrollado, capaz de trabajar en la producción material y dedicarse a una actividad espiritual. En este sentido, los sociólogos soviéticos investigan la significación social de la automatización y la mecanización múltiple de la producción. La superación de la diferencia esencial entre el trabajo intelectual y el manual llevará a la completa afirmación de la igualdad efectiva

entre todos los hombres tanto en la relación que guarda respecto de los medios de producción como en la distribución de los bienes vitales, en la instrucción y en las condiciones de la vida cotidiana.

Todo eso supondrá no ya sólo cambios cuantitativos en la estructura social, sino también cambios cualitativos en la superación gradual de las diferencias, en los esfuerzos para lograr la homogeneidad social de la sociedad soviética. En la sociedad soviética se produce un proceso de perfeccionamiento de las relaciones sociales socialistas y de su transformación en relaciones comunistas.

Con la aparición de más países que han emprendido la construcción del socialismo, ante los sociólogos se ha planteado el nuevo problema de las leyes objetivas y las peculiaridades generales del desarrollo de la revolución socialista y de la construcción del socialismo en los distintos países. En la investigación de ese problema se ha realizado ya una considerable labor. Ha sido publicado un gran trabajo sobre el tema de las leyes generales que presiden el desarrollo de la sociedad socialista, en el que se hace el balance de las investigaciones sobre las leyes objetivas generales y las formas específicas de su manifestación en el desarrollo de la formación socioeconómica socialista.

Investigaciones sociológicas concretas de los distintos aspectos de la vida social

En la sociología marxista ocupan un importante lugar los *problemas sociales de la revolución científico-técnica.*

En la palestra mundial se sostiene una enconada lucha, la emulación entre los dos sistemas, con motivo de la cual se plantea el importante problema social de cómo utilizar mejor y con mayor plenitud los adelantos de la revolución científico-técnica para incrementar la producción, para mejorar el nivel de vida del pueblo y para impulsar el progreso de la sociedad. Los sociólogos deben participar del modo más activo en el trazado de medidas que contribuyan al progreso de la economía socialista, la industria, la agricultura, la cultura y las condiciones de vida cotidiana y permitan elevarlas a un nivel que asegure la victoria completa del socialismo sobre el capitalismo a escala mundial. En estas condiciones adquiere particular significación el problema, tanto del estímulo material de la producción como del estímulo social, espiritual, de la misma, sobre todo del empleo de la nueva técnica en la industria, la agricultura, el transporte, la construcción, etc.

Reviste excepcional importancia el problema de los aspectos sociales de la revolución científico-técnica. Hay que decir que este problema atrae cada vez más la atención de los sociólogos, los filósofos y los economistas de todos los países socialistas.

Un aspecto de las investigaciones consiste en ver cómo se realiza esa revolución en el mundo capitalista, qué contradicciones engendra en él, qué fenómenos nuevos surgen con tal motivo en la vida espiritual de la sociedad burguesa y qué influencia ejerce en los distintos grupos sociales y, en particular, en la juventud. Otro aspecto, no menos importante, de esas investigaciones es ver qué problemas se plantean en los países socialistas con motivo de la revolución científico-técnica.

Entre los problemas relacionados con el progreso científico-técnico figura el de la utilización racional de la mano de obra que se libera. Lo plantean la mecanización múltiple y la automatización de la producción.

En primer lugar, la mano de obra puede emplearse de modo planificado para ampliar las ramas de la economía poco desarrolladas, como también para la organización de tipos de producción nuevos, que acaban de aparecer. Esto requiere cierto cambio de distribución de la mano de obra y una nueva formación profesional de la misma, lo cual va aparejado a determinadas dificultades.

En segundo lugar, los trabajadores que quedan disponibles pueden emplearse para ampliar la producción en su propia rama de la industria o incluso en la misma empresa, cuando se procede al fomento armónico y proporcional y a la cooperación a escala de todo el país y del sistema socialista mundial de economía. Ciertos tipos de artículos de la construcción de maquinaria o de la industria ligera de un país, que superan las demandas internas, pueden venderse en otros países, donde su producción es menos ventajosa o insuficiente. Ese camino es perfectamente posible en un ambiente de división internacional de trabajo cada vez más amplia y profunda. Podría ofrecer grandes posibilidades en ese aspecto la ampliación del comercio Oeste-Este, que brindaría oportunidades suplementarias para el incremento de la producción.

La tercera dirección, la más importante e interesante, de la utilización de la mano de obra que queda disponible es el traslado de los trabajadores del proceso directo de producción a las oficinas de diseño, a los laboratorios de investigación y a los institutos científicos. Este camino ofrece excelentes perspectivas e inusitadas posibilidades de progreso a la personalidad humana. Los datos recogidos muestran que, por la tasa de crecimiento y el número de ingenieros y peritos, la Unión Soviética ha adelantado mucho a los países occi-

dentales. En 1968, el número de obreros y empleados aumentó en 2.800.000 personas. La graduación de especialistas con enseñanza superior y media llegó a 842 mil personas. Veamos a título de ejemplo los datos de las observaciones sociológicas efectuadas en las empresas de los Urales. De dichas observaciones se infiere que ahora ya más del 35% del incremento numérico de los obreros y empleados de las empresas corre a cuenta de los que tienen enseñanza superior o media especializada. A la par con ello es muy eficaz el sistema de enseñanza fabril: los centros de enseñanza superior y las escuelas de peritaje nocturnos y por correspondencia, distintas escuelas de experiencia de vanguardia, cursillos de inventores y racionalizadores, etc. Las empresas no son sólo centros de producción, sino también de enseñanza, y no sólo media, sino superior. Esto asegura eficazmente la posibilidad de paso de una parte de los obreros a las oficinas de diseño y a las instituciones científico-técnicas com eslabones indispensables de la producción mecanizada y automatizada. Tales son los caminos que ofrece la vida para resolver el problema de la utilización racional de la mano de obra en la época de la automatización y mecanización múltiples de la producción.

Los problemas de elevación sistemática de la calificación de los obreros y la acertada y oportuna orientación profesional de la juventud ocuparon un lugar importante en las labores del XXIV Congreso del PCUS. Como prueban los materiales del Congreso, la balanza de los recursos de mano de obra para el quinquenio sigue siendo tensa. Eso impone el deber de prestar especial atención, tanto en la confección del plan quinquenal como en el proceso de su cumplimiento, a los problemas de formación, fijación y utilización racional de los cuadros y a la investigación de los mecanismos más eficaces de estímulo económico y social.

El progreso técnico plantea también ciertos problemas ante la planificación de la economía nacional. La planificación implica la existencia de cierta proporcionalidad entre las distintas ramas de la economía, entre las empresas y dentro de las mismas. Sin embargo, los rápidos y grandes cambios en el dominio de la técnica suscitan la necesidad de modificar esa proporcionalidad. Los virajes técnicos no se realizan a la vez en todas las ramas y procesos de producción. Las proporciones anquilosadas pueden convertirse en grilletes para el progreso técnico.

Se podría buscar la salida en el paso a la planificación a corto plazo, digamos, para un año o dos. Pero eso no permite determinar la dirección principal y prever la solución de grandes problemas de la economía nacional. El el presente, la planificación se extiende a

plazos más largos. Al par que los planes quinquenales, se traza la perspectiva general para un período más largo (1976-1990).

Por eso ha surgido el problema de la planificación más flexible contando con la posibilidad y la modificación inevitable de las proporciones a causa de los futuros cambios técnicos en las distintas ramas de la producción.

La revolución científico-técnica origina grandes cambios sociales en el mundo entero. Esta es la razón de que no se pueda plantear, por ejemplo, el problema de la formación de la juventud sin contar con la influencia de la radio, la televisión, el cine y otros medios de información masiva, que dependen directamente del progreso científico-técnico. No se puede por menos de tener en cuenta el peso que han adquirido con motivo de la revolución científico-técnica la física la quimica, la matemática, la técnica y otras ramas del saber. Ahora el volumen de los conocimientos que posee la juventud es inconmensurablemente mayor que hace 20-30 años. Los conocimientos crecen en inmensa medida, y la experiencia de la vida se adquiere en un período relativamente largo.

Se sabe que la experiencia de la vida acumulada por los jóvenes de hace 30-40 años era más rica. En muchos casos, los muchachos y las muchachas que ingresaban a la sazón en los centros de enseñanza superior o incluso en las escuelas medias tenían ya bastantes años de trabajo en la industria o la agricultura. Y esa experiencia se hacía sentir en cierta manera en la formación de su concepción del mundo.

Sin embargo, ahora, al instaurarse la enseñanza media general, esta experiencia se rezaga, en las respectivas edades, mientras que los conocimientos se acumulan con más rapidez. En consecuencia surgen, y no pueden por menos de surgir ciertos problemas que hay que estudiar y tener en cuenta en la labor de educación. Es preciso investigar la influencia de la revolución científico-técnica en la formación de la vida espiritual.

Nosotros decimos que la principal fuerza productiva son los hombres, los que crean todos los bienes. No cuesta trabajo comprender qué fuerza productiva se forma cuando cerca de un tercio de la sociedad cursa ya la enseñanza superior o media especializada. Si añadimos a eso que en el País de los Soviets se cumple el programa de enseñanza media general, que los dos tercios restantes de la joven población entran en la vida con enseñanza media, se verá claramente el enorme salto que damos en el progreso cultural de la sociedad.

En nuestra época se observa un gigantesco crecimiento de la parte que toma la juventud en la labor creadora. Baste aducir la cifra

siguiente: los jóvenes de menos de 30 años de edad constituyen cerca del 40% de todos los ocupados en la economía de la URSS. Sobre sus hombros recae la tarea de continuar el fomento de la economía socialista, de perfeccionar la producción socialista y de asegurar el progreso técnico.

Como es lógico, crecen también las exigencias que se presentan a la joven generación. Los destinos de la ciencia y la técnica, de las ramas más importantes de las mismas se hallan en medida considerable en las manos de la joven generación, y resolver los problemas del continuo progreso científico-técnico significa resolver el problema de la incorporación de la juventud al impetuoso avance de la revolución científico-técnica.

En nuestra época no se puede concebir la vida de una colectividad de producción, las relaciones entre los hombres en una empresa, un sovjós o un koljós sin tener en cuenta la revolución científico-técnica, la electrificación, la mecanización de la agricultura, etc. Además, el propio crecimiento de la ciencia ejerce un gran efecto en la estructura de la conciencia. Hay que decir que los ideólogos burgueses interpretan a su manera la revolución científico-técnica y sus consecuencias.

Como es sabido, en Occidente está muy en boga la teoría de la desideologización de la concepción del mundo que poseen los hombres. Los adelantos de la revolución científico-técnica se tergiversan y se utilizan en esta parte del mundo para combatir la ideología y la política de vanguardia. Se afirma que nuestro siglo –el siglo del dominio de la física, la química, la matemática y la técnica– ya no sirve para la llamada concepción humanista del mundo, relacionada con las ciencias del hombre y las humanidades.

Ciertos sociólogos occidentales aseveran incluso que la ideología de nuestra época es la tecnología. La burguesía procura desplazar de esta manera la ideología revolucionaria y sembrar la indiferencia política en la conciencia de las grandes masas populares.

Indudablemente, no se puede por menos de tener en cuenta la influencia que ejerce el impetuoso progreso de la matemática, la química y la física en la vida espiritual de los hombres, lo único que hay que hacer es comprender acertadamente este progreso, procurar que las ciencias naturales y sociales contribuyan a la formación del hombre desarrollado armónicamente, al incremento de la productividad del trabajo, al mejoramiento del nivel de vida material y a la elevación de la conciencia de los trabajadores.

Se suele estimar que las reminiscencias del pasado no pueden influir lo más mínimo en los procesos sociales. En realidad, las supervivencias siguen siendo todavía un enemigo vivo.

La tarea consiste en comprender las causas de su vitalidad y elaborar los medios para combatirlas. Los sociólogos, los economistas, los historiadores y los etnógrafos han realizado muchas investigaciones interesantes de las raíces de las supervivencias. No obstante, la tarea consiste, además, en analizar el proceso de su superación, sintetizar la experiencia de superación de las supervivencias del pasado en la conciencia y la vida cotidiana.

El estudio de qué factores materiales, sociales y espirituales contribuyen a la superación de la pasividad social, del individualismo, de los fenómenos amorales, de las supersticiones religiosas y otras supervivencias del pasado debe hallarse en el centro de la labor de los sociólogos soviéticos. Los esfuerzos de los investigadores soviéticos deben centrarse en problemas del desarrollo universal del hombre, de la personalidad humana.

En las publicaciones soviéticas se presta mucha atención a los problemas socioeconómicos de la revolución científico-técnica y a su influencia en los distintos aspectos de la vida de la sociedad[16].

Los sociólogos soviéticos centran su atención en el hombre, los esfuerzos investigadores de la sociología marxista enfocan los *problemas del desarrollo universal de la personalidad humana.*

En los últimos años tienen lugar muchas discusiones generale y abstractas sobre problemas de la enajenación y de la personalidad humana. A la vez que se reconoce la importancia de estos problemas, es importante lograr que las discusiones generales no ofusquen las investigaciones de las premisas reales –económicas, sociales y espirituales– para la formación de la personalidad desarrollada universalmente y activa en el aspecto social.

La sociología marxista plantea el problema del hombre en un sentido concreto, y no abstracto. El hombre existe dentro del sistema de las relaciones sociales. El hombre vive, trabaja y se forma en la colectividad y ejerce su influencia en esta última. La personalidad humana es producto de la sociedad, producto de las relaciones sociales. El hombre se forma en la sociedad y, a su vez, ejerce su efecto en ella.

Deben ser objeto de las investigaciones sociológicas concretas las relaciones sociales del hombre, sus vínculos con la sociedad, el es-

[16] *Problemas socioeconómicos del progreso técnico* (1966); G. Episkopósov. *Técnica y sociología* (1967); G. Vdovichenko. *La revolución científico-técnica y sus consecuencias sociales* (Kiev, 1967); A. Zvorykin. *La revolución científico-técnica y sus consecuencias sociales* (1967); G. Vólkov. *Sociología de la ciencia* (1968); G. Dobrov. *Problemas actuales de la historia de la ciencia (1968); Sociología de la ciencia* (Rostov del Don, 1968); *La revolución científico-tecnica y sus consecuencias sociales* (Kiev, 1968); *El progreso técnico y el crecimiento espiritual de los trabajadores* (1969).

tudio de las clases y las colectividades en su interacción. Se halla en el centro de la sociología marxista el hombre dentro del sistema de estas relaciones en la empresa, el koljós, la obra, la colectividad, la familia, etc.[17].

La misión de la sociología es estudiar los diversos aspectos de la actividad del hombre, de su conciencia y conducta, que se forman bajo el efecto de los más distintos factores y condiciones, y buscar las vías más racionales y eficaces para dirigir el progreso de las relaciones sociales. Esto implica la necesidad de investigar de modo sistemático y concreto todos los aspectos de los problemas relacionados con la actividad del hombre, con su situación objetiva en la sociedad y sus ideas subjetivas, con sus demandas y el grado de satisfacción de las mismas, con su actitud hacia los diversos fenómenos y procesos de la vida de la sociedad.

Ocupa un lugar considerable en la labor de los sociólogos soviéticos el problema de la *elevación del nivel cultural y técnico de los trabajadores.*

La elevación del nivel cultural y técnico de los trabajadores es una ley objetiva que se desprende del progreso de la producción sobre la base de la técnica superior. El avance de la técnica moderna hace impostergable el problema de la formación y la actualización de los conocimientos de los obreros para la producción automatizada y mecanizada, que exige a los trabajadores una alta maestría profesional y considerables conocimientos técnicos.

En la sociedad socialista, la elevación del nivel cultural y técnico de los trabajadores se logra, en lo fundamental, por dos vías: en primer lugar, mediante la enseñanza escolar media general, la elevación del nivel de enseñanza general de la población adulta con ayuda del sistema de estudio por correspondencia, de escuelas nocturnas, cursillos, etc.; en segundo lugar, mediante la vasta difusión de la enseñanza profesional a través del sistema de escuelas técnicas y profesionales, centros de enseñanza superior y la enseñanza en las empresas. Muchas investigaciones sociológicas en la URSS se dedican al problema de la elevación del nivel científico-técnico y los problemas relacionados con ello[18].

---

[17] *El individuo, la sociedad y el Estado* (1966); D. Sojañ. *El progreso espiritual del individuo y el comunismo* (Kiev, 1966); I. Kon. *La sociología del individuo* (1967); *Enajenación y humanismo* (1967); *El desarrollo espiritual del individuo* (Sverdlovsk, 1967); *El hombre, la creación y la ciencia* (1967); L. Búeva. *El medio social y la conciencia del individuo* (1968); *El individuo en el socialismo* (1968); *Problemas del individuo* (1969).

[18] *Elevación del nivel cultural y técnico de la clase obrera soviética* (1961); F. Vólkov. *Reproducción ampliada de mano de obra calificada en la*

Los sociólogos estudian los problemas de elevación del nivel cultural y técnico en las numerosas empresas industriales, distribuyen encuestas entre los obreros, realizan conferencias sobre problemas de progreso cultural y técnico de los obreros y conferencias científicas de producción, analizan materiales estadísticos de las empresas y estudian las biografías de los obreros. Los sociólogos investigan igualmente el funcionamiento de las organizaciones sociales en la esfera del progreso cultural y técnico de los obreros, asisten a las asambleas de estas organizaciones y a las asambleas de producción. Podemos mencionar importantes investigaciones sobre el particular[19].

Las investigaciones sociológicas concretas han avanzado sustancialmente en el estudio del *presupuesto de tiempo, su distribución y utilización.* Y eso es fácil de comprender. El tiempo es condición de trabajo y de descanso, de estudio y de desarrollo cultural del hombre. Por eso, el problema de cómo se distribuye el tiempo y cómo se puede utilizarlo mejor y más racionalmente es un problema social importante, que merece la más viva atención.

Las instituciones científicas de la Sección siberiana de la Academia de Ciencias, los organismos de estadística de la Unión Soviética y de la Federación Rusa y las instituciones económicas moscovitas de la Academia de Ciencias emprendieron investigaciones en decenas de empresas, abarcando a cerca de ciento cincuenta mil obreros y empleados en distintas ciudades y zonas del país.

Durante la observación se revelaron datos importantes. En primer lugar, cuando se aplicaron métodos científicos para ver las pérdidas de tiempo de trabajo en la producción se vio que son considerablemente mayores que lo registrado por la estadística. Según datos de esta última, las pérdidas de tiempo de trabajo constituyen cerca de una décima del uno por ciento en el país. En realidad, la

---

URSS (1961); *El progreso científico-técnico* en la URSS (1962); B. Lómov. *El hombre y la técnica (Ensayos de la sicologia ingenieril)* (Leningrado, 1963); Y. Meleshenko. *El hombre, la sociedad y la técnica* (Leningrado, 1964); *El trabajo y el desarrollo del individuo* (Leningrado, 1965); *El hombre y su trabajo. Investigación sociológica* (1967); *Problemas del trabajo y del individuo* (1970).

[19] A. Kuryliov. *La superación de las diferencias esenciales entre el trabajo intelectual y el manual es un problema de la construcción del comunismo* (1963); V. Zhezhelenko, N. Ovchinnikov y J. Sharipov. *La técnica, el trabajo y el hombre (Algunos problemas del devenir del trabajo comunista)* (1963); D. Parfiónov. *El trabajo intelectual y el trabajo manual en la URSS. Premisas económicas para la superación de las diferencias esenciales* (1964); D. Kaidálov. *La ley del cambio de trabajo y el desarrollo universal del hombre* (1968); *Problemas sociales del trabajo y de la producción* (1969).

observación mostró que esta cifra era mucho mayor y llegaba al 10-15% del fondo anual del tiempo de trabajo. Si se reducen a la mitad estas pérdidas efectivas del tiempo de trabajo en la producción se podrá obtener, sin más inversiones de fondos y sin aumentar el número de obreros, una producción anual suplementaria por valor de 15 mil millones de rublos. Eso quiere decir que el problema de la utilización eficaz del tiempo de trabajo en la producción es mucho más complejo que se podría pensar partiendo de los datos estadísticos.

Veamos otra observación que también tiene mucha importancia práctica. Se sabe que en muchas empresas se registra fluctuación de la mano de obra. En las distintas regiones y repúblicas no es igual, pero es bastante grande. De ahí, como es lógico, el problema de qué pérdida de tiempo de trabajo significa el paso de un obrero de una empresa a otra. A primera vista diríase que tales pérdidas no son tan grandes, puesto que, vista la ausencia de desempleo, los obreros encuentran en seguida trabajo en otra empresa o en otra zona. No obstante, las investigaciones concretas del presupuesto del tiempo que se emplea en esos traslados han mostrado que la cuestión es mucho más compleja. En distintas zonas se emprendieron observaciones que permitieron ver que cada paso de una empresa a otra supone la pérdida de 40 a 70 días de trabajo como término medio. Ese tiempo se requiere tanto para aprender a ejecutar el nuevo trabajo como para adaptarse a las nuevas condiciones.

Los sociólogos soviéticos han adquirido experiencia de estudio del presupuesto de tiempo tanto a escala de una empresa como a la de una ciudad. Se ha tomado como base el siguiente método de análisis: el tiempo de trabajo y el que no lo es, con la particularidad de que el segundo se subdivide, a su vez, en tiempo libre y tiempo ocupado, es decir, relacionado ya bien con la producción, ya con los quehaceres de casa, etc.

Veamos los datos referentes a la ciudad de Pskov, en la que se llevó a cabo una observación especial desde este punto de vista en 1965. El tiempo semanal de trabajo se divide en 7 días, incluyéndose el de descanso. Así se obtiene la siguiente distribución: el tiempo de trabajo diario de los hombres equivale a 6,1 horas; el que no es de trabajo, a 17,9 horas; el tiempo de trabajo de las mujeres equivale a 5,7 horas, y el que no es de trabajo, 18,3 horas. Como es lógico, en el total del tiempo que no es de trabajo, el libre es mucho menos, ya que se emplea mucho tiempo para ir al trabajo y volver a casa, para los ocupaciones domfisticas, etc. Los datos son los siguientes: el tiempo libre diario de los hombres es

de 4,7 horas, y el de las mujeres, mucho menos, o sea, 2,8 horas cada día. Como es natural, la diferencia se debe a los quehaceres domésticos. El ir y volver del trabajo ocupa aproximadamente la misma cantidad de tiempo de los hombres y de las mujeres, pero el trabajo doméstico consume el tiempo en las siguientes proporciones: hombres, 1,4 horas, y mujeres, 4,3 horas.

Las investigaciones han mostrado que existen grandes reservas para aumentar el tiempo libre, sin disminuir el de trabajo, es decir, a cuenta de la reducción de los gastos de tiempo de estancia en la producción y de viaje de ida y vuelta al trabajo. En ese sentido se comprende que el paso a la semana de cinco días de trabajo ofrece resultados sustanciales. Aunque el tiempo de trabajo se mantiene el mismo, a cuenta del mejor aprovechamiento del tiempo que no es de trabajo, a cuenta de la reducción de la pérdida de tiempo para los viajes, así como para los procesos preparatorios relacionados con la producción, el tiempo libre semanal del obrero aumenta en unas 5-6 horas, aproximadamente. Las observaciones se han practicado en varios distritos, pero los resultados son casi los mismos.

Se sabe que los quehaceres de casa consumen mucho tiempo Varios millones de personas se ocupan enteramente en trabajos domésticos. Y si añadimos a eso los gastos diarios en trabajos domésticos de todos los ocupados en la economía nacional veremos lo importante que es el problema de la reducción de los gastos de tiempo en las faenas domésticas, veremos el efecto que pueden surtir hasta los más mínimos mejoramientos en la mecanización y la electrificación de los trabajos caseros, en el fomento de los servicios sociales a la población.

En los últimos años se ha llevado a cabo una investigación internacional de la estructura del tiempo de los que trabajan. Se tomaron ciudades de medianas proporciones en 10 países. En la URSS se eligió la ciudad de Pskov, luego se nombraron ciudades de Bulgaria, Bélgica, Hungría, Polonia, EE.UU., Checoslovaquia, la RFA, Francia y Yugoslavia. La comparación de los presupuestos de tiempo de la población urbana soviética y la de las ciudades de los países burgueses es muy sintomática. En la URSS se dedica mucho más tiempo que en cualquier otra parte al estudio y a la autodidáctica a cuenta del tiempo que no es de trabajo. En comparación con las ciudades de Jackson (EE.UU.) y Osnabrück (RFA), los obreros y empleados soviéticos gastan siete veces más tiempo en estudios y autodidáctica; sobre un total de 32,9 horas semanales de tiempo libre, más de la mitad, es decir, 18,9 horas se gastan en satisfacer intereses culturales. De los datos citados en el VII

Congreso Internacional de Sociología se infería que, en la URSS, cada habitante invierte en estudios 6 veces más tiempo que en los EE.UU. En la URSS, el 26% de los hombres que trabajan y el 12,6% de las mujeres que trabajan siguen ampliando sus conocimientos, mientras que en los EE.UU. sólo el 4,7% y el 3,5% respectivamente de ese grupo de trabajadores simultancan el trabajo y el estudio[20]. En todos los países socialistas se invierte mucho más tiempo que en los capitalistas tanto para estudiar como para frecuentar teatros, cine, los conciertos, etc.

Ahora bien, los gastos en los trabajos caseros son, por desgracia, en la URSS mayores que en los países occidentales. Diríase que la diferencia no es tan grande, pero es sensible cada día. Calculados por día, estos gastos suman, para las mujeres trabajadoras de Pskov, 4,3 horas; para las de Jackson, 3,5 horas; para los hombres de Pskov, 1,4 horas, y para los de Jackson, 1,2 horas. Los problemas de servicios para la población, de las ocupaciones domésticas, de transporte, como se desprende de estos datos, están aún pendientes de solución.

Entre las medidas trazadas por el XXIV Congreso del PCUS para seguir mejorando las condiciones sociales de vida ocupan un lugar importante las llamadas a satisfacer las crecientes demandas de los soviéticos en cuanto a los servicios a la población.

La esfera de servicios ha estado durante mucho tiempo desarrollándose mucho más lentamente que las demás ramas de la economía nacional. La proporción de los trabajadores ocupados en el comercio, la alimentación pública y otras ramas de la esfera de servicios ha experimentado en los últimos treinta años un aumento insignificante: del 5% en 1940 al 7% en 1970. Se estimaba que sólo los que trabajaban directamente en la producción creaban valores efectivos. Los trabajadores de las demás esferas se consideraban como poco menos que un "fárrago" que vivía a costa de los productores de bienes materiales. Eran también muy bajos el grado de mecanización del trabajo y el nivel de la calificación de los trabajadores. Mientras tanto, con el crecimiento de las ciudades, el aumento numérico de las mujeres trabajadoras en la producción social y el mejoramiento de las condiciones de vida material y cultural de los trabajadores ha crecido enormemente la demanda de servicios. Con tal motivo adquiere extraordinaria significación la idea formulada en el Congreso acerca de que la esfera de servicios

---

[20] Véase V. Bólgov. *El presupuesto de tiempo de los trabajadores y el progreso social*, ed. en ruso, Moscú, 1970, págs. 5-6.

merece la mayor atención, tanto desde el punto de vista de los recursos indispensable para su fomento como desde el de los cuadros que hay que suministrarle y del aumento del prestigio social de los ocupados en esta rama de la economía. El Congreso hizo también varias sugerencias concretas para utilizar las reservas de mano de obra en la esfera de servicios. En particular, se propuso estudiar el problema de crear condiciones para que los jubilados, las amas de casa y los inválidos pudiesen trabajar en la medida de sus fuerzas –a domicilio, en forma individual, o agrupados en cooperativas–, con provecho para sí y para la sociedad, en la esfera de servicios. Todo eso plantea la tarea de continuo despliegue de las investigaciones y los experimentos sociales con el fin de poner en acción importantes factores de organización y sicológicos en la esfera de servicios.

Las investigaciones sociológicas ponen al descubierto la relación dialéctica que existe entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre para el desarrollo universal del individuo. Muestran que, en la época de la revolución científico-técnica, a la orientación hacia el trabajo calificado, al trabajo interesante y útil para toda la sociedad se suma cada vez más la necesidad de organizar racionalmente el descanso interesante.

Podemos señalar varios trabajos de sociólogos soviéticos dedicados al problema del tiempo de trabajo y del tiempo libre[21].

Son objeto de vastas investigaciones sociológicas la *solución del problema nacional, el desarrollo de las relaciones entre las naciones y las perspectivas de la cultura nacional.* Las transformaciones socialistas han introducido cambios cardinales en las relaciones entre las naciones y los destinos históricos de estas últimas. Los sociólogos investigan los procesos de superación de los restos de la anterior desigualdad económica y cultural de los pueblos, los procesos de nivelación del grado de desarrollo económico y cultural y de continua aproximación recíproca de las naciones.

La sociología soviética se ocupa igualmente en el estudio *del desarrollo de las relaciones familiares, del crecimiento de la pobla-*

---

[21] G. Prudenski. *Tiempo y trabajo* (1964); V. Bólgov. *El tiempo ocupado por el trabajo y el nivel de vida de los trabajadores* (Novosibirsk, 1964); V. Baikova, A. Duchal y A. Zémtsev. *El tiempo libre y el desarrollo universal del individuo* (1965); V. Patrushev. *El tiempo como categoría económica* (1966); *Metodología de estudio de los presupuestos de tiempo de los trabajadores de Novosibirsk* (1966); V. Kriázhev. *El tiempo no ocupado por el trabajo y la esfera de servicios* (1966); B. Grushin. *Tiempo libre. Problemas de actualidad* (1967); *Problemas del presupuesto de tiempo de los trabajadores* (1970).

ción, de higiene social, así como de problemas de actualidad concernientes a la vida cotidiana, al trabajo, a la educación, a la enseñanza y al descanso de la juventud. Muchos trabajos científicos importantes se consagran a la investigación de estos problemas[22].

Los sociólogos soviéticos prestan mucha atención a los problemas de las relaciones entre el individuo y la sociedad, la conciencia social, la información masiva, la opinión pública. Se investigan asimismo problemas relacionados con los intereses y las demandas[23].

En las publicaciones científicas soviéticas se investigan también problemas dedicados a la metodología y la técnica de las investigaciones sociológicas[24].

Los sociólogos marxistas han trabajado bastante, además, en el dominio del análisis crítico de las distintas concepciones sociológicas burguesas modernas. Es lógico que en el mundo dividido en sistemas sociales antagónicos se libre una enconada lucha ideológica, lucha de ideas, concepciones y teorías sociopolíticas de distintas clases y grupos sociales. En estas condiciones, los sociólogos

---

[22] D. Valentéi. *La teoría y la práctica de la población* (1967); *La juventud y la sociedad* (1968); A. Járchev. *El matrimonio y la familia en la URSS (Experimento de investigación sociológica* (1964); B. Smulévich. *La salud pública y la sociología* (1965); I. Kochin. *La superación de las diferencias socioeconómicas entre la ciudad y el campo* (1964); Y. Arutiunián. *Experimento de estudio sociológico del campo* (1968); *Kopanka pasados veinticinco años* (1967); *Problemas sociales de la medicina* (1969); A. Shutkin. *Sociología y la sanidad pública* (Gorki, 1967); *Investigaciones sociales,* fasc. 4 *Problemas del matrimonio, la familia y la demografía* (1970); *Problemas sociológicos y económicos de enseñanza* (Novosibirsk, 1969).

[23] *Problemas de sicología social* (1965); B. Paryguin. *El estado de ánimo social y la ciencia* (1966); B. Pórshnev. *La sicología social y la historia* (1966); *La sicología social y la educación comunista* (1967); B. Grushin. *Las opiniones acerca del mundo y el mundo de las opiniones. Problemas de metodología de investigación de la opinión pública* (1967); A. Zdravomyslov. *El problema del interés en la teoría sociológica* (Leningrado, 1959); *El interés social y el individuo* (Sverdlovsk, 1967); N. Ivanchuk. *La demanda, como categoría sociológica* (Sverdlovsk, 1967); *La colectividad y el individuo* (1968); A. Shishkin y K. Shvartsman. *El siglo XX y los valores morales del individuo* (1968).

[24] *Problemas de organización y metodología de investigaciones sociológicas concretas* (1963); *Experimento y metodología de investigaciones sociológicas concretas* (1965); L. Baideldínov. *La estadística en la investigación sociológica* (Alma-Atá, 1965); *Experimento de investigaciones socioeconómicas en Siberia* (Novosibirsk, 1966); *Métodos cuantitativos en sociología* (1966); *Investigaciones sociológicas. Problemas de metodología* (Novosibirsk, 1966); P. Máslov. *Sociología y estadística* (1967); *Investigaciones concretas de las creencias religiosas contemporáneas (Metodología, organización y resultados)* (1967); *Metodología y técnica de investigaciones sociológicas concretas (guía metodológica)* (Kiev, 1968); *La sociología en Ucrania* (Kiev, 1968).

que ocupan firmemente el terreno del marxismo-leninismo procuran denunciar a los adversarios ideológicos y, además, comprenden con espíritu creador los problemas reales que plantea la vida, a fin de tomar la iniciativa en su investigación y explicación, anticipándose a las eventuales especulaciones de los sociólogos burgueses. En muchos trabajos de científicos soviéticos dedicados a la crítica de la sociología y la ideología del anticomunismo, la crítica de las concepciones burguesas se conjuga con el análisis positivo de los problemas[25].

En nuestra época, el papel social de las investigaciones sociológicas es cada vez mayor. Los grandes cambios y las profundas transformaciones sociales que se producen en nuestros días hacen que sobre los sociólogos recaiga una gran responsabilidad.

La misión principal de las investigaciones sociales concretas de los últimos años en los países socialistas consiste en seguir elevando el nivel teórico de las mismas y su resultado práctico. Deben ofrecer una base para nuevas generalizaciones teóricas y la adopción de decisiones socioeconómicas y políticas científicamente argumentadas.

El éxito del progreso de la sociología marxista depende en gran medida de la preparación de los cuadros. A este problema se presta mucha atención en numerosos Estados socialistas, en los que se fundan centros que agrupan todos los tipos de trabajos de investigación sociológica concreta, se abren facultades e institutos y se publican trabajos científicos. Es hora ya de mejorar la coordinación y la interacción de los sociólogos marxistas de todos los países socialistas y mancomunar sus esfuerzos en la lucha contra los adversarios ideológicos, en el trabajo creador de investigación de los problemas de actualidad.

En los distintos institutos de la Academia de Ciencias de la URSS han sido organizadas investigaciones sociales concretas.

En el Instituto de Investigaciones Sociales Concretas de la Academia de Ciencias de la URSS existen varias secciones para pro-

[25] V. Semiónov. *El problema de las clases y la lucha de clases en la sociología burguesa contemporánea* (1959); E. Modrzhínskaya. *El Gran Octubre y la crisis de la ideología burguesa* (1967); *Contra los falsificadores de la filosofía marxista-leninista* (1967); D. Skvortsov. *La ideología y la táctica del anticomunismo* (1967); *La ideología burguesa contemporánea en los EE.UU. (Algunos problemas socioideológicos)* (1967); *Sociología e ideología* (1969); G. Andréeva. *La sociología empírica burguesa contemporánea* (1965); G. Osipov. *La sociología burguesa contemporánea* (1964); V. Semiónov. *El capitalismo y las clases* (1969); S. Popov. *Crítica de la sociología burguesa contemporánea* (1970); L. Skvortsov. *Peculiaridades de la crisis de la ideología burguesa contemporánea* (1970); A. Yákovlev. *Pax Americana. Ideología imperial: fuentes de la doctrina* (1969).

blemas sociológicos de actualidad. Se investigan problemas de metodología y técnica de investigaciones sociales concretas y procedimientos de simulación, de recolección y tratamiento de los datos concretos. Se estudian los problemas de planificación social, de desarrollo de las relaciones sociales en la ciudad y el campo, las vías de superación de las diferencias entre las clases y dentro de las mismas, los aspectos sociales del desarrollo de los koljoses y los sovjoses, los problemas del desarrollo del trabajo intelectual en relación con la solución de las cuestiones de organización científica del trabajo y la gestión, las vías más eficaces de superación de las diferencias de las condiciones de vida cultural y material entre la ciudad y el campo, habida cuenta de las peculiaridades nacionales, etc. Se investigan las bases científicas del fomento de la estructura social de las colectividades de producción, se analizan funciones socioeconómicas y socioeducativas de las colectividades en la producción moderna. Se estudian todos los aspectos de los problemas del desarrollo universal del individuo, los factores sociales de la formación de las demandas y los intereses de la población, etc. Entre las direcciones fundamentales de las investigaciones cabe señalar los procesos ideológicos y sociosicológicos relacionados con el progreso de las relaciones socioeconómicas en la sociedad, el mecanismo de la formación, las vías y los métodos de estudio y conocimiento de la opinión pública, los aspectos sociosicológicos de los medios de influencia ideológica (la prensa, la radio, el cine y la televisión), así como los problemas de educación internacionalista.

En el Instituto de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS ha sido creada una serie de secciones encargadas de estudiar las bases metodológicas de los pronósticos tecnoeconómicos a largo plazo, los problemas relacionados con las consecuencias socioeconómicas de la revolución científico-técnica, el estímulo económico al progreso técnico, los métodos científicos modernos de elevación de la eficacia del trabajo y los problemas de pronosticación de la estructura de la población, de ocupación de la misma por ramas y zonas económicas y la migración de la población.

El Instituto Económico-Matemático Central de la Academia de Ciencias de la URSS está encargado de estudiar los métodos y modelos cuantitativos de análisis de procesos sociales y los modos de reflejar los factores sociológicos en los modelos de planificación y gestión óptimas de la economía nacional. Cabe esperar que ese Instituto ayude a propagar los métodos matemáticos y los procedimientos de análisis cuantitativo al estudio no ya sólo de los problemas económicos, sino también de los procesos del desarrollo

social y cultural. La redacción de los correspondientes programas y metodologías permitirá emplear las calculadoras modernas en las investigaciones sociales.

La problemática sociológica brinda también muchas posibilidades a la etnografía y, lo que es lo principal, eleva mucho el nivel de las investigaciones etnográficas. Antes, dichas investigaciones se concentraban más que nada en torno a los problemas: régimen de vida, costumbres y hábitos, el interior y el exterior de la casa, la forma y el corte de la ropa para hombres y para mujeres, los ritos nupciales y funerales, etc. En cambio, ahora se presta mucha más atención a los problemas y las relaciones sociales. Esta es la razón de que el contacto de la etnografía con la sociología sea útil tanto para los sociólogos como para los etnógrafos.

En el Instituto del Estado y del Derecho ha sido creado un sector de investigaciones sociojurídicas. Los juristas se valen de las investigaciones concretas para el estudio de los problemas de la organización del Estado y del orden público, la preparación de proyectos de decretos, leyes y disposiciones y la codificación de las normas jurídicas.

Se amplían las investigaciones sociológicas en la Sección siberiana de la Academia de Ciencias de la URSS y en las Academias de Ciencias de las repúblicas federadas, en las que se crean también sectores y subsectores para investigaciones sociales. El Ministerio de Enseñanza Superior y Media Especializada de la URSS adopta medidas para activar las investigaciones sociológicas concretas en los centros de enseñanza superior.

Se proyecta ampliar la formación de sociólogos y crear secciones de sociología en las facultades de filosofía y economía de las universidades.

Es muy importante el fomento de las investigaciones sociales en los centros de enseñanza superior. En este sentido es interesante la experiencia de la Universidad de Leningrado, en la que fue fundado al principio sobre bases voluntarias, pero que ahora funciona como institución oficial, el Instituto de Investigaciones Sociales Complejas. Participan en sus labores de investigación postgraduados, estudiantes y jóvenes colaboradores científicos. Esto es una aportación a la labor científica que ayuda a elevar el nivel de la enseñanza.

La enseñanza sociológica debe comenzar ya en la escuela media. Hay que analizar hasta qué punto inculcan las clases escolares hábitos de pensamiento sociológico, de enfoque científico de la vida y del trabajo práctico. Hay que pensar también en la formación

sociológica de la población adulta. El problema de la formación sociológica y la propaganda de conocimientos sociológicos es un problema de porvenir de la sociología.

Al pensar en las tareas y las perspectivas del trabajo en la esfera de la sociología es preciso formarse una idea del tipo de sociólogo investigador y práctico. En el presente experimentamos escasez de ingenieros sociales o tecnólogos sociales, es decir, hombres que sepan aplicar los conocimientos sociológicos a la vida y, a la inversa, hombres que sepan hallar en la realidad social los problemas que requieren estudio y solución. Es como si nos imagináramos la aplicación de los adelantos de la física, la matemática y la química en la producción sin ingenieros-diseñadores. Del mismo modo son indispensables los sociólogos, y no sólo teóricos, sino también prácticos, capaces de poner en práctica las conclusiones teóricas.

En el despliegue de las investigaciones sociológicas ha de desempeñar un valioso papel la Asociación sociológica soviética fundada en 1958. Esta centra su atención en tres problemas fundamentales: la generalización de la experiencia y el balance de los resultados de las investigaciones sociológicas; la propaganda de conocimientos sociológicos, y el fomento de los contactos con los sociólogos de otros países. No se trata simplemente de organizar viajes de hombres de ciencia soviéticos al extranjero para participar en conferencias y congresos, sino, más que nada, para ver qué ocurre en el extranjero, para consolidar el intercambio científico fructífero y continuo entre los sociólogos soviéticos y los de otros países.

De suyo se entiende que las instituciones científicas y los centros de enseñanza no pueden realizar investigaciones sociológicas sin la ayuda de las organizaciones del partido, sin colaborar con el Komsomol, con los sindicatos, etc. Ahora, los hombres de ciencia prestan más y más atención a los problemas de la labor ideológica, de la educación y la organización del trabajo y la vida de las colectividades en las empresas, es decir, a los problemas que revisten especial interés para las organizaciones del partido. Las instituciones científicas no conciben la realización de esta labor sin la participación de los activistas de las organizaciones del partido, del Komsomol y de los sindicatos. Surge el problema de la coordinación de la labor de las instituciones académicas y los centros de enseñanza superior con la de las organizaciones del partido y del Komsomol. Las organizaciones de los Soviets atribuyen igualmente mucha importancia a las investigaciones sociales concretas, ya que para los Soviets, el problema del conocimiento concreto de los procesos sociales adquiere especial significación en virtud de las tareas que se plantean en el terreno del continuo desarrollo de la democracia socialista.

Unidos a las organizaciones del partido, los sindicatos y el Komsomol, los sociólogos toman parte activa en la confección de los planes de desarrollo social de las empresas. Los sociólogos prestan una útil asistencia científica y metodológica a los organismos del partido, los Soviets y los sindicatos en la planificación social de ciudades y zonas.

El máximo fomento de las investigaciones sociales concretas y la debida organización de las mismas constituyen una condición indispensable para el aumento del papel de las ciencias sociales en la vida de la sociedad.

LOS CAMBIOS SOCIALES DEL SIGLO XX Y LA LUCHA EN TORNO A SU INTERPRETACION

El concepto y el contenido de los cambios sociales

A primera vista, la sociología contemporánea se divide en una multitud infinita de corrientes y está llena de discusiones sobre una infinidad de problemas. Confirman tal criterio los sociólogos burgueses con su actividad práctica, al crear sus múltiples escuelas, corrientes y tendencias "nuevas", etc. en la sociología.

Ahora bien, si hacemos abstracción de la abundancia de términos, concepciones y métodos y calamos en la esencia de las disputas, observamos seguidamente que el problema cardinal, en torno al que se libra la lucha entre los principales campos de la sociología, o sea, entre los sociólogos marxistas y los burgueses, es el del contenido y la dirección del desarrollo social contemporáneo mundial. En distintos períodos, según la situación, este problema se plantea aplicado a los diversos aspectos de la vida social, pero precisamente él constituye la base de todas las discusiones. Eso se puede observar, en particular, en las labores de la Asociación Sociológica Internacional y de los congresos sociológicos internacionales que convoca.

La Asociación Sociológica Internacional, que se halla bajo los auspicios de la UNESCO, fue fundada para lograr la colaboración internacional en las investigaciones sociológicas. La Asociación reconoce la necesidad de estudiar en común los problemas de los que depende el mantenimiento de la paz y el progreso de la comprensión mutua internacional.

La Asociación Sociológica Internacional, como prueba su actividad, ha planteado para la discusión acuciantes problemas de nuestra época, y no cuestiones académicas abstractas. Sin embargo, la solución de estos problemas no ha correspondido en absoluto en nume-

rosos casos a los proclamados objetivos e intereses de colaboración internacional.

El primer congreso de la Asociación se celebró en Zurich, en 1950, y se ocupó del problema de las relaciones entre las naciones. Era esa una época de especial auge del movimiento de liberación nacional contra el colonialismo y de lucha de los pueblos en defensa de la soberanía nacional. Como resultado de la victoria de la Unión Soviética y los demás pueblos adictos a la libertad en la segunda guerra mundial fracasaron los planes hitlerianos de conquistar la dominación mundial, se acabó con el sistema colonial japonés y se asestaron golpes demoledores al colonialismo holandés y al francés. Sufrió un quebranto irreparable el imperio colonial británico. En estas condiciones, como era lógico, el problema nacional adquiría una importancia especial. Y lo positivo de las labores del I Congreso Internacional de los Sociólogos consistió en que condenó la teoría y la práctica del racismo, como también el empleo de la violencia en las relaciones entre los pueblos. Pero, en lugar de apoyar los movimientos de liberación nacional, los sociólogos de Occidente declararon en sus intervenciones que las estructuras nacionales habían envejecido, que había llegado la hora de las organizaciones "supranacionales". El filo de sus intervenciones iba dirigido contra la soberanía nacional, en defensa del llamado "Estado mundial", vieja consigna de los pretendientes a la dominación mundial y los organizadores de bloques militares.

El II Congreso, celebrado en Lieja, en 1953, se ocupó del problema de la "estratificación social". La ofensiva de los monopolistas sobre el nivel de vida y los derechos de los obreros había originado un excepcional auge del movimiento huelguístico. Precisamente el problema de las relaciones entre las clases se ocultaba tras la vaga definición del tema del Congreso. Los informes y las intervenciones en él reflejaban en la mayoría de los casos el deseo de velar la profundidad de las contradicciones de clase en la sociedad capitalista y de oponer la ideología burguesa de la paz entre las clases a la teoría marxista de la lucha de clases.

A fines de agosto de 1956 se celebró en Amsterdam el III Congreso Internacional de los Sociólogos, con la asistencia de más de 550 delegados de 57 países. Tomaron parte en las labores de dicho Congreso hombres de ciencia de la Unión Soviética y las democracias populares europeas. Eran pocos los sociólogos de Oriente. Apenas había marxistas de los países de Europa Occidental.

El tema del III Congreso era "Problemas de los cambios sociales del siglo XX". Era natural que el tema despertase vivo interés. El problema del contenido, el sentido y las fuerzas motrices de los

cambios sociales en el presente siglo afecta a los intereses vitales de los pueblos y los destinos del progreso, por cuya razón atrae la mayor atención de los sociólogos.

En los informes y las intervenciones de los marxistas se puso al descubierto la esencia de los cambios sociales de la época contemporánea: el paso revolucionario del capitalismo al socialismo. Con tal motivo se mostró el carácter natural y objetivo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, de la formación del sistema socialista mundial y de la disgregación del sistema colonial del imperialismo, se subrayó el creciente papel de las masas populares en la historia contemporánea y se explicó la agravación de las contradicciones de la sociedad capitalista moderna a raíz del crecimiento de las fuerzas productivas. Los marxistas partían en sus intervenciones de que los cambios sociales determinantes son los que tienen lugar en el modo de producción, son los cambios en la economía. Y los cambios en la organización política, en las relaciones nacionales y familiares, en las normas e instituciones jurídicas, en la enseñanza, en todas las esferas de las relaciones entre los hombres son, en fin de cuentas, consecuencia de las transformaciones cardinales de las bases económicas de la sociedad.

La principal realización del sistema económico socialista consiste en haber suprimido la explotación del hombre por el hombre y mejorado el nivel de vida de la mayoría de la población. A la par con el afianzamiento de la propiedad social sobre los medios de producción desaparecen los antagonismos de clase, que han desgarrado la sociedad durante siglos y siglos. En los países que han tomado el camino del socialismo se superan las contradicciones de clase y se pone fin a las llagas sociales: la desigualdad de derechos y la opresión nacional, la desigualdad del hombre y la mujer, la explotación del agro por la ciudad, etc. Todos los tipos de enseñanza, incluida la superior, están al alcance de todos los trabajadores. Al abolirse la propiedad privada sobre los medios de producción desaparecen los subsiguientes privilegios políticos de sus propietarios. La democracia deviene patrimonio de todos los miembros de la sociedad.

A la vez que se producen cambios sociales cardinales, en nuestro siglo se registran profundos cambios en la conciencia de los hombres. La propagación de las ideas del socialismo, de la igualdad de las naciones, de la amistad y la paz entre los pueblos supone el triunfo de los mejores ideales de la humanidad. Estas nuevas ideas se han hecho ya realidad en unos países, imponiéndose en otros a la ideología que santifica la propiedad privada y la explotación del hombre por el hombre, la discriminación racial y la opresión nacional. Las nuevas ideas constituyen la base de la cultura de vanguardia y

ayudan a los pueblos en su lucha por la libertad, la democracia y el progreso social.

En los informes de los sociólogos occidentales se dedicó mucho lugar al examen del concepto "cambios sociales". Unos decían que había que entender por cambios sociales los que se producen en las relaciones entre los hombres, otros afirmaban que se trata de cambios en la estructura social. Sin embargo, los unos y los otros eludieron las causas más profundas de los cambios sociales, las que radican en el progreso económico de la sociedad.

¿Cómo entiende la sociología "occidental" los cambios sociales del siglo XX?

Lo típico de la mayoría de los sociólogos occidentales era el deseo de eludir o menoscabar las cardinales transformaciones revolucionarias del siglo XX, los poderosos movimientos de liberación nacional y limitarse, por una parte, a disquisiciones abstractas sobre el progreso en general y, por otra, a la descripción de ciertos fenómenos, hechos y reformas parciales en la legislación, la enseñanza, la organización del trabajo, las relaciones familiares, etc. Como era de esperar, los sociólogos burgueses procuraron embellecer y presentar como cambios sociales fundamentales del siglo XX los ocurridos en la economía capitalista y en la organización de la producción en los últimos decenios.

Al detenerse en el planteamiento del problema de los cambios sociales, se pueden señalar dos elementos de las disertaciones sociológicas generales de los sociólogos de Occidente.

En primer lugar, en las intervenciones de los sociólogos occidentales se restringe por todos los modos el concepto "cambios sociales". En el Congreso hubo tentativas por su parte de contraponer esa noción a los conocidos conceptos "progreso" y "desarrollo". Así, en el informe del profesor germanooccidental Wiese se decía que el concepto "cambios", a diferencia de los conceptos "progreso" y "desarrollo", "expresa una valoración más cautelosa y escéptica de las variaciones vitales y sociales"[1]. En su informe resaltó con más relieve el intento de mostrar que los elementos fundamentales de la vida social son inmutables. Se llegó incluso a invocar la ley de la conservación de la energía. Se dijo que es también una ley sociológica, ya que todo lo existente, al experimentar cambios, sobrevive, aunque en otra forma.

Al hacerse esa alusión se tergiversó la esencia de la propia ley de la conservación de la energía. Se pasó por alto el que todos los

---

[1] *Transactions of the Third World Congress of Sociology*, International Sociological Association, 1956, vol. I, p. 2.

procesos vitales significan la transformación de la energía, la cual adquiere otras formas, cualitativamente nuevas, que en el proceso del desarrollo histórico han surgido formas nuevas de movimiento de la materia, como la vida y su producto superior: el hombre y el pensamiento humano. La historia de la humanidad hace patentes los cambios cardinales de las formas de la vida social, y el siglo XX es el de las transformaciones más profundas y radicales. El afán de restringir y limitar la significación de las mismas halló su expresión en el intento de interpretar de modo restrictivo el propio concepto "cambios sociales".

A juicio de los sociólogos occidentales, la tendencia determinante de la vida social es la tendencia a la estabilidad. El sociólogo francés G. Davy insistió con singular ahínco en la tesis de que cualquier sociedad es una coexistencia estable de grupos sociales, que el progreso debe producirse dentro del marco del orden, es decir, manteniéndose los pilares de la vieja sociedad.

El sociólogo Gilberto Freyre comenzó su informe declarando que en el siglo XX se han producido considerables cambios sociales tanto en los países europeos como en los no europeos. Sin embargo, toda la argumentación suya consistía en que en todos los cambios sociales triunfan, en fin de cuentas, los llamados "valores tradicionales". Hasta las revoluciones, como opina Freyre, llegan con el tiempo a restablecer las viejas normas que negaban antes.

La otra peculiaridad de los informes sociológicos generales que merece mencionarse es la comprensión extremamente ecléctica de las causas de los cambios sociales. Como dijo uno de los informantes, la "explicación unicausal de los fenómenos" se vio sustituida por la "interpretación multilineal". En realidad es la vieja teoría ecléctica de los "múltiples factores", que niega el papel determinante del desarrollo económico de la sociedad. Fue expresada más claramente por el sociólogo inglés Ginsberg, tanto en su informe presentado por escrito como en los comentarios orales. Ginsberg estima que la "causalidad es un conjunto de factores que, en interacción los unos con los otros, están sujetos a cambios de carácter y continúan en el efecto" y que existen seis grupos de tales factores determinantes de los cambios sociales. Entre esta profusión de factores figuran las variaciones espontáneas del individuo, los actos de un número indefinido de individuos, las influencias de eminentes personalidades históricas, cambios estructurales, cambios en la correlación de las clases sociales, el papel de los llamados hombres nuevos, etc., etc.[2].

[2] *Transactions of the Third World Congress of Sociology*, vol. I, pp. 11, 13-19.

Semejante concepción sociológica no posee criterio científico para delimitar las circunstancias sustanciales y no sustanciales que influyen en la marcha de los acontecimientos históricos. Admite la combinación arbitraria de distintos factores al explicar los diversos cambios sociales y permite mezclar elementos de explicación acertada con distintas conjeturas. Así, en lo concerniente a los acontecimientos de épocas pasadas, el profesor Ginsberg reconoce que los cambios sociopolíticos estuvieron relacionados con los cambios de correlación de fuerzas de las distintas clases sociales. Por ejemplo, las reformas democráticas de los primeros decenios del siglo XIX en Inglaterra reflejaron, a juicio del profesor, la creciente fuerza de las clases medias. De ser consecuente, hay que reconocer que las transformaciones sociales contemporáneas expresan el acrecido papel de las masas trabajadoras, con la clase obrera al frente, en la vida sociopolítica. No obstante, en la explicación de los cambios sociales contemporáneos, el profesor apela a la "salvadora" teoría de la multitud de factores, haciendo alusión a circunstancias fortuitas, no esenciales, y no advierte el carácter objetivo de las cardinales transformaciones revolucionarias.

La concepción positivista de la "diversidad de factores" atrae a muchos sociólogos por no descartar ciertas tesis correctas y poder ofrecer cierta explicación en forma aparentemente científica a unos u otros acontecimientos, brindando, a la vez, un vasto campo para interpretaciones subjetivistas de los problemas sociales en beneficio de las clases cuyos portavoces ideológicos son esos sociólogos.

La teoría de la multitud de factores niega el materialismo, pero se deslinda también del monismo idealista. Ginsberg expresó su desacuerdo con los que estiman que la razón es la fuente de todos los cambios. Dijo que la conciencia misma cambia bajo el efecto de los constantes cambios biológicos. Por otra parte, señaló la necesidad de contar también con la influencia de los cambios económicos.

Idéntica confusión ecléctica se manifestó en la interpretación del papel del derecho en la vida social. Algunos sociólogos afirmaban que el derecho es el medio principal de ejecución de los cambios sociales. Sin embargo, al propio tiempo reconocían que las leyes se crean bajo la influencia de factores económicos y políticos. Resulta un círculo vicioso: el derecho desempeña el papel decisivo en los cambios sociales, y las normas del derecho vienen condicionadas por los factores socioeconómicos.

Lo característico es que ninguno de los sociólogos occidentales expuso una concepción integral y coherente de los cambios sociales, aunque injusta y discutible. Desde luego, eso no quiere decir que no hayan patentizado una tendencia general en medio de la aglo-

meración de insignificantes elementos de positivismo y disquisiciones abstractas.

En las diversas intervenciones de los sociólogos occidentales en el Congreso se reveló claramente el afán de encubrir las crecientes contradicciones de clase de la sociedad capitalista y de crear una apariencia de amortiguamiento de la lucha de clases. Con tal objeto fueron formulados dos conceptos fundamentales: "estratificación social" y "movilidad social".

Los sociólogos burgueses, sobre todo los norteamericanos, afirman desde hace ya mucho tiempo que el concepto de clase ha envejecido, que el nuevo concepto "científico", correspondiente a la situación contemporánea debe ser el de estrato, de capa social. Por eso, según ellos, no cabe hablar de la división de la sociedad en clases, sino de la estratificación social, de la distribución de los hombres en diversos grupos sociales. Además, se estima que dichos grupos no guardan determinada relación respecto de los medios de producción. Se distinguen con arreglo a la situación de los hombres en el escalafón, con arreglo a la profesión, la enseñanza, las fuentes y las proporciones de los ingresos, etc. Como afirman los sociólogos occidentales, las viejas clases se han estratificado, y las diferencias entre ellas no son ahora mayores que dentro de cada una de las mismas. A su juicio, ya no existen grupos sociales con intereses económicos comunes.

Al hablar de la movilidad social, los sociólogos burgueses hacen el principal hincapié en que, a la par con el desplazamiento territorial de los hombres al cambiar de zonas, empresas e instituciones, se produce el desplazamiento de los individuos que abandonan las capas inferiores para ir a las superiores, que salen de unos grupos sociales para entrar a formar parte de otros. Por eso, la tesis principal de los informes en todas las secciones –tanto las dedicadas a problemas de propiedad como las que se ocupaban de la enseñanza y la moral– era la de "la movilidad social de la sociedad occidental": se decía que las barreras de clase ya no existían y que los obreros tenían la posibilidad de pasar a las capas superiores de la sociedad, cursar la enseñanza superior, comprar acciones, participar en las ganancias, en la gestión de las empresas, etc.

Según aseveraciones de ciertos sociólogos occidentales, principalmente los estadounidenses, la explotación de los obreros por el capital ha desaparecido ya, y si persiste en algunos lugares no es más que un fenómeno fortuito, una supervivencia. Dicen que la oposición de clase se ha atenuado y las clases extremas –el proletariado y la burguesía– se han transformado y fundido. Como insisten estos sociólogos, los obreros han adquirido propiedad y son ahora una

parte de la clase media, mientras que los capitalistas han dejado de ser propietarios de empresas, se han convertido en empleados de compañías industriales y financieras. La clase media es, según se pretende, la predominante y, en realidad, la única, mientras que se borra cada vez más la diferencia de los ingresos. Los sociólogos norteamericanos, como, por ejemplo, Jessie Bernard y William Friedmann, consideran que la propiedad capitalista privada ha sufrido cambios cardinales. La propiedad por acciones es, a su juicio, ya una propiedad socializada, puesto que, como insisten, se halla bajo el control del Estado, mientras que el poder de los propietarios se ve cada vez más limitado por la sociedad.

En el informe de W. Friedmann se hizo hincapié en que la propiedad comprende dos tipos de control: el poder de utilizar y el poder de disponer. El informante trató de probar que, en la sociedad burguesa contemporánea, el usufructo de los bienes se realiza mejor que en la sociedad "preindustrial" y que el poder dominante de la posesión es ahora más débil y restringido. En la sociedad industrial de nuestros días domina cada vez más, según Friedmann, el administrador, y no el propietario. El comité ejecutivo sustituye al empresario, el gran consorcio sustituye los imperios individuales de los anteriores capitalistas empresarios.

En opinión de Friedmann, el poder del capitalista se ve limitado por medidas extraordinariamente multiformes: convenios colectivos, legislación antitrust, propiedad corporativa, legislación sobre problemas de trabajo y salarios, etc. Con tal motivo, Friedmann afirma que ahora la propiedad, además de dar derechos y privilegios, impone deberes.

Los sociólogos occidentales intentaron demostrar en el Congreso que en la sociedad burguesa no se produce sólo el proceso de liquidación de las bases económicas de las contradicciones de clase, sino, además, el de formación de una moral común, independiente de las clases. El profesor R. Angell, autor del libro *The Integration of American Society*[3], aparecido en 1941, en el que se argumenta la concepción de la paz entre las clases, exhortó en el Congreso a la creación de una moral mundial única. La tesis de la "integración moral" es, en realidad, una expresión de la tendencia general de la sociología occidental a velar las contradicciones de clase.

La prédica de conciliación de las contradicciones de clase en la sociedad burguesa es un procedimiento viejo y trillado de los defensores del capitalismo. Los sociólogos occidentales contemporáneos

---

[3] R. C. Angell. *The Integration of American Society; a Study of Groups and Institutions.* N. Y. and L., 1941.

rumian y renuevan las teorías apologistas de la sociología positivista y la economía política vulgar del siglo XIX. En la argumentación teórica de los sociólogos occidentales no hay nada nuevo en comparación con lo que tenían Say, Bastiat y Brentano. Los sociólogos burgueses contemporáneos, lo mismo que sus antecesores, quieren convertir a los obreros en dóciles servidores asalariados.

Cabe hacer constar que la teoría de las clases más difundida en el Congreso era la teoría distributiva, que atribuye la existencia de las clases sólo a la desigualdad de los ingresos. La teoría distributiva, que en los últimos años ha adquirido gran propagación en la sociología burguesa, permite a sus adeptos hacer caso omiso de la relación que guardan los hombres respecto de los medios de producción y las relaciones de propiedad y hacer juegos de manos con distintos cálculos de la distribución de los ingresos. Puesto que no es difícil falsificar el cuadro de la distribución de los ingresos, la teoría distributiva goza de gran aceptación entre los sociólogos burgueses.

Se entrelaza con dicha teoría el viejo criterio tecnocrático-organizativo de la naturaleza de las clases y de la evolución de éstas. La esencia de ese criterio se reduce a que las clases no dependen ahora de la propiedad, sino de la gestión, de las funciones administrativas o ejecutivas. Esta teoría tiene también por base el afán de apartar la atención del índice fundamental que delimita las clases: la relación que éstas guardan respecto de los medios de producción.

La teoría biológica de las clases, muy difundida entre los sociólogos burgueses en un pasado reciente, ha sido ya relegada al olvido. Esa teoría, que atribuye la división de la sociedad en clases a la diferencia de las propiedades biológicas y de las aptitudes mentales, se liga tan evidentemente a la ideología racista y se ha desacreditado tanto unida al racismo que hasta los sociólogos burgueses más reaccionarios hubieron de abandonarla. Además, la teoría encaja mal con la prédica de la "movilidad social". Los sociólogos burgueses establecen lazos de relación entre las teorías distributiva y tecnocrático-organizativa de las clases, por una parte y, por otra, el concepto de "movilidad social".

Al razonar sobre la "movilidad social" y las posibilidades de paso de los individuos de las capas inferiores a las superiores, los sociólogos burgueses aluden el problema de la liquidación de la base misma de la división de la sociedad en clases opuestas. Algunos consideran que el progreso de la técnica, sobre todo de la automatización de la producción, llevará a la nivelación de las clases y a la liquidación de la diferencia entre el trabajo manual y el intelectual. Pero, muchos ven que, bajo el capitalismo, la automatización de la

producción no conduce al ascenso de la especialización y la calificación del obrero, sino a la pérdida de las mismas. El sociólogo francés Georges Friedmann señaló, por ejemplo, que la diferencia entre el trabajo intelectual y el manual crece con el progreso de la gran producción y que el obrero pierde la perspectiva de pasar a las capas superiores de la sociedad. Pero redujo el programa al de cómo habría que organizar el descanso del obrero y cómo utilizar su tiempo libre para el desarrollo intelectual. Dicho con otras palabras, Friedmann busca las vías de suavizar la oposición entre el trabajo intelectual y el manual, y no la liquidación de las bases de dicha oposición, que radican en la propiedad privada sobre los medios de producción.

Sin embargo, veamos los argumentos y los datos aducidos para confirmar la tesis de la "movilidad social", de la desaparición de las barreras y la oposición entre las clases de la sociedad burguesa. Al examinarse atentamente el problema se ve que los datos se vuelven en contra de los partidarios de dicha tesis. En el informe del sociólogo norteamericano Kurt Mayer se dice que, en los EE.UU., los obreros asalariados en 1870 constituían el 52,8% del total de la población apta para el trabajo; en 1910, el 56,8%; en 1950, el 56,5%, y en 1954, el 55,8%. Así, en más de 80 años, la clase de los obreros asalariados, lejos de desaparecer, aumentó. Esta clase es la que crea la plusvalía de que se apropian los distintos grupos burgueses.

En lo tocante a las capas medias, el informe aporta igualmente datos ilustrativos. Los llamados empresarios independientes, unidos a los miembros de sus familias aptos para el trabajo, constituían en 1870 un total de 40,4% de toda la población apta para el trabajo; en 1910, el 27,1%; en 1950, el 14,4%, y en 1954, el 13,3%. El número de granjeros disminuyó en esos años en las siguientes proporciones: en 1870 constituían el 27,1% del total de la población; en 1910, el 17,7%; en 1950, el 6,9%, y en 1954, el 5,9%. Por consiguiente, el grueso de los pequeños productores, que eran la base de la "clase media", se arruinó y vive ahora trabajando a sueldo. Han engrosado, en parte considerable, las filas de las capas medias los empleados, cuya proporción en el total de la población apta para el trabajo aumentó del 6,6% en 1870 al 30,8% en 1954. El llamado crecimiento de la clase media significa el crecimiento del número de trabajadores ocupados en la esfera inmaterial[4].

Exactamente del mismo modo que la tesis de la nivelación de las clases, carecen de fundamento las afirmaciones acerca del cam-

[4] *Transactions of the Third World Congress of Sociology*, vol. III, p. 70.

bio cardinal o incluso de la desaparición de la propiedad privada al crecer las sociedades anónimas. La dominación de los monopolios no modifica la esencia de las relaciones de producción capitalistas. La base de dichas relaciones sigue siendo la explotación del trabajo asalariado. Se sabe que la masa fundamental de las acciones pertenece a un número insignificante de millonarios y multimillonarios. Los cambios ocurridos en la propiedad capitalista sólo se han reducido a que los capitalistas poseen en común, en grupos, y no en forma individual, los fundamentales medios de producción y explotan en común a los obreros asalariados, para repartir luego la ganancia según el capital. Dicho en otros términos, la forma de propiedad por acciones no hace más que camuflar la relación que guardan los capitalistas respecto de los medios de producción. Las disquisiciones acerca de que los obreros pueden poseer acciones no merecen que se les tome en serio, ya que, en los EE.UU., nada más que el 3% de las familias obreras posee acciones y, además, de escaso valor. Es la misma manera de camuflar las relaciones capitalistas de producción que la cacareada participación de los obreros en la gestión de las empresas capitalistas. La existencia y cierto aumento de artículos de uso personal en poder de una parte de los obreros tampoco los acercan a los capitalistas. Las clases se distinguen por la relación que guardan respecto de los medios de producción. No cabe confundir la propiedad sobre los objetos de uso y consumo personales con la propiedad sobre los medios de producción. Con el salario que ganan, los obreros compran calzado, ropa, artículos de uso doméstico, pero no se convierten en propietarios de medios de producción, por cuya razón siguen siendo una clase explotada.

Tampoco cuesta trabajo comprender que el desplazamiento de los empresarios capitalistas individuales por los monopolios no significa en absoluto la desaparición de la clase capitalista. Los propietarios individuales de las empresas capitalistas ceden lugar a las agrupaciones monopolistas de los capitostes del capital financiero, los millonarios y los multimillonarios que explotan a los trabajadores a través del sistema de trusts, sociedades anónimas, bancos y empresas capitalistas de Estado.

El abismo entre el trabajo y el capital, entre los trabajadores y los explotadores no se liquida, sino que se hace más hondo, puesto que las ganancias de los monopolios crecen mientras disminuye la proporción de las grandes masas populares en la renta nacional. El progreso de la técnica conduce a la intensificación del trabajo, al incremento de la explotación de los obreros, erigiéndose en fuente de agravación de las contradicciones sociales y de la incesante lucha de clases en los países capitalistas.

Los sociólogos occidentales han hecho alusiones a que en ciertos países existen leyes antitrust llamadas a proteger la empresa privada y la libre competencia contra la prepotencia de los monopolios. Pero la vida muestra que no hay medidas legislativas capaces de suprimir procesos económicos objetivos. Pese a la legislación antitrust, en los EE.UU., por ejemplo, han crecido inconteniblemente los consorcios monopolistas, arruinando y absorbiendo millones de empresas privadas. En los últimos decenios, los consorcios monopolistas han aniquilado la propiedad privada de millones de pequeños empresarios, convirtiendo a estos últimos en trabajadores asalariados. La propia legislación antitrust nació de la conciencia de que el crecimiento del poderío y la influencia de los consorcios monopolistas suponían un peligro para la existencia de las empresas privadas.

Es igualmente insostenible la leyenda de la "desconcentración" del capital, del crecimiento de las empresas pequeñas y medias; en realidad, la concentración del capital sigue reforzándose, y la proporción de las empresas pequeñas y medias disminuye. En los EE.UU., en 1904, en las empresas grandes, con producción por valor de un millón de dólares y más, estaba ocupado el 25,6% del total de obreros, los cuales rendían el 38% de la producción global de la industria. En 1939, las grandes empresas ocupaban ya el 55% de total de obreros y rendían el 67,5% de toda la producción industrial. Durante la segunda guerra mundial y en el período postbélico, la omnipotencia de los gigantescos consorcios industriales creció sin cesar. En la industria transformativa, los consorcios explotan a cerca del 90% del total de obreros asalariados y rinden casi el 93% de toda la producción. 250 gigantescas compañías concentran en sus manos cerca de dos tercios de todo el potencial industrial del país. La American Steel Corporation posee tres cuartos de todas las reservas de hierro, 16 firmas controlan más del 83% de todas las reservas de cobre.

En virtud de su situación dominante y omnipotente en la producción y el mercado, las asociaciones capitalistas fijan los precios de las materias primas y las mercancías acabadas, establecen el nivel de los salarios y disponen a su antojo de todos los descubrimientos e inventos técnicos. Los capitalistas se valen de estos medios para obtener las altas ganancias de monopolio. Así es cómo los monopolistas sacan fabulosas ganancias de la explotación de los países económicamente dependientes. Donde hacen mejor su agosto los capitalistas es en la carrera armamentista.

Las asociaciones monopolistas de los capitalistas, representando la continua socialización de la producción sobre bases capitalistas, gozan de evidentes ventajas en comparación con los empresarios

individuales. Los monopolios tienen la posibilidad de hacer grandes inversiones en la construcción de gigantescas empresas y en el reequipamiento técnico de la industria.

Ahora bien, el progreso de las fuerzas productivas bajo el capitalismo se efectúa en medio de la agravación de sus contradicciones antagónicas. La producción en cadena, que significó un ascenso inusitado de la productividad del trabajo, la utilizaron los capitalistas para acelerar monstruosamente el ritmo de trabajo, con el que se agotan en breve plazo las fuerzas físicas y espirituales del obrero. En la sociedad capitalista, los adelantos de la técnica se convierten más y más en fuerza ajena y hostil al hombre. El capitalismo aprovecha los descubrimientos científicos y los inventos técnicos para avasallar todavía más a los trabajadores, para preparar y desencadenar guerras de exterminio. Por algo ha adquirido actualidad en Occidente el problema del "hombre y la técnica" y suenan cada vez más las ideas de que la técnica es un mal. Pese al gigantesco progreso de la técnica, el sistema económico capitalista no está en condiciones de satisfacer las necesidades vitales de muchos millones de trabajadores en los países capitalistas más avanzados. Es más, la técnica en manos de los capitalistas suscita en los hombres el miedo ante el porvenir.

El profesor norteamericano L. Wirth, ex presidente de la Asociación Sociológica Internacional, dijo en el primer congreso de la misma: "Los hombres han realizado sus más osados sueños en lo concerniente a la dominación de la naturaleza... La agricultura y la industria disponen de medios de producción masiva que, aplicados universalmente, liberarían a los hombres de la mayor parte de sus fastidiosas ocupaciones... Han aprendido a combatir las enfermedades. El progreso técnico logrado en el dominio del transporte y de las comunicaciones, el avión, la radio, el cine y la televisión han abolido prácticamente las distancias. Sin embargo, al propio tiempo, el poder de destrucción del hombre ha crecido en proporciones gigantescas. Millones de seres humanos todavía no saben leer ni escribir, utilizan técnicas primitivas, pasan hambre, sirven de peones en los planes bélicos, ignoran la libertad y la garantía de los derechos más elementales del hombre..."[5]

El viraje que se produce en nuestra época en la técnica hace más y más hondas las contradicciones de la sociedad capitalista y plantea ante ella nuevos problemas insolubles para dicho régimen social. La automatización de la producción permite prescindir de una inmensa parte de la mano de obra que antes tenía ocupa-

[5] *Bulletin International des Sciences Sociales*, Paris, 1951, vol. III, N° 2, p. 216.

ción y crea el peligro de desempleo masivo. Ante las grandes masas obreras se presenta el fantasma del paro forzoso, se cierne sobre ellas el peligro de ser desalojadas por las máquinas modernas en medida todavía mayor que cuando apareció la máquina de vapor.

La propagación de aparatos y dispositivos de mando y control automáticos de la producción y de calculadoras electrónicas conducirá a una vertical reducción del personal técnico y de los empleados de oficina y planteará el acuciante problema del desempleo entre estas capas de la intelectualidad.

El progreso de la industria ligada a la automatización y al descubrimiento de la energía atómica requiere colosales inversiones de capital y más alta concentración de la producción. Todo eso aumenta la necesidad económica de seguir socializando la producción. Ya la electrificación de la economía tropezó con el estrecho marco de la propiedad capitalista, que impide utilizar racionalmente los recursos energéticos a escala de todo un país, y todavía más a escala de un grupo de países. El progreso científico-técnico tropieza con obstáculos todavía mayores que levanta la propiedad capitalista.

Esta contradicción de la realización del progreso técnico refleja la contradicción fundamental entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiación. La socialización de la producción y el avance de la técnica sobre bases capitalistas lleva al reforzamiento de los monopolios, los cuales tienen en sus manos toda la gran producción.

Los sociólogos occidentales afirman que el capitalismo moderno es un capitalismo planificado y organizado, que ha puesto fin a la anarquía en la producción. Pero, el capitalismo no ha creado y no puede crear una economía, armónica y proporcional, ya que ello es incompatible con la propiedad capitalista sobre los medios de producción.

Bajo la dominación de los monopolios aumenta extraordinariamente la desigualdad del desarrollo de unas u otras ramas de la industria y de los países capitalistas. Mientras unas ramas de la industria o unos países progresan a intenso ritmo, otras ramas u otros países se estancan y se retrasan. El progreso técnico bajo el capitalismo monopolista reviste un carácter extraordinariamente contradictorio y antagónico. El monopolio capitalista no puede suprimir por entero y por mucho tiempo la competencia en el mercado interior y el mundial y superar la anarquía de la producción. Las propias medidas de regulación estatal de la economía muestran que, por doquier, el socialismo llama a la puerta, incluso en los

países en que por el momento dominan los monopolios capitalistas. Las agrupaciones monopolistas bajo la forma de cárteles, trusts y bancos, los intentos de regulación estatal de la economía y la nacionalización de varias empresas no son otra cosa que el reconocimiento forzoso del carácter social de la producción.

El desarrollo de las contradicciones entre el proceso de socialización de la producción y la forma capitalista de propiedad tiene como resultado las periódicas y destructivas crisis económicas, que engendran el paro masivo, la miseria y un gigantesco derroche de fuerzas productivas. El carácter cíclico del desarrollo del capitalismo, que incluye el crecimiento temporal y, luego, el descenso vertical de la producción, incrementa la inestabilidad y el carácter precario de la situación económica de las grandes capas populares.

Las guerras mundiales, que ya llevaron dos veces a la humanidad a la vorágine de incalculables calamidades y sufrimientos, guardan relación con la colosal concentración del capital, el colosal crecimiento de las agrupaciones monopolistas y con su rivalidad en el mercado mundial y su lucha por la dominación mundial. La concentración de la fuerza económica y política sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción conduce a la violencia y al aplastamiento, tanto en la vida interna de los Estados como en las relaciones internacionales. Todo eso prueba que la liquidación de la propiedad capitalista privada sobre los medios de producción es una necesidad vital del progreso económico mundial.

En el poderoso torrente general de los cambios revolucionarios del siglo XX ocupa un lugar importante el movimiento de liberación nacional.

Empeñados en borrar las huellas del multisecular saqueo de los pueblos coloniales y camuflar los planes de largo alcance del imperialismo internacional concebidos con vistas al avasallamiento económico y político de los países emancipados, los predicadores del capitalismo quieren atemorizar por todos los medios a los pueblos con sus infundios acerca de no se sabe qué "designios" de la Unión Soviética. Robert Bowie, funcionario responsable del Departamento de Estado de los EE.UU., destacado dirigente de la "Asociación de Política Exterior" norteamericana, afirmaba: "La estrategia de la expansión del comunismo atribuye actualmente la prioridad a las regiones subdesarrolladas. Los soviéticos cuentan con que los fracasos y los motines locales lleven a un caos que los partidos comunistas podrán explotar, invocando el ejemplo de las realizaciones económicas soviéticas... En lo sucesivo, las zonas

industrializadas serán estranguladas por el paso de los países subdesarrollados bajo el control comunista"[6].

Forzado por los propios hechos a reconocer la fuerza atrayente que tiene para los pueblos del mundo entero el ejemplo soviético y que, siguiendo ese ejemplo, los países atrasados pueden lograr el fortalecimiento de la economía y la independencia política, R. Bowie trata de presentarlo como una manifestación de la "expansión comunista" y la "esclavización". Al igual que muchos otros ideólogos burgueses, Bowie procura meter una cuña entre el campo socialista y los países recién emancipados, así como las colonias. El mismo fin persiguen los intentos de sembrar entre los dirigentes de los países emancipados la desconfianza en la Unión Soviética. El "especialista" en ideología comunista S. Schram, famoso en el Occidente, escribía que los países socialistas sólo adoptarán una actitud amistosa respecto de las ex colonias "si el neutralismo de éstas no está manchado por ningún compromiso con los Estados Unidos, y si, dentro de estos países, se les ofrece a los comunistas la plena libertad para organizar la etapa siguiente de la revolución"[7].

Los ideólogos de la burguesía contemporánea se dan cuenta de la importancia que tiene para los destinos de los países que se emancipan o que se han emancipado ya la elección de los caminos de su desarrollo. Por eso hacen todo para disuadir a los dirigentes de dichos países de la colaboración con la URSS.

Los sociólogos burgueses no pueden comprender y apreciar la significación revolucionaria de la lucha de liberación nacional y la ligazón de ésta con el crecimiento de las fuerzas del socialismo.

Los marxistas parten de que ha sobrevenido una nueva fase de la lucha de liberación nacional de los pueblos. Esta se distingue por la formación de gran número de jóvenes Estados nacionales que ha modificado cardinalmente la estructura política del mundo entero, así como por el planteamiento en primer plano de problemas socioeconómicos de la vida interior, a la par con las tareas generales de la lucha antiimperialista, el incremento de la diferenciación de clase dentro de dichos países y la necesidad de plantear y resolver problemas tácticos más complejos en enfoque y paso de la revolución nacional a la revolución social, habida cuenta de las condiciones específicas nacionales y el nivel de desarrollo del país.

---

[6] R. Bowie. *La diplomatie américaine et la coexistence. "Esprit"*, Paris, Mars 1960, N° 282, p. 376.

[7] S. Schram. *Vers une nouvelle étape de la revolution dans les pays sous-développés. – "Christianisme Social"*, Décembre 1960, N° 12, p. 857.

La vida muestra que la lucha por la independencia nacional se acerca más y más a la lucha por el socialismo. En varios países se produce el tránsito irreversible, pese a todo su carácter contradictorio, de la lucha por la libertad nacional a la lucha por el socialismo, la victoria de la revolución socialista en un ambiente de acción de las fuerzas imperialistas en la palestra mundial suscita, a su vez, la necesidad de defender con las armas en la mano tanto el socialismo como la soberanía nacional, como ocurrió en el Vietnam.

La lucha contra el movimiento de liberación nacional sigue siendo una las principales direcciones de las tentativas agresoras y de las maniobras ideológicas del imperialismo. Este defiende pertinaz los restos de colonialismo allí donde persisten todavía y aplica métodos neocolonialistas en los jóvenes países en desarrollo que acaban de conquistar la soberanía nacional. Se gestan teorías seudocientíficas para justificar el mantenimiento de estos países en la esfera de la economía capitalista y se adoptan múltiples medidas políticas, económicas y militares para conservarlos en una situación dependiente, frenar el progreso e impedir la orientación socialista de la política interior y exterior de estos Estados.

La política estratégica del imperialismo respecto de los países que se hallan en la zona de la lucha de liberación nacional se plantea dos objetivos fundamentales: en primer lugar, aplastar la lucha de los pueblos por la auténtica libertad, la igualdad y el progreso y, en segundo lugar, impedir el reforzamiento del campo socialista a cuenta de la adhesión de jóvenes Estados nacionales que elijan la vía no capitalista, la vía socialista.

Mientras el imperialismo dirige sus golpes contra los regímenes progresistas de los países en desarrollo, en primer término, las fuerzas del socialismo y del movimiento obrero mundial prestan el máximo apoyo posible a estos últimos. Una condición básica que permite seguir el camino del progreso, el no capitalista, es la colaboración de los jóvenes Estados progresistas con los países socialistas y el proletariado internacional encabezado por los partidos comunistas.

En las nuevas condiciones se ha hecho posible resolver muchos problemas de las etapas preparatorias e iniciales de la revolución socialista en el curso de las revoluciones de liberación nacional y en conjugación con ellas.

Los nuevos problemas de la revolución de liberación nacional exigen que los revolucionarios prácticos y los teóricos marxistas enfoquen con sentido creador el problema de la elección de las vías y los métodos de lucha, así como la máxima utilización del

potencial positivo de todas las fuerzas motrices de la revolución, ante todo el campesinado, cuya posición constituye ahora el problema central del proceso revolucionario en Asia y Africa.

Así se explica la gran atención que prestan los sociólogos marxistas al movimiento de liberación nacional.

En los congresos internacionales de sociólogos han hallado reflejo en forma peculiar los profundos cambios ocurridos en la opinión de los países capitalistas. Quizá lo más característico haya sido el que, salvo raras excepciones, los sociólogos occidentales no se han atrevido a defender abiertamente el capitalismo, la propiedad privada sobre los medios de producción, la explotación del hombre por el hombre, la necesidad de la clase burguesa y la política del colonialismo. Sólo el famoso anticomunista francés Aron o el poco conocido sociólogo norteamericano Anderson arremetieron con la visera levantada en defensa del capitalismo, contraponiendo el régimen capitalista al socialismo.

Por lo que se refiere a la mayoría de los participantes occidentales de los congresos, han tenido siempre en cuenta que el sistema capitalista de explotación del trabajo se ha desacreditado ante las grandes masas y que crece sin cesar el poder atractivo del socialismo. Por eso sus esfuerzos se centraban en embellecer el capitalismo moderno y presentarlo como una sociedad nueva. No todos llamaban socialismo a esa sociedad "nueva", pero, en esencia, le atribuían unos u otros rasgos propios del socialismo. Para muchos, las palabras "capitalista" y "banquero" tienen un sentido difamatorio o, al menos, indecente. Por eso, muchos sociólogos occidentales, incluidos algunos norteamericanos, se empeñan en demostrar que ahora ya no existen banqueros ni reyes del carbón y del acero, que no existen en absoluto los multimillonarios y que no hay capitalistas.

Los capitalistas ya no están en condiciones de administrar personalmente las gigantescas empresas: la gestión corre a cargo de toda una plantilla de administradores y supervisores asalariados. Cada gran capitalista posee acciones de alguna gran agrupación capitalista y se embolsa una fabulosa ganancia sobre su capital. Una parte considerable de la burguesía ha abandonado su labor en la producción y se convierte más y más en una clase que sólo percibe rentas, como en otros tiempos la nobleza. El parasitismo y la putrefacción del capitalismo hallan su expresión en el gigantesco crecimiento de la capa de los rentistas, que viven del corte del cupón.

Hubo un tiempo en que los nobles se jactaban de su origen aristocrático. Como se sabe, ese tiempo pasó. Hace poco, los capi-

talistas se jactaban de su riqueza. Pero ahora prefieren camuflarse. Diríase que ya no existen, en los congresos no se habló de ellos más que como de un fenómeno del pasado, de una supervivencia.

Hasta en la crítica del socialismo, los sociólogos burgueses arrancan de que entre las grandes capas de la población son muy impopulares los principales rasgos del capitalismo. Precisamente estos últimos, en la lucha contra los cuales nació la sociedad socialista, procuran los sociólogos burgueses atribuir ahora al socialismo y desacreditarlo de este modo, menoscabar su fuerza atractiva. Según afirmación de los sociólogos burgueses, en la sociedad socialista se incrementa la diferenciación de clase y surge una clase gobernante nueva: la intelectualidad. Es una nueva élite, según dichos sociólogos, que ocupa una situación privilegiada y se halla por encima del pueblo. Dicho con otras palabras, los sociólogos burgueses quisieran atribuir al socialismo el mayor mal de la sociedad burguesa: la explotación y el antagonismo entre las clases.

Mientras en la URSS era poco numerosa la intelectualidad, los críticos del socialismo decían que la construcción del socialismo fracasaría por falta de fuerzas culturales. Ahora, cuando los obreros y los campesinos han formado una intelectualidad multitudinaria, estos críticos ponen en tela de juicio el carácter popular de la intelectualidad socialista. ¿Qué es, en realidad, la intelectualidad soviética? Trátase de 2.361.000 maestros que han ayudado al pueblo a acabar en breve plazo con el analfabetismo, llevar a cabo la enseñanza general de ocho grados y asegura ahora la de diez grados. Trátase de 2.486.000 ingenieros formados en la lucha por la transformación del país ayer atrasado en una potencia industrial de vanguardia, que ayudan activamente al pueblo a seguir fomentando y perfeccionando la industria socialista. Trátase de 821.000 técnicos agrícolas que entregan sus fuerzas al continuo progreso de la producción agropecuaria en beneficio del pueblo. Trátase de 2.791.000 trabajadores médicos con enseñanza superior y media que velan por la salud del pueblo. Trátase de los empleados de las empresas e instituciones que aseguran la gestión de la economía, la cultura, la administración, etc.

En el Congreso de Amsterdam, algunos sociólogos plantearon el problema de los caminos "especiales" que llevan al socialismo. Así, la intervención del profesor P. Lukić, sociólogo yugoslavo, se consagró a la argumentación de una "nueva" teoría del socialismo. El profesor afirmaba que la nacionalización socialista de los medios de producción no liberaba a los obreros de la explotación. Según él, la nacionalización, al crear la concentración del poder económico y político, conduce a la vulneración de los derechos de los

obreros y, por tanto, al menoscabo de la democracia. Por eso, insistía el profesor, es preciso hallar un no se sabe qué camino medio entre la nacionalización y la propiedad privada sobre los medios de producción. A su juicio, la experiencia yugoslava de la construcción del socialismo hace patente ese nuevo camino. En Yugoslavia, decía, los medios de producción constituyen una propiedad común de las diversas colectividades obreras, y no del Estado. En su intervención, Lukić declaró que la sociedad no debía basarse en general en la propiedad privada ni en la del Estado, sino en la propiedad colectiva de grupos. Sólo en ese caso los hombres trabajan "para sí", y no para el propietario privado o el Estado.

Ciertos sociólogos occidentales hicieron suyos los razonamientos de Lukić, subrayando que la consigna de "propiedad colectiva" podía hacerse realidad perfectamente en la sociedad capitalista.

El sociólogo francés G. Friedmann apoyó la intervención del profesor Lukić, aceptando que era mejor dar el poder a pequeñas colectividades, por cuanto la nacionalización no satisface a los obreros, que los pequeños grupos de obreros podían administrar las empresas incluso dentro del marco del capitalismo.

El sociólogo norteamericano W. Friedmann, tras de reconocer que la propiedad privada había caducado, exhortó a que se evitaran los errores de Hegel, el cual decía que el Estado era todo, y a que se buscara una nueva vía de solución del conflicto entre la propiedad social y la privada.

Los sociólogos occidentales llegaron a decir que ya habían emprendido el "camino medio" del socialismo muchos países capitalistas. En primer término se mencionaron los EE.UU. y Alemania Occidental, en los que los obreros, según dijeron algunos oradores, desempeñaban un papel decisivo en la administración de las empresas.

Los científicos soviéticos, lo mismo que los marxistas de otros países, criticaron en el Congreso la idea del "camino medio" y mostraron que el contraponer la propiedad colectiva de grupo a la propiedad estatal de todo el pueblo causaba objetivamente daño a la causa del socialismo.

Los marxistas estiman que la propiedad colectiva de grupo es una forma económica importante, en la sociedad socialista, para reorganizar la pequeña producción. Tiene vasta propagación en la economía agropecuaria y sirve igualmente de forma de reorganización de la pequeña producción artesana en producción socialista. Ahora bien, la propiedad estatal de todo el pueblo es la principal y rectora en la sociedad socialista. El atomizar esta propiedad estatal de todo el pueblo mediante su distribución entre las pequeñas colec-

tividades significa ir hacia atrás y abandonar las ventajosas posiciones de la producción organizada perteneciente a todo el pueblo.

Tomar el camino de la supresión de la propiedad estatal en la sociedad socialista significa renunciar a las ventajas cardinales de la gran producción, organizada, además, sobre bases socialistas. Por supuesto, en los problemas de gestión de la economía debe aplicarse la máxima flexibilidad partiendo del principio del centralismo democrático. Debe ser forma de gestión de la economía socialista la razonable conjugación de la centralización y la iniciativa local, conjugación que, a su vez, viene determinada por el nivel general de desarrollo de la industria y la presencia de suficientes cuadros calificados técnicos y administrativos.

Los partidarios de la entrega de las empresas socialistas en propiedad a las distintas colectividades obreras declaran que se crea con ello un mayor interés de los obreros por los resultados de su trabajo. Sin embargo, esta afirmación no resiste la menor crítica, ya que parte de la idea de que el obrero es un pequeñoburgués privado de toda conciencia de clase y movido sólo por sus propios intereses egoístas.

En realidad, como lo prueba vivamente la experiencia de la construcción del socialismo en la URSS y las democracias populares, los obreros no separan los intereses de su empresa de los intereses de todo el país. El estimular los instintos de propietario privado mediante la artificial contraposición de los intereses de un grupo de obreros a otro significa concurrir a la reanimación de las peores formas de la moral burguesa y dificultar de este modo la construcción del comunismo.

Igualmente absurdas eran las declaraciones de ciertos sociólogos acerca de la explotación en la sociedad socialista. Tan sólo un odio sin límites al socialismo o la absoluta ignorancia pueden ser la causa de semejantes afirmaciones.

Lo característico de la explotación es la apropiación del plusproducto por el grupo social propietario de los medios de producción. Pero ese grupo no existe ni puede existir en los países socialistas. Algunos sociólogos de los países capitalistas tratan de aseverar que tales grupos en los países socialistas son los trabajadores de la administración y la intelectualidad. Pero es un absurdo eso. En la sociedad socialista, la administración y los intelectuales participan en la producción social lo mismo que los obreros. Son trabajadores como los obreros y cobran un determinado sueldo de la sociedad con arreglo a la calificación de cada cual y al carácter del trabajo que cumplen. Todo plusproducto se emplea en beneficio de toda la sociedad, y no de un puñado de explotadores, como ocurre bajo

el capitalismo. Los medios de producción no son propiedad de un grupo cualquiera; pertenecen a los trabajadores mismos. De dar crédito a ciertos sociólogos burgueses, los trabajadores de la sociedad socialista "se explotan a sí mismos".

El Congreso mostró que los sociólogos burgueses preconizaban las mismas y falsas ideas que los dirigentes de los socialistas de derecha y los revisionistas suelen denominar su aporte a la explicación teórica del capitalismo contemporáneo. Los sociólogos burgueses hablan también de transformación automática del capitalismo, de la necesidad de colaboración entre las clases en el proceso de la imaginaria transformación del capitalismo en una sociedad "nueva", que se desarrolla de modo planificado.

En torno al problema del carácter de la época contemporánea se desplegó también una enconada lucha en el IV Congreso Internacional de Sociología de 1959, celebrado en Stresa (Italia).

¿Qué trajeron los sociólogos burgueses a ese Congreso? Las principales intervenciones de los sociólogos burgueses atestiguan la continuación de la política de embellecimiento del capitalismo contemporáneo. En ello se expresó la "función social" fundamental de la sociología burguesa. Sus representantes dijeron que el capitalismo se había modernizado, que se habían producido en él profundos cambios estructurales sociales y que las clases de la sociedad capitalista se transformaban y se borraban en la sociedad los polos extremos.

Muchos sociólogos burgueses procuraron igualmente presentar en sus intervenciones la sociedad burguesa como una sociedad "organizada", con una economía planificada, en la que se humanizaban las relaciones entre la administración (según su terminología, la capa de los "gerentes") y los obreros.

Los hombres de ciencia soviéticos y los marxistas de otros países socialistas, partiendo de las investigaciones sociológicas de filósofos, economistas, historiadores y etnógrafos marxistas, mostraron las cardinales ventajas del socialismo frente al capitalismo y la inevitabilidad histórica de la agravación de las contradicciones en la sociedad capitalista.

Al hablar del desarrollo de las formaciones sociales, los delegados soviéticos señalaban que el proceso de sustitución normal y objetiva de una formación con otra, del capitalismo con el socialismo, se efectuaba inexorablemente ante nuestros ojos y que no se podía velarlo con invenciones acerca de la transformación del capitalismo.

En las intervenciones de los científicos y los sociólogos marxistas de los demás países socialistas se hizo ver la superioridad del

socialismo en comparación con el capitalismo en los ejemplos de los grandes problemas sociales que son precisamente insolubles para el capitalismo: la utilización racional de las fuerzas productivas contemporáneas y los adelantos del progreso científico-técnico, la aceleración de la tasa de fomento económico, la planificación de la economía, la superación del antagonismo y la desigualdad de las clases, la elevación del nivel de vida material, la solución del problema nacional y el desarrollo del individuo.

Llama la atención el que la sociología burguesa se vea ahora forzada a adaptarse al círculo de problemas de actualidad, cuya definición y solución ha ofrecido la ciencia social marxista. Se sabe que el principio básico de la doctrina marxista de la sociedad es la teoría de las clases y de la lucha de clases. Hubo un tiempo en que los sociólogos burgueses se desentendían de los problemas de la estructura de clases de la sociedad y de las relaciones entre las clases. Ultimamente, los sociólogos burgueses prestan mucha atención a la formulación de teorías sobre la "estratificación social" y la "movilidad social", en las que quieren suplantar con ciertos sucedáneos la solución de los problemas planteados por el marxismo que se resuelven prácticamente en muchos países del mundo que han emprendido el camino del socialismo.

Lo mismo podría decirse de la teoría de las transformaciones revolucionarias en la sociedad. Los sociólogos burgueses tampoco pueden eludir ese problema y hacen esfuerzos para contraponer a la solución marxista del mismo la llamada "teoría de los cambios sociales", en la que se presenta el desarrollo social en forma de una transformación gradual de las relaciones sociales, evitando el problema de la modificación revolucionaria de dicho desarrollo.

Los sociólogos burgueses procuran oponer al concepto de las relaciones de producción, que revela de modo científico la auténtica base de todos los fenómenos sociales, el de las "relaciones humanas", eliminar de este modo de las ideas científicas de las conexiones sociales las relaciones económicas, la base económica de todos los fenómenos sociales, y ocultar la explotación del hombre por el hombre.

Los propios sociólogos burgueses no pueden ahora por menos de contar con la inmensa influencia que ejerce el marxismo en las mentes de los hombres.

Hasta el ya mencionado profesor R. Aron, furibundo antimarxista, al comparar a Comte y sus seguidores –los positivistas– con Marx y el marxismo, decía que la sociología de Comte pertenecía al pasado, y la de Marx, al presente, ya que era la doctrina del partido que había realizado la primera revolución socialista y

la doctrina oficial de la Unión Soviética y de todo el sistema socialista, por cuya razón, siendo marxista o antimarxista, no se podía negar que millones se basaban en la teoría de Marx. Es sintomático que un adversario empedernido del marxismo, enemigo del movimiento comunista, se vea forzado a hablar en semejantes términos del papel de Marx y del marxismo en la vida social contemporánea, reconociendo que la influencia de la filosofía y la sociología positivistas, comenzando por Comte, no puede compararse de ninguna manera con la influencia de la filosofía y la sociología marxistas.

Y toda esa "objetividad" ostentativa la echan por la borda los sociólogos burgueses tan pronto como se comienza a hablar de los vicios cardinales del capitalismo y del inevitable hundimiento del mismo. Podríamos ilustrar aunque no fuese más que con un solo episodio la orientación clasista, partidaria, de la sociología burguesa.

El economista P. Baran, sociólogo norteamericano, hizo varias observaciones críticas con motivo de los intentos de presentar la sociedad burguesa como una sociedad planificada y señaló que en los EE.UU. no había planificación de toda la producción y que no desaparecía el paro forzoso, mantenido artificialmente con objeto de congelar el nivel de los salarios en beneficio de los capitalistas. Baran dijo que la vida de los trabajadores en Norteamérica distaba mucho de ser como la pintaban la prensa y los sociólogos norteamericanos y que no había motivo alguno para hablar de "revolución de los ingresos" en los EE.UU. Muchos están enfermos, pero no tienen recursos para curarse. Muchos trabajadores carecen de casa normal y viven en tugurios.

Esta intervención del sociólogo estadounidense en la reunión plenaria sobre problemas de planificación causó gran sorpresa. Como era de esperar, los sociólogos norteamericanos se alarmaron mucho y arremetieron contra el profesor Baran en un espíritu de lealtad al régimen burgués tan típico de ellos. Cada uno hacía la reserva de que no quería refutar la intervención del profesor Baran, pero, como regla, no se ocupaba más que de la polémica con él. Acalorados en la discusión, los sociólogos R. Rouse y S. Lipset llegaron a afirmar incluso que el que el número de desempleados llegue al 5% es una condición del funcionamiento normal de la vida social.

Otra vía de "refutar" el comunismo es el empeño que muestran los ideólogos de la burguesía en difamar ante los ojos de los pueblos el gigantesco progreso de la Unión Soviética en las esferas económica y social y en "interpretarlo" en un espíritu conveniente

para la burguesía. En este sentido es característico el artículo "Thoughts on "Prosperous" Comunism"[8], del anticomunista norteamericano Lewis Coser. Este autor no niega, como lo hacían sus colegas hace poco tiempo, las realizaciones de la Unión Soviética. No obstante, trata de mostrar que dichas realizaciones poseen su "reverso" y están preñadas de graves consecuencias ideológicas.

Admitamos, dice Coser, que el nivel de vida en la Unión Soviética crezca constantemente y que desaparezcan ciertas restricciones forzosas debidas al proceso de "acumulación primitiva" (así califica Coser el gigantesco progreso industrial de la Unión Soviética). Entonces, la extraordinaria energía del pueblo, que antes se llevaba al cauce económico y político, se liberará y comenzará la "americanización", es decir, los hombres se dejarán llevar por el afán de "placeres personales" (¡!), se volverán "pasivos, indiferentes, atomizados y abúlicos".

El ideólogo burgués, que piensa en categorías del "confort" norteamericano y observa el sombrío cuadro de la descomposición ideológica y moral de su sociedad, engaña conscientemente a sus lectores o no conoce, en realidad, las ilimitadas posibilidades de desarrollo universal material, social y espiritual que brinda a la humanidad el comunismo. Cabe notar que, movido por el deseo de difamar el comunismo, ese paniaguado de la burguesía no tiene reparo en opinar mal del modo de vida norteamericano, afirmando que "la americanización" conduce a la pasividad, la indiferencia y la abulia de los hombres. Es indudable que los intentos de Coser y sus semejantes de denigrar los luminosos ideales del futuro desarrollo de la humanidad y de oponerle los tenebrosos augurios del "reverso" del progreso se ven refutados por la propia vida y están condenados al fracaso.

Teoría de la "sociedad industrial única"

La ausencia de perspectivas de las especulaciones anticientíficas de los ideólogos burgueses no significa que los comunistas puedan esperar hasta que estas invenciones sean desacreditadas ante las masas por la propia marcha de los acontecimientos. Una importante tarea de los sociólogos consiste en *combatir las teorías burguesas y la ideología burguesa.*

Visto el crecimiento de la influencia de la filosofía marxista en el mundo entero, la burguesía reaccionaria adapta activamente su

[8] L. Coser. *Thoughts on "Prosperous" Communism.* – *"Dissent"*, Winter 1960, vol. VII. N° 1, pp. 21-25.

ideología a las tareas de la lucha contra el marxismo. El anticomunismo es una reacción ideológica directa al movimiento comunista y a la teoría marxista-leninista.

Hay que advertir el nexo que existe entre el anticomunismo y la crisis de la ideología burguesa. Por cuanto la ideología burguesa carece de programa positivo, cuenta inevitablemente con la falsificación de la política y los objetivos de los partidos comunistas y la teoría del marxismo-leninismo.

Ahora bien, el anticomunismo no se circunscribe a las invenciones burdamente calumniosas. Al par que la propaganda vulgar del anticomunismo, la burguesía exige a sus ideólogos una apología teórica del capitalismo y una "refutación" aparentemente científica del marxismo. Semejante exigencia presentó, por ejemplo, el senador J. Fulbright en la sociedad filosófica norteamericana. "¿Cómo podemos conquistar las mentes de los demás si no somos capaces de conquistar las de nuestros ciudadanos?" –pregunta el senador reprochando a sus filósofos.

Los políticos y los ideólogos burgueses no están en condiciones de negar los éxitos de la Unión Soviética en el fomento de las fuerzas productivas, la ciencia y la cultura. Ahora, la burguesía plantea ante sus teóricos la tarea de refutar el convencimiento creciente en las masas de que el capitalismo es el pasado, y el comunismo es el porvenir de todo el género humano.

Pero, digámoslo abiertamente, es una misión que está por encima de las fuerzas de los ideólogos burgueses. De suyo se entiende que la mayoría de los filósofos, economistas e historiadores burgueses se ha fundido con la élite dominante, pero los hechos de la vida quebrantan su fe en la eternidad y la firmeza del capitalismo. Muchos ideólogos de la burguesía declaran ahora que el sistema socialista es una de tantas formas de desarrollo de la civilización contemporánea.

¿Cómo se figuran, pues, los filósofos y sociólogos burgueses la marcha del desarrollo? Ha adquirido mayor difusión últimamente la teoría del "mundo único", de la "sociedad industrial única". Según afirman los sociólogos burgueses, la esencia de la época moderna es el desarrollo industrial del mundo. El capitalismo ha creado la sociedad industrial, y el socialismo resuelve con sus métodos específicos el mismo problema. Cuanto se refiere a las formas de propiedad, al régimen político y al sistema de administración, no se trata más que de la "presentación" de una misma sociedad industrial. Algunos teóricos proclaman que tanto el capitalismo como el socialismo son formas inconclusas de un mismo sistema, que en su desarrollo sucesivo han de coincidir. En el mundo burgués

es posible que un joven se case con una vieja de setenta años de edad, pero muy rica. Pero en la historia semejante matrimonio de distintas formaciones históricas es imposible. Lo joven crece y avanza hacia la nueva vida, mientras que lo viejo abandona el escenario.

Los teóricos burgueses se esfuerzan para falsificar la marcha del desarrollo histórico, negando la ley objetiva de la sucesión de las formas sociales y el inevitable ascenso de la sociedad a nuevas formas de convivencia.

Un ejemplo de ello ofrece la concepción de la "sociedad industrial única" elaborada por los eminentes sociólogos burgueses F. Perroux, W. Rostow, R. Aron, J. Galbraith y otros, a la que se puede considerar algo así como un antípoda de la concepción marxista de la esencia del progreso histórico. Dicha teoría se expone en la forma más sistematizada en el trabajo de tres tomos de F. Perroux, publicado en 1958 con el título *La coexistence pacifique*[9], y en el libro de J. Galbraith *The New Industrial State*. La idea fundamental de la teoría consiste en que los países socialistas, a medida que progrese su economía, se acercarán y asemejarán a los países del campo capitalista. El elevado nivel de consumo, según los teóricos de la "sociedad industrial", modificará la sicología de los soviéticos en el sentido del individualismo burgués y conducirá inevitablemente a cambios en la política interior del país. Al propio tiempo se "transformará" también el capitalismo mediante la "racionalización" de la competencia, la centralización y la reglamentación en la esfera económica.

La teoría de la "sociedad industrial única" es una variante de la "integración" del socialismo en el capitalismo amasada sobre la base del cosmopolitismo, de la restauración de los elementos del capitalismo en la URSS y en otros países del campo socialista.

Cabe señalar que esa teoría refleja en cierta medida el descontento de los propios sociólogos burgueses con las investigaciones estrechamente empíricas y la búsqueda de una teoría sociológica general que se pueda utilizar como arma eficaz contra el marxismo.

W. Rostow, uno de los adeptos a la teoría de la "sociedad industrial única", publicó su trabajo *The Stages of Economic Growth* con el subtítulo *A Non-communist Manifesto*[10]. Se hizo mucha propaganda del libro en los EE.UU. e Inglaterra como sistema de ideas llamado a "desalojar el marxismo".

---

[9] Véase F. Perroux. *La coexistence pacifique*. P., 1958.

[10] Véase W. W. Rostow. *The Stages of Economic Growth. A Non-communist Manifesto*. Cambridge, 1960.

Este sociólogo examina el período contemporáneo de la historia, en el que la economía se desarrolla a ritmo acelerado. Las fases de crecimiento económico que marca Rostow son, en realidad, fases de desarrollo de las fuerzas productivas. Un rasgo esencial de dicha concepción consiste en la afirmación de que sólo el desarrollo de las fuerzas productivas, y no el carácter de las relaciones de producción, determina la fisonomía de la sociedad y el nivel de todo el progreso social.

El libro de Rostow, al igual que la teoría de la "civilización industrial", muestra que los anticomunistas modernos suelen utilizar en forma unilateral y tergiversada ciertas ideas del marxismo (como, por ejemplo, la doctrina del papel de las fuerzas productivas), a fin de dar a sus propias concepciones una apariencia de contenido científico.

En nuestros días ha adquirido particular actualidad la denuncia de los infundios reformistas burgueses y revisionistas acerca del carácter de la época contemporánea, del capitalismo contemporáneo y de sus destinos.

Los "teóricos" de la famosa "sociedad industrial" quieren demostrar que en la sociedad capitalista, dada la industria altamente desarrollada, es posible crear la abundancia material y lograr la máxima satisfacción de las necesidades de los trabajadores. La esencia de dicha teoría consiste en que se hace caso omiso de las contradicciones de clase de la sociedad capitalista contemporánea y de las leyes históricas del desarrollo de la misma. Sus autores procuran inculcar la idea de que el progreso de la economía capitalista es capaz de suprimir estas contradicciones y tratan de distraer la atención de las masas laboriosas de la lucha por la transformación de la sociedad burguesa.

Los propagandistas de la "sociedad industrial" no se empeñan sólo en velar las contradicciones internas del capitalismo, sino que niegan las contradicciones cardinales que existen entre los sistemas capitalista y socialista, esforzándose para demostrar que ambos sistemas integran el llamado "mundo único", que se distingue por un alto desarrollo de la industria y por los fenómenos sociales pretendidamente análogos que se desprenden de esta circunstancia.

La "concepción" anticientífica de la "sociedad industrial única" les parece muy atractiva a muchos sociólogos y políticos burgueses. Hasta un enemigo tan furibundo del comunismo, como el sociólogo francés Raymond Aron, propaga ahora activamente esta "concepción". Así, en los trabajos *La société industrielle et la guerre, El desarrollo de la sociedad industrial y la estratificación social* y otros, E. Aron afirma que "las dos economías dominantes" –los

EE.UU. y la URSS– sólo se diferencian como dos variantes de un mismo tipo de sociedad: la sociedad industrial. Tanto los soviéticos como los occidentales se atienen a unos mismos valores y se plantean unos mismos objetivos: la explotación de los recursos naturales. Todo lo demás, por ejemplo, los "institutos" como la forma de propiedad, el régimen político y el sistema de administración sólo sirven de presentación de dicha "sociedad industrial"[11].

No cuesta trabajo comprender que el sentido de clase de semejantes razonamientos se reduce al intento de salvar el sistema capitalista mediante la negación de la necesidad de transformación revolucionaria del capitalismo en un régimen socioeconómico más progresivo, en socialismo, mediante la contraposición de la ideología burguesa a la práctica del movimiento revolucionario obrero y comunista.

¿En qué sentido, pues, debe desenvolverse, a juicio de los autores de dicha teoría, la "sociedad industrial"? Partiendo de que no sólo en la sociedad socialista, sino también en la capitalista se produce el progreso técnico, los ideólogos burgueses se desgañitan para borrar la diferencia cualitativa entre el capitalismo y el socialismo. Pasan por alto la desigualdad del desarrollo de la técnica bajo el capitalismo, subordinada enteramente a la misión de lograr la ganancia máxima, el carácter espontáneo de la producción capitalista y la contradicción, orgánicamente propia de ésta, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que lleva a las crisis periódicas de superproducción.

Los partidarios de la teoría de la "sociedad industrial única" hacen tentativas de demostrar que las lacras del capitalismo pueden ser suprimidas mediante una mejor organización de la producción capitalista y la planificación de la misma. Al propio tiempo se esfuerzan para hallar defectos en el modo de producción socialista. "Los dos sistemas económicos –declara el sociólogo francés Claude Gruson– no están acabados, en efecto. En su forma actual, ninguno parece capaz de avanzar mucho, sin sufrir transformaciones profundas, hacia el objetivo que se plantean tanto el uno como el otro: utilizar la presente evolución técnica para lograr una elevación del nivel de vida al ritmo más rápido posible, con una distribución también lo más igual posible"[12].

El llamamiento a la "distribución igual" hace las veces de hoja de parra, con la que los predicadores de la "sociedad industrial"

---

[11] R. Aron. *La société industrielle et la guerre.* P., 1959, p. 63.

[12] C. Gruson. *L'évolution comparée des systèmes économiques.* – *"Esprit"*, Paris, Mars 1960, N° 282, p. 409.

quisieran cohonestar el principio de la propiedad privada de la producción capitalista y el subsiguiente carácter desigual de la distribución de los bienes materiales que se crean. Al velar la profunda diferencia de principio entre el socialismo y el capitalismo, los ideólogos burgueses de la "sociedad industrial única" insisten en que precisamente este objetivo de la "distribución igual" mediante la industria en proceso de perfeccionamiento, que se plantean los dos sistemas, es la base de la "aproximación" entre el mundo socialista y el capitalista.

"Lo que parece probable –escribe el mismo C. Gruson– es que, de conformidad con los datos técnicos acerca de las transformaciones actualmente en marcha o que se prevén, los dos sistemas deberán convergir"[13].

Así, los ideólogos burgueses contraponen la absurda teoría de la convergencia de los dos sistemas en una "sociedad industrial única" a la inevitabilidad de la victoria del comunismo en el mundo entero descubierta científicamente por el marxismo-leninismo.

Uno de los más eminentes historiadores burgueses –A. Toynbee– escribía que "hacia fines de la segunda mitad del siglo XX, los términos "soviético" y "socialista" ya no tendrán un sentido especial, ya que, de hecho, la URSS y los EE.UU. serán, a la sazón, idénticos"[14]. No obstante, los ideólogos burgueses, que califican de insustanciales las diferencias socioeconómicas fundamentales entre los dos sistemas opuestos, no están, evidentemente, en condiciones de crear la ilusión de "perspectivas radiantes" para la caduca formación capitalista.

Al propio tiempo sienten necesidad de responder a la pregunta de la existencia de los dos campos, por cuanto éstos han de "convergir" en ese problemático porvenir.

Además, los "teóricos" del "mundo único", de la "sociedad industrial" incurren a menudo en una contradicción elemental, asegurando que las diferencias entre las formaciones socialista y capitalista revisten nada más que un carácter exterior y puramente formal. Al propio tiempo se fían muy poco de la ficción creada por ellos mismos, al volver a las ideas fracasadas de la guerra fría y a los intentos de "argumentar" la necesidad de proseguir la política desde posiciones de fuerza, al volver a la propaganda del miedo. Es bien claro el intríngulis de esa orientación ideológica.

Los medios burgueses, que tienen miedo a la emulación pacífica,

[13] C. Gruson. *L'évolution comparée des systèmes économiques.* – *"Esprit"*, Paris, Mars 1960, p. 409.

[14] *The Impact of the Russian Revolution, 1917-1967.* L., N. Y., Toronto, 1967, p. 26.

procuran todavía proseguir la emulación de los dos sistemas en la esfera de los preparativos militares, pese a la ausencia absoluta de perspectivas de la misma para los Estados occidentales.

Entre una parte de los filósofos y sociólogos burgueses se ha manifestado con bastante fuerza el afán de ofrecer una argumentación filosófica a la teoría de la convergencia, es decir, de la aproximación de los dos sistemas sociopolíticos opuestos. En el XII Congreso Internacional de Filosofía ciertos filósofos burgueses procuraron apuntalar esa teoría con razonamientos generales sobre la unidad del género humano, el incremento de los vínculos culturales entre los pueblos, la internacionalización de las relaciones económicas, la revolución científico-técnica, etc. Algunos, como, por ejemplo, el filósofo italiano G. Calogero, afirmaban que, en ese camino de aproximación y de fusión de todos los Estados y pueblos, sólo la ideología se levantaba como obstáculo, actuando a despecho de la ciencia y la técnica, dividiendo y enfrentando los pueblos el uno con el otro.

Aquí se hace caso omiso de que la ideología no enfrenta a unos pueblos con otros, sino las clases opuestas y, ante todo, las clases opuestas dentro de una misma sociedad. Por otra parte, la ideología une a las clases del mismo tipo, independientemente de a qué pueblos, naciones o Estados pertenezcan. Esto se refiere tanto a la ideología burguesa como a la socialista. Sin embargo, incluso cuando la ideología divide y cuando une, no es la causa primaria, puesto que la ideología refleja y refuerza las divisiones de clase o la homogeneidad social condicionadas económicamente.

Un intento de argumentar de modo aparentemente científico la convergencia en el dominio de la ideología fue el informe del conocido neotomista G. Wetter. Haciendo alusión a la tesis marxista del contenido socioeconómico real de la ideología, por más ilusoria que fuese la forma de su expresión, Wetter llamó a los marxistas a que reconocieran cierto valor de la religión. La marcha de sus razonamientos fue, aproximadamente, la siguiente: los marxistas estiman que la ideología no es una simple conciencia falsa; existe también la ideología científica, cuya significación positiva es indiscutible. A juicio de Wetter, los marxistas van todavía más lejos y, en particular, reconocen ciertos valores éticos humanos generales, ciertas normas morales. ¿Por qué, pues, no quieren ir más allá y reconocer que la religión, como ideología, tiene su valor? De aceptar eso sería perfectamente posible el diálogo entre los marxistas y los creyentes, como igualmente la convergencia de las concepciones del mundo marxista y la religiosa.

En la actualidad, el arma más vil y emponzoñada de la ideolo-

gía burguesa es el anticomunismo. Bajo la bandera del anticomunismo, los imperialistas se inmiscuyen burdamente en los asuntos internos de otros países, aplastando los movimientos democráticos e implantando regímenes reaccionarios. Bajo la bandera del anticomunismo, los imperialistas procuran descomponer las filas de los combatientes de la revolución democrático-nacional y enfrentar la burguesía nacional con los mejores luchadores por la independencia nacional, los comunistas. Bajo la bandera del anticomunismo, la burguesía escinde el movimiento obrero y frustra la unidad de acción de la clase obrera y de todos los trabajadores.

En la lucha contra el comunismo, la reacción se apoya en la ayuda activa de los socialdemócratas de derecha.

Los ideólogos de la socialdemocracia se han mostrado absolutamente incapaces de apreciar correctamente los problemas fundamentales de nuestra época. Al propio tiempo, los líderes de derecha de la socialdemocracia siguen rechazando la unidad de acción propuesta por los comunistas.

Los comunistas, llaman a la unidad de acción, a la unidad de la clase obrera con las masas de proletarios socialistas de filas y denuncian al mismo tiempo la política escisionista de los líderes socialistas de derecha.

Las grandes masas trabajadoras del mundo entero se convencen cada día más de que los comunistas hacen propuestas constructivas para la solución de los principales problemas de la época contemporánea y que su política responde a los más profundos intereses de los pueblos del mundo.

Por más ardides que empleen los ideólogos burgueses y los revisionistas y reformistas que les siguen en sus intentos de refutar el marxismo y denigrar la política de los partidos comunistas, todos ellos están condenados al fracaso. La propia vida se encarga de mostrar cada día con mayor insistencia la razón de la teoría marxista-leninista y de ganar para ésta a nuevos millones de personas.

Las concepciones revisionistas de la época contemporánea

Los comunistas comprenden la necesidad de observar estrictamente el principio marxista-leninista de la unidad de la teoría y la práctica, la necesidad de formular con espíritu creador nuevas tesis teóricas en relación con la solución de cardinales problemas de la vida internacional y los que plantea la construcción del comunismo.

El marxismo-leninismo, bandera combativa y arma espiritual del movimiento comunista, deviene una fuerza cada vez más poderosa en la lucha por la victoria del comunismo, contra el caduco régimen capitalista.

En el marxismo-leninismo se conjugan la rigurosa ciencia con la acción revolucionaria, con la incontenible iniciativa creadora. De ahí se desprende lógicamente que la conexión entre la teoría y la práctica consiste, en primer término, en la iniciativa creadora en el planteamiento y la solución de los problemas candentes de la vida internacional y la construcción del comunismo.

El Partido Comunista de la Unión Soviética, en fraternal unidad con los partidos comunistas y obreros ha dado ejemplos de iniciativa creadora en la organización de la economía y la cultura, en la lucha por la paz entre los pueblos, por la liberación de cientos de millones de seres humanos en las colonias y los países dependientes del yugo imperialista.

El marxismo-leninismo no se desarrolla aisladamente, sino en aguda lucha contra las corrientes que le son hostiles, tanto fuera del movimiento revolucionario obrero (la ideología burguesa) como dentro del mismo (el revisionismo de derecha y de "izquierda").

La revisión del marxismo, como señalaba Lenin, es "una de las principales manifestaciones, si no la principal, de la influencia burguesa sobre el proletariado y de la corrupción burguesa de los proletarios"[15]. Los revisionistas han procurado siempre tergiversar y siguen tergiversando todas las tesis fundamentales de la teoría marxista-leninista. Además propugnan la revisión y la renovación del marxismo o la inmutabilidad de todas sus tesis, convirtiéndolo en dogma, rechazando la necesidad de tener en cuenta la nueva situación histórica. Pero, en ambos casos, los revisionistas, tanto los de derecha como los de "izquierda", no hacen más que juegos de manos con frases marxistas.

A la vez que empuñan la bandera de la lucha por el desarrollo creador del marxismo, los revisionistas, en realidad, abandonan el marxismo, ya que rechazan sus principios básicos, que constituyen el contenido principal de esa doctrina.

El dogmatismo es también, por su naturaleza, hostil al marxismo. Método metafísico de pensamiento, sin apoyarse en el descubrimiento de los procesos concretos de la realidad y tratando de resolver los peculiares y complejos problemas que plantea la práctica sólo mediante alusiones a citas, el dogmatismo conduce lógicamente a la deformación de la teoría marxista, la cual consi-

[15] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 25, pág. 180.

dera como principal criterio suyo el corresponder al proceso efectivo del desarrollo social y económico. El elevar al absoluto unas u otras tesis de la teoría marxista independientemente de los cambios ocurridos en la situación es también una tergiversación de la esencia del marxismo, al igual que el intento de elevar al absoluto los cambios particulares de la realidad para "demostrar" la caducidad de las cardinales tesis del marxismo.

A los aventureros de "izquierda", lo mismo que a los revisionistas de derecha, les son ajenos los principios del marxismo-leninismo. Sin embargo, unos y otros comprenden que en el mundo no existe otra ideología capaz de conquistar la conciencia de los pueblos y ganarlos a su lado. Por eso se atavían con el ropaje de predicadores del marxismo-leninismo "auténtico" y procuran convertirlo en arma de lucha contra el movimiento comunista internacional, al que acusan de "revisionismo", de abandono de los principios revolucionarios, etc.

Sirve de punto de partida de las concepciones revisionistas la interpretación no marxista de la esencia de la época contemporánea.

El análisis científico de la época contemporánea del desarrollo histórico desde las posiciones del marxismo-leninismo en tales condiciones se erigió en problema de importancia vital para el movimiento comunista mundial.

La significación histórica de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de 1960, celebrada en Moscú, consiste precisamente en que en sus documentos se da un profundo análisis de los procesos cardinales del desarrollo mundial contemporáneo y se exponen las respuestas a los problemas candentes de nuestra época.

Reviste una gran significación científica y política de principio la definición de la esencia de la época contemporánea de la historia mundial como época de lucha de dos sistemas sociales opuestos, época de revoluciones socialistas y de liberación nacional, época del hundimiento del imperialismo y de la liquidación del sistema colonial, época del paso al camino del socialismo de más y más pueblos, época del triunfo del socialismo y del comunismo a escala mundial. Esta definición arranca de las indicaciones de Lenin acerca de que el contenido fundamental de nuestra época es el paso del capitalismo al socialismo, iniciado por la Gran Revolución Socialista de Octubre.

La Conferencia puso al descubierto con exactitud científica los nuevos fenómenos y procesos del período histórico contemporáneo. El rasgo principal de este período consiste en que el sistema socialista mundial se erige en factor decisivo del desarrollo de la socie-

dad humana. La Unión Soviética construye con éxito en toda la línea la sociedad comunista, y todo el sistema socialista mundial ha entrado en una nueva etapa de su desarrollo. Al propio tiempo, en el ahondamiento de la crisis general del capitalismo se ha iniciado una nueva etapa, que se distingue por el profundo proceso de decadencia y desintegración del sistema capitalista mundial.

De este modo, partiendo de la teoría marxista-leninista de las leyes a que obedece el desarrollo social y de las leyes objetivas del tránsito del capitalismo al socialismo, la Conferencia puso al descubierto el contenido fundamental y las peculiaridades de la época contemporánea.

Como mostró la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969, celebrada en Moscú, la teoría marxista-leninista pone al descubierto de modo cada vez más profundo y concreto las peculiaridades del imperialismo contemporáneo.

El desarrollo del capitalismo en las condiciones contemporáneas reviste un carácter particularmente contradictorio. En la época de la emulación económica con el socialismo y de la revolución científico-técnica, en varios países capitalistas crece la eficacia de la producción. Pero, la desigualdad del desarrollo económico y político, propia del capitalismo, se acentúa más y más. A la par con el progreso de la economía de unos u otros países capitalistas altamente desarrollados, muy desigual incluso en ese grupo de Estados, en la mayor parte del mundo capitalista se agravan el atraso económico, la pobreza y la miseria.

El capitalismo monopolista de Estado socializa en gigantescas proporciones la producción en los países capitalistas desarrollados. El proceso de socialización se manifiesta a escala internacional bajo las distintas formas de integración económica y la constitución de gigantescas agrupaciones monopolistas internacionales. Surgen complejos de producción para atender las necesidades de varios países. Como resultado de ello se ahonda al extremo la contradicción fundamental del capitalismo entre el carácter social de la producción y el modo privado de apropiación, se hace todavía más acuciante la necesidad de convertir los medios de producción en propiedad social.

La contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada conduce objetivamente al incremento de las crisis y los conflictos económicos y políticos en los países capitalistas. Muchos de ellos experimentan descensos periódicos de la producción, conmociones monetario-financieras, alza de los precios e inflación. La vida ha confirmado reiteradas veces la opinión

emitida por el PCUS de que el capitalismo contemporáneo se distingue por su inestabilidad económica, el carácter desproporcional del desarrollo y el crecimiento de las calamidades a que condena a las masas populares.

La incesante lucha de clase de los obreros por sus derechos y los éxitos económicos y científico-técnicos de los países socialistas obligan a los patronos capitalistas a hacer ciertas concesiones a los trabajadores en la esfera social. Estas concesiones se reducen a la nada en medida considerable por el alza de los precios y la inflación. Al propio tiempo, el capital se compensa con creces al seguir incrementando la explotación.

En torno a los nuevos fenómenos que se registran en el desarrollo del capitalismo contemporáneo se despliega una aguda lucha ideológica. Como ha ocurrido más de una vez en el pasado, los ideólogos burgueses insisten en que los nuevos fenómenos "echan por tierra" las conclusiones del marxismo-leninismo y que la teoría revolucionaria "ha envejecido". Disertan sobre los cambios cardinales que, según pretenden, habrán ocurrido en la naturaleza del capitalismo. Estas invenciones, que se difunden con ayuda de la poderosa máquina propagandística, ejercen cierta influencia en una parte de los obreros y, a veces, en ciertos marxistas hipnotizados por el crecimiento de la producción capitalista hasta el punto de perder la fe en la superioridad del sistema socialista respecto del capitalista y deslizarse, de hecho, a las posiciones de los adeptos a la convergencia, a esa teoría burguesa de la aproximación y hasta fusión de los dos sistemas opuestos.

Existe, además, otro criterio, no menos erróneo, de que la crisis del capitalismo y de su ideología descartan la posibilidad y el peligro de penetración ideológica y política en los países socialistas y que el imperialismo en general ya no está en condiciones de intensificar su carácter agresivo. Los partidarios de esa opinión estiman incorrecta la tesis de la agravación de la lucha de clases en el mundo contemporáneo.

No cabe la menor duda de que, bajo el embate de las fuerzas del socialismo y la democracia, las posiciones mundiales del imperialismo se debilitan cada vez más. Pero eso no ofrece motivos para hablar del debilitamiento de la lucha de clases, tanto dentro de los países capitalistas como en la palestra mundial. En los países del capital se hace más hondo el abismo social entre la cúspide monopolista y las masas trabajadoras. La creciente resistencia de la clase obrera ante la política reaccionaria del imperialismo lleva a agudos conflictos de clase. Hoy se hace cada vez más claro que el imperialismo es un régimen de desigualdad social y nacional, de

opresión y violencia, un régimen que trae a los pueblos el peligro más grave, el de una nueva guerra mundial. Se hace cada vez más evidente que el filo de la política contemporánea del imperialismo va dirigido contra los países socialistas y los movimientos de liberación de los pueblos, contra el movimiento comunista y obrero.

El complejo industrial-militar es ahora la fuerza de choque del capitalismo monopolista de Estado, el iniciador de las aventuras agresivas en política exterior y del incremento de la reacción en los países capitalistas. El capital monopolista atenaza a capas cada vez más vastas de la población, multiplicando de esta manera las filas de los aliados de la clase obrera en la lucha contra el imperialismo. La progresiva ruina de los campesinos y la pequeña burguesía urbana impulsa su protesta social. La creciente opresión social y política hace que la intelectualidad se oponga al capital. Se confirma la indicación de Lenin acerca de que en todos los países del mundo crece el número de los representantes de la ciencia, la técnica y el arte que se convencen de la necesidad de sustituir el capitalismo con un nuevo régimen socioeconómico[16]. Una activa fermentación revolucionaria se ha extendido a la juventud estudiantil, crece el movimiento de los estudiantes. Ante los partidos comunistas se ha planteado el problema teórico y práctico de hallar las vías y las formas de atraer al lado de la clase obrera a todas las fuerzas y movimientos antimonopolistas.

En tales condiciones, adquiere mayor importancia la aplicación consecuente y creadora de la teoría marxista-leninista de la lucha de clases a la interpretación de los procesos del desarrollo mundial contemporáneo en nuestra época del tránsito del capitalismo al socialismo a escala mundial. Partiendo de la experiencia del País de los Soviets, Lenin descubrió las leyes de la lucha de clases en el período de transición del capitalismo al socialismo. Su conclusión fundamental consistía en que las clases explotadoras no abandonan pacífica y voluntariamente la palestra histórica, que ofrecen una encarnizada resistencia a la ofensiva de las fuerzas socialistas y que la lucha de clases se despliega con arreglo al principio de "¿quién vencerá a quién?" Por ese período de transición de aguda lucha de clases pasó el País de los Soviets, pasaron también por él y lo viven otros países que han emprendido el camino del socialismo. Ahora, en medio del enfrentamiento de los dos sistemas, vemos cómo rige esta ley en la palestra internacional.

---

[16] Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 147.

Los revisionistas de derecha niegan el carácter revolucionario de la época contemporánea y preconizan la transformación pacífica del capitalismo en socialismo.

Los aventureros de "izquierda" siguen insistiendo en que la época contemporánea es una época del imperialismo, niegan la significación revolucionaria del sistema socialista mundial, menoscaban el creciente poderío del movimiento obrero mundial, no creen en la posibilidad de refrenar la política agresiva de los imperialistas y predican la necesidad y la inevitabilidad de la guerra mundial, capitulando, en realidad, ante las fuerzas reaccionarias.

Además de descubrir las perspectivas generales del movimiento de la sociedad, el marxismo-leninismo sirve de método de análisis de cada nueva etapa histórica, de cada viraje de los acontecimientos históricos. El marxismo creador se distingue por su vinculación viva con determinadas tareas prácticas de la época.

A la luz de la experiencia de los últimos años cabe subrayar la necesidad de conjugar acertadamente los principios fundamentales del marxismo-leninismo con las peculiaridades de cada situación concreta, la necesidad de comprender a fondo la dialéctica de lo general y lo particular aplicada a la política y la táctica de los partidos comunistas.

El principio más importante de la dialéctica materialista en lo tocante a la política lo expresó Lenin en la siguiente tesis: "la capacidad de destacar en primer plano y de subrayar diversos puntos y distintos aspectos del problema en su aplicación a las peculiaridades concretas de unas u otras condiciones políticas y económicas"[17].

En virtud de la victoria de la revolución en varios países adquirió la mayor actualidad en la labor de los partidos comunistas el problema de la aplicación de los principios generales del comunismo a cada país concreto. A la sazón, el dogmatismo se manifestó principalmente en la incapacidad de aplicar los enunciados generales a las peculiaridades de cada país concreto, en la copia mecánica de la política, la táctica y la experiencia de otros partidos. El revisionismo en ese problema se manifestó en la exageración de las peculiaridades nacionales y en la negación de las leyes objetivas generales de la revolución socialista y la construcción del socialismo. Los revisionistas se pronunciaron en contra de la tesis básica del marxismo-leninismo acerca de la necesidad histórica de la revo-

---

17 V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 15, pág. 232.

lución proletaria y la dictadura del proletariado en el período de transición del capitalismo al socialismo.

La Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú, en noviembre de 1957, puso al descubierto el error y el peligro, tanto del menosprecio como de la exageración de las peculiaridades nacionales en la determinación de la política y la táctica del partido. En la Declaración de la Conferencia se dice: "El menosprecio de las peculiaridades nacionales por el partido proletario hace que se divorcie inevitablemente de la vida, de las masas e, inevitablemente, daña a la causa del socialismo, y, al contrario, la exageración de esas peculiaridades y el abandono de las tesis generales del marxismo-leninismo acerca de la revolución socialista y de la construcción del socialismo, con el pretexto de que así lo exigen las peculiaridades nacionales, también daña inevitablemente a la causa del socialismo. Los partícipes de la Conferencia estiman necesario luchar simultáneamente contra ambas tendencias. Los partidos comunistas y obreros de los países socialistas deben atenerse firmemente a los principios de la conjugación de las tesis generales del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución y la construcción en sus países, aplicar creadoramente las leyes generales de la revolución socialista y de la construcción del socialismo a las condiciones concretas de sus países, aprender los unos de los otros e intercambiar experiencias"[18].

En los últimos años ha adquirido particular agudeza el problema de la aplicación de los principios generales del marxismo-leninismo al análisis de la época contemporánea y el de la interpretación de los procesos del actual desarrollo mundial.

Ello se debe, además, a que el revisionismo, so pretexto de tener en cuenta los nuevos fenómenos en la vida social, rechaza la tesis cardinal del marxismo-leninismo acerca del imperialismo y la lucha de clases, acerca de la división del mundo en dos campos. Los revisionistas insisten en que la teoría marxista-leninista y la práctica de la revolución socialista y la dictadura del proletariado han "envejecido" y son inaplicables a la situación contemporánea. Al propio tiempo, las manifestaciones del dogmatismo se han expresado en la incomprensión de la nueva situación histórica, en la repetición de lugares comunes y en la incapacidad de utilizar las nuevas posibilidades en beneficio de la lucha por la paz y el socialismo.

---

[18] *Documentos de las Conferencias de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, celebradas en Moscú en noviembre de 1957*, ed. en ruso, Moscú, 1957, págs. 14-15.

Tanto los revisionistas de derecha como los aventureros de "izquierda" se han deslizado al camino de la negación de las leyes objetivas generales de la transformación revolucionaria de la sociedad so pretexto de tener en cuenta las peculiaridades nacionales de los distintos países.

En la labor teórica e ideológica hay que fijar una atención especial a la puesta en claro de la relación entre el revisionismo y el nacionalismo. En su tiempo, Lenin puso al descubierto muy bien esa relación, y la vida vuelve a subrayar que el oportunismo nutre el nacionalismo y, a su vez, se nutre de este último. Y el quid de la cuestión radica en que se renuncia a enfocar los problemas internacionales e interiores desde posiciones de clase y se empeña en sustituir este enfoque con un planteamiento nacionalista.

Cabe recalcar igualmente que el nacionalismo, de no combatirlo, lleva al antisovietismo. El PCUS es un abanderado consecuente del internacionalismo, y la Unión Soviética ha encarnado en su organización política y encarna en su política exterior los principios del leninismo auténticamente internacionalista. Esta es la razón de que, para los nacionalistas, el PCUS y la Unión Soviética sean la principal fortaleza enemiga y el principal objeto de ataques.

Es típico de todas las desviaciones oportunistas y nacionalistas el deseo de tergiversar la concepción marxista-leninista de los principios del internacionalismo proletario, contraponer las tareas nacionales de los comunistas a sus deberes internacionalistas.

Por lo común, el revisionismo suele estar unido inseparablemente a la deformación de la esencia del internacionalismo proletario, de los problemas de lo general y lo particular, de lo nacional y lo internacional en el desarrollo del socialismo, etc. El nacionalismo es una de las flechas más emponzoñadas en el arsenal de los enemigos del socialismo. Estos últimos se valen con frecuencia del nacionalismo para meter una cuña entre los países socialistas y entre los partidos comunistas. Los problemas del desarrollo del socialismo mundial plantean la necesidad de argumentar la eficacia y la actualidad del internacionalismo proletario, de investigar la especificidad cualitativa de las relaciones entre los países dentro del cuadro del sistema socialista mundial y criticar el nacionalismo bajo la forma que se manifieste. Tales son las direcciones fundamentales de la lucha ideológica relacionada con los problemas del desarrollo del socialismo mundial.

La correcta conjugación de los deberes nacionales e internacionalistas de los partidos comunistas constituye hoy el problema clave del movimiento comunista internacional. Los elementos que

se han dejado llevar por la influencia oportunista y nacionalista hablan de la primacía de la función nacional, o tratan de dar al internacionalismo una interpretación estrecha, presentándolo como una simple suma de intereses nacionales.

El marxismo-leninismo ha dado desde hace mucho tiempo una respuesta de principio al problema de la conjugación de las acciones internacionales y nacionales de la clase obrera y su vanguardia, los partidos comunistas. Lenin enseñaba a los partidos comunistas a no olvidar jamás la principal tarea internacionalista –la organización de la lucha contra el imperialismo– y a estructurar su política teniendo en cuenta esta misión internacionalista, a hacer lo máximo posible en sus países para lograr el avance de la revolución socialista mundial.

Pese a que el revisionismo se ve forzado a adaptarse a las nuevas condiciones, sus tendencias principales siguen siendo las mismas que las del revisionismo de fines del siglo pasado. Los principios fundamentales del revisionismo, la variedad más difundida del oportunismo, consisten, en primer término, en la negación de la inevitabilidad del socialismo y la necesidad de la revolución socialista, en la negación de la dictadura del proletariado y la lucha de clases, en la renuncia a la meta final del movimiento revolucionario.

Los revisionistas de los distintos países, cada cual a su manera, teniendo en cuenta sus peculiaridades "nacionales", procuran revisar la doctrina marxista. Visto que los revisionistas no están en condiciones de refutar con argumentos teóricos la tesis leninista de la dictadura del proletariado, "inevitable, necesaria e indiscutiblemente obligatoria para salir del capitalismo"[19], repiten al unísono que la dictadura del proletariado no es aplicable a los países de Occidente, ya que allí han adquirido vasto desarrollo las formas democráticas de administración. La defensa del "tercer camino", la bandera de la lucha contra el dogmatismo, la exigencia de formas sólo "parlamentarias" de desarrollo, la sustitución de la vía revolucionaria con la evolucionaria, etc. son las armas ideológicas de los revisionistas contemporáneos.

Al analizar el revisionismo, los partidos comunistas y obreros parten de la característica política que le diera Lenin en su artículo *Marxismo y revisionismo.* "Determinar el comportamiento de un caso para otro, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capi-

[19] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 38, pág. 368.

talista, de toda la evolución del capitalismo, sacrificar estos intereses cardinales en aras de las ventajas reales o supuestas del momento: ésa es la política revisionista"[20].

La doctrina marxista es crítica y revolucionaria, se puntualiza y se desarrolla sobre la base de la síntesis de los nuevos hechos, del análisis científico de los cambios que se producen en la propia realidad. Lenin revisó audazmente las distintas tesis anticuadas del marxismo, como, por ejemplo, el conocido enunciado de que la revolución sólo puede vencer si se produce simultáneamente en todos los países o en la mayoría de los países capitalistas más desarrollados. El desarrollo del marxismo con espíritu creador se distingue cardinalmente del revisionismo, el cual renuncia a las tesis básicas del marxismo, comprobadas por la vida, o introduce en la teoría marxista "nuevos principios" que no responden a las leyes del desarrollo de la sociedad.

Las raíces gnoseológicas del revisionismo filosófico son las mismas que de cualquier otro subjetivismo, de cualquier otro idealismo. Residen en que se sacan, se exageran y se elevan al absoluto arbitrariamente unos u otros rasgos secundarios de la realidad contemporánea, se les erige en toda una "teoría" que tergiversa, en fin de cuentas, esta misma realidad. Por ejemplo, partiendo de casos particulares de mejoramiento de la vida de los obreros bajo el capitalismo, cuando los capitalistas se ven forzados a adoptar ciertas medidas de previsión social de los obreros, los revisionistas sacan la conclusión del surgimiento del socialismo en las entrañas del capitalismo. Los revisionistas hacen alusión a la nacionalización de ciertas ramas de la industria en algunos países capitalistas para deducir de ahí la posibilidad de la planificación general y la liquidación de la anarquía en la producción bajo el capitalismo.

Presentando conscientemente ciertos hechos secundarios, arrancados del contexto general, como básicos y determinantes del carácter de uno u otro fenómeno social, los revisionistas falsifican la realidad, recurren a la sofistería. Dicho en otros términos, la metafísica, la sofistería y el eclecticismo son las partes integrantes fundamentales de la metodología del revisionismo.

El subjetivismo revisionista se debe a las condiciones sociales, a causas de clase. Lenin decía que el revisionismo es una manifestación de la ideología pequeñoburguesa en las filas del partido marxista, es un resultado de la influencia de la ideología burguesa en el movimiento obrero.

---

[20] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 17, pág. 24.

No obstante, además de los rasgos generales del revisionismo, es de suma importancia poner al descubierto también sus peculiaridades en las distintas etapas del desarrollo social y, ante todo, las peculiaridades fundamentales del revisionismo contemporáneo.

La animación del revisionismo a lo largo de los últimos años ha tenido también ciertas premisas económicas, en el sentido de que en el período postbélico, los EE.UU. y algunos países capitalistas más, merced a la carrera armamentista y la militarización de la economía, lograron mantener un nivel bastante elevado de la coyuntura económica. Los sociólogos y los economistas burgueses, al igual que los revisionistas, comenzaron incluso a argumentar una nueva "teoría", diciendo que el capitalismo se ha hecho planificado, se ha liberado de las crisis, ha suprimido la anarquía en la producción y se ha convertido, en general, en una sociedad nueva, libre de las contradicciones propias de la sociedad capitalista. Han aparecido diversas teorías acerca de que el capitalismo no ha agotado todas sus posibilidades históricas, que las relaciones de producción capitalistas ofrecen vasto campo para el progreso de las fuerzas productivas y el mejoramiento cardinal de la situación de la clase obrera y de todos los trabajadores, etc., etc.

Al animarse la coyuntura económica, en el mundo capitalista resucitan las concepciones revisionistas de ese género. Pero, en cuanto una nueva crisis económica envuelve los países del capitalismo, todas esas falsas teorías de la "prosperidad" del capitalismo, de su carácter planificado y organizado, de la posibilidad de evitar las crisis, etc., estallan cual pompas de jabón.

La influencia burguesa y pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario es consecuencia de la incorporación al mismo de millones y millones de personas nuevas pertenecientes a distintas capas sociales. Al comenzar a tomar parte activa en las acciones políticas, los elementos no proletarios traen consigo vacilaciones y titubeos desde las ilusiones reformistas hasta el ultrarrevolucionarismo anarquista.

Como se sabe, en los años postbélicos, se han ampliado considerablemente las filas de la clase obrera y de los partidos comunistas y obreros. Y eso no se refiere sólo a los países de democracia popular, donde progresa a rápido ritmo la industria. Además, el crecimiento numérico de la clase obrera no se ha registrado sólo a cuenta de los mejores elementos del pueblo. Entraron a formar parte de la clase obrera elementos pequeñoburgueses, que trajeron cierta influencia pequeñoburguesa y burguesa.

En los países capitalistas, el aumento numérico de la clase obrera se ha producido a cuenta de la ruina de las capas pequeñobur-

guesas. En consecuencia, en las filas proletarias han aparecido numerosos elementos procedentes de la pequeña burguesía, lo que ha dado lugar a la penetración de la ideología burguesa en la clase obrera.

También hay que tener en cuenta el inmenso crecimiento numérico de los partidos obreros y comunistas. El que aumente el número de militantes de los partidos comunistas es un gran proceso progresivo. El crecimiento numérico y el incremento de la influencia de los partidos comunistas no son fenómenos fortuitos. Expresan la principal ley objetiva de nuestra época. Los partidos comunistas han crecido rápidamente, además, porque la Unión Soviética y los demás países socialistas han logrado gigantescas victorias económicas, políticas y culturales en la emulación con el capitalismo y han atraído con eso la atención de los pueblos del mundo entero hacia el comunismo.

Las ideas del marxismo-leninismo han conquistado los corazones de las más vastas capas de la población en todos los países, se han apoderado de las mentes de los hombres progresistas.

Con tal afluencia masiva de nuevos militantes a los partidos comunistas han penetrado en ellos, como es lógico, no pocos elementos inestables, pequeñoburgueses. Los intelectuales burgueses y pequeñoburgueses comenzaron a ejercer cierta influencia en los partidos comunistas, preparando de este modo el terreno para la propagación de toda clase de tendencias revisionistas.

La dilatación de las filas del movimiento de liberación en todo el mundo y la incorporación a él de nuevas capas procedentes de las clases no proletarias crean un medio nutricio para la difusión de ideas burguesas y pequeñoburguesas acerca del socialismo y las vías de realización del mismo.

De ahí el problema de los llamados "modelos" de socialismo. Los partidarios de los diversos "modelos" exigen que se reconozca la legitimidad de la existencia de diversos "tipos" de marxismo. Los ideólogos burgueses, los reformistas y revisionistas contemporáneos presentan las cosas como si no existiera una teoría marxista única, como si cada país tuviese su propia variante del marxismo. El objeto principal de semejante falsificación "pluralista" del marxismo es derrocar y desacreditar el leninismo como etapa superior del desarrollo del marxismo. Pero, el socialismo científico es uno y único, y las adulteraciones del mismo son numerosas, al igual que las formas de socialismo no proletario. Los diversos "modelos" de socialismo son corrientes de distinta orientación de clase, opuestas al socialismo científico. En el presente, no son sólo ideas teóricas: los recién aparecidos profetas del socialismo procuran llevar-

las a la vida a despecho de los intereses de los trabajadores. Semejantes "socialistas" llegan incluso a penetrar en la dirección de unos u otros partidos comunistas y procuran tomar el poder en algunos países socialistas.

A fin de comprender mejor las raíces del revisionismo contemporáneo y, en general, las causas de la agravación de la lucha ideológica, no debemos olvidar lo principal, a saber: la furibunda campaña ideológica y política del imperialismo contra el comunismo, contra todos los partidarios de la paz, la democracia y el socialismo. En el período postbélico, el imperialismo ha tratado de movilizar toda su máquina ideológica, todos los medios políticos y las fuerzas policíacas del Estado burgués para ahogar el movimiento comunista, para recurrir al terrorismo contra los comunistas y todos los elementos progresistas, para perseguir las distintas organizaciones progresistas y los hombres de orientación democrática.

En el período postbélico, en los EE.UU. comenzó un inusitado terrorismo, ante todo político e ideológico. Los medios gobernantes reaccionarios promulgan toda clase de leyes draconianas enfiladas contra las organizaciones y los líderes progresistas, crean comisiones de comprobación de la "lealtad" de los ciudadanos de los EE.UU., de lucha contra la denominada actividad antiamericana, etc. McCarthy proclamó la tristemente famosa campaña contra la libertad de pensamiento. El Partido Comunista fue declarado fuera de la ley. Los dirigentes del Partido Comunista y de las organizaciones comunistas fueron sometidos a duras persecuciones. Los distintos comités progresistas, lejos de ser comunistas, fueron destruidos. Se disolvieron por la fuerza todas las organizaciones integradas por hombres de convicciones políticas de vanguardia. Se expulsó del trabajo tanto a los comunistas como a cualquier persona de ideas progresistas. Las persecuciones contra las organizaciones progresistas, todo ese terrorismo político e ideológico de la burguesía imperialista no podía por menos de ejercer cierto efecto en el movimiento obrero. Así, con la ayuda del terrorismo burgués se consiguió quebrantar, aplastar y asustar a hombres de insuficiente firmeza, como Howard Fast.

Ahora bien, lo sintomático es que tales hombres sean relativamente pocos. Y eso prueba precisamente la gran fuerza de las ideas comunistas en la etapa contemporánea, prueba la firmeza de los cimientos de los partidos comunistas, de la cohesión de sus filas, prueba la estabilidad del movimiento obrero de nuestra época.

El imperialismo es el principal obstáculo que se levanta en el camino del progreso histórico, es el principal enemigo del socialismo. Y sólo partiendo de la teoría marxista-leninista de la lucha de

clases se puede comprender qué dificultades tendrá que superar el movimiento de liberación y apreciar correctamente el grave peligro que se cierne en la presente etapa sobre el movimiento comunista debido a la presión que ejerce la concepción burguesa y pequeño-burguesa del mundo, unida de una manera o de otra al nacionalismo. La propagación del revisionismo va ligada directamente a la lucha del campo imperialista contra las crecientes fuerzas del socialismo. Existe una conexión causal directa entre el revisionismo y la ideología burguesa, y no es difícil advertirla en todos los problemas de principio.

Veamos, por ejemplo, el problema del carácter del capitalismo contemporáneo. Los sociólogos burgueses dicen que la propiedad privada en los países occidentales ha desaparecido ya o no es típica, que predomina en dichos Estados la propiedad social, ya que el papel decisivo no lo desempeñan capitalistas y propietarios de tierra individuales, sino las sociedades anónimas. Como afirman, las máquinas y las materias primas no pertenecen ya a particulares, sino a distintas compañías anónimas. Los sociólogos burgueses aseveran que ahora ya no existe la vieja propiedad burguesa y que, en lugar de ella, ha aparecido en Occidente la llamada propiedad colectiva, social. No obstante, todo eso son lucubraciones de los ideólogos burgueses, que tienen la costumbre de encubrir determinados fenómenos del mundo capitalista con nuevas denominaciones.

Al tratar de pintar el capitalismo con algunos colores del socialismo, los ideólogos burgueses ofrecen un panorama completamente tergiversado de la sociedad socialista, menoscaban por todos los medios los adelantos de los países que construyen el socialismo. Han llegado incluso a decir que en la sociedad burguesa se observa una transición evolucionaria de la sociedad burguesa al socialismo y que en los países del socialismo crece la desigualdad de clases.

Los revisionistas quieren también demostrar que el capitalismo se ha transformado en una nueva sociedad "libre" y "abierta", en el llamado "socialismo democrático". Se esfuerzan en vano para hallar "elementos" del socialismo en el capitalismo y difunden monstruosas calumnias acerca de los países socialistas.

Los revisionistas se valen del arma ideológica de la burguesía, rumiando los infundios de la ideología burguesa. De examinar los razonamientos de los revisionistas y contrastarlos con todo lo que escriben los sociólogos y los propagandistas burgueses difícilmente se encontrará diferencia alguna en muchos casos. La tesis del capitalismo de Estado en la sociedad socialista, por ejemplo, ha sido tomada casi literalmente del arsenal de la lucha ideológica de la burguesía contra el socialismo.

Los teóricos del revisionismo han formulado la tesis de la inmediata extinción del Estado, como principal tarea del tránsito al socialismo, la tesis de la abolición de la propiedad del Estado. Y procuran presentar todo eso bajo la bandera de no se sabe qué camino nuevo en el desarrollo social hacia el socialismo.

Los revisionistas califican de "socialismo burocrático" el régimen social soviético. Y en su lenguaje, "socialismo burocrático" significa lo mismo que el capitalismo de Estado para los líderes socialistas de derecha, puesto que aseveran que el "socialismo burocrático" es, en esencia, el capitalismo de Estado, que también supone la explotación de los trabajadores.

Si examinamos los libros de los teóricos laboristas, como, por ejemplo, los trabajos de Cole o de Strachey, o de socialistas de derecha franceses, como, por ejemplo, André Philip, veremos que es insignificante la diferencia entre los revisionistas y los socialistas de derecha.

Los programas de ciertos partidos socialdemócratas, adoptados en sus respectivos congresos, al igual que las declaraciones de los líderes de dichos partidos, lo confirman enteramente. Los líderes de estos partidos insisten desde hace ya muchos años en que en los países de democracia popular y en la Unión Soviética no existe auténtico socialismo, que lo que reina en ellos es el capitalismo de Estado.

El revisionismo en la teoría lleva al revisionismo en la práctica. Lo mismo que en el pasado, el revisionismo desbroza actualmente el camino de la contrarrevolución. Un ejemplo de ello nos lo ofrecen los acontecimientos de Hungría (octubre de 1956). El Partido Húngaro de los Trabajadores, habiendo cometido en el pasado graves errores dogmáticos y sectarios, se vio desmoronado rápidamente por el grupo revisionista de Imre Nagy – Géza Losonczy, que se había introducido en la dirección y encubría la facción contrarrevolucionaria.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en 1968 en Checoslovaquia fueron desencadenados también por los revisionistas, que se aprovecharon de los errores dogmáticos de la anterior dirección, comenzaron a denigrar todas las realizaciones socialistas de los trabajadores y se fundieron, en realidad, con las fuerzas antisocialistas, creando un peligro para el socialismo.

Tanto en el primer caso como en el segundo respaldaban a las fuerzas antisocialistas los capitostes imperialistas, siempre dispuestos a exportar la contrarrevolución.

Los revisionistas contemporáneos del tipo de Djilas, Garaudy y Fischer, habiendo roto con el marxismo-leninismo y el movimien-

to comunista, se pasaron a las posiciones del anticomunismo, se volvieron apóstatas y escuderos de la propaganda burguesa.

En su capitulación ante la ideología burguesa han llegado a negar la misión histórica universal de la clase obrera en la transformación revolucionaria de la sociedad, han llegado a la vil calumnia a los partidos comunistas y los países socialistas.

Es preciso desbaratar hasta el fin los intentos revisionistas de velar el papel dirigente de la clase obrera en el movimiento de liberación. Así, el conocido apóstata Roger Garaudy asevera que la clase obrera ha perdido la condición objetiva de principal enemigo del capital monopolista, de fuerza decisiva del progreso social. Por cuanto en la marcha de la revolución científico-técnica crece el número y el papel de los intelectuales, precisamente éstos, según Garaudy, están llamados a ocupar el lugar rector en el desarrollo social.

Sin atreverse a negar abiertamente el papel histórico universal de la clase obrera, a fin de no desenmascarar completamente su apostasía respecto del marxismo, Garaudy atribuye a la intelectualidad el papel rector, pero no como tal intelectualidad, sino como fuerza que actúa ya bien como parte de la clase obrera, ya bien como parte de un "nuevo bloque histórico".

"En nuestra época, el concepto de "clase obrera" –escribe Garaudy– se extiende a nuevas fuerzas vivas de la nación y, en particular, a las capas de la intelectualidad engendradas y desarrolladas orgánicamente por el propio progreso de la ciencia, la técnica y la economía..."[21] Para Garaudy, la clase obrera es un "conjunto de trabajadores manuales e intelectuales". Además, Garaudy subraya reiteradas veces que los que cumplen trabajo intelectual son, en medio de la clase obrera, "una de las partes que cuentan con las mayores perspectivas".

Análoga posición en este problema ocupa el revisionista austríaco E. Fischer, que afirma igualmente que las grandes capas de la intelectualidad de los países capitalistas "pertenecen objetivamente a la clase obrera"[22], que la intelectualidad "en su mayoría está integrada en la clase obrera contemporánea"[23].

Si intentamos formular en breves palabras en qué consisten el carácter insostenible y el daño político de las concepciones de Garaudy y de Fischer, según las cuales los ingenieros, los peritos, los colaboradores científicos y los cuadros administrativos de las em-

---

[21] R. Garaudy. *Pour un modèle français du socialisme.* Paris, 1968, p. 22.
[22] E. Fischer. *Die Revolution ist anders.* Hamburg, 1971, S. 22.
[23] Idem, S. 27.

presas capitalistas son parte de la clase obrera, podremos destacar los cuatro elementos siguientes.

En primer lugar, con ello se vela el papel dirigente de la clase obrera propiamente dicha. Con ayuda de unos ardides, este papel no "se transfiere" simplemente a los hombres de ciencia y los ingenieros, como en los escritos de los sociólogos burgueses, trovadores de la tecnocracia, sino a esos mismos hombres de ciencia e ingenieros, pero fundidos con la clase obrera y proclamados "la parte que cuenta con las mayores perspectivas".

En segundo lugar, se "quita" artificialmente el problema real de asegurar la alianza de la clase obrera con la intelectualidad científico-técnica, de atraer a esta última al lado del proletariado en la lucha contra los monopolios, ya que se declara que esta parte de la intelectualidad se ha integrado ya en la clase obrera, "se ha fundido" con ella. Por ejemplo, Fischer proclama abiertamente que "sería injusto hablar de la "alianza" de los obreros y los intelectuales... que la intelectualidad, que vive del sueldo que cobra, es una parte de la clase obrera contemporánea"[24].

En tercer lugar, se pasa por alto la diferenciación social y política en las filas de la intelectualidad científico-técnica y los cuadros administrativos, la existencia de intereses y reivindicaciones específicos de estas categorías de trabajadores, que no siempre, ni mucho menos, coinciden con los intereses y las reivindicaciones del proletariado y que deben tenerse en cuenta en la labor de los comunistas con los intelectuales.

En cuarto lugar, se afirma que es posible la fusión de la intelectualidad con la clase obrera ya bajo el capitalismo, que es posible acabar con la oposición y las diferencias sustanciales entre el trabajo intelectual y el manual sin la revolución socialista, sin construir la sociedad comunista, bastando sólo el efecto de los cambios científico-técnicos.

Lo mismo que otros falsificadores del marxismo, Garaudy procura apuntalar sus propias especulaciones teóricas sobre los cambios de los "límites" de la clase obrera con referencias a la autoridad de Marx. Lo más frecuente es que apele al concepto de "trabajador colectivo" u "obrero colectivo" que emplea Marx y que, a juicio de Garaudy, permite unir en la clase obrera a los obreros con los intelectuales y los empleados.

Desgraciadamente, en algunas intervenciones de sociólogos soviéticos se han dado definiciones confusas y vagas de ese concepto.

---

[24] E. Fischer. *Die Revolution ist anders*, S. 32.

Al estudiarse atentamente las declaraciones de Marx se puede ver que, cuando emplea el término "trabajador u obrero colectivo", no lo hace en el sentido social de clase, sino en el tecnológico de producción, lo hace para abarcar todo el conjunto de trabajadores que participan en la producción material, todo el personal de una empresa ocupado en la producción.

Por cierto, en ese caso hay que puntualizar también la traducción del término alemán *Arbeiter*, que significa "obrero" y "trabajador". Cuando Marx preparaba la traducción francesa del primer tomo de *El Capital* trazó con toda precisión la diferencia entre esos dos conceptos, usando para ello las correspondientes palabras francesas que significan: la una, "obrero", y la otra, "trabajador". Y donde habla del personal trabajador combinado, pone la palabra "trabajador", y no "obrero". La palabra "obrero" la aplica a la clase obrera.

Al usar la expresión "trabajador colectivo", Marx *no lo identificaba, ni mucho menos, con la clase obrera,* sino que, al contrario, señalaba la *heterogeneidad social* interna del personal de producción de la empresa que esta expresión designaba. En particular, Marx subrayaba con especial fuerza que la estructura del "trabajador colectivo" existente bajo el capitalismo incluía la *oposición entre el trabajo intelectual y el manual.* Estos dos tipos de trabajo, según expresión de Marx, "se divorcian hasta enfrentarse como factores antagónicos y enemigos"[25].

Se sabe que Marx señalaba constantemente la oposición entre el trabajo intelectual y el manual propia del capitalismo. "Las potencias espirituales del proceso material de producción –hacía constar– se erigen frente a los obreros como propiedad ajena y poder dominador"[26].

¿Se habrán producido, desde que fueron escritas estas palabras de Marx, algunos cambios en las relaciones entre los hombres dedicados al trabajo intelectual y los ocupados en trabajos manuales? Indudablemente, han ocurrido tales cambios y, además, muy considerables. Y precisamente los marxistas-leninistas los tienen en cuenta con toda exactitud.

Ya Engels, a principios de los años 90 del siglo XIX, hizo notar la creciente tendencia a la aproximación de las vastas capas de intelectuales con la clase obrera. En la entrevista con el corresponsal del periódico francés *Le Figaro,* dada el 11 de mayo de 1893, Engels decía: "Nuestras ideas se propagan por doquier, tanto entre los

---

[25] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 23, pág. 516.
[26] Idem., pág. 374.

obreros como entre los maestros, los médicos, los abogados, etc. Si llegamos a tomar el poder en nuestras manos mañana nos harán falta ingenieros, químicos y agrónomos. ¿Y qué? Estoy seguro de que muchos de ellos estarán ya con nosotros. . ."[27]

El sucesivo progreso de la tendencia a la aproximación de la intelectualidad con el proletariado en los países capitalistas fue analizado a fondo en los trabajos de Lenin, quien señalaba: "En todas las esferas del trabajo que existen en la nación, el capitalismo aumenta con particular rapidez el número de *empleados,* expresa una demanda creciente de intelectuales"[28].

Lenin seguía atento los procesos que se producían en los medios intelectuales de los países capitalistas bajo la influencia de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre y la iniciada crisis general del capitalismo. En la entrevista con J. Friis, Lenin decía que en Occidente se formaba, "valga la expresión, un proletariado ingenieril" y que los ingenieros estaban "por doquier, en parte, con nosotros"[29]. "El atraer a los ingenieros a nuestro lado –señalaba más adelante Lenin– tiene mucha importancia"[30].

En abril de 1922, en una carta a Charles P. Steinmetz, Lenin escribió: "En todos los países del mundo aumenta con mayor lentitud de lo que sería de desear, pero incontenible y continuamente, el número de hombres de ciencia, técnicos y artistas que se convencen de la necesidad de sustituir el capitalismo por un nuevo régimen económico-social. . ."[31]

En el presente se producen nuevos y grandes cambios en la situación y el papel de la intelectualidad de los países burgueses. Los ingenieros, peritos, colaboradores científicos y empleados de filas, privados de la propiedad sobre los medios de producción, son trabajadores asalariados y víctimas de la explotación por los capitalistas, ya no cumplen funciones de supervisores, vigilantes y ayudantes en la explotación de los obreros, sino que participan, unos más, otros menos, con su trabajo en el proceso de asegurar la producción material o de servicios. En virtud de dichos procesos se efectúa su creciente aproximación con la clase obrera. Precisamente esta base social permitió que la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969 lanzase la consigna estratégica de la alianza de los trabajadores intelectuales y manuales en la lucha por la paz, la democracia y el progreso social.

---

[27] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 22, pág. 564.
[28] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 4, pág. 209.
[29] *Recopilación Leninista XXXVII,* ed. en ruso, Moscú, 1970, pág. 213.
[30] Idem.
[31] V. I. Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 147.

En los documentos de los partidos marxistas-leninistas se habla de *aproximación, y no de fusión* de considerables capas de la intelectualidad con la clase obrera en los países capitalistas. Y eso es perfectamente natural, puesto que declarar que la intelectualidad forma parte de la clase obrera, se funde con ella, significa afirmar que, bajo el capitalismo, es posible liquidar sin revolución socialista la oposición y las diferencias sustanciales entre el trabajo intelectual y el manual.

La completa superación de las diferencias sociales entre los trabajadores intelectuales y los manuales, como enseña el marxismo-leninismo y como confirma la práctica histórica, se logra sólo en el proceso de la transformación *comunista* de la sociedad.

Ya en la sociedad socialista, como resultado del progreso científico, técnico, social y cultural, se despliega rápidamente el proceso de aproximación de la clase obrera con la intelectualidad por el contenido del trabajo y por el nivel cultural y técnico. Se borran las diferencias entre ellos, además, en el nivel de vida material y el modo de vida cotidiana.

No obstante, la apreciación sensata de la realidad socialista muestra que, por el momento, considerado en términos generales, tanto en el contenido del trabajo como en el nivel cultural y técnico de la intelectualidad, por una parte, y el grueso de la clase obrera y del campesinado, por otra, siguen existiendo diferencias muy sustanciales. Estas últimas sólo pueden desaparecer por completo en la sociedad comunista madura, en la sociedad de hombres desarrollados universal y armónicamente.

Esta es la razón de que Lenin viese en la liquidación del sistema social que obligaba a los trabajadores a dedicarse siempre a determinados tipos de trabajo un "resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación de su íntegra realización y de su madurez..."[32] La vida confirma enteramente el pronóstico social de Lenin acerca de que la intelectualidad "seguirá siendo una capa especial hasta que se llegue al grado más alto de desarrollo de la sociedad comunista"[33].

El olvido de las diferencias reales que existen en la sociedad socialista entre la clase obrera y la intelectualidad puede repercutir funestamente en la actividad práctica, llevar a errores en la solución de un problema social tan complejo como la aproximación social entre los trabajadores intelectuales y los manuales. Y lo que supone un peligro particularmente grave es, como ha mostrado la experien-

---

[32] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 41, pág. 33.
[33] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 44, pág. 351.

cia de ciertos países socialistas, la subestimación del papel dirigente de la clase obrera en los problemas de la construcción de la nueva sociedad.

La concepción científica de la intelectualidad como capa relativamente independiente, con existencia propia en la sociedad socialista, no significa elevarla al rango de "élite" privilegiada, como tampoco supone el menoscabo "izquierdista" sectario de su gran significación social real. La elevación del papel de la intelectualidad a medida que avanza la construcción del socialismo y del comunismo viene condicionada objetivamente por el rápido progreso de las fuerzas productivas, el vasto aprovechamiento de los adelantos de la ciencia y la técnica, el mejoramiento de la organización científica de toda la vida social, propia del socialismo, el perfeccionamiento de la gestión, el continuo crecimiento del nivel cultural y técnico de todos los miembros de la sociedad, el progreso de la instrucción pública, la educación, la sanidad, etc. El socialismo amplía las funciones del trabajo intelectual, le comunica un carácter nuevo, auténticamente colectivista y brinda horizontes ilimitados para el trabajo creador de todos. La experiencia práctica de la construcción del socialismo y del comunismo en la URSS y otros países del socialismo ha confirmado que la intelectualidad ha hecho y sigue haciendo un valioso aporte a la construcción de la base material y técnica del socialismo y del comunismo, a la solución de los problemas de unir la ciencia y la producción, al fomento de la instrucción pública y la sanidad, de la cultura y la educación comunista de los trabajadores.

Sin embargo, el complejo y dinámico proceso real de aproximación entre los trabajadores intelectuales y los manuales se distingue radicalmente de la integración arbitraria y subjetivista de los revisionistas, de ciertos destacamentos de la intelectualidad en la clase obrera o de ésta en aquélla. Con semejante enfoque metafísico resulta que las categorías sociales existentes –las clases y las capas– se mantienen, se conservan, mientras no cambian más que sus límites, se produce el simple aumento de unos y la disminución de otros. Pero, la dialéctica del devenir de la homogeneidad social es tal que no es la intelectualidad la que se integra en la clase obrera, y no es ésta la que se integra en aquélla, sino que se borran las diferencias sociales entre ellas, se efectúa la unidad orgánica del trabajo intelectual y el manual en la actividad productiva de los hombres, y a partir de la clase obrera, del campesinado y de la intelectualidad se forman trabajadores desarrollados universal y armónicamente de tipo cualitativo nuevo, de tipo comunista.

Los revisionistas expulsados de los partidos comunistas bregan ahora por la creación de no se sabe qué bloque de "nuevas fuerzas" como contrapeso a los partidos marxistas-leninistas. La lucha contra el revisionismo contemporáneo es una de las condiciones del avance victorioso del movimiento comunista y del desarrollo de la teoría marxista-leninista.

La vida les exige a los comunistas, a todos los auténticos marxistas-leninistas que refuercen la lucha contra la ideología burguesa, que se empeña en emponzoñar la conciencia de las masas populares y socavar su fe en los ideales del socialismo. Sabemos por la teoría y la práctica de la vida que los cambios sociopolíticos influyen en la conducta de los hombres a través de la ideología, dependiendo de la interpretación y la comprensión de los hechos y los acontecimientos de la vida social. Por eso, la lucha contra la ideología burguesa es inconcebible sin el desarrollo de la teoría marxista-leninista; implica la comprensión correcta de los nuevos fenómenos, en los que se dispone a especular la propaganda burguesa.

Los revisionistas ven un enfoque creador de la teoría en la redacción de variantes especiales, "nacionales" del marxismo, de modelos especiales del socialismo, de nuevas concepciones del partido, de una nueva estructura de los sindicatos, etc.

Pero, en realidad, el marxismo creador exige que se descubran a tiempo nuevas posibilidades de lucha revolucionaria y halla las formas y los métodos más eficaces de hacer realidad dichas posibilidades.

Es natural que, en su labor teórica, los comunistas centren, en primer término, la atención en el estudio de las nuevas posibilidades de lucha antiimperialista, de las nuevas condiciones del proceso revolucionario mundial, guiándose por la teoría marxista-leninista de la revolución. Esta es la razón de que los comunistas centren su labor teórica en los problemas de alcance histórico universal del paso del capitalismo al socialismo y al comunismo en medio de la lucha cada vez más enconada entre los dos sistemas socioeconómicos opuestos. De la comprensión de estos problemas dependen la estrategia y la táctica de los partidos comunistas.

Contribución al planteamiento del problema

El asegurar la paz es un problema candente de nuestra época. Durante siglos y siglos, los pueblos han estado sufriendo las calamidades de las guerras, que se han sostenido en todos los períodos de la historia humana. Las guerras se han hecho particularmente sangrientas en la época del capitalismo, al perfeccionarse las armas y aumentar los ejércitos beligerantes, lo mismo que la escala de las hostilidades.

En la primera mitad del siglo XX, los pueblos del mundo pasaron por los horrores de dos guerras mundiales desencadenadas por las fuerzas imperialistas. En la primera guerra mundial murieron cerca de 10 millones de hombres, quedando mutilados más de 20 millones. Hubieron de pasar muchos años para restañar las heridas de la devastadora conflagración y reconstituir los valores destruidos por ella. En la segunda guerra mundial, la humanidad perdió, entre muertos y mutilados, otras decenas de millones, siendo devastados países enteros, destruidos miles y decenas de miles de ciudades y pueblos, perdiéndose en la llama de la contienda incontables valores creados con el trabajo del pueblo.

En el presente, los medios de destrucción y de exterminio en masa son incomparablemente más peligrosos y mortíferos. Una nueva guerra mundial, con empleo de armas atómicas y de hidrógeno, sería la mayor calamidad jamás conocida por la historia del género humano. Llevaría a la destrucción de países enteros, al exterminio de centenares de millones de seres humanos y a la aniquilación de colosales valores materiales y culturales.

Así se explica que millones de personas de todos los continentes pregunten: ¿cómo se puede conjurar la nueva guerra y asegurar

la paz entre los pueblos? En la lucha para eliminar el peligro de una nueva guerra participan los pueblos de todos los países y continentes.

A lo largo de los siglos, los hombres anhelaban liberarse de las guerras. Los pensadores del pasado solían pintar tentadores cuadros de pacífico trabajo creador, de "paz eterna" entre los pueblos. Sin embargo, en el pasado, semejantes ideales carecían de base real: la dominación de las clases explotadoras, interesadas en subyugar y saquear a los otros pueblos, así como las fuerzas ciegas, espontáneas, del desarrollo social volvían a arrastrar más y más veces a los pueblos a sangrientas contiendas. Eran vanos los llamamientos a la razón y al sentido común de los estadistas.

Durante mucho tiempo, los hombres no conocían la auténtica naturaleza y el origen de las guerras, atribuyéndolas, por lo común, a las acciones criminales de unos u otros gobernantes o a la manifestación de la invariable "propensión a las pendencias" de los hombres. Sólo la ciencia marxista-leninista ha establecido que las guerras vienen condicionadas por las propias leyes del desarrollo de la sociedad integrada por clases antagónicas. Mientras exista la propiedad privada sobre los instrumentos de trabajo, mientras subsistan las clases antagónicas, mientras se mantengan las fuerzas sociales interesadas en saquear a los pueblos y en apoderarse de otros países, existirán las causas de las guerras. Esta conclusión profundamente científica enfila el movimiento pro paz hacia la lucha contra los verdaderos culpables de la agresión y sugiere las vías y formas eficaces de esta lucha.

La época contemporánea es un punto crucial en la historia mundial, tanto en el sentido de que, merced a las profundas transformaciones revolucionarias, se crea una formación socioeconómica nueva, comunista, se plasma un nuevo tipo de relaciones sociales, como en el de que la humanidad se halla ante una alternativa global que afecta a los destinos de todas las naciones: ya bien se aseguran las condiciones para el progreso de cada pueblo en un ambiente de paz, ya bien sobreviene la catástrofe militar, jamás vista por su escala y consecuencias, capaz de poner en peligro las realizaciones de la civilización humana.

El adquirir conciencia de este peligro ha levantado a millones de hombres de todos los países a la defensa activa de la paz y ha sido una de las causas principales de los masivos movimientos contra la guerra. La misma circunstancia ha impuesto la imperiosa necesidad y ha hecho actual la investigación científica del problema de la guerra y la paz, problema que ahora guarda relación directa con el del porvenir de la humanidad.

Las relaciones internacionales han entrado en una fase en que la intervención activa de la opinión mundial en defensa de la paz es una necesidad imperativa. La guerra no supone sólo un peligro para el porvenir, sino un problema alarmante del día de hoy.

Entre los sociólogos de distintos países tienen todavía lugar discusiones acerca de qué significa el problema de la paz. A fin de no entrar en la discusión sobre este problema claro, a nuestro juicio, podemos aceptar la definición del problema de la paz como problema de conjurar la guerra y, ante todo, del cese de la agresión de unos países a otros.

A lo largo de muchos siglos se ha elaborado detalladamente la estrategia y la táctica de las operaciones bélicas. Mucha menos atención se ha prestado a la creación de la estrategia de la paz. Y ello no fue así porque el afán de paz fuese deficiente o porque no hubiese suficientes enemigos de la guerra. Muchos pensadores soñaban con asegurar la paz. Fueron escritos no pocos tratados acerca de la paz eterna. Pero, el quid de la cuestión residía en que en el pasado no había condiciones reales para conjurar la guerra y asegurar una paz duradera.

La idea de la paz se ha encarnado ahora en un movimiento social real erigido en gran fuerza. Como es lógico, este movimiento necesita una argumentación teórica y un programa trazado sobre bases científicas. Los sociólogos no pueden asumir las funciones de los diplomáticos, los juristas, los economistas y los políticos y plantear un programa de paz elaborado en todos los aspectos. Pero tienen el deber de investigar y explicar los aspectos propiamente sociológicos de la estrategia de la paz.

En el presente caso examinamos el problema de la paz como problema de impedir la guerra y poner fin a la agresión. Estimamos que es un problema sociológico primordial de la conservación de la paz. La experiencia muestra que cuando la guerra ha comenzado, aunque en pequeña escala, resulta extraordinariamente difícil suspenderla, incluso cuando los propios agresores se dan cuenta de que su aventura carece de perspectivas. Cuando entra en juego la lógica de la guerra se necesitan gigantescos esfuerzos para restablecer las leyes de la paz.

¿Qué problemas sociológicos de conjuración de la guerra habría que investigar en primer término?

El análisis científico del problema de la paz en las condiciones actuales debe incluir, al menos, los siguientes componentes.

Primero, el análisis de las cardinales causas sociales y las principales fuentes del peligro de guerra y la crítica de las concepciones aparentemente científicas que tratan de justificar la agresión.

Segundo, la investigación de las condiciones y las fuerzas sociales de la paz, las posibilidades reales de evitar la nueva guerra mundial y suprimir la agresión "local".

Finalmente, tercero, la comparación de los distintos enfoques del problema de la paz, el análisis teórico y la revelación de las vías y los medios prácticos de resolverlo. En efecto, la ideología del pacifismo contemplador, que no presupone acciones prácticas, no puede considerarse medio eficaz de impedir la guerra. "Vencer" la guerra en la esfera de la ideología es una condición necesaria, pero insuficiente, de la paz general. Es preciso, además, eliminar las causas reales que existen en la vida y engendran las guerras reales, es preciso hallar medios eficaces de lucha contra el peligro de guerra.

Las fuentes de peligro de guerra

Las guerras entre los Estados han tenido lugar a lo largo de los siglos y los milenios, y cada generación sufría en las distintas partes del mundo las conmociones que suponían y las innumerables pérdidas de vidas humanas. Y eso no podía por menos de suscitar en las mentes de los hombres la falsa idea de que las guerras son inevitables y serán concomitantes eternos de la humanidad. Pero, la guerra no es una maldición eterna que gravita sobre la naturaleza humana. El materialismo histórico parte de que las guerras son un fenómeno sociohistórico surgido en una determinada fase del desarrollo de la sociedad humana y depende directamente de la estructura de clase de la misma, del modo antagónico de producción. Con la misma necesidad con que las guerras han surgido en la historia de la humanidad han de desaparecer en cuanto cambien las condiciones sociales.

La guerra es un engendro de determinadas relaciones sociales, un medio específico con ayuda del cual, en las sociedades divididas en clases antagónicas y en medio de la rivalidad de Estados enemigos, se persiguen determinados fines políticos y económicos de las clases dominantes, cuyos intereses fijan y orientan la política.

El régimen de la comunidad primitiva, que no conocía la propiedad privada y la división en clases, tampoco conocía las guerras. Entre las tribus primitivas u otros grupos de hombres primitivos que rivalizaban en la búsqueda de alimento o agua, y más tarde en la búsqueda de zonas de caza o de pastoreo, se producían choques

casuales, episódicos, que, a veces, tenían carácter armado, pero no eran guerras en el sentido estricto de la palabra, es decir, luchas armadas organizadas en aras de determinados fines económicos y políticos. En esas épocas no había destacamentos especiales de hombres armados ni organización militar. Unicamente al aparecer la propiedad privada sobre los medios de producción, que hizo surgir las clases y el Estado, comenzaron las guerras. En las formaciones socioeconómicas antagónicas, las clases dominantes y explotadoras comenzaron a recurrir de modo sistemático a las guerras, las cuales eran en sus manos un medio de reforzar y ampliar su dominación, de desvalijar y sojuzgar a otros pueblos. El sostener la guerra implica la existencia de destacamentos especiales de hombres armados (ejército) y armas especiales.

La guerra, en tanto que lucha organizada entre distintas clases sociales o Estados para lograr determinados fines económicos y políticos, es, en realidad, la continuación de la política de una u otra clase con medios violentos. "La misma política que ha seguido una determinada potencia –escribía Lenin–, una determinada clase dentro de esa potencia durante un largo período antes de la guerra, es continuada por esa misma clase, de modo fatal e inevitable, durante la guerra, variando únicamente la forma de acción"[1].

En el problema de la guerra, lo mismo que en cualquier otro problema del desarrollo social, la sociología marxista ocupa las posiciones del historismo, las posiciones del enfoque rigurosamente científico y concreto de los fenómenos. Este enfoque se justifica plenamente al investigarse el problema de la esencia y la naturaleza de las guerras. Los hechos históricos muestran sin dejar lugar a discusiones que toda guerra va unida inesperadamente al régimen del que se desprende, a las clases que están interesadas en ella. Así, en el régimen esclavista, las guerras de rapiña constituían el medio principal de conseguir esclavos. El trabajo de los cautivos hechos esclavos multiplicaba las rentas de los esclavistas. Bajo el feudalismo se sostenían continuamente guerras intestinas para conquistar territorios, con la particularidad de que los campesinos que habitaban estas tierras no eran convertidos en esclavos, sino que se adscribían a la tierra para ser explotados.

Bajo el capitalismo, las guerras adquieren el carácter de lucha armada por la conquista y la explotación de colonias, por la dominación en las rutas marítimas, por privilegios comerciales, por el monopolio en los mercados de venta, por las fuentes de materias

---

[1] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 32, pág. 79.

primas y las esferas de inversión de capitales, por el reparto de esferas de influencia.

El análisis de las raíces históricas de los choques bélicos va ligado a la comprensión del problema de la supresión de las guerras. Nos sirven de consigna las palabras de Lenin: "Acabar con las guerras, instaurar la paz entre los pueblos, lograr que cesen los saqueos y las violencias: ése es, precisamente, nuestro ideal..."[2]

El problema de las fuentes de los conflictos militares ha ocupado desde antaño las mentes de los pensadores y los políticos. En toda la diversidad de modos de abordar la solución del problema se pueden advertir, ante todo, dos tendencias históricas, cada una de las cuales reflejaba determinadas aspiraciones políticas: a) un intento de definir la guerra como elemento orgánico inalienable del desarrollo humano; b) un intento de poner al descubierto los motivos socioeconómicos como fuentes principales de las guerras.

La primera tendencia constituyó, en fin de cuentas, la base de la justificación del militarismo como instituto permanente de la civilización humana. Cuando más claramente comienza a manifestarse la concepción militarista de la guerra es en la segunda mitad del siglo XIX, al crecer los designios agresivos del capitalismo, que iba convirtiéndose en capitalismo monopolista. Precisamente en ese período, la tesis militarista de la guerra, como elemento imperecedero de la sociedad humana, obtuvo un apoyo seudocientífico por parte de los "biólogos sociales", merced a lo cual la guerra pasó a considerarse una de las manifestaciones de la "ley universal" de la supervivencia de las naciones y los pueblos "más adaptados".

Los principios de la escuela orgánica de la sociología, aplicados a la concepción de la nación, se utilizaban para argumentar las belicosas doctrinas de la expansión nacional o racial. Las pretensiones expansionistas del capital monopolista se encubrían con misiones nacionales. La lucha por los mercados de venta, por la posesión de fuentes de materias primas, por las esferas de influencia y por la hegemonía mundial se presentaba como una lucha por los intereses vitales de la nación. Basta referirse con tal motivo al sociólogo austríaco L. Gumplowicz[3] o al sociólogo portugués Oliveira Martins[4]. El filósofo alemán F. Nietzsche[5] y sus seguidores propagaban con especial celo la prédica chovinista de la guerra

---

[2] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 26, pág. 304.

[3] L. Gumplowicz. *Grundriss der Sociologie*. Wien, 1885, S. 125.

[4] J. P. Oliveira Martins. *As Raças Humanas e a civilizaçao primitiva*, v. 2, Lisboa, 1881, p. 55. Citado con arreglo a *War. Studies from Psychology, Sociology, Anthropology*, N. Y. – London, 1964, p. 213.

[5] F. Nietzsche. *Der Wille zur Macht. Werke*. Bd. 15, Leipzig, 1901.

como estado natural de la sociedad. Las ideas del racismo y de la hegemonía mundial se expresaban claramente en los escritos de H. S. Chamberlain[6]. El reaccionario historiador aleman H. von Treitschke escribía: "El propio hecho de la existencia de muchos Estados implica la necesidad de las guerras"[7].

Teodoro Roosevelt, Presidente de los EE.UU., al dirigirse a sus compatriotas, llamaba a hacer "enérgicos esfuerzos" en la rivalidad por la dominación mundial: "...si eludimos la lucha, en la que los hombres sólo pueden vencer al precio de poner en peligro su vida y todo lo que les es caro, los pueblos más audaces y más fuertes nos adelantarán y se ganarán la dominación del mundo"[8].

Los "enérgicos esfuerzos" a los que apelaba el imperialismo a fin de afirmar la "supernación" y al "superhombre", aplicados a la esfera de las relaciones internacionales justificaban ideológicamente las agresiones y las guerras.

El materialismo histórico rechaza de plano el intento que hacen los políticos y sociólogos burgueses para atribuir las guerras a la eterna e invariable naturaleza del hombre, que, según ellos, es propenso a las anexiones y los saqueos, y rechaza los intentos de demostrar que "el hombre es un lobo para el hombre". La causa de los conflictos entre los pueblos no radica en absoluto en la naturaleza del hombre, la cual no es la fuente de las guerras, de los choques de clases ni de la hostilidad entre las naciones.

Semejantes concepciones sociológicas burguesas sobre los problemas de la guerra y la paz contribuyen a la propagación de criterios dañinos y anticientíficos acerca de las causas de la guerra. Estas concepciones filosóficas teóricas tergiversan la naturaleza social de las guerras, velan la fuente principal del peligro de guerra: los intereses de la burguesía monopolista, la política interior y exterior del imperialismo. Estas concepciones difundidas por los sociólogos burgueses desempeñan un papel reaccionario en extremo precisamente porque desorientan a los hombres, procuran inculcarles falsas ideas tanto en lo referente a las causas de las guerras como respecto de las medidas indispensables para combatir el peligro de guerra.

La burguesía monopolista quisiera desviar la ira de las masas de los verdaderos culpables de la guerra y hacer que la responsabilidad recayese sobre toda clase de causas raciales, geográficas, sico-

---

[6] H. S. Chamberlain. *Die Zuversicht.* München, 1915; idem. *Rasse und Nation.* München, 1918.

[7] H. von Treitschke. *Politik*, B. II, Lpz., 1922, S. 555.

[8] Th. Roosevelt. *The Strenuous Life. Essays and Addresses.* L. 1903, p. 20.

lógicas, etc. Así se explica, ante todo, la aparición de las teorías seudocientíficas del origen de la guerra.

En este sentido han desempeñado un papel particularmente pernicioso las teorías fascistas, racistas, de la lucha por la dominación de la "raza aria", por el "espacio vital", bajo cuya protección los hitlerianos arrastraron a la humanidad a la vorágine de las incalculables calamidades de la guerra mundial y exterminaron a millones de seres humanos.

Los imperialistas se han valido ampliamente de la geopolítica para justificar la agresión. Esta seudociencia apareció en las postrimerías del siglo XIX y los albores del XX, en la época del tránsito del capitalismo premonopolista a la fase de desarrollo imperialista. La geopolítica vino a ser la expresión ideológica de la lucha entre las más fuertes potencias capitalistas por el nuevo reparto del mundo. El capitán Mahan, el historiador Adams, el senador Beveridge y muchos otros trovadores del joven, pero rapaz imperialismo norteamericano, preconizaban la necesidad de expansión de los norteamericanos en Europa y Asia a fin de afianzar la dominación mundial de los EE.UU. El historiador Adams afirmaba que, a lo largo de toda la historia, el centro de la civilización se había desplazado invariablemente hacia Occidente y que debía, al fin y al cabo, cruzar el Atlántico y emplazarse en Norteamérica. En el libro *America's Economic Supremacy*, escrito en 1900, Adams proclamaba que los intereses fundamentales de los EE.UU. debían abarcar el Pacífico, que se convertiría en su mar interior. Las Filipinas debían ser el centro natural del sistema estadounidense en el Pacífico. Afianzados en ellas y apoyándose en Europa, los norteamericanos debían tenderse el camino del Extremo Oriente y hacerse los amos del mundo. El capitán Mahan, en el cacareado libro *The Influence of Sea Power upon History*, llamaba a la ocupación de los lugares de anclaje para la marina y a la colonización de los otros países. El desarrollo de una gran fuerza naval debía, a su juicio, asegurar el éxito de la expansión norteamericana.

Después de la primera guerra mundial, los medios gobernantes anglo-norteamericanos estimulaban abiertamente la agresión de los imperialistas alemanes en el Este. El geopolítico inglés Mackinder dio una forma seudocientífica a la reivindicación de "espacio vital". Al referirse a la actitud de los gobernantes anglo-franco-norteamericanos hacia los militaristas germanos vencidos, Mackinder escribía: "Cuando nuestros estadistas negocian con el enemigo vencido, diríase que un querubín les susurra de tarde en tarde: Quien gobierna en Europa Oriental manda en el Corazón de la Tierra; quien gobierna en el Corazón de la Tierra manda en la Isla Mun-

dial; quien gobierna en la Isla Mundial manda en el Mundo"[9]. El Centro de la Tierra era para Mackinder el centro de Eurasia, que se extendía desde el Sudeste de Rusia hasta Mongolia, y la Isla Mundial era el continente euroasiático y Africa.

Haushofer, cabecilla de los geopolíticos germanofascistas, hizo suya esta teoría y la utilizó para argumentar la expansión hitleriana en el Este. Los geopolíticos fascistas recurrían a toda clase de cálculos seudocientíficos para probar que el éxito de la lucha de los invasores alemanes por el "espacio vital" estaba predeterminado.

Es sabido que, al preparar la segunda guerra mundial, los ideólogos fascistas predicaban con redoblada fuerza la teoría de que la guerra es un fenómeno eterno e inevitable, es un estado natural y, más aún, sanea y ennoblece a la sociedad.

Sin embargo, incluso después de la segunda guerra mundial existen en la literatura social y filosófica burguesa teorías acerca de que las causas de las guerras radican en las propiedades biológicas de los hombres y en factores de orden geográfico.

Los adeptos a la geopolítica norteamericana pugnan por la ampliación del "espacio vital" de los EE.UU., justificando las pretensiones de los imperialistas norteamericanos a la dominación mundial. Los sociólogos, políticos y publicistas norteamericanos predican que Norteamérica es un "nuevo mundo" "llamado a dirigir" el decrépito "viejo mundo".

Las bases "teóricas" de la escuela norteamericana de la geografía política se exponen con la mayor plenitud en los libros de Huntington *(Los resortes fundamentales de la civilización)* y de Spykman *(La estrategia norteamericana en la política mundial* y *Geografía de la organización pacífica)*. En estas publicaciones, la historia de la humanidad se presenta como resultado de los cambios ocurridos en el medio geográfico, y la vida, el nivel cultural y el carácter de los pueblos dependen de las influencias del clima. El globo terrestre se divide en zonas, correspondiendo las centrales a los pueblos "desarrollados", y las periféricas, a los "primitivos". Los países periféricos se proclaman desfavorables para la actividad intelectual, y sus pueblos "primitivos" y "carentes de talento". Así es cómo, a juicio de los geopolíticos, la geografía "representa" la dominación de los pueblos "civilizados" sobre los "primitivos", que viven en las zonas "periféricas".

Entre los geopolíticos norteamericanos han adquirido gran propagación y están hoy en boga varios conceptos peculiares, como, digamos, la "geografía dinámica" y la "geoestrategia". En forma

[9] H. J. Mackinder. *Democratic Ideals and Reality*. N. Y., 1942, p. 150.

popular, las orientaciones geopolíticas básicas se exponen en la recopilación *New Compass of the World* publicada bajo la redacción de Weigert, Stefansson y Harrison. La tesis principal de los autores de la recopilación consiste en que la geografía de los países se halla en constante movimiento y en proceso de modificación. Esto, a juicio de los autores, determina los destinos de la historia mundial. En la recopilación se repite muchas veces y en distintos tonos la frase: "La historia es la geografía en movimiento". Además, los autores procuran argumentar la necesidad de "movimiento de las fronteras norteamericanas", es decir, de la expansión imperialista de los monopolistas estadounidenses. A fin de justificar dicha expansión, los autores han inventado una "nueva concepción" de las zonas de defensa, de las zonas de "seguridad" de los EE.UU., cuyo sentido estriba en que ahora ya no basta la doctrina de Monroe: "América para los americanos". Resulta que el Hemisferio Occidental es un mito, ya que Norteamérica no tiene fronteras, y las zonas de su seguridad se extienden infinitamente hacia el Sur, el Norte, el Este y el Oeste.

Los representantes de la teoría biológica afirman que es una ley de la vida la lucha por la existencia, que se observa en el mundo animal y que, manifestándose en la sociedad humana, esta lucha lleva inevitablemente a las guerras. Por eso, como aseveran semejantes seudocientíficos, las guerras son tan necesarias al hombre como la comida o el sueño.

La variedad más reaccionaria de la teoría biológica de las guerras es la teoría racial, que atribuye a los pueblos propiedades inmutables e innatas que explican, pretendidamente, la "propensión" de los mismos a sostener guerras.

Después de la derrota de los fascistas, estas concepciones racistas no han desaparecido. En la Europa postbélica las han comenzado a difundir, en forma algo modificada, los ideólogos del imperialismo inglés y norteamericano. En los vastos medios públicos se planteó el problema: ¿a qué se debió la sangrienta guerra mundial?, ¿qué hay que hacer para que no vuelva a aparecer en el horizonte el peligro de una nueva matanza? Los ideólogos del imperialismo intentaron "contestar" a su manera a esa pregunta. Así, en los primeros años postbélicos adquirió bastante propagación en los países burgueses de Occidente el criterio de que la segunda guerra mundial se debió a las peculiaridades raciales de los alemanes, a su eterna belicosidad y a su afán de conquista. En su folleto *Black Record: Germans Past and Present*, Vansittart, uno de los más celosos predicadores de esta "teoría", afirmaba que a los alemanes les es inherente el insaciable deseo de librar guerras. A

juicio de Vansittart, todas las guerras han sido provocadas por los "instintos invariables" de la raza alemana. "Desde la juventud –escribe Vansittart– la guerra ha sido su pasión. La guerra fue la pasión de Carlomagno. Han pasado ochocientos años desde entonces, pero los instintos germanos siguen los mismos en este sentido".

Los ideólogos del imperialismo, análogos a Vansittart, temen la propagación de las ideas del marxismo-leninismo, que explica las verdaderas causas del surgimiento de las guerras. Las ideas marxistas-leninistas comenzaron a extenderse con particular fuerza en Occidente después de la guerra, la correcta explicación de las causas de las guerras comenzaron a llegar a la conciencia de millones y millones de personas en los países capitalistas. Los teóricos burgueses se apresuraron a rechazar esa explicación. Así, por ejemplo, los autores de un libro sobre el pasado y el porvenir de Alemania publicado en Inglaterra después de la contienda, al hablar de las causas de la conflagración mundial, estimaron necesario responder a la pregunta: "¿Fueron los capitalistas los que desencadenaron esa guerra?" Los autores consideran que cualquier respuesta afirmativa carece de fundamento. No, exclaman los autores, la guerra no fue provocada por los capitalistas. "En los años de paz, los capitalistas ganaban bien. No sacaban partido alguno de la guerra y lo perdían todo"[10].

Ayudan objetivamente a conseguir esos mismos fines –velar las raíces imperialistas de la agresión fascista– los intentos que se hacen para atribuir la segunda guerra mundial a factores geográficos. El doctor Gooch, presidente del Instituto de Sociología de Inglaterra, está de acuerdo con la idea de que los alemanes han sido siempre una nación belicosa, pero estima que dicha belicosidad se debe a condiciones geográficas. La geografía, alecciona Gooch, es la madre de la historia. La llanura central de Europa es la causa de la belicosidad de los alemanes. "Sin disponer de fronteras montañosas o marítimas bien defendidas, las tribus germanas luchaban continuamente, tanto con sus vecinos como entre sí... La consigna rectora no era la autodeterminación interna, sino la fuerza nacional"[11]. En realidad, es una repetición, algo a su manera, de la teoría fascista de la geopolítica. Haushofer y otros geopolíticos fascistas, haciendo alusión a las condiciones geográficas de Alemania, fundamen-

---

[10] *Germany: Disease and Treatment.* Based on the Memoranda of the post-war policy group and edited by Anthony Weymouth. London–New York–Melbourne–Sydney, 1945, p. 43.

[11] G. P. Gooch. *German Views of the State. – "The German Mind and Outlook"*. L., 1945, pp. 1-2.

taron la teoría de la lucha por el "espacio vital". El historiador y sociólogo inglés no rompe con las tesis de partida de la teoría geopolítica.

De suyo se entiende que semejantes razonamientos no tienen nada que ver con la ciencia. Muchas decenas de naciones viven en las llanuras del globo terrestre, pero no son culpables de las guerras. Por otra parte, Estados protegidos por mares o cadenas montañosas no se han distinguido siempre por un gran apego a la paz. La historia de los últimos decenios ha probado de modo incontrovertible que no es el medio geográfico, sino el imperialismo el que impulsa a los Estados al camino de las anexiones y los saqueos, al camino del sojuzgamiento de otros pueblos.

Como es lógico, la alusión a las condiciones geográficas de Alemania, al igual que a las peculiaridades raciales de los alemanes, no puede explicar en absoluto las raíces del imperialismo y del militarismo germanos en general y de la agresión fascista, en particular. Pero ayuda a los partidarios de la teoría geográfica a eludir la respuesta a la pregunta de cómo la dominación del capital monopolista pudo engendrar en Alemania el fascismo y su política interior y exterior reaccionaria al extremo, que llevó, con el apoyo directo de las principales potencias imperialistas, a la segunda guerra mundial.

La absoluta inconsistencia de las teorías racistas y geopolíticas se ve confirmada hoy de modo palmario por la diferencia cardinal entre la política de los dos Estados alemanes: la RDA y la RFA.

En la RDA, en la que se acabó con la dominación de los terratenientes y los capitalistas, en la que no existen monopolios imperialistas, en la que el poder pertenece a los trabajadores, el Gobierno, expresando los designios del pueblo, aplica una política de paz. Aquí no hay terreno para la propaganda del racismo y la geopolítica. Los trabajadores de la RDA, unidos a los pueblos de todos los países socialistas y a las fuerzas de la paz de todo el mundo, defienden la causa de la paz y luchan activamente para evitar la nueva conflagración. La ideología de la paz y la amistad es ahora la dominante en el país. Y eso es así porque el país avanza por el camino del socialismo, porque los principales medios de producción no pertenecen a un puñado de monopolistas, sino al pueblo.

Otra cosa ocurre en la RFA, en la que impera el capital monopolista. Los medios imperialistas del Estado de Bonn, con Adenauer y adláteres al frente, aplicaban pertinaces una política agresiva, y hoy las fuerzas revanchistas se oponen a la solución pacífica de los problemas internacionales. El racismo y la geopolítica, lo

mismo que en la Alemania hitleriana, son una mercancía ideológica muy en boga en la RFA.

En Alemania Occidental se ha reanudado la publicación de la revista geopolítica *Zeitschrift für Geopolitik*, en torno a la cual se agrupan los viejos y nuevos fascistas y militaristas. Renunciando de palabra a la desacreditada teoría del "factor geográfico" de Haushofer, la revista se encubre con frases seudocientíficas acerca de la necesidad de una "nueva conciencia espacial", de la "desaparición de las fronteras espaciales", etc. Semejantes teorías no son otra cosa que una tentativa de argumentar el rumbo reaccionario en política exterior que expresa los intereses del capital monopolista. Así, el geopolítico Hans Hagen declara: "El destino de nuestro país, que tiene una situación céntrica, nos impone un crecimiento... más intenso que el de los Estados situados en la periferia de Europa. Un pueblo que ha tenido en su historia hasta diecinueve vecinos debe acostarse con la espada desenvainada. Y esa disposición la interpretan como militarismo"[12].

La diferencia cardinal de las condiciones de los dos Estados alemanes confirma con particular diafanidad la verdad del marxismo-leninismo de que no son el medio ambiente natural ni las peculiaridades raciales de la población, sino el régimen social y los intereses de las clases dominantes los que determinan la política de cualquier Estado.

Entre las teorías que atribuyen el origen de las guerras a causas biológicas ocupan un lugar importante las lucubraciones maltusianas acerca de la superpoblación de la tierra.

Los maltusianos modernos se desgañitan para probar que las guerras entre los pueblos son inevitables debido al crecimiento excesivamente rápido de la población y al subsiguiente decrecimiento igualmente rápido de los recursos de la naturaleza. Afirman que sólo una tercera parte de la población actual puede disponer de los recursos mínimos de subsistencia y que en esa insuficiencia de medios radican las causas de las últimas dos guerras mundiales, que el crecimiento de la población supone un peligro permanente de estallido de la tercera guerra mundial. De este modo, los maltusianos quieren liberar a los imperialistas de la responsabilidad por las bandidescas guerras y socavar la lucha de las masas contra los incendiarios de la nueva guerra.

Se da vuelta a distintas teorías idealistas para combatir la doctrina marxista-leninista de las guerras. Entre dichas teorías

[12] Hans W. Hagen. *Starke Zukunft wächst nur aus starker Herkunft.* – "*Zeitschrift für Geopolitik in Gemeinschaft und Politik*", Heidelberg, XXVII Jg., Heft 4, April, 1956, S. 28.

cabe subrayar, en primer término, las *teorías sicológicas* de las guerras.

Estas últimas teorías ven la fuente de las guerras en la sicología humana, en la conciencia de los hombres. Los adeptos a dichas teorías aconsejan resignarse con la inevitabilidad de las guerras o, en el mejor de los casos, adoptar medidas para modificar la sicología humana, dejando en la sombra las auténticas causas de las guerras y las fuentes del peligro de guerra. Es más, según dichas teorías, los culpables de las guerras no son los monopolistas, los que están efectivamente interesados en la carrera armamentista y en las aventuras bélicas, sino las masas populares impulsadas por "instintos belicosos" y "tendencias agresivas".

El conocido sociólogo inglés Morris Ginsberg resume de la siguiente manera el contenido de estas teorías: "La causa fundamental, a diferencia de las causas directas, de la guerra debe buscarse en la agresividad inherente de la naturaleza humana... Y si es así, no hay cambio en las instituciones políticas, educativas o económicas que afecten a las fuentes del peligro de guerra mientras no se hagan esfuerzos para eliminar las tensiones inconscientes y suprimir las fuentes de ansiedad y odio"[13]. Al exponer el contenido fundamental de estas teorías, escribe que sus partidarios "estiman que en la conciencia humana existen tendencias primitivas de destrucción y agresión... En los períodos de tirantez, estas tendencias reprimidas se dirigen impetuosamente hacia el enemigo. Tenemos miedo de nosotros mismos, y en nuestro terror nos volvemos contra los demás... La indebida represión de los dos grupos fundamentales de impulsos –de amor y de agresión– constituyen en última instancia la fuente de este terror; y el único medio radical de solución de ese problema reside, por tanto, en los métodos de supresión de las influencias que contribuyen al sadismo y al masoquismo, sobre todo en la infancia..."[14]

Los sociólogos que parten de las posiciones de la sicología para investigar las causas de las guerras sacan sus argumentos principalmente de los trabajos del sicosociólogo inglés McDougall[15] y de la doctrina de Freud. McDougall estimaba que el "carácter belicoso" era uno de los principales instintos humanos y la causa fundamental de las guerras en la historia humana.

Los neofreudianos crearon toda una disciplina seudocientífica: "la sicopatología de las relaciones internacionales". A su juicio, las

---

[13] M. Ginsberg. *Reason and Unreason in Society.* London–New York–Toronto, 1948, p. 177.

[14] Idem., p. 191.

[15] Véase W. McDougall. *An Introduction to Social Psychology.* Lnd., 1915.

guerras son el resultado de fenómenos morbosos en la sicología humana. Quieren mantener, con la ayuda de la sicopatología, la vieja teoría de que las causas de las guerras radican en la naturaleza "pecadora" del hombre. Los neofreudianos refinan sus calumnias contra las masas populares, afirmando que la sicología de éstas se distingue por fenómenos morbosos. Insisten en que los instintos de los hombres se reprimen en la temprana edad y que eso contribuye al surgimiento de la irritación. En lo sucesivo, toda la experiencia de la vida de los hombres concurre a la acumulación de esa irritación, lo cual lleva a las neurosis masivas. Estas últimas conducen precisamente a las guerras.

El sentido de clase de semejantes teorías trasluce claramente en la recopilación *World Tensión. The Psychopathology of International Relations,* cuyos autores declaran abiertamente que las causas de las guerras no radican en la mala intención de los fabricantes de armamentos, en la diplomacia secreta o en los defectos del sistema capitalista, sino en las tendencias instintivas, antiguas, profundas y comunes, de los grupos humanos a la hostilidad recíproca[16].

La misión objetiva de dichas teorías consiste en calumniar a las masas populares, que pretendidamente se hallan bajo la influencia de "instintos antiguos" e inclinaciones morbosas, y justificar a los incendiarios de guerra.

En los últimos tiempos, análogas teorías sicológicas profundamente reaccionarias y seudocientíficas se entrelazan con creciente frecuencia con otros "argumentos" llamados a tergiversar las causas de las guerras. Así, por ejemplo, en el libro de A. Strachey *The Unconscious Motives of War. A Psycho-analytical Contribution,* la teoría sicológica neofreudiana de las guerras se conjuga con la declaración de que las fuentes de las guerras radican en la soberanía nacional. El autor de ese libro afirma que "los instintos de destrucción... son la gran causa de las guerras"[17], pero sólo en grupos tan grandes como los Estados soberanos existen tanto la voluntad como los medios para hacer realidad esos peligrosos designios[18]. Por tanto, a juicio de Strachey, las guerras existirán hasta que no se pongan en práctica los proyectos cosmopolitas de supresión de la soberanía nacional y mientras no se liquiden en la sicología humana los "instintos de destrucción". La conclusión lógica de semejantes teorías con-

---

[16] Véase *World Tension. The Psichopathology of International Relations.* N. Y., 1951.

[17] A. Strachey. *The Unconscious Motives of War. A Psycho-analytical Contribution.* London, 1957, p. 266.

[18] Idem, p. 205.

siste en que, mientras tanto, no tiene sentido luchar contra el peligro de guerra, es decir, contra los agresores imperialistas.

Un número considerable de sociólogos occidentales contemporáneos critica más o menos abiertamente la teoría sicológica y sicopatológica del origen de las guerras. Es sintomático el análisis que hace de esta teoría el sociólogo inglés M. Ginsberg, quien dice: "Yo, personalmente, no estoy convencido de que en el hombre exista la misma necesidad innata de destruir o de causar daño que la de amar, comer o beber"[19].

Pese a que las posiciones absolutamente anticientíficas y antihumanas del biologismo en sociología hayan sido minadas con el hundimiento de las teorías racistas, no ha dejado de existir la tendencia a hacer intentos de presentar la guerra como algo que radica en la naturaleza humana. Así, por ejemplo, von Wiese considera que una de las fuentes de la guerra consiste en los "instintos agresivos"[20] que, según él, son propios de la humanidad. "Es claro que la guerra responde a los profundos instintos del hombre..." –le hace coro Theimer[21].

Muchos científicos burgueses reconocen que tales "argumentos" no convencen a nadie. El profesor Spanier, sociólogo norteamericano, observa que las alusiones a la naturaleza humana ayudan muy poco a resolver el problema de por qué, en unas circunstancias, los pueblos sostienen guerras, mientras que en otras, viven en paz. "La naturaleza humana es, de hecho, una explicación demasiado general. Al explicar todo, no explica nada. Por eso, las causas que engendran conflictos y guerras deben buscarse en otros lugares, en la conducta social y política de los hombres"[22].

El instinto más profundo del hombre es el instinto de la vida; la tesis de que, con arreglo a dicho instinto, el hombre debe situarse constantemente al borde de la muerte es peligrosa desde el punto de vista social y absurda desde el punto de vista de la lógica.

No nos hemos detenido en esas declaraciones acerca de las causas "naturales" de la guerra en aras de aclarar la historiografía del problema, sino para subrayar la responsabilidad del sociólogo ante la sociedad, ante la historia.

---

[19] M. Ginsberg. *Reason and Unreason in Society*, p. 191.

[20] L. von Wiese. *Die Sozialwissenschaften und die Fortschritte der modernen Kriegstechnik*. Wiesbaden, 1951, S. 1181.

[21] W. Theimer. *Die Geschichte der politischen Ideen*. Bern – München, 1959, S. 380.

[22] J. W. Spanier. *World Politics in an Age of Revolution*. N. Y., Wash., Lnd., 1967, p. 29.

Al censurar a los apologistas directos de la guerra, al poner en claro las equivocaciones de unos u otros teóricos, debemos tener en cuenta los intereses del progreso de la humanidad, de su presente y su futuro.

Merece más atención la tendencia sociológica opuesta, que se manifiesta en los intentos de relacionar el surgimiento de las guerras con los procesos de carácter socioeconómico, aunque también aquí ha habido diversas interpretaciones. No obstante, considerado en conjunto, semejante enfoque trazaba las premisas objetivas para la construcción de algo parecido a un modelo social capaz de excluir las guerras como medio de solución de ciertos problemas. Ya en los trabajos de los pensadores antiguos –Platón y Lucrecio– y en las obras de los ilustradores franceses –Voltaire y Diderot– encontramos la idea de que existe una relación entre el conflicto bélico y el afán de lucro, el deseo de apoderarse de tierras y propiedad ajena, de esclavos y otros bienes de orden material. El pensador ruso N. Chernyshevski probaba que las guerras de conquista se debían a los intereses materiales de las clases ricas y que, para las clases pobres, la guerra no tenía sentido y era ruinosa.

Cuando más claro se ha visto la esencia socioeconómica del conflicto bélico ha sido a fines del siglo pasado y a principios del presente. En ese período aparecen varios trabajos de autores occidentales, en los que se trata de la guerra como de una empresa movida por intereses de acumulación de propiedad.

Sin embargo, hay que subrayar que el marxismo dio ya a mediados del siglo XIX un análisis concreto de las causas socioeconómicas de las guerras, tanto en las formaciones anteriores como bajo el capitalismo. No obstante, incluso después de eso, muchos científicos burgueses se han detenido a medio camino, limitándose a referencias de carácter general a los móviles económicos de los conquistadores. Por ejemplo, W. Sumner afirmaba: "Los hombres han luchado por zonas de caza, por recursos alimenticios... por el comercio, por esclavos y, probablemente, también por carne humana"[23].

Se atenía a concepciones análogas W. James, que describía de la siguiente manera el carácter y las causas de las guerras en la antigüedad: "Estas guerras tenían un carácter de pura piratería. Vanidad, oro, mujeres, esclavos... eran su único móvil"[24]. G. Nicolai, en su *Die Biologie des Krieges,* expone aún más claramente los mo-

---

[23] W. Sumner. *War.* – *"War. Studies from Psychology, Sociology, Anthropolgy"*. N. Y. – L., 1964, p. 212.

[24] W. James. *The Moral Equivalent of War.* – *"War. Studies from Psychology, Sociology, Anthropology"*; p. 22.

tivos económicos de la guerra: "Las verdaderas guerras sólo comenzaron cuando la cultura había dado inicio a la acumulación de la propiedad"[25].

Lo más común es que en las concepciones sociológicas occidentales contemporáneas se conjuguen de modo ecléctico elementos de explicación económica, biosíquica y geopolítica de las causas de los choques militares. Se habla en ellas también de los motivos económicos de las guerras, a la vez que se señalan como causa de los conflictos bélicos el "exceso de energía vital", el "sentimiento o la vanidad nacional", la "superpoblación", etc. Además, aquí, el "factor económico" se enfoca de modo abstracto y superficial, así que se ve la causa de la guerra en los intereses materiales de los hombres en general, es decir, se reduce también a la naturaleza humana. Tales concepciones no explican tanto las causas de las guerras cuanto, en realidad, justifican su surgimiento, por cuya razón no pueden servir de base constructiva al sistema de coexistencia pacífica de los Estados.

Así, el mismo M. Ginsberg hace su crítica de la teoría sicológica desde posiciones de la teoría de la pluralidad de factores de los fenómenos sociales. "Procuraré reunir la mayor parte de mis argumentos –resume M. Ginsberg– citando los principales factores que, unidos el uno al otro, engendran, a mi juicio, las guerras modernas".

Ginsberg estima que esos factores son seis: 1) "la rivalidad imperialista... entre las distintas naciones..."; 2) "el miedo de unas naciones a otras"; 3) la existencia de armamentos, que sostiene ese miedo; 4) "el que las naciones no quieren renunciar a sus derechos de autodefensa"; 5) los factores sicológicos que originan ese miedo, y, finalmente, 6) la ausencia precisamente de la "voluntad general de paz". Por tanto –concluye M. Ginsberg–, la causalidad es muy compleja..."[26]

De aceptarse la cacareada "teoría de los factores", no se puede salir del círculo vicioso. Semejante criterio ecléctico, que hace caso omiso de la base de los fenómenos históricos y que ve en ellos nada más que el resultado de la suma mecánica de distintas causas, en el mejor de los casos puede dar una descripción superficial de los hechos, pero jamás podrá explicarlos. La teoría de la "pluralidad de factores" de la guerra, como es lógico, no puede encauzar la lucha de las masas contra el peligro de guerra.

Carecen de todo fundamento científico los intentos que hacen los partidarios de la teoría de la "pluralidad de factores" para subrayar

---

[25] G. F. Nicolai. *Die Biologie des Krieges*, Zürich, 1919, S. 32.
[26] M. Ginsberg. *Reason and Unreason in Society*, pp. 193, 194, 195.

la significación especial de un factor o de unos cuantos factores de guerra mencionados por ellos. El sociólogo norteamericano L. Bernard destaca entre el gran número de distintos factores que contribuyen, a su juicio, al surgimiento de las guerras, el de la superpoblación, o, como dice Bernard, "la presión de la población sobre los medios de subsistencia"[27]. De este modo, en sus escritos, la teoría de la pluralidad de factores adquiere un matiz evidentemente maltusiano. Pero, la teoría maltusiana sólo es capaz de justificar las guerras imperialistas, las guerras de anexión.

Aunque Bernard rinda un gran tributo a la teoría sicológica, critica a los que exageran, a su juicio, los factores sicológicos. No estima que las "causas sicológicas" de las guerras sean primarias. "La guerra –escribe Bernard– no es una manifestación del mítico instinto de pugnacidad. Los que pelean no son sujetos necesariamente insanos o patológicos... Debemos ver en la guerra... el resultado de alguna desorganización social... Las causas sicológicas se hallan en alguna parte entre las causas de la guerra ostensibles, incidentales e inmediatas... y las fundamentales"[28]. Bernard declara que "los factores geográficos y económicos desempeñan un papel muy importante como causas de guerra", pero, "las causas económicas modernas no suelen producir guerras directamente"; a su juicio, "las causas políticas de las guerras pertenecen más bien a la categoría de las causas inmediatas e incidentales que a las fundamentales". Bernard reconoce igualmente la influencia de las causas ideológicas y religiosas de la guerra. No obstante, al fin y al cabo, vuelve a la tesis maltusiana, subrayando que "existe sólo una causa biológica muy significativa de la guerra en el sentido general y fundamental: la superpoblación..."[29] Esto lo lleva a la conclusión de la inevitabilidad fatal de las guerras: "La guerra es un fenómeno natural, tan natural como cualquier otro tipo de fenómenos sociales"[30]. Tal es el círculo vicioso en el que se halla Bernard, tales son las conclusiones viciosas que se desprenden de su teoría.

Se puede hacer patente la absoluta inconsistencia de la teoría de la "pluralidad de factores" con ayuda del análisis de los dos tomos sobre el problema de la guerra escritos por el conocido especialista

---

[27] L. L. Bernard. *War and Its Causes*. N. Y., 1944, p. 301.

[28] Idem, pp. 213, 215 y 272.

[29] Idem, pp. 420, 327, 377, y 301.

[30] Idem, p. 213. En su trabajo, Bernard aduce datos acerca de que en 3.357 años hubo 227 años de paz y 3.130 años de guerra y que, aproximadamente en el mismo período, fueron concertados 8 mil tratados de paz, durando cada uno, por término medio, 10 años, aunque se suponía que durarían eternamente.

norteamericano en Derecho Internacional Quincy Wright, profesor de las Universidades de Harvard y de Chicago. Wright dedicó a esa obra 16 años (de 1926 a 1942). Y ¿a qué conclusiones llegó? Wright se limita, más que nada, a la exposición de las teorías más difundidas de los sociólogos e historiadores burgueses acerca de las causas de las guerras. La clasificación de dichos razonamientos por Wright en el espíritu de la cacareada teoría de la pluralidad de factores muestra palpablemente que con ayuda de la teoría de los factores no se puede explicar, en realidad, las causas del surgimiento de las guerras, que lo único que se puede hacer es enumerar y describir ciertos fenómenos puramente exteriores.

No tiene nada de extraño que Q. Wright llegue, en fin de cuentas, a unas conclusiones completamente vacuas acerca de las causas de las guerras. "Las guerras estallan debido al cambio de la correlación entre muchas variables –tecnológicas, síquicas, sociales e intelectuales. No existe causa única de guerra... El Estado puede, en ciertas circunstancias, coadyuvar a la paz mediante el armamento, y en otros, mediante el desarme; unas veces, insistiendo en sus derechos, otras, manifestando un espíritu de conciliación. A fin de estimar la probabilidad de guerra en cada momento concreto se precisa la estimación de la influencia de los cambios corrientes en el conjunto de las relaciones entre los grupos en el mundo"[31].

Hasta los criterios que se acercan más o menos a la verdad pierden en boca de Wright toda su determinación, se vuelven huecos y vagos, incapaces de hacer avanzar un solo paso la comprensión de las auténticas causas que engendran las guerras.

Al destacar el problema del papel de la soberanía nacional en el surgimiento de las guerras, Q. Wright parte de que hasta ahora se ha observado en la historia un antagonismo entre los intereses nacionales y los de toda la humanidad. Los intereses del poderío de la nación prevalecían sobre los de la vida internacional, lo que llevaba a funestas consecuencias. Al fin y a la postre, Wright se inclina a aceptar la versión propagada en la ciencia burguesa acerca de la necesidad de limitar los derechos y los intereses de las naciones y de difundir lo más posible la llamada conciencia de la ciudadanía universal, es decir, de las ideas del cosmopolitismo.

A despecho de su evidente impotencia y su carácter ecléctico, la teoría de los factores tiene aún gran propagación en la sociología burguesa, ya que permite esquivar la respuesta al problema de las guerras en la época del imperialismo planteado directamente. Movido por el deseo de defender esta teoría el sociólogo francés Gaston

---

[31] Q. Wright. *A Study of War*, vol. II, Chicago, 1942, p. 1284.

Bouthoul, profesor de la Escuela de Altos Estudios Sociales de París, miembro del Instituto Internacional de Sociología, escribió un voluminoso tratado sociológico titulado *Les guerres. Eléments de polémologie*[32]. El autor declara pretenciosamente que su "polemología" es un "estudio objetivo y científico de las guerras en tanto que fenómeno social observado... un nuevo capítulo de la sociología[33]. Sin embargo, en la obra de Bouthoul no hay nada de científico ni de objetivo. En realidad, el autor repite las disquisiciones y concepciones comunes en la ciencia burguesa acerca de los "elementos técnicos, económicos, demográficos y sicológicos de las guerras".

Finalmente, Bouthoul recurre al medio salvador del engaño idealista de la vida social. Lo mismo que muchos otros sociólogos burgueses, Bouthoul ve las fuentes de las guerras, en última instancia, en la conciencia de los hombres. Ahora bien, el llevar las causas de la guerra al dominio de la sicología y la conciencia conduce inevitablemente al reconocimiento de la fatalidad de las guerras. En consecuencia, las guerras se presentan como una ley sociológica objetiva general: "Las guerras son el factor principal de imitación colectiva, que desempeña un papel tan importante en las transformaciones sociales". Aquí se hace sentir evidentemente la influencia de los viejos "teóricos de la guerra" burgueses, como Gumplowicz, Tarde y otros, que ven en la guerra un importante elemento de evolución. Todas estas teorías vienen a ser objetivamente intentos de inculcar a las masas la nociva idea de la inevitabilidad fatal de las guerras. Los autores de dichas teorías se encubren con términos seudocientíficos, como "evolución", "cambios sociales", etc., pero no hay estratagemas terminológicos que puedan ocultar la esencia reaccionaria de estas teorías.

Todas las teorías burguesas de la guerra eluden el problema de la profundización de las contradicciones del imperialismo contemporáneo, de la agudización de la desigualdad de su desarrollo, el problema del papel del capital monopolista. Aunque ciertos sociólogos (Bernard) hablen de los intereses económicos como de una de las causas de las guerras, lo que dicen desaparece en el torrente general de las lucubraciones anticientíficas acerca de las "causas" demográficas, geográficas, geopolíticas, biológicas, sicológicas, culturales, etc., de las guerras.

Ultimamente se han hecho más frecuentes las tentativas de varios sociólogos burgueses de renunciar a la teoría de la "pluralidad de factores" y de señalar cierta causa universal de las guerras,

---

[32] G. Bouthoul. *Les guerres. Eléments de polémologie.* Paris, 1951.
[33] Idem, p. 8.

que no radica en la naturaleza abstracta del hombre ni en la mentalidad del hombre abstracto, sino en la sociedad, en los defectos de la organización social, con la particularidad de que estos "defectos" se interpretan arbitrariamente. En este sentido ofrece un ejemplo característico la propaganda de una teoría muy en boga acerca de que la causa de las guerras es la soberanía de las naciones. La existencia de naciones soberanas, como quieren demostrar los adeptos a semejantes concepciones, engendra inevitablemente la anarquía en la sociedad, el choque entre los intereses de las distintas naciones, lo cual, a su vez, conduce forzosamente a la guerra.

Los ideólogos y políticos reaccionarios, enemigos de la independencia nacional de los pueblos, se valen de esa teoría. Cabe hacer constar que la apoyan ciertos pacifistas, ciertos partidarios de la política de paz.

Por supuesto, no se puede mezclar a los distintos representantes de estas opiniones, pero hay que denunciar sus ideas y mostrar hasta qué punto son insostenibles.

Los críticos de la soberanía nacional no ofrecen un análisis efectivo de las causas de los choques entre los intereses de las distintas naciones. Estiman que la propia existencia de naciones soberanas es un mal que engendra automáticamente todas las calamidades y desórdenes en la sociedad y, en fin de cuentas, las guerras.

Sin embargo, de por sí, la existencia de las naciones no puede suponer un peligro para la paz. Lo importante es quién establece la política de las naciones. Las clases explotadoras son las que engendran y fomentan la enemistad nacional y el nacionalismo. El imperialismo ha hecho "florecer" la misantrópica teoría racista. El nacionalismo militante se erige en política de los Estados encabezados por los capitostes del capital monopolista, por los que quieren enriquecerse infinitamente, tanto a costa de los pueblos de sus propios países como a costa de otros pueblos.

Por consiguiente, la teoría que ve las causas de la guerra en la existencia de la soberanía nacional vela las verdaderas causas de la enemistad nacional y del nacionalismo. Esta teoría, al igual que el intento de atribuir las causas de las guerras a las peculiaridades de la raza o al medio geográfico, silencia las contradicciones del imperialismo, se refiere a pretendidos factores eternos y naturales de las guerras y advierte las causas de las guerras en el antagonismo entre las naciones.

En la sociología burguesa moderna se considera, y no sin fundamento, que el fundador de esa teoría del origen de las guerras es el publicista inglés Normann Angell. En su tiempo causó mucho ruido su libro *The Great Illusion* (1909), que la prensa burguesa

del mundo entero calificó de magna obra igual por su significación al descubrimiento de Darwin.

Este libro contenía también ciertas ideas sensatas. Por ejemplo, era positiva la violenta protesta del autor contra la carrera armamentista y el militarismo. Tenía indudable interés la crítica bastante acerba a que Angell sometió las teorías biológica, sicológica y geopolítica del origen de la guerra, de moda a la sazón.

Angell exponía de la siguiente manera su punto de vista: "El sentimiento de conflicto surge de la separación y la independencia de las formaciones nacionales... El capitalismo entra en estos conflictos sólo porque el capitalista comienza a pensar no ya como capitalista, sino como nacionalista... Si el capitalista pensase más como capitalista y menos como nacionalista, posiblemente no hubiera surgido la guerra, y el capitalismo no hubiera llegado a la desesperada condición en que se encuentra... La guerra surge de los esfuerzos que hace cada nación para defender de modo adecuado sus derechos y sus intereses en el mundo anárquico con medios anárquicos... Yo estimo que hoy existen dos corrientes de influencias en el mundo: las tendencias nacionalistas, que se intensifican debido a la irritación, expresada en la vieja y acostumbrada pugnacidad, y, por otra parte, la corriente o influencia ejercida por la minoría informada que se empeña en crear una organización internacional..."[34]

Así es que N. Angell alza sobre el pavés las tendencias cosmopolitas a la organización mundial "supranacional", es decir, tendencias que no son otra cosa que la manifestación del afán imperialista a la dominación mundial y no se contradicen en absoluto con el nacionalismo agresivo burgués, siendo una encarnación de este último en las nuevas condiciones históricas.

Hace relativamente poco tiempo, este sociólogo ha publicado un libro en el que prosigue sus ataques a la soberanía nacional. Califica de "amorales y antisociales" los principios de la independencia nacional y de la soberanía. Lo mismo que antes, ve en ellos el principal peligro para la paz. "Si estos principios llegan a ser reconocidos generalmente, harán imposible la existencia de una sociedad libre y humana"[35].

El carácter reaccionario de esta concepción salta a la vista sobre todo en la etapa actual de la crisis general del capitalismo y del hundimiento del sistema colonial del imperialismo, cuando los pueblos que luchan contra el yugo y la explotación imperialistas se

---

[34] N. Angell and B. Bliven. *What Causes War?* N. Y., 1933, pp. 12-13, 22.
[35] N. Angell. *Defence and the English-Speaking Role.* L., 1958, p. 75.

alzan bajo la bandera de la soberanía nacional y la independencia nacional. La negación del derecho de las naciones a la autodeterminación, a la determinación de su destino por su propia cuenta va estrechamente unida a los llamamientos a formar organizaciones "supranacionales" regionales y mundiales. Estos llamamientos se han erigido en arma ideológica de los círculos más agresivos, empeñados en defender el caduco sistema imperialista, el sistema de la opresión social y nacional.

En el período postbélico, distintos filósofos y sociólogos han atacado el principio de la soberanía nacional. Así, el destacado pragmatista norteamericano J. Dewey afirmaba que la guerra era producto del nacionalismo político[36]. A su juicio, el caos y la anarquía en la esfera de las relaciones internacionales se deben al nacionalismo político, o sea, a la existencia de las naciones. Como es natural, Dewey no dice nada de lo que ha engendrado el reaccionario "nacionalismo político" de los hitlerianos o los fascistas italianos. Echa en un mismo saco el chovinismo de los fascistas germanos y la lucha de liberación nacional de los pueblos contra el yugo colonial.

Esta teoría se presenta con la mayor diafanidad en los trabajos de Mortimer J. Adler, profesor de filosofía y derecho de la Universidad de Chicago, presidente del Instituto filosófico de San Francisco. Adler desarrolla las concepciones de Norman Angell.

"La única causa de la guerra –afirma Adler– es la anarquía. La anarquía surge en todas partes en que los hombres o las naciones procuran vivir juntos sin renunciar a su derecho a la soberanía"[37]. Y por eso, como opina, las guerras son inevitables mientras existen naciones soberanas. "El precio de la soberanía es la guerra"[38].

Mortimer Adler rechaza la idea de que las guerras radican en la naturaleza misma del hombre y considera con razón que la condición normal a que aspiran los hombres no es la guerra ni la agresión, sino el ambiente de paz. Pero, Adler desorienta a los lectores, al afirmar que la anarquía y la soberanía son inseparables la una de la otra[39] y que sólo un gobierno mundial puede poner fin a las guerras[40]. En el trabajo *The Capitalist Manifesto* (1958), Adler puso todos los puntos sobre las íes, planteando abiertamente como ideal de organización social la utopía reaccionaria del "capitalismo puro", régimen social del porvenir, llamado a

[36] Véase J. Dewey. *Problems of Men.* N. Y., 1946.
[37] M. J. Adler. *How to Think about War and Peace.* N. Y., 1944, p. 69.
[38] Idem, p. 70.
[39] Idem, p. 69.
[40] Idem, p. 75.

abarcar el mundo entero, como es natural, "bajo la dirección de los EE.UU."[41].

Adler escribe: "El único límite que existe para la expansión política es el Estado mundial. Nada más puede detener ese proceso. El Estado mundial es el límite natural de la expansión, el último peldaño del crecimiento político, en el que se conjugan dos unidades fundamentales: 1) la unidad de nuestro planeta como base territorial para la vida política del hombre y 2) la unidad de la naturaleza humana... como base sicológica para la ciudadanía universal"[42].

Criterios afines expone también el ya mencionado A. Toynbee, que estima que las guerras son un concomitante permanente o, como dice, un "parásito" de la "soberanía local". Visto que el "parásito no puede vivir sin el amo", Toynbee ve el único camino de liquidación de las guerras en la creación de una federación mundial, "entrando en la cual, los Estados locales renunciarán a su soberanía, continuando su existencia como partes subordinadas del todo"[43].

Por consiguiente, los adeptos a la idea cosmopolita del Estado mundial no propugnan la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen social, sino la liquidación de los Estados nacionales.

Pero, la época actual es la época de la transición del capitalismo al socialismo y no se distingue por la "reducción del número de formaciones políticas", ni mucho menos, sino, al contrario, por la desintegración de los imperios coloniales y por el surgimiento de una multitud de nuevos Estados nacionales, soberanos y dotados de la plenitud de derechos. Precisamente estos Estados, que mantienen relaciones de amistad con el sistema mundial del socialismo, forman la "zona de la paz".

Está claro para todos que el plan de creación del "Estado mundial" y de supresión de la soberanía nacional expresa voluntaria o involuntariamente, consciente o inconscientemente, el anhelo de los imperialistas de absorber el sistema socialista mundial y restaurar los "buenos tiempos" de la dominación colonial sobre los países subdesarrollados.

La base de la paz duradera es la coexistencia de los Estados, y no el aplastamiento de unos países por otros ni el Estado mundial supranacional. La solución del problema de la paz no radica

[41] Véase L. O. Kelso and M. J. Adler. *The Capitalist Manifesto.* N. Y., 1958.

[42] M. J. Adler. *How to Think about War and Peace,* p. 205.

[43] A. Toynbee. *Experiences.* N. Y. and L., 1969, p. 84.

en la creación del Estado mundial y las fuerzas armadas internacionales, sino en el desarme general y completo.

La soberanía nacional de los Estados que acaban de conquistar su independencia, lo mismo que de los Estados constituidos antes, no se contradice, ni mucho menos, con la causa de la paz.

Los Estados nacionales se pronuncian cada vez más activamente como fuerza independiente en la arena mundial, con la particularidad de que, objetivamente, en lo fundamental, trátase de una fuerza progresista, revolucionaria y antiimperialista. Los pueblos que se han emancipado del yugo colonial desempeñan un papel creciente en la lucha contra la guerra.

Los imperialistas procuran tergiversar la idea de la soberanía nacional, implantando el espíritu de egoísmo nacional, de excepción nacional, fomentando el antagonismo nacional. En oposición a ello, las fuerzas democráticas se valen de la idea de la soberanía nacional en aras de la igualdad de los pueblos, de su confianza recíproca, de la amistad y la ayuda mutua, de los contactos más estrechos en beneficio del progreso social.

El marxismo-leninismo enseña que, con el tiempo, con la victoria del comunismo a escala mundial, desaparecerán las fronteras entre los Estados nacionales. Pero ahora, los Estados nacionales, además de no haber agotado todavía sus posibilidades, vienen a ser una forma de desarrollo histórico. Muchos pueblos sólo acaban de conquistar la independencia política.

Los partidarios de la liquidación de la soberanía nacional y de la creación del Estado mundial supranacional, sean los que fueren los motivos que los guían, incurren en una contradicción flagrante con los intereses del progreso de la sociedad, con la realidad de nuestros días.

En primer término, hay que tener en cuenta la existencia de países con distintos sistemas socioeconómicos. Con eso no pueden por menos de contar la ciencia social y la política contemporáneas. En las actuales condiciones históricas, todos los planes de liquidación de los derechos soberanos de unos u otros Estados nacionales significan, en la práctica, la liquidación de su sistema social en beneficio de los países imperialistas y de su sistema. Pero, sobre semejante base, es imposible instaurar la paz duradera en el planeta. También es preciso tener en cuenta el progreso del movimiento de liberación nacional en los países que hace poco tiempo eran aún colonias y países dependientes. Esos países luchan por la completa soberanía nacional, indispensable para acabar con el atraso y la miseria y lograr la independencia económica y están interesados vitalmente en la conservación de la paz. Ante los pueblos

de los países poco desarrollados en el aspecto económico se perfilan vastas perspectivas en el camino de la formación y del desarrollo del Estado de la democracia nacional.

Las potencias imperialistas ven en el acuerdo con otros Estados burgueses una ventajosa transacción que les permite imponer su voluntad a los pueblos de estos Estados. Esa es la razón de que propongan toda clase de "alianzas" y "acuerdos" imperialistas.

Ya durante la primera guerra mundial, Lenin subrayó el carácter insostenible y reaccionario de la idea de los Estados Unidos de Europa, prototipo de los planes contemporáneos de "gobierno mundial". Al poner al descubierto el auténtico contenido de la consigna de los "Estados Unidos de Europa", Lenin mostró cómo abordaban los imperialistas el problema de los acuerdos entre ellos. "Los Estados Unidos de Europa, bajo el capitalismo –escribía Lenin–, equivalen a un acuerdo sobre el reparto de las colonias. Pero bajo el capitalismo no puede haber otra base ni otro principio de reparto que la fuerza. El multimillonario no puede repartir con alguien la "renta nacional" de un país capitalista sino en proporción "al capital" (añadiendo, además, que el capital más considerable ha de recibir más de lo que le corresponde)"[44].

Los adeptos a la teoría de la liquidación de la soberanía nacional afirman que, en aras de la "comunidad mundial", deben sacrificarse la soberanía y la independencia. Pero, como los pueblos no quieren vender su independencia ni comprar la de otros, sólo queda una solución: el empleo de la fuerza.

A veces, los propagandistas de las ideas del Gobierno mundial lo escriben abiertamente. Por ejemplo, B. Noll, filósofo de Bonn, proclama la necesidad de la "fusión internacional de los Estados" y de la "fundación de un orden político mundial" con ayuda de la política de fuerza[45]. El que las consignas cosmopolitas agraden a los revanchistas germanooccidentales prueba palpablemente el auténtico papel de las mismas en las presentes condiciones históricas. La propaganda de la política de fuerza, por más que se disimule con consignas cosmopolitas, es un elemento inalienable de la ideología imperialista.

Por tanto, la sociología burguesa contemporánea no está en condiciones de responder a la pregunta de las causas de las guerras. Aherrojados por las normas de pensamiento político de su clase, los sociólogos burgueses no tienen posibilidad de dar una respuesta científica objetiva.

---

[44] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 26, pág. 353.
[45] B. Noll. *Philosophie und Politik*, Bonn, 1955, S. 52.

La historia muestra que la fuente de los choques militares entre los Estados han sido la expansión territorial, económica y política y los atentados a la soberanía nacional de uno u otro país por parte de las clases explotadoras dominantes en la sociedad, afanadas en multiplicar sus riquezas y ampliar su dominación. Por lo común, solían desencadenar las guerras los Estados cuyos institutos y tradiciones militaristas florecían con exuberancia y adquirían una significación dominante merced al apoyo por parte del poder político de las clases explotadoras dominantes. En el siglo XX, el militarismo ha hallado un suelo propicio para su prosperidad inusitada: el poder político en manos de los monopolios imperialistas. Según cálculos de ciertos investigadores extranjeros, en los 70 años que median entre 1898 y fines de 1967 hubo 128 guerras y conflictos bélicos, de los cuales 80 tuvieron lugar después de 1945, y 73 ocurrieron en los últimos veinte años[46]. Durante ese período, la humanidad sufrió dos matanzas mundiales jamás vistas en la historia.

Al comprenderse correctamente la trabazón orgánica entre el militarismo y la política de agresión con los intereses de determinados grupos sociales, se puede resolver un importante problema teórico de la época contemporánea: el de ver dónde radican las verdaderas causas de los conflictos bélicos capaces de llevar a una guerra mundial y dónde se halla el foco fundamental de peligro de guerra, de dónde procede el peligro que se cierne sobre la libertad y la independencia de los pueblos, el peligro de una nueva guerra mundial[47].

Cabe considerar que la concepción de que los conflictos bélicos guardan relación con el llamado período de transición del desarrollo de los países de la sociedad "tradicional" a la "industrial" es

[46] Véase *Europa-Archiv*, Bonn, 1969, N° 9, S. 305.

[47] En la URSS, los problemas de la guerra y la paz son objeto de investigación de muchos sociólogos, historiadores y economistas. En los últimos años han visto la luz varios trabajos dedicados a los distintos aspectos de este importante problema de la ciencia social contemporánea. Figuran entre esas publicaciones: *Las relaciones internacionales después de la segunda guerra mundial*, tomos 1-3 (1962-1964); *El materialismo histórico y la filosofía social de la burguesía moderna* (1960); A. Arzumanián. *La lucha entre los dos sistemas y el desarrollo mundial* (1964); E. Varga. *Problemas fundamentales de la economía y la política del imperialismo (después de la segunda guerra mundial)* (1957); *La lucha de la Unión Soviética por el desarme. 1946-1960* (1961); V. Sobakin. *La seguridad colectiva es la garantía de la coexistencia pacífica* (1962); O. Bogdánov. *El desarme general y completo* (1964); N. Nikolski. *El problema fundamental de la época contemporánea. El problema de la supresión de las guerras* (1964); G. Zadorozhny. *La coexistencia pacífica y el Derecho Internacional* (1964); N. Pujovski. *Acerca de la guerra y la paz* (1965); *Problemas de la guerra y la paz* (1967); *El marxismo-leninismo acerca de la guerra y el ejército* (1968), etc.

un intento de apartar de ese camino el pensamiento social. Los autores de esta concepción aseveran que, en las condiciones actuales, cuando entre las potencias "desarrolladas" se ha logrado un relativo "equilibrio atómico", la fuente potencial fundamental de guerras futuras es la zona de los Estados en desarrollo. Como opina W. Rostow, en esta zona, la guerra, denominada "agresión regional", será uno de los métodos de solución de los problemas de "modernización" nacional. "Las agresiones regionales, basadas en la "venganza sanguinaria" por humillaciones pasadas ayudan a mantener la cohesión en la sociedad cuando las tareas concretas de modernización engendran difíciles problemas interiores preñados de peligro de escisión"[48]. Análogos puntos de vista, aunque en forma más sincera, expone el publicista germanooccidental L. Freund en su libro *Koexistenz und Entspannung. Hoffnung oder Gefahr*, en el que escribe: "Tanto la voluntad revolucionaria impulsada por la emancipación como la propia naturaleza de la emancipación política de los pueblos atrasados en los aspectos económico y cultural, no prefieren la igualdad, sino la separación, la venganza y la dominación, en todo caso cuando las nuevas capas dirigentes, semicultas o incultas rebosan rebeldía, odio y ambición"[49].

Los apologistas del neocolonialismo están dispuestos a ver un peligro hasta en la propagación de la cultura. "El empleo de la violencia guarda cierta relación con el saber leer y escribir –afirma A. Buchan, director del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres–, el contraste entre Birmania y Etiopía en los últimos 10 años es aleccionador: en Birmania, donde el 45% de la población sabía leer y escribir, la estabilidad era muy baja, mientras que en Etiopía, donde sólo el 5% de la población sabía leer y escribir, era muy alta"[50].

Así, de acuerdo con esa teoría, el peligro de desencadenamiento de agresiones regionales no procede de los Estados imperialistas, sino de los jóvenes Estados nacionales.

No obstante, es de todos sabido que los Estados que acaban de tomar el camino del desarrollo económico y político independiente, que aún hace poco se hallaban bajo el yugo colonial, experimentan grandes dificultades en su desarrollo. En tales condiciones se requieren los mayores esfuerzos para superar el atraso secular. Precisa-

---

[48] W. W. Rostow. *The Stages of Economic Growth.* Cambridge, 1960, pp. 113-114.

[49] L. Freund. *Koexistenz und Entspannung. Hoffnung oder Gefahr?* Würzburg, 1966, S. 112.

[50] A. Buchan. *Frieden und Krieg in den siebziger Jahren.* – *"Europa-Archiv"*, Bonn, 1969, N° 9, S. 308.

mente por eso, cualquier empleo de recursos materiales o humanos para improductivos fines militares frena el progreso de dichos países.

Por supuesto, en los países en desarrollo existen distintos grupos pertenecientes a diferentes clases, que poseen distintos intereses. En ciertos países, unos u otros grupos y sus líderes políticos, guiándose por fines egoístas e impulsos nacionalistas, manifiestan designios de expansión en las relaciones internacionales, pero no expresan los intereses del progreso nacional.

Los pueblos que se han emancipado de la dependencia colonial necesitan la paz como el aire. No tienen la menor necesidad de emprender guerras. Lo que necesitan es un proceso de construcción, y no de destrucción. De suyo se entiende que, cuando fuerzas enemigas exteriores o interiores intentan aplastar con la ayuda de las armas la voluntad de libertad y de creación que mueve a los pueblos, la lucha de liberación nacional de éstos, con las armas en la mano, contra los intervencionistas y sojuzgadores es una autodefensa legítima.

Cabe subrayar con especial fuerza que el movimiento de liberación nacional no implica en absoluto la fatalidad inevitable de la guerra. Esa es la razón de que no podamos estar de acuerdo con las tentativas de argumentar teóricamente las llamadas "agresiones regionales".

Las guerras de liberación nacional no son una agresión, sino una lucha impuesta por la conducta de los imperialistas, una lucha por la libertad del pueblo, por la soberanía y la independencia nacionales. Las "agresiones regionales" y las llamadas "guerras locales" las inspiran, en realidad, los Estados imperialistas o los medios reaccionarios de los países que dependen del imperialismo; en todos los casos las inspiran las fuerzas reaccionarias empeñadas en conservar o restablecer sus anteriores posiciones de dominación económica y política.

El deseo de relacionar con la guerra la construcción de la sociedad moderna en los países en desarrollo supone objetivamente un intento de ofrecer un pagaré teórico para el despliegue de guerras en una inmensa zona del mundo a las fuerzas más expansionistas, las responsables por dos guerras mundiales. Precisamente el imperialismo, que ha creado una gigantesca máquina militarista y que se apoya en el poderío económico de los grandes monopolios, entraña el permanente peligro de guerra.

A fin de movilizar todas las fuerzas en defensa de la paz es preciso explicar de modo profundamente científico las verdaderas causas de las guerras. Al propio tiempo, la incomprensión de estas

causas, la incorrecta explicación de la fuente de peligro de guerra pueden engendrar y engendran con frecuencia conclusiones erróneas acerca de las perspectivas y las vías de lucha por la paz.

Un mérito indiscutible de la sociología marxista consiste en que, partiendo de la investigación de la fase contemporánea del desarrollo social, ha descubierto las raíces sociales más profundas de los choques militares y, a la vez, las posibilidades objetivas y las fuerzas sociales capaces de conjurar la nueva guerra mundial.

La base económica de todos los antagonismos sociales es la propiedad privada sobre los medios de producción, es la explotación del hombre por el hombre. La fuente de todos los conflictos sociales –crisis económicas, lucha de clases, revolución social y choques entre las naciones– es la contradicción entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y el carácter de las relaciones de producción, propia de la sociedad en cada fase concreta de su desarrollo.

Esta importante tesis de la concepción materialista de la historia la expresaron Marx y Engels en su trabajo temprano *La ideología alemana:* "Todas las colisiones de la historia nacen, pues, según nuestra concepción, de la contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de intercambio"[51].

Marx criticó duramente a Proudhon por haber suplantado el análisis de las verdaderas contradicciones con la exposición de las que existían en su propia cabeza. "En vez del gran movimiento histórico que brota del conflicto entre las fuerzas productivas ya alcanzadas por los hombres y sus relaciones sociales, que ya no corresponden a estas fuerzas productivas; en vez de las guerras espantosas que se preparan entre las distintas clases de una nación y entre las diferentes naciones; en vez de la acción revolucionaria práctica de las masas, la única que puede resolver estos conflictos; en vez de este movimiento vasto, duradero y complicado, el señor Proudhon pone el detestable movimiento de su cabeza"[52].

En esta observación polémica de Marx hay que recalcar especialmente tres elementos: 1) la contradicción cardinal del desarrollo de la vida social es la que existe entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que no corresponden a las fuerzas productivas; 2) esta contradicción cardinal constituye la base de los conflictos y los choques entre las clases y entre las naciones; 3) las contradicciones sociales sólo pueden resolverse mediante la actividad práctica revolucionaria de las masas.

---

[51] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 3, pág. 74.
[52] C. Marx y F. Engels. *Obras,* ed. en ruso, t. 27, pág. 410.

El marxismo ve en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción la causa final de los choques entre los Estados.

La propiedad privada divide la sociedad en clases enemigas, en Estados enemigos, en naciones enemigas, etc. Visto que en la sociedad dividida en clases antagónicas, los medios de producción son propiedad privada de las clases dominantes, éstas procuran conservar las relaciones de producción caducas, las cuales, lejos de contribuir al progreso de las fuerzas productivas, son un estorbo para dicho progreso. La agravación de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción conduce a la agravación extrema de todas las contradicciones sociales, que hallan su expresión en las batallas de clase y en las revoluciones.

Las contradicciones de clase interiores de la sociedad se entrelazan con las relaciones entre los Estados. Las clases explotadoras procuran liberarse de las contradicciones interiores y, a la vez, lucrarse a costa de otros pueblos, a costa de los países vecinos.

Los portadores de las relaciones de producción caducas –las clases explotadoras dominantes– son los organizadores de la enemistad nacional y de los choques militares. El marxismo estima que la guerra, al igual que la enemistad entre las naciones, brota, en última instancia, del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

En la época del imperialismo se ha producido la continua agravación de la contradicción fundamental del modo de producción capitalista: la contradicción entre el carácter social de la producción y el modo capitalista de apropiación. La peculiaridad básica del imperialismo es la dominación de las asociaciones monopolistas de los grandes patronos. La gigantesca socialización del trabajo por el capitalismo monopolista ha entrado en violenta contradicción con su base económica integrada por la propiedad privada, con el marco nacional del sistema capitalista. "En los países avanzados, el capital –escribía Lenin– ha rebasado el marco de los Estados nacionales, ha sustituido la competencia con el monopolio, creando todas las premisas objetivas de la realización del socialismo"[53].

En nuestra época, el peligro de guerra procede de los intereses de los gigantescos monopolios capitalistas, de su propiedad sobre los medios de producción, de su lucha por el aumento máximo de las ganancias, de su aspiración a la dominación en el mercado mundial y, a la par con ello, a la dominación política en todo el mundo.

[53] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 27, pág. 252.

Las colosales agrupaciones monopolistas, al apoderarse de las posiciones clave en la economía y el someter a su control los organismos de poder político en los principales países capitalistas, practican la expansión en los demás países y ponen en peligro la independencia nacional de estos últimos. Precisamente estas agrupaciones son la principal fuerza motriz de la carrera armamentista y de los agresivos bloques político-militares, son los iniciadores de la "guerra fría" y del caldeo de la histeria bélica. La agudización de la tirantez internacional es para el puñado de monopolistas una fuente de lucro, un medio de sacar fabulosas ganancias. Lo mismo que la clase esclavista de la antigüedad y la aristocracia feudal de la Edad Media, los círculos monopolistas de nuestra época son los portadores de la agresión militar.

El contenido fundamental de la política imperialista es la lucha por la dominación mundial. Lo mismo que en el pasado, ahora, los organizadores e iniciadores de las guerras agresivas son los medios reaccionarios monopolistas y militares de los países imperialistas.

Los sociólogos burgueses, afanados en camuflar el papel de los monopolios, hacen alusión a que poco menos de cuatro quintos de las ganancias de los consorcios van a parar a manos del Estado en concepto de impuestos. El sociólogo francés R. Aron presenta las cosas como si a disposición de los monopolios no quedase más que una parte insignificante de las ganancias. Pero tales disquisiciones están por debajo de toda crítica. Se sabe que los monopolios recuperan con creces la parte de la ganancia que se abona para satisfacer los impuestos. En el presupuesto nacional de los países imperialistas, la parte del león consta de los gastos en armamento. Por ejemplo, el sociólogo norteamericano John Nuveen hace notar que el 84% del presupuesto estadounidense se ha empleado para pagar guerras pasadas, presentes y futuras"[54].

Los consorcios monopolistas, al cumplir los encargos estatales de material de guerra y armamento, se apoderan de la mayor parte del presupuesto nacional. Por consiguiente, el alza de los impuestos sobre las ganancias de los consorcios no puede repercutir en éstas. Los monopolistas recuperan mucho más de lo que se les cobra en forma de impuesto.

Algunos ideólogos burgueses afirman que las agrupaciones monopolistas no influyen en la política exterior del Estado. Aseveran que los medios de producción que emplean los consorcios monopolistas

[54] Véase *The State of the Social Sciences*, ed. by L. White, Chicago, 1956, p. 403.

no son propiedad capitalista. A su juicio, los propietarios de estos medios de producción son la masa de accionistas de cada consorcio concreto. No obstante, es sabido que el papel decisivo en los consorcios lo desempeñan los grandes propietarios de capital, los poseedores de los paquetes de control, y no los numerosos pequeños propietarios de acciones. Precisamente aquéllos son los capitostes de los monopolios capitalistas, los que se embolsan el grueso de la ganancia obtenido en la carrera armamentista. Por armamentos y en la agresión militar están interesados nada más que los medios reducidos de los monopolistas, que constituyen una minoría insignificante de la población del planeta.

La política exterior de la burguesía imperialista, al igual que su política interior, viene determinada por los intereses de clase, intereses, en última instancia, económicos. Los ideólogos burgueses atavían los intereses de clase de la burguesía con el ropaje de distintas concepciones filosófico-sociológicas que, a su vez, ejercen cierta influencia en el rumbo de la política interior y exterior del imperialismo. Esta política interior y exterior, enfilada hacia la carrera armamentista, ha entrado ahora en profunda contradicción con los intereses de los pueblos.

El marxismo ha probado del modo más elocuente que la política de los Estados, incluida la política que lleva a la guerra, no es fruto de los intereses materiales de los hombres en general, sino, en última instancia, de los intereses de las clases que ejercen la dominación económica y política y explotan a la mayoría de la población. Estas clases, propietarias de los medios de producción y poseedoras del poder político, hacen pasar sus intereses por los intereses de la nación, de todo el pueblo. Nosotros consideramos que la fuente fundamental del peligro de guerra en el siglo XX es la lucha del capital monopolista por la dominación mundial.

A principios del siglo XX, el deseo del capital monopolista de cada una de las grandes potencias de conquistar la hegemonía mundial tropezaba con idénticos propósitos de sus rivales. En ello se hallaba la fuente de la primera guerra mundial. Guarda relación con ello también, en medida considerable, el comienzo de la segunda guerra mundial. Pero ya antes de la segunda guerra mundial y durante la misma, los pretendientes a la dominación mundial tropezaron con otro obstáculo: la sociedad socialista y la lucha de los pueblos por la liberación nacional.

En la actualidad, esta contradicción entre las pretensiones imperialistas en lo tocante a la dominación mundial y las fuerzas del progreso social y la liberación nacional se ha hecho determinante en la situación internacional. Los profundos cambios sociales ocurri-

dos y los movimientos nacionales de liberación socavan los cimientos de la dominación mundial de los imperialistas. Así se explica que los pretendientes a la dominación mundial arremetan tan furiosos contra los movimientos de liberación nacional y las fuerzas del progreso social. La exagerada ampliación de los presupuestos militares, el incontenible incremento de las armas destructivas, las bases militares en el extranjero, los bloques agresivos militares, todo eso lo enfilan los imperialistas contra los países socialistas y los jóvenes Estados nacionales. De suyo se entiende que los imperialistas se valen de la carrera armamentista también para presionar e intimidar los unos a los otros en su rivalidad por la influencia en los asuntos internacionales, pero lo principal para ellos ahora es el frente de lucha contra las fuerzas progresistas.

En nuestra época no cuesta trabajo advertir que el centro de la agresión se halla allí donde la máxima concentración de las fuerzas del capital monopolista, formando el llamado "complejo industrial militar", procura determinar la política interior y exterior del Estado. Este "complejo industrial militar" pretende precisamente ejercer la dirección del mundo o, lo que es lo mismo, aplicar la política de dominación mundial.

En el presente, las fuerzas económicas y políticas del imperialismo han alcanzado la mayor concentración en los EE.UU., donde, sobre la base de la dominación de los monopolios, se ha producido la ensambladura de los medios militaristas, bancario-industriales y políticos. La militarización de la economía y el crecimiento de la influencia de los institutos militares en los distintos aspectos de la vida de Norteamérica suscitan una fundada preocupación de los medios democráticos y liberales, de la intelectualidad capaz de reflexionar sensatamente[55].

El imperialismo norteamericano es hoy la principal fuerza de la agresión y la guerra. El peligro inmediato para la causa de la paz se encierra en que la cacareada "dirección del mundo" significa la violencia contra la voluntad de los pueblos, la violencia contra el desarrollo histórico.

[55] La preocupación por los destinos de la paz suena en las palabras de Wright Mills, que describe de la siguiente manera la realidad norteamericana contemporánea: "Por doquier vemos ahora generales y capitanes que, con la sola presencia, crean y mantienen una atmósfera militarista... En el presente, los objetivos y las instituciones militaristas han llevado a la formación de muchos aspectos de la vida económica de los Estados Unidos, sin los cuales la máquina militar no podría existir... Los militares han entrado en los medios políticos y diplomáticos; han subido a los escalones superiores de la economía corporativa; se han hecho cargo de las investigaciones científicas y técnicas y ejercen su influencia en las instituciones de enseñanza superior" (C. W. Mills. *The Causes of World War Three.* Lnd., 1959, pp. 59-60).

Crisis de la ideología y la política "de fuerza"

Forman los cimientos ideológicos de la política exterior imperialista las concepciones filosóficas y sociológicas reaccionarias idealistas. La última palabra del idealismo en la sociología burguesa contemporánea es la decrépita teoría de la violencia, según la cual el principal medio de solución de todos los problemas sociales, incluidos los internacionales, sólo puede ser la fuerza político-militar.

El culto de la fuerza en la ideología burguesa contemporánea no es fortuito ni mucho menos. Lo han engendrado las peculiaridades del imperialismo como fase superior del capitalismo. La propagación de dicho culto prueba la extrema agravación de las contradicciones del imperialismo, cuya solución es inconcebible en las vías del desarrollo "pacífico" común.

El ahondamiento del antagonismo de clase y la agudización de las contradicciones ante las potencias imperialistas, así como la constante lucha contra el movimiento de liberación nacional, han dado lugar al gigantesco crecimiento y reforzamiento del aparato militar burocrático en todos los países capitalistas. Por ejemplo, en el siglo pasado, en los EE.UU. e Inglaterra era relativamente reducido, pero en el siglo XX, sobre todo desde la primera guerra mundial, las fuerzas armadas, la policía y los funcionarios de dichos países han aumentado extraordinariamente. Los monopolios capitalistas llevan a cabo una febril carrera armamentista y la militarización de la economía. Habiendo sometido a su control el aparato estatal y utilizándolo para reforzar la explotación de los trabajadores y saquear las colonias y los países dependientes, los monopolios capitalistas entran inevitablemente por el camino de continuo incremente de la máquina militar, policíaca y burocrática.

Con el ascenso de la omnipotencia de los monopolios capitalistas en la vida económica y política de los Estados burgueses salió cada vez más a primer plano la ideología de la fuerza.

Si miramos el pasado reciente, la concepción sociológica reaccionaria, que tiene por base el culto de la fuerza, se ha manifestado más en la política interior y exterior de la Alemania fascista. La instauración de la dictadura abiertamente terrorista en el país y el desencadenamiento de la guerra de conquista por la dominación mundial era lo que significaba en la práctica la teoría de la fuerza.

Aunque la derrota de la Alemania hitleriana y del Japón militarista en la segunda guerra mundial ha mostrado la absoluta in-

consistencia de la ideología y la política de fuerza, no han dejado de existir adeptos a la misma. Ya durante la guerra, ciertos ideólogos del imperialismo norteamericano exponían ideas que llevaban indudablemente la impronta de las "teorías" de los dirigentes del Tercer Reich. Estas concepciones hallaron desarrollo, en primer término, en los trabajos del geopolítico N. J. Spykman, que proclamó que la fuerza era la base de toda la vida de los Estados contemporáneos y que la guerra era la expresión más característica y adecuada de la política exterior, siendo rasgo inalienable de la sociedad humana.

En su libro *America's Strategy in World Politics,* Spykman se pronuncia abiertamente en pro de la propagación de la ley de la selva a la política internacional. "En la sociedad internacional son permisibles todas las formas de coerción, incluidas las guerras de destrucción –escribe Spykman–. Esto significa que la lucha por la fuerza, idéntica a la lucha por sobrevivir y por el mejoramiento de la posición de relativo poderío, se erige en objetivo primario de la política interior y exterior de los Estados. Todo lo demás es secundario, ya que, en última instancia, sólo con la fuerza se puede lograr los objetivos de la política exterior. La fuerza significa la capacidad de sobrevivir, de imponer la voluntad de uno a los otros, de dictar a los que carecen de fuerza, y la posibilidad de arrancar concesiones de los que son menos fuertes. En los casos en que la última forma de conflicto es la guerra, la lucha por la fuerza se convierte en lucha por la fuerza militar, en preparación para la guerra"[56].

El libro de Spykman llegó a ser algo así como la biblia de los ideólogos de los círculos más agresivos del imperialismo estadounidense. Acto seguido le hicieron coro otros teóricos argumentando la ideología de la fuerza.

Así, en el libro de Dewey *Problems of Men* se formula la idea de que la fuerza se ha hecho el único método de solución de los problemas sociales. El autor asevera que la mayoría absoluta de los norteamericanos ve la seguridad en el reforzamiento del ejército y la marina, en el incremento de la producción bélica y cree en que la fuerza física bruta es la mejor seguridad[57].

La misma idea se expone en el libro de Burnham *The Struggle for the World,* cuya conclusión principal consiste en la aseveración de que el asegurar la paz no es ni puede ser el objetivo de la polí-

---

[56] N. J. Spykman. *America's Strategy in World Politics.* N. Y., 1942, p. 18.

[57] J. Dewey. *Problems of Men.* N. Y., 1946, p. 44.

tica exterior de los Estados occidentales. Al llamar a la renuncia al principio de la igualdad de las naciones y de la no injerencia en los asuntos internos de éstas, Burnham declara que los EE.UU. deben proclamar abiertamente sus pretensiones a la dirección política del mundo.[58].

Por tanto, ya antes de que la política desde posiciones de fuerza haya sido proclamada como rumbo de la política exterior de los EE.UU., los ideólogos de los medios agresivos norteamericanos intentaron argumentar teóricamente dicho rumbo imperialista y darle una forma seudocientífica de conclusiones sociológicas.

Como reconocen varios científicos norteamericanos dedicados a investigar la política exterior desde los puntos de vista sociológico y filosófico, año tras año se ha abierto paso para salir a primer plano la tendencia a la interpretación de la política exterior desde las posiciones de fuerza[59]. "La tendencia a identificar la política con la política de fuerza... se va convirtiendo en rasgo predominante de la ciencia política norteamericana y, posiblemente, de toda la ciencia política contemporánea en general" –hacía constar en 1950 la revista *Political Science Quarterly,* órgano de la facultad de ciencias políticas de la Universidad de Columbia (EE.UU.)[60].

John Kieffer, profesor de ciencias políticas, en su libro *Realities of World Power* exige que se aplique audazmente a escala internacional la política del "gran garrote"[61]. Los profesores de la Universidad de Minnesota L. Mills y Ch. McLaughlin, en el libro *World Politics in Transition,* defienden la misma tesis de la fuerza como factor indispensable y primordial de las relaciones internacionales, justificando la creación de bloques militares del tipo de la OTAN[62].

Conclusión funesta y resultado lógico de semejante concepción es precisamente la guerra, ya que la "posición de fuerza" supone la carrera de armamentos, la presión política sobre otros países, dificulta la distensión de la tirantez internacional y, por consiguiente, el afianzamiento de la confianza entre los pueblos.

Han adquirido la mayor propagación dos variantes de esa concepción: la política de "contención" y la política de "liberación".

¿En qué consiste su sentido principal?

Los monopolistas llaman política de "contención" a la que

---

[58] Véase J. Burnham. *The Struggle for the World,* N. Y., 1947, p. 177.

[59] Véase *World Politics,* 1951, vol. III, N° 2, p. 218.

[60] *Political Science Quarterly,* 1950, vol. LXV, N° 2, p. 162.

[61] J. Kieffer. *Realities of World Power.* N. Y., 1952, p. 328.

[62] Véase L. Mills and Ch. McLaughlin. *World Politics in Transition.* N. Y., 1957, p. 93.

tiene como objetivo contener con ayuda de la fuerza el crecimiento del socialismo y del movimiento de liberación nacional y frenar el avance de las fuerzas progresistas. Esta política fue formulada en su tiempo en las intervenciones de George Kennan[63], consejero de la embajada norteamericana en Moscú en los primeros años postbélicos. Kennan escribió y presentó al Departamento de Estado tres memorándums circunstanciados recomendando utilizar la "amenaza soviética" para argumentar la política expansionista de los EE.UU. concebida en vasta escala. En el memorándum del 22 de febrero de 1946, Kennan aconseja que se inculque a los norteamericanos la idea de que la Unión Soviética se plantea destruir la armonía interna (¡!) de la sociedad norteamericana, aniquilar su modo de vida tradicional y acabar con los Estados Unidos[64]. Desde entonces, semejantes acusaciones absurdas e infundadas a nombre de la Unión Soviética han sido una cosa común y corriente en la propaganda imperialista, atacando por todos los lados la conciencia de los ciudadanos.

Al intervenir en la prensa, G. Kennan no ha sido tan sincero como en sus memorándums. En el artículo "The Sources of Soviet Conduct", al pie del cual no pone su nombre, sino su seudónimo, Kennan escribe que "el principal elemento de cualquier política de los EE.UU. respecto de la Unión Soviética debe ser la contención duradera, paciente, pero firme y vigilante, de las tendencias expansionistas rusas"[65]. Así apareció la famosa "doctrina de la contención", erigida después del mensaje de Truman al Congreso (marzo de 1947) en doctrina oficial del Gobierno de los EE.UU.[66].

La "doctrina de la contención" no tenía un carácter defensivo, ni mucho menos, su misión era ocultar la verdadera esencia de la política de los EE.UU. El sentido de dicha política consistía en que, al amparo de la cortina de humo de la imaginaria agresividad de la Unión Soviética, había que intentar, con ayuda de la fuerza bruta, detener el crecimiento del socialismo y del movimiento de liberación nacional, frenar el avance de las fuerzas progresistas.

La victoria de la democracia popular en varios países de Europa y Asia y el poderoso impulso del movimiento de liberación nacional probaban la inconsistencia de la política de "contención", la imposibilidad de cortar por la fuerza el paso al socialismo y al movi-

---

[63] Véase George F. Kennan. *American Diplomacy 1901-1950.* Chicago, 1951.

[64] *The Forrestal Diaries,* ed. by W. Millis, N. Y., 1951.

[65] *Foreign Affairs,* July 1947, vol. 25, N° 4, p. 575.

[66] La publicación del artículo de Kennan se retardó algo, de modo que apareció ya después del mensaje de Truman al Congreso.

miento de liberación nacional. La reacción internacional propuso sustituirla con otro rumbo, aún más reaccionario, en política exterior, al que se dio el nombre de política de "liberación", siendo ésta una política aventurera, aplicada con vistas a acabar con los Estados socialistas y restaurar el régimen colonialista en los países del Este, a llevar a cabo la intervención directa en los asuntos internos de Estados independientes y soberanos.

Existen numerosas publicaciones que "argumentan" la política de "liberación". No pocos filósofos y sociólogos de los EE.UU. procuraron ofrecer unos cimientos "teóricos" a esa política, condenada al fracaso por la propia historia. Se exponen muy sinceramente los objetivos de dicha política aventurera en el libro de Burnham *Containment or Liberation?* Al explicar el plan de las acciones ofensivas "contra el comunismo", Brunham preconiza el desenfrenado voluntarismo y el aventurerismo. Burnham escribe que la ofensiva debe llevarse a cabo en todos los aspectos, y su meta final es debilitar y destruir al enemigo. Propone que el golpe principal se descargue en Europa Oriental[67].

La esencia agresiva de la doctrina de la "liberación" mediante una "represalia masiva" la puso al descubierto John Foster Dulles, uno de los autores de la misma. "Jamás dispondremos de una paz segura o de un mundo feliz –predicaba Dulles– mientras el comunismo soviético domine sobre un tercio de todos los pueblos existentes y, al menos, procure extender su poder a muchos otros.. Sólo manteniendo la esperanza de liberación, sólo aprovechando dondequiera que se presente una oportunidad para ello es cómo podremos acabar con ese terrible peligro"[68]. Es sabido que todos esos planes tan ampliamente cacareados han fracasado por entero. El régimen socialista en los países de Europa Oriental se ha consolidado y progresado. El movimiento de liberación nacional en los países de Asia y Africa ha ido adquiriendo unas proporciones cada vez más vastas, mientras la ideología y la política de la fuerza ha sufrido un revés tras otro. La profusa experiencia del período postbélico prueba de modo cada vez más convincente que esa ideología y política sólo pueden acelerar el hundimiento definitivo del imperialismo, que ahora existen poderosas fuerzas sociales y políticas que disponen de eficaces medios para impedir la nueva guerra mundial y dar una réplica contundente a los agresores caso de que intenten, pese a todo, desencadenarla. Las masas populares de los

[67] Véase J. Burnham. *Containment or Liberation?* N. Y., 1953, pp. 138-139.

[68] *The Shaping of American Diplomacy. Readings and Documents in American Foreign Relations, 1750-1955.* Chicago, 1956, pp. 1.027-1.028.

países capitalistas se oponen cada vez más resueltamente a la loca política de preparación de una nueva guerra. Todo eso lleva a que en la conciencia de la intelectualidad occidental y en ciertos medios de la burguesía se produzcan considerables cambios. Ello encuentra su reflejo también en las declaraciones de varios sociólogos.

Sería erróneo estimar que la "filosofía de la fuerza" cuenta con un firme apoyo por parte de las vastas capas de la intelectualidad de los países burgueses. Muchos hombres de ciencia de dichos países se pronuncian de una u otra forma contra las ideas reaccionarias de esta filosofía. Recrudece la crítica de las lucubraciones filosóficas que niegan la conexión objetiva causal de los fenómenos en la naturaleza y la sociedad. Se despliega cada vez más agudamente la lucha contra las concepciones subjetivo-idealistas y voluntaristas en la sociología. Se someten igualmente a acerba censura las concepciones reaccionarias como la teoría racial, el maltusianismo, etc.

Refleja la actitud negativa de los vastos medios de la ciencia y la cultura respecto de la "filosofía de la fuerza" el creciente descontento de la intelectualidad de los países burgueses con la política a la que dicha filosofía sirve de base.

Al criticar el rumbo político oficial de los EE.UU., el ya mencionado sociólogo norteamericano W. Mills escribe: "Debemos subvertir el monolítico dogma norteamericano que constituye ahora una línea del pensamiento de la élite; no debemos permitir que dicha élite identifique las absurdas decisiones que se desprenden de sus puntos de vista con una "necesidad militar", o que atribuya los fracasos desastrosos de su política al "pérfido carácter del enemigo". Debemos explicar que quienes adoptan las declisiones en nombre de la nación se valen de las palabras acerca de la necesidad militar para encubrir su incompetencia y su irresponsabilidad. *El único punto de vista militar realista es el de que el enemigo es ahora la guerra, y no Rusia*"[69].

Hasta ciertos predicadores de la política "desde posiciones de fuerza" proclaman hoy sus recelos acerca de las posibilidades y los límites reales de empleo de la fuerza en la política exterior y se declaran adversarios de la "guerra grande". Así, G. Kennan, en el libro *Realities of American Foreign Policy*, reconoce que el desencadenamiento de la guerra situaría a los EE.UU. en las condiciones más desfavorables. Advierte que la guerra puede apartar a los aliados de los EE.UU. y causar grandes destrucciones en caso de empleo de armas atómicas. Al propio tiempo despertaría en los países del socialismo "toda la fuerza del patriotismo... y crearía

[69] C. W. Mills. *The Causes of World War Three*, p. 101.

para las autoridades comunistas la situación política más favorable posible de líderes de la lucha en defensa de los pueblos contra la agresión"[70]

Ch. Marshall, otro especialista norteamericano en política exterior (ex colaborador del comité de planificación de la política exterior del Departamento de Estado), dio el siguiente título a su libro: *The Limits of Foreign Policy.* A la vez que aprueba, en realidad, la política "desde posiciones de fuerza" en tales dominios de la misma, como la carrera armamentista y la creación de bloques militares contra los países del campo socialista, quiere señalar el límite de las posibilidades de esa política y advierte que el resultado de la nueva guerra sólo puede ser el considerable empeoramiento de la situación en el mundo[71].

El conocido político y publicista norteamericano Chester Bowles, cuando aún no estaba en la cumbre gobernante allegada al Presidente de los EE.UU., también señalaba el peligro que suponía fiarse en todo en la fuerza armada. En su libro *The New Dimensions of Peace,* publicado en 1955, reconocía que el aferrarse tozudamente a la concepción de la fuerza había llevado a los EE.UU. a muchos errores. Refiriéndose al fracaso de la política estadounidense en el Este, Bowles decía que la culpa de todo eso recaía sobre "nuestra excesiva fe en la fuerza militar y nuestra incapacidad absoluta de comprender qué pueden hacer las ideas dinámicas cuando responden a las aspiraciones de los pueblos desposeídos y hambrientos"[72].

Bowles estimaba que la política de fuerza no valía para aplicarse a la situación de Asia, Sudamérica y Africa, lo mismo que a la situación de Europa. Expresaba su desacuerdo con los políticos que cifraban todas las esperanzas en la fuerza: en las armas atómicas, la aviación, el ejército, la marina y las alianzas militares del tipo de la OTAN y la SEATO, completados con el incremento del poderío industrial. Bowles reprochaba a estos políticos el olvido de los hombres y las ideas. "El poderío nacional –escribía Bowles– es una compleja suma que no consta sólo de la fuerza militar bruta, la geografía estratégica y la capacidad industrial, sino también de factores sicológico e ideológico, que determinan la formación de la moral nacional interior y su prestigio en los países vecinos"[73].

[70] G. F. Kennan. *Realities of American Foreign Policy.* Princeton, 1954, p. 79.

[71] Véase Ch. B. Marshall. *The Limits of Foreign Policy.* N. Y., 1954, p. 96.

[72] Ch. Bowles. *The New Dimensions of Peace.* N. Y., 1955, p. 17.

[73] Idem, pág. 123. Bowles desarrolla semejantes criterios también en su libro *Ideas, People and Peace* (N. Y., 1958); Luego, al encontrarse entre los

Muchos publicistas y sociólogos burgueses muestran que la política "desde posiciones de fuerza" va perdiendo prestigio en Occidente. La verdad indiscutible de que los cañones no valen como arma contra las grandes ideas del comunismo ha llegado a la conciencia de muchos teóricos.

Varios ideólogos burgueses han hecho declaraciones acerca de que contra las ideas del comunismo hay que poner en marcha "el arma de las ideas", hay que librar la "batalla por las mentes de los hombres". El eminente sociólogo norteamericano L. Mumford, en el artículo insertado en la recopilación *Alternatives to the H-Bomb,* pone en tela de juicio el criterio de que el medio fundamental de política exterior debe ser la acumulación de armas atómicas y termonucleares. Mumford procura fijar la atención, en primer término, en los problemas de lucha ideológica y exige que se exponga una "idea política universal considerable".

En el artículo "The Morals of Extermination", publicado en la revista *The Atlantic,* Mumford se opone a la carrera de armamentos y a la política "desde posiciones de fuerza" y declara: "Nuestro mayor enemigo no es Rusia, sino nuestras pérfidas armas"[74].

En nuestra época, muchos ideólogos burgueses, descontentos de la política oficial y la propaganda de los círculos gobernantes de sus países, buscan "nuevas ideas".

Ahora bien, el imperialismo no está en condiciones de ofrecer una "idea universal" capaz de hacer frente a las ideas del comunismo. Las grandes ideas victoriosas no se crean al arbitrio o antojo de los ideólogos de una u otra clase: aparecen como expresión de la situación objetiva y de las metas históricas y progresistas de la clase revolucionaria. Las clases agonizantes no pueden crear grandes ideas capaces de apoderarse de las masas y ser ideales recónditos de las mismas. Las clases condenadas a perecer sólo pueden ofrecer ideas reaccionarias y anticientíficas. La burguesía moderna defiende tenazmente el sistema económico capitalista, que ha agotado ya sus posibilidades. Procura argumentar la viabilidad de dicho sistema recurriendo a toda clase de teorías falsas y reaccionarias.

Las teorías que niegan la posibilidad de coexistencia pacífica de Estados con distinto sistema sociopolítico tienen esa significación reaccionaria. Semejantes teorías todavía encuentran adeptos entre

---

más allegados al Presidente, pasó a ser uno de los promotores de la política "desde posiciones de fuerza" y de la "guerra fría", a la que había censurado antes.

[74] *The Atlantic,* Boston, October 1959, vol. 204, N° 4, p. 43.

los sociólogos de Occidente. Así, el sociólogo norteamericano Arnold Brecht, en su libro *Political Theory*, dio a uno de los apartados del mismo el título siguiente: "Imposibilidad de la coexistencia de los Estados capitalistas y los socialistas". Brecht declara que, desde el "punto de vista científico", la coexistencia del comunismo en una parte del mundo con el capitalismo en la otra, "a la corta o a la larga, llevará a la guerra"[75].

Los ideólogos del imperialismo quieren atemorizar a la población de sus países con infundios acerca de que la Unión Soviética se plantea imponer por la fuerza el régimen comunista a los pueblos de otros países. Presidentes y ministros, curas y periodistas, sociólogos y economistas se empeñan en convencer la opinión de los países capitalistas de que el crecimiento de los armamentos, en particular, del arma nuclear, es necesario para impedir la propagación del comunismo.

Los ideólogos burgueses presentan las cosas a su manera para crear la impresión de que la fuente del peligro de guerra no radica en la política medios más reaccionarios del imperialismo, sino en la "filosofía del comunismo". Así, el sociólogo norteamericano Hans Kohn asevera en la revista *Current History* que la tirantez internacional tiene sus raíces en la ideología del comunismo, que refleja "el conflicto... entre el centro de las fuerzas comunistas y el mundo exterior"[76].

No se puede por menos de hacer constar que las guerras surgieron mucho tiempo antes de aparecer la Unión Soviética y el sistema mundial del socialismo. La primera guerra mundial estalló cuando los imperialistas dominaban en el mundo entero. La segunda guerra mundial fue desencadenada por las fuerzas agresivas cuando la Unión Soviética sostenía una lucha activa por la cohesión de todas las fuerzas adictas a la paz en defensa de ésta, oponiéndose resueltamente a la agresión. Ahora el sistema socialista mundial es un poderoso baluarte que hace frente a las aventuras militares de los imperialistas.

El socialismo, además de brindar al mundo la paz y la amistad entre los pueblos de los países socialistas, ha devenido una fuerza mundial capaz de contener el despliegue de conflictos bélicos en el mundo capitalista. En su tiempo, Lenin dio una réplica contundente a los infundios de que los bolcheviques estaban interesados en caldear la guerra entre los distintos países capitalistas.

Los predicadores de la "guerra fría" inculcan a los pueblos la

[75] A. Brecht. *Political Theory. The Foundations of 20th Century Political Thought*. Princeton, 1959, p. 455.

[76] *Current History*, October 1959, vol. 37, N° 218, p. 194.

idea de que la guerra atómica es preferible a la propagación del comunismo. K. Jaspers, reaccionario filósofo alemán, afirmaba que en nuestra época se planteaba el problema: la destrucción del "mundo libre" o el empleo de la bomba atómica, con el posible exterminio de todos. "La renuncia a esta opinión –aseguraba Jaspers– significa la pérdida del espíritu de sacrificio"[77].

El obispo evangelista Dibelius llegó incluso a proclamar la bomba atómica útil para la salvación de las almas. "El empleo de la bomba de hidrógeno, desde el punto de vista del cristianismo, no es una cosa tan terrible –asevera el obispo–, ya que todos aspiramos a la vida eterna, y si, por ejemplo, una bomba de hidrógeno extermina a un millón de personas, los muertos alcanzarán de este modo más rápidamente el reino eterno"[78].

Las lucubraciones acerca de la propagación del comunismo con ayuda de la violencia se contradicen con todos los hechos de la vida y con la esencia de la ideología comunista. Le es ajena al leninismo la idea de la guerra como medio de expansión del comunismo a los otros países. El comunismo y la paz constituyen el gran objetivo indiviso del marxismo-leninismo, la ideología más noble y más humana.

Hasta entre los ideólogos burgueses se encuentran ahora hombres que reconocen el nexo indestructible entre la perspectiva de la paz y el comunismo. El publicista francés Pierre Pathé, en su libro *Essai sur le phénomène soviétique*, agotado con extraordinaria rapidez, hace la sintomática declaración: "Sólo el orden comunista final suprimirá totalmente las contradicciones entre los pueblos"[79].

El mito del "peligro comunista" es una malévola invención de la propaganda burguesa, y su misión es mantener y agravar la tirantez internacional y justificar los bloques militares agresivos y las bases militares contra los Estados socialistas.

Se sabe que la política interior y exterior de los países socialistas se asienta en el conocimiento de las leyes objetivas del desarrollo social, y no en las ideas subjetivas del papel decisivo de la violencia en la historia. Los marxistas parten de que el cambio de la correlación de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo en beneficio del campo socialista es un proceso objetivo del desarrollo de la sociedad en la época contemporánea. Pese a todos los esfuer-

---

[77] K. Jaspers. *Die Atombombe und die Zukunft des Menschen.* München, 1958, S. 107.

[78] Citado con arreglo a la revista *Einheit*, Brl., 14 Jg, Heft. 1, Januar 1959, S. 49.

[79] P. C. Pathé. *Essai sur le phénomène soviétique*, P., 1959, p. 239.

zos que hace la reacción recurriendo a la violencia, a fin de frenar la marcha de la historia, el progreso económico se abre paso inexorable e inevitablemente. Los comunistas, que se hallan al frente de las masas en la lucha contra las fuerzas reaccionarias, están convencidos de que, en la emulación pacífica de los dos sistemas, la victoria será de la formación social creciente y ascendente, del comunismo.

Los falsificadores burgueses del leninismo difunden la burda mentira de que los comunistas relacionan obligatoriamente con la guerra la victoria del socialismo. Al desenmascarar las falsedades de los reaccionarios acerca de que los comunistas rusos se proponen imponer por la violencia el régimen socialista en los otros países, Lenin decía: "No es por la violencia como se hace arraigar el comunismo"[80]. En cada país, el movimiento y la lucha por el socialismo son un proceso objetivo del desarrollo interior.

Los ideólogos burgueses insisten falsamente en que Lenin no planteaba el principio de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen social. Y hacen alusión a distintas frases arrancadas del contexto de las obras de Lenin acerca de la inevitable colisión entre las fuerzas del capitalismo y las del socialismo. Silencian que Lenin se refería a los casos de agresión de las potencias capitalistas al país socialista.

Se vale de semejantes procedimientos de mala fe el conocido filósofo católico Gustav Wetter en su artículo "The Soviet Concept of Coexistence" publicado en la revista *Soviet Survey*. Wetter llega a la "conclusión" de que los "principios de coexistencia pacífica no se desprenden necesariamente de la teoría marxista-leninista"[81].

Esos "teóricos" cierran expresamente los ojos ante las numerosas declaraciones de Lenin de que por delante se encuentra todo un período histórico "en que habrán de coexistir los Estados socialistas y capitalistas"[82] y que la contradicción entre los dos sistemas –el socialista y el capitalista– puede resolverse por las vías de la emulación económica, y no mediante la guerra. "En este terreno –escribía Lenin– la lucha se lleva ya en escala mundial. Si cumplimos esta tarea ganaremos en escala internacional de seguro y definitivamente"[83].

Al dirigir la política exterior del joven Estado de los Soviets, Lenin aplicaba insistente la idea de la "convivencia pacífica" o la

[80] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 38, pág. 162.
[81] *Soviet Survey*, L., October-December 1959, N° 30, p. 34.
[82] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 39, pág. 197.
[83] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 43, pág. 341.

coexistencia y la emulación de Estados de distinto régimen social, procurando la colaboración económica práctica entre todos los países.

En la declaración soviética presentada en la Conferencia de Génova de 1922, redactada en consonancia con las indicaciones de Lenin, se decía: "Ateniéndose a los puntos de vista de los principios del comunismo, la delegación de Rusia reconoce que en la presente época histórica, que hace posible la existencia paralela del régimen social viejo y del que acaba de nacer, la colaboración económica entre Estados que representan estos dos sistemas de propiedad es imperiosamente necesaria para el restablecimiento universal"[84].

La Unión Soviética ha aplicado y sigue aplicando en la práctica la política leninista de la coexistencia pacífica de Estados con distintos sistemas sociales. Los Estados socialistas aplican con espíritu consecuente la política de paz y defienden los principios de la soberanía nacional, de la igualdad y la no injerencia en los asuntos internos de otros países.

Al luchar por el robustecimiento de la capacidad de defensa de los países socialistas, los partidos comunistas de dichos países parten del principio de que el ascenso del poderío de los Estados socialistas tiene por base las ventajas del sistema económico socialista y la democracia socialista y cuenta con el apoyo de las masas populares, la iniciativa y la actividad de éstas en la construcción de la nueva sociedad.

Fieles a la causa de la paz, la Unión Soviética y otros países socialistas sostienen una lucha por la seguridad internacional, por el cese de la carrera armamentista y por el desarme general incluso cuando el socialismo no ha triunfado aún en todo el mundo.

El obstáculo que se levanta ante la causa de la paz y la seguridad internacional, el enemigo de la libertad y la independencia de los pueblos es el imperialismo.

Ha pasado más de un cuarto de siglo después de terminada la segunda guerra mundial. Pero durante ese período no ha habido un solo año en que en una u otra parte del globo terrestre no se vertiese sangre humana debido a esa política criminal y a la actividad de las fuerzas agresivas empeñadas en imponer su voluntad en el mundo entero y que sólo renuncian a la guerra como instrumento de su política exterior si se satisfacen sus pretensiones de dominación mundial. Han tomado como arma suya la teoría del mantenimiento

---

[84] *La política exterior de la URSS*, t. II, Moscú, 1944, pág. 240.

del statu quo social y colonial. Los pretendientes a la dominación mundial sólo aceptan la coexistencia pacífica que descarta por entero los movimientos de liberación nacional y la lucha de los trabajadores por el progreso social. Exigen que los pueblos renuncien a la lucha por la liberación nacional y social, al deber internacionalista sagrado para todos los auténticos revolucionarios de prestar ayuda a los hermanos de clase. "La verdadera distensión sólo puede ser –escribe el ya mencionado L. Freund– un paso paralelo de Occidente a la renuncia de los Soviets a los planes de revolución mundial, a la lucha "con medios económicos, políticos y sociales, y no sólo militares", parte integrante de la práctica comunista de la "coexistencia" "[85].

Los adversarios del progreso social y nacional censuran abiertamente a los pueblos de los países de Europa Oriental por la instauración de nuevas formas de vida social, difunden absurdas invenciones acerca de no se sabe qué pueblos esclavizados, sostienen a nivel estatal la propaganda por la restauración de los regímenes sociopolíticos caducos y fallados en esos países.

Se valen de cualquier pretexto para inmiscuirse sin reparo y burdamente en los asuntos internos de otros países y recurren al aplastamiento militar de los movimientos de liberación. En Asia, Africa y América Latina, semejantes campeones del "mundo libre" movidos por el deseo de imponer o salvar los regímenes títeres y en realidad, de reforzar sus propias posiciones, han estado vertiendo a lo largo de muchos años la sangre de los pueblos.

Pero, la experiencia histórica dice que no se puede detener la historia y, mucho menos, hacerla retroceder. Los intentos de ahogar los movimientos progresistas nacionales y sociales han fracasado siempre en última instancia, y la vida se ha salido siempre con la suya.

En el siglo XVIII, los colonialistas ingleses quisieron ahogar la revolución de liberación nacional de sus posesiones norteamericanas, pero el ejército revolucionario de los insurrectos los expulsó. La coalición de todas las monarquías europeas trató de aplastar la Gran Revolución Francesa, pero los intentos de restaurar el régimen feudal en Francia fracasaron sin pena ni gloria.

Contra las históricas conquistas de la Gran Revolución Socialista de Octubre se alzaron 14 Estados de distintas partes del mundo que, con el apoyo de la contrarrevolución interna se proponían estrangular el joven Estado de los Soviets. Pero no había

---

[85] L. Freund, *Koexistenz und Entspannung. Öffnung oder Gefahr?*, S. 236-237.

fuerzas intervencionistas capaces de poner las cadenas de la esclavitud a los pueblos de Rusia, pueblos que acababan de tomar sus destinos en sus propias manos y de conquistar la liberación social y nacional.

Las enseñanzas de la historia después de la segunda guerra mundial volvieron a mostrar la ausencia de perspectivas de los reaccionarios intentos de detener el progreso social y nacional. Sufrieron un fracaso rotundo las tentativas imperialistas de poner de rodillas y aniquilar la República Democrática Popular de Corea. Toda la humanidad progresista condenó la guerra sucia de los colonialistas e imperialistas en el Vietnam. Los imperialistas norteamericanos no lograron quebrantar la voluntad del pueblo vietnamita de defender su libertad e independencia. Se han hundido los planes imperialistas de ahogar los regímenes progresistas en los países árabes mediante la agresión israelí.

La "estrategia de la paz" imperialista no se propone sólo conservar el statu quo social, sino, además, restaurar bajo un nuevo rótulo la dominación colonial en los jóvenes Estados nacionales y liquidar el régimen socialista en unos u otros países so pretexto de "liberación de los pueblos sojuzgados". Semejante "programa de paz", además de reaccionario, es irrealizable. Los pueblos no quieren ser esclavos de ninguna "nación de señores", es decir, de pretendientes a la dominación mundial.

Dicen que el mundo contemporáneo es un mundo en proceso de cambio. A ello hay que añadir sin falta que los cambios revisten un carácter profundamente revolucionario. La revolución se ha extendido a la ciencia, la técnica, la industria, la agricultura, el transporte y las comunicaciones. Se producen cardinales cambios revolucionarios en la estructura política y las relaciones sociales y nacionales. Pretender en tales condiciones a la conservación del statu quo social, a la conservación y hasta a la restauración del yugo social y colonial significa perder la noción de la realidad. No hay fuerzas y medios que puedan mantener el viejo orden capitalista y colonial.

Posibilidades reales de conjurar la guerra

¿Cuál debe ser, a nuestro juicio, la interpretación sociológica de las condiciones de la paz en la presente época de transición? ¿Cuáles deben ser los principios fundamentales de las relaciones internacionales en el mundo contemporáneo?

Nosotros estimamos que la ley social fundamental de las relaciones internacionales debe ser el reconocimiento de la igualdad y la independencia de los pueblos, la na injerencia en los asuntos internos de otros países, la concesión a cada pueblo del derecho al desarrollo libre e independiente y, por tanto, el reconocimiento del carácter objetivo del progreso nacional y social. Ningún Estado, hasta el más poderoso, puede imponer su voluntad a otros Estados.

Ningún Estado, lo mismo que ninguna coalición de Estados, tiene derecho a impedir el progreso social y nacional de otros países, grandes o pequeños.

Nosotros no apoyamos la exportación de revoluciones, es decir, la propagación de procesos revolucionarios mediante la guerra o la intervención armada en los asuntos de otros países. También nos pronunciamos resueltamente contra la exportación de la contrarrevolución, contra todo intento de los Estados extranjeros de aplastar el movimiento revolucionario en cualquier otro país.

La coexistencia pacífica no se reduce al arreglo de los problemas litigiosos entre unas u otras grandes potencias. Condición indispensable de la coexistencia pacífica es el arreglo pacífico de los problemas litigiosos entre todos los Estados, grandes y pequeños. Las llamadas guerras locales que desencadenan los imperialistas suponen el torpedeo de los pilares de la paz general, tienden el camino de la guerra mundial.

Podemos hacer constar con gran satisfacción que en la opinión mundial se afirma más y más la idea de la igualdad de las naciones, el reconocimiento del derecho de cada pueblo al desarrollo nacional libre. Los sociólogos no pueden por menos de advertir cómo crece el aislamiento de los agresores, los que pisotean estos principios y cómo los censura más y más la opinión del mundo.

En nuestros días, el peligro de guerra global refuerza su propia alternativa: la posibilidad de conjurar la catástrofe mundial. Los pueblos del mundo no están interesados en guerras pequeñas o, tanto menos, en una guerra mundial. El problema consiste en saber si pueden los pueblos refrenar y llamar al orden a los pretendientes a la dominación mundial. Precisamente en ese sentido debe centrar todos sus esfuerzos la opinión pública del mundo. A ello se reduce, hablando en rigor, la significación de la investigación científica de los problemas de las relaciones internacionales contemporáneas, en ello radica el sentido de la estrategia de la paz.

Nuestra época ha planteado en toda su talla el problema de la conjuración de la nueva guerra mundial y las agresivas guerras "locales", así como los peligrosos intentos de resolver los problemas litigiosos interestatales mediante choques militares.

A la luz de la apreciación sensata de las posibles consecuencias de una nueva guerra, comprendiendo la inevitabilidad de un contundente golpe de respuesta al agresor, se produce una dolorosa revisión de los "valores" de la guerra incluso en los medios que hace relativamente poco tiempo se distinguían por una extremada belicosidad. Aparecen cada vez más reflexiones acerca de que, visto el nivel de desarrollo de los recursos bélicos actuales, vistas las actuales estrategia y táctica, no se puede considerar que la guerra sea un medio aceptable de política internacional. K. Knorr, uno de los especialistas norteamericanos en problemas de estrategia militar, reconoce que "la guerra no es ya el aceptable modo de continuar la política con otros medios como lo ha sido hasta ahora"[86].

Se oponen todavía más tajantemente a la guerra como medio de política internacional los filósofos y sociólogos progresistas. Por ejemplo, en el trabajo de Wright Mills *The Causes of World War Three* se expresa explícitamente la idea del carácter absurdo de la guerra en virtud de los medios actuales de destrucción: "Con ayuda de la guerra no se pueden lograr objetivos políticos algunos. Semejante guerra no puede servir a "intereses nacionales" auténticos de ninguna nación"[87]. La preocupación por los destinos de la humanidad penetra los trabajos del conocido filósofo norteamericano J. Somerville, quien subraya que si bien a lo largo de toda la historia de la humanidad, hasta el final de la segunda guerra mundial, el conflicto armado entre los Estados fuertes no suponía un gran peligro para la existencia de nuestro planeta y para la continuidad del género humano, ahora ese peligro existe. "La guerra es capaz, además de barrer de la faz de la tierra todos los valores humanos existentes, destruir la propia posibilidad de crear en lo porvenir valores humanos para sustituirlos"[88].

El vasto reconocimiento de la tesis de que la guerra es un fenómeno pasajero de la historia, unido a la comprensión del peligro especial que suponen las guerras en las condiciones presentes puede servir de valiosa premisa teórica para la discusión de los problemas de excluir las guerras de las relaciones entre los Estados. Constituyen una premisa objetiva para la solución positiva de ese problema la comprensión del carácter absurdo de la guerra como medio de política en las condiciones presentes y, además, el interés

[86] K. Knorr. *On the Uses of Military Power in the Nuclear Age.* Princeton, 1966, p. 135.

[87] C. W. Mills. *The Causes of World War Three,* pp. 10-11.

[88] J. Somerville. *Democracy and the Problem of War.* – *"The Humanist"*, May-June 1967, vol. 27, N° 3, p. 77.

vital de la mayoría absoluta de la población del mundo en el mantenimiento de la paz.

El problema de descartar las guerras de las relaciones internacionales viene ocupando desde antaño las mentes más avanzadas de distintas épocas. La historia del pensamiento sociopolítico burgués ha formado toda una pléyade de eminentes humanistas, apasionados campeones de la idea de la paz. Comenzando por Erasmo de Rotterdam, autor de la famosa sátira *Elogio de la locura,* y luego el destacado socialista utópico francés Saint-Simon, se despliega ante nosotros la historia de tenaces búsquedas de las vías para liberar de las guerras a la humanidad. Manuel Kant expuso la importante conjetura acerca de la ley objetiva que lleva a la instauración de la paz y la inevitable creación de una unión de los pueblos asentada en principios de la paz. Kant escribía que en la sociedad actuaba una fuerza que obligaría, al fin y al cabo, a los Estados, independientemente de las aspiraciones personales de los hombres, a concertar acuerdos entre sí. La triste experiencia de las guerras acumulada por la humanidad debe, a juicio de Kant, ayudar a los pueblos a "...salir del estado salvaje desconocedor de las leyes y entrar en la unión de pueblos, en la que cada Estado, hasta el más pequeño, pueda contar con la seguridad y los derechos no merced a sus propias fuerzas o a su propia opinión justa, sino exclusivamente merced a esa gran unión de pueblos *(foedus Amphictyonum)*, merced al poderío coligado y a la decisión en consonancia con las leyes de la voluntad mancomunada"[89]. El gran socialista utópico francés Carlos Fourier subrayaba que sólo el tránsito a un nuevo régimen social podía "restablecer la unidad universal en el globo y hacer desaparecer las guerras, las revoluciones, la indigencia y la injusticia..."[90]

Sin embargo, las ideas de la paz expresadas por los grandes humanistas del pasado no pasaron de ser sueños. La instauración de las relaciones capitalistas en Europa y la victoria sobre el medievo feudal no significaron en absoluto el triunfo del reino armónico de la razón. Al contrario, la prometida paz se convirtió en una cadena de guerras de conquista, los ideales de la época de la Ilustración se fueron a pique.

En la biblioteca de Marx se ha conservado un ejemplar leído por él de las memorias de Sully, prestigioso estadista francés del siglo XVII, que escribió: "Yo afirmo que lo principal, en lo que

---

[89] *Kant's gesammelte Schriften. Herausgegeben von der Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften.* Bd. VIII, Brl., 1912, S. 24.

[90] *Oeuvres complètes de Ch. Fourier,* tome premier, P., 1846, p. 86.

está interesada Europa, es la paz... Es asombroso que Europa, pese a que la habitan pueblos tan civilizados, siga guiándose todavía por principios bárbaros e irracionales. ¿A qué se reduce la sabia política de que se jacta, si no a permanentes disensiones? Aquí y allá estallan guerras. Europa no reconoce otro modo y no concibe otra solución... Diríase... que concertamos la paz sólo para tener la posibilidad de comenzar la guerra". Marx acotó estos renglones y escribió al margen dos fechas "1870/1603"[91], es decir, las fechas de la guerra franco-prusiana y de la redacción de las memorias de Sully. Por desgracia, podríamos ahora añadir a eso las fechas de las dos guerras mundiales, cuando la criminal locura de las clases dominantes, valiéndonos de la expresión de Marx, arrojó a los pueblos de Europa, y no sólo de Europa, a la vorágine de la guerra.

Con el advenimiento del imperialismo no se instauró el "reino de la razón", sino el del irracionalismo y del voluntarismo. Al par que la razón, base ideológica del humanismo burgués de la Ilustración, se rechaza más y más el propio humanismo. En medio de la aguda crisis sociopolítica, en varios países, sobre todo en Alemania, que se distinguía por sus tradiciones militaristas particularmente fuertes, se propagó la más monstruosa y misantrópica ideología del fascismo. La trágica experiencia de las dos guerras mundiales ha mostrado al mundo entero hasta qué punto son criminales la guerra y la máquina sociopolítica que la engendra.

El problema de las posibilidades reales de conjurar la guerra es, en realidad, un problema de en qué fuerzas sociales se asienta la política de paz y el de si estas fuerzas están en condiciones de refrenar a los partidarios de la agresión, de salvar a la humanidad de la catástrofe termonuclear.

Como se sabe, los marxistas afirmaban hasta hace poco tiempo que mientras existiese el capitalismo las guerras serían inevitables. Esa tesis era perfectamente justa en el período en que el imperialismo era el único sistema mundial, y las fuerzas sociales y políticas que se oponían a la guerra no eran lo suficientemente numerosas y no estaban organizadas. El imperialismo engendra inevitablemente las guerras. Este enunciado del leninismo se vio confirmado por las dos guerras mundiales. En el período postbélico se ha creado una nueva situación, lo cual cambia sustancialmente el punto de vista en cuanto a las posibilidades de desencadenar una tercera guerra mundial, visto que ha cambiado cardinalmente toda la distribución de fuerzas en la arena internacional.

---

[91] Citado con arreglo al libro *Marx como historiador*. Moscú, 1968, pág. 623.

Por supuesto, el imperialismo no ha cambiado su esencia agresiva, por cuya razón se mantiene la base socioeconómica de surgimiento de las guerras. Mientras exista el imperialismo persistirá igualmente el peligro de guerra. Pero hoy el imperialismo no puede determinar como antes las relaciones internacionales.

Ya a mediados del siglo XIX, Marx preveía la llegada de una época en que la clase obrera ejercería una influencia decisiva en la marcha de los acontecimientos internacionales. A la sazón no había aún condiciones para ello, y Marx, en sus observaciones al Congreso de la I Internacional de Bruselas (1868), escribió acerca de la actitud ante la guerra: "La resolución que habrá de adoptar sobre el particular debe decir simplemente que la clase obrera aún no está suficientemente organizada para ejercer una influencia algo decisiva en la marcha de los acontecimientos, pero que el Congreso, en nombre de la clase obrera, proclama su protesta y acusa a los iniciadores de la guerra..."[92].

Las masas laboriosas jamás han deseado la guerra. Han sufrido siempre las consecuencias de las devastadoras conflagraciones y han sido siempre enemigas de la agresión. Pero, en el pasado, no estaban en condiciones de ejercer una influencia determinante en la solución de los problemas de la guerra y la paz.

Con el crecimiento del movimiento obrero, los trabajadores han adquirido paulatinamente sus organizaciones políticas y sindicales. Pero, bajo la dominación del capitalismo, el poder político permanecía en manos de los explotadores, y los líderes oportunistas de los socialdemócratas traicionaban los intereses de los trabajadores e impedían la cohesión de éstos en la lucha por la paz y contra las aventuras bélicas de los imperialistas.

De seguro que ningún hombre de ciencia se pondrá a afirmar que los puntales de la paz pueden ser los monopolios capitalistas, base económica del "complejo industrial militar". Es justa precisamente la afirmación contraria, la de que los partidarios de la paz se encuentran en los medios que se oponen a estos monopolios capitalistas o, al menos, no ligados a ellos por intereses económicos y políticos.

Está fuera de toda duda que la principal fuerza social y el principal baluarte de la paz son, en todos los países, las masas trabajadoras, aunque sea muy distinto el grado de su organización y actividad en los diferentes países. En todo caso, es poco probable que alguien se atreva a declarar que las masas populares de uno u

---

[92] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 32, pág. 466.

otro país están interesadas en el crecimiento del militarismo y en las guerras anexionistas.

En su tiempo, Marx formuló la profunda previsión científica: "la unidad de la clase obrera de los distintos países debe hacer en fin de cuentas imposibles las guerras entre los pueblos"[93].

Ahora, en la mayoría de los países, la clase obrera y otras capas de la población están agrupadas en una u otra parte en los sindicatos, partidos políticos y distintos movimientos y organizaciones sociales. Ha crecido en inmensa medida el papel de las masas populares, tanto en el progreso económico de la sociedad como en el político. La intelectualidad progresista manifiesta también una actividad creciente en favor de la paz. En todos los países del mundo existen partidos comunistas y obreros, organizaciones que expresan y defienden los intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores. En numerosos países, precisamente en los socialistas, las masas populares, con la clase obrera al frente, poseen sus organizaciones estatales. El Estado socialista es la organización estatal del pueblo. En los países socialistas, la organización de las masas trabajadoras alcanza el máximo nivel, abarca a capas cada vez más extensas, se hace, valga la expresión, "total", ya que se encarna también en el poder estatal. Por eso es tan grande su papel en la lucha por salvaguardar la paz.

Dado el progreso de la organización y la actividad de las masas populares en todo el mundo, se incrementa su presión en la política de los Estados, su influencia en la arena internacional.

El sistema socialista mundial, comunidad de Estados socialistas verdaderamente populares, es un factor decisivo de la paz en la época contemporánea. La propia naturaleza de la sociedad socialista descarta la política de desencadenamiento de la guerra: en dicha sociedad no hay clases explotadoras, clases que se propongan oprimir a otros pueblos o apoderarse de tierras ajenas, clases o grupos sociales interesados en el sostenimiento de guerras. Desde los primeros días de su existencia, el Estado de los Soviets proclamó como base de su política exterior el principio de la coexistencia pacífica de Estados con distinto régimen social.

En la carta a los obreros norteamericanos de agosto de 1918, Lenin, al desenmascarar la calumnia de los imperialistas contra la República de los Soviets, se refirió a un hecho histórico conocido de todos.

"Cuando los obreros de Rusia derrocaron su gobierno imperialista en Octubre de 1917, el Poder soviético, el poder de los obre-

---

[93] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 16, pág. 556.

ros y campesinos revolucionarios, propuso abiertamente a *todos* los países beligerantes una paz justa, sin anexiones ni contribuciones, una paz basada en la plena igualdad de derechos de todas las naciones.

¡Fue precisamente la burguesía anglo-francesa y norteamericana la que rechazó nuestra proposición; precisamente ella rehusó incluso tratar con nosotros sobre la paz general!"[94]

A despecho de las aventuras militares de los imperialistas, a despecho de su bandidesca política agresiva, la República de los Soviets siguió tendiendo el camino de la paz. El Estado soviético utilizó la derrota de los intervencionistas y los guardias blancos en la guerra civil para la causa de la paz. "...Conseguimos unas condiciones que nos permiten subsistir –escribía Lenin– al lado de las potencias capitalistas, obligadas ahora a entablar relaciones comerciales con nosotros. En el proceso de esta lucha hemos conquistado el derecho a una existencia independiente"[95].

Ya en esos años, los falsificadores voluntarios e involuntarios, conscientes e inconscientes, de la política exterior del Estado soviético mostraron lo que eran. Al replicar a los calumniadores y embrolladores, Lenin decía: "...Toda nuestra política y propaganda no están orientadas en modo alguno a empujar los pueblos a la guerra, sino a acabar con ella"[96].

El marxismo ve en la supresión de las guerras una manifestación de la misión histórico-universal del proletariado, ya que el camino de la paz universal y definitiva pasa por el afianzamiento del régimen socialista.

Marx escribía que "frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la *paz*, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: *el trabajo*[97]. Según expresión de Lenin, el comunismo no es sólo la sociedad del "bienestar general", sino también de la "paz duradera"[98].

El PCUS y el Gobierno de la URSS aplican con espíritu consecuente la política leninista de paz, que refleja los rasgos fundamentales del régimen social socialista. Las ideas leninistas de la paz y la amistad entre los pueblos constituyen los cimientos de la política exterior del Estado soviético. La política de paz de la

---

[94] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 37, págs. 50, 53.
[95] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 42, pág. 22.
[96] Idem, pág. 99.
[97] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 17, pág. 5.
[98] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 36, pág. 78.

URSS y otros países socialistas es un factor determinante de las relaciones internacionales contemporáneas.

Los países socialistas disponen de inmensos recursos materiales que crecen rápidamente, lo que hace que los agresores entren en razón. El imperialismo ha perdido su anterior poder sobre el mundo, ha perdido la posibilidad de lanzarse descabelladamente a aventuras militares en aras del enriquecimiento de un puñado de monopolistas. Ahora hasta los imperialistas más tozudos se dan cuenta de que la agresión no será impune. La ayuda mutua organizada de los Estados pacíficos ata de pies y manos a los agresores, les viene a ser como una camisa de fuerza a los locos furiosos.

En los últimos años ha aparecido un nuevo factor de paz: la extensa zona de los recientes Estados nacionales, que constituyen ahora una fuerza poderosa. Antes, las colonias y los países dependientes formaban la reserva del imperialismo, le servían de proveedores de materias primas y, con frecuencia, de carne de cañón. En el presente, muchos países con una población de cientos de millones de habitantes se han sacudido el yugo del colonialismo y se han proclamado Estados independientes. En toda esta extensa zona, las naciones antes oprimidas son una fuerza organizada que lucha contra los colonialistas imperialistas.

En la lucha por la paz y contra la agresión imperialista desempeñan un gran papel creciente los jóvenes Estados nacionales de Asia, Africa y América Latina, que defienden su independencia nacional, se oponen resueltamente a la agresión imperialista y logran condiciones favorables para el progreso socioeconómico y cultural. En los propios países capitalistas se alzan considerables y activas fuerzas contra el peligro de guerra. Las masas populares de dichos países contribuyen de modo cada vez más unido y organizado a la causa de la paz. Hay que tener en cuenta igualmente que respalda la política de coexistencia pacífica cierta parte de la burguesía de los distintos países capitalistas que comprende con espíritu realista las graves consecuencias que supondría una guerra moderna no sólo para las masas populares, sino también para el régimen capitalista.

La estrategia de la paz en el siglo de la energía nuclear implica la unidad de todas las fuerzas antibélicas, incluidos los medios burgueses que se oponen a la política aventurera de agresiones.

Los comunistas ven el carácter limitado del pacifismo burgués, su indecisión en la condena de la agresión imperialista, lo vago y lo abstracto de sus opiniones acerca de las vías de conjurar la guerra. Pero están en contra de que se niegue en bloque la conve-

niencia de los contactos con los pacifistas burgueses en el movimiento general pro paz, contra los intentos de apartarse de las corrientes pacifistas con las que los comunistas no comparten el punto de vista sobre cuestiones de la concepción del mundo o de la organización sociopolítica de la sociedad.

A fin de comprender correctamente la postura de los comunistas respecto del pacifismo hay que recordar las siguientes palabras de Lenin: "... no nos es indiferente el tener que entendérnoslas con representantes del campo burgués que tiendan hacia la solución militar del problema o con representantes del campo burgués que tiendan hacia el pacifismo, aunque éste sea de lo más mediocre y, desde el punto de vista del comunismo, no resiste la menor crítica"[99].

La diplomacia del Estado socialista no puede despreciar la posibilidad de uno u otro acuerdo con la parte pacifista del campo burgués. Debe desarrollar y propagar lo más posible la política de paz, a fin de "escindir más profundamente el campo pacifista de la burguesía internacional y el campo burdamente burgués, burgués agresivo y burgués reaccionario"[100]. Lenin imponía a la diplomacia soviética la misión de hacer lo posible, sin ocultar las concepciones comunistas, para reforzar el ala pacifista de la burguesía en beneficio de la defensa de la paz.

Cumpliendo los legados de Lenin, los comunistas han enarbolado en alto la bandera de la paz.

Las ideas de la paz se apoderan más y más de las mentes y los corazones de los hombres, cuentan con el caluroso apoyo y las simpatías en el mundo entero. Se amplía el movimiento de los partidarios de la paz, crece el prestigio de los partidos comunistas y obreros, que defienden con sentido consecuente la causa de la paz y la democracia. Los medios agresivos se desacreditan cada vez más ante los ojos de millones y millones de hombres, los partidarios de la "guerra fría" y la carrera armamentista se ven cada vez más aislados. Estos ya no pueden aplicar impunemente una política grata a aquéllos, ya no pueden por menos de contar con la creciente voz de las masas, con la opinión de los pueblos que se oponen a la guerra. Por algo hasta los incendiarios empedernidos de la guerra y los reaccionarios, los campeones de la política "desde posiciones de fuerza" se ven hoy forzados a disimular sus auténticos designios con toda clase de consignas pacíficas.

Al analizar la tendencia general de estos cambios naturales en

---

[99] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 70.
[100] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 44, pág. 408.

el desarrollo de la época contemporánea, el XX Congreso del PCUS formuló la tesis, planteada por la propia vida, de que las guerras ya no son fatalmente inevitables. El Congreso advirtió que mientras en el globo terrestre subsista el capitalismo, las fuerzas reaccionarias e imperialistas seguirán procurando emprender aventuras bélicas y agresiones. Pero, en la actualidad existen poderosas fuerzas sociales capaces de hacer frente a los imperialistas en los intentos de éstos de desencadenar la guerra.

En los últimos años se han producido nuevos e importantes cambios en la vida internacional. Han crecido aún más las fuerzas del socialismo. Se ha derrumbado definitivamente el mito de la superioridad militar de los países occidentales. La correlación de fuerzas ha cambiado indiscutiblemente en favor de la paz. El movimiento de los partidarios de la paz ejerce un efecto indudable y cada vez mayor en la política mundial. Una expresión sintomática del espíritu de la época es la profunda indignación que han causado entre todos los pueblos del mundo, incluido el norteamericano, las guerras desencadenadas por los imperialistas estadounidenses en el Vietnam y en toda la Indochina, así como la agresión de Israel a los países árabes. Se ha levantado un poderoso movimiento contra los intentos de los EE.UU. de desencadenar operaciones militares contra la revolucionaria Cuba, en la que se derrocó la dictadura antipopular de Batista. Todos esos hechos prueban que la política de los países pacíficos, ante todo de los países socialistas, ejerce una influencia real, hacen patente la fuerza de la opinión pública.

El Partido Comunista de la Unión Soviética ha trazado en su Programa y en los acuerdos de sus congresos y los plenos del CC una clara perspectiva de lucha para asegurar la coexistencia pacífica de Estados en las condiciones contemporáneas de división de los países en dos sistemas y por una paz eterna con la victoria del socialismo y del comunismo en el globo terrestre.

La lucha de los países del socialismo y de todas las fuerzas de la paz contra la preparación de nuevas agresiones y guerras constituye un importante eslabón de la política mundial de la época actual.

Los principales instrumentos sociales en la lucha por conjurar la guerra son la consolidación de la solidaridad de todas las fuerzas de la paz contra la agresión imperialista y el aislamiento de los campeones de la política agresiva de desencadenamiento de la guerra.

En oposición a las afirmaciones de los apologistas de la agresión acerca de que los movimientos sociales y nacionales progresistas son

una fuente de peligro de guerra, los comunistas arrancan del principio de que el progreso social y el libre desarrollo nacional fortalecen la causa de la paz. El progreso social, la independencia nacional y la paz son inseparables.

La coexistencia pacífica es la alternativa de la guerra

Una peculiaridad esencial del período histórico contemporáneo consiste en que el porvenir de la humanidad depende ahora en medida considerable de hasta qué punto sea decisiva la influencia de las fuerzas sociales de la paz en la política de los Estados, de hasta qué punto asegure el mantenimiento de la paz.

El acabar con las guerras y entronizar la paz eterna en la tierra es la meta programática y la misión histórica del comunismo en las relaciones internacionales. Desde estas posiciones es cómo los comunistas enfocan las concepciones sociológicas en los problemas de la guerra y la paz.

La base de la lucha para conjurar el peligro de guerra y de agresión es la política de coexistencia pacífica de los Estados. El principio de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen social, planteado por Lenin, es el único principio razonable de relaciones entre los países cuando el mundo está dividido en dos sistemas.

El principio de la coexistencia pacífica se va apoderando de la conciencia de cientos de millones de hombres en todas las partes del mundo. Hasta representantes de los medios burgueses, preocupados por el peligro de una nueva guerra de exterminio y empeñados en buscar una salida de la tirantez internacional, reconocen la razón y la justicia de dicho principio.

Los problemas de la coexistencia pacífica atraen ahora una viva atención también de los sociólogos de Occidente.

Los sociólogos marxistas aplauden igualmente el deseo expresado por el sociólogo norteamericano L. Wirth, profesor de la Universidad de Chicago, en el I Congreso Internacional de Sociología de Zurich (1950) acerca de que se debe decidir por vía pacífica, y no militar, "cuál de los dos sistemas antagónicos puede asegurar mejor el progreso de la civilización, satisfacer las necesidades de alimento, ropa y vivienda para los pueblos, dar plena libertad al desarrollo de los talentos y las capacidades de todos, asegurar la protección contra las enfermedades, la pobreza, la ignorancia, la tiranía, la delincuencia, la explotación y la ambición, favorecer las

facultades creadoras, el orden, la virtud y el progreso, lograr el apoyo enérgico y leal de todos los ciudadanos, poner a su plena disposición el más alto grado de perfección de las artes y las ciencias... preservar y exaltar las libertades, en la lucha por las cuales tantas generaciones han vertido su sangre y sacrificado sus bienes más preciosos; contribuir, finalmente, al bienestar de la humanidad"[101].

Durante el III Congreso Internacional de Sociología, celebrado en Amsterdam en agosto de 1956, hubo reuniones de representantes de varios países para estudiar la participación de los sociólogos en la investigación del problema de la coexistencia pacífica. Se propusieron dos temas para su investigación y discusión: "Teoría y desarrollo histórico de la noción de la coexistencia pacífica" y "Relaciones económicas y culturales entre países de distinto sistema social". Se acordó que las distintas asociaciones científicas anexas a la UNESCO participarían activamente en la investigación de estos temas, convocarían seminarios y conferencias de representantes de diversas ciencias sociales. Sobre problemas de la coexistencia pacífica se manifestaron también muchos participantes eminentes del IV Congreso Internacional de Sociología, celebrado en Milán y Stresa en septiembre de 1959. En el VI Congreso Internacional de Sociología de Evian (1966), el principal tema de las discusiones fue el de las relaciones internacionales y la defensa de la paz. Se observan importantes cambios en la conciencia de la intelectualidad occidental.

Ultimamente, en los países occidentales se publican más y más libros cuyos autores se oponen a la guerra y propagan las ideas de la coexistencia pacífica.

Entre dichas obras resalta el libro *World without War*[102] de J. Bernal, eminente sabio inglés, Premio Nobel. La publicación es un apasionado llamamiento al cese de la carrera de los armamentos y a la coexistencia pacífica y ofrece un profundo análisis científico de las posibilidades y perspectivas de coexistencia pacífica y de colaboración en la esfera de la ciencia, la técnica, la economía y la política. Cada persona, dice Bernal, debe adquirir conciencia de su responsabilidad por los destinos de la humanidad y emprender una lucha resuelta contra el peligro de una nueva guerra.

Corliss Lamont, doctor en filosofía (EE.UU.), se dedica desde hace mucho tiempo a la argumentación de la necesidad de arreglo pacífico de todos los problemas internacionales pendientes. Se ha

[101] *Bulletin International des Sciences Sociales*, Paris, 1951, vol. III, N° 2, p. 216.

[102] J. D. Bernal. *World without War*. L., 1958.

pronunciado contra la carrera armamentista, que lleva al inútil gasto de los recursos nacionales, el conocido físico inglés y destacada personalidad pública Blackett en el libro *Atomic Weapons and East-West Relations* (Cambridge, 1956). Un grupo de profesores de la Universidad de Oxford, publicó bajo la dirección de Alan Bullock un folleto sobre el tema *Britain and the Cold War* (London, 1952), en el que se censura resueltamente la idea de la guerra.

Es un indudable aporte a la investigación de las ideas de la coexistencia pacífica el libro de Andrew Rothstein *Peaceful Coexistence* (London, 1955), en el que se expresa la esperanza de que el sentido común de los pueblos y su insistente reivindicación de resolver todos los problemas pendientes por vía pacífica han de suprimir, a la corta o a la larga, la tirantez en las relaciones internacionales.

Ha llamado la atención también el libro del doctor en Jurisprudencia Luis Carlos Pérez *El delito de propaganda bélica*[103] dirigido contra la propaganda de guerra, contra el caldeo de la "guerra fría". El autor somete a análisis político y jurídico la esencia de la propaganda bélica, señalando que ésta no va enfilada sólo contra un pueblo determinado, sino contra toda la humanidad L. C. Pérez señala con razón que el fomento del odio nacional racial y religioso es una forma indirecta de propaganda bélica. Defendiendo y argumentando jurídicamente los derechos soberanos de los Estados, el autor habla del derecho supremo del Estado: el derecho a la coexistencia pacífica. El deber máximo del Estado –escribe Pérez formulando la idea fundamental de su libro– es mantener la paz.

Como es lógico, los marxistas no pueden estimar sostenibles las posiciones filosóficas de Bertrand Russell, pero no se puede por menos de hacer constar que Russell, en su tiempo, pasó de las "posiciones de destrucción recíproca" a las de la comprensión mutua, de la lucha activa por la paz. Son dignas de atención sus palabras: "Lo que yo defiendo en la práctica, y no como deducción de un dilema lógico artificial, es la conclusión de acuerdos entre el Este y el Oeste admitiendo la inevitabilidad de la coexistencia y la desastrosa futilidad de la guerra. Quiero que ambas partes comprendan que con la guerra no se puede adquirir nada de lo deseable para cada parte y que, por consecuencia, los problemas discutibles sólo pueden resolverse mediante negociaciones"[104].

---

[103] L. C. Pérez. *El delito de propaganda bélica.* Bogotá, 1951.

[104] B. Russell. *Common Sense and Nuclear Warfare.* L., 1959, pp. 87-88.

Se puede no estar de acuerdo con el análisis teórico de los problemas de la coexistencia pacífica que se ofrece en el libro de W. Schöllgen[105], profesor de Teología de la Universidad de Bonn, pero no pueden menos de contar con la aprobación y el apoyo las propuestas del autor de hacer la idea de la paz patrimonio de los pueblos y hacer una tenaz propaganda en favor de la paz.

C. Wright Mills, profesor de Sociología de la Universidad de Columbia, conocido por una serie de trabajos capitales, se pronuncia resueltamente en pro de la política de coexistencia pacífica y en contra del rumbo hacia la "guerra fría".

"La élite de los EE.UU. –escribe Mills– debe abandonar la ilusión de que "este puñado de rojos" desaparecerá de alguna manera, que sus sistemas sociales sufrirán un colapso, que los EE.UU. sabrán asegurar de algún modo el colapso de dichos sistemas sin tomar el camino del aniquilamiento mutuo. Debe reconocer la significación histórica mundial de la revolución rusa y comprender que en el mundo de hoy existe un nuevo modo de industrialización. Abandonando su capitalismo doctrinario, la élite debe reconocer que este modo actúa y posee un gran poder de atracción para los pueblos de los países subdesarrollados que han estado atrasados durante muchas generaciones en la época de la dominación absoluta del capitalismo.

Debemos exigir que la coexistencia de estas dos formas de industrialización establecidas en el mundo sea reconocida plenamente y que la competición entre ellas se produzca en la esfera económica, cultural y política, pero no en el dominio de la idiota carrera armamentista"[106].

Es digna de mención la investigación *The Cold War and Its Origins,* de D. F. Fleming, profesor norteamericano de Relaciones Internacionales, publicada en dos tomos en 1961. Fleming está lejos de ser comunista, pero hace constar objetivamente que la responsabilidad de las dos guerras mundiales y del caldeo de la "guerra fría" recae sobre el Occidente. "Desde que los métodos de la guerra fría –escribe Fleming– conducen a nuestra derrota, queda la tarea más ardua de aceptar la coexistencia competitiva con el mundo comunista y de elaborar una política, primero de tolerancia, y luego de amistad y colaboración con todos los pueblos"[107].

---

[105] Véase W. Schöllgen. *Ohne mich... ! Ohne uns? Recht und Grenzen des Pazifismus.* Graz, 1951.

[106] C. W. Mills. *The Causes of World War Three,* pp. 102-103.

[107] D. F. Fleming. *The Cold War and Its Origins, 1917-1960.* L., 1961, vol. Two, pp. 1073-1074.

Entre los políticos burgueses suenan con creciente frecuencia voces sensatas que exigen que se ponga fin a la loca política agresiva y se tome el camino de la emulación práctica dentro del cuadro de la coexistencia de Estados con distintos sistemas sociopolíticos. Propugna semejante rumbo el conocido observador político norteamericano James Warburg en su folleto *Danger and Opportunity*. "Al tratar con Moscú –escribe Warburg–, el problema que se plantea ante Occidente consiste en utilizar los canales ya establecidos de comunicación para convertir la hostil y explosiva competición en una forma más segura y constructiva de emulación". El folleto contiene justas observaciones críticas respecto de la política de los EE.UU. "No podemos –dice el autor– aplicar un rumbo diplomático inteligente mientras nuestros estadistas se guían por concepciones de la ya inexistente fuerza física y mientras nuestra dirección política carezca de capacidad para ver el auténtico estado de las cosas, o de valor para decir la verdad al pueblo norteamericano. No podemos ser los campeones de la libertad en el extranjero mientras continuamos aplastando la libertad aquí, en nuestro país, o no permitimos que se valga de ella plenamente cualquier parte de nuestra propia población"[108].

Hasta Quincy Wright, apologista del imperialismo norteamericano, ha declarado que el "inicio de una guerra... preventiva sería, probablemente, un suicidio" para los EE.UU. y otras potencias occidentales, reconoce que son insostenibles los planes de los inspiradores de la política "desde posiciones de fuerza" y que es necesario lograr una duradera coexistencia pacífica entre los distintos Estados.

Muchos trabajos valiosos que defienden la idea de la coexistencia pacífica se publican en los países recién liberados de la dependencia colonial. En *Studies in International Relations*, del profesor indio K. Misra[109], se rechazan tajantemente las leyendas acerca de la agresividad del comunismo. El autor aduce hechos concretos de la historia de la URSS para mostrar de modo convincente el constante deseo de paz manifestado por la Unión Soviética.

El problema de la coexistencia pacífica se estudia también en los trabajos de muchos hombres de ciencia de otros países: A. Etzioni, J. Galtung, S. Melman, F. Baade, etc. Estos autores critican la política de agresión, muestran el daño que causa el militarismo, por una parte y, por otra, las ventajas que brindarían el desarme y la colaboración internacional. Sus teorías se distinguen las unas

---

[108] James P. Warburg. *Danger and Opportunity*, N. Y., 1956, pp. 52, 60.
[109] K. Misra. *Studies in International Relations*. Meerut City, India, 1955.

de las otras, pero no son siempre consecuentes en los problemas que plantean. Por ejemplo, no siempre presentan la política de la Unión Soviética en forma correcta y objetiva. No obstante, la tendencia al reconocimiento internacional del principio de la coexistencia pacífica se observa indiscutiblemente.

Con tal motivo podríamos mencionar, por ejemplo, las recopilaciones *Preventing World War III*[110] y *Disarmament. Its Politics and Economics*[111], en los que se publican trabajos de importantes científicos norteamericanos de distintas esferas del saber. Reviste considerable interés la compilación de artículos de hombres de ciencia de diversos países publicada en 1968 en Londres bajo el título *Unless Peace Comes. A Scientific Forecast of New Weapons*[112]. Pertenecen igualmente a esa categoría de libros el de Fred Neal, profesor de la Universidad de California, dedicado al problema alemán, censurando la política exterior de los EE.UU. y exhortando a que se vuelva a la realidad[113]; el del profesor Stuart Hughes *An Approach to Peace*[114], en el que figuran propuestas concretas de fortalecimiento de la política de coexistencia pacífica, así como el libro de A. Etzioni *Winning without War*[115].

Ideas racionales expone también Norman Thomas: "No existe una premisa omnímoda de la paz... Pero las premisas políticas son evidentes. Trátase del desarme, de la separación de las fuerzas militares y del reforzamiento de la ONU". Más adelante, Norman Thomas subraya: "Consciente o inconscientemente se juzga de las aspiraciones de paz que mueven a un individuo, un partido o una nación por su actitud ante el desarme"[116]. El conocido economista norteamericano V. Perlo[117] pone al descubierto el resorte económico de la carrera armamentista y las graves consecuencias de ésta. Así es que, desde distintas posiciones, la política de coexistencia pacífica se opone a la política de agresión y de bandidaje bélico.

El sistema socialista prueba cada año con más elocuencia su superioridad en comparación con el capitalismo en cuanto a la organización de la sociedad, al régimen político, al desarollo econó-

---

[110] *Preventing World War III.* N. Y., 1962.
[111] *Disarmament. Its Politics and Economics.* Boston, 1962.
[112] *Unless Peace Comes. A Scientific Forecast of New Weapons.* L., 1968.
[113] F. W. Neal, *War, Peace and Germany.* N. Y., 1962.
[114] H. S. Hughes. *An Approach to Peace.* N. Y., 1962.
[115] A. Etzioni. *Winning without War.* N. Y., 1964.
[116] N. M. Thomas. *The Prerequisites for Peace.* N. Y., 1959, pp. 58, 59.
[117] V. Perlo. *Militarism and Industry. Arms Profiteering in the Missile Age.* N. Y., 1963.

mico, al mejoramiento del nivel de vida del pueblo y a la cultura espiritual. Los próximos años constituirán una etapa decisiva de la emulación pacífica de los dos sistemas. El rasgo principal de dicha etapa será la demostración de las ventajas del sistema socialista respecto del capitalista.

Será eso una victoria de alcance histórico universal de la causa de la paz en beneficio de todos los hombres de la tierra.

Los ideólogos y políticos más reaccionarios de la burguesía imperialista califican de "propaganda comunista" las consignas de la paz y de "actividad subversiva" el movimiento de los partidarios de la paz.

Sin embargo, el movimiento en defensa de la paz crece en todas partes del mundo y se extiende a todos los pueblos. Vastas masas de obreros y campesinos, amplios círculos de la intelectualidad exigen cada vez más activamente el cumplimiento de un eficaz programa pacífico. La defensa de la paz encuentra cada vez mayor apoyo en los medios de negocios y eclesiásticos. Hombres de distintas concepciones del mundo y orientaciones políticas coinciden en las posiciones de defensa de la paz.

Los ideólogos burgueses no están en condiciones de comprender ni de explicar en qué reside la base del inusitado ascenso de la actividad en la lucha por la paz. El poderoso movimiento pro paz no es una campaña artificial, emprendida arbitrariamente, sino una regularidad profundamente objetiva de nuestra época.

La experiencia histórica enseña que todo gran movimiento social nace de las necesidades perentorias de la vida y del desarrollo de la sociedad. La lucha de las masas populares, con la clase obrera al frente, contra el capitalismo la engendran las necesidades candentes del desarrollo económico, puesto que el sistema capitalista se ha convertido en obstáculo para el crecimiento de las fuerzas productivas y el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo. El movimiento de liberación nacional se nutre de los profundos intereses vitales de los pueblos que, bajo el yugo de los colonialistas, no pueden desarrollar las fuerzas productivas y elevar el nivel de vida material y cultural de la población.

El actual movimiento pro paz no viene impuesto sólo por los intereses de continuo progreso de la humanidad, sino, además, por la necesidad urgente de nuestra época, la de salvar de una nueva guerra mundial las fuerzas productivas contemporáneas, todos los adelantos de la civilización y centenares de millones de vidas humanas. El peso de los gastos militares, el empleo de grandes recursos materiales y humanos con fines militares no pueden por menos de frenar en una u otra medida el crecimiento de las fuer-

zas productivas. Si bien los reyes de la industria de guerra hacen su agosto en la carrera de armamentos, la desenfrenada militarización de la economía de los países imperialistas engendra profundas contradicciones económicas y políticas. La política de la carrera armamentista, además de suscitar la indignación creciente de las grandes masas de la población en los países capitalistas, tropieza con la resistencia de las capas burguesas que sienten las nocivas secuelas de dicha política.

La conservación de la paz general es la primera y principal condición indispensable para la vida y el progreso de la humanidad en la época contemporánea. Esta es la razón de que la lucha activa por la paz sea ahora una fuerza motriz tan poderosa del desarrollo histórico.

Las perspectivas de la paz van unidas inseparablemente a las leyes objetivas fundamentales del progreso del género humano. La política de coexistencia pacífica de los pueblos, impuesta por la necesidad social, ha de triunfar tarde o temprano, ya que las imperiosas necesidades de la sociedad deben satisfacerse. Las fuerzas de la agresión deben replegarse si no quieren ser barridas por la marcha de la historia, aunque en su agonía puedan causar mucho daño a los pueblos.

Mientras no había un factor tan decisivo de la paz como el campo del socialismo, mientras el puñado de potencias imperialistas dominaba sobre los pueblos, el imperialismo, con su ley del desarrollo económico y político desigual, engendraba inevitablemente guerras por el reparto del globo terrestre, por esferas de influencia, por la dominación mundial. Esta ley, que rige en el mundo capitalista, ha perdido su vigor en una parte considerable del globo terrestre.

En la comunidad socialista rige la ley del desarrollo armónico y proporcional, merced a la cual se igualan los niveles de desarrollo económico y cultural de los países socialistas. Es una ley objetiva de ayuda mutua, colaboración y amistad de los pueblos, es, en el pleno sentido de la palabra, una magna ley de la paz.

Los Estados socialistas colaboran con éxito con los países en desarrollo, liberados del colonialismo, y les ayudan a lograr el progreso económico y cultural. Los países del socialismo están dispuestos a colaborar en vasta escala con los países capitalistas desarrollados sobre la base de la coexistencia pacífica. Por otra parte, la mayoría de la población de los países capitalistas no está interesada en las aventuras bélicas y prefiere vivir en paz con los pueblos de los otros países.

En la vida política contemporánea se han definido dos tipos de

relaciones internacionales correspondientes a la esencia de los dos sistemas mundiales.

El imperialismo basa las relaciones entre los Estados en el principio de la dominación y la subordinación, la opresión del débil por el fuerte, en la imposición, las amenazas, la violencia y la arbitrariedad.

El socialismo ha brindado un nuevo tipo de relaciones internacionales. Constituyen la base de la política exterior de los Estados socialistas los principios de la paz, la igualdad de los pueblos, el respeto de la independencia y la soberanía de todos los países y su colaboración práctica. El capitalismo imponía su dominación valiéndose de la fuerza de las armas, a sangre y fuego, mientras que el socialismo no necesita de las guerras para que se propaguen sus ideales, ya que ejerce su efecto por la fuerza del ejemplo.

Los principios humanos y justos del socialismo en la esfera de las relaciones internacionales influyen de modo creciente en las mentes de los pueblos y en la situación mundial contemporánea. El sistema socialista es ahora el centro natural de atracción de todas las fuerzas pacíficas de la tierra.

En la nueva época histórica, los pueblos se encargan cada vez más activamente de la solución de los problemas de la paz y la guerra y luchan con creciente tenacidad por la coexistencia pacífica de los Estados.

Así se puede afirmar que la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen sociopolítico no es un deseo subjetivo, no es una consigna de agitación, sino una necesidad histórica objetiva del desarrollo de la sociedad humana. En nuestros días, al utilizarse debidamente los poderosos medios de dominación sobre la naturaleza, se amplían extraordinariamente las posibilidades para lograr el bienestar general en un ambiente de paz duradera, en las vías del progreso social.

En las condiciones presentes, cuando los destinos de los pueblos dependen, ante todo, de las acciones conscientes de las masas multitudinarias de todos los países en favor del mantenimiento de la paz, el alto deber de la sociología científica estriba en poner al descubierto las tendencias objetivas del desarrollo social, orientar acertadamente la opinión pública en lo tocante al porvenir de la sociedad humana, señalar las vías y los medios eficaces para conjurar la guerra y asegurar la coexistencia pacífica de los pueblos y los Estados.

A fin de resolver el problema de la coexistencia pacífica es preciso llevar a cabo la investigación sociológica de las causas de

las guerras en la época contemporánea y buscar los medios eficaces de lucha para impedirlas.

A la pregunta de si el hombre tiene porvenir, B. Russell contesta que le espera el porvenir que se ha elegido[118].

En relación con ello no se puede por menos de fijar la atención en el surgimiento en ciertos países occidentales, sobre todo en los EE.UU. y la RFA, de un torrente de literatura seudocientífica llamada a argumentar y justificar la política de guerra. Los autores de estos libros y artículos procuran habituar al lector a la idea de que la guerra es un "fenómeno corriente". Los ideólogos reaccionarios insisten en que no hay que detenerse ante nada con tal de cumplir la "misión liberadora" en la tierra; suenan incluso propuestas de arrojar bombas nucleares sobre los países socialistas. Por lo común, semejantes exorcismos se hacen bajo la bandera del furibundo anticomunismo, postulándose, a la vez, que la disparidad ideológica entre los países socialistas y los capitalistas deben llevar ineludiblemente al choque militar. Y todo eso se propaga, pese a la triste experiencia de la historia, que prueba que el anticomunismo es la comadrona del fascismo.

Se exagera por todos los medios el mito de la "agresividad" del comunismo, se construyen diversas "teorías" que justifican la guerra preventiva contra los países socialistas. Los campeones de semejante política proclaman que el comunismo es un mal indiscutible y consideran que la guerra termonuclear, aunque ponga en peligro la existencia de pueblos enteros, es preferible a la propagación del comunismo en un ambiente de coexistencia pacífica. Tal locura se debe, en primer término, a la inseguridad de que el sistema capitalista sea capaz de resistir la emulación económica pacífica con el socialismo. Así, W. Schlamm, autor del libro *Die Grenzen des Wunders*, exhorta a que se renuncie a la política de paz y de desarme por la razón de que "una auténtica aceptación de la coexistencia, como es lógico, no significa sólo la renuncia de la victoria del Oeste en la guerra fría, sino la aceptación consciente de la derrota del Oeste..."[119]

Los hombres de ciencia de orientación humanista no pueden dejar desapercibidos los criterios que propagan los sociólogos especializados en problemas internacionales R. Strausz-Hupé, William Kintner y Stephan Possony, del Instituto de Investigación Científica de Política Exterior de la Universidad de Pensilvania. En sus libros

---

[118] Véase B. Russell. *Has Man a Future?* L., 1961.

[119] W. Schlamm. *Die Grenzen des Wunders*. Zürich, 1959, S. 214.

Protracted Conflict[120] y *A Forward Strategy for America*[121], estos autores plantean como alternativa aceptable la guerra mundial termonuclear y proclaman como meta estratégica final el lograr que "los gobiernos comunistas entreguen el poder".

H. Kahn, director del Instituto de Hudson, autor de los libros *On Thermonuclear War*[122] y *Thinking about the Unthinkable*[123], escribe que la guerra es el medio más eficaz de política exterior. Precisamente a H. Kahn pertenece la idea de la "escalada gradual" de las acciones agresivas, partiendo de la "crisis a bajo nivel", pasando por varias fases intermedias, para llegar al conflicto armado mundial. La teoría de la "escalada" ha adquirido gran difusión en los EE.UU. como base "científica" de la política de violencia contrarrevolucionaria; esa doctrina viene a ser un programa detallado de arrastre de la humanidad a la guerra termonuclear mundial[124].

Son quizá no menos agresivos los intentos de justificar las guerras locales, preñadas de graves consecuencias para los destinos del mundo. En la elaboración de la doctrina de la conveniencia de las guerras locales tomaron parte activa, en particular, el profesor Kissinger y el general Maxwell Taylor, apareciendo luego la doctrina en boga de la "reacción flexible". Hay que hacer constar que no se propone simplemente como base táctica de la política de los países occidentales, sino que se pretende ofrecer la solución estratégica de la principal alternativa: la paz o la destrucción total.

En fin de cuentas, la doctrina de la "reacción flexible" prefiere claramente la segunda solución, ya que trata, en realidad, de las vías y los medios de transformación de las guerras locales en guerra global. Esto se desprende inevitablemente, por ejemplo, de la concepción estratégica del almirante Burke, dirigente del centro norteamericano de investigaciones estratégicas, ex jefe del Estado Mayor de la Marina de los EE.UU. Burke trata de demostrar la importancia que tiene el sostener "guerras periféricas", las cuales, a su juicio, deben brindar, al fin y al cabo, una ventaja estratégica.

Incluso cuando afirman que las guerras locales ("limitadas") mantienen el "equilibrio de fuerzas", los autores de semejantes con-

---

[120] R. Strausz-Hupé, W. R. Kintner, J. Daugherty, A. Cottrell. *Protracted Conflict*. N. Y., 1959.

[121] R. Strausz-Hupé, W. Kintner, S. T. Possony. *A Forward Strategy for America*. N. Y., 1961.

[122] H. Kahn. *On Thermonuclear War*. Princeton, 1960.

[123] H. Kahn. *Thinking about the Unthinkable*. N. Y., 1962.

[124] H. Kahn. *Escalation as a Strategy*. – "*Fortune*", April, 1965.

cepciones no se dan cuenta de que, en la época contemporánea, la guerra en cualquier "periferia" puede desembocar en una catástrofe mundial. Se olvidan igualmente que la segunda guerra mundial no comenzó de golpe, que la humanidad fue arrastrada lentamente a la conflagración a través de guerras locales que a la sazón les parecían a muchos teóricos burgueses innocuas para los países occidentales, ya que tenían la famosa orientación anticomunista.

En oposición a los adeptos de la estrategia del extremismo militarista, los ideólogos burgueses más moderados comprenden que la conservación de la paz es la primera y principal premisa para la conservación de la civilización humana. Pero, al propio tiempo, dichos ideólogos hacen caso omiso de las garantías objetivas de la paz y apelan a los sentimientos, a las distintas emociones y al ímpetu de la voluntad. El miedo ante la muerte ineludible y el "equilibrio del miedo" deben servir de base para la creación de una paz positiva, tal es el leitmotiv que determina la "concepción de la paz" de varios teóricos burgueses. En el prólogo al libro de P. Gallois *Stratégie de l'age nucléaire*, R. Aron declara: "La única posibilidad de la humanidad en la fase presente es que la paz sea mantenida por el horror que inspira la sola idea de la guerra termonuclear. ¿La paz que nace del miedo? Eso no sería la primera ni la peor de las artimañas de la razón"[125]. Más adelante, Aron afirma que la carrera de los armamentos proviene de la búsqueda de seguridad "por la fuerza". Por eso, subraya Aron, es posible que el progreso técnico estabilice en los próximos años la "disuasión recíproca" y permita resolver las contradicciones en la política mundial. Y, mientras tanto, la carrera armamentista es la principal garantía de la paz[126].

Análogas concepciones han adquirido bastante vasta difusión tanto entre los teóricos como entre los prácticos, si es que vale la expresión. Así, Robert McNamara, ex ministro de Guerra de los EE.UU., en su libro *The Essence of Security. Reflections in Office*, formula la tesis de que la destrucción asegurada es la esencia misma de toda la estrategia de la contención[127].

¿Qué se puede decir de semejantes razonamientos? Nos parece que, en cuanto a todo el género humano, expresan arrogancia, ya que, aunque se hable de "artimañas de la razón", se presupone tácitamente la escasez o la ausencia de la misma. Por eso se plantea en primer plano precisamente el miedo. Al tratarse del Homo sapiens,

---

[125] P. Gallois. *Stratégie de l'age nucléaire*. P., 1960, p. III.

[126] R. Aron. *Paix et Guerre entre les Nations*. P., 1962, pp. 652, 653.

[127] R. S. McNamara. *The Essence of Security. Reflections in Office*. N. Y., L., 1968, p. 52.

de toda la humanidad, no hay que apelar al miedo, sino a la razón del hombre. La paz a través de la disuasión recíproca por la fuerza no es la mejor variante, ni mucho menos, para consolidar la seguridad internacional. La paz basada en la supersaturación de armas termonucleares es un campamento en la boca de un volcán activo que puede arrojar su lava mortífera en cualquier momento. Hasta qué punto el miedo es un mal aliado, sobre todo cuando se trata de los medios gobernantes de los Estados imperialistas, lo atestigua con elocuencia el reconocimiento de H. Kahn, "teórico de la escalada", que recuerda que, al haber preparado en 1959-1960 para Washington diez variantes de un posible conflicto termonuclear, eso alarmó allí a todos. Cuando se idearon luego otras diez variantes, se las acogió con absoluta tranquilidad.

Sin hablar ya del carácter precario de semejante "equilibrio", sólo observamos que los gastos económicos y materiales relacionados con la competencia de la "disuasión" por la fuerza es un lujo demasiado grande en una época en que millones de personas pasan hambre o se hallan al borde del hambre. Además, el miedo posee su propia "lógica" interior, la lógica de la locura, que no se sujeta al control de la razón. Como observa acertadamente el sociólogo norteamericano A. Etzioni: "Si es posible que un estadista sensato no comience una guerra nuclear, quién sabe si el arma nuclear podrá disuadir a un Hitler de mañana más de lo que el arma clásica disuadió al Hitler de ayer"[128]. Por desgracia, la idea de la paz a través de la atemorización nuclear recíproca ha arraigado tanto en la conciencia de ciertos medios de Occidente que el epíteto "nuclear" no se ha pasado a emplear sólo acompañado de la palabra "conflicto", sino también de la palabra "pacifismo". Por ejemplo, en los EE.UU. existen partidarios del "pacifismo nuclear", teoría que viene a ser una variante algo modernizada de la concepción del "equilibrio del miedo". A la "lógica del miedo" y la "lógica de la disuasión" debe oponerse la lógica de la razón expresada en acciones eficaces de seguridad.

Distamos mucho de creer que en los países de Occidente sólo se hace propaganda de teorías reaccionarias e insostenibles en el aspecto científico acerca de la paz y la guerra. En los últimos años, en los EE.UU. y otros países crecen las filas de los hombres de ciencia que defienden las ideas de la coexistencia pacífica y del cese de la carrera armamentista, que proponen planes concretos de cese de la guerra fría.

La negativa pertinaz de las fuerzas más reaccionarias del impe-

[128] A. Etzioni. *The Active Society*. N. Y., 1968, pp. 570-571.

rialismo a aceptar el aminoramiento de la tirantez internacional e ir al desarme viene condicionada por el deseo de mantener y multiplicar las superganancias que proporciona la carrera de los armamentos, alejar el peligro de crisis mediante la continua militarización de la economía, el aumento de los impuestos en sus países y la explotación de los pueblos de los países subdesarrollados. Les conviene el estado de tirantez internacional. La guerra fría ofrece un suelo propicio para la ofensiva sobre el nivel de vida y los derechos de los trabajadores, para crear regímenes dictatoriales, organizar conspiraciones aventureras, golpes de Estado y ejercer el mando autoritario de los aliados agrupados en bloques militares agresivos. Precisamente por eso los ideólogos del militarismo hacen lo posible para desacreditar la idea de la coexistencia pacífica y para convencer a las masas de la imposibilidad de resolver el problema del desarme completo y general.

Con tal fin, los escuderos ideológicos de la burguesía monopolista contemporánea buscan "contradicciones" inexistentes entre la teoría y la práctica del leninismo, proclamando agresivas las ideas de la coexistencia pacífica que propugna actualmente la Unión Soviética. El historiador y publicista norteamericano H. Pachter, tratando de hacer pasar lo blanco por negro, escribía: "La coexistencia no es defensiva, sino agresiva; no protege contra la guerra, sino que la sustituye".

Envileciendo el propio sentido de la coexistencia pacífica, que consiste en evitar el incendio de la nueva guerra mundial y en garantizar la seguridad de los pueblos por vía del reconocimiento real de la necesidad de coexistencia de los Estados con distintos sistemas socioeconómicos y políticos, Pachter afirma: "La coexistencia no es la idea de las felices relaciones entre buenos vecinos y no viene a ser una garantía duradera de seguridad mutua. Es más bien la descripción de las condiciones en que dos campos pueden competir para ganar la dominación y el poderío mundial"[129].

Los apologistas de la política agresiva proclaman imposible la coexistencia pacífica debido al progreso del movimiento comunista internacional. "La finalidad de la coexistencia pacífica –escribía una de las revistas reaccionarias de Alemania Occidental– es descartar la guerra caliente sólo para que la internacional comunista (así denomina la revista las acciones unidas de los partidos comunistas. *P. F.*) tenga la posibilidad de proseguir la lucha ideológica, la lucha de clases"[130].

[129] H. Pachter. *The Meaning of "Peaceful Coexistence". – "Problems of Communism"*, Jan.-Feb. 1961, vol. X, N° 1, pp. 6-8.

[130] *Nation Europa*, Jg. X, Hf. 12. Dezember, 1960, S. 35.

El movimiento comunista, al unir a todos los trabajadores en la lucha por la emancipación social y nacional, por un porvenir mejor para los pueblos, por el comunismo, lucha enérgicamente contra la guerra y por la coexistencia pacífica.

Al falsear la esencia de las ideas de la coexistencia pacífica, los ideólogos burgueses quieren denigrar la política de paz de la Unión Soviética, quieren difamar los nobles y grandiosos objetivos del movimiento comunista y obrero internacional. Los ideólogos burgueses más furibundos se empeñan en demostrar que la coexistencia pacífica no es más que "un procedimiento táctico temporal con el fin de dividir y desarmar la opinión y a los dirigentes del campo occidental para lograr el ineluctable triunfo del comunismo al precio de la destrucción con ayuda de medios pacíficos de los bloques y las posiciones de las fuerzas adversarias"[131].

El miedo que los ideólogos de la burguesía reaccionaria de nuestra época sienten ante las ideas de la coexistencia pacífica se debe a la ausencia de perspectivas y a que el régimen capitalista está condenado por la propia historia a perecer, así como a la creciente simpatía de los pueblos del mundo entero hacia la política de paz de la URSS, hacia las ideas del leninismo.

A los ideólogos del imperialismo les cuesta trabajo comprender que no hay infundios, calumnias ni bloques militares que sean capaces de contener la propagación de las invencibles ideas del comunismo. Es cada vez mayor el número de personas en el mundo que comienzan a convencerse de que sólo por el camino del comunismo se puede acabar con la miseria y las guerras, propias del capitalismo, y asegurar la vida dichosa del hombre en el planeta.

Contribución al problema de las guerras justas e injustas en la época contemporánea

En el presente reviste mucho interés teórico y no menos actualidad política el problema de las guerras justas e injustas. Al par que las guerras de anexión y saqueo, la historia conoce guerras justas, liberadoras, que se sostenían en defensa de un pueblo contra la agresión exterior y los intentos de sojuzgarlo o para liberar a un pueblo de la explotación y la opresión social. "La guerra –decía Lenin– es la continuación de la política" de una *u* otra clase; y en toda sociedad de clases, esclavista, feudal o capitalista, hubo gue-

[131] *Revue de défense nationale. Paris* 1960, Mars, p. 454.

rras que continuaron la política de las clases opresoras, y también guerras que continuaron la política de las clases oprimidas"[132].

Las guerras injustas, de anexión, han causado siempre inmenso daño a la humanidad, destruyendo sus fuerzas productivas y valores culturales, reforzando la explotación de las masas trabajadoras y defendiendo regímenes reaccionarios viejos y caducos. En cambio, el feliz término de las guerras justas, defensivas, ha llevado siempre a los pueblos a la liberación del yugo extranjero o a la emancipación social de los trabajadores.

Al sintetizar la experiencia de la historia de las guerras, el leninismo destaca los siguientes caracteres de la guerra justa. Las guerras justas son las que se plantean defender al pueblo contra la agresión exterior o los intentos de sojuzgarlo; son las guerras revolucionarias de clase para emancipar a los trabajadores del yugo de los explotadores, son las guerras en defensa de las relaciones socialistas contra los intervencionistas, los que quieren exportar la contrarrevolución; son las guerras de liberación nacional de los pueblos de las colonias y los países dependientes contra los imperialistas por la libertad y la independencia.

Los comunistas, a la vez que condenan las guerras injustas y luchan resueltamente para impedirlas, apoyan las guerras justas contra todos los tipos de violencia y opresión. "Si la guerra se hace –escribía Lenin– en defensa de la democracia o contra el yugo que oprime a la nación, yo no me opongo lo más mínimo a una guerra de ese tipo y no temo las palabras "defensa de la patria" cuando éstas se refieren a esa clase de guerra o de insurrección. Los socialistas se colocan siempre de parte de los oprimidos y, por consiguiente, no pueden ser contrarios a las guerras cuyo objetivo es la lucha democrática o socialista contra la opresión"[133].

Ya hemos hablado de los ideólogos del imperialismo y neocolonialismo, adversarios de la guerra liberadora de los pueblos oprimidos; sus posiciones están claras y no merecen más que la más enérgica censura y denuncia.

Ahora bien, hay hombres que se oponen sinceramente al peligro que supone la guerra nuclear mundial para el género humano y que rechazan por eso la propia posibilidad de guerras justas en la época contemporánea. Por ejemplo, los filósofos norteamericanos de orientación pacifista parten de que la noción de guerras justas e injustas es ilegítima en general y, tanto más, inaplicable a la situación actual. Estos filósofos estiman que, por cuanto la guerra mundial

---

[132] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, pág. 365.
[133] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 30, pág. 262.

conduciría ahora al exterminio de la humanidad o, al menos, de la mayor parte de la misma, se suprime la cuestión de las guerras justas. Sean los que fueren los objetivos de la guerra, aún los más nobles e ideales, ante tal desenlace, es decir, ante la perspectiva de exterminio de la mayor parte de la humanidad, no cabe considerar justa la guerra y no hay nada que pueda justificarla. Por lo visto ligan este planteamiento a que el reconocimiento de la justicia de una u otra guerra dificulta, según ellos, la lucha contra el peligro de guerra mundial y socava la política de defensa de la paz. Quizá haya logrado la mayor diafanidad en la exposición de este criterio el profesor J. Somerville. Así, al intervenir en un simposio sobre problemas de la guerra, celebrado en los EE.UU., en la primavera de 1969, Somerville planteó el problema de la siguiente manera: si, en las condiciones actuales, una guerra cualquiera puede llevar a la destrucción de todo el género humano y de la vida en general, ¿puede semejante guerra calificarse de verdaderamente justa? Y contestó negativamente. Como es lógico, el profesor Somerville se da perfecta cuenta de que existen, valiéndonos de su propia expresión, casos claros desde el punto de vista de los criterios tradicionales de la guerra justa, como, por ejemplo, la guerra por la liberación nacional. Pero, la perspectiva de una posible guerra nuclear lo impulsa a él y a sus correligionarios a revisar estos criterios tradicionales y a rechazar la propia posibilidad de guerras justas.

No cabe duda de que en sus razonamientos y reflexiones existe cierto problema que guarda relación con el cambio de carácter y las posibles consecuencias de una guerra mundial en la época contemporánea. Sin embargo, sus razonamientos pueden ser utilizados y lo son efectivamente por los medios reaccionarios para condenar las guerras de liberación nacional que los pueblos sostienen contra el imperialismo y las distintas formas de colonialismo. El que en las condiciones contemporáneas, vistos los medios de exterminio en masa, la guerra mundial, como medio de política, suponga un peligro para la civilización humana no significa en absoluto que, desde el punto de vista de su contenido de clase, la guerra haya dejado de ser la continuación de cierta política con medios distintos, no pacíficos. Precisamente por eso, pese a todos los peligros que suponen las diversas guerras locales, los diversos conflictos armados, no podemos dejar de ver una diferencia de principio entre los que luchan por la libertad y la independencia y las fuerzas que quieren mantener el orden de cosas colonialista o imponer un nuevo yugo colonial.

Hay que trazar una línea divisoria clara y ver la diferencia entre la aspiración de los pueblos a conquistar la independencia y la

soberanía nacionales, aspiración perfectamente legítima y justa, y las pretensiones de los Estados o coaliciones de Estados que frenan la liberación nacional. No se puede confundir la agresión con la legítima defensa.

¿Pierde sentido en nuestra época el problema de los culpables de las guerras, de los iniciadores de los conflictos bélicos? Por supuesto, el problema queda en pie. Al hablar de las guerras de liberación nacional tenemos el deber fundado de considerar culpables de los conflictos militares a los que impiden la liberación nacional. En la mencionada intervención del profesor Somerville se dice que no cabe pensar que la única vía de la liberación nacional sea la guerra. No se puede por menos de estar de acuerdo con eso. Y lo que menos necesitan los pueblos oprimidos es la guerra devastadora. Ahora bien, ¿quién los obliga a recurrir a las armas y alzarse a la guerra, en el curso de la cual mueren miles de hombres y se reducen a ceniza inmensos valores materiales? Si los colonialistas y las agrupaciones imperialistas internacionales de todo tipo no impidiesen a los pueblos hacer realidad su deseo de libertad e independencia está claro que no hubieran habido choques y conflictos armados. En todos estos casos, el problema se reduce, en fin de cuentas, a que las fuerzas que se oponen a la liberación nacional, que recurren a todos los medios, incluidos los extremos, para aplastar el movimiento de liberación nacional, resultan los culpables de las llamadas guerras locales o los conflictos armados.

Esta es la razón de que el reconocimiento de la lucha justa de los pueblos por su liberación nacional no sea en absoluto un llamamiento a la guerra ni un estímulo a los conflictos militares. Este reconocimiento significa que se censuran las fuerzas agresivas, que impiden el movimiento de liberación nacional. No se puede negar el derecho de los pueblos coloniales a recurrir a la fuerza armada contra los colonialistas a fin de lograr su libre autodeterminación.

En cuanto al peligro de una nueva guerra mundial, como es lógico, no hay consigna que pueda justificar su desencadenamiento.

La ciencia y la sociedad deben reconocer que la agresión armada, que entraña en la existencia de armas nucleares el peligro de un nuevo conflicto mundial, con todas sus consecuencias catastróficas, es la forma más peligrosa e injusta de infracción de las normas jurídicas de la coexistencia pacífica de los pueblos. Cometerá un crimen de lesa humanidad el Estado que recurra primero a las armas nucleares, químicas, bacteriológicas o de otra índole de exterminio masivo.

En el mundo no hay pueblos para los que la guerra mundial sea de interés vital y una necesidad de su progreso. A ninguna

persona sensata se le ocurrirá pensar en guerra mundial progresiva y justa. Sólo los maníacos, los que confían en poder "acabar con el comunismo" y destruir los países socialistas recurriendo a las armas nucleares, pueden anhelar una guerra global. Estos maníacos tienen más miedo al comunismo que al exterminio de la humanidad. Su consigna es: "mejor ser muerto que rojo".

Como es lógico, existen hombres de mentalidad aventurera, que afirman que en aras de la creación de una sociedad mejor se puede correr el riesgo de una guerra mundial y que las destrucciones y las pérdidas humanas serán justificadas por la dicha de las generaciones venideras. No podemos considerar marxistas y auténticos revolucionarios a los que declaran que, en la tercera guerra mundial, el proletariado mundial y los pueblos revolucionarios perderán nada más que sus cadenas y ganarán un "nuevo mundo de vivos colores rojos". Así pueden razonar los chovinistas, los que han roto por completo en la práctica y en la teoría con el marxismo. Los comunistas no pueden asumir la responsabilidad de semejantes consignas aventureras. Los partidos marxistas-leninistas denuncian abiertamente esas orientaciones peligrosas para la humanidad.

El que quiere jugar con el fuego, poner en juego la vida de los pueblos, el que está dispuesto a sacrificar a cientos de millones de vidas en una guerra de exterminio no ocupa posiciones del marxismo, sino del aventurerismo político y causa inmenso daño al movimiento liberador mundial.

Los comunistas no son unos temporeros, por cuya razón mantienen una actitud muy seria ante los problemas de la guerra y la paz. No pueden vivir sólo para hoy, partiendo del principio de "después de mí, el diluvio". En su política, los comunistas arrancan de su responsabilidad ante la historia por los destinos de los pueblos, por el presente y el porvenir de la humanidad. Lenin consideraba que era un crimen el incitar a los pueblos a la guerra.

El reconocimiento de los intereses legítimos de los pueblos y la justicia de su lucha por objetivos naturales no puede ser un estorbo para la defensa de la paz. Al contrario, eso ayuda a condenar la agresión y a aislar las fuerzas agresivas, las cuales, en última instancia, son las culpables de los conflictos armados y las guerras.

La negación de la diferencia entre las guerras justas e injustas pondría al agresor en el mismo plano que la víctima de la agresión. Y a la inversa, el reconocimiento de la agresión armada como guerra injusta significaría la calificación de la misma como crimen contra la paz. Al concepto de guerra justa corresponden la justificación y el apoyo a la lucha liberadora de los pueblos contra los

colonialistas y el peligro de avasallamiento, al reconocimiento del carácter legítimo y progresivo de la defensa de los Estados socialistas contra la agresión imperialista.

Los comunistas se pronuncian resueltamente contra todas las medidas y pasos capaces de incrementar el peligro de una guerra mundial, se pronuncian por la conjuración de la catástrofe mundial. Esa es la meta de la ideología comunista.

Está muy difundida la opinión de que la lucha ideológica es óbice para la coexistencia pacífica y que esta última sólo es posible en caso de renuncia a la lucha ideológica. Los marxistas estiman que este criterio es insostenible. La lucha ideológica no se libra entre pueblos, sino entre clases enemigas dentro de cada país y en la palestra internacional. No hay prohibiciones ni acuerdos capaces de poner fin a la lucha ideológica, por cuanto existen clases con distintos intereses y designios.

Los marxistas se dan perfecta cuenta de que la ideología puede utilizarse y se utiliza para enfrentar a las naciones y los pueblos y se pronuncian tajantemente contra semejantes abusos del arma ideológica. Es más, los marxistas estiman que, unidos a los defensores consecuentes de la paz, los adversarios de la guerra, pueden y deben luchar contra tales abusos de la ideología.

Entre dichas tergiversaciones ideológicas, que enfrentan a los pueblos y las naciones los unos a los otros figuran, por ejemplo, el racismo, el sionismo, el chovinismo, el tribalismo, etc. La condena de semejantes corrientes ideológicas y la superación de las mismas es una condición indispensable e importante para mantener las relaciones pacíficas entre los pueblos y lograr la colaboración recíprocamente ventajosa entre ellos.

La comunidad de intereses de personas de distintas concepciones ideológicas en la defensa de la paz y la lucha para conjurar la guerra brinda la posibilidad de estrecha colaboración entre los comunistas y los creyentes. Los comunistas estimamos que la búsqueda de medios y vías eficaces para asegurar la paz y conjurar la guerra es un deber de todos los verdaderos humanistas sin distinción de concepción ideológica y creencia religiosa.

Los comunistas, en tanto que consecuentes luchadores por la paz, no se separan de todos los auténticos pacifistas, incluidos los que discrepan de ellos en los problemas de concepción del mundo. Los comunistas apoyan todos los esfuerzos de defensa de la paz. En la lucha por la paz une a todos los hombres de buena voluntad el deseo de salvar a la humanidad y la cultura de inauditos sufrimientos y de la destrucción, el deseo de asegurar mejores condiciones para la existencia y el desarrollo del hombre.

Significaría un gran aporte al progreso del Derecho Internacional el reconocimiento del criterio de que la guerra injusta es un delito internacional contra la paz, implicando la responsabilidad de los Estados y las personas concretas culpables de cometer dicho delito.

Nuevos factores de las relaciones internacionales

El análisis marxista-leninista de la actual situación internacional muestra que en el presente han surgido nuevas posibilidades en los esfuerzos por asegurar la paz. ¿En qué consisten dichas posibilidades?

Primero, en el presente se manifiesta un vertical incremento de los ánimos antibelicistas en todos los países del mundo, incluidos los que en las guerras pasadas no han experimentado grandes dificultades dimanantes de las mismas. Ello se debe al carácter global del peligro de guerra en nuestra época. Cada cual se hace cargo de que la guerra mundial supone un peligro de muerte para todos los pueblos y que ni los mares, ni los océanos, ni los montes, ni los bosques pueden salvar de las armas modernas.

Segundo, el fracaso y la ausencia de perspectivas de las llamadas guerras locales, como la del Vietnam o la del Oriente Medio. La agresión termina ya bien con una derrota, ya bien con un conflicto tan largo que no brinda victoria al agresor incluso en el caso de que logre temporales éxitos militares.

Tercero, el creciente peso de los gastos militares produce una supertensión cada vez mayor para la economía.

La militarización de la economía va acompañada ahora más que nunca del crecimiento de los impuestos, de la inflación. La tensión financiera se convierte en crisis monetaria. Todos estos factores, además de estimular el crecimiento de los movimientos antibelicistas, hacen entrar en razón a cierta parte de políticos que todavía en épocas recientes veían en la tirantez internacional y en los conflictos militares un medio para resolver los problemas económicos y sociales.

No obstante, los comunistas deben darse perfecta cuenta de que el peligro de guerra no ha desaparecido por completo. Por el momento, las fuerzas agresivas actúan, no se calman. Además, hay que tener en cuenta varias circunstancias:

a) la militarización de la economía posee su lógica determinada, que sigue rigiendo. El complejo industrial-militar sigue aún

sacando inmensas ganancias del militarismo. Por otra parte, entre los ocupados en la producción industrial de guerra ha arraigado bastante el miedo al paro forzoso en caso de que la economía pase a los rieles del desarrollo pacífico;

b) el deseo de mantener el statu quo social y colonial, que se encuentra en contradicción con las leyes del desarrollo histórico y engendra inevitablemente conflictos entre las fuerzas del progreso y las que lo frenan;

c) el carácter conservador del pensamiento político. Se dejan sentir las tradicionales esperanzas en la política de fuerza en la solución de los problemas sociales. Con tal motivo reviste cierto interés un libro publicado en 1967 en los EE.UU., que es, como se dice en su prefacio, un informe de un grupo especial de investigación acerca de las posibles consecuencias socioeconómicas y políticas de la paz[134]. El libro es una suma de los argumentos fundamentales de los partidarios de la idea de que las guerras son un fenómeno eterno; la guerra contribuye al progreso de la ciencia, coadyuva al progreso técnico, resuelve los problemas de la venta, asegura el mantenimiento de la soberanía nacional y, lo que es lo principal, "la guerra... ha sido igualmente indispensable para la estabilidad interna de las estructuras políticas. Sin ella ningún gobierno estaría en condiciones de hacer reconocer su "legitimidad" o su derecho de dirigir la sociedad"[135]. El cinismo de los mencionados argumentos obliga al lector a ver en algunos lugares del mismo algo así como un panfleto contra la guerra. Pero no hay más remedio que refutar también semejantes "argumentos". Y lo principal es que los filósofos y sociólogos progresistas, ante todo los marxistas, deben investigar a fondo todo el conjunto de problemas relacionados con la lucha por la paz, el desarme y la coexistencia pacífica.

En el presente sería importante centrar la atención en la búsqueda de medidas capaces de contribuir a la conservación de la paz y la conjuración de nuevos conflictos armados y, sobre todo, de la nueva guerra mundial. En este sentido, los filósofos y sociólogos, unidos a los representantes de otras esferas del saber científico podrían ofrecer sus recomendaciones y determinar las direcciones comunes de sus esfuerzos conjuntos. Por ejemplo, se podría confeccionar en la forma correspondiente la lista de medidas contra el

---

[134] *Report from Iron Mountain on the Possibility and Desirability of Peace.* N. Y., 1967.

[135] Citado de acuerdo con la traducción francesa de ese libro aparecido con el título: *La paix indesirable? Rapport sur l'utilité des guerres.* P., 1968, p. 100.

militarismo y la política exterior agresiva, incluidas varias medidas de reducción de los armamentos, etc.

La idea de la coexistencia pacífica de Estados con distinto sistema social, planteada por Lenin y defendida de modo consecuente por la Unión Soviética, se desprende naturalmente de la sociología marxista-leninista. Lenin subrayaba que la propia vida obliga a reconocer "la inevitabilidad de un *acuerdo*" entre los Estados de los dos sistemas diferentes de propiedad[136]. En relación con ello estimamos necesario recordar que Lenin declaró reiteradas veces y del modo más oficial que el Estado soviético buscaba la paz duradera y relaciones de buena vecindad con todos los países. Así, a la pregunta de un corresponsal norteamericano sobre "nuestros planes en Asia", Lenin contestó: "Los mismos que en Europa: coexistencia pacífica con los pueblos, con los obreros y campesinos de todas las naciones..."[137]

La misma idea fue expresada por Lenin en la entrevista con McBride, corresponsal del periódico norteamericano *Christian Science Monitor*. En dicha entrevista, según el corresponsal, Lenin dijo: "Me preguntan con frecuencia si tienen razón los norteamericanos, principalmente la burguesía, que se oponen a la guerra contra Rusia, que esperan de nosotros, después de concertada la paz, no sólo la reanudación de las relaciones comerciales, sino también la posibilidad de conseguir concesiones en Rusia. Vuelvo a repetir una vez más que tienen razón. Una paz duradera supondría tal alivio para las masas trabajadoras de Rusia que éstas aceptarían indudablemente la admisión de ciertas concesiones. Las concesiones en términos razonables son también deseables para nosotros, como uno de los modos de incorporar a la ayuda técnica a Rusia a países más avanzados en este dominio, durante la coexistencia de países socialistas y capitalistas, el uno al lado del otro (*"coexistence side by side"*)[138].

Expresando los principios leninistas de la política exterior soviética, G. Chicherin, comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, declaró en junio de 1920, en una reunión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia: "Nuestra consigna ha sido y sigue siendo la misma: la coexistencia pacífica con los demás gobiernos, sean los que fueren".

---

[136] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 45, pág. 193.
[137] V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 40, pág. 145.
[138] *Christian Science Monitor*, 17 de diciembre de 1919. Véase también *Cartas de V. I. Lenin desde el extranjero*, 2ª ed. en ruso, Moscú, 1969, págs. 404-405.

El principio de la coexistencia pacífica, alternativa real y racional única frente a la guerra, cuenta con más y más adeptos. Muchos pensadores y políticos burgueses comienzan a comprender que la coexistencia pacífica no es una maniobra táctica de Moscú y del movimiento comunista mundial, sino una necesidad vital de la situación internacional actual, el único principio de relaciones internacionales aceptable para los Estados de distinto régimen social, un *modus vivendi* igualmente ventajoso para todos los pueblos.

La base de la coexistencia pacífica es la renuncia, por principio, a la guerra como medio de solución de los problemas pendientes entre los Estados. Este principio implica la no injerencia en los asuntos de otros Estados, la inadmisibilidad de la exportación de la contrarrevolución lo mismo que de la revolución, el respeto de la soberanía estatal y la igualdad en las relaciones entre los Estados. Como es natural, el principio de la coexistencia pacífica descarta el empleo de las armas para la solución de los problemas internacionales y debe reforzarse con el desarme omnímodo de los Estados. En caso contrario, las conversaciones acerca de la paz pueden verse interrumpidas por la "lógica de las armas". El camino de la paz y de la ampliación de las relaciones políticas, económicas y culturales entre los distintos pueblos sólo pasa por el desarme por etapas y controlado, capaz de llevar a la reducción de la máquina militar y, en consecuencia, al torpedeo y la liquidación de la ideología del militarismo.

No se puede por menos de hacer constar, en relación con eso, la maniobra de los militaristas, que quieren suplantar la tarea del desarme completo y general bajo un riguroso control internacional con la reivindicación de "control sobre los armamentos". El pensamiento social de vanguardia ha calificado con razón la concepción del "control sobre los armamentos" de teoría del rearme, y no del desarme.

Ha adquirido particular actualidad el problema de la prohibición y, luego, la destrucción del arma nuclear. De admitir su continua proliferación se multiplicará el peligro de estallido de la guerra termonuclear mundial y será más difícil la solución del problema del desarme. Una manera parcial de abordar el problema sería la creación de zonas desatomizadas en las distintas partes del mundo.

La seguridad internacional exige que se liquiden las bases extranjeras y que se evacuen las tropas del territorio de otros Estados. Importante condición de la coexistencia pacífica sería la creación de un sistema de seguridad colectiva en diversas zonas y en todo el mundo.

Convendría proclamar resuelta e incondicionalmente el principio de la incompatibilidad de la carrera armamentista y la propagación del arma nuclear con la perspectiva de una paz duradera. No se puede justificar la carrera de los armamentos con motivos de "contención" o de "equilibrio del miedo". La no injerencia en los asuntos internos de otros países y el desarme bajo un riguroso control internacional son las principales premisas de la paz.

Por supuesto, entre la proclamación de unas premisas teóricas y su puesta en práctica en las relaciones internacionales media una gran distancia. No es fácil contestar a la pregunta de cómo y cuándo pueden hacerse realidad. Dichas premisas responden a los intereses de toda la humanidad y son aceptables para la mayoría de la población de nuestro planeta, pero afectan a los intereses de los monopolios imperialistas, todavía poderosos, y tropiezan con una resistencia desesperada por parte de los mismos.

Cabe subrayar que la estrategia general de la paz debe ser reforzada con la correspondiente táctica, la cual no puede por menos de tener en cuenta las peculiaridades de cada país. Las formas del movimiento social en defensa de la paz pueden ser distintas.

La misión de la sociología científica no es sólo tener en cuenta, sino, además, estimular la búsqueda de los medios de conjurar la guerra y de asegurar la paz en nuestra época de transición. Nos damos cuenta de lo complejo y difícil que es la solución de este problema. Pero sin una clara premisa teórica, los sociólogos no podrán hacer su aporte al problema de más actualidad de nuestra época: el problema de la paz.

La realización y la consolidación del principio de la coexistencia pacífica en las relaciones entre los Estados a escala de todo el planeta implica la creación y la consolidación de un determinado sistema de institutos internacionales. La experiencia atesorada en los últimos decenios muestra la viabilidad de dicha tarea. El propio hecho de la existencia de la ONU a lo largo de todo un período histórico, pese a todas las grandes deficiencias y fallas en su actividad, prueba la posibilidad de mancomunar los esfuerzos de mantenimiento de la paz en el cuadro de una organización representativa mundial.

De suyo se entiende que semejante organización debe ser un foro de todos los Estados soberanos. Aquí hay que subrayar el carácter nada realista de las propuestas de ciertos pensadores burgueses que afirman que la humanidad está en condiciones de mancomunar sus esfuerzos de mantenimiento de la paz sólo dentro del cuadro de un "gobierno universal", en aras del cual las demás naciones deben sacrificar su soberanía.

En las condiciones actuales, semejantes concepciones, independientemente de las convicciones personales de sus autores, se utilizan con fines de apología de la política de la dominación mundial y de pisoteo de la soberanía nacional de muchos Estados. Como es natural, en el porvenir, los marxistas prevén una asociación mundial de individuos libres. Con la victoria del socialismo y con la desaparición de las clases a escala mundial, el Estado se extinguirá. Por lo que se refiere a las naciones, persistirán durante mucho tiempo, pero ya no serán un estorbo para la asociación internacional de individuos libres. Sin embargo, es un problema del porvenir, y no del presente. Hacer ahora abstracción de la existencia de clases antagónicas, de Estados con regímenes sociales opuestos y pasar por alto la soberanía nacional significa apartarse de la realidad viva y eludir la solución de acuciantes problemas de la contemporaneidad.

El problema de la colaboración eficaz con fines de eliminar el peligro de guerra es, ante todo, un problema de profundo interés que tiene cada parte en evitar la guerra, La experiencia de colaboración entre la URSS, Inglaterra, Francia y los EE.UU. durante la guerra puede servir de ejemplo práctico de que, en aras de conservar las bases de la existencia humana, es posible la alianza hasta de Estados que ocupan posiciones sociales e ideológicas contrarias.

Al pronunciarse en favor de la política de coexistencia pacífica de Estados de distinto régimen social, los marxistas, como es lógico, no piensan afirmar que entre el capitalismo y el socialismo no existen contradicciones, que entre ellos se puede lograr la completa armonía, que es posible la conciliación de las ideologías burguesa y comunista. La lucha ideológica proseguirá, pero esa lucha no puede y no debe descartar la coexistencia pacífica, no puede y no debe ayudar a la propaganda de la guerra y la agresión, al fomento del odio de unos pueblos a otros. La lucha ideológica es una importante parte de la lucha de clases y no puede desaparecer mientras en el mundo existen clases antagónicas.

La coexistencia pacífica es una lucha entre los dos sistemas, es una lucha económica, política e ideológica. La coexistencia pacífica presupone la emulación entre los Estados de distintos sistemas socioeconómicos, pero, a la vez, implica la solución de todos los problemas internacionales pendientes por vías pacíficas, mediante negociaciones.

Los revisionistas tergiversan la idea de la coexistencia pacífica de los Estados, la interpretan desde posiciones de la concialiación del socialismo con el capitalismo, de la renuncia a la lucha de clase

contra los explotadores, del abandono de la lucha de liberación nacional contra los colonialistas.

Los aventureros de "izquierda" contraponen el principio de la coexistencia pacífica a los intereses del movimiento comunista mundial y de la lucha de liberación nacional, estimando que la paz con las potencias imperialistas frenará el progreso del comunismo y del movimiento de liberación nacional y fortalecerá las posiciones del capitalismo. En realidad, la coexistencia pacífica no suprime la agravación de las contradicciones en el mundo capitalista, no elimina las contradicciones entre las clases ni la lucha de clases en los países capitalistas, no quita el antagonismo entre los colonialistas y los pueblos oprimidos por ellos. Las fuerzas del progreso ganan con la instauración de la paz. En la Declaración de los representantes de los partidos comunistas y obreros reunidos en Moscú en noviembre de 1960 se dice: "En las condiciones de la coexistencia pacífica surgen posibilidades favorables para el despliegue de la lucha de clases en los países capitalistas y del movimiento de liberación nacional de los pueblos que viven en las colonias y los países dependientes. A su vez, los éxitos de la lucha revolucionaria de clase y nacional-liberadora contribuyen a la consolidación de la coexistencia pacífica".

Con tal motivo cabe señalar que ciertos ideólogos burgueses contemporáneos estiman que la coexistencia pacífica refleja la necesidad de mantener el statu quo sociohistórico. Así, R. Allen, en su libro *Peace or Peaceful Coexistence?*, se expresa con bastante sinceridad sobre el particular: "lo de usted es de usted, y lo nuestro es nuestro"[139]. Aquí se sobreentiende tanto la conservación del carácter de las relaciones interestatales existentes como la inmutabilidad de las relaciones sociales dentro de cada país. Mientras tanto, es evidente que la identificación del principio de la coexistencia pacífica de Estados, a la vez que se conserva el statu quo social, significaría la renuncia al progreso social, un intento de argumentar teóricamente la necesidad de eternizar el capitalismo, de preservarlo de las transformaciones revolucionarias, de poner los movimientos sociales y de liberación nacional fuera de la ley y de argumentar la política de exportación de la contrarrevolución.

Desde luego, semejante concepto de la coexistencia pacífica no tiene nada que ver con los intereses de la paz. Hay que recalcar que el principio de la coexistencia pacífica no presupone la renuncia de cualquier sociedad al sistema social que ha elegido y no significa la renuncia a la lucha en la esfera de la ideología. ¿Cómo se puede

[139] R. V. Allen. *Peace or Peaceful Coexistence?* Chicago, 1966, p. 71.

"coexistir pacíficamente" en la esfera ideológica con las concepciones militaristas agresivas? ¿Acaso se puede coexistir pacíficamente con teorías que niegan el progreso social? Eso significaría la capitulación ante las fuerzas del militarismo y la reacción, la renuncia a la defensa ideológica de los intereses vitales del pueblo, de sus anhelos de paz y de su aspiración a un porvenir dichoso.

A fin de asegurar la coexistencia pacífica y la emulación entre Estados de distintos sistemas sociopolíticos es preciso que los países socialistas y todos los sinceros partidarios de la paz se mantengan vigilantes ante toda tentativa e intriga de los imperialistas. No se puede olvidar que cuando los representantes de la reacción hablan de "política de emulación de un ambiente de coexistencia" no piensan en la consolidación de la paz. Veamos, a título de ejemplo, el libro de John Scott *Political Warfare. A Guide to Competitive Coexistence*. El autor recomienda que, en el ambiente de la "coexistencia", se recurra en vasta escala a la presión política y económica, a la propaganda y la desinformación, a las provocaciones y la intimidación, al terrorismo y al sabotaje, etc.

Denunciar y poner coto a semejantes procedimientos y ardides de los enemigos del socialismo es una condición indispensable de la defensa de una paz segura.

Hoy, la paz tiene una importancia vital para el género humano, por cuya razón el deber de los representantes de las ciencias sociales, independientemente de su militancia política o social, es apreciar sensatamente la situación creada en el globo terrestre y emplear todos los medios a su alcance para contribuir a que la paz sea el principio fundamental de la política exterior de todos los Estados.

En su tiempo, lleno de fe en la razón humana, en el progreso de la humanidad, el gran pensador francés Saint-Simon exclamó: "La edad de oro del género humano no está detrás de nosotros, sino delante; se halla en la perfección del orden social; nuestros padres no lo han visto, nuestros hijos lo alcanzarán un día; y nosotros debemos tenderles el camino"[140]. En la actualidad, el género humano dispone de todas las condiciones objetivas para hacer realidad estos anhelos.

La misión de la política exterior del socialismo es asegurar la paz y lograr una vasta y universal colaboración entre los pueblos, así como combatir el imperialismo y el colonialismo. El carácter pacífico de la política exterior del socialismo se desprende de la naturaleza misma del régimen social en el que no hay clases ni grupos sociales interesados en la expansión y la agresión.

[140] C. H. de Saint-Simon. *De la réorganisation de la société européenne...* P., 1865, t. 15 (L), pp. 247-248.

El XXIV Congreso del PCUS adoptó un extenso programa de lucha por la paz y la colaboración internacional, por la libertad y la independencia de los pueblos.

Este programa plantea ante los pueblos del mundo tareas de lucha por la liquidación de los existentes focos de agresión en el Sudeste de Asia y en el Oriente Medio, por que se rechacen inmediata y tajantemente cualesquiera tentativas de agresión y arbitrariedad internacional, por que se renuncie al empleo de la fuerza en la solución de los problemas pendientes.

El Programa de Paz proclamado por el PCUS arranca de la necesidad de un viraje cardinal hacia el aminoramiento de la tirantez y hacia la paz en Europa, arranca de la necesidad de lograr la seguridad colectiva en ese continente.

El PCUS procura la prohibición de las armas nuclear, química y bacteriológica, procura el desarme nuclear de todos los Estados que poseen esta arma; el PCUS llama a que se intensifique la lucha por el cese de la carrera de armamentos de todos los tipos, por que se liquiden las bases militares extranjeras y se reduzcan las fuerzas armadas en los "puntos calientes" de nuestro planeta.

La política exterior soviética de defensa activa de la paz y de fortalecimiento de la seguridad internacional prevé el cumplimiento completo de los acuerdos de la ONU acerca de la liquidación de los últimos regímenes coloniales. Esta política no se plantea sólo la supresión del peligro inmediato de choques militares, sino la consolidación de las relaciones de colaboración recíprocamente provechosa en todas las esferas con los Estados que lo deseen. En aras de la prosperidad de todo el género humano, el País de los Soviets está dispuesto a participar y participa en la solución de tales problemas como la conservación del ambiente natural, la puesta en explotación de recursos energéticos y otros de la naturaleza, el fomento del transporte y las comunicaciones, la profilaxis y la liquidación de las enfermedades más peligrosas y más extendidas, la investigación del Cosmos y del Océano mundial.

El Programa de Paz proclamado por el PCUS, científicamente argumentado, concreto y, a la vez, comprensible para todos los que aspiran a la libertad y la prosperidad, ha hallado vivo eco en todos los rincones del planeta y moviliza a las masas a la lucha por la paz y el progreso social.

A lo largo de toda la historia de su existencia, la Unión Soviética ha aplicado con espíritu consecuente la política de paz. Hoy, hasta los más encarnizados e irreconciliables enemigos del socialismo se ven forzados a reconocer la política de paz de la Unión Soviética. No obstante, en los últimos tiempos, en ciertos países se

difunde la tesis de que existen dos variedades de socialismo y de política exterior socialista: pacífica y belicosa. La versión de la "belicosidad" del socialismo se argumenta con alusiones a la política que quieren imponer los aventureros de "izquierda" en el dominio de las relaciones internacionales, pero tal orientación no tiene nada que ver con los principios socialistas; conviven en ella perfectamente la censura de palabra del imperialismo y las componendas con él cuando corresponden a los planes chovinistas de los actuales dirigentes de Pekín. Esta política de los maoístas significa la ruptura abierta con la ideología marxista-leninista y la más burda tergiversación de los objetivos y los métodos de la política exterior socialista. La política de los maoístas arranca, en realidad, de las orientaciones chovinistas y las aspiraciones de hegemonía. De suyo se comprende que semejante política no puede responder a los intereses del socialismo. Internacionalista por su carácter, el socialismo rechaza resueltamente semejantes concepciones de chovinismo de gran potencia.

La política exterior socialista es incompatible con las innumerables manifestaciones de aventurerismo en la palestra internacional. Una manifestación de ese tipo es la negación del concepto de la coexistencia pacífica de Estados con distinto régimen social, formulado por Lenin, de la tesis leninista de que el socialismo ejerce su influencia en el desarrollo mundial, ante todo, con la fuerza del ejemplo, con sus éxitos en la edificación económica y cultural.

La deformación de las tesis científicas del socialismo y el abandono de los principios de la política exterior socialista causan daño a los intereses comunes de la lucha contra el imperialismo, hace el juego a las reaccionarias fuerzas imperialistas, las cuales se valen de dichas deformaciones para comprometer las ideas del socialismo, justificar la política agresiva y activar la lucha contra el movimiento de liberación nacional.

Es indudable que la traición a la causa del socialismo y los principios de éste no desacredita la idea misma del socialismo, sino a los que toman ese camino de la traición. Precisamente por eso los marxistas están convencidos de que el socialismo sabrá superar estas tergiversaciones, de que las ideas del socialismo auténticamente científico triunfarán en el mundo entero.

Los marxistas mantienen firmemente el criterio de que hoy, pese a la complejidad de la vida política contemporánea, pese a la diversidad de tipos socioeconómicos de las sociedades y de los regímenes políticos de los Estados, se puede y se debe impedir la guerra.

La estrategia racional de la paz en el siglo nuclear prevé todo un sistema de seguridad internacional. Los sociólogos pueden hacer

su aporte a la causa de la paz si concentran sus esfuerzos en la investigación científica de todos los aspectos del problema de la coexistencia pacífica, habida cuenta de las condiciones históricas concretas de nuestra época.

Un camino radical que permite asegurar una paz duradera es el del desarme general y completo bajo un riguroso control internacional. La solución de este problema tendría para el progreso de la humanidad una significación verdaderamente histórica. De suyo se entiende que ese problema no se resolverá sin lucha, sin los esfuerzos tenaces e insistentes de todos los partidarios de la paz. Sólo a través de una lucha activa y resuelta de los pueblos se podrá obligar a los capitalistas a aceptar el desarme.

El desarme general y completo, la solución de los problemas internacionales por vía de las negociaciones, la liquidación de los focos existentes de agresión, las medidas indispensables para hacerla imposible, la consolidación de la confianza entre los países, el despliegue de acciones prácticas en defensa de la paz en todas las esferas de la realidad social (acciones de las grandes masas populares, los sindicatos, las organizaciones femeninas y juveniles, los partidarios de la paz, las medidas de los gobiernos nacionales y de las organizaciones internacionales) constituyen los caminos y los medios que, a nuestro juicio, debe tener en cuenta la sociología de la paz en las condiciones actuales.

La humanidad ha entrado ahora en una fase de desarrollo en que aumenta extraordinariamente el papel del pueblo en la esfera de las relaciones internacionales. El subjetivismo de los sociólogos burgueses consiste, entre otras cosas, en que, al contar principalmente con la fuerza, pasan por alto el papel de las grandes masas populares, que adquieren cada vez mayor conciencia de que de sus acciones depende el problema de la paz y la guerra. La lucha de los pueblos por la paz cuenta con un baluarte real: la comunidad socialista, bastión de la paz y del progreso. A los intentos de los medios agresivos de recurrir a la fuerza, los trabajadores pueden contraponer hoy su voluntad, su organización, su firme decisión de luchar por la paz y la democracia. Los ideólogos burgueses no quieren tener en cuenta que los obreros y los campesinos son mucho más numerosos que los capitalistas, que las fuerzas de las masas trabajadoras son más poderosas que las del capital.

"...Reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones"[141], tal ha sido la perspectiva trazada ya en 1864 en el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

En el Manifiesto de la Paz, los representantes de los partidos comunistas y obreros reunidos en Moscú para celebrar el cuarenta aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, proclamaron con perfecta conciencia de la responsabilidad de los hombres de vanguardia por los destinos de los pueblos: "La guerra no es inevitable, la guerra puede ser conjurada, se puede defender y consolidar la paz"[142].

Tomando en consideración las nuevas condiciones de desarrollo de la humanidad contemporánea, se puede decir con todo fundamento que, en la balanza de la historia, el platillo de la paz pesa cada vez más que el de las fuerzas agresivas. "La paz vencerá a la guerra", tal es la conclusión final del Llamamiento a todos los pueblos del mundo adoptado en la Conferencia de Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú en noviembre de 1960.

El foro internacional de los comunistas reunido en 1969 volvió a confirmar su decisión de seguir luchando contra la agresión imperialista y por la paz entre los pueblos.

La tarea de conjurar la nueva guerra mundial, la guerra termonuclear, no es tarea de un porvenir lejano, sino que debe cumplirse en nuestros días. La humanidad ha entrado en una fase de desarrollo en que aumenta extraordinariamente el papel de los pueblos en la solución de los problemas internacionales. A los intentos de los medios agresivos de desplegar la guerra, los trabajadores de todos los países contraponen su organización, voluntad y firme decisión de defender la paz.

Los pueblos del mundo rechazan la guerra. Que los países de los distintos sistemas sostengan una emulación en el fomento de la economía, la ciencia, la técnica pacífica, que prueben su superioridad en la emulación pacífica por el progreso, por el mejoramiento del nivel de vida del pueblo, y no en el campo de batalla. La victoria del comunismo y, al propio tiempo, la victoria definitiva de la paz son inevitables.

---

141 C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 16, pág. 11.

142 *Documentos programáticos de la lucha por la paz, la democracia y el socialismo*, ed. en ruso, Moscú, 1963, pág. 26.

INDICE

Del autor 3

I

EL DESARROLLO DE LAS IDEAS FILOSOFICAS Y EL COMUNISMO

La filosofía y la clase obrera 7
El desarrollo histórico y el surgimiento de nuevos problemas filosóficos 7
Filosofía íntegra y sintética 28
De la revolución socialista y los problemas sociales del siglo XX 35

La conexión entre la filosofía y la política 59
Dos concepciones del mundo, dos políticas 59
La ideología y la política "de fuerza" 63
La dialéctica revolucionaria es el alma del marxismo 68
Utilización consciente de las leyes del desarrollo social 85

La filosofía marxista y nuestra época 98
El espíritu creador de la filosofía marxista 98
La dialéctica, como teoría del conocimiento, y la lógica 109
El papel de la metodología en el progreso de las ciencias naturales de nuestra época 123
El materialismo dialéctico y la unidad de las ciencias 138
La dialéctica del desarrollo social 167

II

LA CONCEPCION MATERIALISTA DEL PROGRESO

El papel de las masas populares y de la personalidad en la historia . 194
El pueblo es el que hace la historia 194

El papel de la personalidad en la historia 221
El marxismo-leninismo acerca del pueblo, las clases y el papel de los partidos en la lucha de clases 230
La lucha del marxismo-leninismo contra el culto a la personalidad y el menoscabo del papel de las masas 247

El progreso social sobre la base del socialismo 261
Supresión de las bases económicas de las contradicciones antagónicas 263
Nuevo tipo de conexión recíproca entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción 275
La dialéctica del desarrollo del socialismo hasta convertirse en comunismo 293

El socialismo y el humanismo 331

El socialismo y la democracia 365
El régimen económico de la sociedad y la democracia 365
El carácter auténticamente popular de la democracia socialista . . 373
La democracia socialista es una forma de fomento de la actividad de las masas en la construcción del comunismo 378

III

LA SOCIOLOGIA Y LOS PROCESOS SOCIALES

La sociología marxista y las investigaciones sociales concretas . . . 394
Modo de abordar las investigaciones sociológicas 395
Problemas sociológicos generales 418
Leyes objetivas del desarrollo de la sociedad socialista 421
Investigaciones sociológicas concretas de los distintos aspectos de la vida social 426

Los cambios sociales del siglo XX y la lucha en torno a su interpretación 444
El concepto y el contenido de los cambios sociales 444
Teoría de la "sociedad industrial única" 468
Las concepciones revisionistas de la época contemporánea 475

Teorías sociológicas de la guerra y la paz 498
Contribución al planteamiento del problema 498
Las fuentes de peligro de guerra 501
Crisis de la ideología y la política "de fuerza" 533
Posibilidades reales de conjurar la guerra 546
La coexistencia pacífica es la alternativa de la guerra 557
Contribución al problema de las guerras justas e unjustas en la época contemporánea 571
Nuevos factores de las relaciones internacionales 577

AL LECTOR

La Editorail le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso.
Zúbovski bulvar, 21
Moscú, URSS